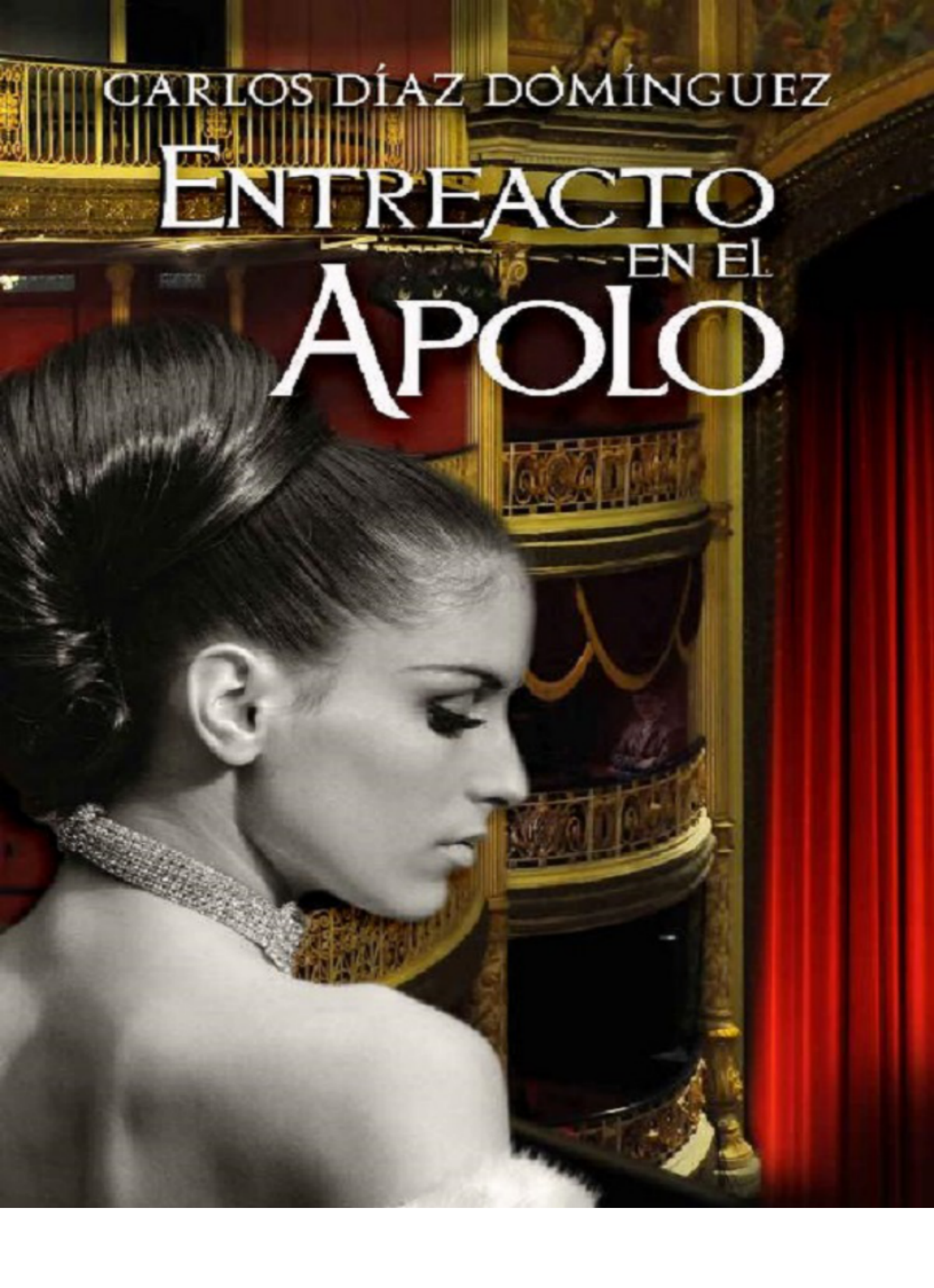

CARLOS DÍAZ DOMÍNGUEZ
ENTREACTO
EN EL
APOLO

Entreacto en el Apolo

Carlos Díaz Domínguez

Título original: *Entreacto en el Apolo*
Autor: Carlos Díaz Domínguez
Diseño de portada: Mari Carmen López Pérez
1ª Edición — Febrero 2018

Biografía

Mi histórico amor hacia la literatura desembocó en el año 2000, cuando escribí mi primera novela: *Los impares de Sagasta*, la cual fue publicada por la Editorial Arráez en 2006. A partir de ahí vivo permanentemente junto a mis personajes y me dejo llevar por sus experiencias, frustraciones, anhelos y logros: *Los ascensores dormidos de La Habana* (Arráez, 2007), *Tres colores en Carinhall* (Ediciones B, 2011), *Lágrimas sobre Gibraltar* (Ediciones B, 2012), *A las ocho en el Novelty* (Ediciones B, 2014) y *La menorah de Petra* (Amazon, 2016).

También he publicado tres novelas cortas y varios relatos dentro de libros colectivos.

He pasado muchas horas de mi vida en las butacas de los cines y de los teatros, y he viajado todo lo que he podido. Me apasionan las bibliotecas y los espacios abiertos, tanto el mar como la montaña. Me gusta imaginar, investigar, escuchar, mirar… Es posible que esa manera de entender la vida se plasme en mi Obra Literaria.

Web del autor: www.carlosdiazdominguez.com
Facebook: www.facebook.com/carlosdd59
Twitter: @carlosdd59

A Eugenio,
porque como diría Serrat: “Decir amigo…”

1

Unos minutos después de la medianoche la puerta de la habitación de Elisa recibió el suave golpeteo de los nudillos del hombre.

El silencio suponía la aquiescencia. Precedido por unos pasos suaves, fantasmales, la figura se aproximó a la cama y, con exquisita suavidad y delicadeza, levantó la colcha y la sábana.

Veinte minutos más tarde, la habitación se encontraba débilmente iluminada por la llama rojiza del cigarrillo que acababa de encender su amante. Sus bocanadas eran largas e intensas.

Elisa sabía lo que iba a suceder después de que apagara el segundo, el hombre se volvería hacia ella y la tomaría de nuevo entre sus brazos, aunque esa segunda vez más con desgana que con pasión, un tanto mecánicamente, sin prolegómenos, sin pensar en ella. «¿Alguna vez habrá pensado en mí? —se preguntó Elisa con tristeza. Pero fue más allá en su razonamiento:— ¿Alguna vez en su vida habrá pensado en alguna mujer? En su madre —resolvió finalmente—, sí en su madre».

—Mañana vamos a Riofrío.

El anuncio de la cacería para el día siguiente no era una novedad. Hasta que comenzaran los ásperos fríos del invierno, una de las actividades de parte de la familia era desplazarse al Palacio de Riofrío y pasar unas horas entre hayas, robles y chopos temblones mientras cazaban gamos, corzos y jabalíes.

Elisa no dijo nada, tampoco le interesaban mucho las actividades de su amante durante el día. Ni tampoco durante la noche, incluido sus visitas. Y recordó cómo empezó todo, con aquel sibilino encuentro en uno de los muchos pasillos del Palacio. Aquellas palabras dulces, aquella sonrisa meliflua, aquellas galanterías… El resto, ya se sabe.

Súbitamente, el hombre aplastó el cigarrillo contra una de las losetas del suelo y se giró sobre Elisa.

—¿Te apetece?

—Lo que quiera, Majestad.

El amante sonrió mientras la besaba en los labios.

—Aquí no me llames Majestad, mejor llámame Alfonso.

2

El único efecto positivo que habían disfrutado los militares, políticos y administrativos del gobierno francés con la evacuación de París había sido la bonanza climatológica. A orillas del Garona el otoño se presentaba con mayor suavidad y calidez que en la capital. Burdeos, convertida desde el tres de septiembre en la sede del gobierno de la nación, ofrecía a todos los forzosos exiliados unas condiciones de vida y trabajo menos rigurosas y algo más benignas.

La funcionalidad de numerosos edificios de la ciudad había sufrido una apremiante y drástica transformación. Pero también había alterado el aspecto y la ocupación de las calles. Las barricas con vino y las balas de algodón camino del importante puerto fluvial habían dejado paso al incesante trasiego de vehículos militares y al tráfico de personas que habían huido de París con las manos vacías, sin equipaje alguno.

La incómoda cercanía del ejército alemán había provocado que el presidente de la República, Raymond Poincaré, abandonara el bienestar del palacio del Elíseo y, junto al gobierno de René Viviani y todo el aparato burocrático de la capitalidad, se mudara a varios cientos de kilómetros al sur, lejos de la hostilidad germánica y lo más cerca posible de la posición española: neutral, por lo menos hasta ese momento.

Alain era el referente paterno para todos los Santini. La naturaleza, como siempre caprichosa y arbitraria, le había colocado como el primogénito de una familia en la que él era el único varón. Su padre, Alain Santini, había soñado con que su hijo también fuera militar, como él, como lo fue su padre y como lo fue su abuelo, y posiblemente la génesis se situaría varios ancestros atrás. Pero el pequeño Alain odiaba las armas y no soportaba el estruendoso y desagradable sonido de la pólvora al estallar, con el retumbar de los tímpanos en las explosiones y con todo aquello que proviniera de la bambolla militar. Alain eligió la diplomacia como el medio para defender a su país de aquellos que lo habían atacado en el pasado, que lo hostigaban en el presente y de todos aquellos que pretendieran agredirlo en el futuro. Vivía en una casa que se asemejaba más a un museo militar que a la morada de una familia adinerada. Los visitantes podían tropezarse por doquier con esféricas balas de cañón apiladas en grupos de cuatro, con trabucos y fusiles centenarios o con tallas de madera de soldados luciendo uniformes de todos los empleos del ejército francés. Las paredes se

hallaban forradas de lienzos encastrados dentro de abigarrados marcos que representaban escenas alegóricas de la guerra, tanto terrestre como naval.

Pero eso era en París. La vivienda que ocupaban en Burdeos era mucho más espartana y sencilla, solo un lugar donde vivir con mayor tranquilidad un tiempo indeterminado e inestable.

Alain estacionó su automóvil B.S.A. y subió las escaleras del Fort du Ha, uno de los muchos edificios que habían sido ocupados por el ejército en la ciudad. En concreto, el gobierno lo utilizaba como sede de uno de los tribunales de justicia militar, uno de tantos que habían tenido que habilitar ante la avalancha de denuncias y detenciones que se libraban tanto en la primera línea del frente como en la retaguardia.

Después de caminar a lo largo de uno de los alfombrados pasillos que recorrían el edificio, Alain llegó ante el despacho de su amigo.

—¡Truhan, qué alegría verte!

Los dos hombres se hermanaron en un fuerte abrazo.

—¿Qué tal está París? Dicen que todas las chicas guapas se han venido aquí. ¿Es verdad? —preguntó bromeando el capitán Hervé.

—Marcel, si París no tuviera mujeres bonitas, no sería París. ¿Qué tal van las cosas por Burdeos?

—Pues con muchos cambios. Por ejemplo, Poincaré se aloja en la Prefectura, el presidente del Consejo de Ministros duerme en la Alcaldía y el ministro de Guerra pernocta en el Palacio de la Comandancia Militar. En fin, que no hay nadie que ocupe su sitio natural. Respecto al tema bélico, pues mal, Alain, mal. Aunque no peor que hace unos días, o unas semanas. El mes de octubre no ha comenzado mejor de lo que terminó septiembre. Los alemanes siguen machacando Bélgica y a los belgas, y triunfando también en el frente oriental. De momento en el nuestro, en el occidental, les estamos conteniendo. El caudal del Marne ha jugado a nuestro favor.

La voz del oficial del 52º regimiento de infantes era firme y resuelta, y a Alain le gustaba escuchar su opinión y sus consejos.

—Hay quien empieza a pensar —prosiguió Marcel— que trasladarse a Burdeos ha sido una medida precipitada y nada reflexiva. Desde el punto de vista propagandístico, este movimiento ha sido utilizado por los alemanes como una muestra de cobardía. Es normal, todos lo hubiéramos interpretado así. Nosotros también habríamos sacado provecho de una acción semejante si hubiera sido al contrario.

—Pero no ha sido una medida cobarde, sino precautoria —repuso Alain.

—Sí, truhan, de precaución pero nos hemos alejado de los tiros y de la muerte, y eso siempre es un deshonor, sobre todo para un militar. Poincaré se ha equivocado. Lo pensamos muchos, pero nadie se atreve a decírselo, y menos Viviani, a quien debe su puesto. Y ya sabemos, Alain, que todos queremos tener a nuestro alrededor a gente que nos dé la razón y que nos recuerde constantemente lo acertadas que son nuestras decisiones. ¿No es así?

—Según, Marcel, según. Todos queremos tener a nuestro lado a gente que nos dé buenos y atinados consejos, que perciba aquello que nosotros no somos capaces de apreciar, pero no necesariamente a simples aduladores.

—Tú lo ves de una determinada manera, pero no todos lo entienden así.

Alain extrajo un cigarrillo de su pitillera de plata después de ofrecer a su amigo.

—No, ahora no. Estoy esperando que me llamen de un momento a otro. Bueno, ¿qué me cuentas, Alain, a qué debo el honor de tu visita?

—Mi padre —respondió el diplomático, sin dilación—. Quiere verme mañana. Y no sé de qué quiere hablar.

—Bueno, pero eso no es malo. Que un padre quiera hablar con su hijo no debería ser motivo de preocupación, salvo...

—Sí, Marcel, salvo que le conozca tan bien como para saber que está tramando algo.

—¿Qué va a estar tramando tu padre? ¿Cuánto hace que no le ves?

—Más de quince días. Nos telegrafiaron para informarnos que acababa de regresar del Marne y que quería verme mañana en la Place de la Bourse.

—Y tu madre y tus hermanas, ¿qué dicen?

—Rezan. Nada más que rezan. Con ellas no puedo hablar porque se ponen a llorar. Temen por su vida como también temo yo. Mi padre está muy expuesto. Por sus venas corre pólvora, y se arriesga demasiado para su edad y su empleo.

—La guerra no respeta a nadie, ni siquiera a las más altas graduaciones.

—Sí, ni siquiera a las más altas graduaciones —reconoció Alain con pesar.

El capitán Marcel Hervé se recostó sobre su sillón e intentó

tranquilizar a su amigo, a quien no terminaba de entender. El que un padre quisiera ver a su hijo no era, de por sí, una razón preocupante.

—Tu padre es un hombre muy bien relacionado y despacha con los militares más importantes. Es posible que vaya a proponerte algo. Nadie duda que tú eres uno de los mejores diplomáticos que tiene nuestro país. Dominas varios idiomas y has vivido en numerosos países. Tienes edad, experiencia, contactos, arrojo incluso, para afrontar cualquier empresa.

—Ya sabes que mi padre no soporta la idea de haber tenido un hijo que no haya querido ser militar, y menos el primogénito y el único varón.

—Es su mentalidad, Alain, hay que entenderlo.

—Fue mi decisión. La tendrá que respetar.

Marcel asintió dándole la razón a su amigo, pero conocía a su padre y también el grado de obstinación sobre sus ideas. De súbito, la puerta del despacho del oficial se abrió y entró un soldado con rostro asustadizo. No tendría más de veinte años.

—Mi capitán. Ya está todo dispuesto.

—Bajo ahora mismo, soldado.

El joven se cuadró y abandonó la estancia.

—¿Me acompañas, truhan? —propuso Marcel a Alain.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó intrigado.

—Mandar un pelotón. Esta semana ya llevamos una docena.

—¿Una docena?

—Sí, una docena de espías alemanes. Los hay por doquier. El Káiser preparó a miles de ellos, y todos están dispuestos a morir por su patria sin inmutarse.

—¿Me estás hablando de…? —la voz de Alain era un balbuceo continuo.

—Sí, tengo que mandar a un pelotón de fusilamiento —confirmó lo que temía su amigo—. Pero no creas que supone para mí ningún trauma moral ni conflicto personal. Los espías nos causan más daños que las balas de los cañones, quizá será porque, gracias a ellos, los artilleros enemigos saben muy bien dónde tienen que apuntar. ¡Vamos! —ordenó, resuelto.

Mecánicamente, Alain se levantó y siguió a su amigo. Caminaron a un metro de distancia uno del otro y en silencio, atravesando pasillos y puertas hasta bajar a un patio donde vio la escena. Al fondo, y delante de una pared, un hombre próximo a los cuarenta años se encontraba de pie firme, enfundado en un abrigo largo. Enfrente, un grupo de ocho hombres aguardaba apoyados

sobre su fusil al que no le habían quitado la bayoneta.

—Este fue detenido hace tres días, cerca de Soissons —explicó el capitán a su amigo, en voz baja—. Lo descubrió un cura nuestro y lo retuvo junto a unos agricultores hasta que llegó una patrulla.

—¿Qué pasó? —quiso saber Alain, a quien le parecía que aquella historia contenía tintes novelescos.

—Ya te dije que son una plaga. Toda Francia está llena de ellos y no paran de caer. Algunos quieren ser muy listos, como este.

—¿Y cómo lo descubrieron?

—Porque, al cruzarse por la calle, nuestro sacerdote lo saludó y este hombre no supo qué responder.

—¿No supo qué responder? No entiendo.

—Como iba disfrazado de cura, nuestro sacerdote lo saludó en latín, y este malnacido no sabía latín. ¿Desde cuándo un cura no sabe latín, si es el idioma oficial del Vaticano? Luego, cuando llegó la patrulla, lo registraron y le encontraron varios planos dibujados por él con los accesos a Compiègne, con detalle de las carreteras y de los postes de las líneas telefónicas. Los alemanes anhelan alcanzar el Canal de la Mancha para obstaculizar la entrada de los británicos, pero este no va a informar de nada, eso te lo aseguro.

—¿Tuvo juicio? —se interesó Alain, preocupado por los aspectos formales, quizá movido por su profesión.

—Sí, y por cierto, duró menos de diez minutos. No abrió la boca.

—Señor, cuando usted ordene —comunicó un suboficial al capitán Hervé—, el reo no quiere pañuelo.

—Sí. Vamos. Y lo del pañuelo a mí me da igual. Mejor, así veremos todos la expresión de un espía alemán cuando rinde su último servicio a su Káiser. ¿Te quedas? —preguntó a Alain.

—No, Marcel, voy a marcharme. Ya te contaré lo que hablemos.

—Te invitaría una noche al Víctor Louis, pero han cancelado todas las representaciones —se lamentó el oficial.

—No te preocupes, Marcel. Ya nos veremos en otro momento.

Alain Santini no había abandonado todavía el patio cuando escuchó las voces de su amigo ordenando al pelotón. Sintió la descarga como si hubiera sido dirigida contra su propio cuerpo.

3

Una de las cualidades que más admiraba Victoria Eugenia de Elisa Bueno era la suavidad, y no solo de sus manos a la hora de manejar el cepillo del pelo y la de sus dedos ahuecando sus finos cabellos rubios, sino también la dulzura de sus palabras y de sus maneras, discretas como si fuera una doncella criada para ello desde la cuna.

Pero no era el caso. Hasta que la Reina se fijó en ella, Elisa formaba parte de las limpiadoras del edificio real más grande de toda Europa occidental. A partir de ese momento pasó a formar parte de la pequeña camarilla de doncellas de su confianza, aquellas mujeres que atendían a Su Majestad en los largos y densos protocolos que debía guardar la reina de España.

—Elisa, acércame el cenicero —ordenó Victoria Eugenia a su doncella.

—Sí, Majestad.

A pesar de encontrarse en los últimos días de gestación, la Reina prendió su cigarrillo mientras seguía, paciente, esperando a que Elisa finalizara su trabajo. Detrás de ellas, otras dos doncellas aguardaban el momento oportuno para ponerle el vestido que iba a lucir en la misa de la iglesia de San Sebastián, en la calle Atocha, el acto social al que tenía que asistir aquella mañana.

—Me han dicho que tu sobrino está enfermo.

—No es nada Majestad, tuvo fiebre dos días pero ya ha remitido.

—Me alegro.

Victoria Eugenia ya hablaba español con una notable fluidez. Llegó a Madrid en el año 1906 sin más conocimientos del país que un anillo de pedida que le había entregado en Biarritz el arrogante Rey de España; con el cual, además, se comunicaba en francés, idioma que los dos dominaban. Pero Ena, como la llamaban familiarmente, era una mujer obstinada y perfeccionista, deseosa de ganarse el cariño de su pueblo. Y sabía que, para que la quisieran, tenía que hablarles en su misma lengua.

—Ya está, Majestad. ¿Le queda de su agrado?

La Reina se miró en el espejo del tocador y giró su cuello un par de veces para comprobar que la caída de su melena era la adecuada, y que el alfiler con el que sujetaba parte de sus mechones contenía la cantidad de pelo justa.

—Perfecto, Elisa.

La doncella se retiró unos pasos y marcó una reverencia. Cuando

sus dos compañeras comenzaron a ponerle el vestido, aprovechó para marcharse de la habitación pues su trabajo ya había concluido.

Después de abandonar el tocador de la Reina —una pieza que se asomaba a la calle Bailén, situada entre el baño de Victoria Eugenia y el dormitorio del Rey, en el ala de San Gil— y caminó por los intrincados pasillos interiores del ala sur hasta llegar a la zona destinada al servicio.

—¿Qué tal está hoy la Reina? —inquirió una compañera que servía en Palacio desde los años de Alfonso XII, padre del Rey.

—Bien, como siempre —comentó Elisa, distraída. No tenía ninguna gana de ponerse a contar chismes de la persona a la que servía—. Cada vez con más tripa.

—Dicen que va a ser para este mes.

—¡A saber! —soltó Elisa.

Se puso una toquilla y salió a la calle Bailén. Torció a la derecha para, antes de cruzar el viaducto sobre la calle Segovia, girar hacia la izquierda y enfilar la calle Mayor. La figura de Elisa se mezclaba con los carreteros que procedían de surtir y de surtirse en el mercado de San Miguel. Había cumplido veinte años la pasada primavera y, a pesar de llevar ya algún tiempo en la bulliciosa ciudad, todavía no terminaba de acostumbrarse al intenso y variopinto tráfico de la capital. La calle era una vía transitada por carretas tiradas por mulos que acarreaban melones de Villaconejos, envases con aceitunas de Campo Real, tarros con miel de Miraflores, ristras de ajos de Chinchón y manojos de espárragos de Aranjuez, y las aceras se poblaban de los chillidos y los requiebros de los botijeros, vendedores de periódicos, aguadores y barquilleros.

Nada más entrar en el portal, la doncella de la Reina se cruzó con una de las vecinas:

—Elisa, ¡cuéntame, por favor! —la mujer era una viuda que vivía en el primer piso y que tenía un único hijo—. Dime, tú sabrás cosas.

—¡Qué voy a saber yo! Yo no sé nada. El que trabaje en Palacio no quiere decir que sepa cosas.

—Sí, pero tú oirás, verás... en fin, tienes que saber más que nosotros —la vecina no se conformaba con las respuestas de Elisa, que las entendía evasivas.

La angustia de la mujer era palmaria. Ella, como todas las madres de jóvenes varones en edad de ser llamados a filas, vivía una continua congoja ante lo que contaban los periódicos y se proclamaba en los mentideros.

—De verdad que no, que yo no sé nada.

La mujer se acercó a Elisa y le agarró con fuerza los brazos.

—Es que no puede haber guerra, si la hay van a movilizar a mi hijo y me lo van a matar —la mujer comenzó a llorar, como acababa haciendo cada vez que se encontraba con la joven—. Es el único que trabaja en casa, yo ya no puedo coser, mi vista... ya sabes. No puede haber guerra porque me lo van a matar. ¿Comprendes, pequeña, comprendes?

Elisa no sabía qué decir a la angustiada y perturbada vecina ni cómo tranquilizarla. La guerra era el tema de conversación general. España se debatía en una encrucijada no ya de dos posturas enfrentadas entre sí, sino de tres. El debate no versaba solo sobre si se debía entrar en la guerra o no, si Su Majestad tenía que decantarse por abandonar la neutralidad promulgada desde el primer momento por el gobierno de Dato o si debía abandonarla para enviar a su pueblo al campo de batalla. Se planteaba también otra vía alternativa de discusión, y era que en el caso de entrar en la conflagración, a qué bando apoyar, si a los imperios centrales representados por Alemania, por el imperio Austrohúngaro e Italia —que, como España, todavía permanecía neutral, aunque todos imaginaban junto a qué bando lucharía—, o bien decantarse por apoyar a la *Entente Cordiale*: Francia, Inglaterra y la Rusia del zar Nicolás II.

—No lo sé —el pequeño cuerpo de Elisa abrazó a su vecina para intentar consolarla.

—Se ha librado de ir a Marruecos pero no quiero que me lo maten, Elisa, no quiero. Es lo único que tengo.

Esta vez el desconsuelo de la vecina parecía mayor. Las voces para que España entrara en la guerra al lado de los aliados, como llamaban también a la *Entente Cordiale*, eran cada vez mayores, más fuertes y más poderosas. Aunque el Rey se mantenía firme.

—Su Majestad no parece dispuesto a ceder. Eso nos salvará.

—¡Dios te oiga, Elisa, Dios te oiga!

El llanto de la vecina fue amainando y los latidos de su corazón volvieron a su ser. La mujer dio media vuelta y salió a la calle. Tenía que inventar una comida para ella y para su hijo con los cinco reales que atesoraba en su monedero.

4

A las diez de la mañana, y con una puntualidad militar, un coche se había estacionado en la puerta del Grand Hotel de Burdeos. En el vestíbulo Alain Santini, que acudía todas las mañanas a desayunar al majestuoso establecimiento, mataba el tiempo con *Le Journal*, diario que, como todos, contaba las noticias con el sesgo propio del periódico de un país beligerante. En Francia no había rotativos objetivos, ni en Inglaterra, ni en Alemania. A veces el diplomático leía algún *ABC*, *La Vanguardia* o *La Tribuna* que, aunque era italiano y, en teoría, comprometido con la *Triple Alianza,* todavía mostraba un cierto distanciamiento sobre el conflicto, ya que la postura transalpina se interpretaba como dubitativa e incierta. Italia había firmado un acuerdo con Berlín y con Viena mediante el cual se comprometía a aportar ayuda militar y a entrar en guerra si alguno de estos dos países era atacado por un tercero, pero nada se decía sobre si eran ellos quienes iniciaban la contienda, como había sucedido.

Cuando Alain vio entrar al chófer, dejó el diario sobre la mesita y apagó su cigarrillo contra el cenicero.

—¿Vamos? —propuso el diplomático al conductor.

Burdeos había recibido en muy pocas semanas el lógico impacto de la llegada de todo un amalgamado contingente de personas que alimentaban la pléyade burocrática capitalina. Aun siendo una de las ciudades más importantes de Francia, la recalada de tanto funcionario había conferido a los bulevares, a las calles y a los *quai* de una animación inusual y, también, de un tráfico rodado muy superior al que se conocía antes de que hubiera sido designada por Poincaré como capital interina de Francia.

El Renault atravesó varias calles hasta llegar a la Place de la Bourse, situada en la margen izquierda del Garona, a orillas del río. La puerta del vehículo la abrió un soldado que estaba acompañado por un oficial.

—Sea bienvenido, *Monsieur* Santini. Su padre le espera. ¿Me acompaña?

No podía imaginarse aquella recepción. Su padre siempre había sido un hombre austero, parco en amabilidad y escaso en protocolo. «Esto no puede haber sido idea de mi padre», pensó Alain.

El militar caminaba con paso resuelto por los largos pasillos del edificio, dando grandes zancadas y seguido por el diplomático, que continuaba extrañado por aquella demostración de posición.

Llegaron ante una puerta muy alta custodiada por dos soldados fusil en ristre.

En el momento que el francés entró en la estancia se quedó paralizado al constatar quién se encontraba junto a su padre.

—Por favor, no se quede en la puerta, pase usted. Siéntase como en su casa.

Alain no conocía en persona al general Joseph Joffre, el comandante en jefe del ejército francés, y su imagen impresionaba tanto como su trayectoria. Héroe de la guerra Franco-Prusiana, había sido nombrado máximo mandatario de las fuerzas francesas tres años antes, y su acertada estrategia en la batalla del Marne fue unánimemente reconocida, incluso por los alemanes, que habían tenido que variar de táctica al encontrarse con el bien organizado, disciplinado y motivado ejército galo.

—Por favor, acérquese —ordenó el general Joffre. Al otro lado de la mesa se encontraba de pie el general Alain Santini.

Al llegar a su lado, Alain dio la mano primero al general Joffre y después a su padre.

—Sorprendido, me imagino —comentó el anfitrión.

—Pues sí, no esperaba encontrarme con usted, francamente.

El general sonrió.

—Lo sé, pero con tanto espía alemán que hay por todos los sitios, tenemos que tomar las máximas precauciones.

—No creo que en Burdeos haya tantos —opinó Alain—. Si acaso los habrá en París, y también más cerca del frente, pero aquí, tan lejos del campo de batalla...

—Desde que el gobierno se trasladó aquí se han capturado y ejecutado a cuarenta y seis hombres y dos mujeres —contestó el padre de Alain, contraviniendo el juicio de su hijo y demostrando orgullo por ello.

—Sí, Alain, tu padre tiene razón —ratificó el comandante en jefe —, Burdeos está lleno de espías, y no solo alemanes sino también franceses que trabajan para los alemanes.

—¡Malditos canallas! —exclamó el general Santini.

—Ha ocurrido en todas las guerras —reconoció.

Los tres se sentaron a una mesa de caoba, grandiosa y recia, como era todo en aquel despacho. El centro de la misma lo ocupaba un mapa de Europa Occidental sobre el que se habían trazado numerosas flechas, rayas, cruces... y un sinfín de signos que lo convertían en un maremágnum de indicaciones de muy difícil interpretación para quien no estuviera familiarizado con semejantes códigos.

—Los aliados —comenzó exponiendo el general Joffre— hemos conseguido frenar a las tropas alemanas al norte de las poblaciones de Compiègne, Soissons y Reims —mientras hablaba, el general señalaba con un lápiz los lugares a los que se refería—. Por el oeste, nos hemos hecho fuertes en Lassigny, Rosiéres, Arras, Ypres y así hasta el mar a la altura de Ramscapele. Pero son poderosos. Los alemanes llevan preparando esta guerra desde muchos años antes que el serbio Gavril Princip asesinara en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando. En ese sentido nos llevan mucha delantera.

Alain escuchaba con interés las explicaciones del general Joffre, mientras que su padre permanecía también en silencio barriendo con la mirada un mapa que se conocía a la perfección. No sin motivo, él era uno de los hombres de confianza de Joffre.

—En el frente oriental las cosas están mucho peor. Los alemanes y los austrohúngaros se están haciendo con las tropas del Zar. Nicolas II carece del carácter de su padre, eso es evidente, y no tiene la personalidad necesaria para imponer el mando y establecer una jerarquía firme. No es capaz de mandar ni en su ejército, ni en su país...

—Ni en su familia —completó el padre de Alain, que tuvo el atrevimiento que no quiso tener el general.

—Bueno, que no es igual que Alejandro III —resumió Joffre.

Alain asintió, callado, expectante, sin saber ni por qué ni para qué lo habían convocado a una reunión así. «¿Qué querrá el comandante en jefe del ejército francés de un hombre como yo?», se preguntó, inquieto.

—Aunque el general Sir John French y sus tropas, junto a las nuestras, consiguieron frenarlos en las orillas del Marne, no podemos estar ni mucho menos tranquilos. Todos los días nos informan del número de bajas, y las cifras son infernales, imposibles de asumir para un pueblo.

—Alain, todo lo que te cuenta el general Joffre es alto secreto militar.

—No se preocupe padre, soy una persona que ha jurado lealtad a su patria, aunque no haya sido un juramento de armas.

—Sí, ya sé que no ha sido un juramento de armas, no hace falta que me lo recuerdes —el laureado general de caballería Alain Santini no podía soportar la vergüenza que supuso para él que su único hijo no ingresara en la milicia, como si fuera un cobarde.

—Alain, necesitamos la ayuda de todos los franceses —sintetizó el general Joffre.

—¿Qué van a hacer, enviarme al frente? —preguntó inquieto

Alain.

—Si el ejército te hubiera necesitado en la trinchera, el general Joffre no se habría molestado en traerte aquí y en explicarte la situación actual de esta encarnizada guerra que nosotros no empezamos.

—Sí Alain, como bien dice tu padre, no te hemos llamado para contarte esto sin más. Lo que queremos es hacerte ver que esta contienda se presume larga, y que vamos a necesitar muchos efectivos, y más amigos, muchos más amigos de los que hoy en día tenemos.

—Más países amigos, Alain —puntualizó su padre.

—Queremos que España abandone la ridícula situación de neutralidad que mantiene y que entre en la guerra a nuestro lado —Joffre disparó directo al centro de la diana.

—¿España? —se extrañó Alain—, pero se declararon neutrales desde los primeros momentos. ¿No?

—Eso ya lo sabemos, Alain —concedió su padre—. Y no solo desde el primer momento, sino que Dato no ha parado de ratificarse en esa postura cobarde, impasible ante la carnicería a la que están sometiendo los alemanes y los austriacos a toda la Europa civilizada; y ya veremos la postura italiana, sobre todo después de las noticias que nos han llegado sobre la inminente entrada de Turquía al lado del Káiser. Alain, la situación puede convertirse en crítica para nuestro país y necesitamos más efectivos en los campos de batalla, y España es una nación muy grande, llena de hombres capaces de sacrificarse por su patria y por un ideal. Necesitamos a España como amiga activa, no como espectadora pasiva —el padre de Alain iba alterándose con cada frase que manifestaba.

—Padre, pero ¿qué tengo yo que ver con todo eso?, su Rey ya se ha pronunciado y me consta que se ha comunicado directamente tanto con nuestro presidente Poincaré como con el rey Jorge V y con el Zar.

—¿Y qué ocurre, que no va a haber ninguna manera de que cambie de opinión?, ¿vamos a conformarnos con seguir presenciando de brazos cruzados cómo nuestros hijos, los que han querido ser militares, claro —las palabras de Alain eran dardos envenenados—, mueran por nuestra causa mientras que a pocos kilómetros los españoles se hagan de oro a nuestra costa?

—Padre, yo...

—Alain tienes que evitar esta absurda situación —el general se acaloraba cada vez más y la conversación ya había dejado de ser tal, para convertirse en un ataque frontal a su forma de ser y a la

negativa que dio en su día cuando se opuso a ingresar en la escuela militar—. Ya que no has querido aferrar un arma, empuña la inteligencia, la diplomacia o lo que te dé la gana, pero evita esto. Te ordeno que evites esta masacre.

—Padre, yo no tengo la culpa de que mis compatriotas estén muriendo.

—Basta, por favor, basta —Joffre se vio obligado a abandonar su silencio e intervenir en una situación que se había tornado en un enfrentamiento abierto entre un padre rencoroso y un hijo huidizo —. Así no vamos a ir a ningún sitio.

Tras una pausa de unos segundos, Joffre volvió a hablar.

—Alain, queremos que te muevas de la manera que entiendas oportuna para que España entre en esta guerra a nuestro lado. No es suficiente con su neutralidad, es necesario que participe con nosotros, con los pueblos que le son afines.

—Pero mi general, la situación en Marruecos...

Joffre no le dejó hablar.

—No me hables de la situación en Marruecos, Alain. También podemos argumentar que somos el principal mercado hispano, y que los lazos de amistad de España con Francia se remontan a tiempos lejanos. Ellos tienen un compromiso con nosotros y es ahora cuando tienen que cumplirlo.

Alain recordaba lo que aprendió en la escuela sobre lo que llamaban los españoles *Guerra de la Independencia*, aquella masacre que se libró en suelo hispano hacía poco más de cien años, un período muy corto para que un pueblo olvide una confrontación tan cruel como aquella.

—Alain, no te lo está pidiendo tu padre, te lo ordena la máxima autoridad militar de tu país y te lo están demandando todas las mujeres francesas, a cuyos hijos y maridos puedes salvar de morir asesinados bajo la bota teutona —a Alain le pareció que sobraban las últimas palabras de su padre, que pertenecían más a una encendida arenga cuartelera que a una reunión profesional de trabajo—. Y ahora, déjanos solos al general y a mí, que tenemos que tratar otros asuntos. Espérame fuera.

Con el deseo de fortuna por parte del general Joffre, y con un fuerte apretón de manos de este, Alain Santini deshizo el camino andado en dirección a la mayor incógnita que se abría en su vida.

Cuando se hubo marchado, el general Santini se dirigió a Joffre.

—Mi general, creo que nos estamos equivocando. Mi hijo no tiene carácter para una misión así.

—Perdona que te contradiga, Alain, pero creo que sí lo tiene. Su

expediente en el ministerio de exteriores es envidiable —Joffre abrió una carpeta que había permanecido cerrada durante toda la reunión. Extrajo de ella un par de hojas y comenzó a releerlas—. A sus treinta y ocho años es una persona de la que todo el mundo ha hablado siempre extraordinariamente bien: capacidad de trabajo, inteligencia, seriedad, patriotismo… Ha viajado mucho y habla perfectamente inglés, ya que residió en Liverpool un año; el ruso, porque vivió en San Petersburgo de 1910 a 1912 y, lo más importante, el español. Trabajó en Madrid durante cinco años. Alain, para esta misión no solo necesitamos que nuestro hombre hable su idioma sino que conozca a los españoles a la perfección, sus costumbres, su idiosincrasia, su historia, sus fortalezas, que las poseen, y sus debilidades, que las ocultan. Además, es viudo y nada mujeriego.

—Y eso, mi general, ¿qué tiene que ver?

—Para mí mucho. Un hombre mujeriego es más vulnerable, está menos concentrado en su trabajo… Tengo entendido que no ha superado la muerte de su mujer.

—No, mi general —confirmó Alain—. De hecho, María Dolores falleció en Madrid y está enterrada allí. Fue un duro mazazo para mi hijo y en la familia sabemos que todavía no se ha repuesto.

Joffre cerró la carpeta y miró profundamente a los ojos de su general.

—Alain, tu hijo no es nuestra única esperanza pero constituye una expectativa muy importante para nosotros. Necesitamos que desbloquee esta situación. Dale libertad para que desarrolle su imaginación y su intuición. Seguiremos trabajando en otras alternativas, por supuesto, pero creo que Alain se va a granjear un lugar en nuestra historia, aunque no sea dentro de un uniforme, como nosotros.

Con obediencia y marcialidad, el general Alain Santini asintió a las palabras de su jefe, aunque no comulgaba con ellas.

5

El teniente del Regimiento de Granaderos de la Guardia Fritz Springer llevaba dos días enteros sin dormir, tres sin quitarse las botas, cuatro sin comer caliente y diez sin lavarse, no ya en una bañera de espuma, como acostumbraba antes de comenzar la guerra, sino en uno de los apestosos aseos comunitarios que habían dispuesto las tropas alemanas en las trincheras que defendían su posición, en las proximidades de Jaroslav.

El resplandor de las bombas rusas, aunque restallaban en la lejanía, le permitía comprobar que eran las dos y media de la madrugada, y todo en silencio, que era lo que más le preocupaba. Odiaba las noches, con aquella incertidumbre que le acogotaba y le provocaba un insomnio impropio de su edad. El teniente tenía únicamente veintiocho años y se sentía como un viejo prematuro, como si se hubiera disfrazado de anciano para un macabro baile de carnaval, como a principios de año, cuando acudió a los salones del berlinés hotel Adlon. Su padre era uno de los militares más respetados y apreciados del ejército alemán y se decía que el propio Káiser le había condecorado en numerosas ocasiones.

Pero aquellas sábanas de satén sobre las que tanto le gustaba disfrutar se antojaban ahora casi como mortajas que esperan acoger el cuerpo de un militar infortunado. «Pero no seré yo ese militar», se decía para sí todas las noches. El espíritu de supervivencia le guiaba en cada acto.

Le había tocado estar de guardia y se encontraba algo alejado del último de sus hombres, mirando las estrellas cuya visión se interrumpía constantemente por los resplandores de la artillería rusa. Temía que la guerra se prolongara más de lo que habían vaticinado, y que se adentrara el desabrido otoño y el temible invierno, con sus temperaturas, humedades, soledades y crueldades. Alemania había declarado la guerra a Rusia sin que se llegara a producir ni un solo disparo, solamente los del anarquista serbio que asesinó al archiduque Francisco Fernando y a su mujer en Sarajevo, allá… ¡tan solo hace tres meses! A Fritz le parecía una eternidad.

Pero las cosas iban bien, la batalla de Tannenberg había resultado un éxito clamoroso de las tropas del Káiser, brillantemente comandadas por el general Paul von Hindenburg. Su pericia, unida a la pésima organización del ejército ruso, a la ineficacia de su maquinaria militar, al nulo carisma de su Zar —cuestionado por su población, entre otras cosas, por estar casado

con una alemana a la que se acusaba de espía—, incluso al despropósito que suponía que el ancho de vía ruso fuera distinto al alemán, impidiendo así que los refuerzos rusos pudieran acudir directamente al frente, había llevado a la heroica victoria teutona en un breve plazo.

Pero Fritz no se creía todo lo que decían, realmente no se creía casi nada. Si la guerra iba a ser tan sencilla, «¿por qué no hemos derrotado ya a los franceses, a los ingleses, a los rusos y estamos todos de regreso en nuestras casas?», se preguntaba con desazón.

Un ruido nuevo, desconocido, despertó la ensoñación del teniente y le sumió en la mísera realidad que vivía en ese momento. Se echó la mano al cinto y desenfundó su pistola. Abrió los ojos al máximo y se levantó de la silla en la que había encontrado acomodo. Avanzó hacia la izquierda, por donde había llegado el ruido, mientras procuraba caminar apoyando primero la puntera y dejando caer suavemente el resto del pie, y así paso tras paso, para que sus andares no los percibiera ni siquiera el afinado oído de las innumerables ratas que convivían con los soldados de ambos bandos.

Un sordo sonido de desgarro le alertó de lo que temía, de lo que ya había sucedido en otras ocasiones: una patrulla rusa se había acercado demasiado a sus líneas y estaba atacando a sus hombres aprovechando la complicidad de la noche.

No se lo pensó un instante y avanzó deprisa, sin importarle ahora que sus pasos pudieran ser detectados por el enemigo. Así llegó a un lugar donde se batían tres rusos con varios soldados alemanes que habían sido sorprendidos desprevenidos y no habían podido usar ni sus fusiles ni sus bayonetas. Fritz se tiró sobre el primero de los rusos con los que se encontró, que acababa de degollar con su cuchillo a un pobre muchacho de su regimiento. Apoyó la pistola en su cabeza y disparó sin dudarlo ni un instante. Después se volvió hacia los otros dos, que forcejeaban con dos soldados suyos. Al más próximo le propinó una fuerte patada en los riñones; cayó al suelo con violencia. Ahora, el tercero se encontraba de pie, frente a él. Tampoco le tembló el pulso.

Se acercó de nuevo al ruso a quien había golpeado, que se retorcía del dolor producido por el impacto recibido. Sollozaba algo; unas palabras ininteligibles porque ninguno hablaba ni una sola palabra de su idioma.

Fritz apoyó la pistola sobre su pecho, a la altura del corazón. Pero no disparó, y no por pena ni por la lástima que pudiera generarle aquel muchacho rubio de ojos claros, supuso, como su

piel.

—Vosotros —ordenó—, llevaos a este ruso. Vamos a interrogarlo.

Mientras sus dos hombres cargaban con el desarmado soldado enemigo, Fritz sacó su silbato y lo usó con todas sus fuerzas. Si habían descubierto a un comando, podía haber más por las inmediaciones.

Hicieron recuento alumbrados por las primeras luces del alba. Los tres rusos que habían llevado a cabo la escaramuza se habían cobrado la vida de ocho alemanes. Si él no hubiera intervenido, ¿cuántos más habrían perecido bajo los afilados cuchillos de aquellos hombres del Zar?

La llegada de un soldado con un papel sorprendió a Fritz con una bebida caliente en la mano. La madrugada le había destemplado y aquella agua con un ligero aroma a café le reconfortó casi lo mismo que la expectativa de dormir seis horas seguidas, como le había asegurado su jefe a la vez que le felicitaba por la acción contra el comando ruso.

La nota no podía ser más explícita. Le ordenaban que se presentara de inmediato en la capital del país. Se dirigió a su superior y le informó de la instrucción recibida.

—Yo he recibido otra en la que se me ordena que te facilite el transporte hasta Cracovia. Allí estarán esperándote para llevarte a Berlín.

—¿Sabe usted por qué me llaman? Que yo sepa no se están dando permisos.

—Springer, los permisos están suspendidos, por lo menos por ahora. Eso que tiene usted en la mano no es un permiso precisamente. Suena a la asignación de una nueva función. Me parece que no le veremos por aquí de nuevo.

Fritz asintió sin saber muy bien qué había querido decir su jefe.

A pesar de la escasa distancia con Berlín, el teniente Springer tardó más de tres días en llegar a la ciudad del Spree.

Al cabo de aquel interminable viaje, Fritz, lavado, afeitado y con un uniforme limpio se presentaba ante el militar que lo había citado.

—Mucho ha tardado Springer —le espetó Gerhard von Below, un desconocido para él.

—He venido en cuanto me avisaron, Herr coronel —se disculpó Fritz.

—Siéntese —le ordenó desabridamente. Von Below no tenía tiempo que perder y menos en prolegómenos.

El teniente obedeció el seco mandato recibido. Al lado del militar que le hablaba, había una persona a la que tampoco había visto en su vida. Aunque estaba sentado, parecía un hombre bajito. No mediría más del metro sesenta y cinco, como mucho. Llevaba el pelo muy corto, moreno, y con un pequeño bigote que se alejaba de los gruesos y ostentosos mostachos que lucía la mayor parte de la clase militar. Vestía un traje gris, con chaleco. Lo que más impresionó a Fritz fue el aire enigmático y frío de su rostro. Excepto porque pestañeaba, parecería un muñeco de perfecta manufactura, un ser inanimado, una pieza disecada.

El militar sostenía unos papeles en su mano. Fritz supuso que sería su hoja de servicios. No se equivocó.

—Usted es el menor de tres hermanos, todos ellos militares y, por lo que veo, es un experto tirador. ¿No es así? ¿Dónde aprendió a disparar?

—En Oberammergau. La familia tiene una finca. Me enseñó mi padre.

—Hábleme de idiomas. Aquí pone que habla francés y que había empezado a aprender inglés, pero que la guerra interrumpió sus estudios. Pero lo que más me interesa es que sabe español. ¿Por qué conoce este idioma?

—También nos lo enseñó nuestro padre. Tanto a mí como a mis dos hermanos mayores —explicó Fritz—. Su madre era española, de Valencia, y le pareció útil que lo supiéramos. De hecho, muchas veces hablábamos en casa en español. Mi madre no lo sabe y así nos comunicábamos entre los hermanos sin que ella se enterase —contando la travesura, el teniente mostró una ligera sonrisa que no fue correspondida por ninguna de las dos personas que le miraban.

El hombre que estaba sentado alargó la mano, sin mediar palabra. El coronel le entregó el expediente. Lo ojeó con atención mientras levantaba la vista descaradamente hacia Fritz. Todavía no se había identificado.

—Teniente, dígame —el desconocido comenzó a hablar—, ¿cada cuánto tiempo se baña en el frente, cada cuántos días come en una mesa atendida por una bonita camarera, cada cuántos días descorcha una buena botella de vino, o mejor todavía, de champán?

Fritz no entendía aquellas preguntas. Él estaba destinado en primera línea del frente y los escenarios que pintaba aquel extraño correspondían solo a un buen sueño, nunca a la atroz realidad.

—Me parece que usted sabe la respuesta mejor que yo.

El hombre sonrió malintencionadamente, con una mueca forzada, algo irónica.

—¿Ha oído hablar de la División III b?

—Claro que he oído hablar —aseguró el teniente.

—¿Ha conocido a alguno de sus miembros?

—No, señor, nunca he conocido a miembro alguno de nuestros servicios secretos.

—No me lo creo —le rebatió el hombrecillo.

—Es la verdad, señor, nunca he conocido a alguien que trabajara para la División III b.

—Pues el enemigo está harto de descubrirnos. Han muerto ya demasiados agentes nuestros infiltrados entre sus líneas, entre la población civil. Los hemos disfrazado de todo: de pastores, de agricultores, de criadas, de ancianos… y siempre son desenmascarados.

Se hizo una pausa. El hombre que vestía de paisano sacó un cigarrillo que ofreció al teniente. El coronel no fumaba. Fritz lo aceptó.

—Me llamo Walter Nicolai, y soy el director de la División III b.

Fritz casi tose al escuchar aquella afirmación. Se encontraba delante del máximo responsable de los espías alemanes, tanto de quienes operaban en el frente como en la retaguardia. El que mandaba sobre los destinos de, contaban, varias decenas de miles de personas.

—Le necesitamos Fritz, le necesitamos a usted. Necesitamos a alguien que hable español con absoluta fluidez porque estamos muy preocupados con la evolución de la guerra. Por favor, coronel…

Von Below tomó la palabra.

—Fritz, aunque nuestro aparato propagandístico está cantando victorias en todos los frentes, la realidad no es así. Sí es verdad que hemos dominado Bélgica en el plazo previsto y que solo encontramos oposición en la toma de Lieja, el resto fue un paseo militar. ¿Conoce usted el Plan Schlieffen?

El teniente negó con la cabeza.

—Es una estrategia ideada por Alfred Graf von Schlieffen por si llegaba el momento, que como vemos, llegó. Si entrábamos en guerra, sabíamos que tendríamos enemigos por ambos flancos. El ruso era el más poderoso, pero también el más desorganizado y el que más tiempo tardaría en reaccionar. Por eso, el general alemán diseñó un plan para aplastar en primer lugar a Francia y a Inglaterra por el oeste en un plazo entre tres y cuatro semanas, como máximo. Más tarde concentraríamos todas nuestras fuerzas en

el este, antes de que los rusos llegaran al campo de batalla. Pero con lo del Marne el Plan Schlieffen ha quedado inutilizado. No podemos distraer fuerzas del oeste porque los franceses, ayudados por los ingleses y por tropas coloniales, y también por lo que queda del ejército belga, incluso con desertores nuestros en Alsacia y Lorena, se han hecho fuertes. No podíamos sospechar la implacable oposición que han presentado los franceses. Han demostrado una idea de patriotismo y de unidad que jamás habríamos imaginado.

—¿Pero la victoria de Tannenberg...? —quiso saber Fritz.

—La victoria de Tannenberg y de los lagos masurianos —intervino Walter Nicolai—, pero también está la derrota de Lemberg por parte de los austriacos, que no están a la altura de las circunstancias. Eso ha permitido a los rusos recuperar Galitzia. ¿Lo entiende, mi teniente?

Fritz se sorprendía con lo que escuchaba. La propaganda oficial decía una cosa pero aquellos dos hombres le contaban otra muy distinta.

—Por eso necesitamos acabar lo antes posible con los enemigos en el flanco occidental: los franceses y los ingleses. Ahí entra usted —Nicolai le señaló con el dedo en un gesto acusador.

—¿Yo?

—Sí, usted. Necesitamos que España entre en la guerra a nuestro lado. Mantenerse al margen de esta confrontación y no apoyar a quienes están atacando a sus enemigos nos parece una postura cobarde por parte del gobierno de Alfonso XIII.

—Nicolai se refiere a la situación en Marruecos —aclaró Von Below.

—Los franceses han vuelto a humillar a los españoles en Marruecos —sentenció el jefe de la División III b—. La firma de los tratados de Algeciras y de Fez han vuelto a dejar en evidencia la escasa, nula diría yo, capacidad diplomática española. España, un país que se ha quedado sin colonias, que perdió hace algunos años Puerto Rico, Filipinas y Cuba, y que sigue soportando una situación denigrante en Marruecos y en Gibraltar por culpa de Francia y de Inglaterra —Walter Nicolai ya no ofrecía la imagen de hombre frío y distante, sino la de un encendido militar que no asume una situación, para él, injusta—. Y así y todo, no es capaz de levantar la mano contra ellos y les sigue el juego. Si nosotros ganamos la guerra, que la ganaremos porque somos el mejor ejército del mundo, y ellos están con nosotros, en unos meses serán los dueños de todas las explotaciones de interés en Marruecos y la bandera española ondeará de nuevo en lo más alto del Peñón. Alemania es la

envidia del mundo, somos los supremos dueños de lo material y de lo inmaterial. Hable usted del carbón, del acero, de la química o de la electricidad; pero también podemos hablar de música, de filosofía... Si ellos están con nosotros, tendrán todo. Si no, no tendrán nada.

Después del silencio que provocaron las prepotentes afirmaciones del jefe de los servicios secretos alemanes, el coronel von Below volvió a tomar la palabra:

—Queremos que trabaje para la División.

—¿Cuándo me tendría que incorporar? —preguntó Fritz, que ya no albergaba duda alguna sobre cuál era la verdadera razón por la que le habían sacado del frente.

—De forma inmediata —respondió Nicolai—. Va a pasar una semana con nuestros hombres en una especie de... entrenamiento, vamos a llamarlo, y después viajará a Madrid. Se le asignará una importante cantidad de dinero para que usted disponga de ella como entienda oportuno, como mejor sirva para nuestros intereses. Tendrá libertad de movimientos para hacer lo que desee, lo que quiera, pero arrégleselas para que España entre en la guerra. Use la ética o la razón, la extorsión o la muerte, lo que quiera, lo que quiera —repitió Walter Nicolai—, pero haga que España entre en la guerra a nuestro lado.

—Usted ha estado en el campo de batalla —argumentaba el coronel—, ha visto cómo es aquello. No hace falta que le explique la urgente necesidad de que esta locura, que nosotros no hemos buscado, acabe lo antes posible.

—No nos puede fallar —remarcó el jefe de la División III b.

—Su actuación está consensuada con Ludendorff —corroboró el coronel von Below.

El teniente se sentía abrumado por tanta información, por aquella retahíla de explicaciones, de peticiones y de órdenes.

—En el servicio secreto queremos personas comprometidas con la causa y que crean en la labor de inteligencia como la mejor manera de resolver los conflictos. Se instalará inmediatamente en Madrid.

Fritz acató la orden e intentó que sus piernas no le fallaran mientras se dirigía a la puerta que le conduciría a una nueva incógnita en su vida.

6

Alain había renunciado a vivir en un hotel lujoso. No quería hacerse notar en Madrid, ciudad donde su presencia era conocida. Había vivido en la capital desde 1902 hasta 1907, un año después de fallecer su esposa, su querida María Dolores. Durante ese tiempo trabajó en labores diplomáticas y fue una de las personas que representó a su país en la boda de Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battenberg, el treinta y uno de mayo de 1906. La capital constituía para el francés un doloroso conjunto de recuerdos. El callejero se le antojaba como un inmenso álbum de fotos porque en cada manzana situaba un recuerdo de María Dolores; pero no podía desoír la orden que le había encomendado el general Joffre. Además, no quería defraudar a su padre y quería demostrarle de una vez que podía servirse a Francia tan eficazmente desde la milicia como desde la diplomacia. Esta era la gran oportunidad que le proporcionaba la vida para demostrar sus habilidades, su pericia, el compromiso con su país.

Durante aquellos años madrileños, Alain no se prodigó en cultivar la amistad indiscriminada, sino que procuró que su círculo de relación estuviera constituido por personas con una categoría similar a la suya, tanto social como económica, política e intelectual. Una de aquellas referencias fue Stéphane Bigné. El diplomático le había mandado un telegrama desde Burdeos pidiéndole que le encontrara acomodo. Stéphane había apalabrado para él un piso de ciento cincuenta metros cuadrados en el número 11 de la calle Orellana. También le había buscado dos personas para el servicio: un cocinero y una doncella. Cuando Alain estuvo viviendo anteriormente en la capital residió en la calle Claudio Coello, en el barrio de Salamanca, pero ahora prefería situarse a una cierta distancia de aquellos recuerdos. Ya tenía bastante con que le acosaran por cada uno de los surcos de su cerebro como para que también le persiguieran por la calle. Con María Dolores, con la enfermiza y famélica María Dolores, fue muy feliz y gozó del matrimonio durante cada día de los que tuvo la suerte de disfrutar de ella, pero una desgraciada noche, el más terrorífico de los Jinetes del Apocalipsis se la llevó a galope hasta la Sacramental de San Isidro.

Después de realizar varias llamadas telefónicas desde su nueva vivienda, Alain se dirigió a casa de su amigo Stéphane.

Era, y con mucha diferencia, la biblioteca más importante que

el diplomático conocía fuera de las universitarias o de las públicas. A pesar de los años transcurridos, todavía no se había olvidado de la disposición de los volúmenes, de la limpieza que se respiraba en el lugar, de la chimenea que protegía la acogedora estancia de los rigores del invierno madrileño. Probablemente, y después del fallecimiento de María Dolores con mayor razón todavía, la vivienda de su amigo Stéphane Bigné era para Alain el lugar más plácido, relajante y deseado de la ciudad.

—Alain, sabes que puedes llevarte el libro que quieras. De ti me fío —comentó sonriendo Stéphane, mientras miraba a su compatriota cómo, casi embobado, repasaba con el dedo índice los lomos de algunos volúmenes.

—Lo sé, Stéphane, pero no quiero llevarme ninguno, desgraciadamente no he venido a Madrid a disfrutar de la literatura, ya me gustaría.

Stéphane Bigné era un septuagenario que residía en Madrid desde finales del siglo anterior. Había llegado a la ciudad en compañía de su esposa como representante de una casa de distribución de bebidas alcohólicas, y se estableció en la capital con intención de quedarse en ella de por vida.

Ambos tomaron asiento de nuevo y Alain declinó el ofrecimiento de una copa de coñac con la que Stéphane quería agasajarle.

—En unos días voy a entrevistarme con el conde de Romanones. Ya me ha dado fecha.

—¡Caray, con don Álvaro de Figueroa y Torres!, ¡vaya personaje! —exclamó Bigné, levantando las palmas de las manos—. ¿Tú ya le conoces, verdad?

—Sí, tuve la oportunidad de conversar con él varias veces cuando estuve destinado en Madrid, pero ha transcurrido mucho tiempo desde entonces.

—¿En qué año exacto te marchaste de Madrid? Esta cabeza que tengo cada vez me falla más.

—Yo me marché de Madrid en 1907, en marzo. Él acababa de dejar la cartera de Gobernación.

—Sí, aquello fue algo inconcebible. Recuerda que Romanones ya había sido ministro de Gobernación cuando el atentado al Rey, el día de su boda. De hecho, había sido el responsable de la seguridad durante la ceremonia del matrimonio de Alfonso XIII con Victoria Eugenia, que a punto estuvo de enturbiar fatalmente el anarquista Mateo Morral. El Rey lo destituyó a los pocos días de aquello y, a finales de año, Su Majestad lo volvió a nombrar ministro de Gobernación.

—Stéphane, puede que no haya más personas preparadas —razonó Alain, que no se explicaba tampoco ese inusitado movimiento de ida y vuelta del Conde a la cartera de Gobernación.

—¿Que no tiene a otros?, ¡claro que los tiene!, pero no sé por qué confía tanto en él. Bueno, dices que te fuiste en marzo de 1907. Pues mira, después de tu marcha, que casi coincidió con su cese, el Conde estuvo muy centrado en sus negocios en África, concretamente en sus inversiones en el Sindicato Español de las Minas del Rif, y se dedicó a atacar a Antonio Maura con extrema dureza, tanto desde su escaño de la Carrera de San Jerónimo como desde su periódico.

—El *Diario Universal*, si mal no recuerdo —apuntó Alain.

—Correcto, el *Diario Universal* es suyo. Siempre le gustó la prensa, como todas las personas que quieren ejercer influencia sobre los demás. Antes estuvo con *El Globo* —recordó Bigné—. Pues, como te decía, a pesar de ser uno de los instigadores de Maura, cuando el Rey quitó a don Antonio por lo de Barcelona del verano de 1909, y regresó a los liberales con Moret, este ni le dio una mala cartera en su gobierno. Lo excluyó, Alain. Moret ignoró al látigo de Antonio Maura —sentenció el anfitrión, demostrando de nuevo los conocimientos de la actualidad política del país en el que vivía.

—Pero eso yo sé por qué es, y tú también.

—Claro que lo sabemos los dos, y también lo supo Segismundo Moret. No iba a poner en el gobierno a alguien con más personalidad que él. Eso es algo muy común entre los mediocres. Álvaro de Figueroa, nos guste o no, es un gran orador, un hombre muy culto, con un vasto y brillante historial político detrás, y que puede arrebatar protagonismo a quien se lo proponga; y Moret no es precisamente un hombre muy seguro de sí mismo, como luego se demostró.

—Pero Romanones ha sido presidente del Consejo de Ministros, ¿no?

—Espera, no te adelantes. Cuando el Rey quitó a Moret y puso a Canalejas, este mandó a Romanones a la cartera de Instrucción Pública. De ahí saltó a la presidencia del Congreso de los Diputados y, desde esa tribuna y cuando asesinan a Canalejas, el Rey le concedió la presidencia del Consejo de Ministros.

—Vamos, que se ha sentado en los mejores sillones políticos de España.

—Sí, Alain, Romanones se ha sentado en los mejores sillones, como dices, pero no solo de la política, sino también de los negocios. Los tiene por toda España. Tiene tierras en Guadalajara,

de donde es su mujer, la hija de Alonso Martínez, y también en Murcia, en Jaén y en Madrid, por supuesto. Es un hombre inteligente y, además, el azote de los curas —comentó el anfitrión, sonriendo.

—Sí, recuerdo aquello, fue antes de que yo llegara a Madrid. Se decía que en el Vaticano no podían verlo.

—Ya sabes, si restringes prebendas a la Iglesia te arriesgas a la excomunión... Les debió sentar muy mal las medidas que tomó contra los privilegios de los que gozaban.

El diplomático asintió mientras volvió a mirar la biblioteca de su amigo, que ejercía sobre él un poder hipnótico.

—Soy muy prudente y no te voy a preguntar qué has venido a hacer en Madrid, pero creo saberlo —inesperadamente, Stéphane dejó de hablar de política. Apreciaba demasiado a su amigo como para preguntarle directamente por sus intenciones, y prefirió mantener silencio.

Alain sonrió, pero no pronunció palabra alguna al respecto. Al contrario, prefirió formular a su amigo una cuestión sobre las relaciones del Conde con el Rey.

—¿Hasta dónde crees que Romanones puede influir en Alfonso XIII? —sondeó el diplomático.

—No lo sé. A veces no sé qué opinar de Su Majestad —a pesar de ser súbdito de otro país, siempre que Bigné hablaba de Alfonso XIII mostraba por el monarca el máximo respeto que se le atribuye por cargo—. Por un lado le veo soberano en la toma de decisiones, capaz de adoptarlas con reflexión y cordura, ajeno a los juicios de las personas que lo rodean. Pero por otro me parece que está movido por hilos invisibles. ¿Y sabes quién los maneja?: su madre —Stéphane respondió él mismo a la cuestión planteada.

—¿Su madre? ¿Por qué tiene que ser su madre y no su mujer?

—Bueno, las relaciones del monarca con las dos reinas son muy distintas. Una le dio la vida y le educó para ser lo que era desde la cuna. La otra le ha dado unos hijos, alguno de ellos con taras, ya sabes... Pero volviendo a tu pregunta inicial, pues no sé qué grado de influencia ejerce Romanones sobre el Rey y qué pasaría si en vez de ser Dato el presidente del Consejo de Ministros fuera él. Me imagino que lo preguntas por la postura española ante la guerra.

Alain ni asintió ni desmintió, se mantuvo con el mismo e impasible rictus, mirando a su amigo fijamente y dejándole hablar.

—Espera, te voy a dar algo.

Con cierta dificultad, Stéphane se levantó del sillón y caminó hasta un gabinete contiguo al salón. Después de cinco minutos

regresó con un periódico en la mano que entregó a Alain. Este, algo extrañado, tomó la hoja doblada por la mitad —el diario constaba únicamente de cuatro páginas— e, instintivamente, lo abrió por el centro.

—Recuerdo que se publicó el día anterior a la muerte del Papa. Está al principio, en la portada. El artículo se titula *Hay neutralidades que matan*. Léelo con calma. Va sin firmar pero todo el mundo sabe quién lo escribió.

El diplomático leyó la nota previa en la que el diario informaba que uno de sus colaboradores *de los que tienen más alta consideración, nos envía el artículo que creemos obligados a publicar porque en los momentos actuales creemos patriótico abrir camino a toda idea que patrióticamente* —el mismo diario caía en la redundancia del énfasis que suponía la palabra clave— *sea expuesta y merezca estudio.*

Mientras Alain leía cada letra, dentro de su cabeza se producía una miscelánea de ideas que agitaban su corazón y su semblante. El anfitrión se dio cuenta.

—Veo que ese artículo te interesa, ¿no?

—Sí, y mucho —respondió, casi entusiasmado y sin apartar los ojos del diario.

—Antes te ofrecí un libro y declinaste. Si te ofrezco llevarte este periódico, ¿también vas a decirme que no?

—No, Stéphane, a esta invitación no voy a negarme —reconoció, entusiasmado—. ¿Me lo prestas por unos días?

7

El convoy estaba a punto de hacer su entrada en la estación de La Losa. Allí se habían concentrado varios aldeanos, miembros de la Guardia Civil, personalidades desocupadas, algún militar de los destacamentos de Segovia y personal de los cercanos palacios de Riofrío y de La Granja. La llegada del tren real siempre era motivo de expectación en unos pagos donde la vida transcurría sin el agobio de una ciudad como Madrid, ya con seiscientas mil almas.

Después de las tres de la tarde, un lejano silbido anunció a los presentes que la locomotora hacía su entrada en el apeadero. El primero en descender fue Su Majestad y, después de cruzar la mano con varios políticos, se acercó al coche que Antonio Sambeat, su mecánico, le había subido desde Madrid.

—Majestad, ¿quiere que le lleve o desea conducir usted?

—Déjame el coche a mí, Antonio.

El conductor se apeó y cedió el asiento al Rey.

—Pepe, ¡móntate!

José Saavedra obedeció al deseo de su amigo. Como siempre que se ponía a los mandos del Berliet 22 HP, el monarca aceleró más de lo que correspondía para el estado de aquel camino vecinal que comunicaba la estación de La Losa con el Palacio de Riofrío.

—Este coche va cada vez mejor.

—Majestad, más despacio, por favor.

—¿Más despacio? ¡Vamos, Pepe, no me vayas a decir ahora que tienes miedo! —el Rey estaba pinchando a su amigo. A ambos les gustaba la velocidad que desarrollaban aquellos ingenios mecánicos que inducían filias entre las clases pudientes que podían adquirir uno, o fobias entre quienes se conformaban con mirarlos pasar y comprendían el peligro que acarreaban.

El Rey conducía con soltura y se sentía seguro al volante. Le parecía que montaba un caballo dócil y obediente, pero infinitamente más rápido y poderoso. Por ello, aceleraba en un tramo recto que se conocía a la perfección. Había llegado a pensar que uno de los atractivos de organizar cacerías en Riofrío era precisamente ese, la posibilidad de pilotar el coche con más libertad de la que gozaba en la ciudad, entre las calles del Madrid que lo vio nacer hacía veintiocho años.

Los ladridos de la jauría se hicieron cada vez más audibles. Sujetos por sus correspondientes correas, los sabuesos esperaban el momento en el que los disparos les anunciaran el inicio de su faena.

Aparcó cerca de la entrada, donde uno de los guardeses, cubierto con un pesado guardamonte, se apresuró a abrir la portezuela del Berliet.

El Rey volvió a saludar a varias personas más mientras llegaba una hilera de siete u ocho coches que procedía de La Losa con el resto de participantes en la cacería: los Duques de Santoña, los condes de Gavia y los de Peña-Ramiro, amigos personales del Rey y habituales en ese tipo de eventos. En el último llegó la infanta Isabel, tía y madrina del Rey, cada vez más obesa, a la que nadie podía acompañar en su asiento porque ella sola ocupaba toda la parte trasera del coche.

—¡Vamos, que todavía nos quedan dos horas de sol! —la disposición, animosidad y capacidad de resolución del monarca eran continuas.

Los asistentes se pusieron en fila, cada uno con su arma elegida y junto a dos hombres dispuestos a ayudar a sus amos. Uno cargaba con un morral donde guardaba los cartuchos y el otro con tres o cuatro perros, que no paraban de ladrar.

Cinco horas después, y ya en el Salón de los Espejos de La Granja, uno de los lugares preferidos por el monarca, el grupo comentaba la cacería.

—No se ha dado mal, Majestad —opinó Juan Manuel Mitjans, duque de Santoña, mientras apuraba una copa de oporto.

—¡Bah, normal! —respondió el Rey, que no estaba muy satisfecho con el número de piezas cobradas. El monarca apuraba el segundo cóctel de la noche, su preferido: Dubonet con ginebra.

—Majestad, me han confirmado que han sido cobrados cuatro corzos, cinco ciervos y ocho jabalíes. Hay que tener en cuenta que hemos estado solo dos horas.

—Dos horas es muy poco tiempo. Me gusta más cuando venimos los fines de semana, pero mi secretario me los tiene ocupados.

—Majestad, pero el Rey es el Rey y todos nos debemos a él, y nuestros quehaceres no tienen importancia frente a los suyos —consideró José Saavedra y Salamanca, marqués de Viana, en su día preceptor del Rey y ahora amigo íntimo de Su Majestad, que en público guardaba las formas adecuadas aunque en privado las cosas fueran distintas, muy distintas.

—No te creas, Pepe. Un rey no es un hombre libre. Se debe a su pueblo y a él tiene que servir en todo momento, aunque quisiera hacer otras cosas. A mí me gustaría venir más veces aquí, o a El

Pardo, o a tu finca de Moratalla —comentó, en alusión a la del Marqués en la provincia de Córdoba, donde iban dos o tres veces al año—, o a cazar perdices a Santa Cruz de Mudela, pero las obligaciones me tienen sujeto a Palacio. Y lo que me gustaría que fuera una norma, se acaba convirtiendo en una excepción.

La tertulia la formaban cinco personas: el Rey, la infanta Isabel —que degustaba un coñac que acababan de servirle en una gruesa copa—, José Saavedra, el duque de Santoña y el conde de Peña-Ramiro, que era el más reservado. Habían cenado junto a otros invitados, alguno de los cuales ya había iniciado el regreso a Madrid en automóvil. Aunque se encontraban a mediados de octubre, el nivel del termómetro descendía hasta el punto de agradecer el fuego de la chimenea. Al calor de las teas que ardían dentro del hogar de mármol negro que confortaba la estancia, de los seis espejos que refractaban el calor, y junto al piano, la charla distendida se había convertido en el mejor momento de la jornada.

—¿Qué tal se encuentra la Reina? —se interesó el conde de Peña-Ramiro, por compromiso.

—Bien, alumbrará a finales de mes o primeros de noviembre. Ya tiene mucha experiencia en embarazos —sonrió, mirando a todos—. Bueno, ¿y qué se sabe de la guerra? —preguntó Su Majestad al grupo.

—Nosotros vamos a tener que acabar haciendo como los camareros en los cafés de Madrid —auguró la infanta Isabel, *la chata*, como la llamaban cariñosamente las clases más humildes de la capital—, que se han puesto una etiqueta en la chaqueta que dice *No me hable usted de la guerra*.

Todos los asistentes rieron ante el campechano comentario de la infanta.

—Aunque nosotros no somos camareros —continuó *La Chata*—, también estamos cansados de hablar de la guerra, pero no me extraña que se hable tanto. De hecho, es un tema de conversación mucho más habitual que en el noventa y ocho. Entonces se hablaba mucho menos de todo aquello.

—Es lógico —el duque de Peña-Ramiro, también mayor que el Rey, buscó una explicación—. Aquellas derrotas afectaban directamente a nuestros intereses económicos, políticos y financieros, y también a nuestra dignidad nacional. Por eso se guardaba más silencio. Ahora vemos la guerra como lo que es para nosotros, como algo ajeno, totalmente sin interés, excepto en el plano comercial, por supuesto.

—El mes de agosto fue terrible —se sinceró Su Majestad—, no

paré de recibir telegramas de todos los contendientes para que nos sumáramos a la guerra. Tanto en San Sebastián como en La Magdalena.

—Es normal, Majestad —el fuerte acento cordobés de José Saavedra se marcaba en la conversación sobre el resto—. España es un gran país, y todos quieren que esté a su lado.

—Alfonso, pero ahora también recibes telegramas. ¿No es así? —aseguró la infanta.

—Diariamente, a docenas. No hay jornada en la que el cartero no nos traiga treinta o cuarenta procedentes de alcaldías y de todo tipo de asociaciones donde me felicitan por mantenernos neutrales.

—Es de agradecer, Majestad —interpretó el duque de Santoña, que degustaba un grueso *Romeo y Julieta* que inundaba la estancia de un fuerte humo y que ensombrecía al débil que procedía del cigarrillo del Rey—. El pueblo quiere la neutralidad.

—Bueno, no todos, Juan Manuel. Pregúntale a Romanones, por ejemplo, a ver qué opina —rebatió el soberano.

—Quien quiere la neutralidad, seguro, será la Reina Victoria Eugenia —supuso la infanta Isabel—. Tiene a sus hermanos en el frente y la veo muy preocupada.

—Tía, también lo está mi madre. Tiene a tres hermanos en el frente. Uno de ellos, el archiduque Federico, es el generalísimo del ejército Austrohúngaro. Además, si, por la razón que fuere, se decidiera entrar en la guerra, el pueblo se echaría a la calle como ocurrió hace cinco años. Acordaos todos de lo que sucedió en Barcelona, y solo fue al llamar a filas a varios miles de reservistas. Si ahora estamos hablando de decenas, o centenares de miles —conjeturó el monarca—, la situación se volvería incontrolable. En fin —parecía que el Rey quería dar por terminada la velada—, mañana tenemos que madrugar. Quiero estar en Madrid a las diez de la mañana y he ordenado que me despierten a las siete en punto para oír misa a las siete y media.

Los duques de Santoña y de Peña-Ramiro se despidieron respetuosamente de su majestad así como de la infanta. Esta se cruzó un par de besos con su sobrino y con Viana bastó un gesto de la mano, frío y distante. Isabel de Borbón y José Saavedra se profesaban desestima mutua.

—¿Qué? —preguntó el Rey a su amigo, una vez que todos se hubieron marchado.

—Sí, está aquí —respondió, guiñándole un ojo.

La cara de Su Majestad se iluminó como si acabara de recibir un rayo de luz divina. Parecía que los problemas habían desaparecido

de súbito: la guerra con Marruecos, las revueltas obreras, la carestía de la vida, la creciente tensión entre las dos reinas por culpa de la guerra europea, incluso el corto número de piezas cobradas en la cacería de la tarde.

Ella estaba allí y eso era suficiente para que todo pasara a un segundo plano.

—Pepe, eres un amigo.

—Lo sé, Majestad, lo sé. Con estas cosas, es normal que la Reina me odie.

—Deja a Ena ahora. Dime, ¿dónde está?

—En el cuarto rosa. Vamos, Majestad, no la haga esperar, que es una chiquilla.

Algo nervioso, el Rey abandonó la estancia y caminó todo lo deprisa que pudo a través de los alargados pasillos del Palacio, sin guardar respeto a que bajo ese mismo techo hacía menos de una década pasó su luna de miel. Cuando llegó a la habitación que le había indicado el Marqués de Viana, llamó y esperó a que le dieran permiso para entrar. Ante el silencio recibido, abrió la puerta lentamente. Allí estaba ella, sentada como una estatua junto a un tocador, tensa, tan rígida que pareciera un cristal a punto de quebrarse.

—¿Puedo pasar? —pidió el hombre malintencionadamente, desde el umbral.

—Que yo sepa, a un Rey no hay que darle permiso para pasar a cualquier estancia de su Palacio —concedió la mujer.

Cerró la puerta con pestillo y se aproximó a la joven.

La mujer se mantuvo callada, expectante. La presencia del hombre anulaba su capacidad de pensar y de actuar. Aquello era superior a su poder de reacción. Alfonso se acercó a ella y la agarró muy suavemente por los hombros desnudos, cálidos y perfectamente moldeados.

—Elisa...

Fueron las últimas palabras que el rey Alfonso XIII pronunció aquella noche. La pareja se metió silenciosamente entre las cómplices sábanas de hilo del lecho con dosel de madera de jacarandá. Al Rey le gustaba que las camas en las que cometía infidelidades tuvieran *techo*. Era una manera de mantenerse alejado de la siempre incómoda mirada reprobadora de Dios.

8

Álvaro de Figueroa y Torres, primer conde de Romanones, era un madrileño de cincuenta y un años, algo petulante y un poco asimétrico de piernas. Escondía parcialmente el labio superior gracias a un bigote terminado en puntas hacia arriba, poseía una frente despejada, con entradas pronunciadas, y rociaba su pelo con gomina. La política era su hábitat natural. En Madrid había sido concejal y después Alcalde de la ciudad; y en el terreno nacional, y siempre como ministro, había ocupado las carteras de Instrucción Pública y Bellas Artes con Sagasta, Agricultura con Montero Ríos y más tarde Gobernación. De ahí pasó a Gracia y Justicia con José López Domínguez y luego, otra vez en Gobernación, como habían comentado Stéphane y Alain. Era uno de los liberales más reconocidos y sus relaciones políticas eran amplias pero siempre interesadas.

—Alain, ¡qué alegría verte! —Álvaro de Figueroa abrazó al francés con el sentimiento de ambivalencia que le producían todos los ciudadanos de dicho país. El Conde era uno de los aliadófilos más destacados del teatro político del momento, pero también odiaba a los franceses por cuanto le perjudicaban seriamente sus lucrativos negocios en África. Le extrañaba la visita de Alain Santini, a quien conocía de sus años en Madrid, y con quien había departido numerosas veces. Se sentía cómodo con él. Lo veía como un hombre disciplinado con su país, serio, incluso triste, no muy simpático, pero diametralmente alejado de la imagen que se había forjado el político español del prototipo de parisino dandi y engreído.

Después de los saludos corteses, y de extraer un cigarrillo de su inseparable pitillera de plata, Alain comenzó con la estrategia marcada.

—¿Qué tal van las cosas por España?, ¿qué tal le está sentando a tu país la neutralidad?

—Bueno, ya sabes que la neutralidad es un arma de doble filo. Por un lado te estás ahorrando dinero y vidas, eso es evidente, pero por otra te pierdes los beneficios que gozan las naciones que resultan triunfadoras. ¿Ganaréis vosotros a los alemanes? —Alain se esperaba la pregunta que le acababa de formular el Conde, aunque no tan pronto.

—Estamos totalmente convencidos de que el ejército alemán no podrá contra todos nosotros.

—El ejército alemán, y el austriaco, y el turco y el italiano si finalmente entran… —Álvaro Figueroa quería extraer la máxima información de Alain para comprobar hasta donde estaba dispuesto a contar.

—Turquía no lo sé, pero lo que sí parece claro es que Italia no entrará en la guerra. Su acuerdo con la Triple Alianza, vamos, con los otros dos componentes de la Triple Alianza, es ayudarles si son agredidos, no si ellos inician las hostilidades. Además, si entran no será junto a los alemanes sino con nosotros.

—¿Que Italia entrará en la guerra junto a Francia o Inglaterra? —el anfitrión no ocultó la sorpresa por la insospechada afirmación de su invitado. Con los ojos le pidió que justificara la aserción.

—Es solo una opinión personal. Italia tiene más de tres cuartas partes de su perímetro bañado por el mar, por tanto, es muy vulnerable a los ataques desde ese medio. Y en lo naval, la potencia mundial es Inglaterra. Ahí Alemania nunca podrá ayudarla.

Romanones se quedó pensativo. No había reparado en la posibilidad de que Italia entrara en el conflicto bélico junto a la *Entente Cordiale*.

—Claro —prosiguió el diplomático—, que tampoco sabemos la postura que tomarán los Estados Unidos de Norteamérica.

—Ellos no entrarán nunca en esta guerra —aseveró el Conde—. Bastante tienen con sus problemas fronterizos con México. Además, están muy lejos para interesarles.

—Los alemanes ya han hundido algún barco estadounidense. Ese puede ser el detonante. ¿No crees? —Alain quería conocer también la opinión de Romanones, no había ido a su casa para responder a un cuestionario.

—Cuando tus vecinos se están tirando los platos, es posible que alguna esquirla te llegue a ti. No, ellos se conformarán solo con hacer negocios con los contendientes.

—Y tú, Álvaro, ¿qué opinas de la neutralidad que ha decretado tu Rey y tu gobierno?

—No es mi gobierno, Dato no es de los míos.

—Es el gobierno de tu país. Dime, ¿qué opinas?

—Mi opinión ya la hice pública. Voy a llamar para que te traigan una cosa. Espera.

Antes de que el Conde hiciera intención de levantarse, Alain extrajo de su chaqueta un papel doblado. Era una hoja de periódico.

—¿Ibas a mandar que me trajeran esto?

Al reconocerlo, Romanones sonrió. Sabía que Alain era un hombre astuto, y le acababa de dar una nueva lección de ello. El

francés le entregó la hoja del *Diario Universal* en la que el conde de Romanones, aun sin firmarlo, había escrito algo que había conmocionado a gran parte de la sociedad. El artículo estaba fechado el diecinueve de agosto y, bajo el titular *Hay neutralidades que matan*, el político liberal advertía del peligro que suponía mantenerse neutral por el aislamiento en que quedaría España después de la guerra.

—Estoy de acuerdo contigo, Álvaro, mirar hacia otro lado cuando hay un conflicto de esta naturaleza es un error. Un país como España no debe permanecer aislado, ni su población ni sus intereses pueden permitírselo.

—Eso fue lo que quise argumentar con ese editorial que resultó tan controvertido.

En la nota, que más que un artículo periodístico parecía un discurso político desde la tribuna del Congreso de los Diputados, el Conde enumeraba las razones económicas y políticas por las que España estaba íntimamente vinculada con Francia, por la extensión de las fronteras que los unía y por ser su primer cliente y proveedor; y con Inglaterra, con quien compartía confines a través del dominio del mar de esta última —decía Romanones en aquella reseña que se convertía en la declaración política del liberalismo español— y también comentaba la relación con Portugal, el vecino país, protegido y aliado histórico de Inglaterra. España estaba rodeada de los intereses de la *Entente Cordiale* y no podía ni debía escapar de ellos.

—Me parece una manifestación muy inteligente, Álvaro, en especial por lo que dices al final —el francés buscó en los últimos párrafos y leyó textualmente—: *Si triunfa el interés germánico, ¿se mostrará agradecido a nuestra neutralidad?*

—Está claro que no, Alain, nosotros lo vemos así —Romanones se erigía en líder del movimiento liberal. En cada frase que pronunciaba no podía ocultar sus ansias de protagonismo.

—Además, como también apuntas, si Alemania fuera vencida, los vencedores, nosotros —matizó el francés— nada os agradeceremos.

—España es un país occidental y tiene que estar al lado de sus vecinos, de los suyos, no junto a los germánicos con quien nada nos une, ni quedarnos sentados en el tendido, como si asistiéramos a una faena de Joselito.

—Entonces, ¿cómo es que todavía no habéis entrado en la guerra?, ¿a qué espera España? Sabes que hay muchos españoles que se han alistado voluntariamente con nosotros.

—Sí, lo sé. Eso de la neutralidad habrá que preguntárselo a Su Majestad.

—Yo no voy a ir a preguntárselo.

Romanones volvió a sonreír.

—Yo tampoco. Sería una labor inútil. Su Majestad no va a declarar la guerra al país de su madre.

—Sería declarar la guerra a los enemigos del país de su mujer. ¿No? —Alain lo veía desde el punto de vista contrario.

—Querido amigo, nuestro país es muy singular. Vivimos en un lugar donde hay un Rey y dos reinas, y cada una es de un país contendiente entre sí. En esa situación, ¿qué puede hacer el Rey? No es por justificar su actitud sino por buscar una explicación. No, España no va a entrar en la guerra por muchos artículos que publicara yo o cualquier otro político. Tendrán que bastarse ustedes solos para vencer a un Káiser que está ebrio de ganas de convertirse en el dueño del mundo.

Alain aspiró la última calada del segundo cigarrillo. Aquel hombre no iba a presionar al Rey para que España se pusiera al lado de su país contra la Triple Alianza. A pesar de que los intereses comerciales de Romanones —continuó razonando el francés— coincidían con los del país por quien quería abogar. Posiblemente lo uno conllevara lo otro. Si Alemania ganaba la guerra, barrería a Francia de Marruecos y los acuerdos llegados con el país galo quedarían invalidados. No eran convenios especialmente beneficiosos para España pero sí suficientes para que don Álvaro de Figueroa y Torres continuara incrementando sus importantes y diversificadas fuentes de ingreso. En opinión de Alain, en ese artículo no había hablado el político que trabaja por el bien común sino el industrial que cuida su negocio. El camino a recorrer con el conde de Romanones había llegado a vía muerta antes de que el tren saliera de la estación.

—Bueno, Alain, ¿otra vez destinado en Madrid?

Los dos contertulios mantuvieron una conversación banal durante diez minutos más, hablando de naderías, de su nuevo destino en la capital para gestionar asuntos en la embajada y de todo un poco.

Cuando se despidieron en la puerta de la casa del Conde, Alain sabía que allí no tendría que volver en ningún caso.

9

La mañana del veinte de octubre había amanecido con un cielo nublado cuajado de cúmulos grises que presagiaban una fuerte tormenta. Eran las nueve y media y a la mesa redonda situada en el ala este del Palacio Real se encontraban sentados los tres comensales habituales.

—¿Qué planes tenéis hoy? —preguntó el Rey a las dos mujeres.

—Yo tengo ropero —respondió Victoria Eugenia—. Será aquí, en Palacio. Ya no me puedo mover a ningún sitio —se lamentó, a la vez que se presionaba ligeramente la tripa—. Vendrá tu tía, la infanta Isabel.

—¿Vas a llevar a Beatriz? Cada día la veo más espabilada.

—No, Alfonso, me parece que todavía es muy pequeña. A veces se te olvida que tu hija mayor tiene tan solo cinco años, y recién cumplidos.

Un criado, atento a los contertulios pero en absoluto silencio, se acercó por detrás y sirvió leche caliente en la taza de Su Majestad.

—Mamá, ¿te pasa algo? Estás muy callada.

—No me pasa nada Bubi —aseguró María Cristina, a través de las lentes que llevaba para corregir su miopía.

—Algo te sucede. Desde que nos hemos sentado no has abierto la boca más que para comer un pastel.

—Es que no tengo apetito —se justificó la Reina.

—¿Sabes algo de tus hermanos? —quiso saber el monarca, esta vez mirando a su esposa—. El otro día les eché de menos en Riofrío.

—Hace dos días recibí carta de Mauricio. Ya sabemos que por seguridad nunca dicen dónde se encuentran —explicó la reina Victoria Eugenia—, pero me dijo que estaba bien. Claro, ¡qué va a decir!

—¿No te dice dónde está? Pero tú sí lo sabrás, ¿no? —inquirió la madre del Rey.

—No, Majestad, no lo sé. Sé que está luchando por mi país en una guerra que nosotros no hemos provocado, pero no sé nada más.

—Tampoco nosotros hemos provocado la guerra, por si lo dices con segundas —repuso María Cristina—. Han sido los serbios quienes, obedeciendo a saber qué intereses, comenzaron esta carnicería. Alemania y Austria solo se han defendido.

—Eso no es cierto, Majestad —Victoria Eugenia no podía callarse ante tal provocación—. Alemania declaró la guerra a Rusia sin que esta ni ninguno de sus aliados, incluido mi país, hubiera

disparado un solo tiro.

—Rusia nos provocó con la movilización. ¿Qué íbamos a hacer, quedarnos parados de brazos cruzados esperando a ver cómo armaban su ejército en la misma frontera?

El Rey no sabía qué postura tomar. Desde que comenzó la guerra, las dos reinas de España se enzarzaban en una discusión tras otra hasta que, por prudencia y no por convencimiento, Victoria Eugenia las terminaba con su silencio. De las dos mujeres, la inglesa era la que llevaba menos tiempo en España, menos tiempo en Palacio y menos tiempo junto a Alfonso. Aunque ninguna de las dos había nacido en España, Victoria Eugenia se sentía la única extranjera dentro de aquel reducido grupo.

—Por cierto, he leído en el *ABC* y en *El Heraldo de Madrid* que ayer los tuyos lograron un avance sobre Courtrai. Enhorabuena...

—Gracias, Majestad —fue la lacónica contestación de la mujer del Rey.

—Esta mañana tengo reunión con Dato. Después me iré a dar un paseo a la Casa de Campo. Me han traído un penco nuevo y nos tenemos que conocer mutuamente —comentó el Rey, sonriendo—. Por cierto, ponen en el Apolo *El tren de lujo*. ¿Vais a querer venir?

Las dos mujeres guardaron silencio ante la propuesta planteada.

—A mí no me apetece ir —resolvió la madre.

—Si quieres, Alfonso, iré yo contigo, para que no vayas solo.

—De ninguna manera, Ena. No estás para salir, en cualquier momento puedes romper aguas —agarró la mano de su mujer con exquisita suavidad y la besó. Sin haber apartado los labios del dorso, levantó los ojos y buscó los suyos.

Ella le miró y le correspondió con una fría sonrisa, como todo en ella, frío semblante, fría estampa, fría apariencia, fría, ese era el calificativo que mejor casaba con la imagen que transmitía: fría, distante, individual.

Después del desayuno las dos reinas se levantaron de la mesa sin pronunciar palabra y se dirigieron cada una a sus aposentos. Al entrar Victoria Eugenia en los suyos se encontró con que dos de sus doncellas personales estaban componiendo la estancia.

La Reina se sentó con dificultad delante de su tocador y se miró en el espejo mientras giraba su cuello y se modelaba el pelo.

—Elisa, me puedes peinar. Y tú —refiriéndose a la otra mujer— puedes marcharte. Cuando escuchó estas palabras, Elisa tragó saliva y pensó que la Reina conocía lo que era la comidilla de todos los

trabajadores de Palacio.

La joven ya sabía lo que Victoria Eugenia esperaba de ella, y comenzó a repasar su pelo con un cepillo de plata de finas y delicadas púas. Con sus dos pequeñas manos, como todo en ella, continuó ahuecando la cabellera y aireándola. Esperaba que en cualquier momento comenzara a hablar y le dijera, le reprochara, la expulsara, tal vez la pegara... Pero no, la Reina se mantuvo sin abrir la boca ni para quejarse de algún pequeño tirón que, de vez en cuando, le daba la doncella. Lo que sí hizo Victoria Eugenia fue pensar e imaginar. Y pensó en su marido y se lo imaginó postrado en la cama, desnudo, siendo recorrido por las mismas manos que ahora la tocaban a ella. No sabía si sentir asco por la situación o lástima por la joven que estaba siendo utilizada como tantas otras anteriormente, y que igual se creía alguien en la vida del monarca, quizá incluso hasta su sucesora. «¡Pobre ingenua! —pensó la inglesa —, igual cree que si a mí me pasa algo Alfonso va a correr y se va a casar con ella...».

Elisa notaba que la temblaban las piernas y que, en cualquier momento, iban a ceder y se iba a desplomar sobre la alfombra. No aguantaba tanta tensión y había empezado a pensar en cualquier excusa para marcharse y dejar de sufrir una presión acuciante que era incapaz de soportar. «¿Sabrá algo?», se preguntaba mientras metía una mano debajo de cada mechón y los acariciaba con el peine de arriba abajo. Tenía que saberlo, lo sabía todo el mundo en Palacio. Aunque ella había querido mantener la discreción, el Rey no había guardado el más mínimo disimulo. El monarca había dado orden de que le dieran un aposento en el propio edificio para mantener encuentros sin salir de su casa. También, como había sucedido hacía unos días, la llevaban fuera de Madrid. Horas antes llegaba alguien, siempre de parte del marqués de Viana, y le pedía que se preparara porque tenía que desplazarse. Ella ya sabía muy bien para qué era.

—Ya está, Elisa. No te necesitaré hasta el mediodía.

—De acuerdo, Majestad.

La joven se retiró del aposento real y caminó hacia la zona del servicio. Al doblar por uno de los pasillos, se topó con la persona que más detestaba en el mundo.

—¡Vaya, Elisa!, ¿de dónde vienes?

—De la habitación de la Reina, Emeterio. ¿Qué quieres?

A Elisa le parecía que Emeterio Velasco era uno de los seres más repulsivos que podían pulular sobre la faz de la tierra. Era gordo, panzón, algo echado hacia atrás, como si quisiera que su columna

vertebral ejerciera de contrapeso ante el volumen de su abdomen. Sudaba profusamente todas las horas del día y en todas las estaciones del año y, a pesar de trabajar en Palacio, no conservaba las mínimas normas de higiene. Pero el Primer Secretario del Rey, el excelentísimo señor don Emilio María de Torres y González Arnao, Marqués de Torres de Mendoza, lo consideraba por lo que realmente era, por un hombre competente y muy resolutivo. Si Su Majestad quería salir a patinar, se lo comunicaba a Emilio, y este, a su vez, a Emeterio. El eficaz madrileño daba las instrucciones necesarias para que, diez minutos después, estuvieran a disposición del Rey los patines, los abrigos, los gorros, los guantes y hasta el botiquín que siempre les acompañaba. Se encargaba de introducir cada útil en su correspondiente baúl siguiendo las instrucciones que impartía el secretario. Y si era para ir a cazar, exactamente igual, o para iniciar un viaje, o para organizar una salida con los infantitos, lo que fuera, para cualquier evento, Emeterio movía con agilidad las fichas para que el tablero estuviera dispuesto al gusto del peticionario. Todos los empleados de Palacio le temían por cómo los trataba, pero la familia real lo adoraba. Lo que ocurriera de puertas hacia dentro era algo que ni sabía el Rey, ni las dos reinas, ni los nobles que visitaban a menudo el Regio edificio de la plaza de Oriente.

—¿Me preguntas qué quiero, Elisa?, pues verte, me he encontrado contigo, nada más, y aprovecho para comprobar lo guapa que estás esta mañana.

Elisa estaba harta de los untuosos cumplidos de Emeterio.

—¿Me dejas continuar? —pidió la joven. El hombre se había quedado plantado en medio del pasillo—. Tengo prisa.

—Tengo prisa, tengo prisa… siempre estás así conmigo. Por lo que se ve —y mientras pronunciaba estas palabras se acercó ligeramente a su oído, como si fuera a conferirla un secreto—, no para todos los hombres de este edificio tienes siempre tanta prisa. ¿No?

La joven plantó la palma de su mano en el pecho del hombre y lo empujó con toda su fuerza.

Emeterio sonrió a la vez que le franqueaba el paso. La dejó marchar. Eso sí, aprovechó para deleitarse viéndola mientras caminaba. Ese contoneo, ese largo pelo recogido en un moñete que descubría un cuello corto pero muy apetecible. Ese uniforme que le sentaba tan bien… «Caerás, Elisita, caerás».

El ayudante de don Emilio continuó deambulando por Palacio para ver qué hacían los de las caballerizas, a ver los mecánicos, a

ver a las de la lavandería… «seguro que habrá gente a quien chillar, que hoy me he levantado con ganas de farra».

10

Aunque el edificio situado en el número 20 de la calle Barquillo tenía ascensor, el hombre prefirió alcanzar el tercer piso por las escaleras subiendo los escalones de dos en dos. Tenía prisa por llegar a su destino.

Llamó al timbre y esperó. Le abrió la puerta una figura femenina, pequeña y algo encorvada.

—¿Vive aquí el señor Holetschek?

La mujer jamás se aprendería el apellido de su patrón, y menos aún podría pronunciarlo con un mínimo de soltura. Ella funcionaba por sonidos aproximados, y aquel que acababa de escuchar correspondía, con muy poco margen de error, al del hombre a quien servía.

—Pase usted conmigo —le invitó la criada, impresionada por la presencia del joven, muy bien vestido, con un abrigo oscuro rematado por un aparatoso cuello de zorro.

A paso muy lento acompañó al recién llegado hasta una estancia que tenía como balconaje un primoroso mirador que se asomaba a la calle Barquillo, no muy lejos de la plaza de La Cibeles.

—Siéntese y espere un momento. Voy a avisarle.

Tan lenta como llegó, la asistenta desapareció por una puerta que debía de dar a un pasillo, quizá demasiado largo para la edad de la señora. El hombre se acomodó en uno de los butacones y, después de encender un cigarrillo, comenzó a explorar con la vista la estancia ricamente decorada con todo tipo de objetos inútiles, desde jarrones a candelabros pasando por marcos repujados, cornucopias o ceniceros de todos los tamaños y procedencias.

Al cabo de cinco minutos apareció Hermann Holetschek, algo atribulado pues no esperaba visita.

—Buenos días, ¿quién es usted? —preguntó el dueño de la casa, con marcado recelo.

El joven recién llegado se acercó decidido y le propinó un puñetazo en el lado izquierdo de la cara que lo tambaleó. Holetschek se agarró a un sillón para no caerse. Con fuerza, y no satisfecho con el golpe dado, el espía pegó una contundente patada al mueble que servía de sujeción accidental a Hermann provocando que el anfitrión se cayera al suelo y quedara tumbado sobre la tarima.

—¡Señora!, ¡señora! —gritó desgarradoramente el recién llegado— ¡Señora, el señor se ha mareado!

Hermann se encontraba atónito, desconcertado y algo pálido por el golpe recibido. Desde el suelo, miraba al hombre que lo había agredido sin razón alguna y que ahora llamaba, con un fingido gesto de preocupación, a su criada como si le fuera la vida en ello.

—¡Señora, traiga urgentemente un vaso de agua!

Nada más desaparecer la asustada mujer por el pasillo, Fritz se acercó al oído del periodista:

—La pistola que llevo debajo de la chaqueta no da puñetazos en la cara. Esas cosas metálicas funcionan de otra manera, y no quiero que lo compruebes por ti mismo.

Al minuto llegó la pobre vieja, desasosegada y con el vaso en la mano.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó la anciana.

—¡No lo sé, su señor se ha mareado! —exclamaba el joven, fingiendo estar desconcertado.

Hermann no decía nada y solo se pasaba la mano por el lugar donde había recibido el impacto.

—¡Vamos, bebe, amigo! —le animó el joven, que hablaba siempre en español—. Ya parece que se le pasa.

Con ayuda de la mujer y de Fritz, Hermann Holetschek recuperó la verticalidad y buscó un sillón donde sentarse, mientras se sentía perplejo y desorientado. Miraba al joven que le había pegado y que ahora le ayudaba con tanto interés e intentaba descubrir si lo conocía de algo.

—Señora, déjenos que ya parece que se encuentra mejor.

La anciana no sabía qué hacer pero obedeció la orden del desconocido, entre otras cosas porque su señor no le daba ninguna instrucción.

Cuando los dos hombres se quedaron otra vez solos, el joven comenzó a hablar en alemán.

—Hermann Holetschek, corresponsal del *Lokal Anzeiger* en Madrid. Cincuenta y dos años, natural de Erfurt, soltero, probablemente marica, y destinado en Madrid desde hace dos años. Antes estuviste en París, tres, pero donde te iniciaste en el periodismo fue en Montevideo, donde estuviste ocho. ¿Me he equivocado en algo?

El hombre lo miró todavía mucho más desconcertado que cuando le pegó aquel puñetazo.

—No soy marica.

El desconocido encendió otro cigarrillo y lanzó al espacio el humo negro con prosopopeya, marcando territorio y demostrándole así que el que mandaba era él.

—Tienes razón —siguió hablando en alemán—. Un hombre de cincuenta y dos años que aún no se ha casado no es un marica; es un maricón.

—¿Quién es usted? —quiso saber el corresponsal, que no paraba de palparse la cara, desde la sien a la mandíbula.

—Igual te he pegado muy fuerte. Siento si te he causado daño. Llámame Otto —había sido el nombre elegido por la División III b para que Fritz trabajara en Madrid.

—¿Eres alemán?

—Ya estás preguntando demasiadas cosas, Hermann. Sé que los periodistas estáis acostumbrados a preguntar y a que nadie os pregunte, pero no te voy a decir nada más. No te puedo decir nada más —puntualizó.

Hermann apuró el vaso de agua.

—Vengo a darte vacaciones durante unos días.

—Yo soy el corresponsal del...

—...del *Lokal Anzeiger*, ya te lo he dicho yo. Y ya sé que me vas a decir que son ellos los únicos que te pueden dar permiso.

Fritz no esperó el asentimiento del periodista y continuó hablando.

—Pero, por lo menos de momento, va a ser así. Quiero que no salgas de tu casa durante... varios días.

—¿Cómo que no salga de mi casa?

—Sí, que te quedes aquí, que veo que tienes muy buena compañía —ironizó, a la vez que señalaba con el mentón al lugar por donde se había marchado la anciana—. Claro, que tú tampoco necesitas que la criada sea una mujer joven, de redondos pechos, piernas fuertes y bien torneadas, con una moral distraída y un marido despistado, ¿no?

Aunque los dos eran súbditos del mismo país, físicamente eran radicalmente distintos. El periodista lucía un bigotito fino y el pelo negro brillaba como el charol por la gomina con la que lo había rociado. El que decía llamarse Otto, Fritz, era rubio trigueño, con el pelo surcado por ondas, largas patillas, y con un bigote que, aunque fino y muy recortado, no se parecía en nada al de Hermann. Fritz era un deportista que no podía ocultar la anchura de sus hombros ni con el traje de alpaca que no se había descolocado al propinarle el puñetazo al dueño de la casa.

Mientras tanto, la criada intentaba escuchar algo de la conversación desde el pasillo contiguo, pero desistió en su intento en el mismo momento de comenzarlo. Los dos tertulianos hablaban alemán, un idioma del cual la mujer no conocía ni una sola palabra.

—Hermann, sé que hoy tienes una cita importante, ¿no es así? —el periodista guardó silencio. El hombre que había llegado a su casa estaba enterado de todo—. Después tendrás que ir a Correos para enviar la crónica al periódico. Pues bien, vas a quedarte en tu casa hasta el domingo, pongamos por caso. Son cinco días, nada más. No te quejes. Le dices a tu criada lo que sea, que no te encuentras bien, que te has puesto a escribir un libro, que... lo que quieras, pero no salgas a la calle por nada del mundo.

—Pero, ¿y el periódico, y mi crónica?, ¿qué va a pasar?

—Holetschek, te repito, deja de preocuparte por tu periódico. ¿Sabes quién es Schober?

—¿El señor Schober, el redactor jefe? Le he visto un par de veces, claro que sé quién es.

—Pues he venido a Madrid de su parte —Fritz poseía el aplomo de un actor consumado—. La semana pasada estuvimos en Berlín hablando de ti y del gran trabajo que estás haciendo desde que llegaste a Madrid. Tu nombre es uno de los primeros que está manejando para un puesto que va a quedar libre en la central. ¿Qué te parece?

Hermann oyó aquellas palabras como una música agradable. Era verdad que siempre le habían dicho que estaban contentos con él, pero no hasta ese punto.

Fritz se levantó y se dirigió hacia la puerta de entrada.

—Despídeme de tu criada, y no te preocupes por indicarme el camino. Si me pierdo te llamo.

Eran las once y media. Hasta la una del mediodía todavía tenía tiempo para el ocio, incluso para la holganza. Iría andando a Palacio, haría que un limpiabotas le lustrara los zapatos y aprovecharía para tomarse un café en el Puerto Rico o en el Levante, que le venían de paso.

Cuando se acercó al grupo de periodistas que aguardaban la salida del presidente del Consejo de Ministros, Fritz sintió que su presencia era recibida con extrañeza y recelo. Nadie le conocía, era lógico. Los interrogantes ojos de los reporteros se clavaban incómodamente en los suyos y se impuso un corto silencio, espeso y desagradable.

—Compañeros —informó en el perfecto español que dominaba—, Hermann está enfermo y he venido a sustituirle unos días. El *Lokal Anzeiger* no puede prescindir de lo que se cuenta en Madrid.

—Ya me parecía a mí que tenía mala cara el último día que vino

—comentó un hombre bajito que llevaba en la mano una pequeña agenda de notas y un lapicero, corto y mordido—. ¿Es grave?

—¡No, qué va!, —contestó, distraídamente, sin dar importancia — ya digo, serán unos días. La semana próxima ya estará con nosotros. Yo normalmente estoy destinado en Barcelona.

—¿En Barcelona? —preguntó otro—, ¿y allí hay mucho que contar para un periódico alemán? Tengo entendido que en esa ciudad hay más germanófilos que en Madrid. Aquí la gente se decanta más por entrar en la guerra junto a los aliados.

—Barcelona es una ciudad muy grande, hay de todo.

Habrían seguido de cháchara de no ser por la llegada de la persona que estaban esperando. Eduardo Dato estaba a punto de abandonar el edificio, pero no se iría de allí sin atender a los medios destacados en Palacio a tal fin.

El político gallego era un hombre de cincuenta y ocho años aunque aparentaba muchos más. Era completamente calvo excepto por dos matas de pelo onduladas que peinaba encima de las orejas. El bigote cano le caía por los laterales de la boca, hacia el cuello. Lo que no podía ocultar el presidente del Consejo de Ministros era su porte y donaire, algo que llenaba el espacio que no ocupaba su pequeño cuerpo.

Los periodistas comenzaron a formular preguntas a Dato, que las fue respondiendo con la naturalidad del contertuliano que departe con unos amigos en una mesa del café Gijón o del Comercial. Se ratificó de nuevo en la neutralidad española durante el conflicto y remarcó que aquella era no solo la postura del Rey, sino de todo el Consejo de Ministros que él tenía el honor de presidir. Después pasó a responder a otras cuestiones de política general que le fueron preguntando los distintos corresponsales.

Después de comentar cuatro o cinco cuestiones más, una persona desconocida para el Presidente apartó a los periodistas y se acercó con una tarjeta en la mano.

—Señor Dato, ¿me permite?

El Presidente la tomó en la mano y leyó las pocas palabras que estaban escritas en aquel pequeño trozo de papel: *Otto Bräutigam. Lokal Anzeiger*.

—¿Del *Lokal*?, ¿qué le ha ocurrido a su compañero? —quiso saber Dato, que conocía a todos los periodistas extranjeros acreditados en Madrid.

—Desgraciadamente Hermann Holetschek se ha sentido indispuesto, y va a estar de baja unos días. Nada importante. Presidente, mi periódico estaría muy interesado en realizarle una

interviú… a solas, por supuesto —matizó el falso periodista, mientras miraba en derredor.

Dato no supo de entrada qué responder. No se esperaba esa petición pero tenía por costumbre atender a los medios en general. Además, si quería vanagloriarse de mantener la neutralidad, qué mejor exponente que conceder una entrevista a uno de los países beligerantes.

—¿Podría ser esta tarde, señor Presidente?

—Bien —concedió el político—, le espero a las cinco en la Puerta del Sol. Y ahora, señores, si no tienen más preguntas, les agradeceré que me dejen marchar. Tengo trabajo en mi despacho.

Fritz, como el resto de personas que se habían dado cita en la puerta de los Príncipes, contempló cómo el Presidente se marchaba en un Minerva que le estaba esperando. «Va sin escolta —pensó el alemán—, como también iba sin escolta Canalejas cuando lo mataron, dos años antes, en la céntrica Puerta del Sol, o Cánovas, muerto en el balneario de Santa Águeda a manos del anarquista italiano Angiolillo». Después tuvo un recuerdo para el archiduque Francisco Fernando, el heredero del imperio Austrohúngaro, asesinado en Sarajevo. «Aquel llevaría escolta, pero, ¿de qué le valió?»

Minutos antes de las cinco de la tarde, y después de haber comido un copioso cocido madrileño en los salones de Lhardy, Fritz llegó a la puerta principal de la antigua Casa de Correos, sede de la Presidencia del Consejo de Ministros, en la Puerta del Sol. Un policía le pidió el pasaporte y le indicó dónde podía esperar hasta que el Presidente impartiera las correspondientes instrucciones.

Un ordenanza le acompañó hasta el primer piso, donde llamó a una gruesa puerta de madera. Desde dentro se escuchó la voz que permitía el paso.

—Otto, me alegra verlo por aquí —Dato consultó el Fix Watch de cadena que llevaba sujeto a su chaleco y comentó:— ¡Caray con ustedes, los alemanes!, son el paradigma de la puntualidad.

—Presidente, el orden y la disciplina son las señas de identidad de Alemania, nos lo enseñan en el colegio. Una persona que llega tarde a una cita no demuestra educación, y eso, para nosotros, es imperdonable.

—Por favor, póngase cómodo. Puede dejar ahí el gabán y el sombrero. Perdone que le tenga que poner sobre aviso de que dispongo únicamente de veinte minutos para su periódico. Espero

que me comprenda…

—¡Cómo no!, Presidente. Es para mí, para nuestro diario y para nuestros lectores, un placer y un honor tener una entrevista con usted. ¿Me permite que le haga la primera pregunta?, así vamos entrando en materia.

—Por supuesto, Otto, por supuesto, pregunte lo que usted quiera.

Los dos hombres tomaron asiento a ambos lados de un amplio sofá de cuero. Como era habitual dentro de sus costumbres, el Presidente no ofreció a su invitado nada para tomar.

—Señor Presidente, ¿cómo ve España la guerra mundial?

La pregunta no tenía ningún interés ni para Fritz, ni para la División III b para la que trabajaba, ni para ningún alemán. Era una cuestión trampa, una pregunta abierta para que el Presidente se sintiera relajado y comenzara a hablar. La pregunta comprometida tenía que esperar unos minutos. Mientras tanto, el falso periodista pondría cara de interés y anotaría alguna palabra en la pequeña libreta que llevaba consigo y con la que pretendía ofrecer un aspecto profesional.

Después de escuchar a Dato ofrecer una información que ya conocía, formuló la segunda cuestión:

—¿Y cómo le está afectando a su país?

Aquí se repitió la misma situación. El político coruñés siguió hablando de las exportaciones con fines humanitarios, de la carestía que se empezaba a producir de determinados alimentos… Al cabo de otros cinco minutos, Fritz comenzó a desplegar su red.

—Señor Presidente, cuando termine la guerra, ¿se habrán alegrado de no haber entrado en liza y haberse mantenido neutrales, o se lamentarán por no haberse puesto al lado de un país con el que nunca han estado en conflicto?

A Dato le pareció aquella pregunta más propia de un militar que de un periodista de información general.

—España se muestra muy orgullosa de permanecer neutral y de ayudar misericordiosamente a todo aquel que se lo solicite —respondió el anfitrión—. Cuando termine, que a Dios pido sea lo antes posible, nos sentiremos especialmente satisfechos de no haber derramado ni una sola gota de la sangre de nuestros hijos.

—Sí Presidente, insisto, España no sabe lo que es librar una batalla con nuestro país, mientras que tanto con Francia, con Inglaterra, incluso con Portugal, han estado en conflicto en numerosas ocasiones. No hace falta ser un experto para conocer sus desavenencias continuas e históricas y, además, en épocas muy

cercanas. Muchos han sido, usted lo sabe mejor que yo, los españoles muertos por la bayoneta francesa o por los cañonazos navales de los ingleses.

Dato lo miró sorprendido. No se esperaba esas palabras de un periodista, aunque veía lógico que su periódico, el *Lokal Anzeiger*, que siempre había hecho gala de seguir una línea oficialista, tuviera reporteros tan agresivos y personas tan comprometidas con la causa de su país como el que tenía delante.

—Esas batallas que comenta usted con Francia, con Inglaterra o con Portugal son cosa de otros tiempos, afortunadamente muy lejanos —comentó Dato, esbozando una pequeña sonrisa—. España no tiene firmados acuerdos de colaboración militar con ningún país, y este es el momento de poner en práctica esa política de neutralidad que se ha marcado Su Majestad en la que todo el Consejo de Ministros está conforme.

—Pero en España hay muchas voces que están a favor de la guerra, también lo sabe usted —replicó Fritz—, y mayoritariamente a favor de los aliados, pero nosotros ganaremos esta confrontación, y rápido. Alemania, junto con el imperio Austrohúngaro y con Turquía, que está a punto de entrar a favor de nuestra causa, e Italia, será invencible. Nada ni nadie podrá hacernos sombra en el campo de batalla —las palabras del espía alemán sonaban con rotundidad en el despacho de la Puerta del Sol—. Sí, señor Presidente, España tiene que entrar en la guerra, cada día que pasa, pierde tiempo para disfrutar de las riquezas de la victoria.

—Pero...

—Sí, de las riquezas de la victoria —continuaba Fritz, que no dejaba intervenir al Presidente ni en su despacho—. Nosotros les devolveremos Gibraltar arrancándosela a los pérfidos ladrones que la ocupan actualmente; y nosotros romperemos en mil pedazos los bochornosos acuerdos firmados con Francia. Así, el norte de África será de ustedes otra vez. Esos no son los intereses de nuestro Káiser. Él querrá tener en ese continente a un país amigo, no a alguien que solamente entiende los negocios cuando le benefician a él.

Dato se quedó callado. Miró al periodista e intentó descubrir al hombre que se escondía detrás de aquella estampa. Después, e instintivamente, miró la pequeña libreta que sostenía su interlocutor en la mano, en la cual hacía tiempo que había dejado de anotar.

De repente, se dio cuenta de un detalle, un detalle insignificante, nimio: en la libreta había palabras escritas. Sí, palabras completas. Pocas, sí, pero vocablos con todas las letras.

Algo normal para casi todo el mundo, excepto para un periodista.

—¿Sabe lo que le digo, señor Otto Bräutigam? —para pronunciar el apellido del alemán, Dato volvió a consultar la tarjeta —, que es la primera vez que veo a un periodista escribir palabras convencionales. Los que yo he conocido escriben taquigrafía, me imagino que también los alemanes.

El rostro del Presidente era cada vez más frío y menos amistoso.

—Dígame, Otto, ¿quién es usted realmente?

El alemán dejó la libreta sobre uno de los gruesos apoyabrazos del sofá y se inclinó ligeramente sobre el político español.

—Yo soy alguien que quiere hacerles entrar en razón y ofrecerles algo si se incorporan a la guerra con nosotros. España no tiene gran armamento militar, lo sabemos; y también conocemos la situación de su armada. Pero tiene hombres, España posee una infantería capaz de aplastar a quien se proponga. Soldados con dos brazos capaces de sostener un fusil, con valentía, arrojo, carácter. Con su fuerza, con su empuje, con esa casta que es la envidia de toda Europa —Fritz exponía todas las virtudes conocidas y desconocidas de la raza española—, y con nuestro armamento, España será quien desnivele la balanza de esta endemoniada guerra, y después saboreará el triunfo, una victoria que les deparará tierras y riqueza, que les devolverá la integridad territorial peninsular y el control absoluto del norte de África, especialmente de las zonas de mayor aporte económico. Los moros siempre podrán disfrutar de su desierto y de sus escorpiones, no les quitaremos ni uno solo —el alemán mostró una falsa sonrisa—. Un triunfo que anhela su Rey porque somos el país que adora.

—Señor Bräutigam —Dato ya se había aprendido el apellido del falso periodista—, esta conversación ha finalizado.

El anfitrión, engañado, se levantó e irguió su cuello. Fritz también se puso en pie.

—Presidente. Estoy autorizado a ofrecerle tanto a usted personalmente como a Su Majestad una importante cantidad de dinero.

Dato se acercó a su mesa y presionó un timbre.

—En oro, por supuesto, en lingotes depositados donde ustedes digan. Nadie conocerá este ofrecimiento. Se lo garantiza mi gobierno y nuestro Káiser.

El Presidente dio tres o cuatro manotazos seguidos al timbre. No quería seguir escuchando aquellas descabelladas proposiciones.

El mismo ujier que llevó al espía al despacho del Presidente

abrió la puerta y esperó instrucciones.

—El periodista ya se marcha —anunció Dato, mientras miraba con desplante al alemán.

Fritz recogió el gabán y el sombrero.

—Señor Presidente, estoy alojado en el Hotel Palace, ya sabe dónde puede encontrarme si quiere que sigamos hablando del artículo que le he comentado.

Cuando se cerró la puerta, el dueño del despacho político más importante del país se quedó mirando una tarjeta, un pequeño trozo de papel donde venía escrito un nombre y un apellido. Falsos, tanto como el hombre que se lo había entregado.

11

El Teatro de la Comedia se disponía a vivir una de sus noches de gala. Estaba previsto que a la función de las diez acudiera el Rey acompañado de la reina Victoria Eugenia. El rumor de la presencia real, unido al éxito que estaba cosechando la obra desde que comenzó a representarse, había provocado que no quedara una sola butaca libre y que las personas que quisieran una localidad tuvieran que recurrir a contaduría.

Mientras el público aguardaba el inicio de la función, en la tercera fila un hombre permanecía pensativo. Todavía no se le había olvidado la conversación mantenida hacía unos días con el conde de Romanones y lo estéril que resultó. Álvaro de Figueroa se mostró tan cordial como distante, tan amable como frío. Para él, la guerra era una cuestión de intereses económicos particulares, y lo que más anhelaba era que sus explotaciones en el norte de Marruecos, las minas de Ben-ibu-Ifru, siguieran proporcionándole los beneficios a los que le tenía acostumbrado. Su famoso artículo en el *Diario Universal* había estado escrito bajo una falsa apariencia de hombre de Estado, de político generoso que solo piensa en el bien común y ni nombra el propio. Y eso era lo que a Alain le reconcomía, haberse creado unas expectativas ilusorias sobre las posibilidades de que en aquel primer contacto plantara los cimientos de una colaboración mutua, cuyo fin no fuera otro que presionar al Rey para que entrara en la guerra del lado de los aliados. Se daba cuenta de que había sido un ingenuo.

Miraba el programa de mano y hacía como que lo leía, y no porque no entendiera el español a la perfección, sino porque su cabeza todavía seguía en la casa de Romanones, junto a aquellos pesados cortinajes y los sillones cubiertos con tela de damasco.

A Alain no le apetecía acudir al teatro, pero necesitaba hacer algo nuevo, distraerse, entregarse al ocio durante unas horas pues tenía que pensar rápido. Su país le había exigido el cumplimiento de una misión y no estaba dispuesto a fracasar. Quería abandonar lo antes posible el recuerdo del infructuoso encuentro con Romanones y enfocar la nueva gestión que ya tenía en mente. Al fin y al cabo, sus años en Madrid, las personas que conoció, sus relaciones... era ahora lo que tenía que explotar, y al día siguiente, sin más dilación, se consagraría a ese afán.

Seis filas más atrás, la situación del hombre que ocupaba su butaca era muy similar. La reunión con Eduardo Dato había resultado igual de estéril. El político coruñés se mantuvo muy digno, muy noble, «seguro que es un marica, o que su mujer se la pega, tiene pinta de ser impotente», pensaba Fritz, que se enojaba consigo por el fracaso de su plan. De nada le había servido hacerse pasar por periodista, suplantando a su compatriota.

Pero no podía permanecer de brazos cruzados. El hombre que iba a hacer su aparición en las butacas que le tenían reservadas, su Majestad el rey Alfonso XIII, tenía que cambiar de opinión y hacer que España entrara en la guerra. El alemán había luchado en el campo de batalla y había visto morir a muchos compañeros, a muchísimos; hombres, padres de familia, alemanes entregados a la causa y que murieron por su raza y por su Káiser, un hombre, Guillermo II, designado por los dioses para guiar a su pueblo hacia la victoria. Y él no podía defraudar a las personas que habían depositado su confianza en su entrega y amor a su patria. «Los que somos superiores —razonaba Fritz— tenemos que demostrarlo en todos los escenarios. Tanto en la trinchera como fuera de ella». Berlín le había ordenado que, unos días después de la entrevista con Dato, regresara al frente; pero Fritz no podía, no quería volver sin un resultado concreto y favorable para los intereses germanos. «El regreso es el fracaso, y yo no nací para fracasar», aseguró el alemán para sus adentros.

El razonamiento se vio interrumpido por la salva de aplausos que dedicó todo el teatro al Rey cuando este apareció por el fondo del pasillo. Alfonso XIII era un hombre apreciado por la simpatía y campechanía que emanaba su figura, siempre acogida por el pueblo con satisfacción. En el extremo opuesto de esa simpatía se colocaban las dos reinas. La gente las amaba, pero no por como eran, sino por lo que representaban. La madre, la reina María Cristina de Habsburgo-Lorena, austriaca de nacimiento, era recordada siempre de negro, enhiesta en los actos oficiales, con gesto hosco y antipático, una traza muy distante del espíritu latino del pueblo del cual había sido su Regente desde el fallecimiento de su esposo, Alfonso XII, hasta la mayoría de edad de su hijo. Casi diecisiete años en los que España perdió las Colonias y la alegría. La esposa, la reina Victoria Eugenia de Battenberg, la escocesa, la que cambió de religión para casarse con el Rey que nació con ese privilegio, la de costumbres foráneas y sorprendentes, la distante mujer llegada desde allende los mares y que no paraba de tener hijos inútiles para gobernar, como muchos la veían.

La función comenzó y con ella el silencio regresó al patio de butacas. El Rey permaneció todo el tiempo muy atento a la representación, pero más que al argumento, donde Su Majestad ponía el máximo interés era en las actrices que habían salido al escenario.

En un momento del segundo acto, alguien se acercó al palco que ocupaba el monarca y cuchicheó a su oído. Alfonso XIII se levantó de su asiento y se dirigió a la carrera hacia la puerta de salida, donde le estaba aguardando Antonio Sambeat con un Hispano Suiza con el motor en marcha.

Al terminar la representación, el gerente del teatro, entre la expectación general y la extrañeza del auditorio, subió al escenario y se situó al lado de los actores, que le miraron sin saber la razón de aquella inesperada aparición.

—Damas y caballeros —comenzó diciendo—, como se habrán podido dar cuenta, Su Majestad el rey Alfonso XIII, a quien Dios guarde muchos años, se ha tenido que ausentar precipitadamente. Según lo que nos han anunciado, Su Majestad la reina Victoria Eugenia se encuentra en estos momentos alumbrando a un nuevo infante o infanta de España. Pido un fuerte aplauso a todos los presentes.

El hombre comenzó a batir palmas y fue seguido por todo el público asistente, así como por el elenco y por los empleados del Teatro de la Comedia.

Dos horas después, Elisa permanecía esperando en su cuarto de Palacio la llegada de su amante. Pero aquella noche, los únicos nudillos de Borbón que se escucharon fueron los del infante Gonzalo, que estaba llamando a las puertas de la vida.

12

Dos días después del nacimiento del pequeño Gonzalo, una hermosa criatura de cinco kilos de peso, llegó a primera hora de la mañana a Palacio un marconigrama que nadie esperaba. En la oficina de telecomunicaciones, que se encontraba en los sótanos, la noticia se recibió con temor pues había que trasladarla inmediatamente y nadie se sentía con fuerzas para hacerla llegar a su destinataria. Los dos radiotelegrafistas de guardia llamaron a Emeterio. El ayudante del marqués de Torre Mendoza se había quedado a pasar la noche en Palacio —al día siguiente el Rey iba a disputar un partido de polo y había que supervisar los detalles—, y aprovecharon la circunstancia.

—¡Esto es horrible! —exclamó Emeterio.

—No podemos tardar un segundo en hacérselo saber al Rey —opinó uno de los dos radiotelegrafistas.

—¡Calla!, ¡qué sabrás tú de estas cosas! Ya me encargo yo.

Emeterio salió hacia su habitación y se adecentó antes de ir a ver a su jefe.

—Don Emilio María, don Emilio María —repetía, mientras llamaba a la puerta de los aposentos del Primer Secretario de Su Majestad. Como no recibió respuesta, elevó el tono de voz—. ¡Don Emilio María, soy Emeterio, es urgente!

El marqués abrió la puerta con cara de dormido y vestido con un pijama de raso. Se despejó al ver la cara de su ayudante, que estaba transformada. En la mano sostenía un papel. Lo tomó y lo leyó. Era un mensaje tan siniestro como corto.

—¡Dios mío, es una tragedia! ¡Tenemos que avisar al Rey ahora mismo!

—Señor, Su Majestad no se encuentra en Palacio. No ha pernoctado aquí —apuntó Emeterio, sin ofrecer más explicación.

El marqués asintió.

—Entiendo. ¿Sabe usted dónde está?

—Sí, lo sé —respondió, lacónico—. Si quiere doy orden de ir a buscarlo de inmediato.

—Sí, Emeterio, por favor, vaya, vaya.

Corrió hacia los garajes, que se encontraban en la zona norte de Palacio, en el edificio de las caballerizas, y pidió un coche urgente.

—¿Para qué lo quieres, Emeterio? No podemos salir sin autorización.

El ayudante agarró a aquel hombre, que vestía un mono con

manchas de grasa en su pechera, y lo empujó hacia uno de los coches.

—La autorización te la doy yo ahora mismo con una hostia que te va a cambiar la cara.

Después lo zarandeó varias veces hasta tirarlo al suelo. Se agachó y lo ayudó a ponerse en pie. Le mostró el puño cerrado, en ademán de tomar impulso, y le preguntó, con rabia:

—¿En qué parte de tu cara quieres que estampe mi firma?

El mecánico estaba aterrado, sabía que no era la primera vez que Emeterio la emprendía a golpes con alguien que contradecía sus órdenes.

—¡Vamos, llévame tú mismo! —ordenó, volviéndolo a dar otro golpe en el pecho.

Los dos hombres se montaron en un Berliet y salieron a toda velocidad a la calle Bailén. Las manillas del reloj de Emeterio marcaban las siete y diez de la mañana y todavía los empleados del ayuntamiento no habían comenzado a apagar el alumbrado público.

El automóvil tardó menos de diez minutos en llegar a la avenida del Valle, situada al norte de la ciudad, a tres kilómetros de Palacio. El chalé era una construcción de dos plantas más buhardilla, con caída a dos aguas. En el porche, que conocía perfectamente Emeterio —como todo lo relacionado con el Rey y con los lugares que frecuentaba—, una pareja de hombres de paisano montaba guardia. Llevaban puesto un gabán azul oscuro y un gorro de fieltro que casi les tapaba la cara. No se alteraron al ver llegar el Berliet porque reconocieron a sus ocupantes a la primera.

—¿Qué pasa, Emeterio? —preguntó uno de los policías—, ¿qué hacéis aquí?

—Tengo un mensaje para Su Majestad, es extremadamente urgente —respondió con voz trémula. No podía ocultar su nerviosismo.

—Sabes que no se puede molestar a nadie de los que están ahí dentro.

—Mira, Lorenzo, si no me dejas pasar, te aseguro que tu próximo destino va a ser en África, ya me encargaré yo de que vayas a custodiar los camellos del desierto. Déjame pasar de inmediato.

—No sabes lo que estás diciendo, desgraciado. ¡No me amenaces!

Ante el encaramiento de los hombres, el otro policía se acercó y le preguntó, mucho más sosegado que su compañero.

—¿Por qué dices que hay que avisarle?

—Es muy urgente. Se acaba de recibir en la oficina de telecomunicaciones de Palacio y lo tiene que ver Su Majestad de inmediato. Mira.

Cinco minutos después, Alfonso XIII, con barba incipiente y con un cigarrillo entre los labios, salía junto al policía que había entrado a avisarle.

—Emeterio, regresamos a Palacio en el coche en el que has venido. Sube, conduzco yo.

El vehículo giró bajo la atónita mirada de los dos policías y del mecánico, y enfiló la avenida del Valle, dirección a Palacio. Aparcó en la misma puerta de los Príncipes donde fue cumplimentado por los dos alabarderos de la entrada, que se sorprendieron al verle llegar con esa velocidad.

A grandes pasos, y con el papel que le habían entregado en su mano, el Rey caminó hasta llegar al ala de San Gil, donde se encontraban las estancias de su esposa, muy próximas a las suyas. En la habitación contigua, una de sus doncellas, una mujer mayor de pelo cano, se encontraba sacando vestidos de un baúl, sin hacer ruido porque Su Majestad todavía no se había despertado.

—Buenos días, Basilia —Alfonso XIII conocía el nombre de pila de la mayoría de las personas que trabajaban en Palacio, siempre había sido muy cercano con el servicio, por mucho que se lo hubiera recriminado su madre—. ¿Se ha levantado? —quiso averiguar, mientras señalaba con el dedo a la puerta de la alcoba de su mujer, que hacía esquina sobre la calle Bailén.

—No, Majestad, la Reina ha dado orden de que se la despierte a las ocho y media de la mañana.

—¿Qué tal noche ha pasado?

—Se encuentra bien, Majestad. Algún entuerto, nada más.

El monarca asintió y entró en la habitación de su mujer, no sin antes llamar a la puerta.

Victoria Eugenia se sobresaltó por la intempestiva entrada de su marido en su alcoba, algo que sucedía muy de tarde en tarde y nunca a primera hora de la mañana. El Rey se acercó sigiloso hasta la formidable cama de madera con dosel que servía de lecho a su esposa.

—Cariño, se acaba de recibir este telegrama en Palacio, y he ordenado que fuera yo quien te lo entregara. Lo siento —y en tanto pronunció estas dos últimas palabras, se acercó y le dio un fraternal beso en su suave y lisa frente.

El texto fue leído por Victoria Eugenia con entereza, sosteniendo el papel entre los dedos, sin soltarlo, sin apartar la vista hacia otro

lugar, con el absurdo deseo de que las letras variaran de posición y que pasaran a informar de algo distinto del escueto mensaje que rezaba en aquella nota: *Mauricio de Battenberg ha fallecido en la localidad francesa de Yprés. D.E.P.*

Los ojos de la Reina se hicieron pequeños y se humedecieron inmediatamente con unas lágrimas que llevaban esperando un tiempo en florecer. Sabía que una noticia como esa podía suceder en cualquier momento. Buscó el abrazo de su marido. No le importaba que, horas antes, aquellos mismos brazos hubieran estado rodeando el cuerpo de otra mujer, quizá una mujer sana, no como ella. Lo único que deseaba en ese momento era sentir el calor de Alfonso, el del hombre de quien se enamoró a través de tarjetas postales. Apoyó la cabeza sobre su hombro y el Rey escuchó el silencio, solo alterado por la agitada respiración que provocaban los pulmones de su mujer al llorar. Le acarició la espalda y se acercó a su oído, pero no pronunció vocablo alguno pues nada se podía decir, no hay palabra de consuelo para alguien que acaba de perder a su hermano en la guerra, a su hermano menor, pocos días después de haber cumplido veintitrés años.

—Era muy joven, Alfonso —sollozó Victoria Eugenia, en francés, en el idioma en el que se conocieron y en el que se cruzaron aquellas primeras misivas llenas de expectativas—. Muy joven. ¡Pobre mamá!

El Rey padecía en su persona la tragedia que suponía perder a un hermano. En su caso doble desdicha, ya que María de las Mercedes y María Teresa habían fallecido también en plena juventud, con veinticuatro y treinta años, aunque en los dos casos fueron unas inesperadas enfermedades las que pusieron prematuro final a sus vidas.

Aquel fue uno de los momentos de mayor intensidad emocional de la pareja. Quizá el último de toda su vida.

13

Un camarero con una chaqueta algo sucia y un delantal verde les guió al salón interior, donde les aguardaba una mesa con un mantel de hilo, dos platos blancos de loza, dos servilletas sobre las que reposaban sendos cubiertos y dos vasos bajos de cristal junto a una botella llena de vino.

—¿Les gusta esta mesa?

Los dos franceses concedieron con la mirada.

—Siéntense, ahora les tomo nota.

Casa Labra es una taberna que se ubica a escasos metros de la Puerta del Sol, y que era frecuentada con asiduidad por Stéphane Bigné y su mujer, que hoy no le había acompañado. Alain también la conocía de sus años madrileños y recordaba lo exquisito que estaba el bacalao rebozado que servían.

—Ha sido una gran idea traerme aquí, Stéphane. Lo que siento es que no nos haya acompañado tu esposa —se lamentó, con fingido pesar.

—No te preocupes, algunos días quedo yo solo con amigos y nos vamos a dar una vuelta por la ciudad y a tomar algo. No siempre voy con ella. Bueno, aunque no sé si debería preguntarte, lo voy a hacer, ¿qué tal te fue la reunión con Romanones?

Alain optó por dar una respuesta diplomática, propia de su profesión:

—Bien, es un hombre muy agradable con el que da gusto charlar. Estuvimos hablando un rato bien largo —expresamente no quiso precisar el tiempo de la reunión, que fue bastante breve— y nos hubiéramos estado mucho más, seguro, de no ser por sus obligaciones. A pesar de no ocupar actualmente cargo alguno, se le ve un hombre muy ocupado.

—Cualquier día lo vemos otra vez en política, y en las alturas. No sé qué relación tiene con Su Majestad pero es una de las personas en quien más confía.

—¿Tú crees? Si piensas así, ¿por qué lo destituyó entonces y puso a Dato?

—Porque uno de los errores de Alfonso XIII es querer contentar a todos, y eso siempre sale mal. Cuando pretendes ir dando abrazos a personas enfrentadas entre sí, acabas apaleado por los dos contendientes.

Después de degustar ambos un trozo de bacalao, Alain comenzó a hablar de la razón que le había llevado a entrevistarse de nuevo

con su amigo.

—Stéphane, me gustaría hablar con la Reina.

—¿Con la Reina, con cuál de ellas? —preguntó, muy sorprendido por el deseo de su amigo.

—Con Victoria Eugenia.

—¡Caray, Alain, pues sí que has venido a Madrid decidido a cambiar el mundo! —sonrió, mientras se limpiaba los labios.

—No pretendo cambiar el mundo, lo que quiero solo es hablar con ella. Me gustaría tener un rato para poder charlar, pero no sé cómo conseguirlo. ¿Tú crees que si le mando una carta y se lo pido me concederá una audiencia?

—Pues, francamente, no lo sé. Aunque dicen que es una mujer fría y distante, yo particularmente no la veo así. Por lo que sale en las fotos de los periódicos, y por las veces en las que la he visto en público, me parece alguien que siempre quiere estar rodeada de todo el mundo, sobre todo de los más desfavorecidos.

—¿Y eso? —al diplomático le extrañó la matización de su amigo.

—Sí, que siempre está inaugurando edificios, congregaciones... suele salir haciendo donaciones a pobres, roperos y cosas así. Lo que pasa es que de ahí a que te conceda una audiencia... no sé, lo veo difícil.

—Pues tengo que verla —sentenció.

—Señores, ¿está todo bien? —les interrumpió el camarero, interesándose por la satisfacción de sus clientes. Los dos franceses aprobaron la calidad de la comida y de la bebida—. Si necesitan algo más, pídanmelo —concluyó el empleado.

Una vez que volvieron a quedarse solos, y tras apurar el vaso de vino, Stéphane propuso a su amigo una solución para su problema.

—Tienes que buscar a alguien que medie por ti, alguien que te introduzca en el ambiente de Palacio. Yo no te sirvo. Rara vez me han invitado a un acto y, ahora con la guerra, me imagino que querrán dar una mayor imagen de neutralidad, y los franceses estaremos más excluidos de participar en eventos sociales. ¿Has hablado con tu embajada? Seguro que ellos pueden ayudarte.

—No quiero, Stéphane. Estoy en Madrid con objetivos distintos a los canales diplomáticos habituales, y no puedo acudir a ellos para que me ayuden en algo que debo solucionar yo solo.

—No lo entiendo, Alain, francamente. Eres francés, Francia no tiene rotas las relaciones diplomáticas con España, todo lo contrario, tengo entendido que los intereses franceses en Berlín están representados por España.

—Es normal que no lo entiendas con la información que te estoy dando. No, repito, a la embajada no voy a ir, tengo que conseguirlo de otra manera. A estos efectos, aquí estoy solo. Ya no me acuerdo ni de quiénes eran nuestros amigos cuando vivíamos en Madrid —inconscientemente, Alain volvió a hablar en plural, como si María Dolores todavía siguiera a su lado. Su amigo se dio cuenta.

—Pues tendré que ayudarte. Tendremos que recordar entre los dos.

Stéphane sacó un trozo de papel del interior de su chaqueta y de su cartera un lapicero muy corto.

Con paciencia, fue haciendo memoria de las personas que pudieran acordarse todavía de Alain y que tuvieran acceso a Palacio. La relación, al principio muy corta, acabó alargándose. Pidieron dos cafés bien cargados y unas copas de aguardiente de guindas. Media hora después, ambos se sentían satisfechos pues acababan de encontrar el nombre adecuado.

—La vi hará tres o cuatro meses, antes del verano. Seguro que va a acordarse de ti. No vayas directamente, ya sabes cómo son las mujeres, más listas que nosotros, y como vea que la utilizas, olvídate de ella.

—¿Y sabes dónde vive?

—No, pero puedo enterarme.

La reunión terminó con la pequeña discusión sobre quién pagaba la cuenta, que se elevaba a cuatro pesetas con sesenta céntimos, generosa propina incluida. Alain consiguió ganar aquella pequeña batalla. Sobre la mesa tenía un nombre, un nombre de mujer que sonaba a llave, a palanca de la que valerse para abrir la puerta de Palacio y entrevistarse con la reina Victoria Eugenia, probablemente la única mujer en Madrid que podía presionar al monarca para romper la neutralidad que tantas vidas francesas estaba costando.

Aquel nombre era el de Petra Domínguez, su próximo objetivo.

14

La noticia del fallecimiento del príncipe Mauricio de Battenberg se extendió por toda Europa con una velocidad similar a como se conoció la muerte del Archiduque heredero del imperio Austrohúngaro en Sarajevo. No solo por ser primo hermano de Jorge V, rey de Inglaterra, sino por la juventud del muchacho.

En Berlín y en Viena el comunicado se recibió con júbilo por el efecto positivo que ese tipo de bajas tienen sobre la milicia; en San Petersburgo con preocupación, en Londres con repulsión y en el despacho del general Joffre, en Burdeos, con cierta frialdad. Los dos militares que estaban analizando la situación sabían que era habitual que este tipo de hechos se repitieran en más ocasiones durante la contienda; una guerra que, de continuar, acabaría arruinando a todas las naciones que en ella participaban.

—Dicen que la madre de Mauricio todavía no ha asumido la desgracia —comentó el general Alain Santini.

—Es normal, Alain —suscribió Joffre—. La pérdida de un hijo es algo que no se supera nunca. Ahora tiene que encontrarse en una situación de obnubilación, de hallarse fuera de la realidad. Es pronto para que acepte la noticia.

—Mauricio ha muerto como un héroe, mi general, esa mujer tiene que estar bien orgullosa de ello.

—Sí, pero ha muerto. Y esa mujer primero tuvo al hijo, después al militar, por ese orden. No lo olvides, Alain, no lo olvides.

El agrio carácter del general Alain Santini lo llevaba hasta límites extremos. Incluso en momentos como ese era incapaz de sentir como padre antes de pensar como militar.

—La realidad es que esta noticia ha tenido que caer como una piedra de granito sobre la moral de los ingleses, fundamentalmente —opinó el comandante en jefe de las tropas francesas, el general Joseph Joffre.

—Y encima ha sido en nuestro suelo, y eso nos va a perjudicar —matizó Alain Santini.

—Ha sido un militar, uno de los muchos que, desgraciadamente, mueren cada día. Pero la realidad es que unos son más valiosos que otros. Las bajas de unos pasan desapercibidas, son un número más dentro de una estadística, un nombre adicional en una relación aséptica; pero la de algunos, como es el caso de Mauricio de Battenberg, acaparan un protagonismo incómodo. Pero habrá más, cualquier día uno de nosotros puede estar en una lista.

—Será un orgullo, mi general —las severas afirmaciones del general Santini estremecían incluso a un hombre de la talla castrense y de la experiencia del general Joffre.

El anfitrión ofreció un cigarrillo a su interlocutor.

—No me apetece ahora, mi general.

—Bueno, ¿sabes algo de tu hijo? Está ya en Madrid, ¿no?

—Sí, allí está, o eso nos dijo al menos —dijo su padre—. Sé que usted tiene muchas esperanzas en su labor pero yo no creo que él vaya a ser capaz de obtener un resultado positivo. Siempre pensaré que está perdiendo el tiempo.

—Alain, no es el único de nuestros hombres que opera en España ni es el único que tenemos en esa labor. Hay más personas trabajando en una dirección similar pero con idéntico fin, el de conseguir que Alfonso XIII se una a nosotros; pero tu hijo es especial. Tienes razón en que tengo muchas esperanzas depositadas en él, quizá demasiadas, pero es que Alain cuenta con una valía personal como la de ningún otro francés. Solo con la personalidad que ha demostrado al desafiar a su padre cuando se negó a ingresar en la milicia... —sonrió con su comentario—, demostró su arrojo y su valentía. Sí, Alain, él se mueve en Madrid como nadie y posiblemente será el francés que mejor conoce la capital y sus políticos. Y eso nos interesa, nos interesa mucho. Dejémosle trabajar y ya verás cómo nos va a sorprender.

—A mí me sorprendería si hiciera algo positivo en la vida —resolvió el general Santini, al referirse a su hijo.

La conversación se vio interrumpida con la llegada de un soldado portando una nota. Después de cuadrarse y de saludar como corresponde, el joven entregó la misiva al general Joffre. Este la leyó con gesto de gravedad.

—Mi general —ordenó a Alain Santini—, vamos a convocar una reunión de urgencia del Alto Estado Mayor. Turquía se acaba de empezar a movilizar. Su entrada en la guerra es inminente.

El coronel von Below se mostraba satisfecho. Acababa de leer atentamente la noticia que habían publicado los diarios alemanes *Berliner Tageblatt, Lokal Anzeiger, Berliner Ilustrierte Zeitung* y el austriaco *Fremdenblatt*. Todos recogían el fallecimiento del príncipe Mauricio de Battenberg con cierta discreción pero con claridad. No querían que ningún lector quedara sin enterarse de que la sangre real inglesa había sido derramada en la batalla de Ypres. La munición alemana fue el detonante de la secuencia y la hemofilia

hizo el resto.

Estaba esperando en su despacho la llegada de Walter Nicolai, el jefe de la *Abteilung IIIb*. Quería conocer la visión que se tenía desde la inteligencia de una noticia como aquella y las consecuencias que podían derivarse a partir de ese momento. No era la primera vez que se había visto sorprendido con una interpretación muy distinta a la suya de un mismo hecho, y no sabía cómo podría valorarse la muerte del hermano de la reina de España desde una óptica ajena a sus preceptos.

Dos minutos antes de la hora concertada, uno de los asistentes del coronel anunció la llegada de Nicolai.

—Por favor, Walter, siéntese. ¿Le apetece tomar algo caliente?, ¿un café, una infusión?

Después de servirse una taza de humeante café, von Below le pidió su punto de vista sobre el fallecimiento del joven militar.

—En principio, Herr coronel, la noticia de la muerte del príncipe Mauricio, familiar directo del rey de Inglaterra, tenemos que calificarla como positiva, eso sin lugar a dudas. A pesar de su juventud era uno de sus militares más caracterizados y constituía el referente de una gran parte de los jóvenes ingleses, que se sentían motivados y espoleados a entrar en la batalla al lado de alguien de su edad, un militar que podría haberse librado de luchar en la vanguardia, eso seguro, pero que optó por apoyar a sus compatriotas con su presencia y, al final, con su propia sangre.

—Nicolai, no lo veo del todo convencido —consideró el coronel. Le parecía que el razonamiento esgrimido por su invitado era un discurso trillado, unas palabras preparadas ante una situación potencial, no el agudo análisis de un especialista.

—Cierto señor. En ocasiones estas acciones conllevan reacciones.

—No le entiendo, explíquese, por favor.

—Sí, Herr coronel, a veces los resultados esperados son diametralmente opuestos a los planeados. No sería la primera vez que el fallecimiento de un líder consigue levantar a un pueblo dormido y convertir la tragedia en el estandarte de una fuerza desconocida, muy superior a la anteriormente mostrada.

Von Below asintió. Pero después de meditar más detenidamente las palabras del máximo responsable de la inteligencia alemana, entendió que había un cabo suelto, algo que no encajaba en la teoría de Nicolai.

—¿Pero quiere convencerme de que Mauricio de Battenberg era un líder?

—No, Herr coronel, el muchacho era cualquier cosa menos un

líder. Por lo que sabemos de él, era un joven más bien apocado, probablemente afectado psicológicamente por la hemofilia que padecía y que, como tantos otros, debía a la perniciosa herencia de su abuela Victoria. Parece ser que era reservado, tímido... vamos, una persona común. De no ser primo de quien era, nadie habría reparado en su fallecimiento. No, Herr coronel, me refiero al uso que de su muerte pueden hacer los aliados. No sabemos, por ejemplo, cómo va a reaccionar Madrid.

—Madrid ya ha declarado oficialmente su postura.

—Lo sé, todos lo sabemos, pero las posturas pueden cambiar en función de las circunstancias. ¿Sabemos nosotros aquí, en Berlín, la persuasión que puede ejercer la reina Victoria Eugenia sobre su marido?

—No creo que la Reina...

—Perdone que le interrumpa, Herr coronel, pero no sabemos las cosas que puede decir una mujer a un hombre en el lecho conyugal, ni el grado de convicción que puede llegar a manifestar la inglesa sobre el indómito Alfonso XIII.

—Nicolai, la relación entre los reyes de España está rota. Lo sabe toda Europa.

—Sí, eso también lo sabemos. Todos conocemos la actitud del Rey hacia su esposa, a la que culpa de la tragedia de su descendencia. Y eso es precisamente lo que me preocupa, Herr coronel, que ahora haya un cambio en esa relación y que, quizá por mimetismo con su drama, o por cargo de conciencia, o por arrepentimiento, el Rey de España rompa la neutralidad. Y si fuera así, ya sabe a favor de qué bando se decantaría.

Gerhard von Below se alegraba de haber llamado a Walter Nicolai. Su visión sobre los hechos siempre contaba con una interpretación muy distinta a la que haría cualquier otra persona, incluso él, incluso Ludendorff, con quien despacharía horas después. Lo que, en un primer momento, podría considerarse una noticia positiva, podía no ser tan favorable.

—Nicolai, ¿cómo van las cosas por Madrid? ¿Qué tal Fritz?

—No tenemos noticias, Herr coronel, ni tenemos por qué tenerlas de momento. Nuestro hombre ha iniciado una labor de campo y espero que esté recopilando la información necesaria para cuando llegue el momento.

—¿Y cuándo va a llegar el momento? No quiero holgazanes. Si no hace nada en concreto, ha de regresar al frente —el razonamiento de Nicolai había vuelto sensiblemente nervioso a von Below.

—Pronto, Herr coronel, pronto; pero no podemos adelantar los acontecimientos, las cosas llevan su tiempo y, como le pasa a los ríos, también su velocidad, por mucha agua que lleven. Dejémosle hacer.

Von Below acabó su café sin saber muy bien qué le había querido decir Nicolai, pero no le preguntó. Le daba vergüenza reconocer su falta de sagacidad y se limitó a asentir, que siempre es una salida airosa ante cualquier situación de incertidumbre.

El silencio fue alterado por el timbre del teléfono. El coronel lo descolgó y escuchó con gesto serio. Un minuto después colgó y miró a Nicolai.

—El Káiser se vuelve de Potsdam, parece ser que ha ocurrido algo importante.

—Si quiere le adelanto lo que van a decirle.

Von Below se quedó extrañado con la afirmación de Walter Nicolai, pero guardó silencio. El jefe de la *Abteilung IIIb* fue el que habló de nuevo:

—Turquía. Por fin. ¿No?

El coronel quiso hablar y lo consiguió, aunque sus atropelladas palabras sonaron a balbuceo incontrolado:

—Pero… usted… cómo…

—Somos la inteligencia alemana, Herr coronel, la mejor del mundo. Recuerde que somos nosotros quienes suministramos la información a Potsdam.

Von Below odiaba la sonrisa de superioridad que marcaba su invitado cada vez que daba una noticia de ese tipo.

15

—¡Eres un bruto! —exclamó Enriqueta, cuando se zafó de los brazos de Fritz.

—¿Qué pasa, no te gusta?

—No es que no me guste, animal, es que no eres delicado.

La mujer se había quedado totalmente desnuda encima de la cama de la habitación que Fritz Springer ocupaba en el hotel Palace de Madrid. Acababan de pedir al servicio de habitaciones la segunda botella de Perrier-Jouët acompañada de una bandeja de frutas al kirsch y al cumin.

—Tú sí que eres bruta —repuso el alemán, que se encontraba encantado con la mujer que había acudido, junto a una amiga, a una sesión del cinematógrafo de la sala Gran Teatro.

—Oye, ¿no van a ser muchas botellas de champán? Mira que yo con la primera ya me he emborrachado un poquito.

—¿Un poquito? —Fritz se acercó a la mujer y la besó apasionadamente mientras la abrazaba de nuevo por la cintura. Ella se sentía feliz. Nunca antes un hombre la había llevado a una habitación del hotel Palace, y el de esa noche no solo era alguien guapo y simpático, sino que además tenía dinero; «la combinación perfecta», pensó.

Se abandonaron de nuevo sobre las sábanas y rodaron hasta caer al suelo; pero no les importó. Allí continuaron su amor despreocupados por el lugar, el decoro, las normas y las costumbres.

—Oye, y tú, ¿a qué te dedicas en Madrid? —preguntó la mujer, media hora después y entretanto se comía una guinda bañada en chocolate que acababa de pasar por la boca de Fritz.

—Yo soy periodista —respondió el alemán, que no se había peinado y los cabellos le cubrían la cara hasta casi taparle los ojos.

—¿Periodista? Dicen que es la profesión de los espías: periodistas. Todos los espías dicen ser periodistas para que nadie sepa que son espías.

—A ver, repite eso —la mujer se encontraba bastante más que achispada y la lengua la trastabillaba. El alemán supuso que también su cerebro estaba desvariando.

—Que sí, Otto, que dicen que Madrid está lleno de espías de todos los países de la guerra esa, y que nadie lo quiere reconocer porque eso de ser espía es secreto, ¿no?

Sin mediar palabra, la mujer comenzó a reír, como una

bobalicona, como alguien que ha perdido el control de lo que habla.

—Pues no, yo no soy espía, soy periodista.

—No, Otto, tú eres espía, que lo sé yo, que tienes cara de espía. Mañana se lo voy a contar a mi amiga a ver qué opina ella.

Con eso no había contado. No entraba dentro de la estrategia de Fritz que alguien en Madrid fuera a descubrirle. La elucubración de la mujer le podía costar muy cara, tanto a él como a los planes de su gobierno y de su país. No, eso no podía consentirlo. La agarró de nuevo y la besó un tiempo indeterminado, disfrutando de sus labios fuertes, de sus pechos duros y de la suavidad de su piel, que aunque un poco mayor que la suya, todavía se mantenía apetecible y con la tersura adecuada.

—Anda, dame otro beso, que besas muy bien, ladrón, tunante, espía, que eres un espía —la mujer cerró los párpados y acercó sus labios cerrados a la boca del hombre que la miraba inquieto. Al terminar el beso, la mujer continuó con su peligroso juego—. Dime, ¿eres ruso?, ¿eres de la Okra...?

—Okhrana —completó Fritz, cada vez más preocupado.

—¡Eso, ves como eres un espía! Es que una vez me dijeron que se llamaba así el servicio de espionaje de los rusos. Pero tú eres rubio y no tienes cara de ruso. Venga, ¿por qué no me dices para qué país espías?

El alemán tenía que pensar con celeridad. No iba a consentir que le descubrieran, y menos de esa manera. No permitiría que, al día siguiente, aquella mujer andara pregonando por todo Madrid haberse acostado con un espía alemán que se alojaba en el Palace. «Ella se lo ha buscado», concluyó.

Sujetó su cabeza con las dos manos y le dio el fogoso beso que ella estaba esperando. Después, y ayudado de los pulgares, le fue abriendo los párpados a la vez que le proponía algo nuevo:

—Vamos a hacer un juego y después vamos a dar un paseo.

—¿Ahora?, ¿tú sabes el frío que hace?

—Es que quiero enseñarte algo. En primer lugar, vamos a escribir. ¿Tú sabes que soy perito calígrafo?

—¿Perito cali... qué? —la mujer reía con todo aquello. A los atributos que había visto en él, nada más conocerlo, como la belleza, el dinero... tenía que sumar la fuerza en la cama y la originalidad. Sí, había estado haciendo el amor con un hombre auténticamente fuera de lo común.

—Calígrafo, que sé interpretar la personalidad de alguien por medio de su escritura. ¿Quieres que adivine la tuya?, ya verás cómo te sorprendo.

—¡Venga, vale! —concedió Enriqueta—, pero eso de salir luego a la calle no me apetece nada.

Fritz no quiso entrar en discusiones. Se levantó y buscó un papel por la habitación. Lo encontró en el escritorio que estaba dispuesto junto a una lámpara de pie. Comprobó que la hoja llevaba impreso el nombre del hotel en la parte superior derecha. Lo partió con cuidado y le dio la mitad inferior. Después tomó un lápiz de su chaqueta.

—A ver, escribe algo. Lo que se te ocurra.

—No sé, ¿qué quieres que escriba?

El alemán contaba con ello. Se imaginaba que la mujer, en su estado de embriaguez, iba a carecer de iniciativa. Pero él estaba dispuesto a ayudarla.

—Escribe algo como si fuera una despedida, por ejemplo, como si te fueras a algún lado. A ver... ¡Ya está! —fingió que le había venido a la cabeza una idea original—, puedes poner *Adiós a todos. Me voy para siempre*. ¿Qué te parece?

La mujer, desorientada, no sabía qué decir, pero le pareció gracioso. En su estado, cualquier otra cosa que hubiera dicho aquel hombre con cara de pillastre le habría parecido bien. Muy bien. Con dificultad, comenzó a escribir el texto que le había indicado el alemán con un trazo torpe y lento. La escritura no tenía que figurar dentro de las primeras de sus habilidades. Para ayudarla, el hombre fue deletreando cada palabra y, en ocasiones, cada sílaba.

Una vez finalizó, le pidió que pusiera su nombre.

—Pero el nombre completo, nada de lo que me has dicho a mí.

—Espía, es que es muy feo.

—No hay nombre de mujer que sea feo —sentenció Fritz, muy solemne mientras le daba un beso en la mejilla—, y no me llames espía, ya te he dicho que yo no soy ningún espía.

—Todos los espías sois igual de misteriosos.

—¿Todos?, ¿es que has conocido a muchos?

La mujer lo miró y sonrió.

—¡Venga!, vamos con el nombre.

Con un trazo algo más suelto, Enriqueta terminó por escribir su nombre debajo del texto.

—A ver. Vamos a estudiar tu personalidad —Fritz asió el papel y lo giró varias veces, como si estuviera haciendo un análisis concienzudo y profesional—. Por la forma que tienes de unir las letras, se ve que eres una mujer muy alegre y pasional.

—¿Sí?, ¿eso dicen las letras?, pues es verdad, siempre soy así.

¿Y qué más dicen? ¡Cuenta!

Después de seguir describiendo imprecisiones y otros rasgos positivos que se le iban ocurriendo, el alemán propuso que se fueran a dar un paseo. Al principio la mujer se mostró reticente pero terminó por acceder. Salieron por la puerta principal y giraron a la izquierda.

—Es aquí.

Fritz se había parado delante de un Humber Tourer, el único coche que estaba estacionado en la calle. La mujer, al verlo, no contuvo la emoción:

—¡Un automóvil!, ¿es tuyo?

—Ya sabes que los espías tenemos de todo —respondió, mientras le guiñaba un ojo.

A pesar del frío, el alemán paraba continuamente el coche y la besaba, perdiéndose en aquellos labios que tanto le gustaban y de los que no parecía cansarse.

Después de haber pasado por San Francisco el Grande, llegaron al centro del Viaducto. Fritz fingió que el coche tenía un problema mecánico y que por eso se había parado, aunque el motor seguía en funcionamiento.

—¿Qué le pasa a este trasto? Ya lo decía un novio que tuve, que donde estuvieran los coches de caballos se quitaran estas cosas mecánicas. Andan todo el día estropeadas.

—No sé qué puede pasarle. Bájate un momento y déjame que mire.

Enriqueta se apeó y comenzó a dar saltitos para combatir el frío que reinaba a esa hora de la madrugada en la que, por supuesto, ellos eran los únicos pobladores de la calle. Instintivamente, se acercó a la barandilla. Fritz aprovechó el momento y se aproximó a ella, abrazándola y trayéndola para sí.

—Estás preciosa. Dame un beso.

—¿Otro?, ¿no te parecen suficientes los que llevas ya? ¿Qué pasa, que los espías nunca tenéis bastante? —a Enriqueta le hacía gracia y, por qué no decirlo, ilusión, que el amante de aquella noche fuera un espía; un oficio asociado a la aventura, al secretismo, al riesgo…

—Nunca voy a cansarme de recibir besos tuyos —contestó Fritz.

Aquellos fueron besos largos, cariñosos, concienzudos, delicados. Al terminar, él planteó algo que ella no esperaba.

—Te vas a guardar el papel con lo que has escrito en el bolsillo de tu abrigo —no le dio opción.

—Por mi letra ya me has contado todo lo bueno que me va a pasar, espero que junto a ti, por tanto, ¿para qué quiero guardar ese papelito?

—Para mañana.

—¿Para mañana?, ¿por qué para mañana?

La fuerza del alemán era considerable y no estaba mermada por el alcohol ingerido. Sin embargo, Enriqueta sí que había perdido reflejos, y era mucho más pequeña que él, y más manejable y, lo peor, estaba distraída, confiada, incluso pudo pensar que aquel hombre se había empezado a enamorar de ella. En esa situación, jamás habría podido prevenir aquella acción tan certera como violenta.

Fritz se agachó, la enganchó por los tobillos y, tomando el borde de la barandilla del viaducto como centro de giro, la volteó con fuerza y la lanzó a la calle Segovia. La mujer solo chilló cuando estaba llegando al suelo. Un sonido sordo dejó el escenario de nuevo con el mismo silencio existente antes de que el alemán fingiera un fallo mecánico en el Humber.

No quiso asomarse, un golpe desde veintitrés metros de altura era mortal. Su misión en Madrid no podía quedar sujeta al albur de que alguien le descubriera. Los altos intereses de su país estaban en juego.

Se subió al automóvil y regresó al Palace. A la noche todavía le quedaban varias horas y tenía que descansar. Aquella mujer le había dejado matado.

16

La criada abrió la puerta y permitió el paso al hombre que había llamado al timbre.

—¿A quién anuncio?

—A Alain Santini. La señora me está esperando.

La condesa del Mayo vivía en el tercer piso de un magnífico y recién construido inmueble de la calle Ferraz, justo enfrente del Cuartel de la Montaña, sede de la Escolta Real, una mastodóntica edificación cuadrada de tres alturas. El francés mató la espera asomándose al exterior y recordando la última vez que visitó a la Condesa, allá por el año 1907, a punto de finalizar su estancia en Madrid y antes de regresar a París. Fue para presentar sus respetos por el fallecimiento de su marido, un importante industrial francés afincado en Madrid.

—¿Le gustan las vistas, Alain?

Petra Domínguez, condesa del Mayo, era una viuda de aproximadamente su misma edad, dotada de una belleza serena, siempre impecablemente vestida, con gusto y con discreción, maquillada y peinada en toda ocasión, incluso para recibir a una visita en su casa. Sus años de estancia en París habían conferido a la dama un aire de distinción que no perdía desde que se levantaba por la mañana hasta que se acostaba, siempre muy tarde, leyendo los libros que le legó su marido. A pesar de haber transcurrido siete años desde que la vio por última vez, no notó cambio alguno ni en su rostro ni en su expresión, que mantenía un secreto magnetismo que al francés no se le había olvidado.

Alain se acercó y besó el dorso de la mano que, enfundada en un guante negro calado, le ofrecía la anfitriona.

—Esta casa la compré hace tres años. A mí marido le hubiera gustado un lugar así, con buenas y amplias vistas, y no con los ruidos de la anterior.

—La calle Atocha, con la estación de tren —juzgó el diplomático —, está haciéndose cada día más incómoda.

—Por favor, Alain, siéntese. Esta es su casa.

El francés extrajo un cigarrillo de su pitillera de plata y ofreció uno a la mujer.

—No, yo no fumo, por lo menos todavía —sonrió con algo de malicia, y concluyó en tono irónico—. De momento eso se lo dejo a nuestra Reina.

Se sentaron sobre un sofá de terciopelo verdemar.

—¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! Yo tengo mala memoria y no recuerdo cuándo fue la última vez.

—Estuve visitándola después del fallecimiento de su marido.

—¡Es verdad!, fue días antes de que usted regresara a París. Yo no he vuelto a París. Me lo han pedido amigos muchas veces pero no tengo a nadie importante allí.

—¿A nadie? —aquello le parecía al francés una contradicción— Estará la familia de su marido, ¿no?

—Pues eso, a nadie. Jérôme y yo nos conocimos en Madrid, nos enamoramos aquí, nos casamos en la parroquia de San Sebastián, y aquí fuimos muy felices. No le di hijos pero vivimos el uno para el otro durante todo el tiempo que duró nuestro matrimonio que, desgraciadamente, no fue muy largo. Solo permanecimos casados cuatro años. Nada más que cuatro años —la mujer se había subido al tren del recuerdo y a Alain le pareció poco caballeroso apearla de él. Permanecería callado mientras siguiera rememorando aquellos días—, pero los disfrutamos como si hubiera sido una vida entera. Por cierto, Alain, ¡qué mala anfitriona soy!, ¿le apetece un café? Esta mañana me han subido unos bartolillos de Viena Capellanes pero no me los he comido todos. Con un café reciente, tienen que estar muy buenos. ¿Nos animamos?

En tanto llegaba el café ofrecido, que Alain aceptó encantado, este aprovechó para preguntarle por su situación en Madrid y por cómo veía la guerra desde la tranquilidad que da vivir en un país neutral. Quería hacer hablar a la anfitriona, que se sintiera cómoda, que se abriera. Tiempo tendría después para llevarla hacia el lugar adonde quería llegar.

—Me gusta mucho el cinematógrafo. Me he vuelto una habitual del Infanta Isabel, del Benavente o del Teatro de la Zarzuela, donde tienen instalada una pantalla enorme. Las películas tienen mucho realismo —opinó Petra—. En unos años, el teatro habrá desaparecido. Hay mucha diferencia entre ver una película, con sus paisajes, sus trenes, sus barcos, sus calles, que sentarse a presenciar cómo cuatro personas se ponen a hablar. Yo al teatro no le auguro un futuro mayor que cinco o diez años. De hecho, Madrid se ha plagado de salas cinematográficas. Cada día son más los teatros que sustituyen las representaciones dramáticas por las proyecciones de películas. No me canso de verlas, incluso las más largas, las de tres y cuatro mil metros.

El francés tomó un bartolillo sin saber muy bien a qué venía aquel alegato a favor del cine y en contra del teatro. Pero, como siempre hacía, permaneció callado esperando el final del

razonamiento de la Condesa.

—Me preguntaba por la guerra y le he aburrido contándole mis impresiones sobre el cinematógrafo. Pero es lo que siento que me pasa, que la guerra que se está librando en Europa es como una película que están proyectando en un cine y yo me he sentado a presenciar el pase. Lo leo en los periódicos españoles y en dos franceses a los que todavía estoy suscrita: *Le Temps* y *Le Figaro*. Tardan muchísimo en llegar, a veces con retrasos de dos o tres semanas, pero no me importa; es una manera de seguir unida al país de mi marido. Leyendo en su idioma pienso que todavía estoy con él. Yo había aprendido francés de pequeña, en el colegio, pero él me terminó de enseñar y muchas veces le pedía que me hablara en francés. Me parece un idioma tan sensual...

—Eso dicen —suscribió Alain.

—Por cierto, ¿le importaría hablarme en francés? En alguna recepción, algunas veces se oye a alguien hablar en *nuestro* idioma —al hombre le llamó la atención la manera que tenía de referirse a la lengua de su marido, con ese adjetivo posesivo de *nuestro*—, pero no es lo mismo. ¿Dígame, le importa?

—Condesa, es mi idioma, por supuesto que no tengo ningún inconveniente en hablarlo...

—Petra, por favor, Alain, llámeme Petra —repuso ella, ya hablando en francés, idioma que utilizaron a partir de ese momento.

—Perfecto, Petra, así haré. Había establecido una comparación entre la guerra y el cine —el francés quería reconducir la conversación.

—¡Ah sí, la guerra!, ¡cuánta desgracia! En los periódicos no paran de hablar de muertes, y de cañones, y de fusiles... es horrible, todo es horrible... ¡cómo deben estar pasándolo en París, cuánta desgracia! —repitió la mujer, en un francés fluido aunque cargado de acento foráneo—. Parece ser que todo está racionado, que no hay de nada. Además, no dejan de sonar marchas militares, en todos los sitios y a todas las horas. Los bulevares deben parecerse a barracones cuarteleros.

—Condesa, perdón, Petra, los periódicos no reflejan ni una mínima parte de la realidad, de la dolorosa realidad que se está padeciendo. La vida en el frente de batalla es un infierno. Los alemanes están utilizando gases para atacarnos, gases mortales que en ocasiones traspasan las máscaras protectoras de nuestros soldados. Nos han confirmado que la invasión de Bélgica estuvo plagada de violaciones, de fusilamientos de ancianos, de asesinatos

en masa de niños... los alemanes llevaban muchos años preparando la conflagración y eso se ha notado en el momento que sonó el primer disparo. No perdieron ocasión de declarar la guerra a Rusia sin que esta les hubiera atacado.

—Lo sé, Alain, lo sé, ya digo que estoy muy informada de todo lo que acontece en Europa e incluso he leído algo sobre las atrocidades que cometen los alemanes a su paso.

El estilo de la conversación había cambiado sustancialmente. El hecho de que a la anfitriona le gustara que la llamara por su nombre de pila y no por su título nobiliario, unido al uso del francés, había provocado un espontáneo acercamiento en la pareja. Ahora, e involuntariamente, Alain había adoptado una postura más informal de la que había mostrado al principio. Se hallaba ligeramente inclinado hacia delante y había clavado el codo en el brazo del sillón. Un poco más cerca le pareció que la belleza de Petra se acentuaba más, como sucede cuando se observa un cuadro con detalle, y se aprecian mejor las pinceladas y las variaciones cromáticas.

—Petra, cada día mueren miles de soldados franceses, ingleses, rusos, personas inocentes que lo único que están haciendo es defender su país ante el ataque enemigo.

—Es una tragedia. Si valiera todo el dinero que tengo, lo daría con tal de que parara esa barbarie.

Alain estaba contento, había acudido a casa de la viuda de un antiguo compatriota y se encontraba con alguien sensibilizado hacia la guerra y sus consecuencias.

—Pero Alain, no hablemos de la guerra, hábleme de usted, bueno, de ti —matizó, esto último en español. Instantáneamente regresó al francés—. Recuerdo que enviudaste en Madrid. Tu mujer se llamaba María Dolores, la recuerdo perfectamente.

—¿Te acuerdas de ella?

—Claro, daba gusto veros, siempre tan unidos. Muchas veces lo comentamos Jérôme y yo, que era difícil encontrar en Madrid a dos personas que se quisieran tanto. A vosotros os pasaba como a nosotros, que estábamos muy enamorados. Dime, ¿te has vuelto a casar?

—No, Petra. No he tenido ganas de gastar el tiempo en buscar una mujer. Me he consagrado a mi país, a mi familia, creo que nunca te conté que tengo cuatro hermanas más jóvenes que yo y que las adoro igual que ellas me adoran a mí. Además, mi trabajo exige viajes continuos y así no se puede mantener un hogar, siempre estoy con la maleta de un lado para otro.

—Es verdad —concedió Petra—, cuando uno ha estado muy unido a una persona, pierde las ganas de buscar otra pareja. Yo no me lo he planteado. Para nada.

Aquellas últimas palabras tenían un matiz muy determinado. Alain no supo la razón de una aseveración tan contundente.

—Y tu vida en Madrid, ¿qué tal es?, ¿tienes muchas ocupaciones? —el francés prefirió cambiar de tema de conversación.

—Entretengo el tiempo, que es más o menos lo mismo. Tengo varias amigas con las que salgo a merendar alguna tarde, voy al cinematógrafo a menudo, como te he dicho, también con ellas y, cuando me lo pide la Reina, la acompaño a algún acto social. La pobre quiere integrarse en España y sufre mucho porque ve que no termina de ser aceptada.

—Hablas de la reina Victoria Eugenia.

—Sí, claro, de la Reina Madre no te digo nada porque he cruzado con ella cuatro palabras en toda mi vida.

—Así que ves mucho a la mujer del Rey —Alain quería ocultar como buenamente podía la alegría que le reportaba aquella situación. Era justo lo que estaba buscando cuando acudió a la casa de la Condesa, la que ahora era sencillamente Petra.

—Lleva varios días sin salir de Palacio. No conozco a nadie que tenga tantas desgracias como ella. A la enfermedad de su hermano Leopoldo, que es la misma que la de su hijo mayor, Alfonso, se une la sordera de su hijo Jaime, ¡pobrecito, quedarse sordo con cuatro añitos! A ver qué suerte tiene con Gonzalo, su último hijo... y ahora con la muerte de su querido Mauricio. Dicen que era su hermano favorito.

—El que muere siempre es el favorito, ya sea un hermano, un hijo, un amigo... Ya sabemos cuál es la hora de las alabanzas.

—Pero en este caso parece ser que era así. Yo he querido ir a verla y he mandado recado a Palacio de mi interés, pero no he recibido respuesta.

La situación no podía ser más favorable. Estaba con una persona que tenía trato directo con la mujer del hombre que mantenía neutral a España, la única persona que podía desnivelar la balanza del juego de fuerzas equilibradas que estaban batiéndose en Europa. La relación de la Condesa, de Petra, con la reina Victoria Eugenia era la mejor noticia posible. Eso había que aprovecharlo inmediatamente.

—Petra, ¿tú sabes por qué España no ha entrado en la guerra?

—¡Jesús!, ¡qué horror!, —exclamó aterrorizada, en español—

entrar nosotros en la guerra. ¡Por Dios, que no pase nunca! —la mujer se santiguó dos veces, muy deprisa, como si marcando esos movimientos mecánicos quisiera acallar las palabras que acababa de escuchar.

—¿Tan terrible te parece?

—Sería lo peor que nos pudiera pasar —aseguró, hablando ya de nuevo en francés—. Sería la muerte y la destrucción de mi país. ¡España en la guerra! Todavía tenemos muy reciente lo de Filipinas, lo de Cuba... no, Alain, la guerra no, nunca, la guerra jamás.

Alain deseaba que le pegaran un tiro antes de volver a escuchar los lamentos de la mujer describiendo desgracias de la guerra. «¡Para desgracias las de mis compatriotas!» —pensó con ira. Después de la reacción de Petra sobre la guerra y la posibilidad de que España entrara en ella, se hizo un silencio que incomodó a los dos.

—¿Y qué haces en Madrid, Alain?

—Me ha mandado mi gobierno para realizar unas gestiones en la embajada, nada de importancia, simple rutina para un diplomático cualquiera.

—¡Ya será más, Alain!, que siempre me has parecido muy modesto. ¿Dónde te alojas, en la embajada o en algún hotel?

—He arrendado un piso en el número 11 de la calle Orellana. No sé cuánto tiempo voy a estar en la ciudad y prefiero vivir en una casa. Estoy mejor atendido y tengo más espacio.

—En alguna ocasión me invitan a actos públicos, cosas de beneficencia, ya te he dicho que la Reina cada día está más activa en todo eso y quiere ganarse así el cariño de los españoles. Me parece muy inteligente por su parte. A veces pueden venir acompañantes. Si quieres, te mando recado cuando tenga el próximo acto.

—Me parece bien, Condesa, lo que usted quiera —involuntariamente, Alain había vuelto a marcar distancias con la mujer.

17

El comisario Alfredo Peris se encontraba delante del cadáver de Enriqueta Ramírez, limpiadora en una empresa de compraventa de aparatos eléctricos que tenía sus oficinas en la calle Fuencarral, próxima a la Glorieta de Bilbao.

El golpe que había recibido al caer desde el Viaducto que salva la calle Segovia le había producido la muerte instantánea. Además, por el grado de coagulación de la sangre, la mujer debió estar tirada en la calle entre dos y tres horas antes de que fuera descubierta por un mulero que subía desde el río camino de Puerta Cerrada, y que fue quien dio el primer aviso en la Prevención.

Peris contempló el níveo cuerpo desnudo de la mujer antes de cubrirla de nuevo con la sábana, y supuso que en vida tuvo que ser una mujer muy guapa.

Se encontraba en el Hospital Provincial, en el número 54 de la calle Santa Isabel, donde se hallaba el depósito de cadáveres de Madrid. Antes de que su cuerpo fuera explorado por el médico forense, el policía estuvo estudiando, junto al facultativo, las ropas de la pobre desgraciada que había encontrado la muerte al estrellarse contra el suelo. Uno de los primeros objetos que encontraron fue un papel con una frase escrita a lápiz: *Adiós a todos. Me voy para siempre. Enriqueta Ramírez*.

—Alfredo, todo apunta a que esta mujer bebió mucho alcohol antes de morir —determinó el forense—. Por tanto, es lógico que su pulso no estuviera muy firme. Aunque también puede denotar su escasa formación. Es posible que fuera casi una analfabeta.

El comisario Alfredo Peris era un hombre muy corpulento, mediría más de metro ochenta y su espalda era amplia y bien formada. Lo mismo le sucedía a sus extremidades. Así, los brazos del policía eran robustos hasta el punto de parecer que la chaqueta fuera a estallarle. Miró al doctor y después examinó de nuevo el papel.

—La hoja de donde fue arrancado este trozo era de muy buena calidad. ¿Te has fijado?

El médico la palpó con los dedos y después la situó delante de la bombilla, para examinarla al trasluz. Asintió mirando al policía por encima de sus gafas.

Después analizaron el resto de bolsillos del abrigo, la falda, la blusa, la chaqueta, los zapatos y, por supuesto, la ropa interior. De esta manera, llegaron a la conclusión de que aquella noche la mujer

había tenido relaciones íntimas.

Lo que más tiempo les llevó fue examinar el bolso de la finada porque llevaba multitud de pequeños objetos, la mayoría inútiles. A los dos hombres les extrañó que la mujer llevara dos preservativos sin abrir.

—¡Caray! —se sorprendió el forense—. Una mujer preparada.

—Preparada y predispuesta —puntualizó Peris.

Después volvieron a guardar todo en el bolso y ambos llegaron a una conclusión, tan espantosa como cierta: Todo aquello indicaba que Enriqueta Ramírez era una mujer normal. Nada, absolutamente nada, excepto el trozo de papel con las dos frases que anunciaban una despedida, hacía presagiar que la mujer quisiera suicidarse tirándose por el Viaducto.

—Me voy a poner a trabajar, Alfredo. ¿Has hablado con los padres?

—Sí, están ahí fuera. Están destrozados. Con la madre no he podido hablar ni media palabra, no para de llorar. El padre está un poco más entero. Me ha dicho que vivía con ellos pero que muchas noches las pasaba fuera. A Enriqueta le gustaba la ropa cara, los buenos zapatos, parece ser que siempre llevaba alguna joya... vamos, que se gastaba en ella más de lo que ganaba.

—¿Los padres son de dinero? —quiso saber el médico.

—Por donde viven y por como visten, no lo parece.

—¿Y qué más tienes?

—He mandado avisar a alguien que sí nos va a poder aportar bastante información.

El forense le preguntó frunciendo el ceño, extrañado.

—La mujer que estuvo con ella ayer por la tarde es su compañera de trabajo. Parece ser que las dos amigas acordaron ir al cine al finalizar la jornada. Mientras no se demuestre lo contrario, esa chica, Nicasia se llama, fue la última persona que la vio con vida.

Próximo al depósito, el hospital poseía unas habitaciones para uso exclusivo del personal sanitario. Alfredo Peris ocupó una de ellas para interrogar a Nicasia. Después de las preguntas habituales relativas a la filiación y al conocimiento que tenía de la difunta, el policía comenzó con las cuestiones más delicadas y, a la vez, más esclarecedoras.

—Enriqueta es una mujer...

Nicasia hizo un alto y comenzó a llorar. El uso del tiempo presente la había conducido a una terrible certeza, y era que su amiga estaba muerta, que no podía hablar de Enriqueta como si

estuviera viva, que ya era historia en su vida, a pesar de haber estado con ella, hablando y riendo hacía únicamente unas horas.

La amiga era una mujer cinco o seis años mayor que Enriqueta, situándose por tanto muy próxima a los cuarenta. A diferencia de la fallecida, Nicasia era una mujer obesa, fea de cara, mofletuda en exceso, con la boca hundida entre las carnes que cubrían sus pómulos salientes, destartalados. Las gafas también delataban la fuerte corrección que necesitaban sus ojos. Y su ropa era normal, anodina, de colores difusos, como si la hubiera recogido de la ventanilla de la Beneficencia.

—Por favor, siga hablando, todo lo que va a decirme es muy importante. Tranquilícese.

La mujer comenzó de nuevo el relato, algo más serena después de haber utilizado su pañuelo, burdo y áspero, similar a un trozo de tela viejo, que guardaba en un bolso que parecía más propio de una anciana que de una mujer de su edad. Así fue contando al comisario que ambas acudieron al Gran Teatro a ver una película, ya que Enriqueta era una enamorada del cinematógrafo, y que le gustaba mucho más que el teatro. Al poco de comenzar la proyección, se acercó un joven y se sentó a su lado. Al reparar en la mujer que la acompañaba, se cambió de butaca ocupando la que había contigua a la de Enriqueta, que también estaba libre. Nada más sentarse, comenzó a hablar con su amiga y, cinco minutos después, la pareja comentaba todo lo que salía en la pantalla. Tal fue la molestia que estaban ocasionando en la sala, comentó Nicasia, que el acomodador tuvo que acudir un par de veces a pedirles que guardaran silencio para no perturbar al resto de espectadores y al pianista que amenizaba la película.

Al terminar la proyección, siguió relatando la mujer, Enriqueta se encontraba exultante, muy risueña, y ya agarraba al hombre por el brazo.

—Por favor, Nicasia, intente describirme a esa persona, es muy importante —recalcó el policía.

—Poco le puedo decir. Los dos salieron al vestíbulo por delante de mí, sin hacerme mucho caso, tengo que reconocerlo. Después, ya en la calle, Enriqueta, que no paraba de reír con ese hombre, se volvió, se despidió y me dijo que nos veríamos al día siguiente en el trabajo.

—¿No se lo llegó a presentar?

La mujer negó con la cabeza.

—¿No le vio la cara?

—Llevaba un sombrero que se puso antes de que encendieran las

luces de la sala —respondió la mujer, sin titubear y con absoluta decisión—. Luego se colocó un abrigo, con un cuello de piel de animal, no le sabría decir de qué bicho se trataba, y no vi nada más.

Peris contempló de nuevo a Nicasia y entendió que aquel desconocido prefiriera cambiarse de asiento. Aunque sabría que iba a ser incómodo, hizo algunas preguntas al respecto.

—Bueno, ella está más delgada que yo, también es más joven... lo sé, comisario, sé que un hombre siempre va a preferirla a ella antes que a mí.

Después de ofrecerle un café, el comisario quería dar por terminado el interrogatorio, pero había dejado para el final lo más importante.

—Dígame, Nicasia, ¿piensa que su amiga —evitó pronunciar el nombre de pila, para formular la pregunta de una forma más impersonal— tenía alguna razón para quitarse la vida?

La mujer cerró los ojos y negó girando la cabeza de lado a lado, ostensiblemente.

—Era una mujer muy alegre, muy risueña. Siempre estaba riéndose. Éramos muy amigas, nos contábamos muchas cosas.

—¿Pudo haber tenido algún problema con algún hombre? ¿Por qué no se había casado?

—Que yo sepa no. Y no se había casado porque estaba buscando a un rico. A un rico que nunca encontró. A Enriqueta le gustaban las cosas caras, y hacía de todo por conseguirlas. Muchos días llegaba a la oficina presumiendo de zapatos nuevos, y caros; de vestidos nuevos, y caros —volvió a apostillar—, o de medias de seda. También se gastaba dinero en ropa interior, como en cotillas de París o enaguas de nansú. Ella picaba lo más alto que podía, y se relacionaba con muchos hombres. Yo se lo decía, comisario, le decía que no era bueno ir con gente desconocida —sorpresivamente, Nicasia había encontrado una fluidez de palabras nueva hasta ese momento, y hablaba con soltura y expresando con claridad sus sentimientos—, pero ella no me hizo caso. Se ve que ayer sí acabó encontrando problemas.

Peris se metió la mano en el interior de su chaqueta y abrió la cartera. Sacó el papel encontrado en el abrigo de Enriqueta.

—¿Esta era la letra de su amiga?

Nicasia sostuvo el trozo de hoja con las dos manos. Parecía que le costaba trabajo leer lo que ponía ahí.

—¿Reconoce usted la letra de su amiga? —volvió a preguntar el policía, sin que hubiera recibido respuesta por la cuestión anterior.

—Llevamos muchos años trabajando en la oficina, juntas. Yo soy

la escribiente y ella es la limpiadora, y la he visto muchas veces firmar el recibo del jornal. Le aseguro que esta es la letra de Enriqueta.

Al devolver el papel al policía, Nicasia volvió a caer en la cuenta de que el tiempo presente ya no servía para referirse a Enriqueta, a su amiga Enriqueta.

Y comenzó de nuevo a llorar.

18

Para ser un edificio que poseía más de tres mil habitaciones, el despacho más importante, el del rey Alfonso XIII, era, y con diferencia, una de las estancias más pequeñas del Palacio Real. Así lo quería su dueño, un lugar recogido donde concentrarse para poder trabajar. Contaba con una mesa de reducidas dimensiones pero muy bella —soportada por unos cisnes de madera dorada ricamente labrados—, una estantería con una fotografía de su padre, un pequeño armario y dos sillas de cortesía.

Se encontraba conferenciando asuntos con su Primer Secretario, Emilio María de Torres.

—Se han recibido ocho peticiones más.

—¡Ocho! —se asombró el Rey.

—Parece que el caso de la lavandera ha tenido trascendencia. Sánchez Guerra me ha comentado que han sido muchas las personas que se han acercado a varias embajadas nuestras preguntando de qué manera puede mediar Su Majestad en su caso y, de hecho, con estas ocho, ya son diecinueve las peticiones formales de ayuda que hemos recibido.

Dos meses antes, a finales de agosto, una lavandera de Gironde, un departamento situado al suroeste de Francia, se dirigió al Rey de España solicitando su ayuda para encontrar a su marido, desaparecido en la batalla de Charleroi. Después de las gestiones que puso en marcha Su Majestad a través de sus contactos en el exterior, se consiguió dar con el paradero del soldado francés, que se encontraba preso en un campo de concentración alemán.

—Pues habrá que tratarlas igual que hemos gestionado las anteriores. No podemos abandonar a esa pobre gente a su suerte, algo tenemos que hacer.

—Majestad, con todos los respetos, creo que debería declinar estas gestiones. Realmente, son consecuencias de una guerra ajena a nuestros intereses y en la que no debemos tomar partido.

—No tomamos partido, Emilio, lo que hacemos es cumplir con nuestro deber cristiano de ayudar al desamparado. No me quiero imaginar la situación de la gente que, desesperada, muy desesperada —remarcaba el Rey—, agarra un papel y una pluma y manda una carta a un primer mandatario de otro país para que medie por su marido, su hijo, su padre... gente angustiada a la que el Rey de España no va a abandonar.

Su Majestad aspiró una nueva calada del *Murati* que sostenía

entre los dedos de su mano izquierda y continuó con su disertación.

—Es más, Emilio, voy a nombrar a una persona específica para que reciba este tipo de correspondencia y se encargue de darle la máxima prioridad.

—Nuestras embajadas en el extranjero están saturadas de trabajo.

—Lo sé. Conozco perfectamente que su trabajo se ha incrementado exponencialmente. Ahora, Polo de Bernabé, en Berlín, tiene que ocuparse de los asuntos en aquel país de Francia, Rusia o Bélgica.

—Entre otros países, Majestad, entre otros países —añadió el Primer Secretario.

—Sí, ya sé que Berlín es nuestra embajada más solicitada. Todos los países que están en guerra con Alemania han depositado su confianza en nuestra bandera. Y me enorgullezco de ello. Y también sé —continuó el Rey— que Villalobar, en Bruselas, defiende con acierto los intereses de Rusia o Inglaterra, y fíjate cómo está la situación en la capital belga después de la invasión alemana. Rodrigo está demostrando un valor digno de admiración. Y representamos también a Austria en Roma o en San Petersburgo y a Alemania en Lisboa.

—Majestad, pero parece que *Le Petite Gironde* ha publicado la noticia de la gestión que hizo Su Majestad con el marido de la lavandera. A partir de ahora, estas ocho cartas pueden multiplicarse por un número ilimitado.

—Mejor, Emilio, mejor, cuanta más gente nos pida amparo, más útil será la misión que Dios nos ha encargado cumplir en estos momentos tan cruciales para el futuro de Europa.

—No tenemos ni gente ni presupuesto —el Primer Secretario no paraba de plantear inconvenientes a la labor mediadora iniciada por el Rey, pero este se los rebatía uno tras otro, convencido como estaba de que aquella labor humanitaria tenía que convertirse en su prioridad dentro del ámbito internacional.

—No te preocupes ni por lo uno ni por lo otro. Dame dos o tres nombres que te parezcan adecuados para que se encarguen de esta labor que supervisaré personalmente. Sobre todo, que sean personas que se hayan destacado por su voluntad de servicio a los demás. Busca a los más desinteresados. Para este menester no quiero a ningún experto ni en leyes ni en economía.

—Sí, lo que Su Majestad ordene.

El Rey consultó su reloj y dio por terminado el encuentro con su ayudante.

—Emilio, debe de estar esperando el señor Dato. He quedado con él.

El Primer Secretario abandonó el despacho de Alfonso XIII no sin antes marcarle una leve reverencia. Al salir se encontró con Eduardo Dato, que estaba sentado sobre una meridiana, aguardando su turno.

Se saludaron como siempre, dándose un apretón de manos. El presidente del Consejo de Ministros inclinó la cabeza en señal de respeto hacia Su Majestad.

—Dato, ¿sabe algo de Carlos?

—Nada que no sepa Su Majestad. La situación en París es agónica. La carestía es absoluta, la población que queda está desesperada y se encuentran desamparados por su Presidente y por su gobierno. Se les ha dejado solos.

—Su consuegro es amigo mío personal, ya lo sabe, y no podía dejar abandonados los intereses españoles en la capital de Francia. Que los dirigentes hayan querido desertar no es asunto nuestro. Nuestro deber, como Estado, es permanecer allí donde está fijada la capital de un país.

Eduardo Dato no entendía la actitud de Alfonso XIII con la situación del suegro de su hija Maria del Carmen, Carlos Espinosa de los Monteros, marqués de Valtierra, nombrado embajador de España en París a principios de septiembre. Cuando el gobierno francés anunció que abandonaban la capital y se trasladaban a Burdeos, el Rey le ordenó que permaneciera en París *pasara lo que pasara*. Pero él no iba a reprocharle a Su Majestad aquella decisión cuyo trasfondo se le escapaba.

—Cuénteme, Dato. Me han dicho que me quería ver. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, Majestad, ¿qué tal se encuentra nuestra Reina? La feliz noticia del alumbramiento del infante Gonzalo se ha cruzado con la desgraciada del fallecimiento de su hermano.

—La Reina es una mujer muy fuerte y se irá haciendo poco a poco a la idea de la muerte del príncipe Mauricio. Esto es un proceso, Dato, una secuencia que hay que seguir. Y respecto al parto de Gonzalito, ya está perfectamente recuperada. Gracias. Pero dígame, ¿qué quería tratar conmigo?

—Majestad, estuve pensando durante varios días si debía comunicaros lo que me sucedió, cuando terminamos nuestro habitual despacho, aquí, en Palacio —el Presidente no sabía muy bien cómo comenzar. Continuó con timidez mientras se reprochaba no habérselo contado antes—. Al salir, como siempre, me rodeó un

grupo de reporteros que me preguntaron por lo hablado y, sobre todo, por la situación de la guerra y por nuestra postura sobre la misma.

—Nuestra postura no ha cambiado ni va a cambiar. Debe dejárselo a todos muy claro, para que no le sigan molestando con esas absurdas y repetitivas preguntas.

—Lo sé, Majestad, y siempre lo hago, pero hay que entender el papel que ellos juegan en nuestra sociedad. En el fondo, no son más que los portavoces del sentir general, y la gente teme que, con tantos sucesos que han acontecido en tan poco tiempo, tomemos una postura distinta.

—Que durante el pasado mes de agosto diez o doce países se declararan la guerra entre sí no quiere decir que nosotros vayamos a entrar en liza. La postura de la Corona y del gobierno tiene que ser inflexible. Bueno, ¿y qué ocurrió?, que me tiene intrigado esta historia —al ver el rostro de su Presidente, el monarca prefirió no hacer broma alguna. Parecía que lo que Dato iba a contarle era de un calado mayor que un simple comentario intrascendente.

—De entre todos los periodistas se me acercó uno que yo no conocía.

Le acercó al Rey la tarjeta que le entregó el desconocido. El monarca la leyó: *Otto Bräutigam*. *Lokal Anzeiger*.

—¿No tenía este periódico en Madrid a otro reportero? Sí, lo recuerdo perfectamente —el monarca había hecho repaso mental de los periodistas acreditados en Madrid, especialmente de aquellos con los que tenía más relación, como era el caso del corresponsal del *Lokal Anzeiger*—. ¿Qué le habrá ocurrido a Hermann Holetschek? —se preguntó en voz alta, en alemán—. Perdón. Dígame. ¿Qué más ocurrió?

—Efectivamente, yo tampoco conocía a esta persona y me pidió una audiencia, y la quería lo antes posible. Se la concedí para esa misma tarde.

—¿Y? —al Rey no le gustaba tanto prolegómeno. Conociendo lo claro y directo que era siempre el presidente del Consejo de Ministros, empezaba a sospechar de la gravedad de lo que tenía que contarle.

—Le recibí en mi despacho de Presidencia. Me empezó a hablar de nuestro papel en la guerra y de la conveniencia de que entráramos en ella.

—Eso es normal, Dato. El *Lokal Anzeiger* es la voz impresa de Guillermo II; y el primo de mi esposa está deseando que entremos a su lado. Si fuera por él, tiraría una edición en español para incitar a

nuestro pueblo a luchar contra la *Entente Cordiale*. Ya le digo, Dato, eso es normal.

—Sí, lo sé, Majestad, pero continuó de una manera extraña. No hablaba como un periodista, hablaba como si fuera directamente un representante gubernamental. Es más, estoy por afirmar que ese hombre no es periodista.

—¿Y eso?, ¿por qué lo dice tan seguro?

—Porque los periodistas que me entrevistan saben taquigrafía, incluso los extranjeros.

El Rey se quedó pensativo. «Un representante gubernamental...»

—¿Le dijo algo concreto? —quiso saber el monarca—, ¿le propuso algo, le planteó alguna cuestión específica?

—Me ofreció dinero. Me ofreció oro. Para usted y para mí —con aquellas palabras, con esa confesión, Eduardo Dato estaba traspasando al Rey la responsabilidad que recaía sobre su conciencia. Se sentía satisfecho y continuó, algo más tranquilo—. Si nosotros metemos a nuestro país en la guerra, a su lado, nos ofrecen oro en lingotes depositados donde queramos.

—¡Bravo!, ¡vamos a ser ricos, Eduardo, vamos a ser muy ricos! —después de prorrumpir una exclamación que dejó al Presidente pegado a su asiento como si lo hubieran adherido con el pegamento más fuerte del mundo, el Rey continuó, siempre con un gesto burlón y sonriendo con exagerada despreocupación—. ¡Eso está muy bien!, mañana convocamos a los periodistas y antes a nuestros políticos, a todos, Eduardo, a todos, a Romanones, a García Prieto, a Pablo Iglesias, a Lerroux, hasta a Cambó, y les decimos que hemos decidido, por el bien de nuestro país y de los españoles, declarar la guerra combatiendo junto a los alemanes, austriacos, turcos e italianos, si es que llegan a entrar... —el monarca volvió a sonreír, aunque ya no tan abiertamente como al principio de la disertación.

Eduardo Dato se mostraba desconcertado. Conocía a Su Majestad desde su nacimiento. De hecho, el político gallego había sido diputado a Cortes ya en la época de Alfonso XII, incluso había sido ministro de Gobernación cuando el actual monarca contaba con trece años de edad; y sabía de su carácter abierto, dicharachero e incluso guasón, pero no se podía imaginar una reacción así relativa a un asunto que, por lo menos para él, revestía una extraordinaria gravedad.

El Rey apuró el cigarrillo y aplastó con parsimonia sus restos contra el cenicero. Miró a Dato y pensó que se había extralimitado en la broma.

—Esté tranquilo, Eduardo, esté muy tranquilo. Este país no se

vende; ni el país, ni los españoles, ni su Rey, ni su presidente del Consejo de Ministros. No tiene el *primo* Guillermo —pronunció el parentesco con sorna— suficiente oro para compensar una sola gota de sangre de un soldado español. Perdone si me he reído en exceso pero ya había recibido con anterioridad ofertas de ese tipo. Todos nos quieren, Dato, todos nos quieren, pero no nuestro armamento, ni nuestros barcos, ni nuestra posición estratégica. Lo que quieren de nosotros es carne para cubrirse de las balas enemigas, quieren que seamos su parapeto, su escudo. Soy joven, pero no ingenuo —aseguró el monarca—, y sé que tengo todavía mucho que aprender, pero no voy a aceptar ofertas ni de ese tipo ni de ningún otro.

El presidente respiró tranquilo. La reacción inicial del monarca le había desacomodado.

—Por cierto, Dato, ¿cómo terminó la *entrevista*?

—Llamé al ujier y le invité a abandonar mi despacho.

El Rey asintió en señal de conformidad con la reacción de su Presidente.

—Me dijo que está hospedado en el Palace, Majestad, cosa que he comprobado. Podemos detenerlo. ¿Quiere que hable con Sánchez Guerra?

—No, Dato, no lo detenga. Esa persona nos da igual. Dentro de poco vendrá otro con la misma cantinela. Se llenarían las cárceles de Madrid. No hablemos más de estos asuntos y vamos a centrarnos en nuestra realidad, que bastantes problemas tenemos ya como para que vengan otros a traernos más.

Antes de abandonar el despacho, y cuando el político gallego ya se encontraba de pie, el Rey, que había vuelto a tomar la tarjeta del tal Otto Bräutigam, le lanzó una súplica disfrazada de orden:

—Presidente, pida que le refuercen la seguridad personal. Estamos rodeados de países en guerra, y…

—Así lo haré, Majestad. Y si Su Majestad me permite un consejo…

—Sí, ya sé que me va a decir que también incremente la mía, pero no se preocupe, yo nací Rey, y lo mío son gajes del oficio —sentenció burlonamente, mientras volvía a sonreír, como si el recuerdo de los tres atentados en los que resultó milagrosamente ileso no tuvieran hueco en su memoria.

19

Alain no podía dormir. Todo le estaba saliendo mal. El máximo militar de Francia, el general Joffre, y la persona que más influencia ejercía sobre él, su padre, se habían unido para pedirle algo en lo que estaba fracasando. No soportaba la imagen de su progenitor, sonriente, victorioso, espetándole al gran general que su hijo no servía para nada, que más le hubiera valido a su mujer parir otra niña, medrosa y obediente, dedicada a coser, a bordar banderitas tricolores con las que obsequiar a las tropas que marchaban a morir al frente o a trabajar de enfermeras en Lourdes, lugar que se había llenado de dolientes y moribundos que esperan, ante la Virgen Blanca, un milagro que jamás se producirá. Él, su único hijo y además el mayor de todos, había viajado hasta Madrid con una embajada gloriosa, épica, salvadora. Los resultados, por el momento, eran tan desastrosos como los que estaba obteniendo su ejército en los campos de batalla, pereciendo a cientos, a miles, bajo el certero fuego de las tropas enemigas.

Llevaba dos días encerrado en su casa de la calle Orellana, sin cruzar palabra alguna ni siquiera con las dos personas que tenía a su servicio. Al mismo tiempo, la inapetencia que se había apoderado de su estómago acrecentaba la soledad que lo envolvía perennemente. El cocinero, que se había quedado momentáneamente sin trabajo, se dedicaba a lustrar un menaje que se mantenía brillante, justo como no estaban las ideas de su jefe.

Y así, vestido encima de la cama, sin ni siquiera quitarse los zapatos, Alain Santini valoraba las dos reuniones que había concertado hasta el momento. La del conde de Romanones había resultado un rotundo fracaso. Aquel hombre no mediaría ante su Rey ni por él ni por nadie. Ni aun pensando en sus intereses en el Rif. Pero, de pronto, el francés tuvo una idea, una descabellada ocurrencia: «¿Qué ocurriría si Eduardo Dato no estuviera al frente del Consejo de Ministros?», fue la malévola y retorcida idea que sacudió su cabeza. Romanones había sido presidente hasta unos meses antes, casi no hacía ni el año. Había llegado hasta el cargo político más importante del país desde la presidencia del Congreso de los Diputados, puesto también de especial relevancia. «Tal vez, si Romanones fuera el presidente del Consejo de Ministros, vería las cosas muy distintas —continuó razonando Alain—. Hay que tener en cuenta que sus intereses empresariales están frenados por nosotros, por los franceses y nuestras posesiones en Marruecos.

Estoy seguro que Poincaré como Presidente, René Viviani como Primer Ministro, y no digamos Joffre como primer militar estarían encantados de negociar con Romanones una permuta: los áridos, terrosos y estériles refugios de nuestra vanidad —pensó el francés— a cambio de la aportación de soldados españoles dispuestos a luchar contra el enemigo alemán. Si tenemos de nuestro lado al presidente del Consejo de Ministros y a la esposa del Rey, Alfonso XIII claudicará a nuestro favor. Seguro —zanjó con la absoluta rotundidad que tienen los juicios emitidos en la soledad de una conversación que no tiene contrapunto, que carece de rival.

Pero, ¿cómo conseguir que Romanones regrese al poder político absoluto del país, y más cuando se han celebrado elecciones presidenciales hacía tan solo siete meses? Solo había un camino, una senda de la que se avergonzaba el pacífico Alain, el que Dato iniciase el mismo y macabro desfile que iniciaron años atrás Prim, Cánovas y Canalejas cuando unos presuntos idealistas, arma de fuego en mano, pretendieron cambiar el destino de la sociedad.

Cerró los ojos y se lamentó de nuevo por pensar así, de una manera muy distinta a como se había juramentado que actuaría cuando inició su carrera diplomática.

Sus elucubraciones despertaron cuando escuchó a la criada preguntarle si iba a cenar algo. Sin apetito, se encontraba delante de un lenguado a la *meunière* que le habían preparado cuando sonó el timbre de la puerta. Al momento, la criada volvió con un sobre. Alain lo tomó con curiosidad y lo abrió con interés cuando supo quién era la remitente: *Pasado mañana, a la una del mediodía, SM la Reina (q.D.g.) me ha invitado a presenciar un partido de polo que disputa nuestro Rey. ¿Te apetece acompañarme?* Toda la misiva estaba escrita en francés excepto la frase final, que venía caligrafiada en español: *Tu amiga, Petra*.

20

Las cuadras de Palacio se encontraban en su cara norte, justo en el lado opuesto a la plaza de Armas y a la entrada principal. Junto a los hermosos caballos que proporcionaban movilidad a las fastuosas carrozas se encontraban también los nuevos vehículos, mucho más pequeños que los aparatosos tiros de cuatro, seis o incluso ocho equinos. La colección de la Casa Real iba continuamente sumando automóviles y no había mes que no se diera de alta alguna nueva máquina.

A las profesiones propias y conocidas de un lugar así, tales como mozos de cuadra, conductores de simón, veterinarios o recueros, había que sumar ahora unos profesionales distintos que desempeñaban labores desconocidas hasta ese momento en Palacio: mecánicos, chapistas, electricistas y chóferes. Personas que se encargaban de vigilar que aquellas máquinas tan ruidosas, veloces y peligrosas como atrayentes, particularmente para el hombre más importante del país, se encontraran en óptimas condiciones de uso en cualquier momento; tanto de día como de noche. Al frente de todos aquellos hombres se encontraba Antonio Sambeat, mecánico jefe y, muchas veces, chófer de Su Majestad.

Dentro de los muchos cometidos que le encomendaba Emilio María de Torres a Emeterio se encontraba la interlocución con los empleados de Palacio de menor rango, como eran los que trabajaban en las cuadras y en las cocheras.

—No me acerco mucho por si me mancho —prorrumpió Emeterio, cuando se acercó a un Benz. Debajo del automóvil, y sobresaliendo las dos piernas, se encontraba Antonio Sambeat. Al escuchar su voz, el mecánico reptó hasta quedar fuera del vehículo.

—Este lugar nunca te ha gustado, Emeterio, si no es porque huele a gasolina es porque apesta a alfalfa. Dime, si has venido por aquí, seguro que es por algo en concreto —especuló Sambeat, mientras se incorporaba del suelo.

—Me han dicho que si no llueve, mañana o pasado mañana se van a ir a Riofrío, así que ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Cuántos irán?

—¿Tú crees que Su Majestad me lo dice? —respondió Emeterio, formulando otra pregunta.

En ese momento, Sambeat se dio cuenta de qué persona acababa de entrar en el garaje.

—Mira, ¿por qué no se lo preguntas tú? —ironizó el mecánico.

Emeterio se giró y vio llegar al Rey, caminando resuelto y con una sonrisa dibujada en su cara. A pesar de su condición, era bastante habitual verlo en aquel edificio, ya que disfrutaba con los automóviles solo con mirarlos, con sentarse dentro de ellos, aunque estuvieran parados y con el motor apagado, acomodándose en los asientos de cuero, agarrando los volantes de madera, admirando los brillos de los metales, incluso comprobando la presión de los neumáticos.

Cuando el Rey llegó al lado de los dos hombres, ambos se pusieron en una posición próxima a la que mantendría un militar cuando está firmes.

—Buenos días, Sambeat.

—Buenos días, Majestad. ¿Va a querer salir?

—No, Antonio, no sé si por la tarde, pero ahora no. Ya te mandaré aviso. Había venido a ver a este pieza —Alfonso XIII puso la mano en el hombro de Emeterio.

—Majestad, a sus órdenes.

—No me digas eso, Emeterio, que no eres un militar.

El monarca se lo llevó hacia la puerta de salida.

—Mira, Emeterio, quiero que me hagas un favor.

—Majestad, lo que usted ordene. Perdón, lo que diga Su Majestad.

El Rey sonrió con el equívoco del hombre de confianza de su Primer Secretario.

—Mira, quiero que te enteres de lo que hace una persona en Madrid. Es un alemán que se hospeda en el Palace y que dice llamarse Otto Bräutigam.

—Perdón, Majestad, ¿Otto... qué?

—Bräutigam —la pronunciación del falso apellido de Fritz fue perfecta ya que era la lengua materna de Alfonso XIII.

—Bautigan —Emeterio hizo un esfuerzo de pronunciación.

—Sí, más o menos. Parece ser que es un chico joven, de menos de treinta años, y ha venido a Madrid haciéndose pasar por periodista.

Emeterio asintió.

—Quiero que me digas cuánto tiempo lleva aquí, en Madrid, y realmente qué hace. A ver si te puedes enterar de forma discreta, por supuesto. ¿Conoces a alguien que trabaje en el Palace?

—Sí, tengo un amigo. Fuimos juntos al colegio y nos vemos todos los años en la Romería del Santo.

—No quiero que sospeche nada. Por favor, sé muy discreto.

—Guarde cuidado, Majestad. Hoy mismo voy a verlo y que se

entere. Trabajando allí, sabrá muchas cosas.

La puerta principal del hotel Palace da a la Carrera de San Jerónimo, próximo al Congreso de los Diputados. Pero Emeterio, lógicamente, optó por acceder por la que daba a la calle Duque de Medinaceli, que era la entrada de empleados y de mercancías.

—Quería ver a Sinforoso —demandó al primer camarero que vio.

—Tiene que continuar hacia las cocinas. Yo le indico.

Emeterio caminó detrás del joven que hizo de guía. Le llevó por un largo pasillo y después subieron por unas escaleras muy estrechas que desembocaban en un distribuidor. A pesar de haber terminado de servir los desayunos, el ajetreo era incesante.

—Mire, gire por ese pasillo y pregunte en la segunda puerta.

Sinforoso se quedó sorprendido cuando se encontró con Emeterio. No esperaba toparse allí con él.

—Vamos a hablar —exigió al camarero, en tono de conminación.

—Ahora estoy trabajando —Sinforoso consultó su reloj y miró alternativamente a ambos lados—. ¿Qué quieres?

—Es urgente.

—Si el jefe me ve hablando con alguien, me echa. Además, tú no puedes estar aquí. Estas son estancias reservadas a los empleados.

—Lo sé. ¿Quieres que hable con el encargado y le digo dónde trabajo y quién es mi jefe? Porque tú sí sabes quién es don Emilio María de Torres.

Dos minutos más tarde, los dos hombres se encontraban en un pasillo que comunicaba la cocina con los ascensores de servicio, por donde subían la comida a las habitaciones.

—Necesito que me des información de un huésped.

—¿Estás loco? Sabes que eso es imposible. ¿Qué te crees, que es esto una pensión?

—Sé que es el segundo mejor hotel de Madrid. No hace falta que te recuerde que trabajo en el Palacio Real y que me codeo con las personas que mandan en España —Emeterio aprovechaba cualquier ocasión para pavonearse de su puesto y de sus relaciones—, pero necesito información de alguien y la necesito ahora mismo.

Sinforoso aspiró profundamente de su cigarrillo y escrutó con la mirada el férreo rostro del que fuera su amigo. No le gustaba Emeterio, siempre presumiendo de su trabajo, de las personas a las que servía «¡como si él fuera uno de ellos!, ¡pobre imbécil! —

pensaba para sus adentros—. Este se cree que no hay diferencias sociales en España. Seguro que es despreciado por la gente a la que sirve. Como yo. Lo que ocurre es que yo sí soy consciente, él parece que no».

—No puedo, de verdad, pídeme otra cosa, pero eso no puedo.

Emeterio asintió a la vez que tiraba la colilla al suelo. La pisó despacio. Miró lo que hacía. Sin mover la cabeza, levantó los ojos y, con un rápido movimiento, agarró a Sinforoso por las solapas blancas de su chaquetilla de camarero y lo estrelló contra la pared del pasillo. Después le dio una fuerte bofetada con la mano abierta. La mejilla del empleado del Palace se sonrojó en décimas de segundo.

—Desgraciado, vas a hacer lo que te digo porque si no, te juro por mi madre que te echan de este hotel hoy mismo. Basta que hable en Palacio con quien tenga que hablar para que te quedes en la puta calle. Y vas a ver cómo tu mujer y tus hijos se mueren de hambre. De eso ya me encargaré yo —le volvió a agarrar por las solapas y tiró fuertemente de ellas hasta empinarle. Bruscamente, abrió las manos. Sinforoso casi se cayó al suelo.

Los dos hombres se separaron para dejar paso a una doncella que regresaba de los ascensores con una bandeja en la mano y un servicio de café vacío. Nadie dijo nada.

Emeterio se acercó al oído de Sinforoso, que no sabía cómo reaccionar. Era posible que aquella bestia tuviera razón, que el trabajar cerca de la nobleza le diera una posición de privilegio de la que él carecía como camarero aunque, en síntesis, los dos tenían empleos muy similares.

—¿Conoces a un alemán que está hospedado aquí que se llama Otto…? del apellido no me acuerdo. ¿Lo conoces?

Sinforoso se llevó la mano a la cara y comprobó lo caliente que seguía su mejilla. Si hubiera tenido arrestos, le habría devuelto la bofetada; pero el camarero carecía de valentía para enfrentarse al chulo de Emeterio. Optó por responder.

—¿Una persona joven, de veinticinco a veintiocho años?

—Sí, por ahí.

—Se aloja en una de las suites del último piso.

Sinforoso, ante el temor de que le fuera a propinar una nueva bofetada le contó que el alemán por el que se interesaba era una persona que llevaba muy poco tiempo en el hotel, que pasaba gran parte del día fuera y que, por las noches, recibía regularmente a mujeres en su habitación.

—Cuando se vaya —le ordenó Emeterio—, te vas a meter en su

habitación y la vas a registrar. Quiero saber qué guarda allí.

—¿Y por qué no vamos ahora? Le serví el desayuno hace un rato. Madruga bastante y lo más seguro es que ya se haya marchado. ¿Quieres que me entere si ha dejado la llave en la recepción?

Sinforoso pidió a la compañera que hacía la planta que le dejara la llave maestra y que se quedara diez minutos por la zona próxima a la puerta, que iba a entrar en la suite del alemán con un policía que vestía de paisano. «No te preocupes porque lo sabe el director», le aseguró a la muchacha, que se creyó el embuste.

La suite de Fritz Springer era una de las mejores del Palace. Poseía unas formidables vistas a la plaza de Cánovas del Castillo, y desde el amplio ventanal se podía contemplar al vecino hotel Ritz y la iglesia de Los Jerónimos, una de las más importantes de la capital y escenario de la boda de Alfonso XIII y Victoria Eugenia.

Emeterio dio una batida visual por la antesala del dormitorio y reparó en lo ordenada que se encontraba. El alemán no había dejado nada por medio, ni ropa, ni objetos personales. Después entró en la alcoba, que acababa de ser compuesta por la compañera de Sinforoso. Olía a limpio. Se acercó a las mesillas y las examinó cuidadosamente. Tampoco había nada, ni de interés ni superfluo. Nada. Posteriormente fue al armario y lo abrió.

—Vamos, que estamos tardando demasiado. Salgamos —suplicó Sinforoso.

Sin hacerle caso alguno, Emeterio fue separando los trajes de *tweed*, las camisas, las chaquetas... después rebuscó en los cajones. Junto a los calcetines encontró una carpeta que abrió muy despacio. Se contrarió al ver que solo contenía unos cuantos folios en blanco y un par de ellos escritos en una lengua extranjera, supuso que sería alemán.

—Por favor, vámonos ya —rogó el camarero del Palace, visiblemente inquieto.

Emeterio dejó la carpeta de nuevo donde la había encontrado y cerró el armario con sigilo. Antes de abandonar el dormitorio, echó un rápido vistazo al cuarto de baño.

Los dos hombres, ya más relajados, caminaban por el pasillo enmoquetado.

—Nada. Este hombre no tiene nada en su habitación. ¿No te parece extraño? —el camarero no supo qué contestar—. Solo una carpeta con cuatro apuntes. O lo tiene muy escondido, o ha venido

a Madrid a hacer algo raro.

En silencio, y con la preocupación dibujada en su rostro, Emeterio salió del Palace por el mismo lugar por donde había entrado, no sin antes pedir, exigir, a su amigo que abriera bien los ojos ya que regresaría al día siguiente por la tarde para que le contara lo que había hecho el alemán.

21

Algunas veces Fritz pensaba que su anterior ocupación en la guerra era mucho más sencilla. «Al fin y al cabo —razonaba—, lo único que tenía que hacer en la trinchera era mandar a mis hombres, siempre dentro de las instrucciones recibidas por la superioridad, y matar rusos. Nada más. Una labor mecánica, impersonal. Un bulto oscuro que viene hacia ti —colegía— y una bala menos en tu pistola, así de fácil».

La entrevista con Eduardo Dato no había deparado las consecuencias esperadas. No contaba, ni mucho menos, con que el presidente del Consejo de Ministros, en el mismo instante en que le ofreció el soborno, fuera a aceptar de inmediato. El alemán sabía que el político tenía que guardar las formas. Pero se encontraba esperanzado de que, días después, alguien de su parte —en estas cosas nunca va el interesado de frente, siempre utiliza a terceros de confianza— se acercara por el Palace, se dejara ver, preguntara, insinuara... Pero no, en la recepción del majestuoso hotel nadie había dejado recado alguno. De momento, por lo menos, el silencio era su habitual compañía en la capital de España.

Por lo que había leído al respecto, así como por la información que le habían facilitado los hombres de Walter Nicolai, el jefe de la División III b a la que Fritz pertenecía, la mayor parte de los políticos españoles eran aliadófilos, aunque, afortunadamente para él, en general aplaudían la neutralidad. Desde Romanones a Antonio Maura, pasando por Melquíades Álvarez o incluso el político catalán, Francesc Cambó, líder de la Lliga Regionalista, estaban a favor del bando aliado. La posición más declarada era la del cordobés Alejandro Lerroux. La embajada envió una nota a Berlín en la que hablaban de la manifestación producida en la Puerta del Sol para rechazar la postura del *Emperador del Paralelo*, como lo llamaban, que era abiertamente favorable a entrar de inmediato en la guerra.

«La gente lo que quiere aquí es tener dinero para ir a los toros y para comprar vino; y poco más —se lamentaba el espía—, pero no contraen el compromiso de la población alemana con el destino universal que les dictan los dioses y que él escuchó desde que tenía uso de razón».

Fritz no paraba un instante en el hotel. Sabía que la solución no le iba a llegar sola y que tenía que salir a hallarla, como un perro de caza que busca su pieza sin saber qué ha matado su dueño, que

husmea, que escudriña cada palmo de terreno hasta dar con la perdiz, con el conejo o con la liebre abatida. Ya había recibido un telegrama de Berlín en el que ordenaban su regreso a la capital del Imperio, pero él se resistía, tenía que encontrar la mejor manera de ser útil a su causa y optó por buscarla en la calle, el particular frente de las ciudades que no están en guerra. El alemán se daba una vuelta por la mañana por el mercado de los Mostenses o por el de la Cebada. Picoteaba aquí y allá, dando algún real o peseta de más, si llegaba el caso, a trapalones que le vendían sus artículos, ya fuera requesón de Miraflores, miel de la Alcarria, fresas de Aranjuez o cañamones tostados sin filiación. Charlaba con prenderos, canasteras o carboneros a quienes invitaba a un chato. Después comía siempre en un buen restaurante del tipo de Genieys, Tournier o Botín; por la tarde se tomaba un café tras otro en el Madrid, en el Negresco o en el Casino, mientras leía tres o cuatro periódicos al día. Por las noches alternaba el teatro con el cine, aunque prodigaba más el primero. La razón estribaba en que, entre acto y acto, en los descansos, en la entrada y en la salida, el alemán practicaba aquello que mejor sabía: escuchar. Consideraba una labor fundamental de su trabajo preguntar a la gente, hacerles hablar, propiciar conversaciones banales, sencillas, inocentes y dejar que se expresaran. Él no tenía ninguna prisa, no tenía nada más que hacer en Madrid que no fuera saber qué sucedía dentro de la clase política, de la militar y de la Corte. Nada más que eso. Estaba convencido de que si preguntaran a los militares se decantarían por entrar en la guerra y hacerlo junto a la Triple Alianza. Esa era la razón de ser del ejército, la guerra; «sin guerra, la milicia carece de fundamento», razonaba el alemán.

Y gracias a esa sencilla estrategia, Fritz se enteró de muchas cosas. Conversando con tenderos, con camareros de un café, con el matrimonio compañero de su butaca en el Eslava, en la Comedia o en el Cervantes, o con un parroquiano cualquiera, aburrido y con ganas de que alguien le escuchara contar esas teorías que su familia ya se hubiera cansado de escuchar, el alemán supo que la persona que mayor ascendente ejercía sobre el Rey era su madre, la reina María Cristina, que el monarca rechazaba a su mujer por haberle dado hijos enfermos, que los militares no estaban de acuerdo con la manera de gobernar de Su Majestad, y que el soberano era un enamoradizo convulsivo, que buscaba el amor que no encontraba con su esposa en los brazos de la primera que se dejara, que eran muchas, dadas las amables maneras que empleaba y lo difícil que resultaba dar una negativa a la más alta institución del país

personificada en un hombre joven, amable, simpático y rumboso.

Y así, mientras le tomaban medidas en una sastrería de la calle Carretas a la que había acudido para que le confeccionaran un nuevo traje, Fritz llegó a la conclusión de que la vía diplomática no se había hecho para él, que no volvería a pedir audiencia a ningún otro político para ofrecerle un dinero que no sabría valorar. Que las dos únicas vías con que contaba para poder mover un peón, el de España, que se había anclado en el tablero de las fuerzas mundiales que regían en ese momento eran la violencia o el chantaje. La primera pasaba por el asesinato de la reina Victoria Eugenia. Muerta la mujer, el Rey obedecería los dictados de su madre, y esta a su vez los de su hermano mayor, el primer soldado del imperio Austrohúngaro. El chantaje, el segundo camino por el que optaría, sería al Rey, provocando una situación tal que se viera obligado a seguir las órdenes alemanas.

La duda que invadía al alemán era cuál de las dos fórmulas sería más factible y más rápida de poner en marcha. «Pero tiene que ser una de las dos. Una medianía no nos va a conducir a ningún lugar. Las guerras necesitan medidas radicales, no tibiezas», zanjó Fritz, camino del café Pombo, donde tomaría un buen chocolate con churros; el frío de noviembre en Madrid empezaba a hacerse incómodo.

22

Era la primera vez que Alain presenciaba un partido de polo, aunque fuera un deporte que se practicaba con asiduidad en la Francia anterior a la guerra. El interés inicial que venía propiciado por la novedad había ido desapareciendo conforme se sucedían los *chukkers*. Cuando iba a empezar el último *chukker*, el francés sentía fatiga y aburrimiento. No le decía nada aquel deporte en el que dos equipos de cuatro jinetes cada uno se enfrentaban ferozmente entre sí a lomos de sendos caballos.

Dos horas antes había ido a recoger a Petra Domínguez a su domicilio de la calle Ferraz. El francés había alquilado para la ocasión un René Breteau con chófer uniformado. Se sorprendió cuando la mujer apareció en el portal. Llevaba un jubón semientallado granate que continuaba después con una falda plisada hasta la altura de los tobillos. En el centro de los dos conjuntos lucía un ancho cinturón azafranado. Remataba el conjunto un sombrero de amplio vuelo adornado por una pluma espigada de ave, probablemente de un pavo real.

—Estás muy guapa, Petra —galanteó el hombre a la vez que besaba la mano que le extendían al efecto.

—Gracias, Alain —cumplimentó ella, también en francés—. Veo que tú también te has arreglado.

El diplomático se había vestido con una levita azul marino, una camisa de muselina rematada con una pajarita y un sombrero de copa a juego.

El conductor ayudó a la dama a subir al vehículo.

Durante el trayecto fueron comentado los ecos que suscitaba la prensa sobre el estreno de *En busca de los novios*, en el Novedades.

—El próximo día que me inviten al teatro o al cine te lo voy a decir, por si te apetece —comentó la Condesa—. ¿Vas con asiduidad?

La conversación se mantenía sobre el ondulante vehículo que acusaba el tosco empedrado de las calles.

Llegaron al destino junto a un buen número de coches más. El chófer aparcó donde pudo y corrió solícito a abrir la puerta de Petra mientras le ofrecía su mano para ayudarla a bajar del estribo. El hipódromo de Madrid se hallaba en las afueras de la ciudad, justo donde terminaba el Paseo de la Castellana, y era uno de los centros de encuentro social de la capital. Nada más adentrarse en el recinto, una mujer vestida con una túnica rusa se acercó a Petra más que

con intención de saludarla, con la de cotillear quién era su acompañante.

—Te presento al señor Santini, es francés —repetía la condesa del Mayo continuamente, tanto a la primera como al resto de mujeres que se aproximaron ante la novedad que suponía una cara desconocida en un ambiente tan hermético como eran aquellos actos sociales.

Alain saludaba a las damas con un beso en su mano y a los caballeros con un apretón de manos.

—¡Ah, es usted francés! —se sorprendió una joven morena con los labios muy pintados, emulando las maneras de la reina Victoria Eugenia—. Dicen que la guerra está siendo horrible, que los periódicos son muy parcos en detalles y que no reflejan la crueldad. ¿Por qué no está alistado usted?

El francés imaginó que la pregunta había sido formulada sin doblez y con inocencia, pero podía ser un embeleco, pues la mujer se asombraba de algo obvio: él era un hombre, aparentemente sano y en edad de estar ingresado en filas. Pero Alain no quiso entrar en detalles que pudieran poner en compromiso su misión en Madrid.

—Tengo problemas de corazón, señora, ¡qué más me gustaría a mí que poder estar sirviendo junto a mis compatriotas!, pero mi dolencia me impide realizar actividades físicas intensas.

—¡Oh, cuánto lo siento! —la mujer se llevó la mano a la boca, lamentando su torpeza por haber tocado un asunto incómodo para el acompañante de la condesa del Mayo—. Volvió la cabeza y al ver que Petra se encontraba hablando en ese momento con un matrimonio hizo un aparte con el francés.

—Dígame, ¿qué hace en Madrid, se aburre mucho?

—No, no me aburro, señora.

—Merche, llámeme Merche. Mi nombre es María de las Mercedes pero mis amigos, entre los cuales ya está usted, me llaman Merche. Siga, por favor, que le he interrumpido.

—Le decía que no me aburro. Estoy al frente de varias empresas francesas y el trabajo no me permite un minuto de ocio.

—Pero veo que sí ha sacado tiempo libre para venir a ver el partido de polo de Su Majestad, ¿no?

No le gustaba aquella mujer, le formulaba demasiadas preguntas y en dos minutos ya le había puesto en aprieto en más de una ocasión. Intentó zafarse de ella como pudo.

—Me lo ha pedido la Condesa y he accedido encantado. Y ahora, si me lo permite, voy a regresar con ella, que tendremos que ocupar nuestros puestos.

—No se preocupe, hasta que no vengan Sus Majestades no nos sentamos nadie.

La tertulia se vio interrumpida por la caravana de vehículos que comenzó a llegar y que provocó que la concurrencia suspendiera las conversaciones y se apartaran en semicírculo. Los jinetes, que habían estado calentando sobre el césped junto a sus caballos, también cesaron en sus evoluciones y se acercaron a la comitiva.

El Rey, que viajaba en el segundo vehículo, se bajó con aires atléticos. Se había calzado unas botas altas por las que se había remetido el pantalón blanco. La chaqueta era verde oscura y la llevaba algo abierta, por donde sobresalía un pañuelo beis. Del bolsillo superior también asomaba otro pañuelo, esta vez blanco. Como era habitual en él, llevaba un cigarrillo en la mano. Devolvió el saludo a todas las personas que se le acercaron y, posteriormente, se subió al hermoso corcel que dos asistentes le llevaron sujeto por las riendas.

Pero no era al Rey a quien miraba Alain, sino a la mujer que podía ayudarle, a la persona que tenía que decantar la voluntad del monarca hacia sus intereses: la reina Victoria Eugenia. La esposa de Alfonso XIII lucía un grueso abrigo de visón negro con cuello de piel de zorro blanco. La cabeza la abrigaba con un sombrero a modo de turbante rematado con una pluma un poco más larga que la que poseía la condesa del Mayo. Recibió menos salutaciones que su marido y pasó a sentarse en el lugar que tenía asignado, una tribuna baja cuya barandilla estaba cubierta con la bandera nacional.

—Alain, vamos a sentarnos en nuestro sitio, dentro de unos minutos va a dar comienzo el *match*.

Una vez que terminó el último *chukker*, las gradas se vaciaron y todos se dirigieron a la zona donde se había dispuesto un bufé para obsequiar a los asistentes al evento deportivo.

Alain miraba a la Reina pero no sabía cómo enfocar la cuestión. Tenía la suficiente capacidad verbosa para acercarse a ella con cualquier excusa y comenzar una conversación, pero aquello no iba a funcionar; sabía que no podía presentarse y pedirle que mediara ante su marido para que España entrara en la guerra.

Se acercó a Petra, la tomó por el brazo y le pidió que le presentara a Su Majestad la Reina.

—¿Quieres saludar a Victoria Eugenia? Es una mujer extraordinaria. Aquí la acusan de ser distante con la gente, pero ya verás que no lo es, para nada.

—Me gustaría presentarle mis respetos —insistió Alain.

—Claro, ven conmigo.

Dejó su copa sobre la mesa, al lado de un samovar, y se dirigió hacia donde se encontraba la Reina, que estaba hablando en ese momento con otra invitada.

—Majestad, me gustaría presentaros a un antiguo amigo, *monsieur* Santini.

Alain reverenció con la cabeza a la inglesa y esperó a que esta le diera la mano para besársela, como es protocolo.

—Me alegra mucho conocerlo. Por el apellido, deduzco que usted es francés, ¿quizá belga?

—Francés, Majestad, como toda mi familia. Lo primero que quiero es trasmitirle mi felicitación por el nacimiento del infante Gonzalo.

—Muchas gracias. Dígame, ¿está en España por asuntos de trabajo? —preguntó Victoria Eugenia.

—Sí, Majestad.

—Pues muy importantes serán esos asuntos para tenerlo apartado del frente de batalla, *monsieur* Santini —consideró la Reina, en francés, idioma que dominaba a la perfección y que hablaba desde su infancia.

—Créame que sí, Majestad. Los frentes de batalla se libran en muchos lugares, y en su país, España, nuestro gobierno también tiene cuestiones de vital importancia para el desarrollo de esta horrible guerra.

—Y tan horrible, no me lo diga usted a mí.

—Sé, Majestad, que recientemente su familia ha pagado el tributo más alto. Le doy mi más sentido pésame.

—Gracias, *monsieur* Santini. Los ingleses estamos, también en esta ocasión, a la altura de las circunstancias, aunque nos cueste muy caro.

—La muerte del príncipe Mauricio —asintió Petra, también en francés— fue una noticia terrible.

—La ayuda de su país está siendo determinante —manifestó Alain—. De hecho, la victoria que se obtuvo en las orillas del Marne, y que sirvió para poner freno al avance alemán, no se hubiera logrado de no mediar la participación de los bravos, muy bien preparados e inteligentemente dirigidos soldados ingleses. Creo hablar por boca de todos los franceses al afirmar que si París sigue siendo nuestro es gracias al arrojo de las tropas llegadas desde su país —Alain estaba exagerando la contribución inglesa, pero quería que la reina de España, nacida en Escocia, recibiera los máximo

halagos.

El objetivo marcado para aquel encuentro era que la mujer de Alfonso XIII fuera lo más consciente posible de la importancia de la labor del ejército de su país en la guerra. Aunque ya lo supiera, aunque no fuera él la primera persona que se lo dijera.

—Gracias, *monsieur* Santini.

—No podemos regatear esfuerzos ante la opresión del ejército alemán —continuó Alain—. Dicen que allá por donde pasan solamente dejan un reguero de muerte y destrucción. No perdonan ni a ancianos ni a niños ni a mujeres, ni siquiera a las gestantes, las fusilan sin piedad, solo por el mero hecho de ser francesas o belgas.

La Reina marcó una mueca de repulsa ante lo que estaba escuchando. Ella se encontraba al corriente de la brutalidad alemana, pero nunca antes le había contado alguien aquellas desgracias mostrando una cara de angustia y de terror como la que exhibía ahora ese francés que acababa de conocer.

La conversación se cortó con la llegada de alguien a quien siempre había que escuchar.

—Victoria, cariño, ¿me puedes acompañar?

—¡Claro!, mira, Alfonso, te voy a presentar al acompañante de la condesa del Mayo, es *monsieur* Santini. Es francés —precisó la Reina.

El Rey extendió la mano y le saludó en su idioma.

—Encantado de conocerlo. Si me lo permiten —se disculpó, en español—, les voy a robar a mi esposa, ya se van a entregar los premios. ¿Vamos?

—Espero que volvamos a vernos, *monsieur* —deseó Victoria Eugenia, mientras se agarraba del brazo de su marido y se daba media vuelta.

Una vez se hubieron marchado los anfitriones del encuentro —el partido de polo estaba organizado por la Casa Real—, Petra se dirigió al francés.

—Alain, creo que no deberías haber hablado de los fusilamientos a gestantes por parte de los alemanes. Ya sabes que ella ha tenido muchos problemas con los hijos. Dicen que el mayor, Alfonso, está enfermo, y Jaime es sordomudo; y, para colmo de males, se le murió un hijo nada más nacer, Fernando, ¡pobre criaturita! También se comenta que el pequeñito, el que nació pocos días antes de que mataran a su hermano, Gonzalito, también puede estar enfermo... has sido muy duro con ella y muy poco caballeroso por tu parte —le recriminó Petra, visiblemente contrariada.

Alain vio marchar a la pareja real, agarrada del brazo,

saludando con la mano a las personas que los cumplimentaban, camino de la tribuna donde estaban preparados varios trofeos, y pensó en las palabras que había dicho a la Reina y en lo que ahora le refería Petra. Se volvió hacia ella.

—¿Sabes una cosa, Petra?, me he quedado corto, ya que me he encontrado con la posibilidad de hablar con la reina de España, tenía que haber sido mucho más claro en mis palabras, aunque a ti, eso de hablar claro, te parezca cruel. ¿Sabes por qué?, porque por mucho que le hubiera contado, por mucho detalle que le hubiera especificado, por muchas horas que empleara enumerando las desgracias de una guerra que nosotros no hemos empezado, por todo ello nunca me habría acercado, siquiera, al salvajismo, a la brutalidad, a la impiedosa acción de la barbarie germánica. Esos no son hijos de Dios, Petra, esos son abortos de un monstruo que se ha calzado unas botas militares y que quiere aplastar toda huella de vida que no sea como la suya.

Alain tenía los ojos rojos, encolerizados, inyectados en sangre. No podía con el recuerdo continuo de la guerra y, aunque no había participado directamente en batalla alguna, conocía a muchas personas que habían luchado contra la Triple Alianza y sabía, por las caras de sus amigos y por las huellas en sus cuerpos tullidos, hasta dónde podía llegar el salvajismo del enemigo. Su grado de concienciación era máximo y lo exteriorizaba siempre que tenía ocasión.

La condesa del Mayo sintió temor. No imaginaba que un hombre como el francés, que la había visitado en su casa, tan correcto, tan galante, tan serio, iba a ponerse a detallar desgracias tan concretas a la reina de España, e iba a mostrar un rostro más propio del que procede de una espantosa pesadilla que el esperado de alguien que asiste a un intrascendente partido de polo.

—No puede ser, Petra, no puede ser que en el país vecino esté muriendo la gente por culpa de un enemigo que, además, cuando termine con nosotros vendrá a por vosotros, los españoles, y mientras estéis aquí jugando al polo.

—¡Eso es imposible! —exclamó sobrecogida—. Eso nunca va a pasar.

—¿No?, ¿seguro? ¿y quién se lo va a impedir? —se acercó a su oído, y volvió a formular una pregunta, esta vez en un tono de confidencia—, ¿se lo va a impedir Alfonso XIII armado con el palo de este absurdo juego?

La discusión se vio interrumpida cuando el público lanzó una salva de aplausos en el momento justo en el que un jinete de los que

había participado en el partido levantaba una copa plateada. La pareja se unió también a la felicitación.

«Me ha gustado la reacción de la Reina —pensó Alain—. Me ha demostrado, aunque solamente haya sido durante los pocos minutos que he hablado con ella, que es una mujer sensible y preocupada por las injusticias que se están cometiendo en esta guerra. Si no hubiera en España más Reina que esta, las cosas serían distintas».

Nada más finalizar la entrega de trofeos, la mayor parte del público volvió a las mesas recién surtidas de canapés e inundadas con bandejas de bizcochos y tostadas.

—Yo no tengo hambre, ¿nos vamos? —propuso la Condesa.

—Yo tampoco. Era justo lo que te iba a proponer.

La pareja regresó al aparcamiento donde el chófer charlaba con los conductores de los otros coches. En el camino de regreso no se cruzaron más palabras que las de despedida, cuando el vehículo se detuvo ante el portón de la casa de la Condesa.

—Adiós, Petra. Ha sido un encuentro encantador.

—A mí no me lo ha parecido —opinó ella, secamente y sin acercarle la mano para ser besada.

23

Con el dedo índice de la mano derecha formó un arco que descansó sobre su dedo corazón. Por el ojo de aquel puente imaginario introdujo la punta del taco que sostenía con firmeza con la mano izquierda, la que mejor manejaba pues el Rey de España era zurdo. Se inclinó con atención y cerró un ojo, antes de apuntar. Después de un par de amagos, lanzó el taco con fuerza y la punta azulada golpeó su bola. La esfera de marfil recorrió parte del tapete verde hasta chocar con la otra bola blanca. Posteriormente, la misma bola tocó la roja: acababa de hacer una nueva carambola, y con esa llevaba cinco consecutivas.

—Majestad, veo que está en racha. ¿Cuántas lleva?

Pepe Saavedra y el Rey solían jugar al billar una vez por semana como mínimo. En alguna ocasión se les unían Almodóvar y Someruelos, pero aquella tarde Su Majestad estaba jugando al billar francés solo con su amigo, el cordobés.

—Majestad, ¿qué tal está la Reina?, ¿se va recuperando de lo de su hermano? —se interesó el marqués de Viana, según anotaba la carambola que acababa de realizar.

—Pepe, de eso no se recupera uno nunca. Fíjate que ya han transcurrido años y yo sigo acordándome continuamente de mis hermanas.

—Es que fallecieron muy jóvenes, Majestad. ¿Cuántos años tenían?

—Pues mira, María de las Mercedes murió con veinticuatro años, y María Teresa con treinta. Mauricio ha muerto con veintitrés. Es normal que la Reina no levante cabeza. Pepe, nosotros tenemos mala suerte.

—No diga eso, Majestad, Victoria Eugenia y usted tienen unos hijos preciosos —Viana quería animar a su amigo.

—Gracias, Pepe, pero tú sabes que no es verdad. La desgracia se ceba con los Borbones, no hace falta que te dé detalles.

Charlaban mientras se alternaban en el juego. Cuando un billarista fallaba y no hacía carambola, cedía el turno al otro. Ganaba el primero que llegara al número de carambolas previamente concertado.

—¿Hay alguna novedad en la guerra? Se está alargando mucho más de lo que todos pensábamos al principio.

—No, Pepe, no hay más novedad que la que dices, que esto se está prolongando demasiado. Los contendientes se tienen que estar

gastando diariamente una fortuna.

—En España hay quien se está alegrando —afirmó José Saavedra.

La sentencia del marqués de Viana provocó tal sobresalto en el Rey que erró la carambola que estaba a punto de materializar. Un golpe muy fácil porque las dos bolas contrarias estaban muy juntas.

—¿Por qué dices eso, Pepe?

—Porque hay mucho empresario que se está enriqueciendo con la guerra.

—Ya lo sé, pero eso no es razón para que se alegren de que unos pueblos busquen su exterminio.

—Estoy de acuerdo, Majestad, aunque siempre hay gente sin escrúpulos dispuesta a ganar un dinero fácil de cualquier forma.

La bola blanca del Rey había pasado a escasos centímetros de la roja. Era, por tanto, el turno de Viana.

—Nosotros seguiremos neutrales, ¿no?

—Por supuesto, Pepe, por supuesto. Nuestro país no está para guerras, no nos lo permiten ni nuestro ejército ni nuestras arcas. No hemos firmado acuerdos secretos con ningún contendiente. No estamos obligados, y en tanto yo sea Rey, no se derramará una sola gota de sangre de un español por culpa de los problemas de otros.

La partida continuó con una larga tacada del amigo del monarca. Mientras el taco del marqués golpeaba su bola y esta, después, tocaba a las otras dos, Alfonso XIII tuvo una insólita asociación de ideas. El juego del billar francés se practica con tres bolas: dos blancas y una roja. Cada jugador tiene su bola blanca y el objetivo del juego es que con la bola propia se golpee a las otras dos, sin importar el orden. Si se consigue, se sigue jugando. Si no, se cede el turno al rival.

Esa dinámica provoca que, cada vez que toca jugar, se pretenda golpear a la bola blanca contraria y siempre a la roja. Por tanto, en ocasiones las bolas blancas se convertían en golpeadoras y en otras en golpeadas, pero la bola roja siempre, siempre, era golpeada, en el caso de hacer carambola. Ningún jugador golpea con la bola roja; la bola roja no es de nadie, carece de vida propia y de dueño, pulula por el tapete, a merced de los dos únicos contrincantes que se sirven de ella para ganar la partida.

Y eso mismo sentía el Rey, que en la partida que estaba disputando el mundo, a veces era una mano la que golpeaba con su bola blanca a las otras dos bolas, la blanca del rival y la roja, y en otras se invertían los papeles; pero la roja era una bola huérfana «como nosotros, como España —pensaba el monarca—. Todos nos

quieren golpear y nosotros no golpeamos a nadie». Así se vio Alfonso XIII, como la bola roja que utilizan los unos y los otros, sin identidad propia, siempre a merced de lo que los demás quieran hacer con el país.

—¿Sabes lo que te digo, Pepe?

—¿Qué, Majestad? —a Viana le había extrañado la manera en la que, súbitamente, su amigo Alfonso había interrumpido el juego. Durante el tiempo en el que fue su preceptor tuvo ocasión de conocerlo a fondo, y sabía que a veces se ponía muy trascendente, cubierto de una extraña gravedad.

—Que no vamos a entrar en la guerra, Pepe. Te digo yo que no vamos a entrar en la guerra. Me reafirmo una vez más.

—Bien, Majestad, bien. Aplaudo la idea y me alegro de que sea así —corroboró Viana, extrañado por la nueva declaración de neutralidad ya conocida.

—¿Te importa que dejemos de jugar?

Todavía no habían llegado al número de carambolas concertadas, pero el marqués sabía que una partida con el Rey podía estar sujeta a interrupción en cualquier momento.

—He quedado con Emilio en mi despacho y quiero ver antes unos documentos.

—Perfecto, Majestad.

Antes de despedirse, el marqués de Viana se acercó a su amigo y, a modo de confesión, le comentó:

—Tengo cosas nuevas, ¿las va a querer ver?

El Rey miró a su amigo y esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Nuevas?, ¿están bien?

—Yo no las he visto, pero me han asegurado que es material de primera calidad, como siempre —le aseguró Viana, que, en ese asunto, también conocía sobradamente los gustos del monarca.

—¿Cómo lo has traído?

—Lo tengo en una maleta, en el coche.

—Bien, antes de marcharte, espera, que mandaré a alguien para que la recoja. Y gracias, Pepe.

—Majestad —Viana marcó una reverencia antes de abandonar la sala de billar.

El Rey caminó por el corto pasillo que llevaba a su despacho y antes de llegar a la estancia se encontró con un ujier al que mandó recoger «una maleta que le va a dar el marqués de Viana para mí», explicó el monarca.

Alfonso XIII había empezado a despachar con Emilio María de Torres cuando les interrumpieron unos golpes en la puerta.

—Pasa y déjala encima de aquel velador —indicó el monarca. El Primer Secretario se preguntó qué contendría la maleta pero no preguntó nada sobre el particular.

—Majestad, el número de cartas solicitando ayuda se está disparando —comentó, cuando se quedaron otra vez solos—. Ayer llegaron a Palacio más de treinta. Esto empieza a ser un volumen inmanejable.

—Me alegro, Emilio. Cuantas más cartas lleguen, más esperanzas transmitiremos a las personas que nos las mandan. Recordemos que es gente que no sabe nada de sus seres más queridos que, además, están luchando por su país.

—Había pensado en poner al frente de todo esto al Duque de Miranda. Es un gran organizador y va a hacer una labor estupenda. A su madre, Su Majestad la reina María Cristina, le prestó inestimables servicios hace algunos años.

—Muy bien —respondió raudo, como normalmente solía hacer —. Conozco a Luis. Aplaudo y corroboro tu decisión. ¿Sabes si está disponible? Creo que no está en Madrid.

—Está destinado en Tánger.

—Pues telegrafíale hoy mismo y dile que se presente en Palacio en el menor plazo posible. Que le doy como máximo una semana. Que el Rey exige su presencia en la capital.

—Sí, Majestad, inmediatamente.

Después continuaron despachando otros asuntos. El Rey tenía prisa porque Emilio María se marchara; la curiosidad por ver el contenido de la maleta que le había llevado el marqués de Viana era mayor que el tedio que le provocaban los problemas planteados aquella tarde por su Primer Secretario.

Una vez se quedó solo, el Rey, maleta en mano, pasó a otro cuarto, contiguo a su despacho. Cerró la puerta con un pestillo y, de un armario que tenía candado con llave, sacó un proyector que recientemente le había regalado Romanones. Lo situó encima de la mesa y extendió una pantalla que colgaba de la pared. Sobre una mesa adyacente colocó la maleta y la abrió. De ella sacó una bobina de una cuarta de diámetro. La colocó en el lugar correspondiente y con los dedos fue guiando la película por el sinuoso recorrido que tenía que llevar para su correcta proyección. Enchufó el proyector y lo encendió.

El sonido del aparato fue el mejor prolegómeno para lo que le esperaba después. Apagó la luz y comenzó a ver las primeras escenas. Una mujer, de mediana edad y entrada en kilos, se encontraba en una tienda de ultramarinos, parecía, por lo que se

observaba en los vasares que servían de decoración. Un hombre con un grueso mostacho se acercó para atenderla. Después de hablar entre sí, la mujer y el hombre comienzan a magrearse sin recato ni pudor, entre grandes risas. Después, ella se desabotona la blusa dejando ver uno de los pechos.

En la película no había sonido alguno. Pero tampoco hacía falta. Lo único importante de aquella cinta era la imagen.

La cara de Alfonso se iluminaba alternativamente por la luz que se escapaba por una de las rendijas del proyector. Algunas veces era el conde de Romanones el que le proveía de aquel tipo de películas; en otras, su amigo José Saavedra, marqués de Viana.

Se recostó sobre su butaca y se acomodó para seguir viendo las evoluciones de aquella pareja de actores hasta que terminó la película, quince minutos después.

24

—Lo que propone su hombre es un absoluto dislate. El Emperador no va a aprobar nunca el asesinato de la reina de España —las palabras del coronel Gerhard von Below sonaban tajantes, firmes. Él no iba a plantear algo así a Ludendorff—. Los alemanes somos unos caballeros —prosiguió—, y si tenemos que emplear la violencia es solo para salvaguardar nuestra integridad moral, militar y territorial. Nicolai, no tenga duda de ello.

—Herr coronel, sé perfectamente lo que está diciéndome porque esos mismos valores son los que yo inculco a mis hombres, pero tenemos que ganar esta guerra, una contienda que nos está costando demasiadas bajas. El enemigo es fuerte y lo está demostrando. Y, ahora que nadie nos oye, Herr coronel —el jefe de la División III b bajó el tono de su voz—, está siendo más difícil de batir de lo que habíamos supuesto al inicio. Esta guerra nos está demostrando que tenemos que ir adaptándonos a ella conforme discurren los acontecimientos, no podemos pretender que sea la contienda la que se adapte a nuestros deseos.

Los dos hombres departían en el despacho del coronel después de haber tomado un café en uno de los salones del Zeughaus, ubicado en la misma avenida Unter den Linden de Berlín.

—Nuestra superioridad es absoluta, Nicolai. No debe usted dudar de ello.

—Y no lo dudo, Herr coronel, pero lo que no podemos ocultar entre nosotros es que esto no está evolucionando como lo habíamos previsto durante el mes de julio, cuando teníamos la certeza de que la guerra iba a ser un hecho. Antes de que nuestros aliados enterraran al archiduque Francisco Fernando los alemanes ya sabíamos que la conflagración iba a producirse. Hemos tenido un mes para perfeccionar nuestra estrategia, para plasmar en acciones concretas el plan que diseñó el visionario general Alfred Schlieffen. Y no estamos obteniendo los resultados esperados.

—Pero el Emperador es un hombre de palabra, un hidalgo, alguien que no va a aprobar que nosotros, los alemanes, matemos a su prima hermana.

—Herr coronel, el mensaje que hemos recibido de nuestro hombre en España es determinante. El rey Alfonso XIII es una persona que vive con dos mujeres, dos reinas que nacieron en países que ahora defienden intereses opuestos. Por lo que se ha podido enterar, el ascendiente que ejerce su madre sobre él es muy superior

al de su mujer. Por tanto, si eliminamos a Victoria Eugenia no tendrá ninguna razón para no entrar en la guerra a nuestro lado, que es el bando de su madre.

—¿Y el gobierno de España, qué dice?

—El presidente del Consejo de Ministros no lo elige el pueblo, afortunadamente, lo elige el propio monarca. Por tanto, el actual es una marioneta más que se mueve al compás de lo que ordena quien le nombró. Para nuestro hombre, Dato no representa problema alguno.

El coronel von Below se quedó pensativo unos instantes, momento que aprovechó Walter Nicolai para continuar con la exposición de su plan.

—Herr coronel, debería consultar al general Ludendorff. Fritz Springer está muy entroncado en la sociedad madrileña y se ha informado muy bien sobre las costumbres de los Reyes españoles. Conoce las actividades habituales de la Reina, a qué tipo de actos acude, con qué frecuencia, con quién… su posición supone una baza ganadora ante los enemigos de nuestro modo de vida. Si hoy desestimamos su opinión, mañana estaremos llorando lágrimas de sangre —zanjó el jefe de los espías alemanes, con un punto de teatralidad.

Von Below se levantó del sillón y paseó por su despacho, con el brazo derecho doblado hacia atrás y apoyado a su espalda. Se acercó a un globo terráqueo y lo giró despacio. Después de un par de minutos en silencio, se volvió hacia su invitado.

—¿Dónde está ahora su hombre?

—En Madrid, sigue alojado en el hotel Palace, uno que han construido en la ciudad hace un par de años. Me envió anoche un mensaje codificado. Tenemos que responder lo antes posible.

—¿Puede salir del país?

—Está en posesión de varios pasaportes. Sí, claro que puede abandonar España. ¿Por qué lo pregunta, Herr coronel?

—Vamos a reunirnos con él en Ginebra —determinó von Below—. Hay algo en lo que usted tiene razón, y se la voy a dar, Nicolai. Esta guerra evoluciona de una determinada manera y tenemos que ir adecuándonos a ella. Hace tres meses sería impensable que cometiéramos un acto así. Ahora, si matar a un ser humano, a uno solo, nos ahorra cientos, miles, decenas de miles de muertes…

—O cientos de miles, Herr coronel. Sería un buen cambio para nosotros. Creo que su excelencia el general Ludendorff y el propio Emperador considerarán la proposición que se plantea.

—Desde luego no voy a ser yo quien la deniegue. La responsabilidad de un militar acaba donde empieza la de su superior.

25

Aunque Alain iba sentado en el asiento trasero del coche alquilado, le parecía que estaba comportándose como un funámbulo que atraviesa un foso lleno de cocodrilos hambrientos. No le gustaba la relación que había empezado a mantener con la condesa del Mayo. Primero fue el encuentro que tuvieron en su casa, que terminó de una manera muy distinta a como comenzó, con unas complicidades que nunca imaginó. Él se había consagrado por entero a dos profesiones: la diplomacia y la viudez. Hacía ocho años que María Dolores había partido de viaje sin él y desde entonces no había vuelto a mirar a otra mujer. Su fidelidad había superado la muerte de su querido amor, de su único amor. Y ahora se veía acercándose a Petra excesivamente.

El día del partido de polo había terminado con una tirantez provocada por la manera que tuvo de abordar a la reina Victoria Eugenia. Ese sentimiento con el que finalizaron el encuentro no se habría producido si entre los dos no hubiera brotado el germen de algo que ninguno acertaría a describir. El diplomático incluso aventuró si aquello no había sido la primera discusión de dos personas que ya no se resultan indiferentes.

Pero ahora se dirigía de nuevo a su encuentro. Le había mandado recado para proponerle acudir al Ritz. Primero comerían en el restaurante y después del café asistirían al baile que se organizaba todos los jueves.

Cuando recibió la invitación pensó en enviarle otra declinando aquel encuentro, que era lo que le pedía su segunda profesión. Pero la primera, la de diplomático, le ordenó que aceptase. «De qué otra manera vas a poder abordar a la Reina si no es junto a Petra» —coligió Alain cuando aceptó la proposición.

El coche circulaba por la calle Quintana. Después de dejar a la izquierda el palacio de la Cerrajería, en el que vivía la infanta Isabel, torció a la izquierda para tomar la calle Ferraz. El conductor paró justo en la puerta de la casa de la Condesa. Alain pidió al chófer que subiera a avisarla y él se quedó en el interior, esperando, cavilando la mejor manera de enfocar la tarde. Como primer paso, tenía que convencer a Petra de que lo más beneficioso para España era entrar en la guerra, que si eso no pasaba, si el país seguía manteniéndose neutral, Francia, su querida, idolatrada y admirada Francia desaparecería como nación y como pueblo, y se convertiría en territorio alemán, y los franceses serían sus súbditos, sin

personalidad, sin cultura «y conociendo a los teutones —pensó Alain—, sin historia. La anularían».

«Y después de eliminar a Francia —continuó el francés con su razonamiento—, entrarían en España y nos barrerían igualmente, más rápido si acaso, porque el actual ejército español es muy inferior al francés. La oposición de las tropas de Alfonso XIII será prácticamente testimonial».

No había terminado con el razonamiento cuando el portón de entrada del edificio se abrió y apareció por él una deslumbrante condesa del Mayo. Petra Domínguez lucía un pesado abrigo de piel de nutria. La cabeza la llevaba cubierta por un turbante de piel del mismo animal. Alain se bajó del coche y expresó a la mujer lo que en ese momento sentía; no tuvo que fingir un ápice:

—Petra, ¡estás guapísima!

—Gracias, Alain. Yo no digo lo mismo porque si te expreso mi opinión vas a pensar que soy una desvergonzada, pero si me dejas serlo un instante, te diría que tú también estás muy guapo. Como siempre —añadió.

En el camino hacia el hotel fueron comentado algunas noticias que se habían publicado en los periódicos durante los últimos días, nada trascendental. El francés no quería hablar de la guerra porque ese había sido el origen de la última discusión. Durante el trayecto se fijó con mayor detalle en la cara de Petra, en la suavidad de su piel, posiblemente rejuvenecida gracias a una ligera capa de maquillaje, y en la expresión de sus ojos, soñadora y vivaz.

Un portero de librea les abrió la puerta nada más llegar al Ritz. Petra se agarró del brazo de Alain.

—¿Te importa?

—En absoluto, estoy encantado de ir contigo.

La Condesa se sentía dichosa. Le perdonaba aquel enconamiento que mantuvo con Su Majestad porque lo consideraba lógico. Él era ciudadano de un país que estaba en guerra «y eso hace ver las cosas de otra manera», deducía Petra. Pero si exceptuaba aquel momento en que le pareció que estaba junto a otra persona, su acompañante era un hombre muy bien parecido, un excelente conversador, que escuchaba con interés y, lo mejor de todo para ella, alguien que había provocado que tuviera ganas de arreglarse, de llamar de nuevo a la modista, de peinarse con esmero, de hacerse la manicura, de bañarse con sales marinas. Una persona que le había despertado de nuevo la ilusión por la vida, alguien que la había arrancado del letargo al que la habían conducido los continuos recuerdos de su difunto marido.

Llegaron al restaurante, donde cada uno saludó a antiguos conocidos.

—Alain, me alegra verle de nuevo por Madrid —un hombre vestido con un frac, alto, bigotudo y con una voz atiplada cumplimentó al francés.

—Perdone que no recuerde su nombre —el rostro de Alain no albergaba duda alguna sobre las pocas simpatías que le deparaba aquel alemán.

—No se preocupe, soy el doctor Reitmaier. Me alegro mucho de saludarlo. Veo que su gobierno le ha enviado de nuevo a la capital de España.

—Bueno, estoy de paso, nada definitivo —el francés no se podía mostrar más evasivo.

—Al verle, he pensado que su país le había asignado labores en su embajada.

—Doctor, yo no le he preguntado cuáles son las funciones que le ha señalado el gobierno de Berlín para que esté en Madrid ahora mismo.

El alemán mostró una sonrisa forzada.

—*Monsieur* Santini, era solo un comentario, de caballero a caballero.

—Nuestros países están en guerra, doctor Reitmaier. No pretendamos hacer una pantomima diplomática en un país neutral. En el campo de batalla nuestros compatriotas no se portan *de caballero a caballero* —ironizó—. Por tanto, no vayamos nosotros a comportarnos de distintas maneras a como lo hacen ellos. Y ahora, si no le importa, voy a regresar con mi acompañante.

—Guapa mujer, la condesa del Mayo.

En el momento en el que el alemán le guiñó un ojo, a Alain le hubiera gustado partirle la cara allí mismo. No sabía muy bien por qué, si por el grosero gesto que daba a entender una determinada relación con Petra o por el mero hecho de ser alemán. Cuando dejó a aquel despreciable individuo, se acercó de nuevo al lugar donde se encontraba la Condesa, que estaba conversando con un matrimonio.

—Alain, te voy a presentar a unos amigos. Son argentinos. El señor y la señora Mendoza.

Después de los saludos de rigor, el sudamericano se interesó por la situación del francés.

—*Monsieur*, ¿está en Madrid por trabajo o se ha tomado unos días de descanso?

—Estoy de paso, señor Mendoza —las respuestas de Alain

procuraban ser lo más escuetas posibles. Le incomodaba visiblemente que todos quisieran saber la razón de su presencia en Madrid. Optó por pasar al contraataque—. ¿Y ustedes, que hacen en la ciudad?

—Nosotros vivimos aquí —comentó la mujer—. Estamos establecidos desde hace diez años. Nos consideramos madrileños.

—Ya lo creo, Marita, ya lo creo —apostilló Petra.

—Les dejamos, ¿van a comer? Si es así, les aconsejo que tomen lechón al horno —les recomendó el argentino—. Está exquisito. Y nosotros sabemos mucho de carne.

Se fijaron que en el restaurante un buen número de comensales vestía uniforme, y se sentaron a una mesa cuadrada que se encontraba ubicada junto a uno de los grandes ventanales con vistas al jardín, que solamente se usaba en los meses cálidos del año. Alain iba a sacar un cigarrillo cuando Petra le sujetó la mano.

—Aquí no se puede fumar. El dueño no deja que se fume en el restaurante, dice que el humo altera el sabor de la comida.

Se levantaron varias veces a servirse comida del bufé, primorosamente dispuesto en unas mesas laterales: salmón marinado, chuletas de cordero lechal recién asadas, pavo en galantina, *navarin printanier*, el lechón recomendado por los argentinos… unas viandas exquisitas que no estaban al alcance de la mayoría de la población por su precio: ocho pesetas.

La comida fue larga pero a la pareja se le hizo corta. Ella habló de sus años en Francia, por supuesto, pero también le contó historias de Madrid, de cómo se vivía ahora y de cómo se vivía hacía unos años. La Condesa se lamentaba del aumento del tráfico rodado, fundamentalmente del de automóviles.

—Son unos aparatos peligrosísimos. Los periódicos hablan todos los días de vuelcos y de accidentes. Además, casi siempre son mortales. Deberían prohibirlos.

—Me temo que no, Petra, a la gente le gusta. Pasa lo mismo con los aviones, cada vez hay más personas que quieren volar.

—¡Jesús, volar! Si Dios hubiera querido que voláramos nos habría dado alas. Eso sí que no tendrá éxito, es aún más peligroso que lo de los automóviles.

Después del postre pasaron a una salita donde Alain pudo al fin fumar.

—Una pitillera muy bonita —opinó distraídamente Petra.

El francés agradeció el comentario con una sonrisa pero se abstuvo de añadir nada más. Había sido uno de los últimos regalos que le hizo María Dolores antes de que contrajera el tifus

exantemático que se la llevó en unos días, cuando todavía estaba en la flor de la vida.

Las complicidades entre la pareja habían aumentado y los dos lo sabían. Ella se sentía muy a gusto con él, y él desgraciadamente, pensaba, también. Petra era una excelente conversadora, atractiva, inteligente y con una mirada serena que perturbaba al viudo porque le hacía no pensar en su difunta esposa. Seguían hablando en francés, idioma en el que se expresaban cuando estaban solos. La mujer había aprendido muy bien la lengua y, salvo algún ligero error gramatical, o el titubeo que mostraba ante el desconocimiento de alguna palabra, la comunicación era muy fluida.

A las cinco y media se anunció el inicio del baile. Las personas que estaban dispersas por las distintas estancias del hotel se encaminaron a un enorme salón decorado con palmeras naturales que confería a la estancia un cierto aire moruno. Al fondo, una pequeña orquesta compuesta por seis maestros tocaba una agradable melodía. Tres parejas ya estaban bailando.

—Alain, no te he preguntado si sabes bailar.

—Hace muchos años que no bailo, Petra. Mejor nos sentamos.

Después de tres o cuatro piezas, el director de orquesta anunció que iba a empezar una exhibición de tango, momento en el cual el auditorio lanzó una salva de aplausos, iniciada, cómo no, por el señor Mendoza.

Una pareja andando erguida prorrumpió en el salón. Ella llevaba un vestido largo negro, de tafetán, abierto por uno de los laterales casi hasta la cintura. El bailarín llevaba unos pantalones negros con tirantes y una camiseta de marinero, a rayas azules y blancas.

A la señal de un cantante vestido con traje gris de fina raya blanca y sombrero negro, la orquesta atacó y los danzantes se agarraron como si fueran a hacer el amor. Comenzaron a girar mientras iban moviéndose por la pista de lado a lado, acompasando los pasos con contorsiones de sus cuerpos y con giros rápidos y precisos. Unas veces parecía que iban a caerse al suelo y en otras daban dos o tres zancadas decididas y certeras hacia cualquier lugar. A veces era el hombre el que caminaba hacia delante y en otras se veía guiado por la mujer.

Alguna señora mayor apartó los ojos de aquella visión, demasiado moderna para sus gustos. Seguro que hubiera preferido que aquella pareja bailara una *furlana* o un rigodón antes que algo reprobado por la Iglesia por inmoral y promiscuo.

Alain miró de reojo a Petra, que no apartaba la vista ni un instante de las evoluciones de los bailarines, y la vio más guapa de

lo que desearía. Ella, quizá al sentirse observada, se giró y le dedicó una sonrisa franca y relajada. Nadie dudaba que cuando aquellos dos seres se hallaban juntos se sentían dichosos, envueltos por una mágica burbuja.

Después volvió a contemplar a la pareja de danzantes sabiendo que él iba a seguir mirándola, algo embelesado, más atento a su cara que a los continuos movimientos de los bailarines. Cuando terminaron la ejecución de *Pobre Flor*, una gran parte del público aplaudió con especial intensidad y ostentación a aquellos dos profesionales mientras que una minoría se mantuvo quieta en sus asientos, con gestos de enojo y mirándose entre sí como si no comprendieran la razón por la que la mayoría de los asistentes hubiera disfrutado tanto con aquel baile, para ellos sucio y obsceno.

El coche aparcó en la calle Ferraz. Alain se apeó del vehículo para ayudar a Petra. Se miraron sabiéndose turbados. Por ello e inmediatamente, sus ojos buscaron cobijo en cualquier sitio y solo articularon una torpe despedida. Un par de palabras que, instantes después, ninguno recordaba.

Cuando entró en el edificio, Petra fue consciente de que no andaba, flotaba. Sus pies no llegaron a rozar los peldaños que separaban el portón de la entrada hasta el ascensor, ni tampoco su dedo presionó el botón de su piso, ni su mano abrió la puerta de la entrada a su casa. No podía ser que se sintiera así. Ella, que había recibido el cortejo interesado de tantos hombres desde que enviudó, que era continuamente objeto de oportunistas adulaciones y de falsas amistades sentía que había sido atrapada, aprisionada incluso, por el sentimiento más primitivo de cuantos disfruta, o padece, el ser humano. Se metió en la cama soñando sin haber llegado a cerrar los ojos, recordando una y otra vez la manera de abrazar del bailarín a su compañera; y Petra quiso ser aquella muchacha y que el tanguero fuera Alain, y que la llevara y trajera por un escenario infinito, siempre muy cerca, sintiendo cada uno la fuerza interior del latido de dos corazones.

Aquella noche Alain no pudo dormir ni un solo minuto. No le importó encontrarse así, igual que un soldado que pasa la velada al raso a la espera del momento para salir a matar o a que lo maten. Se había recostado sobre la cama sin haberse quitado siquiera la ropa, ni los zapatos. No había cenado y había dado orden de que no se le molestara.

A las siete de la mañana llamó al garaje y pidió que fueran a

buscarle a su casa a las ocho en punto. A esa hora lo condujeron a la Sacramental de San Isidro, donde descansaban los restos de María Dolores, y se quedó un tiempo orando ante su tumba.

Cuando abandonó el recinto no sabía si había acudido a pedir perdón a su querida esposa o a despedirse de ella.

26

De los tres hombres que se habían dado cita junto al Lago Lemán, el que notaba más la diferencia climatológica era el teniente Fritz Springer. Las otras dos personas que habían viajado hasta Ginebra, el coronel Gerhard von Below y Walter Nicolai, estaban acostumbradas a padecer los rigurosos fríos de un mes de noviembre que iba avanzando raudo e implacable, a diferencia de la guerra, que se mantenía estática en sus frentes, sin que estos, sobre todo el occidental, avanzara o retrocediera un solo palmo de terreno.

Fritz había llegado hasta la ciudad suiza desde Madrid usando un pasaporte falso que le acreditaba como ciudadano del país helvético, mientras que el coronel von Below y el jefe de la División III b habían realizado el viaje desde Berlín, entrando en el país por la frontera de Lustenau, a orillas del Rin y suficientemente alejada del frente. Se habían dado cita en el hotel Métropole, quizá porque ninguno de ellos se alojaba en él y lo consideraban de cierta naturaleza neutral, como la nación en la que se hallaban. La hora fijada era las dos del mediodía aunque cinco minutos antes ya había comenzado el encuentro: la puntualidad y la organización germánica quedaba patente incluso en esos nimios detalles.

—¿Cómo está Madrid, teniente? —fue lo primero que quiso saber el coronel.

—Madrid está igual ahora que antes del verano —respondió Fritz—. La guerra no ha cambiado los hábitos de los madrileños ni el ambiente de la ciudad.

—Pero España ha incrementado notablemente sus exportaciones a los países en conflicto. Desde muchos puertos españoles parten barcos cargados de vino, de harina o de trigo. Y de minerales, como el plomo, el mercurio o el hierro.

—Están haciendo negocio a nuestra costa —las palabras del coronel fueron completadas por Nicolai.

—Pues si lo están haciendo, no se nota en la vida de la calle. Además, por lo que me han comentado y he leído, las empresas que más venden al extranjero son en su mayoría vascas y catalanas —concretó Fritz.

—No tienen vergüenza, Herr coronel. No me extraña que no quieran entrar en la guerra. Si fuera por ellos, desearían que la matanza durara toda una eternidad —supuso con tristeza Walter Nicolai—. Si la guerra se extiende tres o cuatro años más,

adivinemos quién será entonces el país europeo más rico. Cada bala es un ingreso, cada cañón es un ingreso, cada muerto es un ingreso... El Rey de España sabe manejar muy bien las finanzas; lo está demostrando.

—Springer, vamos a entrar en materia —exigió von Below—. Tengo que tomar el tren de nuevo esta noche y tengo el tiempo justo. Usted se ha negado a regresar a Berlín por dos veces. Ha mostrado una insubordinación que le tendría que haber situado frente al paredón; pero es una persona al servicio de Herr Nicolai, y por eso hemos sido condescendientes. No lo estropee ahora. A ver, cuénteme eso que me ha dicho Walter respecto a matar a la Reina española.

—A una de las reinas españolas, Herr coronel —puntualizó—; recordemos que en aquel país hay dos, la madre del Rey y la esposa. Yo hablo de esta segunda, de Victoria Eugenia de Battenberg.

—Por favor, le escucho.

El coronel se acomodó en su sillón, que era un poco más alto que el de sus dos interlocutores. Deseaba ejercer la autoridad incluso en aquellos momentos en los que se encontraba tan lejos de los acuartelamientos militares alemanes.

—Después de haber estado realizando una labor de campo durante varias semanas —Fritz comenzó su relato—, he llegado a varias conclusiones sobre la realidad política española. La primera y definitiva es que, de mantenerse la situación actual, el Rey de España nunca entrará en guerra. Alfonso XIII es hijo póstumo y su madre ejerció un poder absoluto sobre él hasta su mayoría de edad, que sucedió cuando cumplió los dieciséis años. Alfonso fue el tercer hijo del segundo matrimonio de su padre. Del primero, Alfonso XII no tuvo hijos. Los dos primeros nacimientos de esta segunda boda fueron mujeres que ya están fallecidas —recordó Fritz—, y el actual Rey tampoco tuvo tíos, solo tías: Isabel, María Paz y Maria Eulalia. Es decir, vivió en un ambiente matriarcal.

—Con eso lo que me está queriendo decir es que solo ha vivido con mujeres —concluyó el coronel.

—Con eso lo que estoy queriendo decir es que su personalidad está condicionada por la opinión de las mujeres que le rodean. Y él, casado con una inglesa y siendo hijo de una austriaca que ha sido, a la vez, padre y madre, no va a tomar la decisión militar de entrar a formar parte de esta guerra, que sería lo que probablemente le gustaría a él.

—Y si él fuera un hombre solo, si no estuviera supeditado por las opiniones de esas mujeres que viven con él, ¿por qué bando se

inclinaría? —inquirió von Below, muy interesado en los razonamientos del teniente.

—Por el nuestro, Herr coronel, por el nuestro. No tengo duda de ello —aseguró Fritz con rotundidad.

—¿Por qué lo dice tan seguro? —preguntó Walter Nicolai.

—Alfonso XIII es un militar, un hombre que disfruta con las paradas, con los desfiles, con los uniformes, con el trato con sus colegas de profesión. Es alguien que ha declarado que la única música que le gusta son las marchas militares. Incluso dicen que su habitación es austera, que duerme sobre una cama de latón, como si residiera en un cuartel, sin oropeles. Es mucho más militar de lo que era su padre y, como todo militar que se precie, es un enamorado del orden, de la disciplina, de la jerarquía, valores únicos que solo se encuentran en las reminiscencias prusianas, y nunca en el descontrol e indisciplina rusa o en la absurda y decadente democracia francesa, donde los ejércitos no guardan nuestro equilibrio ni nuestra profesionalidad.

Von Below asintió mientras paseaba la yema de su dedo índice por el borde de la copa de coñac que estaba degustando. Los tres hombres, que vestían de paisano, se habían sentado lo más apartados posible de las otras personas que poblaban el amplio salón del Métropole. La chimenea de mármol, situada en el lado opuesto, consumía varios troncos que crepitaban antes de quedar chamuscados.

—Siga, por favor.

—Sí, Herr coronel —concedió Fritz de nuevo—. Tenemos que partir de varios supuestos distintos al modelo actual. Como digo y estoy convencido de ello, si no pasa nada, si en su familia o en su entorno no se produce un cambio sustancial, España no entrará en guerra, y menos con los beneficios que está obteniendo de ella y que hemos comentado antes. En el país hay tres personajes clave: el Rey, su madre y su mujer —enumeró el teniente, que se ayudó de los dedos para que su exposición fuera más enfática—. No hablo de la clase política porque está nombrada por la persona real de mayor jerarquía. En su día había sido la reina María Cristina y ahora es su hijo Alfonso. No —se ratificó el espía—, el que esté Dato, o antes Romanones o mañana Maura, Iglesias, Cambó o García Prieto es indiferente.

Walter Nicolai sintió satisfacción al comprobar que su hombre dominaba el panorama político español. Había oído hablar mal de su enviado a España, de uno de ellos, pues la División III b operaba con varios agentes en el país, incluso en Madrid no estaba solo él,

pero no le importaba que tuviera una reputación de persona libertina porque estaba demostrando que había aprovechado el tiempo en la capital con diligencia y de forma acelerada.

—Si la reina María Cristina desapareciese, aunque es una mujer joven, cumplió cincuenta y seis años el pasado julio, nuestros intereses quedarían muy comprometidos. Libre del yugo de la madre, casado con una inglesa y con la corriente aliadófila que impera en el país por las presiones de politicastros como Romanones o Lerroux, no me extrañaría que el Rey acabara claudicando ante ellos y se les uniera. Seguro que los franceses le engañarían con algún acuerdo favorable sobre Marruecos y los ingleses le volverían a prometer que algún día hablarán de Gibraltar, o que les prestarán apoyo naval… ¡yo qué sé!, artimañas isleñas, Herr coronel. Por tanto, la reina María Cristina es para nosotros una pieza clave e insustituible.

—No hace faltar recordar, Herr coronel, que la reina María Cristina es la hermana del generalísimo del ejército Austrohúngaro —indicó Nicolai.

—Sí, el archiduque Federico. Lo sabemos todos. Por favor, Fritz, continúe —pidió von Below, contrariado por la innecesaria aclaración.

—De lo que no tengo duda alguna es de lo que sucedería si es la reina Victoria Eugenia la que falta. Ella es transmisora de una enfermedad, como lo fue su abuela la reina Victoria de Inglaterra y lo es también, entre otras, la Zarina, prima hermana de la reina de España. Es portadora de un trastorno que no padece. Se transmite solo a los hijos varones, y no a todos. Por tanto, ella puede morirse de vieja y haber envenenado a toda una prole de hijos, no de hijas. Es una enfermedad muy rara, Herr coronel, misterios de la genética. No, ella no tiene una salud delicada como la tuvieron sus cuñadas María Mercedes y María Teresa, las hermanas fallecidas de Alfonso XIII de las que he hablado al principio.

Fritz apuró el cigarrillo que tenía entre sus dedos, lo apagó contra el cenicero y continuó con su informe.

—Herr coronel, con esta exposición quiero plantear en firme la posibilidad de matar a la reina Victoria Eugenia. Sin ella, Alfonso XIII quedaría a merced del influjo de su madre. Y ella es de los nuestros. Su hermano, el archiduque Federico, lo tendría muy fácil para conseguir una adhesión a nuestros intereses.

—Creo que lo que Fritz plantea es la solución más rápida y más efectiva. Estoy totalmente de acuerdo con su idea —corroboró Nicolai.

—Una pregunta, teniente, según sus razonamientos, que me imagino también habrá elucubrado sobre ello, ¿qué sucedería si fuera el Rey quien resultara *eliminado*, como dice usted?

—También lo he pensado, Herr coronel. En ese escenario se abriría un gran interrogante. La Reina Regente sería Victoria Eugenia y, viviendo el país una situación de interregno, dudo mucho que fuera a meterse en batallas. Recordemos lo que sucedió en España en 1898, cuando María Cristina era la Reina Regente. Se enfrentó contra los Estados Unidos de Norteamérica y perdió todo su imperio colonial. No. Sin Rey, España no entrará en la guerra.

—¿Y si murieran los dos? —planteó Nicolai.

—¿Qué dos?

—El Rey y su madre.

—Estaríamos igual —aseveró rápidamente Fritz, que se tenía preparada la respuesta—. Victoria Eugenia no va a meterse en guerras, por mucho que la presione su primo Jorge, el rey de Inglaterra. Ella es una persona débil, sin carisma, desmarcada de su pueblo y de sus costumbres, sin haber llegado a congeniar con ellos a pesar de llevar viviendo en Madrid desde 1906. En estos ocho años, la inglesa ni se ha acomodado a la idiosincrasia de los madrileños y del resto de españoles, ni ha conseguido que estos la acepten. Está ahí por ser la esposa del hombre que es, no porque se haya granjeado el cariño de la gente.

—Ha sido un análisis muy inteligente, teniente, le felicito. Ha demostrado usted conocer perfectamente a los españoles. Y, además, en muy poco tiempo. Veo que Walter Nicolai sabe reclutar a sus hombres y entrenarlos con rapidez y maestría. Le felicito a usted también. El Emperador se sentirá muy orgulloso de los dos.

El coronel se levantó de su asiento y se dirigió hacia uno de los ventanales con vistas al lago Lemán. Con las manos a la espalda, se entretuvo un tiempo contemplando la placidez de sus aguas y el bello ambiente que rodea aquel escenario alpino. Desde el cristal que lo apartaba del frío, von Below quiso concentrarse en todo lo escuchado y destilar el torrente de información recibido. Se relajó durante unos instantes con el sereno navegar del único velero que surcaba el lago glacial.

27

El coronel von Below regresó a la mesita a la que estaban sentados Walter Nicolai y Fritz Springer. Se sentó y miró alternativamente a sus dos interlocutores. Después, negó con la cabeza.

—No, caballeros, el Emperador no va a aprobar esta maniobra. Les prometo que lo voy a hablar con el general Ludendorff en cuanto pueda, pero él tampoco va a autorizar que se mate a la reina de un país amigo. Nunca hemos estado en guerra con España y nosotros consideramos a ese país como un cooperante futuro. Además que si la reina María Cristina se enterase de que hemos matado a la mujer de su único hijo, su reacción sería impredecible, incluso contraproducente y de consecuencias inciertas. Quién sabe si hasta podría peligrar la estabilidad de la Triple Alianza. Ella es austriaca, no alemana, que es un matiz muy importante que un estadista va a evaluar. No, señores —se reafirmaba el coronel Gerhard von Below—, no vamos a matar a nadie de la Casa Real española. Tienen ustedes que lograr la adhesión militar de España a nuestra causa de otra manera.

—Herr coronel, también he pensado en otra opción.

—¿Sí, en cuál? —von Below se sorprendió por la rápida salida que tuvo el teniente Springer.

—De esto no he hablado con nadie —miró a su jefe, a Walter Nicolai, que mostraba el mismo gesto de incredulidad que el coronel.

—Por favor, cuéntenos. Me encanta escucharle —le invitó von Below.

—En todo el tiempo que he estado en Madrid me he movido cuanto he podido, siempre intentando conocer al máximo a los huéspedes del Palacio de Oriente, que es así como llaman en la capital al lugar donde vive la familia real. Pues bien, uno de mis cometidos ha sido averiguar cuál o cuáles son los puntos débiles del Rey, si es que los tiene.

—Todos los tenemos, Fritz —confesó el coronel—. Lo difícil es hallarlos.

—Es cuestión de paciencia, de preguntar aquí y allá, de observar comportamientos, actitudes, de leer en los diarios, pero no leer lo que escriben los periodistas más o menos afines, sino lo que ocultan, entre líneas... ¿me explico?

Ninguno de los dos interlocutores abrió la boca. El teniente

continuó.

—Alfonso XIII es un sibarita. Le gusta la buena vida y es un enamorado de los deportes: polo, patinaje, equitación, esgrima, por cierto, me han dicho que es muy diestro en el manejo del sable. También es un entusiasta de los coches. Es más, me he enterado de que algún político ha llegado a advertirle de los peligros que supone el manejo de los automóviles, porque el Rey de España se encuentra fascinado por la velocidad. Incluso participa en competiciones. Pero sobre esos gustos, hay uno que los supera y con creces: las mujeres.

—Eso es normal, Fritz —comentó von Below, sonriendo. Le parecía que el teniente acababa de señalar una obviedad.

—Herr coronel, está claro que a todos los hombres nos gusta el sexo, a la mayoría con mujeres, pero lo de este hombre es muy superior a cuanto uno pueda imaginar. En primer lugar hay que ver lo que tiene en su casa.

—¿La Reina?, me parece una mujer muy hermosa, muy guapa, de mucho empaque y con gran belleza. Si fuera alemana sería la mujer perfecta.

—¡Claro que es una mujer hermosísima! —exclamó Fritz—. La he visto en las fotos de los periódicos y está dotada de una belleza arrobadora, con un gran estilo, que viste con elegancia y que es la atracción y envidia de todos los hombres y las mujeres que la ven. En principio se podría decir que con una mujer así, para qué querría el Rey buscar otras. Pero la conducta humana se pierde en vericuetos que no siempre son evidentes y entendibles para los demás.

Walter Nicolai hizo un esfuerzo para reprimir la sonrisa que le afloró al rostro. Lo último que podía imaginarse cuando reclutó al teniente Springer era que un día le iba a ver dando clases de psicología a todo un coronel del primer ejército del mundo.

—Alfonso XIII odia a su mujer.

—¿Que la odia?, ¿qué dice usted? —el rostro de incredulidad de von Below alcanzó su máxima cuota.

—Sí, la odia y desde hace mucho, casi desde el principio. Se casaron como la mayoría de los miembros de la realeza, por compromiso, sin conocerse. Simplemente congeniaron algo y se comprometieron sin haber hablado a solas ni un instante —eso no era exactamente verdad, pero tampoco distaba mucho de la realidad. El amor entre la pareja se cimentó, sobre todo, en tarjetas postales—. Pero eso no fue lo peor. El detonante fue el nacimiento del primer hijo, Alfonso, que nació al año siguiente de la boda. Aunque nunca lo han hecho oficial, el pueblo sabe que ese niño está

enfermo, que una herida, por pequeña que sea, puede costarle la vida. Su sangre no coagula; ya lo he contado antes. Después tuvieron a otro hijo, Jaime, que se quedó sordo hace dos años, cuando la criatura tenía cuatro añitos. Después una hija, otro varón, que nació muerto… A lo mejor no se lo ha dicho nunca y ha preferido despreciarla con el silencio, pero Alfonso odia a Victoria Eugenia, la considera culpable de la tragedia de su descendencia. Y hay muchas maneras de repudiar a una mujer; una de ellas es la de no respetarla, la de convertirse en un adúltero consumado y obcecado. Compulsivo.

—Eso puede explicar una excesiva tendencia a la promiscuidad, que es lo que nos está queriendo decir, ¿no? —quiso concretar el coronel.

—Sí, esa razón es fundamental, y luego que es un tipo que cae bien a todo el mundo, abierto, dicharachero, cercano… es difícil que una mujer le niegue sus brazos. Recordemos que es el Rey de España, y el poder siempre es afrodisíaco. Las mujeres le dicen que sí y sus maridos miran para otro lado, quizá esperando obtener algún favor.

—Springer, la historia está llena de adulterios. Los han cometido hombres y mujeres, villanos y nobles, jóvenes y viejos… ¿qué hay de singular en esta ocasión para que nos estemos ocupando de ello? —von Below no terminaba de entender al espía.

—El número de deslices, la frecuencia de ellos, la clase social de las mujeres con las que está…

—¿Qué ocurre, teniente, que es algo habitual?

—Sí, justo eso quiero decir Herr coronel. Se cuenta que hasta ha tenido una hija con la profesora de piano de sus hijos.

—¡Caray, en el mismo Palacio! —Von Below se extrañó de aquello, como si el lugar donde se produjera la infidelidad incrementara el delito.

—Sí, Herr coronel, eso se insinúa en los corrillos y en los bares; y ya sabemos que el pueblo es muy listo, y que dice mentiras, pero entre mentira y mentira, hay siempre alguna verdad —especuló Fritz.

—Springer, lo que está usted planteando, me imagino, es hacerle un chantaje. ¿No?

—Efectivamente, un chantaje. Alguien con una debilidad así tiene que ser manejado en nuestro beneficio, y tengo pensado el perfil de la persona que puede llevar a la ruina a ese Rey.

—¿En quién está usted pensando, teniente?

—En una actriz de teatro.

—¿En una simple actriz? —Walter Nicolai pensaba que su hombre iba a plantear una elección más sofisticada.

—Sí, pero no en cualquiera, necesitamos una mujer que trabaje muy bien, una auténtica profesional, alguien dotado del suficiente encanto y tragaderas como para llevarse a la cama a un hombre mientras finge que lo está sintiendo de verdad. Hay que tener en cuenta que Alfonso XIII varía continuamente de amante, que se cansa rápido. Eso beneficia la, digamos, rotación —el teniente sonrió ladinamente—. Un hombre que tiene una amante fija, y solo una, es muy difícil de sobornar. Pero el que hoy tiene a una, y mañana otra, y pasado otra, nos ofrece un blanco perfecto para que, entre ellas, colemos a la nuestra.

—Pero ¿por qué una actriz? —quiso que le explicara von Below, atraído por el novelesco relato del teniente Springer.

—A Alfonso XIII le encanta el teatro, va con asiduidad y, muchas veces llama a las actrices a su palco y charla con ellas, o en otras es él quien acude al camerino. A veces salen juntos y en otras ocasiones va a esperarlas a la puerta de la salida de artistas, aunque él no haya acudido a la función. Dicen que tiene pisos y chalés repartidos por Madrid donde se ve con ellas, y si no, acude a los de algún amigo, que no le faltan. Al calor del dinero y del poder siempre hay manos dispuestas a ayudar y bocas preparadas para cerrarse y no revelar secreto alguno.

—Aunque, por lo que veo, poco secreto —opinó Nicolai.

—Madrid tiene seiscientos mil habitantes. Una figura como la de su Rey no pasa desapercibida, sobre todo si se prodiga en lugares públicos.

—Springer, ¿tiene dispuesta la estrategia?

—Sí, Herr coronel, lo tengo todo pensado. Jugaba con la posibilidad de que no se autorizara la muerte de la reina Victoria Eugenia y estuve madurando la alternativa del chantaje.

—¿Funcionará? —dudó Nicolai.

—Tendrán que confiar en mí. Lo tengo todo previsto. No hace falta que les recuerde que sé muy bien lo que es esta guerra, estuve en la trinchera, ustedes me sacaron de ella, y todas las noches sueño con los compatriotas, quienes luchan y mueren a manos de malditos franceses, ingleses, senegaleses, marroquíes, rusos… Estoy totalmente comprometido con nuestra causa y quiero acabar con esto cuanto antes. Si conseguimos hacerle unas fotos comprometedoras, realmente incómodas e incompatibles con su cargo, y le amenazamos con hacerlas públicas, por el bien de la Corona, por su propia estabilidad y la de su familia, tendrá que

tapar el escándalo en la forma en que nosotros le digamos.

—¿Qué necesita usted?

—Tres cosas, Herr coronel, tres cosas nada más.

—Diga, teniente, le escuchamos —Von Below se mostraba vivamente interesado con lo que estaban contándole.

—Lo primero, necesito una mujer alemana tan comprometida como yo, de garantía absoluta y profesional hasta la médula. Que sepa actuar. No hace falta que sea una primera actriz, pero que pueda subirse a un escenario con garantía y credibilidad. Y que sepa español, por lo menos el suficiente como para comunicarse con un auditorio.

—¿La segunda cosa? —preguntó Nicolai.

—La segunda es dinero. Para esta acción voy a necesitar una cantidad adicional. Tengo que contar con unos fondos suficientes para llevar a cabo mi plan.

—Por eso no se preocupe, Springer. Cifre la cantidad a Nicolai y buscaremos presupuesto. Estoy con usted, si esta acción sale bien vamos a tener que gastarnos mucho más dinero rearmando a un ejército que todavía sigue viviendo en el siglo pasado. Y, dígame, ¿cuál es la tercera cosa, teniente?

—Que deje usted de llamarme teniente.

Von Below sonrió. No sabía si se encontraba ante un buscavidas, un vividor, un caradura, un arrogante espía, como la mayoría, un patriota o un fantoche. Pero de lo que no cabía duda alguna era que en muy poco tiempo había realizado un gran trabajo, y personas así eran merecedoras de crédito. La guerra era una sucesión de novedades y sabía que si Schlieffen levantara la cabeza desaprobaría un plan así, pero Schlieffen estaba muerto, tanto como su plan de acabar con Francia en dos o tres semanas.

—Dice que no le llame teniente, ¿qué le parece si le llamo capitán?

—¿Capitán?, bien, Herr coronel, no está mal para empezar.

—Capitán Springer. Déjelo de mi cuenta. Se lo ha ganado.

28

—¿Te vas a cansar de mí?

—No digas eso, Elisa, de una mujer como tú no hay hombre que se canse —respondió el Rey, mecánicamente, casi sin fijarse ni en lo que decía. ¿No será que eres tú quien se está cansando de mí?

—No es así, Alfonso, no digas eso porque no es verdad.

La pareja se encontraba en una cama con dosel en la habitación que Elisa ocupaba en Palacio, pero no en la que le correspondería por su empleo como doncella de Su Majestad la Reina, sino en otra distinta, con otras comodidades, con una inmensa bañera donde en ocasiones los dos se sumergían en un baño de espuma después de haber rociado el agua con una lluvia de finas escamas de magnesio a modo de sales relajantes.

Pero en aquella ocasión tampoco hubo baño común. Hacía ya algunas fechas que las escaramuzas del monarca con Elisa eran rápidas y cada vez más esporádicas. La pasión voló por alguna de las rendijas de la habitación en la que mantenían los encuentros y Alfonso XIII no salió en su búsqueda. La dejó marchar como quien deja huir a un enemigo desagradable. Normalmente ella le esperaba, paciente, dentro de un lecho en el que la acababan despertando los primeros rayos de los amaneceres tardíos de finales de noviembre sin que el amante acudiera a la cita. Y allí se quedaba, perfumada, con las prendas que en un tiempo, que se antojaba lejano, eran degustadas por él con delicadeza y ternura. Y así era feliz, feliz aun sabiendo que aquello iba a ser esporádico, que no duraría mucho más que cualquier otra relación de las muchas que el monarca había entablado con anterioridad.

Solo hacía un cuarto de hora que el Rey había entrado en la habitación de la doncella y ya había prendido el primer cigarrillo. Eso antes no ocurría. Los encuentros precedentes estaban cuajados de susurros, de besos cálidos, del cortejo propio de dos personas que se ven sin prisas y con toda la noche por delante para disfrutar del placer mutuo que se regalan.

La mujer se había vuelto hacia su lado.

—No creas que no me he fijado en que estás forzada, parece que ya no te gusto como te gustaba al principio.

Espoleada por lo que acababa de oír, abrazó el cuerpo de su amante, que se hallaba ausente.

—No digas eso, Alfonso, yo estoy aquí esperándote, como siempre. Y muchas noches no vienes.

—¿Qué te crees —respondió con una pregunta, después de exhalar el humo de la última calada—, que un rey no tiene otra cosa que hacer que andar metido todo el día en la cama? Mis obligaciones son muchas, no sé si tú eres capaz de entenderlo.

—¿Por qué me dices eso? Solamente quería decirte que muchas noches no vienes, que al principio no faltabas ni una, que te pasabas conmigo la mayor parte del tiempo, que no te conformabas con una sola vez... —Elisa se acercó y le dio un beso en la mejilla que incomodó a Alfonso.

—Te digo eso porque no quiero ser una carga para ti. Comprendo que querrás tener a tu lado a alguien de tu edad y condición.

—Alfonso, por favor...

Los besos de la muchacha se habían convertido en aproximaciones incómodas y fatigosas para el Rey.

Se levantó sin mirarla. Fue al cuarto de baño y, al cabo de cinco minutos, salió por la puerta callado, sin pronunciar palabra alguna, ni siquiera una de cordial despedida.

Elisa tuvo una inesperada y desagradable asociación de ideas, y le pareció que su persona era como uno de esos muñecos con los que jugaban los infantitos y que algunas veces veía tirados por sus habitaciones o en algún pasillo de Palacio. Unas veces sin cabeza, en otras ocasiones sin ropa, o pintarrajeados... juguetes queridos un día y despreciados un tiempo después, poco tiempo después.

Al día siguiente el monarca tenía reunión con Luis María de Silva, Duque de Miranda, el encargado de la naciente oficina que acababa de instalarse en Palacio. El hombre no parecía hacerse con la organización de lo que se había convertido ya, de hecho, en un lugar de búsqueda de personas desaparecidas.

—Majestad, el ritmo de cartas que estamos recibiendo empieza a ser insumable.

—Luis, pues tendrá que hacerlo digerible; para eso está usted aquí.

—Lo sé, y es un honor que haya confiado en mí para una labor tan delicada como vital para tantas personas, pero se reciben entre cincuenta y setenta cartas diarias, y las dos muchachas que me ayudan y yo somos incapaces de gestionarlas.

—Pues pondremos más gente, por eso no se preocupe. ¿Cuántas más necesita?

—Majestad, yo creo que con otras dos tendremos suficiente, por

lo menos por el momento.

—Pues póngalas hoy mismo. Y olvídese del dinero. Esto lo estoy pagando yo, no quiero que el coste de la oficina recaiga sobre los ciudadanos. Además, el gobierno ha decretado una neutralidad que debemos cumplir en toda su extensión, y la Corona ha de guiarse por razones humanitarias, no políticas. Es una labor con la que me comprometí y de la cual estoy muy satisfecho. Luis, dígame qué resultados ha obtenido ya.

Mientras hablaba de ello, la cara del duque de Miranda sufrió una súbita transformación. Ya no era el rostro del hombre preocupado por no poder atender el vendaval de súplicas que estaba llegando a Palacio, sino el de la persona satisfecha porque los desvelos de su pequeño equipo empezaban a arrojar los primeros resultados positivos.

—Majestad, hemos localizado ya a veintitrés personas. La mayoría están presas por el enemigo pero otras habían fallecido. Pero por lo menos hemos podido dar con su paradero. No sé si eso servirá de consuelo para sus familias.

—Luis, ¿sabe el drama que puede suponer para una madre desconocer el paradero de su hijo? La incertidumbre es la peor enfermedad que puede sufrir una persona que espera. Pasarse días o meses aguardando unas noticias que no se van a producir jamás reconcome el ánimo incluso de los más fuertes. Creo que confirmar la baja definitiva de un soldado es ofrecer también un buen servicio.

—De todas maneras, Majestad, querría hablarle de una carta muy especial que hemos recibido hace dos días. Es un asunto muy delicado. Nos la ha escrito un periódico alemán. Parece ser que los franceses han detenido a un corresponsal de dicho diario en Lille y lo acusan de espionaje.

—Pues las acusaciones de espionaje en tiempos de guerra ya sabemos que pena llevan aparejadas.

El monarca tomó la carta y la leyó para sí. El director del periódico, que se dirigía al monarca en alemán, quería convencerle de que su empleado no ejercía labores de espionaje, y que solamente estaba cubriendo su trabajo desde posiciones fronterizas para informar con mayor detalle a los lectores de su prestigioso diario.

—De este asunto no haga nada que voy a encargarme yo personalmente. Hablamos de la pena capital y no voy a entrar a juzgar si ese hombre estaba o no espiando para su país, pero lo que tengo que evitar es que se aplique. Que sea juzgado y que quede prisionero en una cárcel el tiempo que sea. Una condena de prisión

siempre puede ser revisada y resarcir al reo si se le declara inocente, pero si ha sido pasado por las armas…

—Me parece perfecto, Majestad.

—Mándame a una persona ahora mismo aquí, a mi despacho, que voy a dictar dos cartas, una la mandaré a la embajada de París, a Carlos, para que medie directamente ante los captores, y la otra a Luis Polo de Bernabé, para que hable en Berlín con el periódico y les tranquilice. Hay que salvar a ese periodista, por lo menos mientras no se demuestre que es un espía. Por lo que tengo entendido, Luis, los franceses están obsesionados con los alemanes, creo que ven espías por todas partes, en concreto en Alsacia, donde muchos antiguos ciudadanos alemanes han desertado para engrosar las filas francesas. Ahí habrá de todo. La mayoría son personas que, aun viviendo en un territorio alemán, se consideraban galos por herencia familiar, pero también habrá informantes.

—Majestad, tengo entendido que también han confiscado todos los bienes alemanes en suelo francés.

—Sí, y los subastan, y las subastas quedan desiertas. Está mal visto hacerse con objetos que fueron de alemanes. Es lógico, Luis, completamente lógico. Pero lo que tenemos que hacer ahora es salvar a ese periodista. Vamos a ponernos con ello. Es más, he pensado una cosa.

—Dígame, Majestad —el director de la oficina que se había instalado por iniciativa real era un hombre muy servicial, quizá un punto empalagoso en el trato y en sus maneras.

—Todos los días me va a dejar dos o tres gestiones, las que considere más delicadas: penas capitales, familias con varios hijos en el frente y de los que no se conozcan su paradero… Las personas que se dirigen a España están angustiadas, nos utilizan como último recurso, seguro que muchas veces después de haberse cansado de rezar, aunque no sean creyentes. Antes me ha dicho que habíamos obtenido información de veintitrés personas. Es un éxito, Luis, un éxito. Eso nos tiene que animar a continuar, y con mayor pujanza, si es posible.

—Sí, Majestad.

29

Desde la tarde en la que acudieron al Ritz, no había transcurrido un solo día en que la pareja no se hubiera dado cita. A primera hora de la tarde Alain la recogía por su casa y daban un paseo por los palacetes de la Castellana, para terminar merendando en algún café céntrico. A Petra le encantaba escuchar al francés hablar de su ajetreada vida de diplomático y de las ciudades que conocía. Alain la contaba el ambiente cosmopolita de Liverpool, uno de los grandes puertos ingleses «No hay producto en la tierra que no puedas encontrar allí —aseguraba—. A ti te encantaría visitar sus tiendas, Petra. Podrías encontrar telas de los cinco continentes». La condesa le oía sin pestañear. Disfrutaba solo con escucharle, con el movimiento de sus manos al hablar, con la sensación de seguridad que la poseía cuando estaba a su lado. «Petra, a donde te llevaría en carroza cerrada sería a San Petersburgo. En invierno las calles están intransitables por la nieve, y en verano no para de llover. No pudieron los zares escoger un lugar peor para construir la capital de su imperio». Petra llegó a la conclusión de que el tema que hablara con él la resultaba indiferente. Solo quería su compañía, incluso cuando el silencio se imponía y se quedaban los dos mirando al mismo sitio, como en Aranjuez, a orillas del Tajo. Había sido hacía unos días, el último domingo, cuando la propuso llevarla a comer a la ciudad ribereña. Hacía sol y optaron por pasear por los jardines del Palacio. De repente, la voz de Alain se convirtió en la de Verlaine, en la de Baudelaire, en la de Rimbaud y en la de otros poetas franceses que ella desconocía. Allí pensó que, al terminar una estrofa, el hombre que ya formaba parte de su vida la iba a besar, en silencio, sin mediar más palabra que el dictado de los sentimientos. Pero aquello no sucedió. Y ella se maldijo por la educación recibida, esa en la que la mujer tenía que permanecer siempre a la espera de la iniciativa del hombre, sin poder tomar la delantera por culpa de unos miramientos que solo servían para acrecentar su rabia y su inquietud.

Alain se incomodó con lo que estaba haciendo: arreglarse, afeitarse con paciencia y con esmero, pasarse varios minutos delante del armario y con indecisión de adolescente eligiendo lo que iba a ponerse, mandar que le sacaran brillo a los zapatos y que estos relucieran con la misma fuerza que la ilusión se había

apoderado de todo su ser. Petra le había invitado a su casa y él había aceptado. Iban a merendar, a escuchar música y a charlar, eso le había propuesto en la nota, una carta que había llevado a Orellana 11 una de las personas del servicio de la Condesa. Lo que más le había llamado la atención de la misiva no era ni la inusitada propuesta que contenía ni la preciosa caligrafía que empleaba la mujer. Lo que a Alain le resultó novedoso de la carta era el idioma en el que venía escrita; eso era lo extraño. Petra Domínguez se dirigía ahora a él en español. Eso fue lo que más sorprendió al francés. No sabía la razón del repentino cambio en la lengua de comunicación.

Aunque hacía frío, el francés prefirió ir caminando a la calle Ferraz; la tarde ofrecía el apagado sol que precede al invierno madrileño pero aun así el paseo era muy agradable. Se cruzó con varios carros, unos movidos por animales, caballos o mulos, y otros empujados por un par de hombres y algún golfillo que se les unía esperando que le dieran después alguna perra chica con la que ayudar en casa. Escuchó el inconfundible sonido de los cascos de los caballos sobre el adoquinado que arrastraban simones o landós; carruajes que estaban llamados a desaparecer ante la fiereza de los nuevos tiempos y sus artefactos maquinales.

Llegó a casa de la Condesa y la primera sorpresa fue que le abrió la propia anfitriona y no una de sus criadas.

—¿Quiere usted pasar a mi casa? —propuso la mujer, en español y muy sonriente.

Alain entró en el vestíbulo y se extrañó no solo de que la viuda le saludase en su idioma y no en el de su marido fallecido, sino en cómo se había vestido o, mejor dicho, lo poco que se había vestido. La Condesa lucía un hermoso batín de seda rojo sangre con dibujos de dragones en posición de ataque, con grandes solapas rematadas por un bies tejido con hilo de oro. Se ajustaba a su cuerpo por medio de un cinturón de la misma tela. El conjunto lo remataba un gorro oriental que se ajustaba a su cabeza con perfección, ocultando todo el pelo debajo de él. Así, su cara cobraba una belleza especial, más salvaje y definida. Sus ojos parecían achinados, posiblemente por la pintura que los dotaba de mayor fuerza y agresividad, o por la atrevida y elaborada delineación utilizada con el lápiz de ojos.

La mujer cerró la puerta y dio un giro completo a su cuerpo.

—¿Te gusta? —la anfitriona había regresado al tuteo y seguía hablando en español.

—Pues sí, Petra, estás muy guapa —acertó a decir Alain.

—¿Solamente guapa? —preguntó la anfitriona, con un punto de

malicia.

—No, estás guapísima —confesó el francés, con algo de pudor. Llevaba muchos años sin piropear de esa forma y con esa intención a una mujer.

—Así me gusta, ven, pasa.

Le dio la mano y le condujo al salón, donde había dispuesto, cercano al mirador, una bandeja con bocados diversos de jamón y queso, una licorera de color rojo rubí, un par de copas de cristal de bohemia y dos tazas vacías.

—Siéntate, que voy a la cocina a por el café.

Alain no sabía ni qué hacía en aquella casa, ni qué pensar de él y de su anfitriona. Las cosas habían ido muy rápidas.

A los cinco minutos apareció Petra con una enorme cafetera de plata, como si fuera a servir a una docena de invitados.

—¿Cómo es que no nos han servido el café y has tenido que ir tú a la cocina a prepararlo? —Alain no se imaginaba a la condesa del Mayo rodeada de cacharros. La delicadeza de sus manos, su piel fina y estirada, sus uñas, perfectamente cortadas, rematadas y pintadas daban buena muestra de ello.

—Les he dado libre a todos. No vendrán hasta mañana por la mañana —concretó, mientras daba un pequeño sorbo a la taza.

«Así que estamos los dos solos, Condesa —pensó el francés—. Esto es lo que tú querías».

—¿No te importa?, ¿verdad?

—No, en absoluto, mejor así.

Comenzaron a charlar sobre la actualidad del país pero al cuarto de hora pareció que la Condesa se cansó de la conversación.

—Alain, la verdad es que no me apetece hablar de todo eso ahora. Mira, si no te importa, vamos a hacer otra cosa.

Se levantó muy resuelta y se dirigió hacia un mueble de nogal taraceado donde tenía un gramófono con una bocina de cobre, en forma de flor, como eran la mayoría de los altavoces de esos ingenios mágicos que se habían colado en las casas más pudientes para que sus dueños pudieran escuchar música.

Para asombro del francés, comenzó a sonar la primera melodía, que le resultó familiar, embarazosamente familiar. Era un tango. El sonido del acordeón acompañaba la desgarrada voz del cantante que, en español, se lamentaba de sus males de amor. Petra comenzó a apartar sillas y las situó a ambos lados del salón. Después regresó al gramófono y colocó de nuevo la aguja en el comienzo del disco.

—¿Me vas a sacar a bailar, o tengo que hacerlo yo?

El francés no se hizo de rogar y se acercó a Petra. La tomó por la

cintura con su brazo derecho y con el izquierdo agarró la mano derecha de la mujer poniéndola vertical, como la suya. Con paso firme y sin titubear, dio un paso hacia atrás que fue correspondido por otro de la mujer hacia delante. Había funcionado. Después la giró y repitió la misma operación. Ella se sorprendió por la facilidad del francés para el baile, de lo bien que la manejaba y de cómo disfrutaba sintiéndose una inanimada marioneta entre sus seguros y envolventes brazos. Y rió, rió sin saber por qué lo estaba haciendo. La pareja se deslizaba de un lado a otro del salón como si hubieran perdido peso y fueran dos hojas convertidas en frágiles juguetes del viento, una corriente de aire tan fogosa como nueva; tan deseada como temida para ambos.

Antes de que el disco terminara la pareja se besaba con vehemencia, con pasión, con ansia, con anhelo reprimido. Ella se apartó súbitamente y él se quedó mirándola con sorpresa.

—Ven.

Asió la mano del francés con delicadeza y juntó dos de sus dedos sobre uno de los extremos del cinturón que sujetaba su bata de seda. Muy despacio, disfrutando con el momento, la mujer dejó que Alain tirara de la cinta. Como una flor en primavera, la prenda se abrió. No llevaba nada debajo. Con un suave movimiento de las dos manos, la mujer tiró de las solapas hacia atrás y el batín se hundió en el piso, descubriendo un cuerpo blanco que jamás habían visto el sol. Los senos, algo caídos, estaban rematados por un pezón grueso y moreno.

Volvió a tomar las dos manos del francés y se las llevó a sus pechos.

—Alain, no me prives de ello, por favor te lo ruego, no me prives de este momento. No sabes el tiempo que hace que no estoy con un hombre. No sé si te gusto pero, por favor —el tono de voz de la mujer era suplicante.

Y le volvió a besar, con la misma pasión que la primera vez. Dejó de sujetar las manos del francés para pasar a revolverle el pelo mientras atraía su cabeza hacia sí, como si quisiera que los dos cráneos se fundieran en uno solo. Alain continuaba con el movimiento circular de sus manos, ya sin necesidad de que ellas fueran guiadas por las de la mujer; habían cobrado vida propia.

El francés se apartó de ella y, después de darle un cálido beso en los carnosos y apetecibles labios que rodeaban su boca, le preguntó:

—Solo quiero saber una cosa, Petra, ¿por qué me estás hablando en español, por qué ya no hablamos en francés?

—Porque el francés era el idioma que utilizaba para hablar con

otro hombre, Alain, y ya no quiero volver a hablar francés en mi vida. Nunca más, ¿entiendes, vida mía?, nunca más volveré a hablar en francés —repitió—. En este momento estamos los dos aquí, solos, sin que nadie nos moleste, ni ahora ni nunca. Te conocí hablando en español y en español quiero seguir hablando contigo. Toda mi vida. ¿Entiendes, mi amor, entiendes?

Alain entendía, como también comprendió Petra a la perfección cuando él la levantó en brazos.

—Es por allí, la segunda puerta a la derecha —indicó ella, muerta de deseo y de miedo, a partes iguales.

El francés caminó con facilidad. Lo que llevaba no era el peso de una mujer sino la frágil ingravidez de un alma de la que se había enamorado de la manera más absurda, como siempre son los grandes amores: espontáneos, oportunos, caprichosos, injustificables, irreflexivos.

La Condesa, antes de que llegara a Alain a su casa, había tenido la precaución de retirar el crucifijo de la cabecera de su cama. Dudaba que su intención contara con la aprobación divina.

30

Hacía varias horas que el horizonte se había tragado el sol. Desde el lecho, la pareja había visto despedirse el día intuyendo el frío que a esa hora recorría la soledad de las calles, solo transitadas por algún carro que era conducido hacia la plaza de San Marcial o en la dirección opuesta, hacia la Cárcel Modelo. Los sonidos eran pocos y muy definibles: el sufrido relinchar de una bestia, el chillido de un arriero o el ronco rugir del motor de algún vehículo.

Petra había visto de muy buen grado que Alain se levantara y trajera al dormitorio desde el salón la bandeja de canapés que había preparado ella hacía muchas horas. Le había gustado porque así había vuelto a verle desnudo. Realmente antes no lo había visto, le había faltado perspectiva. De hecho, era el primer hombre al que veía así. Jérôme dormía en otra habitación y nunca compartían cama excepto en los momentos en los que ella se ponía el camisón de procreación. Eso sí, siempre con las luces apagadas. Sí, fue muy feliz con él, pero bajo una unión más espiritual que carnal.

Pero Alain era distinto. A él lo había sentido, lo había tocado, lo había olido, se había fundido con él y, además, lo había visto; y lo que vio le gustó. Alain Santini era un hombre de buena complexión, ancho de hombros aunque presentaba ya una incipiente barriga. Gozó al verle marchar, disfrutando de su trasero algo respingón, bien apretado —como comprobó varias veces con sus propias manos— y con la forma adecuada.

Cuando Alain regresó del salón, Petra se fijó sin pudor en su sexo, durmiente y bamboleante ahora pero soberano cuando había sido requerido para ello. Si no fuera por las normas de moralidad que le habían inculcado y de las cuales era incapaz de zafarse, le hubiera gustado besarlo, con la misma delicadeza con la que el hombre besó sus labios.

Tomaron varios tentempiés en silencio, sentados a la altura de la almohada, con las espaldas apoyadas sobre el cabecero de madera labrada.

Inesperadamente, Petra se volvió hacia él y le dijo, con angustia vital:

—Alain, tengo miedo.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no sé si has fingido, si querías mostrarme tu gratitud y esta es tu peculiar manera de agradecérmelo.

El francés sintió un mareo repentino. Los ojos de Petra habían dejado de tener el brillo de la confianza y ahora mostraban un discreto mohín de reproche.

—No sé qué quieres decir. Igual, al ser extranjero, no termino de entender el sentido del humor de los españoles.

—Esto no es ninguna broma, Alain, tengo miedo de que me hayas utilizado y me lo hayas pagado con una tarde como esta, aunque probablemente te apeteciera. Ya has abonado el precio y mañana dejaré de existir en tu vida.

Alain se giró hacia ella y se subió encima, a horcajadas. Se acercó para darle un beso pero Petra torció la cabeza, ostensiblemente. La hora de los cariños había finalizado.

—De verdad, Petra, no sé a qué viene todo esto. Te lo digo muy en serio.

—Por favor…

Alain se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Al cabo de diez minutos salió completamente vestido y con un cigarrillo encendido entre sus labios. Se sentó en una silla y miró ávidamente a la mujer con la que acababa de mantener unas muy intensas, deseadas y emotivas relaciones, y que ahora se había convertido, inopinadamente, en un témpano de hielo, tan frío que era incapaz de derretirse un ápice.

—Hasta que tú me eches, no tengo otra cosa que hacer. ¿Me puedes explicar qué te pasa? —al hombre no le apetecía iniciar una discusión de enamorados pero quería saber por qué le decía aquellas frases sinsentido.

Petra se subió la sábana. Se sentía incómoda al mostrarse desnuda ante él. Repentinamente, una corriente de pudor había entrado en su alcoba y se había apoderado de ella.

—Alain, no sé muy bien qué haces en Madrid. Me imagino que serás un espía al servicio de tu país, como tantos otros.

Ante tal afirmación, el francés optó por no mostrar expresión alguna y ofreció su rostro más frío e impersonal.

—El Ritz —continuó la mujer—, el Palace, el Inglés, el Iberia, entre otros hoteles, o el Lhardy, el Suizo o el Genieys entre los restaurantes, están llenos de alemanes, franceses, ingleses, italianos, serbios, rusos… personas de todas las nacionalidades. Antes del verano no había tantos. En Madrid siempre ha habido gente de otros lugares, como también en París y me imagino que en otras grandes ciudades, pero no en número tan grande como ahora. Yo me fijo mucho, ¿sabes, Alain?, mucho. Y una cosa es que sea mujer y viuda, y otra muy distinta es que me haya dejado atrapar como

una tonta.

Alain había cruzado las piernas. Quería que Petra hablara, que soltara por la boca el ogro que se había tragado y que le reconcomía la razón. De momento no iba a intervenir, no quería interrumpirla. Siguió escuchándola en silencio.

—Me extrañó mucho tu visita. El hecho de vivir sola desde hace tantos años me ha vuelto muy desconfiada. No te puedes imaginar cuántos hombres se han acercado a mí desde que enviudé. Muchos, muchísimos, y no porque sea una bella mujer, ni mucho menos. Han venido a mí por el dinero, así de aburrido, Alain, a por mi dinero. Mi marido fue un hombre muy inteligente y demostró ser capaz de multiplicar cada peseta que entraba en esta casa por muchas otras. Seguro que Jacobo Fitz-James tiene más dinero que yo —sonrió, con frialdad—, y también muchas otras familias que se relacionan con la Corte, pero yo vivo en una buena situación. No tengo hijos y no sé quién va a heredar todo esto. Por eso no me privo de nada, ¿entiendes, Alain?, de nada —zanjó, muy seria—. Pero si me extrañó tu visita, más todavía me sorprendió el interés que te despertó, y que no pudiste reprimir, que conociera personalmente a la reina Victoria Eugenia. Días después te tiré el pañuelo y lo recogiste con ansia, y aguantaste el partido de polo que se vio que no te gustó desde el primer *chukker*. A mí tampoco me gusta, en eso sí coincido contigo, pero creo que sé disimular mejor que tú. Y en cuanto pudiste —prosiguió Petra—, te dirigiste a ella y comenzaste a hablar de la guerra, de la ayuda de su país, de la crueldad de los alemanes. La verdad es que lo hiciste muy bien, Alain, muy bien. Nunca había visto a la Reina permanecer tan seria y atenta escuchando a una persona, y menos a alguien que acababa de conocer.

El francés encendió otro cigarrillo. La mujer le había descubierto, no cabía duda alguna.

—Dime, Alain, dime la verdad, ¿has venido a Madrid para conseguir que España entre en la guerra al lado de Francia?

La pregunta no era tal, sino una acusación en toda regla. Petra no la formulaba porque quisiera saber la verdad, era solo para buscar la confirmación de labios de quien hacía unos minutos se había estrenado como su amante.

Alain miró al suelo. Él había sido educado en la diplomacia, en la lícita negociación, en las leyes internacionales, no en el arte de la hipocresía, del fingimiento, de la dramatización. No sabía qué responder.

—Aunque delante de un hombre no se debe hablar de otro, no

hace falta que te recuerde que Jérôme era francés y que yo llegué a amar su tierra, que también es la tuya, Alain. También me interesé por su pasado. Y sé algo de la historia de vuestro país. Conozco el solapado odio que se tienen los dos pueblos, el vuestro y el alemán, no sé si desde siempre o más en concreto desde la guerra franco-prusiana. Jérôme me hablaba con tristeza de Alsacia y Lorena como dos pedazos de Francia robados por los alemanes; por eso es lo primero que habéis hecho, recuperar esos dos territorios, porque los consideráis vuestros.

—Petra, los alemanes están matando todos los días a miles de compatriotas míos. Han machacado Bélgica. No han respetado su neutralidad, y no exagero si afirmo que, cuando acaben con nosotros, es posible que sigan hasta España. Desde aquí las cosas se ven muy seguras. España es muy extensa y los Pirineos son muy altos; pero para esa camada de bárbaros, para esos animales, no hay montaña suficientemente grande que no puedan atravesar.

—Lo sé, Alain, lo sé. Eres francés, no puedo evitar que defiendas a tu país, incluso eso te tiene que enorgullecer, pero lo que sí te reprocho es que no me lo hayas dicho desde el principio, que hayas aceptado la invitación de esta tarde imaginando lo que te ibas a encontrar y que me hayas hecho el amor como quien da una limosna. Por eso tengo miedo, tengo mucho miedo de encariñarme demasiado contigo, en que te conviertas en alguien imprescindible para mí y que, cuando todo termine, cuando alcances tus propósitos, me abandones como se hace con los muebles viejos, con aquellos que estorban y que se han convertido en un bulto inservible, en algo que queremos perder de vista.

Se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar, con intensidad y en silencio.

El francés no pudo más y se acercó a la cama, no podía seguir escuchando impávido e indiferente lo que Petra le decía.

—Petra —la besó en la cara y en la boca, sin que ella rechazara ahora el cariño—, estoy desesperado. No puedo más. No sé cómo hacer para que tu país entre en la guerra con nosotros. Sé que eso va a costar la vida de muchos españoles, lo sé, gente que ahora vive tranquila y en paz. Pero los pueblos tienen que saber que su libertad se cimenta sobre la sangre de sus hijos; que no hay nación que no haya tenido que llorar las lágrimas más dolorosas para disfrutar de su propia identidad sin tener que vivir bajo la bota del primer invasor que tenga un ejército más poderoso que el suyo.

Se quedaron en silencio. El francés besó el rastro que habían dejado las lágrimas al bañar la cara de Petra.

—Alain, mañana mandaré recado para pedir una audiencia con Victoria Eugenia. No creas que no he pensado en todo lo que dijiste a la Reina en mi presencia, en el partido de polo, y también cada vez que tocábamos el tema, que era todas las tardes. Y lo he asumido, hoy por tu país y mañana por el peligro que puede correr el mío. Eso sí, iré yo sola, lo pongo como condición. Comprobaremos qué capacidad tiene ella para presionar a su marido. El hecho, desgraciado pero afortunado para lo que estamos hablando, de la muerte de su hermano Mauricio juega a nuestro favor. Yo no tengo hijos, Alain, ni hermanos a quienes velar en un duelo, y a mí tampoco me caen bien los alemanes, para qué te voy a contradecir. No los soporto, ni a ellos ni su arrogancia, ni su estúpido e hipócrita sentido de la superioridad con el que obran. Vamos a ver qué se puede hacer. La ocasión lo merece y no quiero tener que lamentarme mañana de que vengan cuatro bárbaros como dices y me echen de esta casa.

Esta vez Alain no se acercó ni a sus mejillas ni a su boca. En esta ocasión se limitó a tomar su mano y con la mayor delicadeza que reunió, la besó cerrando los ojos. Ahora era él quien tenía que dar las gracias, y no sabía cómo.

31

Muchas mañanas en las que el Rey se encontraba en Madrid y no tenía compromisos oficiales, aprovechaba para realizar una de las actividades que más le gustaba y que mejor practicaba: el paseo a caballo. Tenía varios ejemplares en las caballerizas y, si no llovía, se abrigaba bien y salía a pasear por los jardines del Campo del Moro, contiguos a Palacio por el oeste, antes de llegar al Manzanares; aunque otra veces se adentraba en la Casa de Campo. Normalmente iba solo. Hacía tiempo, ya mucho tiempo, le solía acompañar su mujer, pero la relación entre ellos había pasado de ser sentimental a cordial. Cada uno desempeñaba el papel que le correspondía en la Corona pero de puertas hacia fuera. En el interior de Palacio las cosas eran muy distintas. Atrás habían quedado aquellos desayunos cómplices de los primeros tiempos, las confidencias, las confesiones mutuas. Todo aquello quedó profundamente enterrado por la tragedia que se había cebado sobre la descendencia de la pareja, una descendencia llamada a ser la sucesora de la monarquía.

Sobre las nueve y media de la mañana regresó a las cuadras, donde estaba esperándole alguien con quien no contaba.

—¡Emeterio! —exclamó al ver al hombre de confianza de su Primer Secretario.

El recién llegado esperó a que su Rey se apeara del caballo, ayudado por dos mozos que corrieron solícitos a ocuparse de la yegua.

Ya en el suelo, Alfonso agarró por el hombro a Emeterio y lo apartó de la gente. Encendió un cigarrillo y ofreció uno a su acompañante.

—A ver, dime, ¿has averiguado algo? Es el tercer día que vienes a verme y todavía no me has contado nada de interés.

—Lo siento mucho, Majestad, pero es que no tengo novedades. Voy al Palace casi a diario, y no me dicen nada nuevo, por más que presiono a mi contacto —el Rey no se podía imaginar en qué consistían las presiones a Sinforoso—. El alemán sigue haciendo la misma vida de siempre. Se levanta muy temprano, desayuna y se va a la calle. Suele regresar al hotel a última hora de la tarde o, en ocasiones, casi de madrugada. Unas veces solo y otras acompañado.

—Siempre por mujeres, ¿no? —quiso el monarca que le concretara.

—Si vuelve con alguien, siempre es una mujer. No parece que

sea uno de esos enfermos que van con hombres. Siempre son jóvenes y, por lo visto, con la moral un tanto distraída, Su Majestad me entiende…

El Rey sonrió mientras exhalaba una vaharada de humo.

—Yo no quiero molestar a Su Majestad con mis visitas —supuso Emeterio—. ¿Quiere que siga realizando este trabajo?

El monarca lo miró mientras pensaba en lo que le había dicho, y recordó la angustia de Eduardo Dato al contarle que aquel hombre, haciéndose pasar por un periodista del *Lokal Anzeiger*, le había querido sobornar ofreciéndole oro.

—Dices que no tiene nada en la habitación. Nada de interés.

—Ropa, nada más. Mi contacto entra todos los días y la registra, con discreción, por supuesto.

—Dime, Emeterio, ¿tú crees que ese hombre puede ser periodista?

—¿Periodista?, no Majestad, no sé cómo será la habitación de un periodista pero estoy seguro que será un lugar de trabajo, y más si, como se supone, este hombre está en Madrid como corresponsal de un periódico extranjero. Tendría que tener periódicos nacionales, libros, fotos… algo que denote que está aprovechando el tiempo. Además, no sé si los diarios extranjeros pagarán muy bien pero, con completa seguridad, un periódico nacional no paga a sus empleados una suite en un hotel como el Palace.

El Rey asintió. Lo que le contaba tenía toda la lógica. Precisamente por ello se había apoderado del monarca el incómodo fantasma de la curiosidad.

—Quiero que sigas atento a esa persona —resolvió—. A lo mejor no con tanta intensidad pero quiero saber qué trama.

—Este señor huele a dinero, Majestad. O él, o alguien de su entorno tiene que tenerlo para gastárselo en Madrid, por tanto, tiene que estar arropado por gente poderosa.

Le dio a Emeterio un par de golpecitos en el hombro.

—Haz lo que te digo, sigue ahí. Dentro de unos días me buscas donde tú sabes —el Rey señaló con la cabeza hacia el edificio donde se encontraban las caballerizas y los garajes—, y me cuentas. ¿Te parece?

Emeterio marcó una ligera reverencia a la vez que, de palabra, cumplimentaba al monarca.

La mañana amaneció nublada y fría, muy triste. El mes de diciembre estaba a punto de entrar y la destemplanza en el

ambiente se hacía patente incluso sin salir a la calle.

Alain se había marchado a las dos de la madrugada. Después de la extraña conversación que habían mantenido, el francés le había contado un sinfín de detalles sobre la guerra, armamentos, cuadros militares... quizá demasiados datos para una mujer profana en la materia. Ella cumpliría su palabra y se comprometió a mandar recado a Palacio para solicitar un encuentro con la Reina. La condesa del Mayo era habitual en las recepciones palaciegas y Su Majestad se encontraba siempre muy cómoda con ella. Petra Domínguez, también por su matrimonio con un súbdito francés, poseía un bagaje que la diferenciaba del resto de amigas de Victoria Eugenia, únicamente versadas en los chismes de sociedad, un asunto que nunca había interesado a la Reina.

Se extrañó cuando sonó el timbre de la puerta de entrada. Miró su reloj y comprobó que eran las diez de la mañana. Las personas de servicio ya habían llegado y no esperaba visita alguna. La criada fue a abrir. Petra se encontraba en el salón, leyendo el *Heraldo de Madrid* del día anterior —los de ese día todavía no habían llegado —. Al momento, la criada apareció con un formidable ramo de lirios orientales blancos que medio tapaba su cuerpo menudo.

—Señora, acaban de traer esto para usted —anunció la mujer.

Petra intentó que no se reflejara al exterior la sonrisa interior que le produjo la vista de aquel monumento floral.

—¿Lleva tarjeta?

—Sí, aquí hay una. Si le parece, voy a ponerlas en agua.

—Perfecto, María.

Esperó a que la criada se marchara del salón para abrir el sobre. Se encontraba nerviosa y las manos, trémulas, actuaban torpes, por instinto. Al fin, consiguió rasgarlo y extraer su contenido. Era una tarjeta blanca con una letra, una sola letra escrita con pluma. La giró por si lo había abierto al revés, pero era inútil, una *T* era una *T*, se mirara como se mirara. «Una *T*. Una *T*, ¿de qué? —se preguntó con sorpresa y casi con inquietud— ¿Quién se llama así?» Pensó en las iniciales de Alain, de Santini, de Francia, del Ritz, de Madrid, de la calle Ferraz, de su nombre y apellido, de su título nobiliario. Corrió a ver el nombre de los tangos que habían escuchado... Concluyó que podía haber sido un error, que por aquella zona de Madrid vivía gente de mucho dinero, que se habían construido casas muy grandes y que el empleado de la floristería había tenido que equivocarse.

No había dejado de pensar en las flores, en la *T* que llevaba escrita la tarjeta, cuando volvió a sonar el timbre de la puerta de la

entrada. Se sobresaltó más incluso que la primera vez.

Al momento, la criada volvió a entrar en el salón con un ramo de similares dimensiones que el anterior, esta vez de gerberas rosas. En su cara se dibujaba una pequeña sonrisilla. A la sirvienta le extrañó que su señora le hubiera dado libre desde la tarde anterior. Ahora empezaba a atar cabos.

—Señora, vienen de la misma floristería, y también traen un sobre.

—Gracias, María. Déjelo en la cocina pero no lo meta en agua —ordenó la Condesa.

—¿No lo meto en agua? Pues se van a estropear.

—No lo meta, por favor, haga lo que la digo.

—Vale, vale —la criada se marchó refunfuñando porque su señora había desoído sus consejos.

Petra abrió el sobre y ahora su sorpresa se incrementó de forma mayúscula. También contenía un papel con una letra escrita. Era una vocal, la segunda. Era una *E*. «Teófilo, Teodoro, Telesforo, Te Deum —sonrió ella sola». Juntó las dos notas que había recibido e intentó adivinar su significado: *TE*, «¿Qué querrá decir *TE*, de quién será esto?»

Dejó a un lado las dos tarjetas y quiso, sin conseguirlo, concentrarse en el periódico que estaba leyendo.

El tercer timbrazo casi la levanta de su asiento. Se dio cuenta cómo el corazón le latía como si fuera a salirse por la boca y corriera a abrir la puerta de la entrada.

De nuevo, la criada entró en el salón:

—Señora, que traen otro más. También con tarjeta —añadió, antes de que se lo preguntara su jefa.

Petra miró la hora: la una del mediodía. Volvió a realizar la misma maniobra y abrió el sobre ya con un claro temblor de manos. «¿Qué estaba pasando en su vida, a cuento de qué venía ahora recibir tantos ramos de flores de un destinatario anónimo?».

La Q. La letra que ahora había recibido era la Q. Juntó las tres notas y comenzó a sofocarse. No podía ser verdad que fuera a pasar lo que se temía, lo que anhelaba, lo que era absolutamente imposible que sucediera.

Cuando empezó con el primer plato llegó el cuarto ramo, que le quitó las ganas de seguir comiendo.

El octavo lo llevaron cerca de las nueve de la noche. La mañana había empezado recibiendo un ramo con una *T*, luego otro con una *E*, después vino una *Q*, más tarde llegó una *U*, posteriormente una *I*, a continuación otra *E* para pasar después a

una *R*. La última, que iba con un generoso ramo de rosas rojas, el color universal símbolo de la pasión, era una *O*.

Se levantó de la mesa, salió al balcón y comenzó a romper las rosas tirando los pétalos uno a uno a la calle. Estallando de alegría, loca de emoción. Y pensó que sí, que si alguien la viera ahora diría que la Condesa había perdido la cabeza. «Y tendrían razón, la Condesa ha perdido la cabeza», ratificó, sin poder contener el desatado entusiasmo que la invadía y el irrefrenable éxtasis en el que se encontraba.

32

El capitán Springer disfrutaba con la buena mesa, y con los buenos vinos, y con las buenas camas de los buenos hoteles, y con las buenas y serviciales damas que podía encontrar allá donde las buscara, que era en todos los lugares. Fritz entendía la vida como un regalo efímero y, como tal, había que disfrutar desde el principio hasta el último aliento.

Por eso Fritz no se privaba de ningún lujo desde que arribó a Madrid. En consecuencia, cuando llegó el camarero con una nota en una bandeja de plata, el alemán degustaba un generoso trozo de salmón cubierto de huevo hilado y regado con un *Chateau Guirard* en el restaurante del Palace, uno de los mejores de la capital.

—Perdone que le interrumpa, señor —se disculpó el empleado —, un caballero pregunta por usted. Le hemos dicho que a nuestros huéspedes no se les podía interrumpir mientras comían, pero ha insistido tanto que nos hemos atrevido… —el hombre no sabía cómo excusarse.

—No se preocupe, ha hecho usted bien.

Fritz leyó el papel doblado. Asintió.

—Dígale que me espere en el salón. Acudiré cuando termine. Si quiere tomar algo, no le cobre nada. Apúntelo en mi cuenta.

—Gracias señor, actuaremos como indica —acató el joven, según marcaba una pequeña reverencia con la cabeza.

Al terminar de comer, Fritz se dirigió al salón y escrutó con la mirada. Desconocía el aspecto de la persona que preguntó por él, solo sabía que era un varón. Aun así se resistía a buscar al camarero que le llevó la nota. Paseó lentamente por uno de los laterales y se fue fijando en los hombres que leían el periódico, en aquellos otros que miraban a ningún lugar en concreto hasta que sus ojos se posaron en un señor muy moreno, con un bigote que le tapaba el labio superior, vestido con un traje viejo, de tonos oscuros, indefinibles, que degustaba una infusión. Se acercó hasta quedarse a su lado, de pie.

—Siéntese —invitó el hombre, en alemán y sin mirarle—. Usted es la persona a la que busco.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó secamente.

—Me habían hablado de un joven de veintiocho años, alto, impetuoso, con el pelo peinado hacia atrás y sujeto con fijador, luciendo no, exhibiendo un pequeño bigote del que se encuentra muy orgulloso —la descripción la realizaba sin levantar la vista de

la tetera que contenía una infusión humeante.

—¿Cómo puede saberlo si no me está mirando?

El extraño levantó la cabeza con parsimonia. Sonrió con una extraña mueca imprecisa, que no se podría calificar ni de saludo, ni de amistad, ni de hostilidad.

—Lo ve, he acertado.

—Puede estar equivocándose.

—Sé que no me estoy equivocando, señor Springer. Le ruego que se siente, no se lo querría repetir más veces. Aunque estemos en su hotel, hágame caso.

Fritz se sentó en el sillón que tenía enfrente, sin dejar de mirarle. Situado a su altura, el visitante se adivinaba un hombre bajito, enjuto, con una catadura extraña que le generaba cierta aversión.

—Señor Springer. Me parece que usted lleva poco tiempo en esto, yo quizá demasiado. En nuestro trabajo hay que saber ver sin mirar, entender sin oír, degustar sin probar, y tener ojos hasta en el sombrero que, junto al abrigo, se ha llevado un camarero, un joven al que podría distinguir entre mil aunque se disfrazara.

—¿Quién es usted?

—Yo soy alguien que ha venido y que pronto se irá; por tanto, mi nombre no es importante, pero si quiere, por aquello de que pueda dirigirse a mí de alguna forma, llámeme Alessandro Piscitelli.

—¿Italiano?

—Italiano, alemán, suizo, como el pasaporte que tengo en esta cartera, quizá mañana serbio, pasado turco… qué más da señor Springer, qué más da dónde uno nació.

Aquella era una visita incómoda.

—Dígame, ¿para qué ha venido a verme?

Sonrió y miró en derredor sin mover la cabeza. Sus ojos parecían tener vida propia y los giraba con presteza.

—Usted quería una mujer, ¿no es así?, quería una artista, pues aquí se la traigo.

—¿De qué me está hablando?

—Bien, Springer, bien. Le felicito, capitán. Me ha gustado esa salida suya. Si sigue así de precavido conseguirá vivir más tiempo. A mí no me conoce, y aunque me conociera, ello no sería prueba de nada. En nuestro mundo, nada es lo que parece. Bueno —continuó —, y ya que se ha hecho el sorprendido, coja usted esta carpeta. Hace unos días usted habló con von Below y con Walter en Ginebra, y les pidió una artista para un trabajo que tiene que realizar aquí, en Madrid. ¿No es así?

—Siga —fue la lacónica respuesta ante la pregunta del hombre aquel tan raro que decía llamarse Piscitelli.

—Claro, sigo. Tenga esta carpeta y ábrala.

Alessandro Piscitelli extendió el brazo y le acercó una carpeta. En el momento de la entrega, miró en derredor, ya de forma más ostensible.

Fritz la abrió y comprobó su contenido. Había varias fotos. La mujer era muy guapa, joven aunque quizá algo mayor que él. En algunas instantáneas se la veía de cuerpo entero, luciendo vestidos exóticos, como de egipcia o de odalisca. Otras eran primeros planos, profesionalmente iluminados, con distintas expresiones. Resultaba muy fotogénica.

—Se llama Kathrin Thielemann, pero su nombre artístico es Bertha. Así se la conoce. Ha actuado en numerosas salas de Alemania, y en Viena, Londres, París, Lausana y Belgrado. En San Petersburgo dicen que el Zar se enamoró de ella y que le ofreció una fortuna por conseguir sus favores. Ella, lógicamente, lo rechazó. Eso sí, con delicadeza.

—¿Sí?, ¿fue así?

—No señor Springer, no fue así. Es más, ella nunca ha trabajado en Rusia, ni en Francia, ni en Serbia. Probablemente solo haya actuado en alguna fiesta familiar o cuando era una niña en el colegio. No lo sé. Pero no hemos podido hacer otra cosa. No es fácil encontrar a una de las nuestras de garantía con los requisitos que usted pidió, incluido que hable español a la perfección. Y todo con tan poco tiempo. Se tendrá que conformar con Bertha. Sabrá hacerlo.

Fritz miraba las fotos de la mujer y después una hoja con una relación de teatros y de obras dramáticas.

—Eso que está usted viendo es la falsa trayectoria que ha seguido Bertha como actriz. Esa será la información que tendrá que manejar con mucha habilidad. No sé para qué quiere a una mujer así en Madrid. Ni lo quiero saber. Yo me he limitado solo a traerle esta carpeta.

Alessandro volvió a sonreír mientras apuraba la infusión.

—¿Cuándo vendrá a Madrid?

—Esperaba esa pregunta. La señorita Bertha le anunciará su llegada. Solo puedo asegurarle que será pronto.

—¿Pronto?

Piscitelli lo miró con profundidad. Su rostro ofrecía una expresión inanimada. Parecía haberse quedado dormido con los ojos abiertos.

—Tenemos que trabajar rápidamente, señor Springer. Cada día que pasa mueren más compatriotas en esta condenada guerra a la que nos ha obligado a entrar la decadente democracia francesa, el desastroso e incontrolado reinado de Nicolás II y las intolerables provocaciones coloniales británicas. Y nosotros, desde la retaguardia, tenemos que actuar con celeridad. ¿Está seguro de que va a tener tiempo de buscarle una buena obra de teatro para que se luzca ante… quien tenga que lucirse?

33

Petra estuvo media hora eligiendo vestido, otra media poniéndoselo y otra media terminando de acicalarse. La ocasión no merecía menos. Era una mujer habituada a acudir a encuentros nobles, con otros Grandes de España, como ella, a ser invitada a recepciones reales y a dejarse ver en lugares frecuentados por las fuerzas vivas, no solo de la ciudad sino del país. Pero tomar un té con la Reina era algo muy distinto. Después de las sucesivas y vibrantes exposiciones de Alain, Petra acabó por concienciarse de las posibilidades reales que existían de que el ejército alemán fuera el verdugo no solo de Francia sino también de España. Si las tropas del emperador Guillermo II no encontraban oposición en el país galo, si la ayuda de Inglaterra resultaba insuficiente, si, a mayores, Italia entraba al fin en conflicto junto a los países con los que tenía un acuerdo firmado, esto es, con Alemania y con el imperio Austrohúngaro, la situación de España podía encontrarse extremadamente comprometida.

Y eso fue lo que terminó por estimular el inerte espíritu de la condesa del Mayo a la hora de solicitar un encuentro personal con la Reina. Eso y, claro, Alain. Alain, «¿por qué me tendré que enamorar de franceses? —pensaba Petra, sonriendo, como una niña traviesa—, ¿es que en España no hay buenos mozos para que me enamore yo de alguno?». Alain, el detallista Alain, el hombre de los ramos de flores, que la tenía la casa convertida en una selva de colores y olores; Alain, el hombre que sonreía con gesto franco y sincero, el que inspiraba seguridad, tranquilidad, el excelente bailarín que nunca la pisaba y que se sabía muchas canciones en español, el único idioma en el que se comunicaban cuando el lenguaje era hablado. Cuando era de otra manera, ambos adoptaban el idioma universal que dictan los cuerpos y las miradas, los sentimientos puros, la compenetración callada.

Lo único por lo que ese día se había irritado la condesa del Mayo era porque María, su doncella personal, había tenido que marcharse a su pueblo durante una temporada para cuidar de su madre, que había caído enferma.

Acudió a la cita en un coche de caballos que había concertado previamente. Era un gracioso milord de madera de caoba, reluciente como si lo acabaran de pulir. Llegó a Palacio a las cuatro y media de la tarde, cuando el sol todavía no había despedido el día y ofrecía sus últimos y mustios rayos de finales del otoño. Entró por

la puerta principal y uno de los lacayos del edificio la ayudó a descender.

—Bienvenida, Condesa. ¿Me acompaña, por favor?

Uno de los ujieres la condujo hacia la zona sureste, donde los Reyes tenían sus dependencias personales.

—Me ha rogado Su Majestad que espere en la Sala Amarilla. Ella vendrá en unos minutos.

Condujo a Petra hasta una pequeña estancia que antecedía a las habitaciones privadas de la Reina. Tomó asiento sobre una banca tapizada con la Flor de Lis pero se mantuvo erguida, sin apoyarse en la pared, como procedía por el lugar y por su educación.

Tal y como le habían anunciado, transcurridos unos minutos apareció por una de las altas y pomposas puertas la reina Victoria Eugenia.

—¡Petra, querida!

La Condesa marcó una pequeña genuflexión delante de su amiga.

—Vamos, Petra, por favor —pidió la Reina, en francés, como habitualmente se comunicaban las dos amigas—, que estamos solas. Aquí no hace falta que sigamos el protocolo.

—Gracias, Majestad. Lo que sí que iba a pedirle, rogarle en concreto, era que habláramos en español. ¿No le importa?

—Pues no, Petra, claro que no —respondió algo extrañada—. Estamos en España y este es nuestro idioma. Por favor acompáñame.

Las dos mujeres atravesaron una pequeña estancia y entraron en la Sala de Té, donde se sentaron a una pequeña mesa redonda con tablero de malaquita y patas de madera dorada, estilo Luis XVI. Una doncella se acercó y recibió el encargo de lo que querían tomar.

La Condesa se fijó en el resplandeciente chatón que lucía la Reina en su mano izquierda.

—Lo primero que quería es interesarme por su familia. ¿Cómo está su augusta madre, la princesa Beatriz, después del fallecimiento del príncipe Mauricio?

—Pues te puedes imaginar. Ella ha sido siempre una mujer consagrada a sus deberes para con su familia, y todo su tiempo lo ha dedicado a nuestro padre hasta que falleció y a nosotros cuatro. Ya sabes que Leopoldo, el segundo de los chicos, está enfermo, como mi hijo Alfonso…

Se hizo un silencio espeso y desagradable.

—¿Y el infante Gonzalo? He leído que está creciendo muy fuerte, junto a sus hermanos.

—Sí, es verdad. Está muy grande y muy espabilado —los ojos de la Reina se iluminaron con el brillo de la esperanza.

—Su Majestad es una gran mujer, fuerte, como requieren los tiempos actuales.

—¡Ay, Petra, los tiempos actuales! Creo que nadie se puede acostumbrar a lo que tan bien has llamado tiempos actuales. Esta guerra nos va a matar a todos. No sé si te has enterado que ha caído Belgrado. Los ejércitos de mi suegra la han hecho suya.

—No, Majestad, no lo sabía. Tenemos que impedir que esto continúe.

—No es tan fácil. Sabes que Alfonso ha realizado gestiones diplomáticas con todos los contendientes y no ha conseguido ningún resultado positivo. Excepto Francia, Portugal y Suiza, todo el continente está regido por monarquías que, para mayor escarnio, están entroncadas entre sí. Fíjate por ejemplo la situación en mi familia, en mi casa inglesa quiero decir —especificó la Reina—. Mi madre se casó con un príncipe alemán. Como el Zar, que también contrajo matrimonio con una princesa alemana.

La conversación fue interrumpida por la llegada de Elisa Bueno, que portaba una bandeja en la que se habían dispuesto dos tacitas, dos platos de pastas, una cafetera, una jarra pequeña con leche, una tetera y un azucarero de cristal con tapa de plata.

Cuando la doncella se marchó, la Reina desveló, a modo de confidencia, la idea que le rondaba por su cabeza:

—Me voy a desprender de esta chica. No me gusta.

—Majestad, me ha parecido una sirvienta muy atenta y diligente.

—Pues no la quiero. Mañana le voy a decir que se vaya de aquí y que no vuelva jamás. Bueno, como te decía, las casas reales están emparentadas entre sí, y no ha servido de nada. Los lazos sanguíneos ya no cuentan, Petra.

—En su casa pasa lo mismo. Su Majestad el Rey, que Dios guarde, está casado con Su Majestad y es hijo de una austriaca, la Reina Madre.

—Sí, aquí también —la parquedad en la respuesta de la Reina dio a entender a Petra que había tocado un asunto complejo y desagradable. Optó por no continuar hablando de ello.

—Majestad, estoy muy preocupada por la guerra.

—¡Qué me vas a decir a mí, Petra, o a mi madre! En casa había tres varones, uno ya ha fallecido y los otros dos siguen en el frente. Alejandro es teniente segundo de la Guardia de Granaderos y a Leopoldo lo acaban de ascender a teniente del Real Cuerpo de

Fusileros del Rey. Entre unas cosas y otras, mi madre ya ha conocido el fallecimiento de su marido y de un hijo. ¡Fíjate que podría llegar a perder a los otros dos! La guerra no perdona, Petra, la guerra no perdona a nada ni a nadie.

—¿Y nosotros, vamos a seguir siendo neutrales?

—Ya sabes cuál es la postura de Alfonso y del gobierno.

—Pero el gobierno hace lo que dice Su Majestad.

—No te creas —le contrarió la anfitriona—. Dato es una persona que posee una gran inteligencia. Es un auténtico hombre de Estado y Alfonso tiene depositada en él la máxima confianza. Los dos son del mismo criterio. Y no solo ellos. Todos los días se reciben en Palacio decenas de telegramas dando las gracias al Rey por haberse decantado por la neutralidad. Petra, los españoles quieren la paz, no me cabe ninguna duda de ello.

—Pero, ¿qué ocurriría si los alemanes entran en París y continúan hacia aquí?

—Eso es imposible, Petra. Los alemanes han sido frenados en el Marne y de ahí no se han movido, incluso han retrocedido gracias a la fiereza y valentía de los franceses y de nosotros, los ingleses, que hemos corrido en su ayuda. Es impensable que los alemanes se presenten en San Sebastián. Por eso no debes preocuparte.

A Petra le pareció que la Reina abanderaba una posición inflexible, tajante y firme, como un espigón bien construido ante la fiereza del mar. Era imposible que aquella mujer persuadiera a Alfonso XIII para que rompiera la neutralidad a favor de la *Entente Cordiale* porque era ella misma la primera convencida de las bondades de la neutralidad.

—Majestad, no debemos confiarnos y deberíamos actuar ahora, no sea que luego tengamos que lamentarlo.

—¿Actuar?, ¿qué quieres decir con actuar, querida? —a la Reina le extrañaba el desmedido interés que la guerra despertaba en su amiga Petra Domínguez. Desde que había llegado a Palacio no había hablado de otro tema.

—Sí, apoyar desde ahora a las fuerzas que se están oponiendo a la barbarie alemana y austriaca —la Condesa prefirió utilizar unos términos eufemísticos.

—¿Qué España declare ahora la guerra a Alemania?

Petra asintió con la cabeza, no podía decírselo más claro.

—Ya te he dicho, querida, que la postura de Alfonso y de Dato es inflexible, y yo, en este asunto, no tengo ni qué opinar. Él es el Rey de todos los españoles y yo su esposa. O, mejor dicho, solo soy su esposa, y me corresponde obedecer. Como a todos.

Las dos tomaron un sorbo de sus respectivas tazas. Aquella pausa en la conversación supuso el fin del asunto. La Condesa sabía que ya no procedía retomar la cuestión de la guerra. La postura de su amiga no admitía duda alguna.

—Por cierto, Petra, ya que has tenido la amabilidad de venir a verme, querría contarte algo, a ver si me ayudas.

—Dígame, Majestad —se ofreció Petra, cuya cabeza solo pensaba en el fracaso más absoluto que había supuesto la gestión tan importante que le había pedido Alain. «¿Cómo reaccionará cuando se lo cuente esta noche?», pensó con desasosiego interior.

—Cada día estoy más comprometida con las labores sociales. Hay mucho que hacer en este país, que es el mío también, por el bienestar de los más humildes. Participo en un sinfín de asociaciones y soy la presidenta de muchas de ellas. Se va a crear una fundación para auxiliar a las mujeres embarazadas que no tengan dinero para pagar unos servicios médicos. Una beneficencia específica para ese colectivo. ¿Querrías estar tú en esa fundación? Me van a nombrar presidenta de honor pero necesito a alguien de confianza que esté al frente. Sería trabajar uno o dos días a la semana y se pagarían unas dietas, modestas pero que te compensarían algo tu esfuerzo.

Petra quería llorar, pero sabía que no podía mostrar esa debilidad ante la Reina. Intentó que su voz no la traicionara.

—Majestad, es un honor que penséis en mí para ayudaros. Estoy a vuestra disposición. Y, por supuesto, os rogaría que aceptarais como donativo la dieta que recibiría por ello. Con lo que me dejó mi difunto esposo vivo con holgura, y en Madrid hay mucha mujer necesitada que precisa de nosotras.

—Gracias, Petra, sabía que podía confiar en ti.

La Reina llamó con una campanilla que tenía en su mesa y al momento entraron dos doncellas. Entre Elisa y una compañera recogieron todo el servicio.

Las dos amigas prosiguieron después comentando banalidades antes de despedirse. La conversación terminó con una petición de Petra.

—Majestad, he vuelto a ver a la doncella que decís que vais a despedir. ¿Cómo se llama?

—Elisa —respondió con sequedad.

—La mía se ha tenido que marchar a su pueblo para cuidar a un familiar, y me ha gustado como trabaja. ¿La podríais mandar a mi casa para que me entreviste con ella?

—Mañana mismo, no te preocupes.

—Gracias, Majestad.

Cuando se subió al coche de caballos comenzó a llorar y no paró hasta llegar a su domicilio. Allí el portero le abrió la puerta y la ayudó a descender. El hombre se fijó en la cara de la Condesa pero no dijo nada.

Sin quitarse la ropa, sin ponerse cómoda, sin hacer otra cosa más que lo único que deseaba realizar en ese momento, Petra Domínguez se tiró sobre su cama y continuó llorando. Un gemido silencioso, lento pero atormentador.

A las nueve de la noche sonó el timbre de la puerta. Petra sabía quién era mucho antes de que alguien franqueara la entrada al visitante.

Alain Santini la esperaba sentado en uno de los sofás del salón. La cara de Petra, descompuesta y quebrada como si llevara días sin dormir, era la respuesta a la pregunta que iba a formularla.

—Lo siento, cariño. Lo siento.

Cayó en sus brazos pero no como otras veces, para recibir sus besos de amante excitado y sus caricias apasionadas. En aquella ocasión lo único que Petra deseaba era expiar las culpas de su fracaso. No consiguió lo que pretendía. Sus intenciones se habían topado con la dureza y hermetismo de una puerta sellada. No quería engañarse, no había posibilidad alguna de hallar una sola rendija que permitiera albergar una mínima esperanza. «Los enfermos desahuciados tienen más que yo» —pensó la Condesa.

Minutos después, cuando se hubo calmado y se sentía con ánimo para poder hablar, Petra relató pormenorizadamente el curso de la entrevista que se había celebrado en Palacio hacía unas horas.

—Entiendo —fue la única respuesta del francés. Fría y cortante, como sus bríos.

El francés repasaba las yemas de los dedos de su mano izquierda con el pulgar derecho, en un sentido y en otro. Varias veces. Le costaba trabajo mirarla. En el otro lado del sillón, a kilómetros de distancia de él, se encontraba una mujer, una buena persona que albergaba unos sentimientos de culpa que solo él había provocado. Si no hubiera llegado a su casa con las intenciones con las que llegó, a Petra jamás la habría asaltado la sensación de resonante fracaso que ahora la embargaba.

—Alain, quiero que sepas que he hecho esto porque he querido. Lo único que has hecho tú ha sido hacerme ver algo que tenía delante de mí y que no había sido capaz de entender hasta que tú

has llegado. Daría mi vida porque España entrara en la guerra al lado del ejército que busca la paz y que quiere erradicar la barbarie y la injusticia —la locuacidad de Petra sorprendió al amante, que era incapaz de sostener la mirada. Él también se sentía un fracasado —. Te agradezco mucho lo que has hecho por mí, Alain. Mucho. Hoy soy una mujer distinta, más comprometida y concienciada.

La mujer se levantó y se arrodilló frente a él.

—Por favor, te lo suplico, necesito que me perdones.

La pasividad del francés no fue interpretada por Petra como indiferencia ni reproche sino como cortedad. Por ello se tomó la libertad de invadir el espacio personal del hombre a quien más quería. Interrumpió el nervioso jugueteo que se traía con la mano y la agarró envolviéndola entre las suyas.

—Alain, bésame, por favor. Bésame.

El francés la miró por primera vez desde hacía varios minutos. No había sido capaz de posar sus ojos sobre aquellas dos grandes ventanas que Petra tenía abiertas para él. Impasible, mortificado, incapaz de asumir el segundo fracaso que había cometido desde que llegó a España comisionado por el primer soldado de su país, el general Joffre.

—Por favor.

Se acercó y la besó en la mejilla.

Ella buscó su boca pero él la esquivó y prefirió abrazarla con fuerza creciente.

Fue el momento en el que ella rompió a llorar, pero esta vez con un llanto sonoro, hiposo, desgarrado, sincero, el que brota del alma y se exterioriza sin formalismos, sin pudor, con naturalidad.

34

El telón tuvo que subir cuatro veces más. La función había terminado y el elenco de actores se encontraba alineado para saludar al público que se había congregado aquella tercera noche. *Los claveles rotos* vivía una nueva presentación ante el auditorio madrileño, uno de los más exigentes a los que se podía enfrentar un empresario teatral y su cuadro dramático. A los aplausos iniciales siguió la bajada del telón pero, ante la insistencia de la entusiasmada concurrencia, el director de escena ordenó a los actores que volvieran a salir para corresponder a los vítores de los asistentes. Después hubo una segunda, más una tercera…

De entre todo el público que esa noche se hallaba en el teatro había alguien que aplaudía con especial interés. Al hombre le había encantado la obra pero especialmente, muy especialmente, le había gustado la actriz Julia Alcalá, pero no su interpretación, ni la dicción de sus palabras, ni el manejo de los silencios. Con lo que había disfrutado era, indudablemente, con su presencia, con sus volúmenes, con las expresiones de su cara y, lo más importante, con la expectativa que se abría esa noche, justo esa noche.

Había visto *Los claveles rotos* dos días antes con Victoria Eugenia, y le había gustado, pero como le gustaban otras muchas representaciones teatrales —el Rey era un gran aficionado a las candilejas—. Lo que realmente le había entusiasmado de la obra era su primera actriz. No recordaba haber visto antes a Julia Alcalá. Su porte, su encanto, su pícara sonrisa había avivado el interés nunca dormido del monarca por las bellas mujeres. Por eso le había pedido a Pepe Saavedra que hiciera gestiones y que le reservara el mejor palco de La Comedia.

Alguien llamó a la puerta del camerino de Julia. La asistente de la artista franqueó la entrada a un empleado del teatro.

—Dile a la señorita Julia que en cinco minutos va a venir Su Majestad el Rey. Le ha encantado la obra y quiere felicitarla.

La actriz, que en ese momento se estaba desmaquillando, se quedó helada al escuchar las palabras de aquel hombre que hacía de emisario.

—Vamos, quítame esta bata y ponme la otra —mandó a la criada—, la de flores verdes, y acércame el cepillo de púas, y esos algodones. Y también el cepillito de las cejas.

La sirvienta corría de un lado para otro dentro del pequeño camerino, cumpliendo las órdenes de su jefa, que se encontraba

muy nerviosa y especialmente mandona.

—Y ahora vete —le ordenó, cuando se vio ante el espejo como quería—. Quédate por algún lado de la entrada, por si te necesito, pero cuando venga Su Majestad no quiero que estés aquí.

Julia no paraba de mirarse ante el espejo y de moldearse el pelo con ambas manos. Cuando volvieron a llamar a la puerta, se separó un poco las solapas de la bata para dejar asomar un amplio y sonrosado escote.

—¡Adelante! —autorizó, intentando que su voz sonara firme y tranquila.

—¿Me permite? —pidió el Rey, desde el umbral de la puerta.

—Por supuesto, Majestad, adelante.

El metro ochenta del monarca, muy sonriente, vestido con su gabán negro con cuello de ante, y portando en una mano el sombrero hongo y en la otra el bastoncillo que utilizaba con frecuencia, se acercó al lugar donde se encontraba la actriz.

—He querido venir a felicitarla en persona por su interpretación. Me ha parecido más adecuado que enviarle mañana un ramo de flores con una tarjeta, ¿no cree? —preguntó, mientras tomaba la mano de la actriz para besarla. Simultáneamente, Julia flexionó las rodillas en señal de respeto.

—Vamos, vamos, Julia, aquí estoy en calidad de humilde espectador, no de Rey de España, no quiero protocolos.

—Es para mí un honor que haya venido a ver mi obra más de una vez en tan poco tiempo.

—Creo que no me cansaría nunca de ver sus interpretaciones.

El Rey se fijó en que, junto al espejo y a la silla de la actriz, había una vacía. Preguntó si podía sentarse.

—¡Majestad, está usted en su casa!

Iniciaron una animada conversación en la que ambos contertulios hablaban afablemente y escuchaban con interés. El monarca se interesó por su carrera profesional, por el lugar donde había empezado a actuar, sus primeras obras, su llegada a la capital.

—Veo que tienes una muy dilatada experiencia, Julia.

—Empecé muy pronto, Majestad. Vivo esta profesión desde que nací y creo que no va a haber nadie que me baje de las tablas de un teatro.

—Lo haces muy bien, pocas veces había visto a una actriz interpretar mejor.

—Es para mí un honor que usted me diga eso, Majestad.

—Julia, estamos en privado. Fuera de aquí soy tu Rey, pero en

este camerino y en el lugar adonde te voy a llevar a cenar, quiero que me llames Alfonso.

—¿En el lugar adonde me va a llevar a cenar? —curioseó, extrañada.

—Si aceptas, claro. Me gustaría que esta noche cenaras conmigo. Te llevaría a un sitio que espero que te guste y del que te lleves un magnífico recuerdo. ¿Vienes entonces?

—Lo que usted diga —fue la rápida respuesta de la actriz.

—¿Perdón, cómo has dicho? —preguntó de nuevo el monarca, con sonrisa bribonzuela.

Julia tardó unos instantes en entender la intención de la última pregunta. Después de comprenderla, sonrió y respondió de nuevo:

—Lo que tú digas.

—Bien, te espero en el vestíbulo. No tardes en cambiarte —demandó, mientras se levantaba de la silla—. Ahí afuera soy tu Rey, y no es bueno hacer esperar a un Rey.

A los dos minutos de haberse puesto en marcha el Mitchell, la pareja ya se estaba besando en el asiento trasero. Julia Alcalá había oído hablar de la reputación del Rey y sabía muy bien lo que hacía cuando subió al vehículo con la única compañía de Alfonso XIII.

Llegaron al Palace pero el chófer aparcó en la calle Duque de Medinaceli, una entrada más discreta que la principal, que daba al edificio del Congreso de los Diputados.

Un empleado del establecimiento les abrió la puerta y les guió hasta la entrada.

—A la derecha tiene Su Majestad el ascensor.

—Lo sé, gracias —la resuelta afirmación del monarca indicaba que era conocedor de los recovecos del segundo hotel más importante de la ciudad.

—¿Pero no íbamos a cenar?, ¿no fue eso lo que me dijiste? —jugueteó Julia, entretanto era besada de nuevo por el Rey, que parecía que acababa de aprender y no quería dejar de practicar la fascinante experiencia de besar a una bella mujer.

—Ahora verás —la susurró junto al oído.

Al llegar al último piso caminaron hasta una puerta de doble hoja que se abría al fondo. Era la Suite Real, la estancia más importante del Palace.

—¡Qué maravilla! —fue la espontánea expresión de Julia, que nunca había entrado en una habitación hotelera de tales dimensiones.

—¿Te gusta?

La mujer paseó embriagada por la moqueta artísticamente

tejida, con los brazos abiertos y dando vueltas sobre sí. Después se acercó a otra doble hoja que estaba cerrada. Sabía lo que era.

—¿Puedo?

—¡Claro, es tu habitación también!

Julia jamás había visto una cama como aquella. Se sentía embriagada sin haber probado una sola gota de alcohol.

—Dame un momento.

El monarca se quitó el abrigo y dejó el sombrero sobre el piano de cola que ocupaba una de las esquinas. Se dirigió a una mesita y agarró el teléfono.

A los diez minutos dos camareros del hotel subían a la pareja una enorme mesa con ruedas llena de manjares. Un tercero portaba un cubo con hielos y dos botellas, una de *Cheval Blanc* y otra de champán.

Cuando se quedaron solos, los ojos de la actriz no paraban de viajar de plato en plato: Una sopera, una fuente de oca con peras, otra de *sole meunière*, una ensaladera tapada, un frutero de tres pisos y una fuente con bollería.

—¿Empezamos? Se nos va a quedar frío —comentó el monarca.

Ella le agarró por el cuello y lo besó con la delicadeza que él quería.

—Nos conformaremos con los bollitos, que no se quedan fríos.

Parecía que Fritz había nacido para el oficio que estaba desempeñando desde hacía unos meses. Mientras desayunaba en el restaurante del Palace captó la conversación de tres camareros que, con gesto desenfadado, cuchicheaban entre sí. Entendió que eso era indicativo de algo de interés, y tenía que averiguar de qué se trataba.

—¿Va a querer más café, señor? —le preguntó uno de ellos, cuando el alemán levantó la mano para demandar su atención.

—Por favor, le agradecería que me trajera otra taza. Pero, antes de que vaya a por ella, he visto que usted y sus compañeros están muy risueños. Me imagino que el movimiento de un hotel con la importancia de este ha de generar muchas situaciones… distintas, ¿no?

—Pues sí. Este trabajo tiene momentos duros, pero también otros para comentar y reírnos entre los compañeros.

—Lo que hablaban parecía muy divertido. ¿Me podría decir de qué se trataba? —inquirió el alemán.

—Son cosas de otros huéspedes, señor, ya sabe lo de la

discreción.

—¡Por supuesto, claro!, lo entiendo —Fritz optó por adular al camarero—. Es usted un gran profesional. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Mi nombre es Sinforoso Fernández, para servirle.

—Bien, Sinforoso, bien. Le agradecería por tanto que me trajera el café que le he pedido y me alegro que este hotel tenga personal tan profesional y tan discreto.

—Gracias señor —correspondió el camarero mientras se encaminaba hacia la cocina.

Cuando el empleado regresó con una bandeja sobre la que un café humeante desprendía un intenso y penetrante aroma, Fritz volvió a la carga.

—Gracias, Sinforoso, Me imagino que lo que comentaban ustedes era lo que se dice en Madrid.

—Madrid es muy grande, y seguro que se dirá de todo.

—Me refiero a algunas visitas que recibe este hotel, gente que no siempre entra por la puerta principal.

Sinforoso sonrió.

—Señor, ya le he dicho que no puedo decir nada de otros huéspedes.

—Gracias, Sinforoso.

—Que aproveche, señor. Le dejo que siga con su desayuno.

35

Nada más terminar de desayunar, Fritz fue a la recepción y pidió una máquina de escribir.

—Necesito redactar unos informes comerciales —explicó al empleado que le atendió.

—No se preocupe. ¿Va a necesitar también una secretaria? Tenemos un acuerdo con una muchacha, muy eficiente. No le costará más de dos reales la hora.

—No gracias, va a ser muy poco. De hecho, se la devolveré en dos o tres horas. Le agradecería que me subieran también varias hojas y papel carbón.

Media hora después Fritz comenzaba a trabajar con ayuda de una reluciente Underwood. Tras varias pruebas había terminado su trabajo antes de la una del mediodía. Lo leyó y se sintió orgulloso de cómo había quedado. Metió las dos hojas en la carpeta donde guardaba las fotos de Bertha, y sacó todas las anotaciones y recortes que le habían servido de base para su trabajo. Se abrigó y salió a la calle.

Caminó hasta llegar al final de la calle Atocha y subió por ella hasta el cruce con la calle León. Dobló a la derecha y, en el número 11, encontró su destino.

—Quiero ver al dueño —pidió, exigió, nada más entrar en la imprenta.

No le hicieron esperar mucho tiempo. Un hombre calvo, algo achaparrado, con unas lentes redondas muy finas y cubierto con un guardapolvo grisáceo, se acercó mirándole directamente a los ojos.

—¿En qué puedo servirle?

—Vengo a encargarle un trabajo.

El impresor le hizo pasar a un despacho separado del taller por una cristalera formada por pequeños cuadrados transparentes que escalaba hasta el alto techo.

—Necesito que realice el cuadernillo de una actriz, una actriz extranjera —matizó.

Fritz extrajo de la carpeta que le acompañaba varias fotos de Kathrin Thielemann, conocida artísticamente como Bertha. Después, siguió con una serie de recortes para terminar con las dos hojas que acababa de mecanografiar en su habitación del Palace.

—¿Qué es, como una presentación de la artista?

—Es la presentación profesional de la artista —confirmó el capitán Springer—. Yo soy su representante.

El hombre levantó con pesadez la vista de los papeles.

—Ya, su representante... —repitió las palabras de Fritz—. Son ustedes alemanes.

—Ella sí es alemana. Yo soy suizo.

—Suizo... —el hombre parecía dudar—. ¿Y qué quiere exactamente?

El espía alemán comenzó a explicar con todo detalle qué era lo que deseaba. Mientras, el gerente de la imprenta apuntaba con un lapicero y sobre un papel las instrucciones recibidas. Al finalizar, el hombrecillo se quedó pensativo.

—¿Algún problema?

—No, no hay ningún problema, señor. Estoy calculando el tiempo que voy a tardar y el precio al que le puede salir cada ejemplar. ¿Cuántos querrá?

—Doce.

—¿Doce?, ¿solo doce? No hacemos tiradas tan cortas. Lo mínimo son cien.

—Dígame el precio total y cuándo los tendrá.

Ayudado por el reverso del mismo papel, comenzó a echar cálculos, sumas, restas y anotaciones que Fritz no llegó a entender y que solo consiguieron ponerlo nervioso. Le cargaba aquel hombre tan lento.

—Cuarenta y tres pesetas con doce céntimos los cien. No puedo bajarle nada. Le repito que es una tirada muy corta.

El alemán lo miró en silencio. Se acarició el bigote con la ayuda de los dedos pulgar e índice de la mano derecha.

—¿Cuánto tiempo tardará?

—En una semana lo tendrá listo. Necesitaré una señal del cuarenta por ciento del importe total. Déjeme que calcule cuánto es.

Antes de que el impresor comenzara de nuevo a echar cálculos, Fritz volvió a hablar.

—Y si le doy ahora cien pesetas, ¿a qué hora me paso mañana a por ellos?

El gerente volvió a mirar los papeles que le había dado el desconcertante cliente que tenía enfrente, un hombre que tenía demasiadas prisas y mucho dinero, malos consejeros para los trabajos lícitos; pero cien pesetas en un día era una cantidad desorbitada que no podía rechazar. Ya había cargado las cifras en el presupuesto que le había dado, por tanto, y con el ofrecimiento último, el negocio que estaba a punto de cerrar conllevaba unos beneficios desproporcionados.

—Venga mañana sobre las seis de la tarde y se lo tendré

preparado señor…

—Señor. Llámeme señor. Sin más. Y ahora, ¿le importaría darme un recibo por los veinte duros que le voy a entregar? Ya sabe, es para la contabilidad —ironizó, mientras se echaba mano a la cartera para entregarle la cantidad acordada.

36

El viaje en el sudexpreso había resultado más cómodo de lo previsto. Alain Santini había salido de la estación del Norte de Madrid a las diez de la noche y al mediodía ya había llegado a su destino, después de haber realizado el correspondiente transbordo de tren en Hendaya motivado por la diferencia del ancho de vías entre las españolas y las francesas. La capital francesa vivía unos días de contenido optimismo. El Presidente y el gobierno habían decidido regresar a París después del éxito de la batalla del Marne. El general Gallieni, responsable de la defensa de la ciudad francesa más importante, ya no iba a estar solo.

Alain no quiso ir a la casa de sus padres, que se encontraba vacía porque su madre y sus cuatro hermanas, tanto las tres casadas con sus hijos como la soltera, se habían mudado a Antibes, una población costera próxima a Niza, donde la familia poseía un magnífico chalé de dos plantas muy próximo al mar. La ambigua posición de Italia, que seguía declarándose neutral, provocaba que esa localidad francesa fuera todavía un enclave seguro. El diplomático prefirió alojarse en un sencillo y discreto hotel ubicado en la rue Favart, muy próximo a la avenida Víctor Hugo.

Aquella primera noche que pasó en París aprovechó para salir a pasear por la ciudad que lo vio nacer. A pesar del frío reinante en aquellas fechas próximas a la Navidad, la calle mantenía la animación que Alain recordaba, aunque con un público bien distinto. Además de veteranos de la guerra de 1870 que exhibían en la solapa la cinta verde y negra, también se veían, sobre todo, a mujeres. La mayoría vestidas con ropas oscuras, muchas de ellas de negro. A su lado, algunos hombres caminaban ayudándose de muletas o sentados en sillas de ruedas. Otros andaban con miembros superiores envueltos en vendas, cuando no era la cabeza la que lucía una especie de turbante blanco, producto del trabajo de alguna enfermera mañosa. El tráfico rodado también se había incrementado desde la última vez que estuvo en la capital: coches de punto, vehículos particulares y pequeños camiones componían un paisaje urbano que, durante varios meses, había desaparecido de las calles. Y como música habitual, las marchas militares. No había café que no hiciera sonar un gramófono con la melodía que mejor podía levantar la moral de una población en guerra.

Alcanzó la margen derecha del Sena, cerca del Louvre, y descubrió a lo lejos la Torre Eiffel, y no porque fuera capaz de

apreciar su metálica estructura sino por los reflectores que se habían instalado en ella a diversas alturas, igual que en otros muchos edificios parisinos. El gran peligro de la noche lo provocaban los zeppelines alemanes, los emblemáticos ingenios de la portentosa maquinaria bélica teutona. El del Káiser no era el único país que contaba con ellos, pero sí el que tenía mayor número y, además, los de mayor tamaño. Algunos llegaban a alcanzar los veinticinco mil metros cúbicos de volumen.

El gélido frío de la noche había paralizado la capacidad de pensamiento de Alain. Pero no hasta el punto de olvidar que había fracasado, que su estancia en Madrid se había cerrado con dos sonoros y rotundos fiascos diplomáticos, la carrera a la que consagraba su vida. La primera decepción vino con la entrevista con Romanones. El político liberal no iba a presionar ni al Rey, ni a Dato —que era de tendencia conservadora—. Si Álvaro de Figueroa hubiera sido el presidente del Consejo de Ministros es posible que la situación hubiera sido otra, pero no era el caso.

El segundo fracaso ocurrió a pesar de la desinteresada ayuda de Petra, ahora a muchos kilómetros de él. Se había despedido de ella a media tarde del día anterior sin decirle ni cuánto tiempo iba a permanecer en Francia, porque no lo sabía; ni qué iba a hacer en la capital francesa, porque no lo podía contar. Junto a una de las balaustradas de piedra que servían de barandillas ante el Sena, Alain recordaba los besos tan tristes que se dieron en la despedida, cargados de incertidumbres y de dudas sobre el momento del próximo encuentro. «No te puedo escribir, Petra, no me lo pidas porque no puedo hacerlo —le rogó en el recibidor, minutos antes de marcharse de su casa—, pero te prometo que sabrás de mí, que no te voy a dejar y que regresaré a Madrid, regresaré a tu casa y subiré los peldaños de dos en dos, de tres en tres, para verte cuanto antes».

Se ajustó el cuello del abrigo y regresó al hotel. Al día siguiente iba a ver a alguien en quien tenía también depositadas muchas esperanzas para que presionara al Rey de cara a la entrada de España en la guerra a favor de la *Entente Cordiale*, la alianza por la que morían todos los días infinidad de compatriotas suyos.

La infanta María Eulalia era la hija menor de la Reina Isabel II de España, por tanto, era tía de Alfonso XIII. Llevaba diez años establecida en París y Alain conocía muy bien cuál era la razón del distanciamiento entre el lugar que la había visto nacer y donde se encontraba la mayor parte de su familia: Madrid. Su carácter,

díscolo y aventurero, divergía del de su sobrino o del de su hermana, la infanta Isabel, con quien nunca llegó a tener la relación que se supone ha de existir entre dos personas que han compartido la infancia. También su agitada vida sentimental y las amistades que frecuentaba en público no encajaban con las costumbres familiares, más dadas a mantener las formas ante los demás.

Alain sabía todo eso, y muchas más cosas sobre ella y las relaciones verdaderas que mantenía con su alejada —y no solo por kilómetros— familia, en concreto con Isabel, su hermana mayor. Pero tenía que intentar mantener un encuentro con ella.

Por su profesión, el diplomático francés sabía que María Eulalia vivía en un convento dada su precaria situación económica, motivada por el ostracismo al que la tenían confinada. Concretamente en uno regentado por la madre Dolores Lóriga. Como a tantas otras personas, la conocía personalmente de su estancia en Madrid, y más en concreto, del día de la boda de su sobrino, aquel horrible treinta y uno de mayo de 1906, fecha que quedó grabada en su mente y que jamás olvidaría, cuando escuchó, en la calle Mayor y desde una de las carrozas en la que se dirigía a Palacio, el estruendo de la bomba que lanzó Mateo Morral y que estuvo a punto de cambiar el curso de la historia española y, quién sabe, si también de la europea.

—Vengo a ver a María Eulalia de Borbón —dijo a la mujer que le abrió la puerta. Expresamente omitió añadir título alguno al nombre.

Le hicieron esperar en una salita de reducidas dimensiones, muy austera y monacal, donde solamente había tres bancos corridos muy cortos. El resto del moblaje lo completaba una mesita de esquina con una lámpara sucia y una vieja pantalla. Las paredes carecían de cuadros u ornamentos; solo estaban enlucidas con una capa de pintura blanca que el tiempo había tornado marfileña.

Los quince minutos que esperó a la infanta se le hicieron mucho más largos que el viaje en tren desde Madrid. Percibió a María Eulalia muy desmejorada y mucho más delgada de lo que la recordaba. Los cincuenta años que había cumplido en febrero se le habían quedado incrustados en los pliegues de su cara, llena de pequeñas arrugas que la aviejaban en exceso. El semblante de su rostro, y en concreto el de la boca, fuerte y apretada, correspondía al de una anciana. Poseía un cierto aire de mujer abstraída y algo malhumorada.

—Alteza, es para mí un honor que me hayáis podido recibir —cumplió Alain, a la vez que marcaba una reverencia.

—Por favor, señor Santini, esos cumplidos son para otra época, otra persona, otro lugar… hace mucho tiempo que no tengo ese tratamiento.

—Alteza, que yo sepa, usted conserva las mismas prebendas que mantiene toda la familia del Rey de España.

Eulalia lo miró y estuvo a punto de echarse a reír. Había ido a visitarla un profesional de la diplomacia, de eso no cabía duda; lo que la ponía más en cuarentena era que esa persona supiera la situación real en la que ella se encontraba.

Alain prosiguió en francés, idioma que ella dominaba a la perfección por haber vivido exiliada en París desde los cuatro a los doce años, junto a su madre y sus hermanas.

—No sé si recordará Su Alteza el breve encuentro que mantuvimos en Madrid, en la boda de su sobrino.

—Si le digo la verdad, señor Santini, no me acuerdo. Fue un día marcado para todos. Sobre todo para él.

—Lo dice usted por el atentado anarquista —coligió el francés.

—No, lo digo por la boda. Lo del atentado, al fin y al cabo, no afectó a los novios sino a todos los pobres desgraciados que murieron por protegerlos. Me refiero a que mi sobrino jamás se tenía que haber casado con aquella mujer que solo le ha traído desgracias. No me extraña que, a su manera, se esté vengando.

La cara de Alain era el reflejo exacto de la vacilación. No sabía a qué se refería la tía del Rey.

—Señor Santini, no sea ingenuo. Todo Madrid sabe que mi sobrino es un mujeriego, que no se cohíbe en meter en su vida a toda hembra que se deja. Claro, que hace bien. ¿Tiene un cigarrillo?

—Sí, claro, Alteza.

—Una pitillera muy bonita —comentó, después de extraer uno —. Por cierto, no me llame Alteza; mi nombre es Eulalia, y me gusta más que ese alias. De tener un alias, preferiría que fuera como el que pusieron a mi hermana Isabel, *La Chata*.

—Lo de su hermana es un sobrenombre que la ha puesto el pueblo, pero Alteza no es un alias, es el tratamiento que le corresponde.

—Es el tratamiento que corresponde a alguien que ejerce de ello, pero a mí, ya me ve. ¿Cree usted que mi vida, aquí, en París y en esta residencia, es igual que la del resto de mi familia?

Alain empezaba a pensar si había sido una buena idea haber ido a visitar a la infanta.

—Mi sobrino no me puede ver, y mi hermana Isabel tampoco. No puedo esperar nada de mi cuñada, la reina María Cristina. Y la

otra Reina, o la una, no lo sé, Victoria Eugenia, casi ni me conoce. Bastante tiene con montar a caballo, patinar sobre hielo, fumar como si fuera un mozo de cuerda, maquillarse como una actriz de teatro, tener hijos enfermos y cubrirse los dedos de anillos. Así están las cosas en mi familia, *monsieur* Santini.

La sonrisa irónica y extemporánea de Eulalia no podía ser más reveladora. Aquella mujer se encontraba fuera del mundo en el que le correspondía estar. Se hallaba perdida y sin identidad. Alain había oído hablar de su agitada vida sentimental, de su matrimonio triste, negruzco —todos los asistentes, incluidos los novios, fueron de luto por el reciente fallecimiento de su hermano Alfonso XII— y sin amor, una unión por tanto condenada al fracaso desde el mismo instante en que el sacerdote bendijo el forzado enlace. Después, una lógica separación del marido, sus viajes al extranjero, sus numerosos amantes.

—¿Ha visto, *monsieur*, lo terrible que está resultando esta guerra?

Sin proponérselo, la misma infanta había entrado en la materia que Alain deseaba tratar.

—Alteza, por favor, déjeme que la llame así, me siento más cómodo. La guerra está resultando una auténtica carnicería. Yo creo que todos los ejércitos falsean las cifras de bajas que ofrecen a la opinión pública, porque la población no asumiría la realidad.

—¿Usted cree? —preguntó la infanta.

—Sí, estoy convencido de ello.

—Entonces no podemos creer todo lo que estamos leyendo. Se habla de los alemanes como auténticos ogros. Lo que dicen que han cometido en Bélgica es falso, es una calumnia. Conozco al pueblo alemán y sé que son unos caballeros.

Alain no contaba con escuchar de labios de una infanta española una afirmación exculpatoria como aquella.

—Invadieron un país que no les había declarado la guerra. Actuaron como verdaderos chacales sobre la población civil belga.

—No, eso no es así —le corrigió la infanta—. Me han contado que el paso por Bélgica iba a ser pacífico pero que una parte de la población empezó a increparlos, a hostigarlos sin motivo. De ahí que tuvieran que defenderse.

«¿Pero qué está diciendo la desgraciada esta? —fue lo que pensó el francés pero se tuvo que callar—, ¿quién diablos la ha informado de esa manera?»

—La actitud de los alemanes ha sido inhumana, cruel, despiadada. Solo han salido de sus fronteras para sembrar el terror

—el tranquilo semblante de Alain iba transformándose a medida que avanzaba la conversación.

—A lo mejor lo que usted está diciendo es verdad, pero también puede ser por otro motivo.

—¿Perdón?, no entiendo a Su Alteza.

—Es posible que tenga razón y que sea así, que la actitud de los alemanes sea tan sanguinaria como dice. Pero puede obedecer a una razón distinta de la que apunta usted. Es posible —continuó Eulalia en el mismo tono lineal y desapasionado con el que se expresaba, como si todo aquello fuera algo lejano y no estuviera sucediendo a pocas decenas de kilómetros de donde se encontraban— que los alemanes se empleen así para ganarse el odio y el temor de sus adversarios y así llegue la rendición lo antes posible.

Alain no podía creer lo que estaba oyendo. «¿Quién la habrá engañado?».

—Es una manera de terminar antes la guerra, ¿no le parece? Usted, como diplomático, sabrá que una guerra es lo peor que puede sucederle a un país; pero yo añadiría que si es mala siempre, es todavía peor si esta es larga. Está claro que mi amigo el emperador Guillermo II no había contado con la oposición militar francesa. Nunca antes este pueblo se había mostrado tan unido y con un sentimiento patriótico tan marcado. Ha sido una sorpresa para todos.

—Perdón, ¿ha dicho su amigo el emperador Guillermo II?

—Sí, el Káiser. Es muy amigo mío. Me ha invitado en numerosas ocasiones a su castillo de Wiesbaden.

El francés lo había oído a la perfección, otra cosa era que no le gustara lo que había escuchado de labios de la infanta de España. «Si presume de ser amiga del asesino de los franceses, esta mujer y yo no tenemos nada más que hablar», concluyó Alain.

—Alteza, es para los franceses un honor que hayáis elegido una ciudad como París para vivir una situación tan difícil como la actual. Os damos las gracias por ello y quiero ofreceros toda mi ayuda si necesitáis algo de mi gobierno. Eso había venido a decirle.

—Gracias, *monsieur* —resolvió Eulalia, mientras apuraba el cigarrillo que le había ofrecido aquel diplomático que la había visitado sin, para ella, una razón aparente.

Alain se habría encontrado mucho más cómodo si pudiera llorar. Pero la rabia, la incapacidad, la impotencia y el estupor le impedían derramar una sola lágrima. Al salir a la calle sintió mareos y tuvo que sentarse en el primer sitio que encontró: el bordillo de una acera. Se tapó la cara con sus manos y se hundió en su propia

desesperación. No estaba extrayendo nada positivo de sus contactos, de su capacidad profesional, de todo lo que estudió y para lo que se había formado. «Puede que mi padre tenga razón —vaciló, abatido—, me tenía que haber dedicado a la milicia. Es posible que así, ahora, estuviera muerto sobre un campo cualquiera, caído por el desafortunado azar de una bala disparada por un desconocido, tan desconocido como los que yo hubiera matado antes».

Cuando levantó la cabeza se encontró con la imagen de una madre que caminaba con dos niños. Los tres iban de negro. Negro, el color del que se había vestido París, Francia, Europa. «Casi toda Europa —puntualizó Alain para sí—. En España todavía no saben lo que hay detrás de ese color».

37

La Cava Baja era una de las calles más transitadas de Madrid, tanto por vehículos tirados por animales como por automóviles. La razón estribaba en que era donde se concentraba el mayor número de fondas y de casas de postas de la ciudad. Situada a escasos metros de la porticada plaza de la Constitución, también contaba con numerosas tabernas donde servían comidas.

La Isidra era uno de los establecimientos con más arraigo de la zona, en el que se conjugaban los olores a vino y a torreznos con los de las bestias y la alfalfa de las caballerizas próximas. Pequeño, rectangular, la barra la formaban varias lajas de mármol blanco y las paredes habían sido forradas de espejos donde se podía leer el precio de las consumiciones.

El hombre miró la hora y comprobó que la persona con la que había quedado estaba retrasándose.

—¡Niño! —chilló Emeterio, mientras daba una palmada sobre el mármol—. ¡Ponme otro chato!

No había llegado a dar un sorbo a la segunda consumición cuando vio entrar por la puerta al hombre que estaba esperando.

—¿Qué ocurre, que ha habido mucho asesinato hoy y por eso te has retrasado? —bromeó, a modo de saludo.

El comisario Alfredo Peris le dio la mano con efusividad. Fue un apretón fuerte entre dos hombres grandes, de tamaño, de timbre de voz, de estatura, y también de perspicacia.

—Vamos a sentarnos, vengo casi corriendo —suplicó el policía.

Los hombres rieron con complicidad. Cada uno tomó su vaso y brindaron por el encuentro.

—Bueno, ¿qué tal van las cosas por el Regio Alcázar, como llama el *ABC* al Palacio de Oriente? —preguntó Alfredo, ya en un tono más serio.

—Regular, para qué voy a decirte lo contrario.

—Lo dices por la relación entre los Reyes.

—Entre ellos y con la Reina Madre —completó—. Es una mujer muy difícil. Sabe lo que es estar sola al frente del país. Y eso es duro, Peris, muy duro. Yo le tengo un gran cariño y respeto. Se lo ha sabido ganar.

—Lo sé, Emeterio, sé que la aprecias mucho, siempre me lo has dicho, pero, francamente, yo no la querría como suegra.

—¡Ni yo!, ¿quién va a querer como suegra a una mujer tan absorbente con su hijo? Te lo digo casi como si fuera un secreto,

pero en muchas ocasiones hijo y madre se encierran en una habitación, los dos solos. Se dice que el Rey tiene importantes crisis de ánimo, y que se queda sin voluntad. Sabes que el monarca la adora, y eso lo está viviendo, padeciendo más bien, su esposa, la Reina, que se ve sola, que debe preguntarse todos los días qué diablos hace en Madrid. Además, lo de la guerra no ha hecho sino agravar la situación. Dicen que cuando se reúnen para desayunar, o en las comidas, la tirantez se hace desagradable hasta para el servicio. Sí, Alfredo, lo que se interpone entre los dormitorios de la pareja real ya no son dos estancias, sino dos millones. Duermen a pocos metros uno del otro pero cada uno está en su mundo —remató Emeterio.

El policía miró al camarero y le señaló los dos vasos, que se habían quedado vacíos.

Emeterio y Alfredo Peris se conocían desde hacía muchos años. Los actos protocolarios que se celebraban en Palacio, así como en otros lugares de la capital, provocaban que tuvieran que colaborar. Pronto nació entre los dos una cercana relación de confianza que rebasó el ámbito profesional. Solían reunirse para tomar unos chatos y charlar, como lo estaban haciendo en ese preciso momento. Ambos sabían que, después de la tercera ronda, o de la cuarta, la discreción abandonaría la mesa para situarse en algún lugar de la Cava Baja, en el exterior de la taberna, no dentro de la conversación.

—¿Y qué tal está la vida policíaca de nuestro Madrid?

—Cada vez peor —accedió el policía—. La culpa la tienen los automóviles.

—¿Los automóviles?, ¿qué estás diciendo? —quiso saber Emeterio, sorprendido por el juicio de su amigo.

—Son fuente de una gran cantidad de accidentes. La gente no sabe llevar esos trastos, que corren mucho, y no son fiables. Muchas veces los volantes no responden, los frenos se rompen, los ejes se parten... y eso provoca accidentes, y esos accidentes provocan muertes. Algún día los prohibirán, ya lo verás.

Mientras seguía con el vaso en la mano, Emeterio siguió preguntando.

—¿Y algún crimen que haya quedado sin resolver? Venga, Alfredo, sabes que esas cosas me gustan.

Después de pensar durante unos instantes, el policía recordó el que aconteció el mes anterior, aunque oficialmente se había cerrado el caso como si de un suicidio se tratara.

—¡Qué me dices! —exclamó Emeterio, después de que Peris le

relatara detenidamente todo lo sucedido desde que se encontró el cuerpo de Enriqueta hasta que interrogó a su compañera de trabajo y amiga—. ¿No crees que fuera un suicidio?

—No, ni hablar. Yo no sé cuál es la conducta de un suicida —confesó el policía—, pero sí sé cuál no es; y aquella mujer, por lo que me dijeron sus padres, su compañera en el trabajo y a la vez amiga, y su jefe, era una mujer feliz, una de esas personas que se pone el mundo por montera y que le da igual el qué dirán y lo que la gente piense de ella. Se debía acostar con quien quería, vestía muy bien para ser una limpiadora y siempre estaba risueña, vamos, razones suficientes para que la odiara todo el mundo. Dime Emeterio, ¿tú crees que una mujer así se tira por el Viaducto?

—¿Y no sabes quién pudo ser?

—Pues no. Vamos, sí, pero no sabemos dónde puede estar. El principal sospechoso es un hombre con quien se fue a la salida del cinematógrafo, pero su amiga no le llegó a reconocer. No fue capaz de darme una descripción válida para ponernos a investigar. Nada, imposible —zanjó Peris.

—Entiendo —concedió Emeterio.

—Bueno, yo te he contado algo secreto, ahora te toca a ti. A ver, qué pasa en Palacio que no se sepa en la calle Bailén.

Emeterio bebió otro trago, quizá para tomar fuerzas.

—Yo estoy con un trabajo que me ha encargado Su Majestad, directamente.

—Venga, cuenta —le animó el policía, que se acercó más a su amigo, para evitar que este tuviera que elevar la voz.

—No sé por qué razón, no me la preguntes porque la desconozco, Su Majestad tiene mucho interés en saber qué hace en Madrid una persona que se aloja en el Palace.

—¡Caray!, rico tiene que ser ese hombre.

—Mucho, ya que ocupa una de las suites del piso superior.

El policía no reprimió un silbido, sorprendido.

—Quiere que sepa qué hace en Madrid, como te digo, y con quién va, en qué ocupa su tiempo...

—¿Y qué hace?

—No lo sé. Tengo un contacto dentro del hotel que me está informando. El extraño hace todos los días lo mismo: se levanta temprano y después del desayuno se marcha hasta última hora de la tarde, incluso la noche. A veces sube con una mujer.

A Alfredo Peris casi se le nubla la vista cuando escucha eso.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

—Que sube con alguna mujer que conoce por ahí —Emeterio no

sabía por qué estaba repitiendo aquella frase—. He preguntado y no siempre son putas. Parece ser que es un tío muy bien vestido, con mucho dinero, que habla el español con soltura, vamos, un golfete. Yo le he visto en alguna ocasión, cuando he ido a primera hora para ver adónde iba, pero enseguida se me ha despistado. A veces con chófer y otras sin él, toma un automóvil y se pierde por las calles.

—Ya... —Peris se quedó mirando su vaso de vino, pensativo y sin levantar la vista.

—¿Qué te pasa, Alfredo, te encuentras bien?

—Sí, no es nada. Ya sabes, que siempre anda uno pensando. Este de policía es un trabajo que ocupa las veinticuatro horas del día. Aquí no se libra ningún día de la semana, ni los domingos —sonrió sin poder ocultar la inquietud que le habían provocado las últimas palabras de Emeterio, el hombre mejor informado de los que trabajaban en Palacio.

38

La Navidad estaba a punto de hacer su entrada en la capital de España. Las calles se notaban más animadas y el tráfico era el reflejo natural de que aquella era una época distinta. Pero Fritz no estaba en Madrid para disfrutar de unas fiestas que no iban con él. Había llegado para ejecutar un trabajo muy concreto que estaba retrasándose más de lo que le gustaría.

Durante los últimos días había visto una gran parte de las funciones teatrales que se representaban en Madrid. Hasta hubo algún día que acudió a dos escenarios distintos. Se trataba de saber qué era lo que había en cartel y dónde podría encajar Bertha, la actriz que trabajaba para los servicios secretos alemanes y de la que le había hablado el reservado Alessandro Piscitelli. Después de sopesar las distintas alternativas que se le ofrecían, eligió el teatro Apolo, situado en la calle Alcalá, contiguo a la iglesia de San José. Inaugurado hacía más de cuarenta años, era uno de los coliseos más antiguos de Madrid y un lugar de referencia nacional tanto en el ámbito lírico como en el teatral. «El lugar perfecto», dedujo el alemán.

Acompañado de una carpeta bajo el brazo, Fritz llegó a media mañana y preguntó a una mujer que estaba de hinojos limpiando el vestíbulo, frotando el suelo con un cepillo de raíces.

—¿El gerente? Espere un momento que voy a avisarlo —le pidió la señora, impactada por el aspecto del alemán. Por la calidad del abrigo y lo resplandecientes que brillaban los botines del desconocido, aquel no era un representante cualquiera, alguien que quisiera poner publicidad en el telón cinemático o un cobrador más. Intuyó, incluso, que era una visita que esperaba el primer ejecutivo del teatro.

Le recibió un hombre grueso, vestido con chaqueta negra y plastrón granate, demasiado pomposo e incómodo para estar trabajando. Nadie podía negar que aquel era el despacho de un empresario teatral. La pared estaba tachonada de fotos de artistas: María Tubau, Leocadia Alba, Luis Manrique... junto a un calendario del año en curso lleno de anotaciones. Los objetos eran diversos y parecía que se habían escapado de alguna función, por lo variopintos que resultaban: una caja fuerte *Gruber*, un armarito medio abierto por el que asomaban unos planos enrollados, un perchero con varios sombreros pero ningún abrigo, tres paraguas tirados por el suelo...

—Me llamo Leonardo Rubiales, soy el gerente del Teatro Apolo. ¿Teníamos cita concertada?

—No, no la teníamos pero los dos somos personas que valoramos el tiempo y no estamos para perderlo en absurdos preámbulos y protocolos estúpidos. ¿Le importa que me siente?

—Por favor —Leonardo se había quedado impresionado por la fuerza demostrada por el desconocido—. Por el acento, veo que usted no es español. ¿De dónde es?

—Ya lo ha dicho usted, le felicito por su perspicacia. Efectivamente, no soy de aquí —respondió, cortante.

—¿Y de dónde es, si puede saberse?

—De otro sitio, señor Rubiales, de otro sitio.

El empresario miró a Fritz. No le gustaba aquella persona a pesar del irrefrenable magnetismo que irradiaba y del dinero que rezumaba.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Vengo a hablarle de una actriz.

—¿Usted es representante de actores? Si es así, le diré que el procedimiento que tenemos establecido en el teatro no es este, comprenderá que no haríamos otra cosa si recibiéramos a todos los representantes que vienen a vernos. Para que tomemos en consideración a sus representados, tiene que enviarnos por correo…

—Pare, señor Rubiales, pare —Fritz levantó la mano, ordenando al empresario lo que tenía que hacer—. No soy representante de actores, como dice usted. No exactamente. Soy representante de una actriz, de una en concreto.

—¿Y a quién representa usted?

—Su nombre artístico es Bertha.

—¿Bertha? —en un primer momento, aquel nombre no significaba nada. Lo volvió a preguntar, también en voz alta— ¿Bertha? ¿Bertha qué más?

—Insisto que su nombre artístico es Bertha. Ella tiene otro nombre, lógicamente, pero le gusta que la conozcan aquí como la conocen en toda Europa.

—¿En toda Europa? El Apolo, *La Catedral*, es un teatro serio que contrata a sus actores después de superar un riguroso proceso de selección. El público viene aquí a presenciar las mejores obras de Madrid, y eso nos obliga a ser muy exigentes.

—Veo que he acertado, señor Rubiales. Por eso estoy aquí, porque Bertha solo actúa en los mejores escenarios. Perdone que me sorprenda, pero me extraña demasiado que no conozca a una actriz de su renombre internacional. ¿Lleva usted muchos años como

gerente de este teatro?

La contundencia y seguridad que emanaban las palabras de Fritz hicieron dudar al empresario teatral. «Bertha, Bertha —intentaba recordar Leonardo—, ¿de qué tengo yo que conocer a la tal Bertha?». Sin esperar respuesta, el alemán continuó con su estudiada ofensiva.

—Por si acaso usted no la recordaba, le he traído información de ella, de su carrera profesional y unas cuantas fotos, para que haga memoria. No piense en actrices de cine. Bertha es pura, no se ha adulterado con ese estúpido invento del cinematógrafo.

El espía alemán abrió la carpeta y mostró a Rubiales el cuadernillo que había recogido el día anterior en la imprenta de la calle León. El empresario comenzó a leer la filiación de la supuesta actriz y los teatros donde había actuado: el Balbo de Turín, el Comedy Theatre de Londres, el Burgtheater de Viena o el Teatro di San Carlo de Nápoles. Se incluían igualmente los nombres de numerosas obras, tales como Die Räuber, Ifigenia en Táuride, Frühlings Erwachen o La morte civile. Leonardo Rubiales conocía los teatros y las obras, pero seguía sin tener idea alguna de quién demonios era Bertha. Pero, abrumado por aquel torrente de datos tan precisos, terminó por claudicar. No quería seguir pecando de ignorante.

—La verdad es que el nombre de Bertha me resulta familiar. Es posible que lo haya visto asociado a veces a los nombres de otros actores o actrices, y de ahí mi pequeño despiste.

—Sigue despistado, Rubiales, Bertha no acompaña a otros actores o actrices, como usted dice. Es al revés, ellos o ellas son quienes acompañan a mi representada. Ella es una gran estrella de dimensión internacional y, como usted muy bien sabe, mejor que yo incluso, está habituada a que los actores mediocres quieran sacar partido de haber tenido el honor y la suerte de haber trabajado con ella.

—Claro, claro. Pero, en cualquier caso, dígame ¿qué puedo hacer yo por Bertha?

—¿Por Bertha? Pues está muy claro, señor Rubiales, quiero que la contrate.

—¿Qué la contrate? Eso es imposible, por lo menos hasta el otoño del año próximo. Ya tenemos cerrada toda la programación y, salvo sorpresas, no vamos a alterarla.

—Eso no puede ser. Ella necesita actuar en España y no hay mejor teatro que el suyo. El Apolo de Madrid es un lugar tan renombrado que en todo el mundo se identifica tan solo al decir su

nombre.

—Pero, ¿por qué necesita actuar en España? Eso no lo entiendo señor… todavía no me ha dicho su nombre, caballero.

—Otto Bräutigam. Le voy a explicar, Rubiales; y usted, que es un hombre inteligente, lo va a saber valorar inmediatamente. Bertha ha actuado en numerosos países europeos pero nunca antes en España. Ella va a llegar a Madrid en breve porque a mediados de enero se embarcará en un vapor rumbo a la Argentina. 1915 será un año muy ajetreado para esta gran actriz. Tenemos previsto que actúe en Buenos Aires y después en Montevideo, para volver a subir a un barco en ruta a Nueva York, donde actuará desde abril hasta el verano. Como ve, no vamos a parar.

—Y con todo eso, ¿qué tiene que ver nuestro teatro?

—Por favor, le suponía más ingenioso. Va a iniciar su gira en ciudades de habla hispana, y para que cale lo antes posible entre el público necesitamos acreditar que ha estado actuando en el mejor teatro español. Ya sabe usted lo que se venera en América Latina la imagen de España. No hace falta que se lo recuerde. Además, tenemos que aprovechar el hecho de que la gran actriz habla perfectamente su idioma.

—Entiendo, señor Brau…

—Bräutigam. Sé que mi apellido no es fácil de pronunciar para un español.

—De todas maneras, y aun entendiendo perfectamente su interés, ¿qué podemos hacer nosotros? Le repito que la programación está cerrada.

—No me hable de esas cosas, Rubiales, no me ponga pegas. Hoy en día están ustedes representando *Las amapolas verdes*, y la primera actriz es Mercedes Pardo. Pues la solución es muy sencilla.

El empresario se encogió de hombros. Fritz no sabía si no entendía lo que le decían o no lo quería entender.

—Lo que quiero es que quite a Mercedes y ponga a Bertha.

—¡Eso es imposible, señor Braunigan! —exclamó el empresario, vivamente sobresaltado ante la proposición escuchada y sin saber pronunciar bien el nombre de aquel engreído representante.

—Bräutigam.

—Bueno, señor Otto, eso es imposible. Este teatro no ha hecho nunca eso, solo se sustituye a una actriz en caso de fuerza mayor. Mercedes Pardo es una artista de primera categoría, sin entrar en comparaciones con Bertha, y nosotros cumplimos nuestros compromisos igual que exigimos que los actores cumplan los suyos.

Fritz se recostó sobre la butaca. Aquel hombre se lo empezaba a

poner difícil.

—Esto no le va a costar —el espía alemán acababa de disparar su último proyectil—. Ella ha ganado mucho dinero con el teatro y está dispuesta a sacrificarse con tal de poder reseñar en su trayectoria que ha trabajado en el Apolo. Además, es muy caprichosa, como la mayoría de los actores, y se ha empeñado en trabajar aquí. Bertha le va a reportar unos sustanciales ingresos.

Rubiales consideraba que la entrevista no programada estaba durando demasiado. Todo lo que le decía aquella persona, desconocida, altiva y vanidosa, era demasiado extraño y distinto de lo que significaban los conductos habituales. Optó por darle una respuesta evasiva. Quería que ese alemán —supuso, por el apellido — se marchara de su despacho lo antes posible.

—Vamos a hacer una cosa, señor Brantigan, me va a dejar su dirección de Madrid y, si veo alguna oportunidad de encajar a su representada en la programación, me pondré en contacto con usted de forma inmediata. Para nosotros también sería un honor que Bertha actuara en nuestro teatro.

Después de darle su tarjeta, Fritz salió a la calle satisfecho, muy satisfecho. Inconscientemente, el impresionable Leonardo Rubiales le había dado la clave fundamental para conseguir su objetivo.

No tenía tiempo que perder. El alemán encaminó sus pasos hacia la calle del Prado. Próxima al Ateneo se ubicaba una pequeña tienda de libros cuyo dueño le había atendido en alguna ocasión y con quien había charlado animadamente cada vez que lo había visitado.

—¿Tiene libretos de obras de teatro?

Las cosas no podían ir mejor. Cuando Bertha llegara a la capital iba a encontrarse con todo lo que necesitaba para trabajar, incluido el texto de la obra de teatro *Las amapolas verdes*. «Seguro que en Madrid será donde ofrezca la mejor representación de su vida», pensó maliciosamente.

39

En la anodina e impersonal habitación del hotel en el que se encontraba alojado, Alain Santini contó cada una de las horas de una madrugada que se le hizo la más larga de toda su existencia.

Harto de dar vueltas sobre el lecho, de levantarse para beber agua, de volver a rotar sobre sí en la horizontalidad de su propio desasosiego, Alain sudó, aunque no sentía calor; tembló, aunque no pasaba frío; le pareció que su garganta se había quedado seca, aunque no sufría sed; quería morirse, aunque tenía que pagar la condena de vivir.

Se levantó a las siete de la mañana y se encaminó al cuartel donde se encontraría con Marcel Hervé, ya que le había escrito a Madrid para informarle de su nuevo destino en París. El diplomático no tenía a nadie más en el mundo con quien confesarse, con quien hablar sin tapujos, sin rodeos, con quien, llegado el momento, poder llorar con tranquilidad y descanso. Era su amigo del alma, el hermano que sus padres no le dieron.

No podía creer lo que le acababan de decir en su acuartelamiento. Su amigo Marcel se encontraba ingresado en un hospital para enfermos convalecientes, para paliativos.

«Marcel, amigo mío»

El camino hasta el Boulevard des Italiens le pareció el sendero del terror. Las tiendas se encontraban cerradas, los escaparates vacíos, los establecimientos de comerciantes alemanes apedreados, quemados y saqueados, las mujeres de negro... La ciudad se asimilaba a un macabro decorado de cine.

En la recepción preguntó a una mujer que se hallaba detrás de una sucia y vieja mesa de madera.

Subió dos pisos y entró en una sala inmensa, donde las camas se alineaban, una a una, enfrentadas entre sí. Alain calculó, someramente, que allí había más de cuarenta pacientes. Preguntó a una enfermera de la *Sainte Croix*.

—Venga conmigo —le pidió la mujer.

El trecho que recorrió hasta llegar a la cama de su amigo era una sucesión de desgracias. Aunque quería mantener la mirada al frente, sus ojos le fueron traicionando y así saltaban de cama en cama donde, envueltos en unas vendas en ocasiones y en andrajos en otras, los soldados inertes consumían los últimos momentos de vida que sus cuerpos todavía tenían la crueldad de ofrecerles, todo ello bajo el fuerte y mareante olor a formol.

La enfermera se detuvo a los pies de una cama y se volvió hacia el recién llegado. Leyó con atención lo que habían escrito en una tablilla sujeta a los barrotes del piecero. Después, miró a Alain y se acercó a su oído. Al escuchar el diagnóstico, el diplomático cerró los ojos. «¿Por qué no seré capaz de llorar?» —se maldijo.

Pidió hablar con el paciente.

—Busque una silla y siéntese cerca de la almohada. Procure no fatigarle.

Marcel Hervé, el amigo de la infancia de Alain Santini, el compañero de juegos, confidente de secretos de adolescencia, el portador de la sabia opinión y el consejo inteligente, yacía sobre la cama con la cara tapada con una venda grasienta que solo le dejaba libre la boca y las fosas nasales. El resto del cuerpo estaba cubierto por la sábana que actuaba de horma de su cuerpo, de su cuerpo incompleto. Así, el diplomático distinguió, sin la esperanzadora duda que buscamos cuando no queremos reconocer la realidad, que a su amigo le faltaba una pierna, la derecha. La respiración del capitán era tranquila y sosegada. Tenía los brazos por fuera de la manta y, muy despacio, agarró la mano izquierda del enfermo.

—Marcel, ¿me puedes oír?

La boca del postrado mostró una mueca. Alain primero supuso que era de sorpresa, pero luego se convenció que era de alegría.

—¿Truhan?

—Sí, Marcel, soy tu truhan. Soy Alain.

La mano del diplomático fue presionada con fuerza. Marcel fue llevando, muy poco a poco, la otra mano hacia donde se encontraba la de su amigo. Entre las dos, la envolvió con fruición. La cabeza del postrado se giró levemente, como si estuviera mirándole a través de aquel macabro vendaje.

—¡Alain! ¿qué haces aquí? —la voz de Marcel sonaba débil, frágil, al igual que un objeto delicado a punto de resquebrajarse— ¿Qué haces en París?

—He venido para realizar unas gestiones. He ido a tu regimiento…

—Y te han dicho que estaba aquí, ¿no? —las palabras fluían con lentitud, contadas, silabeando en ocasiones y deletreando en otras —. Pero no estuve todo el tiempo en París, como te podrás imaginar.

Alain se levantó de la silla y se arrodilló en el suelo, puso su cabeza junto a la de su amigo. Con suavidad, abrazó la cabeza de Marcel.

—Dime lo que te ocurrió.

—Fue hace dos semanas, truhan. En Morhange. Cuando el gobierno ordenó el abandono de Burdeos y el regreso a París, cuando te envié la carta. A muchos de nosotros nos enviaron al frente, de refresco. Había compatriotas que no habían regresado a sus casas desde que empezó esta guerra atroz.

Alain estaba asistiendo a una lección de paciencia. No quería terminarle las frases y esperaba a que fuera Marcel quien las completara. Quería alterarle lo mínimo.

—Fue al tercer día de vivir en esas miserables trincheras. Nos atacaron con un gas que no conocíamos. La mayoría de los compañeros murieron en el acto, asfixiados y quemados. Yo me encontraba en la segunda línea y eso me salvó la vida. Además, los *boches* aprovecharon una racha de viento favorable y nos masacraron.

Alain hacía un esfuerzo por dibujar la cara completa de su amigo debajo de la venda que la tapaba. Buscaba el semblante de Marcel, sus expresiones mientras relataba la tragedia que vivió y que le condujo a la situación actual, pero era incapaz de traspasar aquella máscara mortuoria que llevaba puesta.

—Tardaron horas en ir a por nosotros —prosiguió, igual de despacio—. Al principio solo oía los lamentos de los camaradas. Tenías que haber oído sus gritos, truhan, sus chillidos, sus lamentos, sus lloros, sus oraciones… Después ya no se escuchó nada más que el sonido de las bombas al impactar a nuestro alrededor. Yo quería que cayera una a mi lado, para que me matara. Pero no tuve suerte, la que cayó no me mató, solo me arrancó una pierna.

El diplomático le apretó la mano. Quería que le contara, anhelaba que el capitán descargara aquellas horrendas impresiones que le acompañaban, que le machacaban la mente y que se le aparecían delante de sus ojos aunque estos se mantuvieran cegados.

—Esta guerra la tenemos perdida, truhan.

—No digas eso, Marcel. Ni los alemanes, ni los austriacos, ni los turcos, ni los italianos que se unieran a ellos van a ser capaces de doblegarnos. Somos muchos y somos mejores: los franceses, los ingleses, los rusos, los belgas, los serbios…

—No te engañes, Alain, no te engañes ni me quieras engañar. Están mucho mejor entrenados que nosotros, llevan preparando esto desde hace años. Tienen mejor armamento, armas más sofisticadas, y son muchos. Son demasiados, truhan. Acabarán exterminando Francia como han hecho con Bélgica.

—Ya verás como no va a ser así, siento contradecirte, señor capitán de infantes. Muchos trabajamos en otros frentes.

—¿En otros frentes? No sé qué frentes son esos pero me gustaría estar en ellos. Tienen que ser más cómodos que el que conozco yo, donde solo hay olor a carne quemada y a pólvora, solo chillidos y lamentos. Rezos y silencios. Donde hasta el aire sabe a muerte…

De golpe, Marcel soltó la mano de su amigo y la pegó junto a su cuerpo. Se hallaba demasiado fatigado para hacer ver al diplomático su punto de vista. Mientras, Alain vio pasar de reojo una cama que era empujada por una enfermera. Llevaba un volumen completamente tapado por una sábana. Volvió a mirar el cuerpo de Marcel y se fijó de nuevo en el hueco que dejaba en la cama su miembro amputado.

—Marcel, tengo que marcharme. Me esperan unas gestiones.

El paciente se limitó a asentir con la cabeza.

Antes de abandonar la sala, Alain volvió a escuchar los sollozos y quejidos aislados de los militares. Hombres en lo mejor de su vida que, con suerte, estaban viviendo sus últimos días.

40

Había recibido el telegrama el día anterior y, como siempre, Fritz Springer no había perdido el tiempo. Lo primero que hizo fue hablar con el camarero con el que había establecido más relación: Sinforoso Fernández.

—Está a punto de llegar a Madrid una de las mejores actrices europeas. Viene de camino a América, donde va a actuar en los principales teatros, y también va a trabajar aquí en la capital. El nombre de la sala y el título de la obra, de momento, son datos confidenciales —matizó el espía alemán cuando lo abordó en el restaurante, nada más recibir el telegrama—. Necesita una asistenta que la ayude en el camerino. Ya sabe usted, cosas de actores, tenerle preparado el vestuario, los maquillajes, arreglar el pelo... ¿Conoce usted a alguien de confianza?

Cuando el alemán le informó de lo que estaba dispuesto a pagar, el empleado del Palace encontró la solución inmediatamente.

—¡Un duro diario! —se sorprendió, levantando la voz más de lo que debiera un camarero—. Se lo diré a María —afirmó con rotundidad.

—¿A María, quién es María?

—Mi esposa, es una mujer muy hacendosa. Sabe planchar, nos corta el pelo a todos, entiende de pinturas de las que se echan las mujeres por la cara, remienda que es un primor...

Después de apalabrar los servicios de la mujer del interesado y materialista Sinforoso Fernández, al capitán le apeteció caminar y aprovechó para dar un largo paseo. La estación del Norte se encuentra cerca del río y, desde el Palace, supone una buena distancia. Al llegar, Fritz se sumergió entre la marea de personas que recorría el vestíbulo buscando a los pasajeros que llegaban en cualquier convoy o despidiéndose de aquellos otros que partían hacia el norte de la Península. Con ellos, los empleados de la estación formaban una amalgama de cuerpos cada uno con un destino concreto pero que, vistos desde arriba, donde se situaba un mirador sobre las vías, parecían hormigas descontroladas sin destino aparente. El alemán bajó en el ascensor y se situó al nivel de los andenes.

Bertha llegó con media hora de retraso. El alemán solamente la conocía por las fotos que le había entregado Piscitelli y que había utilizado para buscarle acomodo en la cartelera madrileña, de momento sin resultado. Fritz, acostumbrado al mundo y a moverse

en ambientes distinguidos desde bien pequeño, se quedó impresionado cuando la vio llegar. El alemán distinguió de lejos la figura de una mujer que caminaba con paso firme, marcial, enfundada en un abultado abrigo de piel blanca de amplio cuello. La cabeza la llevaba tocada por un pequeño gorrito y el conjunto lo remataban unos zapatos cerrados, también blancos, con un tacón que demostraba que aquella mujer, además de ser actriz, también era equilibrista. Detrás de Bertha el alemán contó hasta cinco mozos de estación que acarreaban bultos de distintos tamaños.

Fritz se quitó el sombrero y se acercó a ella, con decisión.

—Bertha, bienvenida a Madrid —cumplimentó, en alemán.

Ostensiblemente, la mujer le acercó la mano para que el hombre se la besara. Este la tomó con delicadeza y posó sus labios sobre el guante de cuero que la abrigaba.

—Gracias, Otto. ¿Podemos marcharnos? —planteó la actriz, también en el mismo idioma y mientras retiraba la mano de la cara del alemán—. Estoy muy cansada.

—¿No hiciste el viaje en coche-cama?

—Claro que fue en coche-cama, pero eso no quiere decir que no esté cansada. A mí me gustan las camas. También para dormir —precisó, irónicamente, en tanto esbozaba una discreta sonrisa de medio lado—. ¿Te puedes encargar del equipaje? Yo voy a buscar un coche para mí. Espero que me tengan lista la habitación.

—¿Dónde te vas a alojar, Bertha? —preguntó Fritz, elevando la voz pues la mujer ya estaba camino de la salida.

—En el mismo hotel que tú —respondió, sin girarse para contestar.

El alemán miró a los cinco mozos que aguardaban órdenes. No sabía qué hacer. Nadie le había dicho que tuviera que adoptar el rol de secretario de la impostora actriz.

—Vosotros, ¿qué hacéis ahí? Vamos, agarrad las maletas y los dos baúles y buscad unos coches de punto para que los hagan llegar al Palace. Tomad —les dio una peseta a cada uno que fue agradecida con gesto de satisfacción y servilismo por parte de los empleados de la estación, que no estaban acostumbrados a recibir propinas tan espléndidas.

—¡Bertha! ¡No estoy aquí para ser tu criado! —bramó el alemán, ya en la habitación de la actriz, en la última planta del Palace.

—Tú estás aquí para hacer lo que yo te diga, que no se te olvide.

—El jefe de esta misión soy yo —ladró el espía.

La mujer se acercó al hombre y se sitúo a escasos centímetros de él.

—¿Seguro?, ¿y tú también vas a ser quien se acueste con él?

El hombre titubeó en la respuesta. Vaciló visiblemente.

—Tú tienes que hacer tu parte.

—Y tú la tuya, y si yo soy la actriz y tú eres mi representante, a ver, responde, ¿quién tiene que encargarse del equipaje?

Tenía razón. La mujer tenía razón, pero el capitán Springer no estaba dispuesto a dársela.

—Tú harás lo que yo te diga.

—Eso se verá, Otto. Por cierto, ¿por qué elegiste un nombre tan simple? Solo los tontos se llaman Otto —resolvió con la decisión que siempre movía sus actos—. Además, Bräutigam es un apellido de origen judío. No sé por qué haces esas cosas tan raras.

La mujer se dirigió hacia la cama y tiró con desgana el abrigo de piel sobre el lecho. Desde que la había visto en el andén, Fritz estaba deseando contemplar el cuerpo de la actriz sin la ocultación que suponía la incómoda y nada sugerente segunda piel que la cubría.

Su cara era algo redondeada, con una nariz respingona que sobresalía sobre una faz lisa, unos pómulos bien moldeados y armónicos con la lindeza de sus rasgos, y unos ojos almendrados negros, como el color de su pelo corto, pegado con fijador y peinado con raya a un lado. Poseía un cuerpo rectilíneo, menudo. La mujer se volvió y los ojos del alemán se pegaron a sus pechos como una lapa a una roca. Bertha se dio cuenta.

—¿Qué miras, nunca antes has visto a una mujer? —espetó, desafiante.

El sonido del teléfono interrumpió la tirante conversación que mantenía la pareja.

—Sí, súbanlo inmediatamente. Por cierto, ¿cómo es posible que hayan tardado tanto en traer el equipaje desde la estación?

Colgó el auricular con fuerza, sin esperar respuesta.

—No puedo entenderlo. ¿Sabes si han venido andando? —ironizó la mujer.

Cuando se marchó el último de los camareros que subieron el bagaje, Bertha lanzó una orden al que parecía ser el jefe del grupo de empleados que había entrado en su habitación:

—Quiero que en dos horas suban dos doncellas para que se encarguen de todo esto —con los brazos abiertos señaló las maletas y los baúles que se encontraban diseminados por la moqueta—. Ahora mismo no porque tenemos que trabajar mi representante y yo.

Al escuchar estas palabras, a Fritz se le abrieron unas

expectativas muy definidas. «¿Dos horas? —elucubró el espía, con malicia—. Bien, se ve que a esta mujer le gustan los trabajos bien hechos, con buenos prolegómenos, extensos en su duración y con apoteósicos finales».

Bertha abrió su bolso y encendió un cigarrillo con un mechero de nácar. Fritz también prendió uno, algo desencantado porque esperaba que la que iba a ser su compañera de misión le ofreciera uno.

—Bueno, vamos a trabajar —sentenció, mientras tomaba asiento en el otro sillón que tenía la habitación.

—¿A trabajar?

—Sí, Fritz, a trabajar. A ver, ¿en qué teatro voy a actuar?

—En el Apolo. ¿Has oído hablar de él?

—No. Ya sabes que nunca me he subido a un escenario profesional, solo hice algo de adolescente. Es más, a mí lo que me gusta es el cinematógrafo, aunque no haya estado jamás delante de una cámara. ¿Cuándo debuto?

—No lo sé todavía.

Bertha pegó un brinco y se levantó con furia del sillón.

—¿Cómo que no lo sabes?, ¿qué estás diciendo?

—Bueno, he establecido contacto con el gerente del teatro...

—Me da igual con quién hayas hablado. Yo tenía que tener ya, ya mismo —remarcó, visiblemente irritada—, fecha de debut. No sé qué has estado haciendo en Madrid, además de acostarte con putas, me imagino.

—No te consiento que me hables así.

—Hablo como me da la gana.

Fue hasta el bolso y volvió a tomar otro cigarrillo que encendió sin reparar en que el anterior todavía permanecía humeante sobre el cenicero. Respiró con fuerza y lo miró con severidad máxima.

—Dime cómo se llama la obra que voy a interpretar.

—*Las amapolas verdes*. Tengo el libreto. Tampoco podía acelerar el proceso, tienes que aprenderte el guión, y son muchas páginas —Fritz intentaba buscar una excusa—. No sé cuál es tu capacidad de aprendizaje.

—¿Mi capacidad de aprendizaje? —Kathrin Thielemann levantó el mentón y lo miró desde un plano superior, a pesar de medir menos que su interlocutor—. ¿Dónde está ese libreto?

—En mi suite. ¿Quieres venir a conocerla?

—Ya estás tardando Otto, ya estás tardando —consultó su reloj de pulsera y le ordenó, desafiante, como siempre que hablaba la actriz—. Espero que con cinco minutos tengas más que suficiente

para traer el libreto a esta habitación.

Fritz se quedó paralizado. No soportaba que una mujer le diera órdenes, nunca antes le había sucedido.

—¡Vamos, espabila! —gritó la mujer, dando una sonora palmada.

El alemán, irritado y humillado, se levantó presto y se dirigió hacia la puerta.

Bertha curioseaba el libreto solo con el ojo izquierdo, pues el humo de su cigarrillo se había convertido en una columna que ascendía con inusitada verticalidad hasta clavarse en el derecho y forzar su cierre. Fritz la contemplaba desde su sillón. El rostro de concentración de la mujer no hacía sino incrementar su deseo. Los brazos de la espía eran largos y delgados, pero con la musculatura justa para besarlos desde el codo hasta las muñecas, «como todo su cuerpo» —imaginó el alemán.

—Bien, esto es muy sencillo —concluyó, al cabo de unos minutos.

—¿Sencillo? Pues es el papel de la primera actriz.

—Será la primera actriz, y ya veo que sale en los cuatro actos de que se compone la obra, pero solamente tiene al final unos párrafos más largos, el resto son conversaciones, con contrapunto. En unos días lo tendré aprendido.

—¿En unos días, en cuántos días? —el alemán quiso que le concretara.

—En cuatro o cinco.

—¿Cuatro o cinco, nada más?

—Sí, ¿cuántos quieres?, ¿dos años? Otto, veo que a veces te comportas como si te llamaras en realidad Otto, cada día que yo tarde en aprenderme este libreto significará la muerte de varios cientos, cuando no miles de compatriotas nuestros. ¿Sabes lo que es eso?

—Estuve destinado en el frente, he llevado con orgullo el *Feldgrau*. He visto morir a mucha gente, tú no sabes lo que es eso. Algunos en mis brazos, queriendo cantar el *Kaiserhymne* pero sin que de su boca saliera una sola nota porque la mandíbula se la había destrozado la metralla de una miserable bomba rusa.

Bertha se quedó momentáneamente sin palabras. Reaccionó:

—Yo he visto otras cosas. A mí no me tienes que concienciar de lo que es esta guerra. Por eso estoy aquí, por mi patria, por nuestra forma de entender la vida y por nuestro káiser Guillermo II. Bien, déjame que voy a ponerme a trabajar.

—¿Ya?, ¿no vas a dormir un rato?

—Si te he dicho antes que cada día mueren miles de compatriotas, ¿cuántos calculas tú que mueren asesinados cada hora por los *welschen*?

—¿Dónde vas a comer?

—Aquí, pediré que me suban algo.

—¿Y cenar? Conozco un sitio...

—Y yo también conozco un sitio, mejor que el tuyo: esta habitación. Fritz —Kathrin Thielemann lo miró amenazadoramente—, yo he venido a España a acostarme con un Rey. Y tú no tienes cara de Rey. Tú no eres nadie, uno más, como yo. Por tanto, ¿te vas para que pueda comenzar a trabajar?

El alemán asintió mientras se levantaba de nuevo camino hacia la puerta. Nunca antes una mujer lo había echado de una habitación.

—Por cierto, ¿y las fotos?, ¿cómo has solucionado lo de las fotos que nos vas a hacer al Rey y a mí cuando llegue el momento?

—Eso aún no lo tengo resuelto. Sí te he buscado una asistente para el teatro, pero con lo de las fotos todavía no me había puesto.

—Lo dicho, Otto, me parece que tú en Madrid has hecho de todo menos trabajar. Por favor...

La última imagen que tuvo el espía alemán de su colega fue verla leyendo el libreto en el sillón, después de haber encendido un nuevo cigarrillo.

41

La obsesión por el espionaje alemán en Francia era tal que la población que no estaba movilizada formaba patrullas cuya misión exclusiva era la localización de sospechosos: hombres solos pululando sin destino fijo, personas haciendo dibujos a edificios, cargando con objetos voluminosos... Tal era así, que el gobierno había decretado la expulsión de suelo francés de todos los súbditos alemanes que vivieran en él.

Por otro lado, temían la amenaza aérea teutona. Aunque Francia era el segundo contendiente tanto en número de dirigibles operativos como en aviones, Alemania era la primera. Y el hecho de que el gobierno y la presidencia hubieran decretado su regreso a la capital no significaba que prodigara el optimismo entre la población. En el mes de diciembre de 1914 no había ningún militar de alto rango de cualquiera de los dos ejércitos contendientes que no supiera, con certeza absoluta, que la guerra iba a ser larga. Muy larga.

Los aledaños de los Inválidos eran lugares de máxima importancia estratégica, por lo que Alain, antes de entrar por una de las puertas del ala oeste, que se abría al boulevard de la Tour-Maubourg, tuvo que mostrar la documentación en varias ocasiones a las patrullas que se lo solicitaron.

—Deseo ver al general Alain Santini —indicó, ya en la puerta del edificio.

Lo condujeron a una sala llena de columnas y espejos en la que el diplomático se encontró como realmente se sentía en la ciudad: perdido.

A los diez minutos llegó un soldado que le pidió que le acompañara.

—No sabía que andabas por París, Alain —fue el cortante recibimiento que le dispensó su padre cuando lo vio entrar en su despacho. El general se encontraba reunido con otros militares en torno a un plano. Les ordenó que se marcharan.

—Pensé que estabas en Madrid —conjeturó el general Santini, una vez se quedó a solas con su hijo.

—Estuve en Madrid, padre, pero volví hace unos días.

—¿Volviste? ¿Por qué no has ido a casa? Tu madre, tus hermanas y tus sobrinos siguen en Antibes, pero yo suelo ir a dormir allí, cuando las obligaciones me lo permiten.

Lo miró de arriba abajo y le ordenó que se sentara.

—Dime, ¿qué ocurrió en Madrid?

Alain no fue capaz de responder. Su silencio fue la reveladora contestación que ofreció a su padre. Reunió fuerzas para desafiar la situación, para afrontar su fracaso.

—Estuve haciendo gestiones pero no he conseguido el objetivo.

—Eso ya lo veo. No he leído en lugar alguno que el Rey o el presidente de su Consejo de Ministros, o los dos, hayan declarado la guerra a Alemania, a Austria y Hungría, a Turquía… Eso ya lo sé. ¿Qué más tengo que saber como general francés que soy?

—Que lo intenté…

—¿Qué lo intentaste? —el padre no dejó al hijo que continuara con la exposición—. Solo faltaba escuchar que no lo habías intentando. Nuestro cementerio está lleno de personas que lo intentaron. Unos intentaron disparar el arma, otros intentaron apuntar mejor, otros intentaron esquivar una bayoneta, otros intentaron… Solo de aciertos es como se consigue atestar el cementerio del enemigo. Saturarlo hasta que no quede un solo hueco libre. Alain, no me digas que lo has intentado. Esa no es una respuesta profesional.

El hijo temía los ojos del padre. Los había temido desde que se asomó al mundo, desde que tenía el más mínimo recuerdo de su identidad se atemorizaba ante esa mirada ceñuda, punzante como un estilete, de ese semblante insensible y duro, igual que el de un dibujo amenazante.

—Alain —continuó el general—. Me temo que has fracasado, que nos has fallado al general Joffre, a mí y a toda Francia. No voy a acusarte de que por tu culpa todos los días mueren miles de compatriotas nuestros pero sí puedo afirmar que tú no has realizado nada práctico para remediarlo. Si hubieras estado en el frente, en tu sitio, las cosas podrían ser distintas.

—Padre, como mucho, habríamos sumado una pistola más. ¿Qué podrían haber hecho de positivo mis balas ante la avalancha alemana?

—Dime una cosa, ¿cuál es la gota que consigue que una masa de agua pase a ser un océano? No la primera, ni la segunda, ni la tercera. Tampoco la que hace la número mil, pero ¿cuál es?, porque alguna será. ¿No te parece?

—Hice gestiones al máximo nivel. Me he entrevistado con políticos y también se ha presionado a la Casa Real. Padre, el Rey de España no va a entrar en una guerra contra el país de su madre. Tenemos que asumir esa realidad.

Alain sabía que su padre no atendería a razones ni explicaciones,

por lo que optó por no ofrecerlas.

—Y si estabas tan convencido de cuáles iban a ser los resultados, ¿por qué no abandonaste desde un primer momento la aniñada actividad diplomática y te uniste a las armas? Sabes que muchos compañeros tuyos lo han hecho, incluso que las oficinas de reclutamiento admiten ciudadanos de todas las nacionalidades: españoles, argentinos, uruguayos, estadounidenses, hasta súbditos de países con los que estamos en guerra, como es el caso de alemanes en la zona de Alsacia y Lorena, que están muriendo con el orgullo de ser enterrados cubiertos con la bandera francesa.

—Pensé que desde la diplomacia iba a realizar un mejor servicio a mi país —se excusó, atemorizado.

—Esa es la opinión de un cobarde, nunca tendría que ser la de mi hijo —zanjó el general.

Alain miraba a su padre fijamente. La interiorización de lo que él sentía como su deber era superior a la inquina que desprendían las palabras del militar. Eso le salvaba de sentirse un fracasado, aquello era lo que le permitía, todavía, mantener un esperanzador anhelo por el objetivo que se había marcado.

—Padre, me comprometí a que España entraría en la guerra a nuestro lado y lo conseguiré. De eso no le quepa la menor duda.

El general sonrió desdeñosamente.

—¿Sí, y cómo lo vas a conseguir?

—Lo conseguiré. ¿Me puedo retirar?

El padre asintió.

—Muchas gracias, mi general.

Desde la puerta el diplomático se volvió y lanzó a su padre un último deseo:

—Y feliz Navidad.

Quedaban escasos días para que llegara la Nochebuena. El ambiente de París distaba radicalmente del que se había vivido en las navidades del año anterior, cuando la guerra no era más que una posibilidad que solo contemplaban… los alemanes, nunca los franceses.

Alain optó por caminar hasta el Campo de Marte y al llegar se detuvo en un banco. No sabía qué hacer, ni alcanzaba a entender tampoco por qué había vuelto a su ciudad, y menos por qué había ido a ver a su padre. A veces quería engañarse y pensar que su progenitor iba a ser una persona dialogante, razonable, con capacidad para hacerle brotar ideas y con la suficiente personalidad

como para ayudarle, no para reprocharle ni para intimidarle con sus palabras. Alain era un iluso que todavía creía en los imposibles.

Empleó el resto del día en vagar por los bulevares tomando conciencia, solo con mirar en derredor, de la crueldad de la guerra y de las huellas que estaba dejando en la ciudad.

A última hora de la tarde recordó a su amigo Marcel Hervé y decidió acudir a verlo de nuevo al hospital.

Lo primero que pensó fue que se había confundido; pero no, no había error. El lecho ocupado por Marcel estaba contiguo al de un hombre joven, casi parecía un niño, que tenía la cabeza vendada parcialmente y el brazo derecho en cabestrillo, aparatosamente cubierto por una escayola. Quiso confirmar por qué la cama de Marcel se hallaba vacía.

—¿Dónde está tu compañero?

El joven le miró como si no hubiera escuchado la pregunta. Sin responder, con una expresión dormida y meditabunda. Alain entendió que aquella persona se había quedado atontolinada, en trance. Optó por buscar a una enfermera.

—Fue anoche —especificó la mujer—. Sobre la una de la madrugada. Su amigo tenía quemaduras en el setenta por ciento de su cuerpo. Todos sabíamos que era cuestión de días, incluso de horas.

Nunca supo Alain qué fuerza fue la que ordenó a sus piernas abandonar el hospital y salir a la calle, y qué otra le impidió arrojarse al Sena, vestido con su propia desesperación y cargado con el lastre de su impotencia. Se sentía un inútil, su padre tenía razón. Quizá lo mejor que podría hacer era acudir a una oficina de reclutamiento y morir lo antes posible en el campo de batalla y honrarlo con su sangre, junto a sus amigos, compañeros, vecinos, compatriotas. Hasta sería posible que tuviera suerte y consiguiera matar a un alemán antes de que le rebanaran el cuello, que lo asfixiaran con un gas que le nublara los sentidos y le apartara de la vida, o que una bomba lo destruyera en pedazos.

Deambuló durante varias horas sin ruta determinada, como si fuera una brújula rota. Repitió calles y se detuvo en los mismos escaparates desabastecidos. París solo estaba iluminado por los reflectores de las terrazas de algunos edificios que se movían sin cesar en busca de los dirigibles alemanes. El resto de la iluminación estaba apagada, tanto para evitar ofrecer un blanco fácil a los mortíferos zeppelines como para ahorrar energía, un bien cada vez más escaso y preciado.

A las cuatro de la madrugada entró en un portal vacío y se

recostó en el suelo. Carecía de fuerzas capitales y, lo peor, también de asidero a la vida. Solo lo mantenía el lejano recuerdo de Petra, su mirada, su manera de abrazarle, desesperada y febril, su sonrisa suplicante. Petra quería que la quisieran, necesitaba una compañía con la que hablar, con la que sentirse esperada, deseada, oída, considerada. No tenía a nadie más. Imaginaba que su madre y sus cuatro hermanas serían de la misma opinión que su padre, y también desearían que su hijo y único hermano estuviera resolviendo la guerra desde las trincheras que con tanto honor defendían los patriotas franceses.

A las ocho de la mañana entró en un café de la rue de Richelieu. La camarera lo miró con recelo. La población parisina no aceptaba a los hombres que no estaban en el frente y que se habían valido de artimañas administrativas o médicas en perjuicio de sus maridos, novios, padres, hijos o hermanos. La mujer, después de servirle, se quedó plantada delante de la barra, retadora, como si lo llamara cobarde. Él, un francés, no tenía que dar explicaciones de su situación. Miró desafiante a la señora. El silencio resultó mucho más violento que si hubieran mantenido la más airada de las discusiones.

Se sentó a una mesa y recapacitó sobre su situación. La inclemencia de la noche y los atinados consejos de la soledad le pusieron sobre la pista de su afán próximo, y fue en esos momentos, en los que las palabras brotan del corazón y no salen al exterior porque no hay quien pueda escucharlas, cuando comprendió que su vida tenía que ponerse en el mismo plano de provisionalidad que la del resto de sus conciudadanos. Lo haría por Marcel y por todos los *marceles* que morían cada día ante las balas, bombas, gases o metrallas alemanas.

Tuvo una idea, tan impulsiva como disparatada. Era una locura, un dislate que se le pasó por la cabeza a la velocidad de la luz y que atrapó con desesperación, como si fuera el último tren que está a punto de partir de la estación de la esperanza. Todo le había salido mal, había fracasado, no hacía falta que se lo dijera su padre; él ya era consciente de sus resultados, pero todavía le quedaba una última baza, y estaba dispuesto a jugarla. Para ello lo que necesitaba, en primer lugar, era dinero. «Para casi cualquier proyecto que emprende el ser humano se necesita dinero; y sé cómo conseguirlo».

42

La familia Santini vivía en la avenida Víctor Hugo, en el 16 *arrondissement* parisino, al oeste de la ciudad. Nada más cruzar el suntuoso portal, el conserje, un hombre próximo a los setenta años, ligeramente cojo, acudió raudo a saludar a Alain. Repentinamente, se abrazó a él y comenzó a llorar sin consuelo. Conocía al diplomático desde niño.

—Señor Santini, señor Santini —repetía el hombre.

—Tranquilo, Sébastien, tranquilo. ¿Qué ocurre?

—¡Mi hijo, señor Santini, nuestro hijo, nuestro único hijo!

Alain supuso que iba a contarle que su hijo había muerto, pero no era esa la razón de la zozobra de Sébastien. El hombre le explicó que había sido dado como desaparecido durante la defensa de Namur.

—No sabemos donde está, *monsieur* Santini. Le hemos pedido a su señor padre que averigüe algo pero él, claro, es un hombre muy ocupado y no puede entretenerse en estas cosas —justificaba Sébastien, entre sollozos de amargura—. Todos los días mandamos una carta a nuestro hijo y nunca obtenemos respuesta. Mi esposa no sale de la cama, *monsieur*, y si yo vivo es por atenderla, ¿sabe usted, *monsieur*? Yo me querría morir, pero Dios no me deja, me dice que mi sitio está al lado de ella, esperando noticias de nuestro hijo. Había pensado escribir al rey de España. Parece ser que se preocupa mucho por los desaparecidos. ¿Qué opina usted? ¿Servirá de algo?

El diplomático intentó tranquilizar al hombre sin conseguirlo. Procuró darle esperanzas.

—Hágalo, Sébastien, hágalo. He oído que ha creado una oficina para ello. Y ya sabemos que en esta horrorosa guerra reina la confusión. Ya verá cómo sabrá de él, por una vía o por otra.

Las palabras del diplomático servían de bálsamo al afligido padre.

—Esperemos que termine pronto con nuestra victoria.

—No lo sé, *monsieur*, yo soy muy pesimista. Veo París sin hombres y lleno de mujeres de negro —comentó, algo más calmado —. Los únicos hombres que se ven son personas que caminan con muletas o en sillas de ruedas. Por cierto, ¿usted no ha sido llamado a filas? —súbitamente, el portero se sorprendió de que el hijo del general no estuviera en el frente.

Alain se sentía como un desertor entre sus compatriotas. Un traidor en su país y hasta en su casa. Optó por no darle respuesta.

—Sébastien, ¿está mi padre en casa?

—No, *monsieur*. El general lleva dos días sin venir. Ya sabe que su familia se marchó en agosto. Me dijeron que la correspondencia la enviara a una dirección en Antibes.

—Sí, lo sé. Sébastien, he venido a París para realizar una gestión de urgencia. Estoy en el extranjero, no siempre la guerra se libra en la trinchera —Alain dio respuesta tardía a una pregunta que había quedado huérfana—. Me tengo que marchar de inmediato. No tengo llave de mi casa y quiero recoger unas cosas.

—No se preocupe, *monsieur*. Yo le dejo la copia que tengo.

Alain sintió un extraño vértigo cuando la puerta de su casa cedió al girar la llave de la cerradura. Le parecía que estaba entrando en un lugar sagrado, inviolable, desconocido. No había regresado a París desde que el gobierno se trasladó a Burdeos. Paseó por cada estancia como si fuera un fantasma que deambula por el interior de un castillo abandonado. Todo permanecía tal y como él lo recordaba, excepto los muebles, que se ocultaban bajo unas sábanas. La última pieza en la que entró fue al salón, enorme y majestuoso, con aquellos techos tan altos, ciclópeos, conservado sin cambiar el mobiliario desde que él abrió los ojos al mundo: la chimenea con los leños chamuscados sin que nadie los hubiera retirado; el piano de cola, en el que sus hermanas aprendieron música; los dos carillones, con los péndulos parados, dormidos, como el resto de la casa; y los cuadros de Meissonnier colgados entre medias de los pesados cortinajes.

Se dirigió hacia una de las esquinas y apartó el velador y las dos sillas a juego. Después quitó el mueble que ocultaba el radiador que jamás funcionaba en la casa porque su misión no era la de dar calor al piso, sino la de camuflar lo que se escondía detrás de los hierros. Lo apartó con fuerza y después desmontó con cuidado una tabla de madera forrada en tela. Se quedó contemplando lo que buscaba. Si su padre no la había cambiado, la combinación de la caja fuerte sería la de siempre.

Con dudas, no por su memoria sino por lo que fuera a encontrarse, la abrió y, al comprobar su contenido, respiró tranquilo. Contaba con que su madre se habría llevado sus joyas y las de sus hermanas, pero sus cosas continuaban allí. Extrajo una bandeja en la que conservaba todas sus pertenencias: varios gemelos de oro, los tres relojes —uno de ellos, un *Cartier*, regalo de sus padres por el día de su boda—, los anteojos de teatro de nácar con incrustaciones de marfil, las tres plumas con capuchones de oro, los alfileres de corbata y de pañuelo —unos con una perla y otros

rematados por una piedra preciosa—, los anillos de boda y la pistola con la pequeña caja de munición. Buscó una talega y metió todo dentro excepto el arma, que se la puso en la cintura. Pero eso no era suficiente. Por todos aquellos objetos, condicionado además por las prisas, siempre malas consejeras a la hora de realizar una transacción económica, no conseguiría el dinero necesario para su empresa. Dentro de la caja fuerte también había dos carpetas que se mantenían intactas, esperándole. Dejó la de su padre y se llevó la suya.

Los prestamistas de París se concentraban en el barrio de Le Marais. Eran pequeñas tiendas situadas en los aledaños de la Plaza de los Vosgos y de La Bastilla que compraban objetos de lujo a precios ridículos. La carestía de bienes básicos había provocado un disparatado incremento en la oferta de joyas, plata, oro, piedras preciosas… y, en consecuencia, una abrupta disminución de su valor. Ninguna madre iba a consentir que sus hijos se murieran de hambre mientras exhibía con orgullo unos pendientes con zafiros.

Ocupó todo el día preguntando a unos y a otros. Los objetos físicos tuvieron una salida sencilla. Simplemente se limitó a subastarlos entre los desalmados que se aprovechaban de las circunstancias de la necesitada población. En el lote incluyó también la pitillera de plata. Pero para encontrar comprador de la mansión de Antibes, donde se encontraban ahora su madre y sus hermanas, tuvo que llamar a más puertas.

Jean-Pierre Sablé tenía su despacho en la rue des Mathurins, una calle muy próxima a la Ópera. Era una de las notarías más importantes de París que, con motivo de la guerra, había visto incrementado su trabajo hasta límites inimaginables. Y por varias razones. Una de ellas porque el personal habitual se hallaba movilizado, por lo que Jean-Pierre se vio obligado a contratar empleados sin experiencia y, por tanto, más lentos en su trabajo. A ese importante problema se sumaban las expropiaciones que se habían realizado contra los bienes de ciudadanos alemanes o austriacos y el trabajo que generaban. Y para terminar, y como razón más desagradable, estaban las personas que vendían sus bienes por no tener otro medio para generar ingresos de cara simplemente a afrontar una subsistencia digna, aunque muy justa.

La razón que había llevado a Alain al despacho del notario era un tanto distinta. Él no necesitaba dinero para alimentarse ni para sostener a una familia, lo precisaba para un fin distinto, algo que a Sholem Goldman, el comprador de la finca, le era indiferente. Cuando Alain nació, su padre, por ser el primer varón de la familia,

puso a su nombre la vivienda que poseían en Antibes. A efectos legales, aquella preciosa mansión a orillas del Mediterráneo era del diplomático.

—Alain, no estoy de acuerdo con esta transacción —aseveró Jean-Pierre, mirándole por encima de las gafas que usaba para corregir su presbicia—. La casa que pones en garantía tiene un valor desproporcionalmente superior al dinero que te están dando.

—Gracias por la advertencia —replicó mientras miraba al judío, que se mantenía en silencio— pero es el precio que he cerrado con el prestamista y ya hemos pactados todas las condiciones.

—Aun así me resisto a formalizar esta operación.

—Mire, señor notario —intervino Sholem—, usted sabrá mucho de leyes pero no de préstamos. El mercado tiene sus reglas y a ellas nos debemos. Estamos en guerra, en una guerra que posiblemente perdamos. Y si es así, los bienes de los franceses quedarán a merced de los ganadores. Todos habremos perdido la totalidad de nuestro patrimonio. ¿Había pensado usted en eso? —el judío paseó la mirada por el despacho y abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba—. Es posible que en unas semanas únicamente estén sentados aquí oficiales alemanes, y que todos estos muebles terminen en unos carromatos camino de Berlín, de Hamburgo o de Cracovia.

—Eso no va a suceder. El gobierno ha regresado a París, los alemanes se baten en retirada... —aseguró el notario.

—¿Y eso quiere decir que ya hemos ganado la guerra? —la pregunta del judío prestamista quedó flotando en el ambiente sin que ni Alain ni Jean-Pierre se atrevieran a responderla—. De todas maneras —prosiguió, a la vez que miraba a Alain—, si al señor notario le parece que es poco dinero, es posible que él le ofrezca una cantidad mayor. Yo no estoy haciendo un negocio, estoy haciendo un favor a un ciudadano francés que lo necesita.

El silencio volvió a apoderarse de la estancia. Nadie quiso contradecir el cínico comentario del prestamista.

—Jean-Pierre, vamos a firmar los papeles —resolvió el diplomático, mientras apagaba su cigarrillo—. Me tengo que marchar.

A partir de ese momento, el notario se limitó exclusivamente a realizar su trabajo. Sholem sacó de su bolsillo una pequeña bolsa que puso encima de la mesa, antes de rubricar los documentos que habían redactado en la notaría.

—¿Puedo abrirla? —propuso Alain.

El prestamista hizo un ademán con la mano que el diplomático

entendió como una autorización. Alain vació el contenido sobre la mesa y comenzó a contar monedas de oro. Al terminar, asintió y miró al notario en señal de conformidad.

—Tiene seis meses, señor Santini —rubricó el judío, después de ver cómo firmaba el notario—, si en seis meses no me ha devuelto el principal más los intereses estipulados, la vivienda será mía.

—Pero hemos quedado en que mi familia nunca sabrá nada —quiso aclarar Alain.

—Efectivamente, la condición es que *monsieur* Goldman no puede entrar en la vivienda hasta dentro de seis meses y, mientras tanto, allí puede vivir quien quiera el señor Santini. Y si antes de ese tiempo reúne la cantidad prestada más todos los intereses, esta operación habrá quedado sin efecto.

—Lo sé, señor notario, lo sé. Pertenezco a una familia de banqueros con una antigüedad de generaciones. Podremos cobrar mucho por nuestros préstamos, eso dicen, pero somos personas de honor y nuestra reputación está muy por encima de cualquier transacción —manifestó, muy digno.

Alain se marchó directamente desde la notaría a la estación situada en el muelle de Orsay, donde intentó adquirir un billete para el tren que salía dos horas más tarde, pero no tuvo suerte. Buscó la estafeta y pidió papel, pluma, tinta y un sobre. Se sentó a una mesa de la cantina y delante de un café doble comenzó a escribir:

Querida Petra: perdona la manera que tuve de salir de Madrid —con las primeras palabras escritas, Alain se esfumó del retumbante y calamitoso mundo que le rodeaba y se concentró en la carta— *pero ya sabes cuál es la misión que me ha tocado vivir en estos momentos. Todos somos hijos de nuestro tiempo y del lugar donde nacimos, y a nosotros dos nos ha tocado estar muy lejos el uno del otro, aunque ambos querríamos estar juntos. Quiero decirte que no hay momento del día que no recuerde tu compañía, tu voz, tus palabras cuando me hablas al oído, tan cerca que puedo sentir tu olor sin ni siquiera...*

...aspirar tu esencia. Lo último que me podía imaginar era que me iba a enamorar de ti. Te confesé que llegué a tu lado por interés, no por mi interés sino por el de mi país, al que debo todo y por el cual estoy dispuesto a morir. Pero no contaba con que aquel nombre de mujer encerraba a alguien como tú. Me gustaría que los dos hubiéramos

nacido en otro lugar, envuelto en paz y en sosiego, que fuéramos más jóvenes para poder formar una familia, para tener unos hijos que viéramos crecer día a día, pero todo eso no puede ser. Incluso, es posible que no te vuelva a ver. No lo sé. Ahora voy a cometer una locura aunque me siento el ser más cuerdo sobre la tierra, pero algo tengo que hacer. Mi país va camino de la ruina, de la exterminación incluso, y mi último aliento tiene que ser para defenderlo con todas las fuerzas que pueda albergar mi cuerpo. Petra, cariño mío —la mujer necesitaba un pañuelo para leer la carta que había recibido hacía una hora y que había leído ya cuatro veces más, y en cada nueva lectura lloraba más que en la anterior—*, me tienes que esperar. Estoy a punto de partir hacia mi destino y tú me tienes que acompañar, aunque no salgas de la cama en la que, probablemente, estarás leyendo esta torpe carta* —el francés había acertado—*, que no sé si es de amor o de desesperación, o si ambas cosas son lo mismo. Necesito tener la certeza de que cada vez que mire mi mano también tendré la tuya, que me abraza y me sostiene. Sobre todo esto último, que será lo que más necesitaré. Te quiero con locura y te prometo que la Nochebuena de 1915 será la primera que pasaremos juntos y que nunca más me separaré de ti. Alain.* «Te equivocas, amor mío, la primera Nochebuena que estamos juntos es esta», determinó Petra, con la seguridad que ofrece la certeza más absoluta.

La Condesa recordaba cómo había sido todo, que empezó con la llamada al timbre de la puerta. El cartero era la tercera persona que subía a su casa esa mañana. Ella pensó que sería para felicitarla las Pascuas y pedirle el aguinaldo. Ya había dado a Elisa, que llevaba sirviéndola desde hacía unos días, instrucciones de que entregara un real a cada persona que subiera.

—Señora, era el cartero. Además de pedir el aguinaldo, ha traído varias cartas.

—Dime de quién son, que no quiero dejar estas puntadas —la Condesa se encontraba bordando un pañuelo en el salón, cómodamente sentada en un sillón orejero y con los pies apoyados sobre un escabel.

Elisa dio la vuelta a los sobres y comenzó a leer los remites, en voz alta. Con la cuarta carta, la criada se quedó extrañada por lo exiguo que era el nombre del remitente, que venía sin apellidos ni dirección.

—Señora, aquí solo viene un nombre.

—¿Qué nombre? —preguntó la Condesa, mecánicamente.

—Alain.

Petra se levantó de su asiento como si a su lado hubiera

estallado un petardo. Tiró al suelo la costura y corrió hacia donde estaba Elisa. Le quitó, casi arrancó de cuajo, el sobre de sus manos y comprobó lo que le había anticipado la criada. Lo rasgó con nerviosismo y, sin mediar palabra, se marchó rauda a su dormitorio.

—Te ha faltado desearme feliz Navidad —proclamó en alto, ella sola, al terminar de leer la carta—. Sí mi amor, la próxima estaremos los dos juntos, y celebraremos la Nochebuena sobre este mismo lecho. Te lo juro.

La condesa del Mayo jamás había imaginado que iba a pasar la Nochebuena de 1914 metida en la cama, besando sin cesar la carta que le había enviado una persona desconocida para ella hasta hacía tan solo dos meses, hasta el punto de provocar que se emborronara la tinta con la que habían pintado de nuevo sus ilusiones.

43

La Navidad no influyó en las actividades de los espías alemanes en Madrid. Fritz estaba en la capital para trabajar. Y Bertha también. Desde su llegada, la actriz se enclaustró en su habitación como si esta fuera una celda y ella una rea condenada a cadena perpetua. Coincidían solo en el desayuno que tomaban muy temprano, en el restaurante, pero no en la misma mesa. Se saludaban con un atento gesto de la cabeza acompañado de una sonrisa distante, y nada más.

El veintisiete de diciembre, nada más terminar el café y antes de subir a su habitación, la espía se acercó a la mesa de Fritz y le indicó que le esperaba en el salón.

—Ya me he aprendido la obra de teatro —confirmó la actriz, cuando estuvieron juntos—. ¿Qué día debuto?

El alemán se arrellanó en la silla, nervioso. Bertha captó el mensaje.

—Fritz, me parece que llevas demasiado tiempo en Madrid y hay que buscar un sustituto inmediatamente. Total, para hacer lo que has hecho desde tu llegada no hace falta ser muy listo —el hombre la miraba impávido—. Es más, creo que tu actitud es bastante poco avispada. Me parece que estás buscando otro destino y has preferido quedarte de brazos cruzados a esperar el relevo.

—No es verdad —desmintió, rotundo y sofocado, mientras encendía un cigarrillo. La mujer se dio cuenta del temblor de su mano.

—Yo me ciño a los hechos. Y estos son que he llegado a Madrid, que me he aprendido de memoria un papel de protagonista en una estúpida obra de teatro y que todavía no sé cuándo voy a debutar. Es decir, todo mi trabajo depende del tuyo, y el tuyo no lo estás cumpliendo.

—No es tan fácil. Tengo que encontrar el momento. La obra ya tiene una actriz que encarna el papel principal, y trabajar en el Apolo de protagonista es muy difícil.

—Excusas, Otto, excusas.

—No son excusas, es la realidad —el capitán se ratificó con la mayor contundencia que pudo mostrar. Él era el primero que sabía que estaba tardando demasiado en cumplir el objetivo marcado, pero Bertha no entendía, ella lo veía todo muy fácil.

—Vamos a marcarnos fechas, así no podemos seguir.

La actriz lo miró con unos ojos tranquilos mientras su mente

echaba cálculos, como si fuera un ábaco manejado por un oriental diestro. Fritz sintió que estaba siendo juzgado y que en cualquier momento iba a dictarse sentencia implacable sobre su futuro.

—El día dos de enero —concretó desafiante—. Si el dos de enero no debuto en el Apolo, hablaré con quien ya sabes y te buscarán sustituto de forma inmediata.

—El dos de enero está muy próximo. Es posible que ese día mi plan todavía no haya podido ponerse en marcha.

—Sí, Otto, el dos de enero. Fecha límite.

El nerviosismo de Fritz era patente y Bertha disfrutaba con ello. Dio un paso más en el regocijo del dolor ajeno:

—¿Sabes que me han dicho que en esta época del año el frente ruso es terrible? Tú estuviste al principio del otoño, por lo que sé —era cierto, la espía alemana demostraba una vez más ser una persona muy bien informada, una consumada profesional—, pero ahora no son las balas de los rusos las que matan a nuestros soldados. Es el termómetro. Los zares se aliaron con él desde que crearon Rusia. Es lo que marca dicho aparatito —Bertha no había perdido en ningún momento la cínica sonrisa que se había instalado en su cara— lo que le hace el trabajo efectivo al cerdo de Nicolas II. Eso durante el día. De las noches no hablamos, Otto; mejor no hablemos de ellas.

Sin volver a abrir la boca, la actriz se levantó de su sillón y se encaminó hacia los ascensores.

El alemán llevaba varias noches haciendo el mismo trabajo, pero no había habido suerte. «¿Tenía que apelar a la suerte?». Se sentía muy desgraciado por ello pero era la verdad, la verdad más absoluta: su plan necesitaba estar tocado por el rayo de la diosa fortuna.

Embozado bajo el cuello de piel de zorro de su abrigo y el sombrero calado hasta donde permitía la estética, Fritz se situó en las proximidades de la salida de artistas del Apolo, ubicada en la calle Barquillo, perpendicular a la calle Alcalá. Los aledaños se encontraban abarrotados de numeroso público, desde novios o novias de los intérpretes a seguidores que esperaban la salida de sus artistas predilectos para arrancarles un autógrafo, para robarles un beso o, simplemente, para darles la enhorabuena por la actuación.

Cuando empezaron a salir los primeros actores, Fritz se quitó los guantes para tener mayor sensibilidad en sus manos. Se palpó lo que guardaba en uno de los bolsillos del abrigo. Ya lo había hecho

varias docenas de veces durante la noche, pero repitió la operación de nuevo; de alguna manera tenía que matar el nerviosismo que le había provocado la conversación, el monólogo en concreto, de Bertha.

Minutos después, un buen número de artistas ya habían abandonado la puerta y esta empezaba a clarear. Pero todavía quedaba por salir la única persona que le interesaba. Fritz se aproximó a un carro abierto tirado por un penco que venía a paso lento, desde la plaza del Rey. Las riendas las sujetaba un mulero que caminaba a medio metro por delante de la cabeza del animal. Era una ocasión inmejorable. El alemán sabía que tenía que detenerlo, que era muy difícil encontrar otra ocasión en la que fuera a coincidir la salida de Mercedes Pardo, la primera actriz, con el paso de un vehículo de tracción animal —en un primer momento pensó en un automóvil, pero la maniobra se complicaba hasta el punto de convertirla en imposible.

Con decisión, se encaminó al centro de la calzada y paró al carretero con una treta tan socorrida como práctica.

—¿Le apetece un cigarrillo?

—¡Sooooo! —el hombre mandó parar al animal—. ¡Vale, se lo agradezco, que la noche está *mu* fría!

—¿De dónde viene? —se interesó Fritz, mientras le mostraba la pitillera abierta.

—Llego de una lechería de la plaza del Rey y voy hacia la carrera de San Jerónimo. Mi hermano hace requesón y necesitamos materia prima *pa* llenar los moldes —explicó el hombre.

—Coja más de uno, no le dé vergüenza.

—Bueno, lo que *usté* mande —el arriero tomó otros dos—. Y *usté*, ¿no me acompaña?

—He fumado muchos esta noche, si fumo más me entra tos —comentó el alemán, que no separaba la vista disimuladamente de la puerta de artistas del Apolo. No debía faltar mucho para que saliera por ella la primera actriz.

—Por su manera de hablar veo que no es de aquí, ¿no?

—No, soy suizo y estoy en España por negocios.

—¿Negocios?, eso tiene que ser *mu* interesante. Si yo supiera leer y escribir bien, seguro que valdría *pa* eso de los negocios.

El tumulto se revolucionó cuando apareció, enfundada en un abrigo de armiño, la gran estrella dramática del momento. El arriero se fijó en la salida de la artista.

—¡Mire!, esa es la Mercedes Pardo. ¡Ay quién tuviera los ochenta céntimos que cuestan dos localidades!, las más baratas, no

crea *usté*. Me gustaría llevar a mi mujer, ¡pues no se pondría encantada la Joaquina!

Después de saludar a varios espectadores, Fritz vio que la renombrada actriz se entretenía con dos matrimonios. A su lado, un hombre la tenía agarrada por el brazo y se la quería llevar al otro lado de la calle, donde un Humber se encontraba aparcado. Era la mejor ocasión, nunca iba a encontrar otra igual. La actriz tenía, forzosamente, que atravesar la calzada. El espía metió la mano derecha en el bolsillo del abrigo y extrajo una petaca. Habló con el arriero cuatro palabras elogiosas sobre lo bien que sentaba un trago de coñac de madrugada y, cuando Mercedes se separó de los dos matrimonios y puso el primer pie en el adoquinado, Fritz ofreció la petaca al mulero.

—Pruebe, seguro que le apetece echar un trago.

En el momento en que el hombre levantó la cabeza para que entrara el coñac, Fritz sacó con disimulo un tenedor y lo clavó con fuerza en el anca del caballo. Este, con un fuerte relincho, se encabritó emprendiendo una carrera alocada que por suerte no atropelló al arriero; la que no tuvo la actriz. Cuando el carro se perdía dirección a la calle Alcalá, la gran Mercedes Pardo yacía en la calle.

En el momento en que el mulero logró ponerse en pie, buscó al hombre que le había ofrecido un trago de coñac de una petaca. Pero de aquel señor suizo tan amable, que le había regalado cigarrillos, al que casi ni había visto la cara, ya no quedaba más que un impreciso y vago recuerdo. Algo asimilable a un espectro, a un sueño.

44

Media hora después Fritz se encontraba en su habitación, jadeando por la velocidad que había imprimido a sus pasos al abandonar el lugar de los hechos. No le había dado tiempo a comprobar exactamente cuál había sido el resultado de su acción, pero suponía que había sido realizada con precisión y eficacia. La intención no era la de matarla sino que el atropello le causara las suficientes secuelas físicas como para impedirle trabajar.

Había pedido al servicio de habitaciones una botella de champán y le habían subido una de marca *Pommery*, que él desconocía. Después de dar dos tragos a la copa que se sirvió, llamó por el teléfono interior a su compañera.

—¿Qué horas son estas, Otto?

—No me llames Otto, Otto se acabó para siempre. Me tienes que llamar *Herr* Springer —Bertha guardó silencio—. ¿Estás ahí?

—¿Qué quieres, Otto?

—Verte, necesito verte ahora mismo.

—¿Estás loco? ¿Sabes qué hora es? ¿Para qué quieres verme?

—El problema que teníamos ya está solucionado. Estoy seguro de que vas a debutar en breve.

—¿Qué día? —Kathrin Thielemann, Bertha, buscaba continuamente la concreción que Fritz parecía negarle.

—El día no lo sé todavía, pero...

El alemán se dio cuenta de que su compañera de misión había colgado el auricular.

Fritz se encontraba en la puerta del restaurante desde las ocho y cuarto de la mañana. Antes había comprado el periódico. Se sentía satisfecho con la noticia que había leído. En el *ABC* se informaba que la reputada actriz Mercedes Pardo había sufrido un infortunado accidente que a punto había estado de costarle la vida. *Por razones que se desconocen* —se aseguraba en el diario—, *un caballo se desbocó sin que el carretero pudiera controlarlo, y emprendió una alocada huída atropellando en su estampida a la actriz, que había terminado la última función y que se retiraba a su domicilio. El caballo le ha pisado el muslo derecho* —concretaba el rotativo— *provocándole una fractura de fémur de pronóstico reservado que, con total seguridad, nos va a privar de poder admirarla sobre los escenarios durante un largo tiempo*.

El capitán leía y releía la noticia como si quisiera cerciorarse de la veracidad de la misma, temiendo que, en cada nueva lectura, las letras pudieran cambiarse de lugar y ofrecieran una información distinta; pero no, el texto decía lo mismo una y otra vez. No soñaba, no alucinaba, se hallaba despierto, lúcido, vivo y en Madrid.

Bertha bajó a desayunar a su hora habitual, las ocho y media. Se sorprendió al ver a Fritz en la puerta del restaurante, con un periódico en sus manos que leía con ávido interés.

—¿Qué te pasaba anoche? —soltó, nada más encontrase con él.

—¿Podemos sentarnos en la misma mesa?

La actriz asintió sin palabras.

—Dime, ¿qué sucede?

Por toda respuesta, Fritz le entregó el *ABC* abierto por la página donde informaban del suceso.

La mujer lo leyó recorriendo con sus ojos las líneas de la columna sin mover la cabeza. Al terminar, le miró sin mostrar gesto o mueca alguna en su cara.

—¿Y esto?, ¿qué quiere decir?

—Quiere decir, Bertha, que el Apolo se ha quedado sin su primera actriz para interpretar el papel de Inés en su obra *Las amapolas verdes*, porque Mercedes Pardo, como dice el diario, estará mucho tiempo sin poder moverse con soltura sobre un escenario. Eso quiere decir la noticia.

—¿Y por qué me van a dar a mí el papel?

—Porque esta mañana vamos a ir los dos al teatro y vamos a entrevistarnos con el gerente.

—¿Y por qué estás tan seguro de que nos va a recibir? —la actriz recelaba de cualquier afirmación que viniera de Fritz, algo que irritaba al alemán.

—Ya lo verás. Por lo visto, suele acudir a las doce de la mañana. Hoy quizá vaya un poco antes.

Bertha se sirvió una rebanada de pan y extendió la mantequilla con lentitud, la que se tiene cuando la cabeza anda cavilando.

—Me parece bien lo que dices excepto por un matiz —concedió, antes de empezar a comerse el pan—. No seré yo quien vaya al teatro. Yo no soy una representante de máquinas de escribir que va llamando a las puertas de las oficinas, gastando suelas, como un vulgar viajante. Yo soy la gran Bertha, actriz afamada en medio mundo y que, camino de América, está haciendo escala en Madrid, y podría estar interesada, si las condiciones son las adecuadas, en trabajar en un gran teatro de esta ciudad. Puede ser el Apolo, puede

ser el Novedades, puede ser La Zarzuela… ¿No es esa nuestra historia? —Fritz mantuvo silencio mientras escuchaba a la actriz—. Después le tienes que decir…

La actriz continuó contando al espía alemán lo que tenía que hacer cuando se entrevistara con el gerente del Apolo. El capitán se entusiasmó con el desarrollo de la operación.

—¡Seguro que va a salir todo de maravilla! —exclamó Fritz.

—Más te vale. Por tu bien, más te vale que salga todo a la primera.

A las once y media de la mañana Fritz se bajaba de un Minerva que había alquilado con chófer. Se dirigió a la puerta principal del Apolo pero, al encontrársela cerrada, dio la vuelta al edificio y se acercó a la entrada de artistas, por la calle Barquillo. A pesar de haber transcurrido solo unas pocas horas, en la calle no quedaba resto alguno de los sucesos que se habían desarrollado la noche anterior sobre aquellos adoquines. El alemán recordó la conversación con el arriero y cómo se valió de su carro para materializar su macabro e incluso letal plan para anular —le era indiferente si temporal o definitivamente— a la Pardo, y apartarla de las tablas para situar sobre ellas a su compatriota.

Se acercó a la puerta que era custodiada por un empleado detrás de una ventanilla, y preguntó por Rubiales.

—He venido a interesarme por el estado de Mercedes —fue lo primero que comentó el alemán, mientras estrechaba la mano del gerente con un gesto similar al de una persona que da el pésame en un duelo—. Esta mañana he desayunado con la noticia que publicaba el *ABC* y le aseguro que mi intención era la de haber venido mucho antes, pero tenía que asistir a una reunión convocada con anterioridad. Por lo que he podido leer, parece que la gran artista se encuentra fuera de peligro.

Leonardo Rubiales se encontraba desencajado. Había dormido muy pocas horas y la preocupación y la incertidumbre que lo acosaban dejaban un inequívoco rastro en su cara. Las ojeras tiznaban las proximidades de sus ojos y la barba incipiente oscurecía su tez.

—Sí, gracias a Dios, Mercedes solo recibió una fuerte contusión en un muslo, pero podía haber sido fatal. Las patas del caballo pasaron a centímetros de su cabeza. Esos animales tienen una fuerza descomunal y hunden todo lo que pisan.

—No sabe cuánto me alegro de escuchar la confirmación de lo

que dice el periódico. ¿Y se sabe cómo ocurrió?

—Pues no muy bien. El arriero estuvo en la Prevención pero no ha aportado nada de interés. Desconoce qué le pudo pasar a su caballo.

Fritz sintió alivio cuando escuchó aquello. Por lo visto, su acción había pasado desapercibida. Sonrió interiormente al pensar que el caballo no podía ofrecer su versión.

—Según me aseguró su apoderado —prosiguió Rubiales—, los abogados de la actriz van a demandar al carretero por tentativa de asesinato imprudente, o algo así.

—Estoy de acuerdo. El carretero tenía que haber controlado al animal. Es el único responsable de su comportamiento. Los ciudadanos tenemos que caminar seguros por la calle.

El alemán se fijó que el gerente tenía la mesa llena de papeles y también de fotos de actrices.

—Y ahora usted estará buscando sustituta para Mercedes.

—A toda velocidad —reconoció Rubiales—. Dentro de la compañía hay una chica que se sabe el papel y que está preparada para asumir la sustitución en un caso de emergencia, una enfermedad repentina, una afección de las cuerdas vocales, algo muy corto y provisional, no una baja que puede durar meses. No tiene el fuste de una primera actriz. Vale como secundaria y en esos papeles se moverá toda su vida.

—Pues ya sabe que tiene una solución y que, además, está en Madrid.

—¿Bertha está en Madrid? —Fritz se alegró de que el empresario recordara el nombre de su compañera—. Precisamente tenía por aquí el cuadernillo que me dejó usted el otro día —Leonardo Rubiales se puso a revolver su mesa hasta que encontró lo que buscaba—. ¡Aquí está! Sí, es muy interesante. Se ve que su representada es una mujer de mucho mundo y con una larga experiencia. Al mismo tiempo, tiene una edad muy similar a la de la Pardo. Pero, claro, no sabe el papel y eso lleva un tiempo y, al ser extranjera, más todavía.

—Vamos a hacer una cosa. Ella tiene el tiempo muy ocupado porque debe asistir a sesiones de peluquería, manicura, masaje y después acudirá al Palace, donde está hospedada, para trabajar con un profesor de español que hemos contratado para que mejore su dicción —parecía que la mentira era el terreno natural donde el espía alemán se movía con mayor comodidad— pero, ¿qué le parece si viene usted hoy a las seis de la tarde al hotel y allí la conoce?

—¿Hoy?, imposible. No sabe usted el trabajo que tengo, con las funciones, sustituciones, atender a los periodistas, tengo que volver a ir al hospital a visitar a Mercedes… no, hoy es imposible.

—¿Imposible? Creo que usted es un hombre de suerte. A la vez que le ha surgido el problema se ha encontrado con la solución. Y no cualquier remedio sino el mejor, alguien con caché, con experiencia y capaz de saltar a las páginas de los periódicos para dar publicidad a la obra y, lo más importante, a su teatro.

Rubiales se quedó pensando en la propuesta del representante.

—Bien, señor Branigan —el gerente era incapaz de pronunciar correctamente el falso apellido de Fritz Springer—, esta tarde estaré en el Palace a las seis. Si llegamos a un acuerdo, o no, lo sabremos en quince minutos. No necesitaremos mucho más tiempo.

Cuando lo vio llegar a la cafetería, Fritz casi se puso a reír. Leonardo Rubiales llevaba para la ocasión un elegante pero algo raído fraque y una camisa blanca recién almidonada pero con el cuello desgastado. Cerraba el conjunto un bombín que no sabía decir si se parecía más al de un lord inglés o al de algún chulapo de los que el alemán había visto por Lavapiés.

—Señor Brantigan, tengo que marcharme antes de lo previsto. Tengo concertada una reunión en mi despacho y no puedo faltar. Estamos sopesando seriamente la posibilidad de suspender las funciones de *Las amapolas verdes* y programar otra obra en su lugar.

Fritz sintió una punzada en el pecho. Si cambiaban la función todo el plan quedaría desbaratado y estarían como al principio. Además, recordaba la fría expresión de Kathrin Thielemann cuando le hablaba del frente ruso. Detrás de aquel cuerpo delicado, bello y frágil se escondía una mujer despiadada con unos objetivos definidos con pulcritud y dispuesta a cumplirlos inexorablemente.

—Sabe usted, Rubiales, que eso en teatro no se puede hacer. Que lo último es suspender una función. Es una máxima.

—Lo sé, lo sabemos perfectamente, señor Bautigan, pero aquí sí hablamos de un caso de fuerza mayor. Bueno, dígame, ¿dónde está la actriz? —el gerente del teatro giró la cabeza en derredor, buscando a Bertha.

—Ahora se reunirá con nosotros. Estaba terminando una de sus sesiones de cuidado personal y no se la puede molestar.

—Pues le digo que tengo mucha prisa.

—Tenemos que tener paciencia, ¿o es que las actrices españolas no son excéntricas? —preguntó, después de soltar el humo del

cigarrillo.

Pasaron a la cafetería y ocuparon una mesa. Pidieron al camarero dos copas de jerez. Rubiales estaba muy nervioso y no lo ocultaba. Consultaba su reloj continuamente y no hacía caso de la conversación que le daba Fritz para distraerle y matar la tardanza, algo que, por otra parte, estaba preparado adrede por la actriz y de común acuerdo con el alemán.

—Señor Bantrigan, voy a tener que marcharme. Ya le adelanté que esta tarde estaba muy ocupado. Mire, les ofrezco la posibilidad de vernos mañana por la mañana en mi despacho, en el Apolo, y allí nos conocemos y hablamos todo lo que tengamos que hablar, si es que seguimos con la idea de continuar con la obra, que no creo.

El gerente se puso en pie pero algo provocó que súbitamente sus músculos se paralizaran. Al ver su rostro, Fritz supo que Bertha había irrumpido en la cafetería del Palace. El alemán nunca antes había visto a una mujer más hermosa que Kathrin. Llevaba un vestido largo hasta los tobillos, sin mangas, color marfil, con un echarpe de *lana* marabú sobre los hombros. Cubría los brazos con unos guantes que trepaban más allá del codo. Ocultaba parte de su pelo con un pequeño pañuelo cuyo extremo se remataba con una fila de lentejuelas doradas. Se había aplicado en la cara una ligera capa de polvo de arroz que empalidecía su tez y provocaba que los labios, pintados de rojo carmesí, destacaran sobremanera. Pero, y con diferencia, en lo que más se fijaron los hombres fue en que Bertha no llevaba sujetador, ni corsé ni cubrecorsé, y los pezones marcaban un relieve similar a dos pequeños montículos que ambos querrían coronar.

—Me imagino que usted es el gerente del Apolo —supuso Bertha, en alemán y mientras le acercaba la mano derecha para que Rubiales se la besara. Este, obediente, embelesado y todavía sin poder reaccionar, la tomó y se la llevó a los labios con delicadeza.

—¿No hablaba usted español? —acertó a decir el gerente, cuando consiguió recuperar el aliento.

—Pero hay más idiomas en el mundo, al margen del español, ¿no? —respondió, en inglés, jugueteando lingüística e impíamente con el hombre. Por la cara que ponía estaba claro que no conocía ninguna de las dos lenguas—. ¿Me va a decir que el gerente del teatro más importante de España solo sabe un idioma? —preguntó Bertha en perfecto español, sin perder la sonrisa que mostraba desde que había entrado en el salón y que era nueva para Fritz, que se mantenía expectante ante la situación.

—Señora, además del español, también sé otra lengua. Estoy

habituado a tratar con artistas de otros países —alegó Leonardo Rubiales, en francés.

—Lo siento pero no sé francés. No es un idioma ni un país que me caigan especialmente bien —aseveró Bertha, en español, lengua en la que continuó hablando—. ¿Me van a invitar a que me siente?

—¡Por favor! —se disculpó Rubiales.

—Bertha, el señor gerente me ha dicho que tiene prisa y que no puede dedicarnos mucho tiempo —avisó Fritz, mientras guiñaba un ojo a su compañera, en un gesto de complicidad que no fue captado por el empresario.

—No se preocupen, estoy seguro de que a esa reunión podré incorporarme más tarde, no siempre tiene uno ocasión de conocer a una actriz de su renombre.

—Por cierto Otto, llama a un camarero, que tienen que bajarme algo de mi habitación. Con las prisas —sonrió Bertha, de nuevo— se me ha olvidado. No quería hacer esperar a nuestro invitado. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Leonardo Rubiales, para servirla.

Bertha se sentía como si fuera una titiritera con un nuevo juguete entre sus manos.

Después de que un empleado recogiera las instrucciones de la actriz, Fritz comenzó relatando a Bertha que Mercedes Pardo estaba fuera de peligro y que, afortunadamente, solo tenía una fractura en una pierna que no le iba a dejar secuelas para poder seguir trabajando, dentro de un tiempo —matizó.

—¡Cuánto me alegro! Es una de las actrices más importantes de España. Yo todavía no he tenido la oportunidad de conocerla personalmente.

—Me ha dicho su representante que a usted le gustaría trabajar en nuestro teatro antes de partir hacia América.

—Bueno, eso son cosas de los representantes, que tratan a los artistas como máquinas de generar dinero. Eso que te dije —ratificó, esta vez mirando exclusivamente a Fritz— fue un comentario aislado. Y también te dije que no me apetecía trabajar antes de la gira americana, pero de eso veo que no te acuerdas. Entre las actuaciones apalabradas ya, y las que irán saliendo, tenemos prevista una tournée que durará año y medio, como mínimo.

—Bertha, sería una pena que el público español no la conociera —sentenció Rubiales, que no paraba de recorrer con sus ojos cada centímetro cuadrado del vestido de la actriz. Le gustaba cómo hablaba, su timbre de voz y su gracioso acento; y su boca, redonda

y dotada de unos labios tan pequeños y carnosos como atrayentes, libidinosos, como los de ninguna otra actriz que hubiera conocido con anterioridad. Desde que había aparecido en su vida, hacía únicamente unos minutos, Bertha se había convertido para Leonardo Rubiales en la mujer más enigmática y deseada del mundo.

—El señor Bräutigam me pidió que lo recibiera y me habría parecido una descortesía no atenderlo pero, de verdad, lo de actuar en su teatro, creo que vamos a tener que dejarlo para otra ocasión. Quizá a mi regreso de América.

—Bertha, esta puede ser una gran oportunidad para darte a conocer a los espectadores españoles. Nunca has actuado aquí, y España ha sido y es un lugar de referencia para el público sudamericano —explicó Fritz, que seguía el juego que había iniciado Kathrin Thielemann, haciéndose de rogar ante el empresario teatral.

—Otto, tú siempre ves las cosas de una manera muy simple. Actuar aquí significa tener que aprenderse un papel, ensayos, pruebas... Tú entenderás de números, de matemáticas, de facturas de hotel, de billetes de barco, pero no de cómo pensamos nosotros —le recriminó la actriz, que ya estaba demostrando ser una magnífica intérprete.

En ese momento llegó el camarero con el encargo que había recibido.

—Señora, aquí están los periódicos que tenía sobre su mesita de noche. Siguiendo sus instrucciones, una camarera ha entrado en su habitación y los ha recogido. Mire si todo es correcto.

—Gracias —confirmó Bertha, sin mirar siquiera al empleado. Agarró los cinco periódicos que le acababa de entregar y los soltó sobre la mesa—. Señor Rubiales, estoy en Madrid para descansar. Fíjese usted el trajín que he llevado en los últimos meses. Por favor...

La mujer señaló los diarios y el empresario los tomó sin saber muy bien qué tenía que buscar. En el primero de ellos, el *Berliner Tageblatt*, encontró una fotografía de busto de Bertha así como otras dos de una función en la que se la veía junto a otros actores. Por supuesto, no entendió ni una sola palabra del texto excepto el nombre, *Bertha*, el cual reconoció escrito varias veces.

—Esos son los del *Berliner* —especificó, mientras miraba distraídamente la pila de diarios—. Con la guerra han reducido el número de hojas al mínimo. A veces me han dedicado hasta cuatro o cinco, y a toda página.

Después del *Berliner*, Rubiales buscó información en el *Lokal Anzeiger,* en el italiano *Corriere della Sera*, y, para terminar, en el *Fremdenblatt* y en el *Wiener Zeitung*.

—Los periódicos austriacos son como todo el país, unos imitadores de los alemanes —opinó Bertha al ver que también hojeaba los dos últimos—. Lo que hace un alemán, acto seguido, lo hace un austriaco. No es una nación con mucha personalidad. ¿A usted qué le parece esto?

El gerente no podía creer lo que estaba viendo y se avergonzaba de no conocer a alguien tan renombrado en toda Europa Central como era la actriz, la gran actriz, la incontestable actriz que tenía delante. Leonardo comenzó a imaginar el impacto que tendría para su teatro la contratación de alguien así. Aunque no tanto como en Barcelona, Madrid estaba lleno de alemanes y de austriacos, además de súbditos de otros países, y Bertha era una actriz a la que, por lo visto, conocía todo el mundo menos él. No se le podía escapar una oportunidad así y tenía que convencerla para que firmase lo antes posible.

Por otro lado, Fritz intentaba no alterarse ante aquella demostración de Bertha y de cómo habían trabajado las personas de la División III b al crear una personalidad tan falsa como impactante. Habían impreso hasta cinco periódicos idénticos a los reales pero añadiendo información imaginaria sobre la supuesta actriz, fotos incluidas.

—Bertha, ¿cuánto tiempo tardaría usted en aprenderse el papel de una obra?

—¿Cuánto tiempo?, según, señor Rubiales, según. Veo que usted es como mi representante, que solamente habla de plazos. Tendría que ver de qué obra se trata.

—La que se está representando ahora es *Las amapolas verdes*.

La mujer le miró con insolencia, torció la cabeza y comenzó a hablar:

—Me va a decir usted cómo he de tratar a mi hermana. Yo he sido todo para María. Le llevo doce años y he tenido que ser madre, padre y hasta abuela a la vez. Nunca deseé para ella otra cosa que no fuera la felicidad de su niñez y la tranquilidad de su futuro…

—¡Se la sabe! —exclamó en alto Rubiales, que no pudo contener su entusiasmo— ¡Se la sabe! —repitió, con los ojos iluminados y la sonrisa ancha y sincera.

—Sí, es una de las muchas que aprendí para la gira iberoamericana. López Hinojosa es alguien muy conocido tanto en España como allá.

—¿Podríamos empezar mañana mismo con los ensayos? —el empresario quería cerrar lo antes posible la contratación de la que sería, sin género de dudas, la gran estrella de la nueva temporada madrileña que arrancaría después de Reyes.

—Eso tendrá que hablarlo con mi representante. Si accedo será porque la oferta sea muy interesante. Si no, como usted comprenderá, me dedicaré a descansar, que me aterra el viaje que me espera en barco.

—Señor Rubiales, mañana no podrá haber ensayos, pero si quiere me paso por su teatro y hablamos de los términos del contrato —propuso el capitán.

—Le espero a las nueve en punto. No falte —concluyó el gerente del Apolo.

—No, no faltaré, soy una persona muy puntual.

Bertha miró cómo se marchaban hacia la puerta. Los dos hombres se quedaron hablando unos instantes y después se despidieron con inusitada efusividad. Rubiales abrazó al alemán como si de un ser querido se tratara. Cuando Fritz regresó al salón, la actriz lo esperaba con una sonrisa medida, como siempre. El espía se acercó a ella y le tomó la mano.

—Ha sido una gran interpretación. Debería aplaudir —afirmó satisfecho—. Mañana este señor firmará lo que queramos. Ahora no tendrás dudas.

—Por esta vez sí estoy de acuerdo contigo. No lo vayas a estropear ahora pidiendo condiciones absurdas —le advirtió la mujer.

—¡Descuida!

Bertha se levantó y le pidió, con los ojos, que la siguiera. Al llegar a la recepción, la mujer pronunció el número de su habitación. Se volvió y le habló en voz muy baja:

—Te has merecido un buen premio.

—No lo sé, eso lo tendrás que decidir tú —repuso, sonriente e imaginando lo que se avecinaba.

—Habéis estado los dos todo el rato queriéndome quitar este vestido con los ojos. Pero el privilegio de quitármelo con las manos será tuyo. Solamente tuyo.

45

Al segundo golpe que hizo vibrar la puerta de su habitación, Alain se levantó de la cama sobresaltado, desorientado y confuso. Consultó su reloj de pulsera y se extrañó de la hora que marcaba: las siete y media de la mañana.

—¿Quién es? —preguntó, inquieto por las maneras de llamar.

—¡Abre! —la orden era determinante y no admitía duda alguna. Una instrucción así solamente podía proceder de un militar, y no de cualquier militar. Además, y a pesar de haber pronunciado solamente una palabra, la voz le resultaba familiar, en ese momento incómodamente familiar.

Los dos Alain Santini se miraron durante unos segundos. Sin que el ocupante de la habitación le diera permiso, el general entró en ella y la escrutó en silencio, paseando la vista por todos los rincones. Se acercó a la pequeña mesa y miró los papeles que había encima. Se volvió:

—¿Qué haces aquí?

—Esta es mi habitación —respondió, mientras prendía un cigarrillo.

—Esta es la habitación de un hotelucho, no la que te pertenece en París. No quiero que mi hijo viva en un lugar así.

—Padre, me encuentro más cómodo en este lugar.

—¿Por qué?

Alain no tenía una razón concreta por la que prefería vivir en aquel mísero hotel y no en su magnífica casa, en su cuarto, el mismo que tuvo desde que abandonó la cuna hasta que se casó, y el que ocupó después de que muriera María Dolores, cuando regresó de España. No quería contarle a su padre que allí, en la casa del bulevar Víctor Hugo, se sentiría como un traidor, como un cuervo que había entrado a robar un bien familiar que nunca compró y que poseía por una herencia en vida, un privilegio de primogénito. Que con ello había hurtado a su madre y a sus hermanas; y que hasta era posible que nunca más las volviera a ver, pues el dinero que le habían entregado en préstamo con la garantía de la casa de Antibes no lo podría devolver. Eso lo supo antes de firmar en la notaría.

—Te he preguntado que por qué no vas a tu casa. Yo voy poco por allí, pero cada tres o cuatro días me doy una vuelta y descanso unas horas en mi cama.

Alain volvió a permanecer en silencio. No sabía qué responder. Se limitó a dar una calada.

—¿Me puedo sentar? Esta es *tu casa* —comentó con sorna—, me imagino que tendré que pedirte permiso para todo lo que quiera hacer aquí.

Sin esperar la autorización, como era habitual, el general tomó asiento y volvió a observar despectivamente las paredes y el techo, donde unas goteras habían transformado el blanco de la pintura en una tonalidad cenicienta.

—¿Qué has hecho?

Alain cerró los ojos. Lo sabía, aquella pregunta denotaba que su padre se había enterado del préstamo que había suscrito con el judío en el despacho de Jean-Pierre Sablé.

—Pensaba que los notarios eran profesionales discretos y que lo que se formalizaba en sus oficinas era confidencial.

El padre se levantó hecho una furia y agarró a su hijo por las solapas del pijama. Sin pronunciar palabra alguna, lo zarandeó y después lo lanzó a la cama. El general, a pesar de los años, gozaba de una magnífica salud y exhibía una fuerza y vitalidad envidiables.

—¿Cómo has podido regalar nuestra casa? Dime por qué lo has hecho. La casa de Antibes donde ahora está tu madre y tus hermanas no era tuya; quizá un papel dice que sí, pero los dos sabemos que esa vivienda no te pertenece, que es de la familia y tú se la has regalado a un maldito judío a cambio de un plato de lentejas, como hizo Esaú a su hermano Jacob.

—¡No me hable ahora de la Biblia, Padre! Necesito el dinero. Lo necesito, devolveré ese préstamo y ellas nunca lo sabrán —intentó explicar Alain, que reprimía como podía el sofoco.

El general se volvió a sentar y contempló a su hijo, tirado en la cama, sin afeitar, con un pijama sucio, viviendo en una habitación de hotel, casi un figón, insalubre, fría e indigna de alguien con su apellido. «¡Dios mío!, ¿qué he hecho mal para que me hayas castigado de esta manera, con esta crueldad máxima?», se preguntaba derrotado. Después de unos instantes, volvió a hablar.

—¿Para qué lo necesitas?

Alain no pronunció palabra alguna. No podía decirle por qué había vendido la casa y en qué iba a emplear el dinero. Se armó de valor y le mantuvo la mirada, no quería huir de él como si fuera un cobarde. Su empresa se situaba muy por encima de la trifulca que mantenían y no estaba dispuesto a ponerla en peligro con una confesión. Optó por callar.

—Veo que no me lo quieres decir…

El padre se llevó la palma de la mano a la frente. Estaba sudando a pesar del frío que hacía en la habitación.

—Mi obligación sería detenerte y acusarte de alta traición. Es posible que hasta estés trabajando para el enemigo —elucubró con su displicencia acostumbrada.

—Haga lo que tenga que hacer, mi general —fue la respuesta del diplomático, que no quería contestar a las denigrantes y viles provocaciones de su padre.

—Te debería abofetear.

—Le digo lo mismo, mi general, haga lo que entienda oportuno —repuso Alain ante la afrenta de su progenitor.

—¿Me puedes indicar por lo menos hacia dónde te vas a mover? Porque no creo que hayas vendido la casa para quedarte a vivir aquí.

—Me vuelvo a España —sentenció el hijo, después de dudar en su respuesta.

Alain le había fallado como todo: como el militar que nunca quiso ser, como el hijo sumiso que él fue, y ahora parecía también que le había fallado como francés.

—¿Quieres salir en tren? —preguntó, en una de aquellas pausas.

Alain asintió.

—¿Por qué no te has ido ya?

—Lo sabe usted muy bien, porque no encuentro billete y no quiero gastar dinero en sobornos para conseguir uno —aseguró, después de apurar el cigarrillo y apagarlo contra el lavabo.

El general se sentó y pidió a su hijo papel, pluma y tinta. Comenzó a escribir.

—En la estación de Orsay buscas a Morisot, su director, y le entregas esta carta. Trabajó a mis órdenes durante muchos años aquí, en París. Él te facilitará el billete por lo menos hasta Biarritz, una vez que llegues allí, no te costará trabajo entrar en España.

Después se dirigió hacia la puerta y antes de salir, se volvió y, para sorpresa del hijo, el padre le ofreció la mano.

—Hijo, que tengas suerte —fueron las últimas palabras del general. Con total seguridad, el militar suponía que aquella sería la última vez que vería vivo a su hijo. Se imaginaba para qué había querido conseguir tanto dinero, «y de un viaje a la locura, nadie regresa con vida», sentenció para sus adentros, mientras abandonaba el hotel en el que se alojaba su pequeño Alain por no querer compartir techo con él.

Año 1915

46

Alain no regresó a España hasta el tres de enero. Aunque el destino del tren que partió de la estación de Orsay era Biarritz, él se apeó en Burdeos y, después de mucho esperar, consiguió a un precio abusivo un billete para Perpignan vía Toulouse. Después tardó otros tres días en llegar a la frontera española por Le Perthus.

Barcelona recibió al diplomático con la prolongada resaca del fin de año. La guerra estaba sirviendo para que muchos empresarios acometieran fructíferos negocios con los bloques en conflicto, y ello generaba dos movimientos económicos contrarios. Por un lado, el desproporcionado enriquecimiento de aquellos basado en unas transacciones lucrativas motivadas por la inaplazable necesidad de los países beligerantes, que no reparaban en el precio con tal de poder contar con productos básicos, como frutas, verduras, hortalizas o conservas. Y por otro, estaba produciéndose una carestía de la vida de la clase obrera, que veía cómo los bienes de primera necesidad escaseaban o habían subido disparatadamente de precio. Ello había desembocado en el masivo apoyo a las huelgas que se convocaban continuamente y en casi todos los sectores: ferroviarios, estibadores, estudiantes…

Lo primero que Alain hizo fue buscar alojamiento. Lo encontró en la pensión Splendide, un establecimiento situado en la calle Pelayo, al norte de Ciutat Vella. La habitación era muy sencilla, dotada de un mobiliario simple y viejo, pero limpio, que era lo que más apreciaba el francés: una mesa de madera con los bordes desgastados por el uso, una silla que parecía resistente, una lamparita con una bombilla nueva que daba buena luz, y una cama con un colchón de borra pero con cabecero y pies. No quería gastar el dinero en algo superfluo como hubiera sido un acomodo mejor.

El cuatro de enero salió a la calle con dos cosas: una era intangible y otra asible. La primera, un objetivo clavado en su cerebro. La segunda, un ejemplar de *La Vanguardia* para entretenerse las horas que, suponía, tenía por delante.

El castillo de Montjuic era una fortificación de aspecto pétreo, comprimida, tétrica y desagradable a la vista, como son todos los centros penitenciarios, que se levanta en la zona Oeste de la ciudad, sobre una montaña desde la que se domina toda la ciudad y su

importante puerto comercial. Tiene varias puertas de entrada pero el francés se decantó por esperar en la principal.

Halló un banco al sol y se dispuso a emplear los minutos en algo que odiaba: hacer tiempo. Alain no soportaba tener que aguardar a que las cosas acontecieran, tenía que ir a por ellas, provocar los hechos, no esperar a que los mismos sucedieran por la eventualidad de una fuerza externa.

El público que salía y entraba de la cárcel era prácticamente homogéneo. La mayoría mujeres, que escondían su cabeza bajo un pañuelo oscuro y los hombros con un chal, a veces acompañadas por niños. Sus expresiones eran tristes y sus miradas se clavaban en el suelo como si les hiciera daño la poca fuerza del sol de enero. Y caminaban en silencio, aunque fueran tres o cuatro juntas, absortas en sus despedazadas vidas interiores y en la miserable situación de los seres queridos que acababan de dejar abandonados tras unos barrotes oxidados.

Pero el francés buscaba un perfil de público específico y tendría que jugar a las suposiciones. «No —pensó Alain—, aquellas mujeres no son la razón por la que he venido a Barcelona».

Pasadas las tres de la tarde salió un grupo de cinco personas, todos hombres, que charlaban entre sí y reían en animada conversación.

Aquellos no tenían aspecto de reclusos que acaban de obtener la libertad ni tampoco de familiares que hubieran acudido al penal de visita. Alain no albergaba duda alguna sobre quiénes eran esas personas y cuáles eran sus cometidos dentro de la cárcel.

Comenzaron a caminar hacia la ciudad y el francés, después de apagar el quinto cigarrillo que había fumado desde que comenzó la espera, se dispuso a seguirlos a distancia prudencial mientras bajaban por las huertas de San Beltrán. Llegaron a la estrecha calle Fontrodona y continuaron hasta Marques del Duero, aunque todo el mundo conocía aquella avenida como *El Paralelo*. Allí el grupo se despidió y, en tanto el resto puso rumbo hacia el puerto, un hombrecillo muy flaco, que andaba mostrando una ligera rigidez en su pierna derecha, se encaminó por la ronda de San Juan. Vestía una chaqueta gruesa de pana marrón y unos pantalones grises, de franela. La cabeza la llevaba cubierta con una gorra negra. El francés optó por seguir a este último ya que entendía que una persona en soledad sería mucho más abordable que cuatro a la vez.

Alain se aproximó al hombre a quien seguía, que caminaba cabizbajo y con las manos en los bolsillos, despacio, como si no tuviera prisa por llegar al destino. Dobló por la calle Lealtad y, casi

esquina a Carretas, se metió en un portal que se encontraba abierto. El diplomático retuvo el número de la calle, pero esta vez no estaba dispuesto a esperar. Entró en una taberna próxima y pidió un vaso de vino y un bocadillo de butifarra. El camarero le atendió en catalán pero al ver la cara de desconcierto de Alain pasó al español:

—¿Quiere también una ración de queso? Lo tenemos muy bueno.

El francés aceptó el ofrecimiento del tabernero y comenzó a charlar con él. Se le veía con ganas de agradar y de atender a un cliente al que no conocía y que, por sus maneras e incluso por su forma de vestir, no era de la zona. Enseguida se lo preguntó.

—No, estoy en Barcelona por asuntos, negocios —respondió Alain, sin especificar.

—Relacionados con la guerra europea, ¿no? —dedujo el camarero, un hombre muy corpulento, con una cabeza gruesa que parecía emerger del tronco sin que hubiera cuello de por medio, con un bigote tan poblado que casi le tapaba la boca. Alain se fijó en las manos, fuertes, nervudas, con dedos recios y uñas duras.

—Yo creo que todo lo que pasa en Europa, de una manera o de otra, está relacionado con la guerra, ¿no le parece a usted? —inquirió Alain.

—¿Es usted francés?

—No, soy belga.

—¿Belga?, nunca había conocido a un belga —afirmó el hombre, con una brizna de sorpresa en su rostro.

La conversación continuó después por derroteros banales hasta que el francés entendió que había llegado el momento de obtener provecho de la buena relación que había establecido con el bodeguero.

—Querría ver al funcionario de Montjuic que vive en la casa de ahí enfrente —pidió, sin ambages.

—¿A quién, al Josep?

—Sí, Josep —concedió Alain con el mayor grado de convencimiento que pudo mostrar aunque, lógicamente, desconocía el nombre de la persona a la que había seguido y de la que presuponía su profesión.

El camarero chilló a un niño que andaba limpiando unas mesas y le ordenó, en catalán, que fuera a casa del Josep, que preguntaban por él.

A los diez minutos, el mismo hombre que había salido de la prisión aparecía por el umbral de la taberna, con la gorra sujeta nerviosamente entre las manos y buscando con la mirada la razón

por la que le habían llamado.

El niño señaló al francés. Este le pidió que se sentara junto a él.

—Perdone que le haya llamado así y gracias por venir.

—¿Qué quiere usted? —preguntó el hombre, receloso y con la mirada huidiza y acobardada.

—¿Le apetece tomar algo? Me dispongo a comer.

—Estas no son horas de comer, amigo.

—¿Amigo?, espero serlo —deseó Alain, dibujando una discreta sonrisa que pretendía ser tranquilizadora—. De todas maneras siempre es buen momento para tomar un poco de jamón y queso.

El francés hizo un gesto al camarero y, al momento, se vio rodeado de un plato de jamón, otro de queso, uno pequeño de aceitunas, unos trozos de pan y dos vasos de vino, ya que el funcionario se había animado a pedir uno también.

—Se preguntará usted para qué le he llamado.

El hombre no respondió y se limitó a beber un buen trago del vaso.

—He venido a Barcelona porque estoy reuniendo información sobre una persona.

—¿Sobre quién?

—Sobre alguien a quien usted probablemente conoció, y bien. Sobre Francisco Ferrer Guardia.

Al escuchar el nombre del anarquista, Josep apuró apresuradamente el vaso de vino. Alain levantó la mano para que se lo llenaran. También probó un trozo de jamón, pues no estaba dispuesto a renunciar a unas viandas que normalmente no consumía ya que los ingresos como carcelero no le permitían exquisiteces gastronómicas.

—Ferrer Guardia está muerto —aseveró, después de masticar, tajante.

—Lo sé, lo sabemos todos, Josep; y cuando digo todos, me refiero a que la noticia trascendió las fronteras españolas. De hecho, en París y en otras ciudades europeas hubo numerosas manifestaciones de condena por aquella sentencia. En mi país, concretamente en Bruselas, llegó incluso a erigirse un monumento a este señor, en la plaza de Santa Catalina, para algunos un auténtico personaje, una enseña de la libertad, un líder. Fue lo primero que derribaron los alemanes cuando entraron a finales del verano. ¿Sabía usted eso?

—Algo había oído.

—Bueno, creo que muchas personas se acercaron al consulado alemán de aquí, de Barcelona, para expresar su felicitación.

—Mire, yo no sé qué busca. Yo solo soy un funcionario de prisiones, un honrado obrero que busca un jornal…

—Tranquilo, Josep, que no he venido aquí para juzgarle, sería lo último que se me ocurriría. Ferrer Guardia y otros anarquistas fueron procesados por un tribunal que los halló culpables de los disturbios que se desarrollaron en esta ciudad durante el mes de agosto de 1909. ¿No es así?

—Seguro que lo sabe usted mejor que yo.

—No crea. Yo no vivía en Barcelona cuando se produjo la llamada a los reservistas para que fueran a morir a África para defender el dinero de Romanones.

Al escuchar esto, el funcionario se levantó e hizo intención de marcharse. Alain tuvo que sujetarlo por el brazo e invitarle a que se sentara de nuevo.

—Yo no me quiero meter en política. Le repito que yo…

—…sí, que solo es un funcionario y seguro que muy honrado. De verdad, Josep, que no he venido a Barcelona a juzgar a nadie. Lo que quiero son algunos nombres.

—¿Nombres?, ¿por quién me toma usted, por un chivato?

—No, le tomo por una persona que va a ganarse un dinero por darme el nombre de alguien que, haya hecho lo que haya hecho, ya lo ha pagado.

El hombre no sabía si marcharse y dejar allí al belga o permanecer durante unos minutos más, a ver en qué quedaba aquello. Optó por la segunda alternativa. El jamón, el queso y el vino terminaron por convencerle más que los argumentos del desconocido.

—Lo que sucedió en aquellos días fue muy grave —continuó Alain—, no hace falta que yo se lo recuerde: quema de conventos, huelgas, manifestaciones, actuaciones policiales, fábricas arrasadas, la población en armas, el ejército en la calle… Al final casi cien muertos, cientos de heridos, más de cien edificios incendiados y cinco fusilados: Baró, Malet, García, del Hoyo y Ferrer —el francés se los sabía de memoria.

La actitud de Josep había pasado de la sorpresa a la curiosidad. «¿Quién diablos será esta persona que sabe tanto sobre algo sucedido en nuestra ciudad hace más de cinco años?», se preguntó intrigado.

—Ya digo, lo que sucedió en aquel verano aquí, en Barcelona, fue una desgracia. Sobre todo para los muertos, pero también para

Maura. Su Rey optó por mandarlo a casa una temporada y sustituirlo por alguien más liberal, como era en su momento Segismundo Moret, aunque también mucho más débil y sin tantos apoyos.

Mientras le escuchaba, el funcionario de prisiones no paraba de comer, sobre todo jamón. Tal era así, que el francés había pedido el segundo plato a un tabernero que no apartaba la vista de la conversación, haciendo todo lo posible por captar lo máximo.

—Yo trabajo para un periódico belga. Permítame que no revele la identidad de mi diario porque no estoy autorizado para ello. Lo que queremos saber es cómo vivía Francisco Ferrer en la prisión, qué cosas contaba, qué les decía a sus compañeros, qué sucedió en los últimos días, cómo se despidió cuando lo fusilaron en el foso de Santa Amalia —a pesar de haberse marchado de España en el año 1907, Alain había seguido muy de cerca las noticias que se producían en el país; y los hechos que se suscitaron dos años después de su partida ocuparon su atención, siguiéndolos con intranquilidad y temor.

—Yo no sé nada de todo eso.

—Normal, Josep, normal que usted no supiera nada. Usted ejercía su labor y, lógicamente, no se va a poner a hablar con los presos, y menos con aquellos tan especiales. Pero seguro que usted sabrá de reclusos que hoy estarán en libertad y que sí conocieron a Ferrer. ¿No es así?

El funcionario miró a ambos lados. A pesar de darle la posibilidad de comer unas lonchas de jamón, aquella persona no le gustaba, no le inspiraba confianza.

Ante el silencio del funcionario, el francés insistió:

—Quiero conocer a gente que lo trató. Personas que ya han pagado su culpa, la que fuera, y que hoy son ciudadanos libres, como usted y como yo.

—Yo no sé nada ni conozco a nadie.

Alain se recostó sobre su silla y prendió un cigarrillo. Después de la primera calada, ofreció al funcionario un dato que no podía ser más revelador:

—Josep, hubo miles de detenidos y se juzgaron a más de dos mil personas. Aparte de las cinco penas de muerte, hubo más de cincuenta perpetuas y otras muchas condenas menores. Seguro que hay gente que ya haya cumplido su pena, o que se la hayan rebajado por la razón que sea y que ahora esté ya en la calle. Josep, las deudas que se contraen con la sociedad son como facturas; una vez que se satisfacen ya no hay que abonarlas otra vez, y yo no

quiero que nadie pague por lo mismo dos veces.

—Le repito que yo no sé nada ni conozco a nadie. Y ahora, si me disculpa…

—Espere, le digo, no se vaya —Alain volvió a retener al funcionario. No imaginaba que iba a encontrarse con alguien tan poco colaborador—. Solo quiero el nombre de alguna persona que pudiera haber conocido a Ferrer dentro de la cárcel.

—Mire, ahora no puedo darle ningún nombre —resolvió el funcionario, de improviso—. ¿Por qué no nos vemos mañana a esta misma hora aquí, en la taberna?

—¿Y por qué no podemos cerrar el asunto ahora?

—Tengo que marcharme, mañana a la misma hora. Recuérdelo —advirtió, ya a medio levantar.

Esta vez Alain no hizo el menor esfuerzo por retener al carcelero. Al francés no le gustaba postergar las cosas, pero un día no era más que eso, veinticuatro horas de amarga y angustiosa espera.

47

Nunca podía haber imaginado Fritz Springer que iba a jugar el rol de agente de artistas, y menos aun que iba a formalizar un contrato tan beneficioso como el que firmó el día siguiente al que Leonardo Rubiales conoció a Bertha. El empresario había preparado un borrador que se formalizaría cuando *la gran actriz de fama y renombre internacionales* debutara en el Apolo, cuya fecha prevista era el seis de enero.

Desde aquella noche en que los dos farsantes intimaron, la actitud de Bertha hacia el espía alemán había cambiado diametralmente. Le exigía que la llevara al Price, a la Zarzuela —en la mejor localidad, pagando las veintidós pesetas del palco proscenio—, y a comer y a cenar a los mejores restaurantes, siempre haciendo la ostentación que se le supone a la más grande. El medio de transporte que utilizaba la pareja no podía ser otro que un automóvil —Kathrin se lamentó que el invierno madrileño fuera tan riguroso, porque de lo contrario se exhibiría en un vehículo descubierto, para lucirse más y que todo el mundo se preguntara quién era aquella mujer tan extravagante y altanera—. En su agenda figuraba acudir a una merienda en el Ritz y a un baile en el hotel donde se alojaban, en el Palace.

Mientras Bertha trabajaba en el teatro, en ensayos y en pruebas de vestuario y maquillaje, Fritz aprovechó el tiempo con eficacia. Se dirigió a la calle Marqués de Cubas, donde se encontraba la sede de *El Liberal*; a Floridablanca, donde se hallaba la redacción del *Diario Universal*, a la de San Marcos, en la que se ubicaba la de *El Mundo*; a la calle Serrano, a las oficinas del *ABC* y, por último, a la calle Colegiata, a la central del *Heraldo de Madrid*, en cuya portería preguntó por la persona que llevaba la sección de espectáculos.

—Aguarde un momento —le pidió el ordenanza de la entrada.

—¿Bertha?, no, la verdad es que no he oído hablar de ella —le respondió un hombre de aspecto triste y enfermizo, que le atendió con desconfianza en la redacción del diario, sentado a una mesa poblada de papeles y rodeado de multitud de personas que aporreaban con gran estruendo las máquinas de escribir.

—Sería bueno que este periódico, que es uno de los más importantes de la ciudad —aduló Fritz, ladinamente—, tuviera al frente de sus secciones más significativas a profesionales cualificados.

El espía alemán arrojó desdeñosamente sobre la mesa los cinco

periódicos que había llevado Bertha y que tanto impresionaron a Leonardo Rubiales cuando se los enseñó en el Palace, así como el cuadernillo que había impreso en Madrid con la falsa vida de la artista.

—Me imagino que sí se habrá enterado del grave accidente que nos privó de las interpretaciones de Mercedes Pardo, ¿o eso tampoco lo sabe?

—Claro que nuestro periódico cubrió la noticia —respondió categórico el periodista.

—Pues el teatro Apolo ha corrido a presentar una oferta a mi representada, Bertha, actriz de fama europea y muy pronto mundial. Va a interpretar la misma obra desde la noche del seis de enero. ¿Les interesa hacer un reportaje sobre el magno evento?

Posteriormente el espía pasó a dar un par de nombres de directivos del diario que fingió haber tratado —y que, por supuesto, desconocía—, extraídos de la relación nominativa que incluía el periódico en su interior.

—Será, y con diferencia, el estreno más esperado de la temporada.

Después de que Fritz continuara hablando durante cinco minutos más, el periodista formuló la pregunta que el alemán esperaba con astucia:

—¿Y cuándo podríamos acudir a su hotel para realizar un reportaje? Me gustaría, si es posible, tomar fotos a la gran actriz.

—No, las fotos no están permitidas, pero puede utilizar las del cuadernillo, son promocionales —el falso representante de Bertha estaba consiguiendo todo lo que se proponía.

El cinco de enero Fritz acudió al teatro donde la compañía ensayaba uno de los cuadros de *Las amapolas verdes*, la obra que había representado Mercedes Pardo y que, a partir del día siguiente, interpretaría su compañera de misión. Al entrar en el edificio fue saludado por una mujer que limpiaba los latones de la barandilla de la escalera que conducía a los pisos superiores. La señora mostró su sonrisa más amplia. La llegada de la nueva actriz había causado una pequeña revolución en toda la plantilla del teatro, y todos les conocían, tanto a Bertha como a su representante.

—Buenos días señor Bastigan —parecía que no había nadie en Madrid capaz de pronunciar correctamente el falso apellido de Fritz —. ¿Quiere que me haga cargo de su abrigo y su sombrero? Así estará más cómodo.

Liberado de las prendas más pesadas, el espía entró en el patio de butacas y encendió un cigarrillo. La vista era impactante ya que

todo el teatro estaba tapizado en rojo, tanto los asientos como los cortinajes. Caminaba petulante y presumido, sabiéndose envidiado por todos. Ni Bertha ni él ocultaban, sino todo lo contrario, que la relación que mantenían trascendía el ámbito estrictamente profesional.

Se sentó en la quinta fila. Sobre el escenario se encontraba Bertha, con unos anchos y cómodos pantalones negros y una graciosa marinera a rayas horizontales blancas y azules. Enfrente, un figurante le daba la réplica argumental. A ambos lados varios actores esperaban su turno. En el centro de la escena se encontraba el director de la obra, que escuchaba atentamente las palabras del joven que daba el contrapunto a Bertha. Cuando este terminó una parrafada, la actriz, interpretando su papel, le recriminó algo, levantando airadamente la voz, a punto de estallar.

—Bertha, no te adelantes —la amonestó el director—. La réplica la tienes que dar en el mismo lugar, sin desplazarte. ¡Seguid!

Fritz se volvió y miró hacia los palcos que se encontraban en los laterales del patio de butacas. Los contó. En total eran catorce, y se preguntó cuál sería el que utilizaba normalmente el Rey para presenciar las obras de teatro y cómo se vería a Bertha desde allí. No se lo pensó dos veces y se encaminó hacia ellos. Al abandonar el patio de butacas por la puerta de la entrada, la limpiadora se ofreció en su ayuda.

—Querría comprobar qué tal se ve el escenario desde los palcos —explicó el alemán, a modo de justificación.

—Pues muy bien, ¿quiere que le acompañe?

—Estaría encantado. Se lo agradezco.

La mujer dejó el trapo sobre el pasamanos y se apresuró a atender al representante de la nueva gran estrella que había llegado a Madrid, y que el Apolo iba a tener la fortuna de dar a conocer a toda España.

—Aquí vendrá gente muy importante —supuso malintencionadamente Fritz, cuando ambos se encontraban en la zona de los palcos y en un claro intento de sonsacar información a la limpiadora.

—Mucha, el Apolo es el teatro más grande que hay en España y el más seguro. Por ejemplo, dicen que tiene el cortafuegos más potente del mundo, el que mejor aísla. Por cierto, ¿sabe usted qué es eso? —preguntó la mujer, en referencia al telón metálico que existe en todos los teatros y que separa el escenario del público en caso de incendio en el decorado—. ¡Ay, perdón!, ¡qué tonta soy! Le pregunto si sabe lo que es un telón cortafuegos a un hombre de

teatro como usted —se disculpó la mujer—. Bueno, pues el de aquí es de acero. Y muy grueso, que lo he visto yo cuando lo bajan para hacer simulacros. Dicen que sella a la perfección.

—Venga, sígame contando cosas del Apolo —pidió Fritz, que ni confirmó ni desmintió que conociera la función de un telón cortafuegos.

—Pues que son casi mil butacas sin contar los palcos, que en total hay treinta y seis. Aquí viene lo mejor de nuestra sociedad sobre todo a la cuarta función, la de la madrugada.

—No será para tanto. ¿No cree que exagera?

—¿Cómo que no es para tanto?, si hasta viene el mismísimo Rey.

—¿El Rey en su teatro, y a la *cuarta*? —Fritz fingió sorpresa. Esa particularidad ya la conocía porque lo sabía todo Madrid—. ¡Qué me dice! ¿Y dónde se sienta cuando viene?

—¡Venga conmigo!

La mujer fue caminando deprisa, medio correteando, por el pasillo interior situado a la derecha del escenario. Cuando llegó a la última puerta, la abrió con cuidado.

—Este es el palco que utiliza Su Majestad cuando viene con la Reina y su familia. Se lo tienen reservado para él. Hay veces que llega con la función empezada, sin avisar —matizó, a modo de confidencia.

Fritz entró junto a la limpiadora y se sentó en la butaca que estaba más a la izquierda. Desde ahí veía a Bertha y al resto de los componentes de la compañía como si estuviera al lado de ellos.

—¿Se sienta en esta silla? —escudriñó, refiriéndose al Rey aun sin nombrarlo.

—No, en la que está más a la derecha —la mujer sonrió, le hacía gracia la situación, ella nunca había hecho de cicerone en el teatro que limpiaba desde hacía más de veinte años.

—Se ve muy bien. No me extraña que Su Majestad venga tanto con la Reina… —Fritz había dejado abierta la frase a propósito, le gustaba juguetear con la mujer y hacerla hablar. Y ella, que le gustaban los chismes, disfrutaba con el momento.

—Bueno, es que algunas veces viene ella y otras no viene.

—¡Cómo!, ¿qué no siempre la Reina acompaña al Rey al teatro? ¿Y eso?

—Cuando Su Majestad viene solo se sienta en uno de los palcos del entresuelo, justo encima de este —señaló la limpiadora.

—¿Y eso, para qué lo hace?

—Me imagino que para que se le vea menos. Suele venir con un grupo de amigos, marqueses o condes o yo que sé, gente muy

encopetada.

Una vez terminada la fructífera conversación con la mujer, Fritz regresó al patio de butacas y siguió presenciando el ensayo para el estreno del día siguiente. Gracias a sus gestiones, y por qué no decirlo, a sus intimidaciones, la noticia del evento había sido cubierta por los principales periódicos de la capital y provocado que las localidades para los próximos siete días estuvieran agotadas en su totalidad.

«Vamos bien, Fritz, vamos bien», pensó el alemán, mientras se deleitaba con la visión de la mujer con quien compartía vida y cama desde hacía unos días.

48

Fiel a su promesa, al día siguiente Alain acudió a la misma taberna, siguiendo las instrucciones que le había indicado Josep, el escurridizo funcionario de prisiones que trabajaba en el castillo de Montjuic y que tan evasivo se había comportado con él.

El temblor en la mano del bodeguero fue la primera señal. La segunda, que en la taberna hubiera mucha más gente que el día anterior. Acodado a la barra, Alain barrió con la vista la nómina de clientes que se habían dado cita en el establecimiento. En una mesa, dos hombres entre treinta y cuarenta años jugaban al dominó; en el otro extremo, otros dos, de la misma edad, se encontraban charlando en voz baja y, por último, un quinto se hallaba sentado con un ejemplar de *La Tribuna*. Alain acababa de beber un trago del vaso de vino que le habían servido cuando dos policías prorrumpieron en la puerta, blandiendo un revólver en posición de disparo.

—¡Alto y levante las manos! —ladró el mayor de los dos.

En ese mismo instante, las personas que se encontraban en el interior, excepto el tabernero, se giraron y sacaron un arma de debajo de sus chaquetas. En décimas de segundo, el francés se encontró con siete cañones que le apuntaban en silencio. No quiso hacerlos hablar más y obedeció lentamente, sin mostrar signos externos de nerviosismo, mientras se apartaba cautelosamente de la barra.

—¡Tú, regístrale! —bramó el que parecía el jefe.

El hombre que lo acompañaba se acercó y, a empujones, le colocó con las palmas de las manos apoyadas a la pared y las piernas separadas. Sin obligarle a que se quitara el abrigo, lo palpó desde las axilas hasta los tobillos, para después subir hasta la entrepierna y terminar por la espalda. Nunca antes Alain había sido cacheado, pero no se imaginaba que se pudiera hacer peor ya que la pistola que se había colocado justo debajo del ombligo, sujeta con la parte delantera de los calzoncillos, no había sido descubierta.

—¡Vamos!, ¡gírate!

Alain lo hizo con lentitud. Al volverse completamente, los ojos del francés se posaron en la persona que hacía por esconderse detrás del jefe. El rostro de Josep revelaba un rictus de miedo mayor al mostrado el día anterior.

El hombre que mandaba a aquel grupo, después de ordenar a todos que guardaran sus armas, se acercó a Alain y le pegó un

puñetazo en la cara. El diplomático lo encajó desplazándose unos centímetros pero no hizo intención alguna de devolver el golpe.

—¿Quién eres tú, belga de mierda?

—No soy belga, soy francés.

—¡Lo ve, lo ve! —exclamó ilusionado el funcionario de prisiones —. ¡Ya le dije yo que ese hombre era un mentiroso, no hacía falta más que verle la cara!

—Es cierto, eso ha sido una mentira, pero no ha habido ninguna más —afirmó Alain, sereno, sorprendiéndose él mismo de evidenciar su voz tranquila, sin trastabillarse.

—¡No es cierto, este hombre no dice la verdad, seguro que todo lo que me dijo ayer era falso! ¡Pregúntele!, ¡pregúntele! —Josep se mostraba ahora exultante, ufano, más hablador. Poseía una protección de la que anteriormente había carecido.

—Repito, ¿quién eres tú? —volvió a preguntar el jefe, algo más calmado. A él tampoco le gustaba la actitud delatora del funcionario de prisiones.

—Soy un periodista francés, y mi periódico, cuyo nombre no puedo revelar, me ha enviado a Barcelona para elaborar un reportaje sobre las circunstancias que rodearon la muerte de Francisco Ferrer, un auténtico asesino.

—¿Un asesino? —al policía le extrañó el calificativo tan concluyente que utilizó el desconocido para referirse al anarquista.

—Somos muchos quienes pensamos que Francisco Ferrer fue un asesino —Alain mintió con suma naturalidad—, incluso que fue el instigador del atentado que casi costó la vida a Su Majestad, que Dios guarde, el día de su boda. Si recuerda usted —prosiguió el diplomático—, justo un año antes, en 1905, en mi país se produjo un atentado que estuvo a punto de matar a su Rey y a nuestro Presidente, *monsieur* Loubet, justo cuando salían de la ópera de París. ¿Lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo —respondió el policía, con sequedad y sin terminar de comprender qué clase de persona tenía delante.

—Nosotros, los franceses, queremos desmontar el mito que han creado algunos politicastros de izquierdas sobre los anarquistas, gente tan indeseable como Jaurès, un socialista francés que tuvo su merecido, o sus compinches, como Briand o Millerand.

—¿Tiene alguna documentación? —le cortó en seco el comisario, cansado de tanta palabrería.

Alain se metió la mano en el interior de su chaqueta y extrajo de ella el pasaporte. Tuvo cuidado de no mostrar la acreditación diplomática porque no quería que aquella estúpida acusación de

Josep le estropeara la misión que le había llevado a Barcelona, y que quería mantener en secreto, sin que lo supieran las autoridades consulares francesas.

El policía lo miró detenidamente. Asintió a la vez que se lo devolvía.

—Amigo, tenga cuidado y no se meta en problemas —le recomendó. Después miró a sus compañeros y les ordenó que abandonaran la taberna.

—¿Y no le va a detener? —se extrañó, inquieto y defraudado, el funcionario de prisiones.

—¡Calla, fantoche! —se oyó decir al comisario mientras se iba alejando por la calle. El resto de policías se fueron marchando en silencio hasta que se quedaron solos Alain y el bodeguero.

—¿Va querer otro vaso? Este es de parte de la casa.

Alain dudó pero terminó por decidirse.

—Solo si usted me acompaña. Voy a lavarme un poco la cara, que no sé si esa bestia me ha hecho sangre. ¿Dónde está el aseo?

Cuando el francés regresó del lavabo, frotándose el pómulo izquierdo, el tabernero escrutó su cara y opinó:

—Sangre no le ha hecho; se le pondrá el carrillo un poco rojo pero de ahí no pasará. En tres días nadie lo notará. ¿Dice usted bestia? Ha tenido suerte. Si lo hubiera pillado armado, o le dice algo que no le gusta, ese hombre lo podría haber matado aquí mismo. Es un cafre. Lo conozco bien.

Tras un vaso de vino llegó otro, esta vez con unas lonchas de jamón.

—Vinieron todos una hora antes de que llegara usted —precisó el hombre—, acompañados por el chivato del Josep, un mierda, una escoria conocida y despreciada en el barrio. Y también un cornudo —completó, sonriendo socarronamente—. Se casó con una mujer más joven que él que, por lo que dicen, trabajaba detrás del Liceo, ya me entiende —el tabernero le guiñó un ojo, en señal de complicidad—. Parece ser que un día el muy desgraciado se fue de putas y se enamoró de una tanto que se casó con ella. ¡Valiente gilipollas!

Alain sonrió con las explicaciones del hombre.

—¿Así que es periodista?

El francés lo miró y con los ojos respondió a todo lo que el bodeguero quería saber.

—¿Cómo se llama usted?

—Ricardo, Ricard, para servirle. Por cierto, miente usted muy bien.

—Cuando te juegas mucho, la mentira fluye con naturalidad. ¿No ha engañado usted nunca a su mujer?

—¡Hombre, qué cosas dice!, yo…

—¿A que cuando le preguntó su esposa en alguna ocasión eso de dónde vienes le parecía que sus palabras, al ofrecer la falsa explicación, salían solas?

El bodeguero sonrió.

—Me cae usted bien, pero creo que ha tenido mala suerte aquí, en Barcelona. Toparse con Josep es mala suerte. Es un malparido, un bicho acomplejado y un putero, además de funcionario de prisiones y, por tanto, un animal, un cobarde y un hijo de puta —Ricard no podía reprimir la inquina que le producía la imagen de Josep.

—¿Y por qué ha descubierto usted que mentía cuando hablaba de Francisco Ferrer?

—Por la cara, amigo. No hay mejor escuela de psicología que trabajar detrás de una barra, y sé cuándo se dice la verdad y cuándo se miente, y también he visto mentir a mucha gente delante de la policía.

—¿Ha sido usted policía? —preguntó Alain, movido por el comentario de Ricard.

—No, amigo, esos son los buenos. Yo siempre he ido con los malos.

El francés frunció el ceño.

—Me han detenido muchas veces. Ayer, cuando estuvo hablando con el Josep, intenté oír lo más posible, pero no quise intervenir. Estaba usted hablando con un aborto andante. No le podía advertir. Luego, ya ve, fue demasiado tarde —Ricard se sirvió otro vaso de vino—. Se preguntará usted por qué me han detenido. ¿No?

—Siga, por favor —el francés se mostraba cada vez más interesado por aquel hombre orondo que hablaba con un fuerte acento local.

—Porque yo sí conocí a Ferrer.

—¡Qué me dice!

—Sí, amigo, yo fui anarquista en su día; ahora me he vuelto más moderado, pero lo fui. Tuve la desgracia de ser uno de esos dos mil procesados que decía usted ayer, aunque solo estuve en la cárcel unas semanas. A mí no me llevaron a Montjuic. Yo estuve preso en la Celular. A la mayoría los llevaron al Castillo.

—¿Entonces?, ¿no dice que conoció a Ferrer?

—¡Claro que le conocí!, pero no en la cárcel. Yo iba a la Escuela Moderna, donde Ferrer era el director. ¡Qué hombre!, ¡tenía que

haberlo visto usted! —el tabernero desvió la mirada de los ojos de Alain y se quedó absorto en sus recuerdos—. Era una gran persona. Hablaba como nadie, un hombre muy culto, y siempre que decía una palabra, tenía razón —aseguraba con admiración—. Sus consideraciones eran lógicas, aplastantes, muy fundadas. Todos salíamos de allí convencidos de sus explicaciones.

En ese momento entró un hombre en la taberna y tuvieron que suspender la conversación. Alain se quedó mirando uno de los cuadros que decoraban las paredes de la bodega, un plano antiguo de Barcelona.

—Dígame dónde se hospeda que voy a hablar con la persona que está buscando. ¿Qué le parece? —le propuso, en voz baja, para que no le escuchara el hombre que acababa de entrar, un cliente habitual.

49

Rebotaba al igual que una pelota de goma estrellada con rabia contra el suelo. Así se comportaba el telón cuando bajaba. Inmediatamente, volvía a alzarse al cielo madrileño para que el público agasajara de nuevo a los actores. El Apolo se encontraba en pie, sin excepción. La compañía, agarrada de la mano, en fila y con Bertha justo en el epicentro del terremoto que acababa de provocar su actuación, saludaba a un auditorio entregado que se resistía a abandonar la sala.

Desde las últimas filas del patio de butacas, Leonardo Rubiales no se podía creer lo que estaba sucediendo. Las expectativas creadas ante la primera actuación de Bertha habían sido ampliamente superadas. No recordaba una noche de estreno igual. De hecho a algunos espectadores les debió parecer que los aplausos eran un reconocimiento escaso y comenzaron a tirar flores al escenario. La primera actriz se agachó a recoger un clavel, lo besó y lo devolvió al público.

En la cuarta fila, Petra Domínguez también se encontraba de pie, aplaudiendo a Bertha. María Luisa Moliner de Antofagasta, una amiga de la condesa del Mayo, era titular de dos abonos de temporada pero, como su marido se encontraba de viaje, le propuso que la acompañara:

—¿Tú conocías a esta actriz?

—No —respondió Petra, que tuvo que acercarse al oído de María Luisa porque el estruendo de los aplausos las impedía escucharse con claridad—, pero he leído en el *ABC* que se ha paseado por toda Europa y con éxito. No me extraña, es una mujer muy original — opinó la Condesa.

Entre bambalinas, Fritz se frotaba imaginariamente las manos. Se hallaba en uno de los laterales del escenario y veía toda la fila con precisión. Contemplaba a Bertha feliz, marcando reverencias al público y gobernando a toda la compañía, como si fuera ella quien la hubiera contratado y quien mandara sobre todos los actores.

Casi diez minutos después de haber finalizado la obra, el telón bajó por séptima y última vez. Los actores se abrazaron y todos fueron a saludar a Bertha, convertida en auténtica líder de aquel grupo de profesionales. Esta miró a Fritz y le guiñó un ojo. Todo había salido mucho mejor de lo que habían imaginado.

El elenco fue abandonando el escenario y, al pasar al lado del representante de la gran actriz, de la mujer con la que todos

querrían haber trabajado siempre, le saludaron con una pequeña reverencia. Ese hombre había sido capaz, según les habían dicho, de solucionar el problema creado con el accidente de Mercedes Pardo, «¡y de qué manera!», pensaban. Cuando Bertha, sudada y jadeante, llegó a su lado, lo abrazó por los hombros y le dio un beso en la boca que supuso la envidia de todo aquel que los miraba: las mujeres por no ser ella; los hombres por no ser él.

—¿Te ha gustado, jefe?

—Has estado fatal —le susurró al oído y sin perder la sonrisa—. No podías haberlo hecho peor, pero ha funcionado.

Después de un segundo beso dejó que María, su asistenta, la cubriera con una bata de seda.

—Ven, vamos al camerino —decidió la actriz.

Petra y María Luisa caminaban hacia la salida.

—¿Te ha gustado? —se interesó la señora de Antofagasta, a la vez que guardaba en el bolso los impertinentes que había usado para apreciar con mayor detalle a los actores.

—Ya había visto la obra interpretada por la Pardo —confesó Petra—. A mí me gusta mucho todo lo que escribe López Hinojosa, pero esta nueva actriz le da otro aire.

—Creo que es peor que Mercedes Pardo —contradijo la señora de Antofagasta.

—Pues no parece que esa sea la opinión general. ¿Cuántas veces ha subido y bajado el telón? ¿Habías visto antes algo igual?

—Pues no te sabría decir —dudó María Luisa, mientras abandonaban el patio de butacas—. Lo cierto es que la gente se lo ha pasado bien. He leído que de aquí embarca para la Argentina, de allí a Uruguay, y luego a no sé cuántos sitios más.

—¿Te apetece venir a casa? Podemos tomar una manzanilla. No creo que tu marido te esté esperando —comentó Petra con amable ironía, dado que María Luisa le había indicado antes que su esposo, Luis Antofagasta, se hallaba en Valencia en viaje de negocios.

—Me parece una magnífica idea —concedió la amiga, entretanto se ajustaba los manguitos para protegerse del frío, camino del coche de caballos que las aguardaba.

Los nudillos sonaron en la puerta del camerino de Bertha. Ella se encontraba sentada, junto al espejo donde se maquillaba, y Fritz de pie, al lado de un biombo adornado con motivos marinos,

inarmónico en un lugar así. La actriz autorizó la entrada de quien llamaba.

—Bertha, permítame que en nombre de todo el teatro y en el mío propio le dé mi más calurosa felicitación —Rubiales se encontraba sonriente y eufórico, incluso algo nervioso. En nada se parecía al evasivo hombre que recibió a Fritz en su despacho en el mes de diciembre.

—Muchas gracias, Rubiales, me alegro que le haya gustado —correspondió la artista.

—Ya ve que el público de Madrid se ha rendido a sus pies —tanto a Fritz como a Bertha el empresario les empezaba a parecer un hombre excesivamente empalagoso y repulsivo.

—Creo que esta es una de las noches más importantes del Apolo, ¿no cree? —indagó Fritz, mirando a Rubiales.

—¡Por supuesto, por supuesto! Y ahora, si me lo permite, querría presentarle a un caballero que se ha interesado por usted.

Bertha y Fritz se miraron con inquietud. No estaba previsto que en la primera noche alguien preguntara por la actriz. De hecho, el capitán había estado atento a la zona donde se sentaba habitualmente el Rey, pero no había visto a nadie que ni siquiera se le pareciese.

—Estaré encantada.

El empresario salió al pasillo y entró acompañado por un hombre alto, fuerte, con buena planta aunque de cabeza algo gorda. Por debajo de su recortado bigote, unos labios mostraban una sonrisa franca y un tanto pícara.

—Le presento al excelentísimo señor don José de Saavedra, Marqués de Viana y Grande de España —anunció Rubiales.

El cordobés, ceremonioso, se acercó a la actriz y besó su mano con delicadeza.

—Permita que le exprese mi mayor felicitación. Ha estado usted extraordinaria. No recordaba haber visto sobre un escenario madrileño a alguien que derrochara tanto garbo y tanta gracia a la hora de interpretar un papel.

—Muchas gracias, marqués. Es un placer haberle satisfecho.

—Voy a hacer todo lo posible por acudir más noches a presenciar esta obra —continuó el amigo íntimo del Rey, sin apartar la mirada de los electrizantes ojos de Bertha, que no habían perdido ni un ápice de belleza y magnetismo a pesar del cansancio producido por la representación—. Es lo menos que puedo hacer para corresponder al esfuerzo que ha realizado en su calendario. Ya he leído en los periódicos que va a dejarnos pronto.

—Sí, estará muy pocas semanas —confirmó Fritz, en calidad de su representante.

—Bueno, bueno, ya veremos. Es posible que la decisión no esté completamente cerrada —intervino Rubiales.

—Mi trabajo, marqués, es interpretar mi papel lo mejor que sé, el resto lo dejo en otras manos más expertas —recordó la actriz, mientras miraba ostensiblemente a Fritz.

—Señores, creo que tenemos que dejar descansar a Bertha —zanjó el alemán—. Ha sido un día muy intenso y mañana tiene que estar dispuesta de nuevo para agradar al público, tal y como ha hecho hoy.

—Bertha, espero que podamos vernos de nuevo, muy pronto —deseó el marqués—. Quizá fuera de este lugar, que Madrid tiene rincones hermosísimos que son dignos de ser visitados por una belleza como la suya.

Fritz habría golpeado al marqués de Viana hasta cansarse. No sabría si por la manera que tenía de hablar, cargante, barroca, rebuscada, o bien movido por un inopinado ataque de celos. No en vano, desde que se había confirmado su actuación en el Apolo, Bertha le regalaba los mejores momentos que había vivido con una mujer. Pero se contuvo. Era un profesional de la inteligencia y tenía que actuar con raciocinio y siempre en beneficio de su país, y la noche no pudo resultar más exitosa.

—¡Lo has hecho fatal! —exclamó Fritz, después de que se hubieran marchado el marqués y el empresario.

—¿Qué he hecho mal? —bramó Bertha—. ¿Con este imbécil?

—No, ahora no, me refiero durante la representación. Te has equivocado varias veces.

—¿Y qué? El público ha salido encantado. A lo mejor ha sido incluso eso, los equívocos, lo que más les ha gustado, y mi manera de salir de ellos.

—Has estado a punto de echarlo todo a perder —el alemán había bajado el tono de su crítica—. Tenías que haberte aprendido mejor el papel.

Bertha se acercó y rodeó el cuello del capitán con sus brazos. Lo besó; lo volvió a besar; repitió.

—Anda, sal y dile a María que se vaya a su casa, que hoy no la necesitaré. A ver si en eso otro también me equivoco —musitó, sin dejar de besarlo.

Siempre que Petra salía por la noche daba instrucciones a Elisa

para que siguiera alimentando la chimenea, por si se terciaba al regreso quedarse un tiempo más en el salón antes de acostarse. Así, cuando las dos amigas entraron en la estancia, la encontraron caldeada y acogedora. Hacía ya muchas horas que la noche madrileña había mostrado sus heladas garras.

—Y a Luis, ¿qué tal le va en Valencia? —preguntó la anfitriona, después de tomar el primer sorbo de la infusión que había preparado la doncella.

—Me dice que muy bien, Petra. Los pedidos se han incrementado notablemente respecto al año pasado.

—Así que los franceses necesitan más naranjas —dedujo la Condesa.

—Naranjas y aceite, y no solo los franceses. Las exportaciones de la empresa de Luis van también a Italia que, aunque todavía no ha entrado en guerra, tiene problemas con sus suministradores habituales. Y lo mismo les ocurre a Inglaterra y a Alemania.

—¿A Italia y a Alemania también? —preguntó muy sorprendida la anfitriona.

—A todos los países, Petra, al que pague. Como ves, los naranjos y los olivos no tienen ideas políticas propias.

—Ni quien lo vende, ¿no?

—¿Es una pregunta inocente o es un reproche? Que yo sepa, Italia no está en guerra con nadie.

—Todavía, María Luisa, todavía; pero lo estará —sentenció la condesa del Mayo—. ¿Y Alemania, tampoco está en guerra?

—Conoces perfectamente la respuesta —el rictus de la señora de Antofagasta acusaba el tono que iba adquiriendo la conversación.

—¿Y cómo podéis vender a Alemania? —la anfitriona no aceptaba la frialdad con que hablaba su amiga, como si los compradores de los productos que se elaboraban en las empresas de su marido fueran clientes normales en épocas de paz.

—¿Por qué, Petra, es que los aliados son los que llevan razón?

—Esta guerra la empezaron los alemanes, que no se te olvide, María Luisa.

—No, esta guerra la empezaron los rusos con sus movilizaciones —corrigió la mujer del empresario, que interpretaba la situación desde su punto de vista.

—Mover tropas no es razón para declarar la guerra a un país. Dentro de su territorio, los militares pueden hacer lo que quieran con su ejército.

La relación entre las dos mujeres había experimentado un giro sustancial durante la noche. Habían pasado de ser dos amigas que

acudían juntas al teatro a manifestarse como convencidas representantes de dos posturas enfrentadas ante la guerra, sus orígenes y sus contendientes. Sus perspectivas se movían por intereses divergentes. María Luisa Moliner de Antofagasta contemplaba el conflicto como una fuente de ingresos y Petra Domínguez lo consideraba desde la misma óptica que Alain, el hombre que la había hecho ver el mundo desde un ángulo distinto.

—¿Y qué vais a hacer con tanto dinero?

—No es tanto, Petra, que también hay que pagar el transporte, que se ha encarecido, y el sueldo de los jornaleros, que no te puedes imaginar lo reivindicativos que se han vuelto desde que el gobierno no supo ponerlos firmes cuando lo de Barcelona, hace unos años.

—Pero me acabas de decir que estáis vendiendo mucho más. Por eso te digo lo del dinero.

—Luis quiere comprar un edificio en ruinas en la calle Serrano, demolerlo entero y construir uno nuevo.

—Buena operación parece.

—Ya sabes que yo no entiendo de esas cosas. Para todo lo del dinero, Luis es muy suyo.

—¿Pero no sería más lógico que si el dinero se obtiene de un negocio, el beneficio se aplique también en el negocio y no en operaciones especulativas?

María Luisa se encogió de hombros sin saber qué responder. Quizá sería por aquello de que Luis *era muy suyo* con lo del dinero.

Petra sintió desprecio por su amiga. Estaba pensando en realizar una lucrativa operación inmobiliaria con el dinero obtenido al alimentar a países enemigos enfrentados en una conflagración bélica.

—Es decir, que a vosotros os interesa que la guerra se alargue lo más posible.

—Mirándolo desde un punto de vista empresarial, pues sí, te confieso que sí —reconoció la mujer del empresario, con la sonrisa boba de la persona que solo contempla los acontecimientos desde la barrera de sus intereses.

—¿Y sabes qué supone eso? —inquirió Petra.

La invitada volvió a encogerse de hombros y su mirada huyó de los inquisitivos ojos de la anfitriona.

—Pues te lo voy a decir, María Luisa, por si no te lo ha dicho tu marido. Cuánto más tiempo que dure esta guerra, más gente morirá, y más viudas y huérfanos habrá.

—No por nuestra culpa, que hablas de Luis como si fuera un criminal.

—Entonces, si la guerra continúa, veo que tu marido y tú vais a haceros con el barrio de Salamanca entero. Ese es vuestro gran sueño, que la guerra dure meses y meses, ¿y por qué no años y años?

—Se me hace tarde, Petra, voy a tener que marcharme —se disculpó la señora de Antofagasta, mientras miraba el reloj, aunque no se fijara en lo que marcaban las manillas.

Petra ni siquiera la acompañó a la puerta.

Había transcurrido más de una hora desde que terminó la función, pero la paciencia de los periodistas había demostrado ser infinita. Cuando Bertha y Fritz salieron a la calle todavía quedaban seis reporteros y dos fotógrafos esperando a la protagonista de la noche.

—Bertha, ¿cómo se ha sentido en su primera representación? —planteó el primero.

La actriz, sin perder la sonrisa, y sabiendo que todo aquello formaba parte del plan, fue respondiendo pacientemente a todas las cuestiones que la formularon. Después de contestar a una docena de preguntas, haciendo gala de ingenio y de capacidad de improvisación, posó junto al cartel de la obra de teatro que acababa de representar.

—Señores, por favor, vamos a tener que marcharnos. Seguro que lo comprenderán —pidió el alemán.

Fritz agarró del brazo a Bertha y la llevó hacia el coche que tenían contratado, cuyo chófer se había quedado dormido.

50

Alain se despertó con el segundo golpe que dieron en su puerta. Encendió la luz con la pera y comprobó la hora: las dos y cuarto de la madrugada. El tercer golpe, como todos, suave y discreto, lo escuchó con perfecta nitidez. Se acercó a la hoja:

—Soy el Joaquín, el vigilante de la noche —respondió el empleado de la pensión Splendide, desde el pasillo.

Nada más girar la llave de la cerradura, la puerta se abrió con violencia y el primero de los hombres que entró lo empujó con tanta fuerza que lo lanzó a la cama. A continuación, otros dos se tiraron sobre el diplomático, le agarraron por los brazos y lo voltearon sobre el colchón. Le pusieron un trapo en la boca y lo sujetaron con firmeza. Alain intentó inútilmente zafarse de las tres personas que lo estaban reteniendo, pero era imposible, tenían mucha más fuerza que él.

—*Au calla!* —le ordenaron.

La única persona que había hablado, y que sin lugar a dudas era el jefe del grupo, era un hombre que tenía que ser bastante más joven de lo que aparentaba. Las arrugas ajaban su rostro al punto de convertirlo en algo caduco. El pelo lo tenía recortado con esmero, así como el bigote, aunque un poco más cano. Se le apreciaba una cierta distinción, tanto en la mirada como en el porte. Vestía una chaqueta de pana negra con coderas que, de no ser por el material con que estaba confeccionada, parecería hecha a medida.

Junto a él también entraron dos personas. Uno de ellos era un muchacho menor de veinte años, con el pelo rubio y liso cortado a flequillo, y muy bien peinado, con mirada extraña y algo dispersa, al que parecía que le costaba trabajo fijar la vista.

El otro hombre que los acompañaba era Ricard, el tabernero.

—*Tanco la porta?* —preguntó el empleado de la pensión.

El hombre de la frente arrugada asintió. Posteriormente miró con profundidad al francés. Barrió con la vista la pequeña estancia y después lanzó una serie de instrucciones a las personas que habían entrado en la habitación. Como si aquello fuera una maniobra habitual, y mientras dos hombres sujetaban a Alain, Ricard y otro compañero comenzaron a registrar la maleta del diplomático, los cajones de la mesa, la mesilla de noche, el interior del orinal...

Sin mediar palabra, lo levantaron y lo tumbaron en el suelo. Comenzó entonces el registro de la cama. La deshicieron entera, sacudiendo las sábanas, la almohada —fue en ese momento cuando

apareció el revólver— y el colchón hasta llegar al somier de alambres cruzados. Se fijaron si había alguna costura reciente. Lo último que registraron fue el abrigo. Ricard fue el encargado de ello. A los dos minutos de tentarlo con delicadeza, sonrió.

—*Andreu, son aquí!* —exclamó, dirigiéndose al jefe.

El hombre que mandaba a aquellas personas se levantó de la silla, parsimonioso, y sujetó el abrigo del francés por la zona de los botones. Con suavidad fue palpando los relieves que se apreciaban solamente al tacto, no a la vista.

—¿Cuántas monedas lleva ahí? —quiso saber Andreu, el hombre de la frente arrugada, esta vez en español.

Alain comprendió que le habían descubierto, que era absurdo plantar resistencia ante aquellas seis personas, y menos cuando no podía contar con su arma.

—Llevo cincuenta y ocho —realmente eran setenta, pero mintió mecánicamente.

—¿De oro?

—Sí, son de oro —corroboró el inquieto huésped.

Andreu asintió y pidió a sus compañeros que lo soltaran.

—Siéntese en la cama.

El diplomático obedeció y se posó sobre el somier ya que toda la ropa estaba tirada por el suelo. Apoyó la espalda en la pared. Mientras Andreu examinaba su cartera, contempló la escena a la vez que se preguntaba qué grupo sería aquel y de dónde habían salido esas personas que acababan de irrumpir en su habitación de una forma tan extraña. No le habían pegado, hablaban en voz baja, como si no quisieran molestar, y vestían mal, con harapos más que con pantalones y blusones. Dos llevaban gorra de visera que no se quitaron en ningún momento. Excepto Andreu, los otros cinco, incluido el joven de inquietante mirada, lo escrutaban con extrañeza, casi más de la que mostraba el francés hacia ellos.

—¿Me van a robar las monedas?

Andreu no le respondió. El resto, por supuesto, tampoco.

Después de varios minutos de inquieta espera, el jefe volvió a hablar: —Si no le importa, el revólver nos lo vamos a quedar. No le voy a decir si nosotros estamos armados pero no me gusta hablar con alguien que sé que lleva un arma. Soy así, tendrá que perdonarme —resolvió, con un tinte de ironía aunque sin mostrar sonrisa alguna, ni siquiera una mueca socarrona—. Así que se llama Alain Santini y, por lo que se ve, es diplomático. ¿No dijo que era periodista? —el francés prefirió mantenerse callado. La respuesta ya la sabía el propio Andreu. Ante el silencio, el jefe

continuó hablando—. Y yo me pregunto, ¿por qué busca un diplomático francés a un hombre que haya estado en la cárcel con Francisco Ferrer? ¿Un diplomático que viene a Barcelona diciendo que es belga, después resulta que es francés, que dice que es periodista y no lo es, y que se hospeda en un lugar como este siendo, se supone, un hombre con posibles? —Andreu paseó de nuevo la mirada por la pequeña habitación de la pensión.

Alain no contaba con eso. No podía imaginarse que aquel tabernero le hubiera delatado.

—¿Son ustedes policías?

Los cinco hombres que acompañaban a Andreu soltaron una estruendosa carcajada. El jefe fue el único al que la pregunta de Alain no había hecho gracia.

—Si fuéramos policías ya le habríamos dado una paliza. La policía de Barcelona primero hostia; luego pregunta —afirmó con acritud—. Somos personas a las que no nos gustan los forasteros, las personas raras, los que andan metiendo las narices en todo. Y respecto a la pregunta que me hizo antes, ya le confirmo que no, que nosotros no somos ladrones, esos viven en la calle Ancha, comen en El Continental y se juegan los cuartos, nuestros cuartos —puntualizó, levantando el dedo índice de la mano derecha—, en la calle Álava, ahora que acaban de abrir varios casinos. No, nosotros somos trabajadores.

Andreu comenzó con las presentaciones. El francés no se quedó con los nombres pero sí se fue fijando en los rostros de aquellas personas, sucios, cruzados de arrugas, de mirada profunda, cansada. También reparó en las manos, castigadas por los sabañones; gruesas, robustas, ennegrecidas, igual que las uñas. Sí retuvo los empleos, que le parecieron míseros cuando no marginales: poceros, estibadores del puerto, carboneros, mozos de cuerda...

—Yo trabajo en La Canadiense y soy el más afortunado. Gano nueve pesetas los días laborables, y no hay mes que no tenga que ayudar a alguna familia necesitada. Y eso que hay muchos hogares donde tienen que trabajar todos, las mujeres y los niños incluidos.

Después terminó la ronda de presentaciones con las dos últimas personas, uno de ellos muy conocido por el francés.

—Al Ricard ya le conoce. Trabaja en una taberna y tiene las manos tan cuarteadas de fregar cacharros como largos los oídos para contarnos todo lo que se dice en el establecimiento de su patrón. Este de aquí —Andreu agarró por el hombro al chico joven y lo atrajo hacia sí— es el Felipe Comabella. Trabaja en una tienda de alfombras al lado de la plaza de San Jaume. Así la llamamos

nosotros, aunque la autoridad la llama de San Jaime.

—¿Y usted, quién es usted? —escrutó Alain—. Me imagino que hace más cosas al mismo tiempo que trabajar en La Canadiense.

Andreu entornó los ojos y giró levemente la cabeza.

—Aquí el que hace las preguntas soy yo, que no se le olvide.

El francés asintió.

Después de unos instantes, el jefe consultó el reloj.

—Son las tres y media y mañana hay que madrugar. Usted estará de vacaciones, pero todos nosotros tenemos que trabajar dentro de un rato. Y aquí, mirándole, no vamos a ganar el jornal, y la pitanza se compra con dinero. Por lo menos por ahora. Dígame, ¿para qué quiere verme, para qué busca a alguien que hubiera conocido bien a Francisco Ferrer?

—¿Usted le conoció?

—Sí —la respuesta de Andreu no pudo ser más lacónica y breve.

El francés miró al grupo. No podía hablar delante de tanta gente y así se lo hizo saber al que era, indudablemente, el jefe de todos ellos.

—No le voy a quitar la razón. Le voy a proponer quedar pasado mañana a las nueve de la noche debajo del Arco del Triunfo, al final del Salón de San Juan, encima de la Ciudadela —propuso Andreu—. Entérese antes de dónde está eso. ¡Ah!, y venga solo. ¿De acuerdo?

—Se lo prometo. Además, estoy solo en Barcelona, no conozco a nadie.

—Mejor. Eso sí, si no le importa, voy a quedarme con su pistola, su cartera y su abrigo.

Alain se levantó como un resorte.

—Andreu, me está robando, y antes me ha dicho que no eran ladrones.

Los cuatro hombres que habían acompañado al jefe y a Felipe Comabella se lanzaron sobre Alain formando un parapeto que le impidió acercarse a Andreu. Este les ordenó que se apartaran.

—De acuerdo, quédese con el abrigo —recapacitó el jefe—. No se lo íbamos a robar, descuide. Nosotros no somos empresarios, ni banqueros, ni curas; somos trabajadores, ya se lo he dicho antes. Pero me quería asegurar que iba a acudir. Aun así —comentó, mirando a los dos objetos que tenía en su mano—, es posible que no le importe quedarse sin su pistola, pero de lo que no creo que pueda prescindir es de su cartera. Es muy peligroso pasear por Barcelona sin documentación. Hasta la hora de reunirse conmigo, le aconsejo que salga a la calle lo menos posible.

El último en abandonar la habitación de la pensión fue

precisamente Andreu. Antes de cerrar la puerta, lo miró de nuevo y le pidió disculpas por el desorden.

—Recuerde lo que le digo, si hubiéramos sido policías, las sábanas del suelo no seguirían blancas, estarían teñidas de otro color. Buenas noches, francés.

51

Emeterio entró en el edificio de los garajes de Palacio, donde el ruido era tan ensordecedor como punzante el frío, ya que los grandes portones tenían que permanecer abiertos para evitar que los trabajadores se asfixiaran con los humos procedentes de los tubos de escape.

—No me dirás que no te aviso —le recordó Antonio Sambeat, el jefe de los mecánicos.

—Bueno, más te vale, que ya sabes muy bien quién manda en este edificio. Igual hago que te trasladen al Norte.

—Allí es donde estoy, pero en verano.

La relación entre los dos hombres se movía en una balanza marcada por la parcela de poder que cada uno mantenía dentro de su ámbito y por los celos mutuos que sentían sobre cuál de los dos era más importante para Su Majestad.

—¿Qué te ha dicho, Sambeat? —preguntó Emeterio al mecánico.

—Me ha llamado él mismo y me ha indicado que en media hora quería que le tuviera preparado el Mitchell.

—¿Va a salir solo?

—No me ha dicho que preparáramos otro coche. Por tanto...

—¡Ay Su Majestad y sus salidas! —se lamentó el ayudante de Emilio María de Torres, Primer Secretario del Monarca—, un día va a darnos un disgusto.

—Él solo se sabe manejar muy bien, lo ha demostrado.

—Sí pero, ¿y si tiene una avería con un cacharro de estos?, aunque solo sea eso —especuló Emeterio.

Los dos empleados de Palacio continuaron la charla hasta que oyeron a alguien que saludaba al Rey. Se giraron al unísono y cesaron la conversación. El monarca vestía un chaquetón deportivo de lana con cuello vuelto y un gorro deportivo muy ceñido a la cabeza.

—¡Emeterio, qué sorpresa! —exclamó el monarca al verlo en los garajes.

—Majestad —el ayudante inclinó la cabeza levemente en señal de respeto.

—¿Quieres que comentemos algo?

—Sí, Majestad, le he pedido a Sambeat que me avisara cuando fuera a bajar, porque querría comentarle algo desde hace unos días.

—¡Claro! —concedió Alfonso XIII. Después se dirigió hacia su mecánico—. Antonio, ¿por qué no vas sacando el coche? Salgo en

cinco minutos.

El Rey agarró del hombro a Emeterio y lo condujo despacio hacia el interior del garaje.

—A ver, qué has podido saber del alemán.

—Majestad, sigo pendiente de él y mi contacto me mantiene puntualmente informado. Creo que ese hombre no es periodista.

—Bueno, eso ya lo sabíamos, ya te lo dije hace unos días, que ese tenía de periodista lo que tú y yo.

—Tenía razón Su Majestad, resulta que ese hombre es representante teatral.

Las cejas de Alfonso XIII se arquearon en señal de sorpresa. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Sí, Majestad, es el representante de una actriz que ha llegado a España, una tal Bertha, parece que es una mujer muy conocida en el extranjero y que ha sido contratada por el Apolo.

—¿Pero ya ha empezado a actuar? No me suena haber leído su nombre en sitio alguno, aunque tengo que confesarte que hace varios días que no abro un periódico. Me canso de leer noticias de la guerra —reconoció el monarca.

—Sí, comenzó anteanoche, y creo que con gran éxito.

El Rey fue a sacar un cigarrillo pero recordó que en la zona donde se ponían a punto los automóviles estaba prohibido fumar. Guardó de nuevo la pitillera.

—Qué raro, Emeterio, qué raro... No entiendo que una persona pueda hacerse pasar por periodista y después resulte ser representante de una artista teatral.

—Salvo que tampoco sea representante de una artista teatral —apuntó Emeterio.

El Rey esbozó una sonrisa apagada.

—Eres muy perspicaz —aduló al ayudante.

—Claro, Majestad, incluso cabe pensar en otra posibilidad más.

—¿En cuál? Me dan miedo tus razonamientos —admitió, con un cómico temor. No parecía que se tomara muy en serio la exposición del empleado.

—En que también sea falso que la mujer sea una artista, que sea una farsante.

El Rey soltó una risotada.

—¡Eres genial, Emeterio, eres genial! Venga, ¡vamos, que llego tarde!

La pareja salió a la explanada que se abría entre Palacio y el edificio de las cocheras y el monarca agradeció al mecánico la limpieza que había realizado del vehículo.

—¿Quiere que le lleve, Majestad?

—No, voy solo.

Nada más entrar en el automóvil, el Rey se acomodó en el asiento, graduó el espejo retrovisor y se agarró al volante. Miró a Emeterio, que estaba a un metro de él.

—Sigue atento, no pierdas de vista a tu amigo. Si descubres algo nuevo, me lo dices sin falta.

—Por supuesto, Majestad.

Antonio Sambeat y Emeterio se quedaron mirando la evolución del Mitchell conducido por Alfonso XIII. El vehículo giró y ascendió a la plaza de Oriente por una rampa. Desde ahí y por la calle Bailén llegaría al destino que se había marcado.

52

El tercer día fue una copia del anterior y, a su vez, un calco del día del estreno. El público del Apolo, el crítico y exigente auditorio del primer teatro de Madrid, que cuando no le gustaba una función prorrumpía en un ordinario y barriobajero pateo, se había rendido de nuevo a la originalidad en el acento al hablar, al encanto sin igual, a la magia cautivadora que irradiaba Bertha, la gran Bertha, *La Nueva Gata de Madrid*, como la había motejado un periodista del *Blanco y Negro*.

—¿Pero qué es esto? —se preguntó la actriz nada más abrir la puerta de su camerino, al finalizar su función.

María se había quedado detrás y sonreía con complicidad.

—¿Le gustan señorita?

—Son preciosas, María. Nunca había visto nada igual.

—¡No sea modesta, señorita!, seguro que en tantos teatros que habrá actuado ha tenido que apartar más de una vez a los admiradores como si fueran moscardones.

Bertha terminó de entrar en su camerino. Alguien lo había inundado con un buen número de exuberantes ramos de flores. «¿Cuántos habrá aquí, quince, veinte?», intentó calcular Bertha. Como buenamente pudo, avanzó en medio de los conjuntos florales que ocupaban casi todo el suelo: rosas blancas y rojas, gladiolos, gardenias, azaleas y varias orquídeas. Aquello se asimilaba más a una pequeña floristería que a la dependencia de un teatro.

La actriz se acercó a varios capullos y degustó el sugerente olor que emanaban y que inundaba la pequeña atmósfera de la pieza con una mixtura de aromas que se mezclaban acertadamente entre sí.

—Pero ¿cuántas personas han traído esto? —quiso saber Bertha.

—Una sola, señorita —respondió la asistenta.

—¿Una?, ¿pero qué estás diciendo?

María, sonriente e ilusionada, como si los presentes fueran para ella, asintió satisfecha.

—¿Quién ha sido, un hombre o una mujer?

—¿Usted qué cree? —María torció la cabeza, cómplice. Bertha no perdió la sonrisa.

—¿Se puede? —se oyó desde el pasillo, mientras que alguien llamaba a la puerta del camerino de *La Nueva Gata de Madrid*. La actriz prestó su conformidad.

La puerta se abrió y tres camareros entraron en la estancia.

—¿Dónde dejamos esto? —preguntó el de más edad.

María se apresuró a apartar los botes de cremas, afeites y coloretes, las pinzas, el rizador de pestañas, las polveras, una colección de peines y cepillos que se amontonaban en el tocador, y una banqueta, para facilitar que pudieran dejar las bandejas que portaban, el cubo metálico con peana alta y las dos botellas que regarían la cena.

Pollo trufado, fritos Villeroy y ensalada de tomates y verduras en una fuente. En otra se podía degustar salmón cocido con patatas peladas servido con salsa, y en la última bizcochos de peras de invierno.

—¿Está todo a su gusto?

Bertha no sabía qué decir, se hallaba anonadada ante semejante e imprevisto agasajo.

—Sí, todo está perfecto, pueden marcharse —indicó María, que tomó la delantera a su señorita ante la pasividad de esta.

Sorprendida, extrañada pero no recelosa, la actriz estaba convencida de quién la estaba tratando así. No le habían dicho que estuviera en el teatro pero interpretó que para llevarle esos manjares y todos los ramos de flores no hacía falta ver la obra, con llegar al final de la representación era suficiente.

—Señorita, la persona que ha tenido esta idea me ha pedido que, cuando viniera la comida, yo me marchara. ¿Me da usted permiso?

—¿Cuánta propina te ha dado? —escudriñó Bertha.

La asistenta se sonrojó:

—Dos duros, señorita.

A la actriz le pareció una cantidad muy elevada para ser una simple propina, pero no hizo comentario alguno.

—Claro, María, puedes retirarte, ya me encargo yo de todo, no te preocupes —a Bertha no le interesaba que su asistente estuviera presente cuando llegara el hombre que había corrido con los gastos del banquete. La actriz estaba convencida de la identidad del admirador.

—¿Se puede? —preguntaron desde fuera, después de que se hubiera marchado la doncella.

Bertha se sentó en la banqueta que se ubicaba delante del espejo donde se maquillaba, se miró fugazmente para verificar que estaba presentable, y se metió la mano por dentro del vestido para colocarse los pechos y realzar su volumen.

—¡Adelante!

La puerta se abrió y la sonrisa que iluminaba la cara de la actriz huyó al mismo tiempo que su ilusión.

—¿Me da usted permiso?

Florián Ugarte, conde de Luarca, era un hombre alto —medía más del metro ochenta—, sonriente, con una boca por la que asomaba una fila impoluta de dientes blancos y agradables, que lucía un bigote muy recortado, y que estaba dotado de unos ojos algo achinados y muy penetrantes. Vestía de etiqueta y lucía un brillante y alto sombrero de copa.

—¿Quién es usted? —se extrañó Bertha, inquieta y contrariada, mientras se ponía de pie.

—No nos conocemos; bueno, yo a usted sí. Llevo viéndola tres noches seguidas, desde el mismo día del estreno, y créame que me tiene usted maravillado.

Después de las palabras de introducción, el Conde comenzó a presentarse. Primero por el nombre, después por los apellidos para terminar con el título nobiliario. Posteriormente pasó a detallarle que era el dueño de unas empresas importadoras de automóviles y que uno de sus principales clientes era Su Majestad el Rey, *gran amigo mío*, especificó Florián.

—¿Le importa si me quito la capa? Se nos va a quedar frío el pollo —comentó, sin perder el gesto afable con el que había llegado.

Bertha no sabía cómo reaccionar. Aquel parecía un hombre educado, un caballero, no tenía razón alguna para expulsarle de su camerino. Le había colmado de atenciones y, de momento por lo menos, lo único que había hecho había sido sonreír y ser cortés.

Seguro y decidido, sin esperar a que le dieran permiso, el Conde se quitó la prenda de abrigo y la colgó en un perchero. Después apartó uno de los múltiples ramos de flores y se sentó en una pequeña banqueta que encontró.

—No es este el lugar más cómodo de Madrid pero servirá para conocernos un poco mejor. Por favor, diga algo, que hace un rato la he estado escuchando y me encanta su timbre de voz, su dicción, la manera que tiene de modular nuestro idioma que, por lo que he podido saber, no es el suyo, ¿no?

La actriz se sentó e intentó tranquilizarse.

—Gracias por sus palabras, Conde.

—Por favor, no me llame Conde, prefiero que me llame Florián —pidió el azucarado galán.

—Me alegra que le haya gustado la obra y mi interpretación.

—¿Qué le parece si lo hablamos mientras tomamos algo de lo

que nos han traído?

El conde de Luarca sujetó una de las botellas, de Rioja concretamente —la otra era de champán—, y la descorchó. Se sirvió primero en una de las copas y paladeó el caldo después de haberlo olisqueado. Él mismo prestó su conformidad y pasó a servir a la forzada anfitriona.

—Pruébelo, está exquisito. El Rioja es nuestro mejor vino. Muchos de mis amigos ponderan los franceses, pero a mí me gusta hacer patria incluso en estos pequeños detalles. ¿Qué le parece?

Con el fondo de una conversación trivial, la pareja fue picoteando sin mucha gana de los platos que les habían llevado. El hombre tenía un objetivo muy distinto del meramente culinario y la mujer no paraba de pensar de qué manera, en principio educada, podía librarse de aquella incómoda compañía.

—¿Le parece bien si continuamos con el champán? Aquí sí que doy la razón a mis amigos, como el francés, ninguno. ¿Conoce usted Francia?

—No, no lo conozco, solo de paso.

—Yo sí puedo afirmar que lo conozco en profundidad. Cada dos meses viajo a París y compro vehículos que más tarde vendo en mis establecimientos de Madrid, Barcelona y Sevilla. ¿Le gustan a usted los automóviles?

La respuesta de Bertha fue interrumpida por el sonido provocado por el tapón al salir despedido.

—¡Ajá!, ¡cuidado! —por un sospechoso descuido del Conde, el líquido se derramó sobre el vestido de Bertha—. Perdón, Bertha, no sé cómo ha podido pasar.

La mujer se puso en pie y se contempló ante el espejo. No podía creer lo que veía.

—Perdone, Bertha, le pido disculpas de nuevo.

Florián Ugarte sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo delantero e hizo intención de secar a la actriz.

—¡No me toque! —bufó Bertha—. ¡Por favor!

—¡Qué torpe soy!, me tiene que perdonar, nunca antes me había sucedido. Se me ha tenido que resbalar la botella, de verdad, no sé qué hacer —el Conde fingía mostrarse abochornado.

La mujer se miró de nuevo en el espejo y se palpó los pechos y la tripa. El champán la estaba dejando helada y sintió un pequeño escalofrío.

—¿Le importa salir? Voy a cambiarme.

—Veo que tiene ahí un biombo. Si quiere, puede cambiarse detrás de él. Le prometo que me quedaré aquí, sentado y muy

quietecito. Ya ha podido comprobar que soy un auténtico caballero español —confirmó, sin perder la sonrisa que había regresado a su rostro.

Bertha titubeó. Al fin, resolvió de nuevo y con mayor rotundidad que la vez anterior.

—Le he dicho que salga. La cena ha sido exquisita y las flores son preciosas. Ahora, por favor, salga inmediatamente.

—Vamos, vamos, Bertha, no se ponga así. Le repito que soy un caballero y que jamás se me ocurriría propasarme con una mujer.

La actriz vio cómo el Conde se levantaba de su banqueta y se acercaba a ella, sonriente y tan seguro de sus pasos como había demostrado desde que había entrado en su camerino.

—Si quiere, le puedo ayudar a cambiarse el vestido.

—¡Qué dice! —bramó la actriz.

Los reflejos de Ugarte fueron lo suficientemente buenos como para sujetar la mano de Bertha, que iba directamente a su cara.

—Por favor, que no hemos cenado aquí para nada. Como usted comprenderá, *Gata*, la cena y las flores tienen un precio, y todavía no lo he cobrado.

Florián Ugarte era un hombre fuerte, y el cuerpo de Bertha era menudo y manejable. El Conde, con agilidad, le llevó el brazo a la espalda y lo subió hacia el cuello. Con la mano libre le tapó la boca.

—Vamos, *Gata*, no me vas a decir que no era esto lo que estabas buscando.

La mujer no podía hablar. Su boca estaba tapiada por la garra del Conde que le impedía casi hasta respirar. Florián la giró y la colocó delante del tocador que utilizaba para maquillarse. Como buenamente pudo, apartó de un manotazo todo lo que había encima. Los restos de comida se confundían ahora en el suelo con los pétalos de algunas flores que habían ido cayendo.

Con la ayuda de sus pies, separó los de la mujer y tiró de su brazo de nuevo hacia el cuello. Bertha se retorció de dolor.

—Vamos —murmuraba, cerca de su oído—, si esto no es nuevo para ti, si ya sabemos cómo sois las actrices y lo que hacéis para conseguir los papeles. A ver, *Gata*, ¿con cuántos hombres te has tenido que acostar para que te den el papel de primera actriz en el Apolo?

Bertha consiguió zafarse de una de sus manos e intentó liberar su boca. No lo consiguió pero sí fue capaz de clavar sus uñas en la mano del Conde. Este, lejos de sentir dolor, experimentó un acceso de placer y se dio cuenta de que su miembro empezaba a responder.

—¡Vamos, sigue, sigue así! ¡Me encanta!, disfruto cuando fingís

que esto no es lo que estáis deseando.

De otro rápido movimiento consiguió enganchar el vestido de la actriz y lo rasgó bajo el desagradable sonido de la tela al romperse. Lo llevó a la cintura y después lo bajó hasta el suelo. La única tela que cubría ahora el cuerpo de Bertha eran unas braguitas plateadas que el Conde nunca antes había visto.

—¡Vaya!, ¡estas no las conocía yo! ¿Te las han traído de Francia? ¡Allí sí que hay mujeres dispuestas a todo, como tú! —la voz del Conde comenzaba a acusar la excitación que nublaba su mente.

Bertha intentó de nuevo separarse de aquel animal pero no pudo, ni ladeándose, ni contorsionándose, ni estirándose. Sus pequeñas manos eran unas herramientas demasiado débiles para contrarrestar aquella fuerza, desconocida para ella hasta entonces.

—Yo ya estoy preparado. ¿Y tú, cariño?, ¿ya estás dispuesta? —el hombre se encontraba fuera de sí.

La actriz hizo un último esfuerzo y consiguió, con el pie izquierdo, tirar el botellero donde había estado enfriándose el champán. El ruido que provocó fue el detonante.

—¿Qué pasa ahí? —se oyó desde el pasillo, en español.

El Conde giró la cabeza violentamente hacia la puerta. Respondió intentando aparentar la mayor tranquilidad posible a pesar de lo jadeante de su respiración:

—Nada, se ha caído una cosa, pero no pasa nada.

Después de unos segundos interminables, la misma voz lanzó otra pregunta, pero esta no fue entendida por el Conde. El noble no hablaba alemán:

—Bertha, ¿estás bien?

La cara de Florián envejeció cien años en décimas de segundo. La mujer estaba prácticamente desnuda y los pantalones del hombre habían quedado a la altura de los tobillos. Su piel palideció y sus manos comenzaron a temblar. Por suerte para él, la puerta estaba cerrada y el intruso no podía entrar; pero para su desgracia, la cerradura era débil, la puerta muy delgada y el ímpetu del extraño suficiente.

Las bisagras saltaron por los aires cuando Fritz irrumpió en el camerino. El hombro del alemán había formado un férreo ariete y la temible sospecha de lo que podía estar sucediendo en el interior ejerció la fuerza necesaria. Los ojos del capitán enrojecieron. Levantó el mentón y torció la cabeza. No podía ser verdad que pasara aquello delante de su cara y con ella como protagonista.

Viendo lo que se avecinaba, el Conde se apartó de la actriz y

se agachó para subirse los pantalones. Mientras, balbuceaba:

—Esto no es lo que parece, esto no es lo que parece…

Aprovechando la postura de Florián, la primera patada del capitán se estrelló contra la cara del infame. Del golpe, el cuerpo del importador de automóviles saltó sobre el biombo.

Fritz le agarró por la pechera, lo levantó con fuerza y le asestó dos puñetazos en la cara que le mancharon las manos de sangre. Después le atizó otra fuerte patada en el bajo vientre que provocó en el Conde un alarido igual que el que habría emitido un animal si lo estuvieran matando.

Ciego, fuera de sí, Fritz lo tiró al suelo y se sentó a horcajadas sobre su pecho. Con todas sus fuerzas, comenzó a estrellarle la cabeza una y otra vez contra el piso. En silencio, sin proferir insulto alguno, con los labios apretados y la vista fija en los ojos de aquel pelele que estaba viendo pasar su vida en secuencias.

—¡Fritz, déjale! —clamó ella, en alemán, llamándolo por su verdadero nombre.

Él la fulminó con la mirada y le ordenó que se vistiera. Ella no le hizo caso.

—¡Vamos, Fritz, ya basta!

El alemán se levantó y comenzó a darle patadas en los riñones. El cuerpo del Conde ya no reaccionaba a los golpes. Sus ojos, abiertos e inmóviles, se habían vuelto insensibles. Aun así, el alemán no se detuvo.

Sin ponerse nada encima, Bertha intentó colocar la puerta como pudo, pero era imposible, la manera que Fritz había tenido de entrar lo impedía.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Alertado por el escándalo, uno de los operarios de luces del Apolo había corrido a avisar a Leonardo Rubiales. El empresario, que todavía no se había marchado a su casa, llegó hasta la puerta del camerino de Bertha. Al escuchar la pregunta, el alemán cesó de golpear el cadáver del conde de Luarca.

Nadie habló. La escena estaba clara, como si fuera una obra de teatro en la que cada uno de los tres actores había representado un papel: la dama mancillada, el caprichoso violador y el novio que los sorprende.

—Ya sabía yo que algún día don Florián terminaría así —sentenció Rubiales.

Bertha buscó una bata y se la puso por encima como buenamente pudo. El operario, por pudor, se retiró al pasillo.

Fritz se hallaba jadeante, con la chaqueta retorcida, despeinado

y bufando como un alazán después de una carrera. Miró a la escoria que yacía en el suelo y sintió náuseas. Le parecía que había retrocedido a una trinchera y que aquel hombre era un soldado ruso a quien había arrebatado la vida en una lucha en la que solo puede haber un vencedor.

—Desde siempre el conde de Luarca ha sido un gomoso que solamente nos ha traído problemas; pero nunca había llegado a esto, o por lo menos nunca nos llegamos a enterar. ¿Qué tal se encuentra, señorita?

Bertha no respondió. Se limitó a dirigirse al lavabo que había en su habitación y a rellenarlo con ayuda de una jarra. Empezó lavándose la cara. Fritz se acercó a la botella de vino y bebió de ella. Se secó con el dorso de la mano.

—¿Qué se le ocurre ahora, Rubiales? ¿Llamamos a la prensa? —preguntó el alemán, cuyas manos temblaban patentemente.

—¡Jamás! ¡El Apolo no puede permitirse un escándalo! —exclamó, asustado. Miró con más detalle al cuerpo del Conde—. Era un cerdo. Lo que ha hecho usted lo deberían haber hecho antes muchos maridos o novios. Claro, que ellos no tenían su determinación.

—Rubiales, tiene que hacerlo desaparecer —resolvió Bertha, con rotundidad, mientras se secaba la cara con una toalla.

El empresario la miró y, a pesar del momento, se inquietó con la presencia de la mujer. La actriz llevaba solamente una bata de tul, casi transparente, que permitía descubrir un cuerpo terriblemente sensual y atractivo, incluso en aquella situación. Intentó ordenar sus ideas.

—Sí, vamos a sacarlo del teatro. Mañana lo encontrarán por algún descampado y nadie sabrá nunca lo que ocurrió.

—¿Y el hombre que venía con usted, el operario?

—No se preocupen por él. Lleva conmigo más de quince años y es una persona de absoluta confianza. Además, le necesitamos porque no vamos a poder entre nosotros dos.

—¡Venga! —la voz del alemán sonaba firme y decidida, como había sido su intervención.

53

Fiel a la hora que le habían marcado, Alain se sentó en uno de los bancos que ofrecían descanso a los visitantes del Arco del Triunfo aunque, a esa hora, nadie hiciera uso de él. Los pocos transeúntes que circulaban por la zona apretaban el paso para llegar lo antes posible a sus casas, pues el frío, húmedo y desagradable, los expulsaba de las calles vacías e inhóspitas. El francés miraba en derredor pero no distinguía la figura de Andreu. Se inquietó. El hombre se había quedado con su pistola, algo que le importaba aunque relativamente, pero también le había retenido la cartera. Y eso sí que era un verdadero problema. Lo último que le apetecía era acudir al consulado francés en la ciudad portuaria y tener que dar explicaciones. Su alta misión en España, la que él mismo se había marcado sin que nadie se la ordenara, la que desconocía Joffre y su padre, era secreta.

Seguía absorto en sus elucubraciones cuando alguien pasó por su lado y, sin mirarle y llamándolo por su nombre y apellido, le marcó con la cabeza un gesto. Aquella persona a la que Alain se dispuso a seguir no era Andreu, ni tampoco el chico joven que estaba con él, Felipe Comabella recordó que se llamaba. El desconocido se adentró en Ciutat Bella por Cortinas. Las calles formaban un dédalo de vías débilmente iluminadas a las que solo se asomaban los balcones de las viviendas. Desde alguna casa se oía algún ruido lejano, un chillido impreciso, un choque de cacharros, el lastimero llanto de un niño o el siempre inquietante ladrido de un perro. En los bajos, los cierres metálicos echados hasta abajo anunciaban que la jornada laboral ya había terminado.

El hombre a quien seguía, que caminaba sin volver la vista atrás, continuó recto. Alain se dio cuenta de que la vía había cambiado de nombre, denominándose ahora Corders. Al pasar al lado de un portal alguien tiró de él y lo introdujo dentro del edificio. El que hacía de guía corrió a cerrar la puerta y encendió la luz. El francés se vio rodeado de nuevo de las mismas tres personas que lo habían sujetado en la habitación de la pensión, hacía dos noches.

—¿Va armado? —preguntó uno de ellos.

—No, mi revólver ya saben quién lo tiene.

—¿Le importa si lo comprobamos nosotros? Será solo un momento.

Resignado, el francés se dio media vuelta, apoyó las palmas de

las manos en la pared y abrió las piernas.

Aquel fue un cacheo mucho más exhaustivo que el realizado por la policía. En nada podía equipararse. Si hubiera llevado aunque solo hubiera sido una pequeña navaja, el celoso hombre se la habría encontrado.

—Es el tercer piso, la puerta de la derecha —señaló uno de ellos, a quien había seguido el diplomático.

Los escalones de la edificación eran de madera y estaban gastados por el uso, como si los hubieran pulido hasta rebajarlos en exceso. Agarrándose al pasamanos, Alain ascendió peldaño a peldaño hasta llegar al señalado. Entretanto, los tres hombres se quedaron charlando en el portal.

—Pase —concedió el joven Felipe Comabella, que le aguardaba delante de una puerta abierta, en la tercera planta—. Le están esperando.

Cuando el francés entró en la pequeña sala donde se encontraba Andreu Riera, lo primero que le sorprendió fue la cantidad de libros que había allí. No ocultó su sorpresa.

—Lo sé, todo el mundo que viene aquí dice que parece una biblioteca —le confesó, en francés, al leer su pensamiento por el gesto de asombro de su cara—, aunque ya le adelanto que los de Godwin, Proudhon o Kropotkin no los encontrará aquí. Es posible que, si me hicieran un registro, a la policía no le gustara, aunque dudo que alguno de ellos supiera leer. Ya sabe que en nuestro país los libros más vendidos son los de misa para las mujeres y los de papel de fumar para los hombres. El *¿Qué es la propiedad?* lo leí en otro lugar. Por favor, *monsieur* Santini, siéntese.

—No sabía que hablara mi idioma —comentó Alain.

—Hablo su lengua, pero mejor vamos a hablar en español, que el Felipe no lo entiende muy bien. Esta es la casa de un trabajador y aquí no tenemos bebidas para ofrecer a las visitas, espero que me sepa perdonar.

—Por supuesto, no se preocupe. Ya ha visto usted dónde estoy viviendo en Barcelona. Me parece —supuso, irónicamente— que en esta ciudad tiene que haber mejores hoteles que la pensión Splendide.

—Pero vive ahí porque quiere, porque tiene posición y dinero para alojarse en otro lugar. Entonces, señor —esta vez no utilizó la palabra francesa— Santini, ¿por qué se hospeda en un lugar como ese, como si fuera un obrero? Cuéntenos a Felipe y a mí.

El joven protegido del anfitrión se sentó al lado de Andreu, sin pronunciar palabra alguna, como parecía que era su estado natural.

—¿Que les cuente? Sí, creo que tengo bastantes cosas que contarles.

—Pues empiece por lo de Francisco Ferrer, por ejemplo.

Andreu comenzó a liar un cigarrillo.

—¿Quiere usted? —Alain declinó el ofrecimiento y extrajo uno de los suyos.

Después de aspirar la primera calada, el francés entró de lleno en el asunto que le había llevado a Barcelona.

—Andreu, no hace falta que le cuente cuál es la situación que estamos viviendo en Francia.

—No, no la sé. Cuéntemela usted. Quiero saber su versión —interrumpió el anfitrión, sorpresivamente. El catalán seguía sin saber ni quién era Alain en realidad ni qué hacía en la ciudad. Y menos por qué andaba buscando a gente que hubiera conocido al indiscutible gran líder de los anarquistas. Por eso le hizo hablar. Cuántas más cosas contara, mayores posibilidades tenía de descubrir la verdad.

El diplomático no entendía la reacción de Andreu pero aun así comenzó a relatar la situación mundial desde el inicio de la guerra, a finales de julio del año anterior. Mientras hablaba, Andreu y Felipe lo escuchaban sin pronunciar palabra alguna ni mostrar signos de entendimiento. A pesar de recibir como toda respuesta tan solo una fría expresión facial, Alain no escatimó detalle alguno y les contó también el sufrimiento de la población civil, las circunstancias que vivía París, como toda Francia, los saqueos de los alemanes en Bélgica y lo preparado que estaba el ejército del Káiser para la guerra antes de haberla iniciado.

—A ver, lo de Ferrer, ¿qué es eso? —preguntó Andreu, después de escuchar el vehemente relato del francés.

—Francisco Ferrer Guardia murió fusilado por su implicación en los sucesos del verano de 1909 —indicó el francés.

—No, amigo, no se confunda —le rebatió Andreu, con sequedad y determinación—. Francisco Ferrer y Guardia fue asesinado por la monarquía como represalia a la acción del compañero Mateo Morral el día de la boda del Rey con la mujer inglesa que vive en Palacio. Así es como hay que contarlo, no como lo ha dicho usted.

—Perdón, yo no vivo en España, viví hace muchos años, por eso los matices, desde el extranjero… —Alain intentó justificarse.

—A Francisco Ferrer y Guardia lo mataron junto a otros cuatro compañeros porque tenían que buscar culpables por lo que ocurrió en la calle Mayor de Madrid y también por los disturbios que generó el ejército cuando invadió las calles de mi ciudad, causando

la muerte de una gran cantidad de trabajadores inocentes. Como el Rey no iba a matar a Maura, que era el verdadero culpable, y que es lo que debería haber hecho, asesinó a Ferrer.

Alain no podía haberse imaginado que la posición de Andreu fuera tan radical. Por un lado, era justo lo que buscaba, un hombre así, una persona que hablara con inquina de la monarquía y de los políticos. Pero también era alguien que le inspiraba miedo por la seguridad que mostraban sus contundentes afirmaciones, sus aceradas palabras y el aire de su mirada, profunda e inteligente.

—Francisco Ferrer, según tengo entendido, era un anarquista.

Al escuchar aquella afirmación, Andreu se levantó y se acercó a la biblioteca. Abrió un cajón y tomó un ejemplar de *La Vanguardia*.

—Es del día catorce de octubre de 1909.

—¿El día después...? —Alain no terminó la frase. El anfitrión asintió.

—Está en la página número 2. Por favor —Andreu acercó el diario a su invitado.

El francés leyó detenidamente el artículo en el que se relataban las últimas horas del director de la Escuela Moderna en la prisión de Montjuic, lo que hizo el líder anarquista durante su última noche y cómo lo condujeron ante el pelotón de fusilamiento formado por unos hombres que, después de cumplida la sentencia, desfilaron ante el cadáver de Ferrer. Mientras Alain tuvo los ojos puestos en el diario, Andreu y Felipe lo miraron callados.

—¿Ha visto usted lo que ocurrió? —preguntó, después de esperar pacientemente y en silencio a que el diplomático terminara de leer el artículo—. Un cruel asesinato de Estado. Nos quedamos cortos, *monsieur*. Teníamos que haber quemado las iglesias con todos los curas dentro. Con los curas y las monjas, y también con los políticos. Pero fuimos débiles, no como ellos. ¿No le parece, *monsieur*?

Alain le devolvió el periódico con un nudo en la garganta.

—¿Ha visto usted qué entereza? Hasta el último momento se declaró lo que era, inocente. Eso era Ferrer, un hombre inocente a quien la monarquía y la iglesia segaron la vida, con cobardía y vileza.

Andreu recogió el periódico y lo guardó en el mismo cajón. Continuó hablando:

—Y respondiendo a su pregunta, cierto. Él, como todos nosotros, pertenecemos no a la corriente anárquica sino a la actitud anárquica, que no es lo mismo. Ya sabe, los que queremos cambiar todo, los que no nos vamos a dejar dominar por la clase política, los

que queremos que sea el propio pueblo el que se gobierne, sin que nadie nos engañe. Los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones son productos de la autoridad, no se olvide. Dígame, señor Santini, ¿qué quiere usted de nosotros?

—Pensé, y veo que he acertado, que si conseguía conocer a personas que hubieran estado en la cárcel con Ferrer llegaría al corazón del anarquismo barcelonés. Veo que he hallado lo que buscaba.

—En esta casa no está el corazón de nada. Somos solamente unos trabajadores que no estamos conformes con la sociedad que hemos heredado y la queremos cambiar, antes de que nos termine por destruir. Además, ¿para qué quería conocernos, para hacernos una entrevista? —cuestionó, en alusión a lo comentado por Ricard en su taberna.

—No, para que nos hagan un favor a los franceses, a los aliados en definitiva, y también se lo hagan ustedes.

—Nosotros no queremos hacer un favor a los franceses, no les debemos nada, por mucho que nos pueda caer bien el general Joffre, que nació cerca de aquí, en el Rosellón, en Rivesaltes, como usted sabrá. Ni tampoco debemos nada a los ingleses, que oprimen a los trabajadores y los matan de hambre. Y si quiere hablamos de sus otros aliados, los de oriente, los rusos, que nos exterminan mientras que su Zar se pasea envuelto en joyas por las calles de San Petersburgo en una carroza de oro que se desliza sobre la sangre de los obreros esclavizados y de los campesinos oprimidos.

—¿Y quieren hacer el favor, a los alemanes? ¿Sabe lo que hicieron los alemanes cuando entraron en Bruselas?

—Sí, lo sé. Sé lo que le pasó a la estatua del compañero Ferrer. Y no, tampoco me gustan los alemanes, menos todavía que los rusos. Europa es una cloaca, no se salva ningún país. Un día —Andreu levantó el dedo apuntando al cielo, amenazador—, pronto, ya lo verá, la clase trabajadora tendrá voz, fragmentaremos al Estado y acabaremos con la mierda de lo que llaman *propiedad privada*, y los ilegítimos dueños de las tierras y de las fábricas se quedarán sin ellas. El hombre es bueno por naturaleza, y nació bueno, pero fue corrompido por las costumbres y las instituciones autoritarias, *monsieur*.

—¿Y qué instituciones son esas, Andreu?

—Debería usted conocerlas mejor que yo: la religión, la educación, la política y la vida económica.

Felipe Comabella seguía sin abrir la boca. Asistía impávido al duelo dialéctico que mantenían los dos hombres intentando

adivinar cuál sería la postura real del francés —la de Andreu la conocía sobradamente— y qué era lo que tramaba.

—España corre un grave peligro, señor Riera. Si los alemanes nos ganan, en muy poco tiempo los tendrán ustedes en los Pirineos, y si llegan ahí, ¿cuántos días necesitarán para entrar en Barcelona?

—Eso que dice usted es absurdo.

—Sé que parece absurdo, pero no lo es, ni mucho menos. Nosotros también creíamos que teníamos nuestras fronteras bien defendidas, y nos hemos tenido que batir en retirada.

—A Burdeos, lo sé, aunque ya han vuelto a París. ¡Qué vergüenza, señor Santini, qué vergüenza!, capitular ante el enemigo. Antes morir que ceder un palmo de terreno —Alain tragó saliva. No quiso contradecirle ni entrar en una discusión estéril.

—Pero no nos engañemos, los alemanes son demasiado poderosos, y más junto al imperio austrohúngaro. Los rusos, que solo tenían amenazado su frente occidental por los *boches*, ahora, desde que Turquía ha entrado en la guerra, están siendo atacados por los dos flancos, sobre todo por el que más temían, por el oriental, ya que su mentalidad es más asiática que europea. Y si a todo esto le sumamos los italianos, cuando entren, la Triple Alianza será prácticamente imparable. Necesitamos a los españoles.

—¿Cómo dice usted?, ¿qué España entre en la guerra?

—Sí, Andreu, quiero que España entre en la guerra al lado del país, de los países, que más han defendido a los trabajadores.

El anarquista se llevó la mano a la cara y se palpó el bigote, pensativo. Era la primera vez que su invitado mostraba sus cartas, por lo menos algunas de ellas.

—¿Eso es un plan de su gobierno? ¿Le envía Poincaré?

—No, es un plan mío —Alain mintió, por lo menos a la segunda pregunta, aunque la estrategia oficial ya había quedado para el francés en un segundo plano.

—¿Suyo, eso es una idea personal?

—Mi gobierno ha intentado, como todos, presionar a Su Majestad Alfonso XIII para que entre en la guerra a su lado, pero él no ha cedido. La razón ya la sabemos.

—¿Ah, sí?, ¿y cuál es esa razón? —preguntó Andreu, intentando de nuevo sonsacar información al francés.

—Su Majestad está casado con una mujer de un bando y es hijo de una mujer del otro. En esa tesitura, no va a decantarse por ninguno de los dos bloques. Si faltara la Reina Madre y también Eduardo Dato, el Rey probablemente nombraría a Romanones presidente del Consejo de Ministros, el cual, como ya sabemos, es

partidario de la intervención a nuestro lado. Lo ha hecho público.

—Lo sé, lo dice usted por el artículo en el *Diário Universal* —conjeturó el anarquista—. Esa declaración de intenciones no va firmada pero todos sabemos de dónde procede.

—Con Romanones en la presidencia, como digo, y el Rey casado con la prima del monarca inglés —siguió el francés con su razonamiento final—, Su Majestad declararía la guerra a la Triple Alianza y entraría en liza junto a la *Entente Cordiale*. Así conseguiríamos desnivelar una balanza que está a punto de experimentar un giro favorable a los alemanes y muy desastroso para nuestros intereses; para los de España y para los de los trabajadores de ambos países —aclaró el francés.

Andreu se frotó el muslo varias veces. Después se llevó de nuevo la mano a la cara y volvió a tocarse el bigote. Era la primera vez en la noche que mostraba signos de nerviosismo.

—Lo que usted quiere es...

—Ya se lo ha imaginado. Necesito personas que sepan localizar explosivos, trasladarlos, armarlos y hacerlos explotar, y por eso he pensado en ustedes, en los compañeros de un libertador como fue Francisco Ferrer. Por eso he traído el dinero, señor Andreu, para esa labor.

El anarquista miró a Felipe Comabella, en silencio. Se volvió otra vez hacia su invitado:

—Ha dicho la Reina Madre y....

—Dato, Eduardo Dato —completó Alain—, el actual presidente del Consejo de Ministros. Ha proclamado en múltiples foros la neutralidad del país y no va a cambiar ahora. La única manera de que la presidencia del Consejo de Ministros diga algo distinto...

—Es cambiando al presidente del Consejo de Ministros, ¿no? —completó Andreu el razonamiento del francés.

—Sí, cambiando al Presidente. Cambiando uno por otro —corroboró Alain. Para Andreu, el planteamiento del diplomático no albergaba duda alguna. Se levantó y deambuló por el salón. Tanto Alain como Felipe lo miraron con expectación. El anarquista andaba con las manos agarradas por la espalda, encorvándose un poco hacia delante. Se giró y contempló de nuevo al diplomático. Ahí estaba, sentado en una silla, con gesto suplicante pero sin llegar a expresarlo verbalmente, con estilo, o por lo menos eso le pareció.

—No me imaginaba que usted fuera a proponerme cometer un atentado.

—Señor Riera...

—A mí no me llame *señor* —cortó el anfitrión—. Antes me lo ha

llamado y no le he dicho nada pero no me vuelva a llamar así. Eso son términos de señoritos. No me insulte, por favor —le pidió, muy serio.

—De acuerdo, Andreu. Yo no quiero el mal de nadie y no tengo nada personal ni contra la reina María Cristina ni contra Eduardo Dato. También tengo madre, y sé cuál es el amor de un hijo hacia ella; pero también tienen madre mis compatriotas que mueren todos los días en el lodazal del campo de batalla, destrozados por las bombas alemanas, horriblemente mutilados y desangrados sin que nadie pueda auxiliarlos. Eso es para mí lo más importante, acabar con el sufrimiento de mi ejército, de mi pueblo.

El anarquista lo miró desde un plano superior, como se encontraba al hallarse de pie. Comenzó de nuevo a liar otro cigarrillo.

—Felipe, trae la botella de aguardiente. Vamos a tomar una copa con este señor francés.

—¿No había dicho que no tenían nada que ofrecer a las visitas?

—Usted no es una visita cualquiera, eso es evidente.

54

Después de que Felipe Comabella rellenara de nuevo los tres pequeños vasos de cristal, Andreu abrió un cajón y devolvió a Alain su pistola.

—Tenga, no quiero quedarme nada que no sea mío.

—Gracias por la confianza —replicó el francés.

—Así que usted quiere que matemos a la reina Madre y al presidente del Consejo de Ministros, ¿verdad?

Alain no respondió. Su exposición había quedado suficientemente clara.

—Eso no es nada fácil. Son dos personas que no se prodigan juntos, por lo que tendrá que ser en un acto público.

—Ya lo había pensado, Andreu —confirmó el francés.

El anarquista miró a Felipe, como pidiéndole iluminación, y después se volvió de nuevo hacia el diplomático.

—Si es en un acto público, corremos el riesgo de que también muera más gente. ¿Había pensado en eso?

—Sí, pero también le digo que en esta guerra no solo están muriendo soldados; la población civil, los niños, las mujeres, los ancianos, los enfermos que no han podido alistarse, todos están pagando con su vida las crueldades de los alemanes. Sí, Andreu, sí lo había pensado, y aun con esa contingencia, tenemos que continuar con el plan.

—Pero si les ajusticiamos en un lugar público, es más que posible que resulten afectadas también otras personalidades.

—¿Cómo quién?

—Como el propio Rey, o la reina Victoria Eugenia, o algún político anglófilo, como el conde de Romanones, el culpable último de la muerte de Ferrer, al que Dios meta algún día en un bote de mierda.

Al francés le extrañó la pía mención del anarquista, pero lo más importante de lo que había expuesto el anfitrión no había estado al final de la frase, sino al principio.

—Eso no puede ser, Andreu, no puede ser —se ratificó, inquieto —. El Rey no puede morir. Si fallece el Rey, la situación del país quedará a merced de dos Reinas antagónicas, y la una manda más que la otra, lo saben todos los españoles, y sería la catástrofe para todos nosotros. España tendría muchas posibilidades de entrar en la guerra al lado de los alemanes y austriacos. Sería el fin, Andreu, el fin.

Alain se había alterado en exceso.

—Felipe, rellena el vaso a nuestro invitado.

El francés se lo bebió prácticamente de un trago. Se dio cuenta de que empezaba a sudar.

—Pues hay que contar con esa posibilidad si queremos que sea algo rápido. Pero lo tenemos que estudiar —consideró Andreu.

—Pues estúdienlo como sea, pero es imprescindible mantener vivo al Rey.

El anarquista se mantuvo callado.

—Tengo dinero, Andreu. Se tendrán que desplazar a Madrid, y eso siempre conlleva gastos, y tendrán que comprar un material que no se vende en las tiendas, y todo eso será muy caro. Creo que las monedas que he traído son suficientes. ¿Las ha visto?

Sin esperar, el francés se dirigió hacia su abrigo y lo sujetó por el lado donde se encontraban los botones. Intentó quitar el hilo con las uñas. Felipe se dio cuenta y le facilitó unas tijeras.

Andreu se acercó a un flexo y examinó con atención la moneda que le acababan de entregar. Era una libra esterlina de 1845.

—¿Cuántas me dijo que tenía?

—Setenta en total. Libras, de las emisiones de 1845 y 1901, francos de 1851 y alfonsinas de 1878. Todas de oro.

El anarquista asintió.

—Ya me imaginaba que no iban a ser ochavos.

Apagó la luz y se sentó de nuevo.

—*Monsieur*, debo pensarlo. Es una acción muy arriesgada y todavía no estoy convencido de que eso beneficie a los trabajadores de mi país.

—Recuerde lo que le dije, Andreu, si los alemanes nos vencen...

El anarquista no le dejó terminar.

—Ya, ya, ya lo sé, que los alemanes llegarán a los Pirineos y todo eso que me ha contado.

—No serán solo los soldados españoles, serán las mujeres españolas, y las primeras las de Barcelona —el francés quiso aproximar al máximo la potencial tragedia que se cernía sobre la ciudad, hacerla más palpable y, en consecuencia, más impresionable.

—*Monsieur*, le repito que tengo que pensarlo. Déjeme unos días. No venga por aquí, por mi casa, sé dónde para y dónde le puedo encontrar. En un sentido o en otro, tendrá respuesta.

Nada más levantarse, el anarquista le entregó la moneda de oro que había tomado para peritar.

—Tenga, le repito que no quiero nada que no sea mío. Felipe,

acompáñale a la puerta.

El anarquista y el diplomático, insólita pareja, se dieron la mano en un gesto cargado de efusividad, de esperanza y de necesidad.

Después de haber acompañado a Alain a la puerta, Felipe Comabella regresó al salón.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó el joven, ya en catalán, idioma que continuaron empleando los dos.

—¿Y a ti?, ¿qué te ha parecido a ti?

—A mí no me gusta este franchute. No le conozco de nada, puede ser una trampa.

—Felipe, claro que puede ser una trampa —determinó Andreu, dispuesto a soltar un nuevo discurso a su protegido—, como la que le tendieron a Mateo en Torrejón de Ardoz, cuando el pobre chaval se vio obligado a descerrajarse los sesos con un tiro. Aquí estamos rodeados de gente que nos quiere engañar, de polizontes de mierda y de judas disfrazados de amigos o colaboradores, o correligionarios que se venden al primero que llega con un saquito de monedas, esos son los peores. Anda, vamos a tomarnos nosotros dos otra copa, y veremos qué hacemos con lo que nos ha propuesto.

Andreu probó de nuevo el aguardiente y cerró los ojos.

—Lo que quiere *monsieur* es que le hagamos el trabajo sucio —el anarquista comenzó con sus razonamientos—. Quiere que matemos a aquellas personas que él entiende que están estorbando al Rey para que este pueda declarar la guerra a los alemanes. ¿Entiendes, Felipillo?, lo que quiere este señorito es forzar que España entre en la guerra. Eso es bueno para él.

—Pero ¿y para nosotros?, ¿también es bueno para nosotros?

—Razón no le falta en lo de que los alemanes son un peligro real, y que si ganan a los franceses pueden acabar atacándonos a nosotros también, pero lo veo difícil; ese lo que ha querido es meternos miedo. Es un melodramático, un exagerado, no hay nada más que verlo; pero es un hombre astuto. No para de hablar de las madres, de los soldados destrozados en la tierra... Sí, a este lo han tenido que instruir bien en su país.

—Hemos visto que es diplomático. Seguro que estudió mucho —opinó el joven.

—Son estudios de señoritos, no de trabajadores, que no se te olvide Felipe, este nos está utilizando, quiere que los inocentes trabajadores españoles se vayan a morir a su guerra para evitar que

mueran los franceses.

—¿Entonces?, ¿qué vamos a hacer? —quiso saber el joven, que buscaba un nuevo aprendizaje en cada sentencia de su mentor.

—¿Que qué vamos a hacer?, pues aceptar el trabajo.

—¿Aceptarlo?, ¿no estás diciendo…? —Felipe se mostró, una vez más, desconcertado ante los inteligentes razonamientos de Andreu.

El maestro no le dejó terminar. Levantó la mano y bebió otro sorbo del vaso de aguardiente.

—Vamos a aceptar el trabajo porque en la conversación con este hombre he llegado a una conclusión en la que no había caído con anterioridad, y es que hoy, más que nunca, los anarquistas tenemos que proteger al Rey.

—¿Protegerlo? —Felipe no podía creer lo que estaba escuchando de labios de su padre político.

—Felipe, odio al Rey con todas mis ganas, con toda mi furia, si me dieran una pistola lo mataría aquí mismo, aunque después yo siguiera el mismo camino.

Nervioso, regresó al cajón donde conservaba el diario del día siguiente a la muerte de Ferrer. Lo volvió a sacar.

—Mira, ¿quieres leerlo?

—Ya lo he leído, Andreu, y muchas veces.

—¡Qué lo leas, que lo leas otra vez! —el anarquista elevó ostensiblemente la voz.

El hombre arrojó el periódico a Felipe, que lo atrapó como pudo.

—¡Fíjate!, después de relatar la tortura a la que le sometieron, van y te anuncian en el periódico el *Calisay*. ¿No es como para matar a *Su Majestad*?

El joven pensó que ambas cosas no tenían nada que ver pero no quiso decir nada y recondujo la conversación. Andreu se encontraba algo más que achispado.

—¿Por qué proteger al Rey?

—Porque hoy, con toda Europa en guerra, su presencia es la mejor salvaguarda de la vida de los trabajadores de toda España —sentenció, mientras volvía a guardar el periódico por segunda vez en la misma noche—. Si él muere, la Corona quedará a merced de las dos Reinas y la balanza se mostrará muy débil, extremadamente inestable. Cualquier soplo, cualquier golpe, por pequeño que sea, la desnivelará hacia uno de los dos bandos. La neutralidad, que es la postura que más nos interesa, solo está garantizada si se mantiene la situación actual, si esta no se ve alterada por nada ni por nadie. ¿No te das cuenta, Felipe, que si el Rey no está y cualquiera de las dos Reinas muere, por la razón que sea, entraremos en la guerra al

lado del bando de la reina superviviente?

El joven asintió con convencimiento. Pero, al momento, le asaltó una nueva duda.

—¿Entonces?, ¿por qué vamos a aceptar? —Felipe no paraba de sorprenderse con las palabras de Andreu.

—Porque me interesa ese dinero, el explosivo que puedo conseguir con él y la información que nos pueda facilitar este *monsieur*, porque con la dinamita o con lo que compremos puedo hacer saltar por los aires todas las dudas, todas las incógnitas que todavía pueden quedar sobre el agotador debate de si entramos o no en la guerra y, si entramos, al lado de qué bando. Felipillo, porque ahora vamos a poder matar a las dos Reinas, a las dos juntas.

—¡Qué estás diciendo! —exclamó el joven, sobresaltado.

—Sí, así el Rey se quedará solo sin nadie que lo tiente. Si muere una sola de las Reinas estamos perdidos, si muere él, también, pero si matamos a las dos mujeres, los trabajadores estarán tranquilos, no habrá guerra para ellos. ¡Fíjate lo que son las cosas, Felipillo!, ahora resulta que la vida del Rey es la mejor salvaguarda de los obreros españoles, y nosotros dos vamos a velar por ella.

Se levantó satisfecho con su razonamiento y llevó el vaso vacío a la cocina. Al regresar, se encontró con que Felipe seguía pensativo.

—Venga, vamos a acostarnos, que el día ha sido muy intenso.

—No me apetece, Andreu —el joven seguía ensimismado y su respuesta había sido involuntaria.

El hombre se marchó hacia la habitación. En el momento de abandonar el salón, se volvió y le espetó:

—No te he dicho si te apetece ir a la cama, te he dicho que vayamos a la cama —se giró y, con paso cansado, caminó hacia la alcoba.

Felipe, sumiso, siguió sus pasos.

55

Era la segunda vez que se veían personalmente. Hasta ese momento, los encuentros anteriores se habían celebrado entre sus colaboradores más próximos, reuniones reservadas pues el asunto así lo requería.

—No me gusta que estas entrevistas tengan lugar en mi casa — observó el anfitrión, Alejandro Lerroux, contrariado.

—Me temo que no podemos acudir a otro lugar. Usted es una persona suficientemente conocida en Barcelona, y sería muy difícil encontrar en esta ciudad un sitio público donde poder charlar alejados de la indiscreción de cualquier partidario, detractor, periodista o amigo —comentó el francés.

—¿De cualquier amigo mío? ¿Qué ocurre, Bruno, que usted no tiene amigos en Barcelona? —preguntó con animosidad el político cordobés.

—Señor Lerroux, yo no tengo amigos en mi trabajo. Yo estoy en España por el bien de mi país y de mis compatriotas, y con esas premisas es muy difícil confraternizar. La amistad genera debilidad, y yo no me lo puedo permitir.

—Usted es el jefe, y los jefes hacen lo que quieren —recordó Lerroux.

—Yo no soy jefe de nada y tengo que ajustarme a un determinado patrón de comportamiento.

Bruno Mionnet era uno de los máximos responsables de la inteligencia francesa en España. Desde antes de declararse la guerra, el militar francés había llegado a Madrid con la intención de controlar los movimientos de los espías adversarios en la península, la de gestionar los envíos de suministros a su país y, por último y como gran misión, la de conseguir que España rompiera la neutralidad, una vez conocida la postura del gobierno español y de su Rey.

—¿Están obteniendo avances? —se interesó el político radical.

—Sí —respondió, rotundo, no sin matizar después—, aunque me duele reconocer que más lentos de lo que desearíamos.

Alejandro Lerroux se levantó de su sillón de orejas y prendió un habano que guardaba en una caja de madera. A sus cincuenta años recién cumplidos, el cordobés, líder del Partido Radical, el cual aglutinaba la inmensa mayoría del hasta entonces atomizado y disperso republicanismo español, era una persona que conocía mucho mundo, tanto el libre como el carcelario. Madrid, Buenos

Aires, Cádiz, Santander, Pamplona o Vitoria eran solo algunas de las ciudades que conocía el hijo de un veterinario castrense al que la milicia dio la espalda. Elegido diputado por Barcelona en 1901, sus soflamas llegaron hasta todos los rincones del país, abanderando la revolución contra la Iglesia y la burguesía, especialmente contra la catalana.

—¿Y cómo ve el gran líder izquierdista la situación actual de la guerra? —indagó el hombre de la inteligencia francesa, vivamente interesado en conocer si había habido alguna evolución reciente en los pensamientos doctrinales del político.

—Peor cada vez —concedió Lerroux—. Lo que hizo España no fue una declaración de neutralidad, sino el reconocimiento de nuestra impotencia. La postura militarista es la única que nos puede integrar en Europa. La paz se entiende como algo débil, sin sustancia, impropio de los grandes pueblos que quieren progresar. Ninguna nación tiene derecho a la neutralidad. Nadie nos va a agradecer que nos mantengamos al margen. ¿Cree usted que su país, o Inglaterra, o Rusia, van a venir a ayudarnos cuando los alemanes ocupen las Baleares o las Islas Canarias? No, no —el político se respondía a sus propias cuestiones—. En ese momento se lavarán las manos como hizo Poncio Pilatos.

—¡Caray, Lerroux!, no me imaginaba que una persona como usted, tan amigo como dicen que era de Ferrer Guardia, invocara capítulos bíblicos —el francés omitió que sabía que su interlocutor había sido monaguillo en Zamora y que había aprendido latín.

—La Biblia tiene muchas enseñanzas, otra cosa es la interpretación que hacen de ella los curas, y más el cura que hay en Roma. Y sí, me consideré amigo de Ferrer Guardia, algo que me enorgullece.

—¿Y por qué tendría España que entrar en la guerra? —inquirió Bruno Mionnet.

—Porque compartimos con Francia el ideal de la raza latina —explicó el cordobés—. Su país representa la democracia, la supremacía de la sociedad civil frente al militarismo e imperialismo alemán, significa asegurar la paz y que impere el derecho de las personas sobre la fuerza.

—Pero mucha gente ve lo de la guerra europea como algo muy lejano. Eso de los nacionalismos balcánicos nunca nos ha preocupado, y los enfrentamientos entre imperios coloniales hoy no son asunto de España, que ya no tiene posesiones de ultramar. ¿No le parece, señor Lerroux?

—Precisamente por eso ha de entrar en la guerra, porque hoy

no somos ni mucho menos un gran estado industrial y España tiene que serlo. De todas maneras, ¿por qué me pregunta estas cosas?

—Quiero asegurarme una vez más de que mi gobierno no se ha equivocado al elegirle como nuestro *aliado*, ¿lo podemos llamar así?

—Llámelo como quiera, Bruno, pero su país me necesita como yo necesito su apoyo.

—Y nuestro dinero —completó el francés.

—Apoyo es dinero, déjeme ser eufemístico en mis apreciaciones. Pero no me ha respondido a la pregunta que le he formulado, ¿cuándo van a conseguir ustedes su objetivo? Detrás del suyo va el mío.

—Y luego el nuestro, ¿no le parece, *Emperador*?

—No me gusta que me llamen *Emperador*, suena a alemán.

—Aquí le llaman *El Emperador del Paralelo*. Algo habrá hecho usted para granjearse ese sobrenombre.

—Decir las cosas a las claras, como que España quedará aislada si no entramos en esta guerra de forma inmediata, porque tenemos que abandonar la postura mediocre y cobarde de la neutralidad, del perdón, de la incapacidad, y porque veo que, a este paso, ustedes, los ingleses y los rusos van a venir a nosotros acusándonos de denegación de auxilio.

—Cada vez que le escucho me convenzo todavía más de lo magnífico orador que es usted.

—No me adule. Usted lo que tiene que hacer es lo que le he dicho, cumplir con su cometido. El resto, déjemelo a mí.

El político se recostó sobre su asiento y se hundió en sus propias ensoñaciones. Se vio entrando en Madrid, como presidente del Consejo de Ministros, aclamado por todos, casi como si fuera un verdadero *Emperador*.

56

Hacía varios años que la elección del Rey había sido determinante: el vehículo que lo trasladase no comería avena, sino que bebería gasolina. Desde que se montó en uno, ya supo que su amor por los automóviles iba a ser solo comparable con el que profesaba por las mujeres. Su sonido, su maniobrabilidad, su velocidad y la capacidad de gobierno que permitía el volante —un elemento nuevo nunca antes conocido— ejercían sobre el Monarca una catarsis.

—Pepe, este *Skiff* va de maravilla, no sé cómo he podido prescindir de él tanto tiempo —comentaba Alfonso XIII, mientras conducía el coche camino de Carabanchel.

—Alfonso, es un modelo que lleva solo seis meses en el mercado, no lo habrías podido tener antes —repuso José Saavedra, el marqués de Viana, que viajaba a su lado.

—Pues eso, Pepe, soy el Rey y tenía que haber sido el primero en conducirlo.

La pareja elevaba el volumen de la voz para hacerse entender pues el vehículo era descapotable.

—Tengo que hablarte de la obra de teatro que vi el otro día.

—¿Cuál, Pepe?

—La que están representando en el Apolo: *Las amapolas verdes*.

—¿Qué pasa con ella?, ya la vimos Victoria Eugenia y yo, y no me pareció muy divertida. Entretenida, sin más. Aunque creo que ahora la cosa es distinta… —el Rey no quiso comentar a su amigo que Emeterio ya le había hablado de los cambios producidos en el elenco.

—Ya, pero eso era antes, Alfonso. Ahora ha llegado una nueva actriz.

El Panhard que conducía el monarca formaba parte de un séquito de vehículos que se dirigía al pueblo de Carabanchel, donde Su Majestad iba a celebrar una inauguración. En la comitiva viajaba también el presidente del Consejo de Ministros así como varios miembros de su gabinete. Al pasar por el Puente de Toledo los vehículos aminoraron la marcha para tomar después la carretera de Carabanchel por la que saldrían del municipio madrileño y entrarían en el carabanchelero. La acumulación de coches había provocado un revuelo en la calle y todos querían ver quiénes viajaban en aquellas máquinas, muy difíciles de encontrar al otro lado del Manzanares. Los pilluelos, las mujeres que subían de lavar

la ropa en el río, los muleros que apartaban su carro como buenamente podían, los tenderos que abandonaban durante unos instantes sus comercios, los holgazanes sin oficio conocido, todos se hacían a un lado para dejar paso a tan distinguido cortejo.

—¿Una nueva actriz? —el Rey retomó la conversación que habían dejado suspendida, haciéndose de nuevas.

—Sí, una mujer alemana que es algo espectacular, Alfonso. Una dama así no la encontramos tan fácilmente, ni tú ni yo.

El Monarca apartó un momento los ojos de la conducción y los posó sobre la cara de su amigo.

—¿Tanto es?

—Mucho, Alfonso, mucho. Tienes que verla. Yo estuve hablando con ella.

—¿Sí?, ¿ya? —preguntó extrañado Alfonso XIII. Después, sonriente, lanzó la pregunta definitiva— ¿Pero ya habéis…?

—¡No, por Dios, no se me ocurriría antes que vos!

El Rey le dio suavemente con el codo.

—¡Bribón!, no te hagas ahora la víctima. Venga, termina de contar. Detalla, ¿cómo es la muchacha? Algo había leído en el periódico pero no había hecho mucho caso.

—Pues resulta que la que representaba la obra, Mercedes Pardo, había sufrido un accidente…

El marqués de Viana comenzó a relatar a su íntimo amigo Alfonso los avatares que había sufrido la obra de teatro con la llegada de Bertha, una actriz que nadie conocía antes y que, camino de América, se presentaba por primera vez en España. Después le contó la visita al camerino y lo simpática que se mostró con él. Desgraciadamente para el Monarca, la conversación tuvo que ser interrumpida porque el coche que iba delante —el del Rey ocupaba el segundo puesto en el convoy— acababa de aminorar la velocidad. Habían llegado al destino.

La Colonia de la Prensa surgió como una iniciativa de la agrupación de profesionales del sector. Sus obras se habían iniciado un año antes y, poco a poco, el pequeño barrio dentro del municipio de Carabanchel iba tomando identidad a medida que se construían nuevos hotelitos.

Nada más apearse del vehículo, un grupo importante de personas, cubiertos con gruesos abrigos y la mayoría con sombrero, se fueron acercando al Monarca para cumplimentarlo con un apretón de manos. En dos minutos, el Rey saludó casi a cuarenta personas. El alcalde de Carabanchel le fue presentando uno a uno.

Una vez terminadas las salutaciones, el periodista Sánchez de los

Santos comenzó a leer un discurso en el que agradeció los esfuerzos de todas las administraciones con la construcción del *gran hogar de los informadores*, como calificó al proyecto, *ya convertido en realidad*, puntualizó. Después continuó enumerando los hitos de próxima edificación, como las escuelas, los comercios, la iglesia... pero el Rey tenía la cabeza en otro lugar. La llegada a Carabanchel le había privado de que su amigo Pepe Saavedra terminara de contarle cómo era la nueva actriz del Apolo que tanto le había cautivado. Mientras escuchaba el intrascendente discurso de Sánchez de los Santos, Alfonso XIII barría con la mirada el grupo que lo escuchaba. Allí estaban los ministros Sánchez Guerra, Francisco Javier Ugarte y Ramón Echagüe. También se fijó en el marqués de Viana, que le devolvía la mirada con complicidad. El cordobés sabía que su amigo el monarca deseaba, anhelaba, retomar la conversación interrumpida.

Después de los aplausos tomó la palabra el Rey que, sin leer papel alguno, improvisó un discurso que fue seguido atentamente y en silencio por todos los asistentes. Habló del apoyo de la Corona a todas las iniciativas que supusieran la modernización de la ciudad y del país, y ofreció su habitual disponibilidad para patrocinar las acciones encaminadas a favorecer a las clases más necesitadas. Al terminar, y después de la ovación con que fue premiado, Alfonso XIII atendió al grupo de periodistas que le volvieron a preguntar por la posición de España ante la guerra europea y por los últimos acontecimientos desarrollados en los distintos frentes, especialmente en el oriental, entre tropas rusas y otomanas.

—Majestad, ¿cree usted que Italia entrará en la guerra antes del verano? —sondeó un reportero de *El Universo*.

—No lo sé. Eso habría que preguntárselo a Salandra. Yo solo puedo hablar de lo que conozco. De todas maneras, también habría que preguntarle en qué bando estaría.

—Con mis mayores respetos, Majestad, pero creo que esa sería una pregunta improcedente —la calificación del corresponsal del periódico francés *Le Journal* había sido excesivamente severa, rayando en la impertinencia—. Si Italia entra en la guerra será a nuestro lado. Nadie lo duda.

—Yo sí lo dudo, *monsieur*, si Italia entra en la guerra, será con nosotros, con los países con quienes tiene suscritos acuerdos militares —corrigió Hermann Holetschek, el corresponsal del *Lokal Anzeiger*.

—¡Ah!, por cierto, Herr Holetschek, ahora que lo veo, ¿qué tal se encuentra usted de aquella baja que le mantuvo un tiempo alejado

del ejercicio de su profesión? —preguntó el Rey, que se preocupaba por el periodista a quien conocía de anteriores encuentros.

—Bien, Majestad, ya estoy completamente recuperado. Muchas gracias —fue la escueta respuesta del corresponsal alemán, que no iba a relatar a nadie el secuestro al que fue sometido por parte de Fritz Springer.

Después de responder a varias cuestiones más, planteadas por los periodistas destacados al acto, el Rey se despidió de todos ellos dándoles las gracias por su asistencia. Posteriormente se encaminó hacia su automóvil, donde le esperaba sentado y paciente su amigo José Saavedra.

Nada más arrancar, Alfonso XIII quiso continuar la conversación.

—A ver, Pepe, cuéntame más cosas de esa tal Bertha.

Mientras el cordobés comenzaba a relatar los pormenores del físico, de la mirada, del acento, de los encantadores y traviesos equívocos que generó durante su interpretación, el Panhard *Skiff* inició el retorno a Palacio bajo los vítores de los carabancheleros, que se habían congregado en el camino para saludar a su monarca.

57

Como en toda ocasión, los pasos del general Alain Santini eran firmes, seguros, sin admitir titubeos, incluso en una circunstancia como aquella, en la que el rol que iba a desarrollar durante el encuentro sería muy distinto del habitual.

Había concertado una cita con el coronel Martingou, que había accedido a recibir al general más por disciplina que por apetencia.

Después de atravesar uno de los largos y rectilíneos pasillos del edificio de Los Inválidos, el general fue cumplimentado por Martingou en su despacho.

—Mi general, es para mí un honor recibir su visita. ¿Le apetece tomar algo?

—No coronel, muchas gracias pero no le quiero quitar mucho tiempo y yo tampoco debo distraer el mío. Si no le importa le explico inmediatamente las razones que me han traído a este edificio.

—Por supuesto, mi general, le escucho.

Los dos militares se sentaron a una mesa de mármol redonda con adornos dorados. El coronel Julien Martingou era un hombre muy moreno, con un bigote al que todavía no había asomado ni una sola cana a pesar de contar con más de cincuenta años. Sus ojos irradiaban la inteligencia innata de aquel militar especializado en una de las áreas más delicadas de todo ejército. Cruzó las piernas y se dispuso a escuchar al serio, distante y siempre soberbio general Santini.

—Como probablemente sabrá, mi mujer me ha dado muchas hijas, a las que quiero más que a mi vida, pero solamente me dio un hijo, a la sazón, el primogénito de la familia. Lo bautizamos con mi nombre, como es costumbre en la estirpe. Con él ya somos cinco generaciones.

Al coronel Martingou le extrañó aquel prolegómeno. Por lo poco que conocía al general no era una persona muy pródiga a entrar en detalles sobre su vida personal, y menos en pormenores relativos a sus raíces.

—Su madre y yo —prosiguió Santini— habríamos querido que entrara a formar parte de la milicia, pero él no quiso. No sé si fue porque desde bien pequeño le eduqué para ello, sin darle más opciones que las que le deparaba su destino. Es posible que creara un rechazo innato en su mente débil, o yo no fuera capaz de hacerle ver el inmenso honor que supone para todo francés vestir el

uniforme de su ejército.

Martingou notaba que la voz del general carecía de la fuerza y vivacidad de otras veces, la notaba más débil, trémula incluso.

—Él es un patriota, Martingou, un buen francés —continuó el general—, aunque le ha faltado carácter para mandar a un grupo de hombres armados dispuestos a enfrentarse a muerte con el enemigo. Pero también le digo, Martingou, que me está demostrando que sabe anteponer el amor a su país por delante de sus intereses personales, aunque a su manera, no a la que yo habría querido. Pero se equivoca, coronel, mi hijo se equivoca.

—¿En qué se equivoca, mi general?, si me permite la pregunta.

—Se equivoca porque está a punto de cometer una locura.

El general Alain Santini se recostó sobre la silla e intentó componerse. Sabía que la arrogancia con la que cubría toda su personalidad estaba desmoronándose, y se avergonzaba por ello.

—¿Qué va a hacer su hijo, mi general? ¿De qué manera podemos ayudarle?

Alain Santini lo miró e intentó contener el llanto. Se maldijo por ser débil, por tener sentimientos y por no poder discernir sus obligaciones como militar de sus emociones más hondas como padre. Refugió su mirada en sus uñas porque era incapaz de contemplar al coronel.

—Mi general, ¿quiere que nos traigan un café?

Santini se sintió como si fuera un náufrago que se ahoga al que le tiran un aro salvavidas. Se agarró a él con ansia.

No fue capaz de hablar, solo acertó a asentir.

La interrupción había resultado positiva. Se encontraba un poco más tranquilo y con más fuerzas para poder explicar la razón que le había movido a pedir cita al coronel.

—Martingou, mi hijo ha tomado dinero de aquí, de París, y se ha marchado a España, supongo que estará en Madrid. Pero no sé lo que está haciendo.

—¿Me quiere decir que su hijo ha robado?

—¡No, jamás! —el general se sobresaltó solo con oír la pregunta —. No, el dinero que se ha llevado es nuestro, de la familia —no quiso entrar en más detalles.

—Mi general, yo soy uno de los responsables del *Deuxième Bureau*. Con todos mis respetos, no somos una oficina como la que está funcionando en el Palacio Real de Madrid, creo que con mucho éxito, patrocinada por el rey Alfonso XIII. Allí se dedican a localizar

soldados que se han dado por desaparecidos, a liberar prisioneros, a mediar en condenas, a evitar la aplicación de la pena capital. Lo nuestro es algo muy distinto y usted lo sabe mejor que yo. Si quiere que encontremos a su hijo…

—Mi hijo no está desaparecido, coronel, ni se encuentra prisionero —súbitamente, el general Santini había regresado a su personalidad habitual, engreída y arrogante. Martingou lo apreció rápidamente—. Mi hijo se ha marchado a España con mucho dinero y va a cometer una locura, y tengo que saber qué va a hacer. Y quiero que usted se entere, coronel, quiero que se entere inmediatamente de qué hace Alain en Madrid, si es que está allí, y para qué va a destinar el dineral que se ha llevado. El *Deuxième Bureau* es nuestra oficina de inteligencia, ¿no?, ¡pues encuéntrenlo!

Martingou lo miró fijamente. Efectivamente, ellos eran los servicios secretos franceses, y era ahora cuando la petición de ayuda del general Santini empezaba a preocuparle.

—¿Piensa que su hijo ha viajado a España con algún cometido concreto?

—Sí, claro que sí. Normalmente la gente actúa movida por alguna razón, la gente no hace las cosas porque sí, y menos mi hijo, que es un hombre muy inteligente. Alain sirve a Francia, no me cabe duda de ello; pero no sé de qué manera.

—Mi general, perdón por la pregunta, pero ¿piensa que su hijo pueda materializar alguna acción similar a las que ejecutamos en esta sección?

—La cantidad que se ha llevado me conduce a pensar en ello.

—¡Eso no puede ser, mi general, no puede ser! —el coronel no podía ocultar su irritación—. La inteligencia es una labor que requiere preparación, estrategia, tiempo y profesionalidad. Es un trabajo colectivo donde cada pieza juega un papel fundamental. No puede un francés, por muy patriótico que sea, pretender hacer la guerra por su cuenta. Por supuesto que el *Deuxième Bureau* tiene agentes en Madrid y en toda España, claro que sí. Son personas que se están jugando la vida para alcanzar los objetivos que nos hemos marcado, y creo que su hijo, mi general, puede entorpecer esas acciones tan vitales para el devenir de esta guerra tan terrible. Así no se hacen las cosas.

—¿Me va a decir usted cómo se hacen las cosas?

—En este terreno sí, mi general —el coronel estaba enfrentándose abiertamente a su superior. Sabía que aquello podía ser peligroso, pero no estaba dispuesto a poner en peligro la vida de sus hombres en España—. Aquí se trabaja de una determinada

manera. No es suficiente con sostener una pistola y ponerse a pegar tiros, como en un campo de batalla. Aquí hay que saber muy bien a quién apuntar, por qué, en qué momento, de qué manera, qué munición usar…

—Mire, coronel —el general se puso en pie de un salto y lo miró con severidad—, mi hijo no va a entorpecer nada. Lo que tienen que hacer ustedes es localizarle y averiguar qué hace allí, disuadirle de que lo haga y exigirle que regrese a su país, que es donde la patria lo necesita —también le hubiera gustado añadir que su familia lo necesitaba, pero el general había dejado de ser humano.

El coronel también se había puesto en pie y miraba a Alain Santini sin entender sus erráticas reacciones. Su mente recibió una idea, una disparatada idea que, como buen profesional de la inteligencia, tenía que considerar.

—Mi general, perdone por la pregunta que le voy a formular pero nos ha sucedido ya en muchas ocasiones, ¿podría su hijo haber sido reclutado por el enemigo?

—¿Por Alemania?, ¡jamás, coronel, jamás! —Santini había pasado de la palabra al grito—. ¡Mi hijo es un patriota!, más francés que todos ustedes juntos, tanto como mi padre, que sirvió en la guerra del setenta, tanto como sus ancestros, que hasta lucharon en España. No sabe usted lo que está diciendo.

—Son posibilidades, mi general, que tenemos que valorar. La experiencia nos ha enseñado demasiadas veces, y siempre con un alto coste para nosotros, que no podemos descuidar ninguna contingencia.

—Le doy una semana, coronel, una semana, ni un día más para que traigan a mi hijo a París. Si no lo consigue, aténgase a las consecuencias.

Sin despedirse, el general salió del despacho del coronel de los servicios secretos dejando un rastro de inquietud y de zozobra.

58

Fritz no había dormido en toda la noche. No era el asesinato de aquel imbécil lo que le había desvelado ni todo lo que tuvieron que hacer después entre Leonardo Rubiales, el operario del Apolo y él con el cuerpo del Conde. La imagen que no lograba olvidar era la de Bertha, desnuda, descompuesta, intentando chillar, de espaldas al desconocido y a punto de ser violada. No podía con aquel recuerdo y se arrepentía de no haber golpeado más fuerte todavía a aquel cobarde, aquel depravado, de no haberlo desollado en el mismo camerino y después restregarlo contra el suelo.

Había vuelto a su habitación en el Palace a las cinco de la madrugada, sucio y exhausto, y se había tirado sobre la cama sin quitarse la ropa, extraviando su mirada en las escayolas que adornaban el techo de la suite. Ahí permaneció hasta que el pálido sol de enero se asomó con timidez a través de los cortinajes, como si quisiera acompañar al alemán y no dejarlo solo ni un instante.

Harto de no poder dormir, llamó al servicio de habitaciones para que le subieran un desayuno y el periódico. Probablemente todavía no habrían descubierto el cadáver del conde de Luarca, por lo que sería imposible que el rotativo recogiera la noticia. Aun así, quería comprobarlo por él mismo.

Después del primer sorbo de café, tomó el ejemplar del *ABC*. En la cuarta página leyó algo con lo que no contaba. Furioso, tiró la bandeja contra el suelo, agarró el periódico y lo rasgó con violencia. Lanzó las hojas al aire y, conforme iban cayendo al suelo, les dio patadas como si jugara con ellas al balompié. Se desnudó, dejando toda la ropa tirada por el piso, y se metió en el baño. La impresión del agua fría lo despejó más que si se hubiera tomado media docena de cafés bien cargados. Al salir, llamó a Bertha por el teléfono interior. Fritz había pedido en recepción dos llaves por lo que su compañera podía acceder a su habitación en el momento que quisiera.

Cuando Kathrin Thielemann entró en la suite de Fritz, se encontró con un caos de ropa y comida tirada por el suelo que le trajo de inmediato el desagradable recuerdo de la noche anterior. El capitán estaba encima de su cama, desnudo, con un cigarrillo en la boca y embobado de nuevo en las curvas de las molduras del techo.

La mujer lo miró desde el umbral de la puerta. Sin preguntas, se acercó a la cama y se recostó a su lado. Llevaba puesto un *déshabillé* salmón a juego con el camisón de raso.

—¿Por qué no te tapas? Vas a resfriarte —le susurró al oído.

Ante la pasividad del alemán, ella optó por desabrocharse la cinta que ceñía el salto de cama a su cintura e intentó cubrirlo, por lo menos parcialmente. Lo besó en la mejilla.

—¿A qué hora llegasteis?

—Tarde —respondió él, sin mirarla.

—¿Me vas a contar qué hicisteis con él?

El alemán aspiró una profunda calada y después negó con la cabeza. Ella le volvió a besar.

—¿Qué le ha pasado al periódico? ¿Has leído algo que no te ha gustado?

Fritz se volvió hacia ella.

—El Rey se marcha de viaje.

—A la Cornisa Cantábrica. Sale esta noche en el sudexpreso de San Sebastián y regresará desde Gijón, dentro de una semana.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque también leo el periódico. Esta mañana, después de desayunar, me he sentado un rato en el salón a leerlo y me he sentido como tú, aunque no lo he exteriorizado de la misma manera.

—Esto retrasa nuestros planes —aseguró Fritz.

—Esto nos asegura mejor nuestros planes. Estos días van a venir muy bien para ejecutar el nuestro con mayor precisión, que hay que saber encontrar ventajas donde los demás solo hallan problemas.

La pareja hablaba a escasos centímetros. Fritz tenía a Bertha tan cerca que casi se mareaba con su presencia. Su olor, limpio y perfumado; su callada respiración; los silenciosos latidos de su corazón, demasiado próximo; su piel, fina y blanca, eran demasiado atrayentes para alguien que había vivido las últimas horas con una desconocida intensidad.

—¿Qué quieres decir?

—Luego hablamos de eso, pero ahora quiero decirte otra cosa, quiero hablarte de anoche.

—No quiero recordar nada. No me hables de anoche —pidió Fritz—. Anoche no existió. Terminaste la función, te traje al hotel, hicimos el amor, nos dormimos y después hemos desayunado juntos. Esa ha sido la secuencia, no pasó nada distinto, nada ajeno a lo que te acabo de contar.

Ella se colocó encima del espía y cubrió los laterales de su cuerpo con el *déshabillé*.

—Te quiero dar las gracias, Fritz, gracias por lo que hiciste.

Bertha cerró la frase con un beso en los labios del alemán que no

fue correspondido.

—Anoche me salvaste.

—Hice lo que tenía que hacer —sentenció el alemán, pasivo y frío.

—Pero te lanzaste sobre aquel monstruo sin importarte las consecuencias. No sabías si podía haber ido armado. No, tú me viste en peligro y reaccionaste como yo no me podía haber imaginado.

Fritz la miró y la abrazó por la cintura. La besó. Una vez. Dos veces. Notó que su miembro comenzaba a reaccionar.

—No te iba a dejar sola.

—Oye, una pregunta —la mujer frenó la cadena de besos que había empezado a trenzar—. ¿No sería que te pusiste celoso?

Él no respondió y se limitó a besar de nuevo la atrayente boca de Bertha.

—Es que si te vas a poner celoso al verme con otro hombre, ¿cómo vamos a poder cumplir la misión?

El alemán ya estaba completamente activo. Envolvió a la mujer con sus piernas y la giró sobre sí. Le quitó la bata y le subió el camisón.

—¿Sabes lo que creo? Que tú ayer a quien mataste no fue a aquel pobre infeliz. Tú mataste a Alfonso XIII.

Fritz no respondió. Calló la boca de Bertha con la suya.

Una hora después, la pareja se encontraba en la antesala de la suite del alemán. Habían pedido al servicio de habitaciones que les subieran un bufé frío y una botella helada de champán.

—Tienes que buscar una casa para que Alfonso y yo podamos encontrarnos —le indicó Bertha, mientras apuraba el segundo cigarrillo de la mañana—. ¿No me habías contado que él hace salidas de ese tipo?

—Sí, eso me dijeron. Pero, ¿por qué no en el camerino del Apolo? —preguntó, según degustaba un pastelillo. No encontraba la razón del cambio de ubicación que planteaba Bertha.

—Porque así estaremos mucho más tranquilos y tendremos más tiempo. Yo entiendo que eso va a fastidiarte bastante, ¿no? —mientras le formulaba la sencilla pregunta, la actriz jugueteó con su pie desnudo, ascendiendo con él por la parte interior del muslo de su compañero. Este se retiró unos centímetros. En ese momento, no le apetecía iniciar una nueva sesión de sexo con Bertha.

—Aquí estamos para trabajar, no para perder el tiempo —súbitamente, Fritz se puso muy serio—. Es cierto, sé que tiene

algunas casas en las que se ve con mujeres, creo que son de amigos.

—Pues eso es lo que tenemos que hacer. Me vas a buscar un hotelito en algún sitio de la ciudad. Vamos a decir públicamente que *La Nueva Gata de Madrid* se ha marchado del Palace porque necesita más *espacio vital*. Mira, ¡eso me ha gustado!, eso del *espacio vital* queda un poco teatral pero resulta muy oportuno. Eso necesitamos, más espacio. Ten en cuenta que en el camerino del Apolo no hay sitio para nada, y a un Rey hay que tratarlo con cariño y delicadeza, no puedes comportarte como una…

—¿Como una qué?, Bertha, ¿qué vas a decir, como una…?

A la actriz no le gustó la expresión que mostraba su compañero de misión. Se levantó sin acabarse la copa de champán.

—Me voy a mi habitación, que dentro de un rato vendrá la manicura.

—¿Otra vez la manicura?, ¿tienes que hacerte las uñas todos los días? —le reprochó, mientras encendía un cigarrillo.

—Me hago las uñas cuando me da la gana —le espetó, furiosa.

Sin mediar más palabra, se puso el salto de cama y salió de la habitación dejando a Fritz con un nuevo encargo: buscar un lugar para que ella se citara con Alfonso XIII.

Nada más entrar en su habitación, Bertha llamó a la recepción por el teléfono interior:

—Cuando venga mi manicura, dígale que suba, que la estoy esperando.

No habían transcurrido ni quince minutos cuando llamaron a la puerta de la habitación de la actriz.

—Buenos días, señorita.

—Eusebia, no me gusta que tardes tanto en venir. Si hemos quedado a una hora, te exijo puntualidad.

—Perdone, señorita.

La mujer, una señora septuagenaria, vestida completamente de negro y con la larga melena gris recogida en un voluminoso moño, asió una silla y la colocó cerca de la ventana. Después tomó una segunda y la situó enfrente de la anterior.

—Señorita, ¿le parece bien que nos pongamos aquí? Así tendremos mejor luz.

—No pretendas ahora comportarte conmigo como una mujer educada, que ya te conozco desde hace varios días y a mí no me engañas —Bertha hablaba excesivamente alto—. ¡Venga, vamos, que no tengo todo el día para dedicártelo a ti! Quiero que me despintes las uñas de las manos y de los pies y me apliques esmalte de un tono rojo más atrevido, no como el que llevo. Creo que el

granate no va conmigo.

Bertha se sentó y después lo hizo la manicura. La actriz extendió la mano hacia la cara de la mujer.

Miró a ambos lados y, hablando en un tono muy bajo, casi vocalizando las palabras, la preguntó:

—¿Hay alguna novedad?

La mujer levantó la vista de las manos de Bertha y, mientras miraba instintivamente hacia la puerta, negó imperceptiblemente con la cabeza.

—¡Ay! Eusebia, como me vuelvas a hacer daño te voy a dar una bofetada y voy a contratar a otra manicura, que las tengo esperando en fila.

El volumen de la voz de Bertha había regresado al punto anterior, a la vez que entre ambas mujeres se cruzaban una mirada cómplice.

59

Victoria Eugenia solo se mantenía en España por la vocación del deber y de la obediencia que le había inculcado su madre, la infanta Beatriz, desde que abrió los ojos a un mundo que todavía no terminaba de comprender. La Reina no era feliz en Madrid. Las continuas y dolorosas tiranteces que padecía con su suegra, las determinantes enfermedades de sus dos hijos mayores y, sobre todo, la pertinaz y pública infidelidad de su marido habían convertido su estancia en la capital en un rosario de desgracias a cual mayor. Ella, que se había sacrificado alejándose de su tierra, que había tenido que cambiar de creencia —se había criado en la religión anglicana —, que había aprendido un nuevo idioma y adoptado unas costumbres muy distintas a las suyas, buscaba en el cariño de su pueblo el amor que no hallaba en Palacio.

Se encontraba en su despacho, la estancia que antecedía a su dormitorio, repasando con su secretaria la agenda de los próximos días:

—Majestad, el jueves catorce tiene confirmada su asistencia a la misa en San Francisco el Grande, y esa noche también tiene apalabrada una obra de teatro, en La Zarzuela concretamente. El viernes lo tiene libre hasta después de comer, momento en el que vendrá a cumplimentarla la condesa de Sanabria y la esposa del embajador de Portugal.

—¿Y mañana por la noche? —indagó la Reina.

—De momento la noche del martes doce está libre. ¿Quiere que le detalle la agenda prevista para el fin de semana?

—No, gracias. Ya me lo contarás. Dime, ¿a qué hora tenemos que salir?

—A las diez y media, Majestad, tiene usted tres cuartos de hora para terminar de arreglarse. ¿Hago pasar a sus asistentas?

—Por favor. Y tú, puedes retirarte.

La secretaria abandonó el aposento no sin antes marcar una reverencia.

A las diez y media en punto, Victoria Eugenia se subió al landó con un tiro de seis hermosos alazanes que la aguardaba en el patio central de Palacio. A continuación, la comitiva, abierta por varios miembros de la Guardia Real a caballo, se puso en marcha.

La Basílica Pontificia de San Miguel es una de las más importantes de la ciudad y se ubica próxima al lugar donde estalló la bomba que casi acabó con la vida de los Reyes el día de su boda.

La llegada de Victoria Eugenia suponía un acontecimiento importante y una buena parte de la población de la zona se agolpaba para ver a Su Majestad, una mujer que despertaba la curiosidad general.

Eduardo Dato, el presidente del Consejo de Ministros, fue la primera persona que presentó sus respetos a la Reina:

—Majestad, bienvenida. ¿Qué tal el viaje?

—Ha sido corto, señor Dato, muchas gracias.

—El Excelentísimo señor don Carlos Prats y Rodríguez del Llano, Alcalde de Madrid, tiene interés, si se lo permite Su Majestad, en presentarle a distintas autoridades que desean cumplimentarla.

La Reina fue dando su mano profusamente cargada de anillos a todas las personas, todo hombres, que fue presentándole el alcalde. El último fue el Vicario General, que la invitó a pasar al interior de la iglesia. A la izquierda del altar habían situado un banco con capacidad para media docena de personas, solo mujeres, ya que los hombres se sentaban en otro similar ubicado enfrente. La Reina ocupó su lugar. A su derecha, Petra Domínguez la saludó con una sonrisa.

Después de la misa, y ya de nuevo en la calle, las dos amigas tuvieron un aparte:

—Majestad, estoy dispuesta cuando guste a hacerme cargo de la fundación de la que me habló en Palacio, cuando nos vimos antes de navidades. La de las mujeres sin recurso en estado de buena esperanza —le recordó.

—Petra, te lo agradezco mucho. Sabía que podía confiar en ti. Es algo que tenemos que organizar lo antes posible. Me han comentado que hay muchas chicas en Madrid que cometen atrocidades por no contar con medios.

—Se refiere, Majestad, a que...

La Reina no quiso que terminara la frase.

—Sí, Petra, que se deshacen de la criatura antes de que haya nacido. ¿No es horrible?

—Por supuesto; no podemos permitirlo —suscribió la condesa del Mayo, visiblemente afectada por las palabras de Victoria Eugenia.

—Necesitas crear una oficina, un centro para poder trabajar —resolvió la Reina—. Hoy mismo hablo con mi mayordomo, con el duque de Santo Mauro, y le digo que disponga lo necesario. Petra, me da apuro, te va a quitar mucho tiempo.

—Majestad, el tiempo que le dedique a la alta labor que me ha encomendado se lo voy a quitar a la costura. Ya sabe que no tengo

otros entretenimientos.

Victoria Eugenia sonrió y bajó el tono de voz.

—Me han dicho que habéis sido vista en compañía de un hombre muy atractivo.

Petra se sonrojó, como si fuera una chiquilla.

—Del brazo, me han llegado a matizar. Anda, no te dé vergüenza, es lo más normal del mundo. Eres una mujer libre. Estuviste con tu marido, que Dios lo tenga en su gloria, hasta el final. Tu conciencia tiene que encontrarse muy descansada.

—No crea, Majestad, hay personas que no lo ven bien.

—Te tiene que dar igual lo que piensen esas personas. Tú tienes que vivir tu vida, estás en tu derecho. Los duelos no son eternos y no hay mañana en la que no salga de nuevo el sol.

—Majestad, decís cosas hermosas.

La Reina agarró el brazo de su amiga, intuyó que lo necesitaba.

—¿Ha venido aquí? No sé si es muy precipitado que me lo presentes.

—No, Majestad, Alain no está en España, ha tenido que regresar a su país. Él es diplomático y se debe a Francia todos los minutos de su vida. Para él no hay nada más importante que su tierra y la vida de sus compatriotas.

—Eso tiene que enorgullecerte, Petra. Eres una mujer muy afortunada porque un hombre tan íntegro se haya fijado en ti.

—Gracias, Majestad.

—Hoy mismo hablo con el Duque para que te mande recado. No sabes lo que agradezco que hagas esto por mí.

—Siempre es un honor poder ser de utilidad a Su Majestad —reverenció la condesa del Mayo.

La Reina se volvió hacia las personas que la vitoreaban y las saludó con un medido movimiento de la mano.

En el landó, de regreso a Palacio, Victoria Eugenia llegó a una desagradable conclusión. De forma casual, se había enterado que el acompañante de Petra Domínguez no era precisamente cualquier francés, y recordó la conversación que mantuvieron en Palacio en la que la Condesa la hizo ver la necesidad urgente de movilización española en la guerra europea a favor de la *Entente Cordiale*.

La Reina se entristeció al pensar que todas las personas que se acercaban a ella solo llegaban movidas por interés. Cuando pensó que uno de los pocos pilares que la sujetaban en la ciudad, y en el país en definitiva, también estaba lleno de carcoma, estuvo a punto de ponerse a llorar, pero fue fuerte, como también la había instruido su madre, y consiguió no soltar una sola lágrima. No

quería que nadie lo descubriera cuando el coche de caballos regresara a Palacio.

Lo primero que hizo Petra cuando llegó a su casa fue preguntar si había llegado el cartero.

—Sí, señora —le respondió Elisa, mientras la ayudaba a quitarse el grueso abrigo de piel de nutria que habitualmente llevaba la Condesa.

—¿Y qué ha traído? —preguntó, inquisitiva y expectante.

—Dos cartas, las he dejado encima de la chimenea del salón.

Sin pronunciar más palabras, corrió hacia la mejor estancia que había en la casa, que hacía chaflán y desde la que se admiraban unas vistas magníficas, desde Palacio hasta el Cuartel de la Montaña. Leyó los remitentes. Frunció el gesto y las dejó donde las había puesto la criada.

Se acercó lentamente al balcón y recapacitó sobre las palabras que le había dicho a la Reina relativas a Alain, especialmente aquello de que era una persona que vivía para su país y para sus compatriotas. Era verdad. Sentía que ella no era lo más importante en la escala de valores del francés, que en sus preocupaciones y anhelos ocupaba un lugar más, «del montón», pensó con tristeza. Con los ojos recorrió la inmensidad del salón y comprobó lo que ya sabía, que todas las flores que su amante le había regalado ya se habían marchitado, que aquella preciosa declaración de amor en la que cada letra venía acompañada de un espléndido ramo era solo un recuerdo tan poco asible y reconocible como una ráfaga de viento retenida entre las manos. «¿Dónde estarás ahora, Alain, cómo es posible que te hayas marchado de mi lado y no me hayas dicho, siquiera, el lugar en el que te encuentras ni qué estás haciendo? ¿Tan poco importante soy para ti?», se preguntaba con una amarga tristeza que casi le impedía respirar. Se dejó caer sobre uno de los sillones que escoltaban la chimenea y refugió la cabeza entre sus manos.

Elisa acababa de entrar en el salón para preguntar a su señora a qué hora deseaba comer, pero al verla allí y en esas condiciones, optó por darse la vuelta y no formular pregunta alguna.

60

Alain había cenado en un pequeño restaurante de la ronda de San Pedro. De primero había tomado un plato con tomates arrugados y secos y de segundo un pescado de origen incierto; prefirió no preguntar ni el nombre ni la procedencia. Los regó con vino que le sirvieron en un *frascon* y se tomó después dos cafés bien cargados. Necesitaba estar despejado.

Regresó a su habitación y optó por matar el tiempo leyendo un ejemplar de *Jarrapellejos*, de Felipe Trigo, que había comprado a su llegada a Barcelona en una librería de la calle Canuda, próxima a la plaza de Cataluña.

A la una y media de la madrugada se abrigó lo más que pudo y salió de la pensión camino de la taberna de Ricard, donde unas horas antes un hombre lo había citado.

Barcelona ofrecía al francés una faz desangelada y espectral. Las calles se hallaban inquietamente desiertas y solo podían distinguirse mendigos que buscaban cobijo en el interior de algún portal abierto. Alain se subió el cuello del gabán y apretó el paso. Era consciente de que, aunque camuflado, todo el dinero que poseía lo llevaba en el abrigo. Podía ser víctima de un atraco de alguien que solo quisiera protegerse del frío. Se palpó el arma en el bolsillo derecho y se sintió más tranquilo con aquella pequeña pero resolutiva compañía.

Se sobresaltó al llegar a la taberna de Ricard. Estaba cerrada. Se acercó a la puerta con sigilo y distinguió un pequeño haz de luz que pugnaba por fugarse a través de una rendija. Llamó y la hoja se abrió permitiéndole el paso. En el interior solamente se encontraban Andreu Riera, Felipe Comabella, sentados a una mesa y con unas tazas de café ya vacías, y Ricard, que era quien le había abierto la puerta.

—Es usted muy puntual —comentó Andreu—. Venga con nosotros, que tenemos que contarle cosas.

Alain se sentó junto al grupo.

—Tengo en el fuego algo de café, ¿le apetece una taza?

Mientras el tabernero preparaba una bebida caliente para el diplomático, Andreu comenzó a hablar:

—Hemos estado valorando su proposición y vamos a aceptar.

La claridad de las palabras del anarquista provocó una doble y contradictoria reacción en el francés. Por un lado se reconfortó al comprobar que su oferta, y la exposición de la misma, había tenido

una acogida satisfactoria. Los argumentos empleados habían sido los adecuados para convencer a unas personas que, por lo menos al principio, se mostraron muy reticentes. Pero Alain también sintió miedo, vértigo al constatar que esta vez iba en serio, que a diferencia de los intentos anteriores con Romanones, con la Reina a través de Petra y con Eulalia de Borbón, ahora sí había encontrado la manera de poder alcanzar con éxito su objetivo. Muertos Dato y la reina María Cristina, la decisión de Alfonso XIII, mediado por el país de nacimiento de su mujer, y por el egoísmo empresarial y político de Romanones como presidente del Consejo de Ministros, llevarían a España a unirse a la *Entente Cordiale*, aportando hierro, trigo, naranjas y hombres, una ingente masa de soldados suficiente para derrotar al inmenso e inexpugnable imperio de Guillermo II. Además, también había que contar con algo no menos significativo, y es que se dejaría de abastecer desde España a la Triple Alianza, algo que era muy importante por sí solo.

—Pero antes tenemos que aclarar algunas cosas —Alain permaneció en silencio, momento que aprovechó para dar un sorbo al café que le acababa de servir Ricard y encender un cigarrillo—. Esta misión es extremadamente peligrosa. Entraña un riesgo único porque es selectiva. Quiero decir que tenemos que matar a dos personas pero no podemos equivocarnos, no puede caer alguien que no queramos que caiga. ¿Me explico?

—Perfectamente, Andreu. El resto de la familia real tiene que resultar ilesa. Bajo ningún concepto se puede hacer daño ni al Rey ni a su esposa. Y, por supuesto, tampoco a los infantitos. No quiero que sobre mi conciencia y la de los franceses penda el asesinato de unos inocentes.

—Pues para eso lo que necesitamos es tiempo. Esto no es algo que podamos hacer mañana o pasado, o dentro de una semana. Es distinto a cuando el compañero Morral se fue a Madrid a poner orden en la vida pública española ajusticiando al Rey, ya que se sabía qué día se casaba, a qué hora, cuál iba a ser el recorrido de la carroza de los explotadores y, en consecuencia, en qué momento podía actuar. Aquí no, *monsieur* Santini, aquí tendremos que viajar a Madrid y esperar el momento adecuado.

Tanto Felipe como Ricard miraban a Andreu y al francés, y la manera que tenía de evolucionar la conversación.

—No hay problema por eso. Estoy introducido en Madrid y puedo acceder a la agenda de los Reyes, aunque no tanto a la del presidente Dato —advirtió el diplomático.

—De todas maneras, Dato no es tan importante.

Era la primera vez en la noche que Alain Santini oía hablar a Felipe Comabella. El protegido de Andreu acababa de apuntar una alternativa que había que considerar. Él mismo continuó con su razonamiento.

—Si podemos actuar sobre los dos, será mejor —opinó el joven, con su voz aniñada—, pero el escollo fundamental con el que choca el Rey es su madre, no un político que ha puesto él y que, sin tener que justificarse ante nadie, puede quitar en cualquier momento. Desde que alcanzó la mayoría de edad, en 1902, Alfonso XIII ha tenido trece presidentes del Consejo de Ministros distintos, con alguno incluso repitió, como fue el caso de Maura o Moret. Más de uno por año. Por tanto, creo que no hay que sobrevalorar el papel de Eduardo Dato. Es tan prescindible como lo fueron los demás —zanjó Comabella.

Los tres se quedaron mirando a Alain, querían conocer su opinión al respecto. Después de un nuevo sorbo de café, el francés ratificó sus palabras anteriores:

—No, Dato también tiene que morir. Si hacemos esta locura, si estamos dispuestos a correr el riesgo de que puedan morir inocentes, tiene que ser para estar seguros de que el Rey va a tomar una solución definitiva. No me vale quedarnos a medio camino.

—*Monsieur*, ¿por qué ha calificado esto que nos ha propuesto y que hemos aceptado como de locura? ¿No está convencido?

—Andreu, no me gusta matar a nadie, ni ayudar al que lo va a hacer, pero quiero acabar ya con esta guerra; y sé que esto es una locura, pero más locura es consentir que la matanza continúe.

El anarquista lo miró con la profundidad acostumbrada, como si estuviera radiografiando sus pensamientos, sus anhelos y sus temores. Tenía que continuar con lo tramado. No siempre iba a encontrarse con una posibilidad como la que, inconscientemente, le facilitaba el diplomático, la de asegurarse definitivamente la neutralidad en una guerra que solo costaría vidas a los españoles más pobres.

—Bueno, vamos a entrar en lo práctico —propuso Andreu—. Usted se puede marchar a Madrid cuando quiera, a su casa en la calle Orellana.

—¿Cómo sabe que vivo en la calle Orellana? —el diplomático se soliviantó airadamente.

Su interlocutor sonrió.

—No pensará que nos íbamos a embarcar en esta empresa sin saber quién es la persona que nos da el dinero. ¿No le parece que es una mínima medida de precaución?

Las bocas se cerraron pero los ojos del anarquista y del francés no se callaron. Recelo, interés, necesidad, camaradería fueron algunos de los sentimientos que se cruzaron entre aquellas cuatro pupilas.

—¿Me deja seguir? —pidió el anarquista.

Alain otorgó. Cerró los ojos y volvió a sentir miedo de estar reunido con aquella gente, piel de cárcel, carne de paredón.

—Nosotros llegaremos a Madrid en un determinado momento, pronto, aunque no le quiero adelantar ni el día exacto ni el medio de locomoción que utilizaremos para desplazarnos a la capital. Allí nos encargaremos de todo, y se lo haremos saber. Tenemos que establecer un código y un lugar de encuentro para que podamos intercambiar información.

—¿No tienen ustedes allí algún contacto? —quiso saber el francés, sin doblez, aunque la pregunta no fue interpretada por el anarquista con la misma inocencia con la que se formuló.

Andreu Riera lo miró con condescendencia, de arriba abajo.

—¿Pretende que le dé la relación de anarquistas activos que viven en Madrid?, ¿quiere también su dirección y el lugar en el que trabajan?

El francés se dio cuenta de la torpeza de su pregunta.

—Usted tendrá que ir todos los días a un lugar público donde podamos contactar con disimulo, por lo menos hasta que nos veamos por primera vez.

—¿Una taberna?, ¿un restaurante? —propuso Alain.

—No, tiene que ser un lugar más discreto todavía. Será una iglesia. ¿Sabe cuál es la de San José?

—¿La que está al lado del Apolo?, ¿en la misma calle de Alcalá?

—Francés, veo que conoce bien Madrid.

—Viví allí muchos años.

—Lo sé, de 1902 a 1906.

—¡Basta, Andreu, basta! —el diplomático se puso en pie— ¡Basta!, ¿hasta donde me han investigado?

Ricard se levantó de la silla y le invitó a que se calmara.

—Amigo, tiene que entenderlo.

—No lo entiendo, y no me llame amigo, Ricard. Aquí no estamos entre amigos, somos personas unidas por una causa común, nada más. Cuando se termine el trabajo, no nos volveremos a ver jamás.

Los tres hombres guardaron silencio.

—Me voy a marchar. ¿Qué día y a partir de qué hora debo empezar a ir a la iglesia? —para el francés, la reunión ya había concluido. En ese momento no había nada más que decir. Incluso, si

pensase todo con más detenimiento, abandonaría a aquella gente en ese mismo instante y abortaría un plan disparatado y, por qué no decirlo, con tintes suicidas.

—Vaya a partir de pasado mañana miércoles. A las ocho de la tarde. Siéntese en los últimos bancos, a la derecha de la nave central. Cualquier tarde alguien le dará instrucciones. Usará una palabra clave.

—¿Qué palabra?

Andreu miró en derredor y después se fijó en Felipe.

—*Lealtad*. Eso le dirán, *Lealtad*. Cuando escuche esa palabra, haga caso a quien se la diga.

El francés se levantó, resuelto.

—Espere, antes de marcharse nos tiene que dar algo. Ricard —Andreu miró al tabernero—, trae unas tijeras.

Alain mostró extrañeza.

—Tiene que darnos un adelanto, y para eso hay que descoser una parte de su abrigo, ¿no?

Entrado el año 1915, la actividad en la Oficina Pro Cautivos, u *Oficina de la Esperanza* como la llamaban algunos, era frenética. La noticia de las actividades humanitarias que se realizaban en el Palacio Real de Madrid en pos de los contendientes de ambos bandos se había extendido por toda Europa, y a la capital llegaban infinidad de cartas en varios idiomas solicitando ayuda para localizar a sus familiares más directos.

Luis María de Silva y Carvajal, el duque de Miranda, no paraba de solicitar más fondos al Rey para atender el aluvión de peticiones que se podía cifrar en más de trescientas misivas diarias. La oficina contaba ya con doce personas que se ocupaban a tiempo completo, más otras cuatro que los ayudaban los domingos. La labor era ímproba pero también muy gratificante ya que, de forma continua, se estaba dando solución a la zozobra que vivían muchas familias que daban por desaparecidos a sus allegados más queridos.

Una de las medidas que habían tenido que adoptar era la de cambiarse de lugar dentro del propio Palacio. Así, todos se habían trasladado al ático del ala oeste, a la altura del Comedor de Gala, donde contaban con más espacio e intimidad para concentrarse en algo tan delicado como laborioso.

Habían dividido la tarea en varias secciones, asignando personal a cada una de ellas. Unos se habían especializado en la búsqueda de soldados desaparecidos, otros en la repatriación de prisioneros de

guerra, gestionando a veces el canje entre detenidos de rangos similares, varios empleados se dedicaban a solucionar problemas de la población civil… El colectivo trabajaba a destajo pero con tantas ganas que no veía la hora de marcharse a su casa dejando faena pendiente para el día siguiente.

—Don Luis María, le traigo una petición que me parece muy especial.

—¿De qué se trata? —preguntó el duque de Miranda cuando apareció en su despacho uno de sus colaboradores.

—Viene de la embajada de Francia en España, es relativa a los barcos hospital.

—¿Qué sucede con esos barcos?

—Dicen que han sido torpedeados por submarinos alemanes y, por lo que se ve, estos dicen que en esos barcos hospital lo que esconden los aliados son armas y munición, y que por eso los intentan hundir.

El Duque leyó atentamente la carta y después miró a quien se la había llevado.

—Don Luis María, quieren que sea España quien supervise la carga de esos buques —aclaró el ayudante— y que compatriotas nuestros embarquen también en ellos, como prueba de que no esconden armamento militar y que solo trasladan heridos.

—Pero eso es una locura. Quienes suban a esos barcos saben que pueden morir en cualquier momento por culpa de un incontrolado torpedo alemán.

—Le digo lo que piden, don Luis María.

El Duque releyó la carta una vez más y después sentenció:

—De este asunto vamos a informar a Su Majestad. Solo él puede tomar una decisión de este calibre. Pero tendremos que esperar a que regrese de su viaje por el Norte.

—¿Y mientras tanto, hacemos algo?

—Sí, traiga papel que le voy a dictar un telegrama para Valtierra. Las instrucciones de Su Majestad son claras, y la primera premisa es la de transmitir esperanza. No quiere oír ni peros, ni excusas, ni negativas, siempre hay que ofrecer ilusión, entusiasmo y ganas de buscar una solución. Afortunadamente, y gracias a él, los españoles no sabemos lo que es una guerra.

61

El anfitrión recibió a su invitado con el máximo afecto que permitían sus rangos. Al interesarse por él, Bruno Mionnet optó por ofrecer una respuesta de compromiso.

—Estoy bien, mi coronel.

—¿Cómo ha sido el viaje? ¿Ha podido dormir algo?

—No puedo quejarme. El tren es adormecedor y el acomodo es mucho mejor del que pueden disfrutar mis compatriotas en el frente. Repito, mi coronel, estoy bien. He venido en cuanto me ha llamado.

—Ya sabe que siempre tenemos reservadas plazas en el sudexpreso de Madrid por si requerimos con urgencia la presencia de alguno de ustedes, como es el caso.

El coronel Julien Martingou ofreció acomodo a su agente en España. Bruno Mionnet era de los de más edad y, quizá por ello, de los más eficaces. A sus más de sesenta años, el agente del *Deuxième Bureau* era un hombre curtido en numerosos destinos, y siempre había sabido desenvolverse con sagacidad, astucia y no solo con la cualidad más importante para un espía, la discreción, sino que se le conocían unas marcadas facultades para los acuerdos. De ahí que Mionnet hubiera sido elegido como interlocutor en las negociaciones libradas entre el Estado francés y el escurridizo Alejandro Lerroux.

El anfitrión comenzó a explicar a su agente la razón por la que le había hecho venir desde Madrid:

—Hace dos días estuvo sentado en la misma silla que usted ocupa ahora el padre de un destacado diplomático nuestro, un hombre fuera de toda sospecha.

—¿El padre, o el diplomático?

Martingou frenó en seco su explicación. La pregunta de Bruno demostraba la agudeza de su hombre en España.

—Me refiero al hijo, al diplomático. No se me había pasado por la cabeza dudar de su padre.

—Lo siento, mi coronel.

—No se preocupe, le sigo contando. El padre del diplomático es un militar de cuna y no ha asumido que su único hijo no haya seguido sus pasos. Pero ha tenido acceso a una información, aunque no me ha querido especificar su procedencia —indicó Martingou—, por la que sabe que su hijo se encuentra en Madrid dispuesto a llevar a cabo alguna acción criminal, insinuó, aunque sin llegar a

utilizar esas palabras. Y me ha presionado para que lo encontremos y sepamos qué está tramando.

—Mi coronel, sabemos que no hay nada peor que las personas que quieren trabajar fuera de nuestro control.

—Eso quise hacer ver a este militar; general, para más señas. Al general Santini —el hombre del *Deuxième Bureau* comenzó a dar nombres— le preocupa sumamente la actitud de su hijo. Yo me permití apuntar si podía estar trabajando a favor del enemigo, y no sabe usted cómo se puso.

—Normal, las negativas más airadas suelen esconder las intenciones más aviesas.

—¡Cierto, Bruno!, coincido con usted. Lo que ocurre es que en este caso era de esperar, viniendo de alguien tan soberbio como es el general Alain Santini. Su hijo se llama igual que él. Lo que quiero que haga usted en Madrid es encontrarlo y averiguar lo que está tramando. No me gustan los independientes, los que quieren salvar al país ellos solos.

—¿Me puede dar información sobre esta persona?

—¡Por supuesto! Ya le han preparado un expediente con los datos que hemos podido obtener aquí, que son muchos dada su condición de diplomático.

—¿Y cómo tengo que comportarme con él?

—Primero me tiene que informar. Utilice el conducto normal. Lo valoraremos en París y después tomaremos una decisión. Me encantaría ordenarle que se olvide de él y que continúe con la labor que está llevando a cabo en Madrid, que es lo realmente importante, pero he de confesarle, Bruno, que el comportamiento de su padre me dejó muy sorprendido e inquieto. No podía imaginarme que fuera a preocuparse tanto. Llegó a afirmar que su hijo estaba a punto de cometer una locura. Así lo calificó, de locura.

Bruno Mionnet asintió con rostro de preocupación.

—Entiendo, mi coronel. Espero poder decirle algo en cuarenta y ocho horas.

—Como mucho cuarenta y ocho horas, por lo menos para localizarlo y saber en qué emplea su tiempo en la ciudad. Un hombre solitario, con dinero, y con una idea clavada en su cabeza, la que sea, la que no sabemos y hay que descubrir, puede resultar más peligroso que cien zeppelines sobrevolando una gran ciudad durante una noche de luna nueva.

—Mi coronel, le daré razón en el plazo que he indicado. No se preocupe que lo tomaré como una cuestión de máxima prioridad.

Martingou se recostó sobre su sillón y cruzó las piernas. Tocaba

hablar de otros asuntos relacionados con España. Después de charlar sobre las conversaciones con Lerroux en Barcelona, el coronel se interesó por lo que más le preocupaba.

—¿Y nuestro plan de Madrid? ¿Cómo va?

—Sin novedad, mi coronel. Todo transcurre como está previsto. Nuestra persona en la ciudad sigue dando pasos en la dirección marcada y todo apunta a que el desenlace va a producirse en un plazo que se estima entre diez o quince días.

—En este trabajo, Bruno, ya no se sabe lo que es dormir. Vivimos uno de los peores momentos de nuestra historia reciente. La guerra está resultando devastadora y no hay día en el que no mueran en el frente cientos o miles de compatriotas. El alto mando militar intenta mantener la calma, pero está destrozado. Es una guerra cruel y los alemanes se están empeñando en que sea lo más encarnizada posible. Dicen que cuánto más crueles sean, más humanitarios resultarán.

—Mi coronel, no entiendo.

—Sí, que para forzarnos a la rendición actúan con implacable brutalidad. Allá por donde pasan, fusilan a quienes encuentran con vida, sin importarles la edad, el sexo o el estado de salud. Argumentan que todos son espías. Estamos desesperados, pero no se lo podemos transmitir a la tropa.

—Nos pasa a todos igual, mi coronel. Todo buen francés desea no la finalización de la guerra, sino la victoria. No nos sirve otra opción.

Martingou se levantó, anunciando así la terminación de la entrevista.

—Ahora le darán el expediente sobre Alain Santini, como es habitual, solo podrá examinarlo. Tendrá que memorizarlo. ¿Podrá hacerlo?

Bruno Mionnet esbozó una sonrisa.

—Todavía sí, mi coronel, todavía tengo capacidad de retentiva de unos datos y de una imagen. Mi capacidad fisonómica no ha menguado.

—Me alegro, Bruno, me alegro.

El coronel se saltó el protocolo y dio un abrazo a su agente, una de las personas en las que más confiaba.

62

Alain portaba un ramo compuesto por dos docenas de rosas rojas. El francés entró en el portal del edificio donde vivía Petra. Eran las once de la mañana y lo único que había hecho desde que llegó a la estación de Atocha, procedente de Barcelona, había sido ir a su casa, asearse, cambiarse de ropa y buscar una floristería.

—¿Está la señora en casa? —indagó al portero de la finca antes de comenzar a subir los escalones que conducían al ascensor.

—No la he visto salir. Doña Petra no madruga mucho y, si sale, lo hace más tarde. A misa ha dejado de ir.

Al francés le sorprendió el comentario del conserje. Primero por la indiscreción, y en segundo lugar por lo actualizado que se encontraba sobre las costumbres de la condesa del Mayo.

Alain subió al tercer piso y llamó a la puerta. Esta fue abierta por Elisa, que se encontró al diplomático con el dedo cruzado verticalmente sobre sus labios cerrados, pidiéndola silencio. Le preguntó en voz baja:

—¿Está la señora en casa?

—Sí, está en el salón, aunque no está vestida —respondió ella, también en voz queda.

—¿Cómo?, ¿que está desnuda? —repreguntó, sonriendo.

La criada soltó una sonrisilla.

—No, quiero decir...

Alain cerró suavemente la boca de la chica con su mano y entró en el recibidor con familiaridad y decisión.

—No digas nada, voy a darle una sorpresa.

Sigiloso, avanzó por el ancho pasillo que tan bien conocía y llegó a la puerta del salón. De espaldas, distinguió la figura de Petra, que leía un periódico delante del inmenso ventanal que bañaba de luz la estancia.

—¿Quién era, Elisa? —quiso saber la Condesa, sin levantar la vista del diario.

Ante la ausencia de respuesta, la dueña de la casa volvió a preguntar, esta vez en un tono más alto.

—Elisa, ¿quién ha llamado a la puerta?

—Es de la floristería.

Petra reconoció la voz de Alain con la primera palabra. A punto de estallar de los nervios, se giró con rapidez y allí le vio, tapado de cintura hacia arriba por un monumental ramo de rosas cuyo aroma ya se empezaba a percibir. Tiró el periódico al suelo.

Cuando se abrazó al francés pensó que su corazón iba a estallar. En unos instantes había incrementando su ritmo y ahora sonaba dentro de su pecho como si tuviera la fuerza de un timbal. La pareja no había abierto la boca nada más que para besarse. Ella había apartado el ramo con ímpetu porque no era el aroma, ni el color, ni la presencia de las flores lo que necesitaba, sino el contacto físico, tantos días ausente, del hombre a quien más quería y por quien había cambiado todas sus costumbres, incluso sus hábitos religiosos. Alain la apretó contra su pecho y sintió los de ella expansionándose sobre él, y quiso reír y llorar al mismo tiempo.

—Eres un bribón, un sinvergüenza. Tendría que tirarte por la ventana ahora mismo por todo lo que me has hecho sufrir. ¡Qué navidades me has dado, qué navidades! Todos los días encendía una lamparilla de aceite a la Virgen del Carmen que tengo en el salón.

El francés no respondía, solo se limitaba a besarla por toda la cara, por el pelo, por las orejas, bajando hacia el cuello y subiendo de nuevo por el mentón hacia los pómulos, para seguir por los ojos y acabar en la frente, y torcer después hacia la sien…

—Alain, mi amor.

A los diez minutos de irrumpir el francés en el salón, Elisa y el cocinero eran invitados a abandonar la casa. La dueña les había dado orden de que regresaran a las dos del mediodía para preparar la comida *al señor y a mí*, les indicó.

—Me has hecho perder todo, el pudor, mi educación, mis costumbres, todo lo he cambiado por ti. Ahora me comporto como una cualquiera. Vamos, ¡vuelve a besarme! ¡No me hagas esperar más!

El francés se encontraba rendido en una cama que no había dejado de añorar desde el día en que se marchó de Madrid. Ese colchón tan mullido, esa lencería tan sedosa, esos olores tan deseados. Alain se volvió y la abrazó de nuevo.

—Vamos, deja algo para la siesta, ¿no? —sugirió ella, sonriendo como una colegiala que cree haber descubierto el amor.

—No es eso, Petra, es que no podía estar más tiempo sin venir a verte. No soportaba la ausencia.

La pareja se quedó en silencio. Ella dedicó un tiempo indeterminado a pasear las yemas de los dedos de su mano derecha por la espalda del hombre de quien estaba enamorada. Él, por el contrario, se hallaba incrustado sobre su brazo y su hombro, sin hablar, respirando su sudor, en ese momento el aroma más preciado

del planeta.

Transcurridos unos minutos, ella volvió a hablar:

—Si te pregunto dónde has estado, ¿me lo vas a decir?

La respuesta la obtuvo al contemplarlo, inmóvil, como un crío que quiere esconderse bajo las faldas de su madre.

—Tengo miedo, Alain, tengo miedo. Por ti, y también por mí. No sé qué estás tramando pero algo te traes entre manos. El que quisieras conocer en persona a la reina Victoria Eugenia me pareció muy extraño. Dime, por favor, dime qué vas a hacer.

El francés levantó la cabeza.

—No me preguntes, Petra, no me preguntes nada. Hoy voy a estar aquí, contigo. Si tú quieres —sonrió y la besó en el hombro—, si no me echas antes de tu casa.

—No seas tonto. ¿No vas a querer salir a algún sitio? Estuve en el teatro.

—¿Sí?, ¿en cual? —se interesó el diplomático.

—En el Apolo, viendo una obra que me gustó mucho, y no tanto por el libreto, sino por la actriz que la interpretaba. Se llama Bertha. ¿La conoces?

—¿Bertha?, no me suena. ¿Por qué tendría que conocerla?

—Porque dicen que ha actuado en media Europa. Ahora se va a América y antes va a estar aquí unos días. ¿Quieres que vayamos a verla? Yo fui con una amiga, la señora de Antofagasta, una estúpida que se está haciendo de oro con la guerra.

—Como mucha gente en España. Los hay que hasta venden a los dos bandos.

—Sí, eso le dije, que si la guerra duraba mucho iban a tener dinero para comprar medio Madrid.

La anfitriona sacó otro tema de conversación distinto.

—La Reina me ha pedido que me ponga al frente de una fundación que va a crear para ayudar a las mujeres que se encuentran en estado de buena esperanza y que carecen de recursos. Me parece una idea magnífica.

—¿Sigues teniendo relación con Su Majestad?

A Petra la extrañó la pregunta. No había sucedido nada como para que las dos amigas dejaran de hablarse. Así se lo hizo saber.

—Como estuviste presionándola para que España entrara en la guerra, era posible que se hubiera generado entre vosotras algún tipo de fricción.

—Pues no, Su Majestad tiene que estar habituada a recibir presiones continuamente. Bueno, ¿qué te parece lo de la fundación?, que no me has dicho nada.

—¿Lo de la fundación?, ¿qué fundación?

Petra, que hizo como si no hubiera escuchado, optó por tomarse un pastel de los que había comprado Elisa para tomar de postre. Miraba a Alain y volvía a sentirse desconcertada. «¿Habrá venido a verme porque le interesa algo mío, la llave que le abra una nueva puerta?», se preguntó al borde de la consternación.

Después del café que se tomaron en el salón, al lado de un entredós de palo santo, Alain se marchó de casa de Petra no sin antes escuchar la última pregunta de labios de la mujer, situada en el umbral de la puerta de la calle, y formulada a modo de súplica:

—¿Cuándo voy a volver a verte?

El francés prefirió no mirarla. No hubiera soportado padecer su lánguida y suplicante mirada.

63

Fritz reunió diez anuncios de hoteles en alquiler. Necesitaba encontrar un lugar amplio, representativo, digno de una artista tan importante y consagrada como la gran Bertha, *La Nueva Gata de Madrid*; alguien así no podía vivir en cualquier sitio. Escrutó en varios periódicos que había comprado en un quiosco de la plaza de Cánovas del Castillo —situado entre su hotel y el Ritz—, y halló varios lugares que le parecieron apropiados. Subió a su suite y comenzó a llamar por teléfono para ampliar detalles. Con ese primer filtro descartó cuatro, y con otros tres no pudo contactar, por lo que los objetivos posibles quedaban reducidos nada más que a tres.

Telefoneó a la empresa que solía proporcionarle vehículos para solicitar uno con chófer; el tiempo apremiaba y no quería perderse en vericuetos inútiles.

Los dos primeros no terminaron de gustar al alemán pero sí el tercero. Se ubicaba en la calle Ríos Rosas, al norte de la capital, entre los almacenes de La Villa y el Hipódromo, alejado de la circulación rodada, con un amplio y cuidado pensil por donde no pasaba más vida que la de algunos pájaros que sobrevolaban la zona. El lugar perfecto.

Antes de que el conductor aparcara el coche, el alemán se fijó en la persona que había acudido para enseñarle el chalé. Después de las salutaciones, Fritz le pidió que comenzaran la visita lo antes posible.

—Amigo, tengo que visitar otros tres chalés en el día de hoy y dispongo de poco tiempo —mintió con la envidiable naturalidad acostumbrada.

—No sabía que en Madrid hubiera tantos hoteles en alquiler —comentó irónico el hombre, un individuo que iba tan resguardado del frío, con el cuello del abrigo subido y el sombrero calado hasta las orejas, que casi parecía la caricatura de un espía.

—Madrid está lleno de pisos y hoteles libres. No me diga que no lo sabe —le recordó Fritz.

El hombre abrió la pesada puerta y franqueó la entrada al alemán.

La primera impresión que percibió fue la de un lugar amplio, agradable y pulcro, cualidad esta última imprescindible dado el grado de exigencia de Bertha y del hombre al que tenía que llevar allí.

—No me ha dado tiempo a calentar el chalé, y eso lleva un par de días. Eso sí, después, es un lugar muy acogedor. Vamos, le voy a enseñar el salón.

Por ascendente familiar, el espía estaba acostumbrado a pisar gruesas alfombras, a sentarse en sofás ostentosos y a comer en regias mesas, y esas mismas sensaciones eran las que había recuperado nada más entrar en aquel lugar. La chimenea estaba adornada con mármol de irisaciones verdes y blancas, y era presidida por un reloj con guarnición de candelabros ricamente labrados.

—Tiene un tiro fantástico —apuntó el hombre que le enseñaba la casa, presumiendo de acabados y de calidades.

Fritz paseó por la estancia y se la imaginó caldeada por el fuego del hogar y a la pareja retozando sobre la alfombra que él pisaba en ese mismo instante. Pero también dejó de ver al dúo y la vio a ella, a Bertha, con otro hombre, abrazándole con pasión, envolviéndole con sus piernas, como hacía con él, para que la comunión fuera más próxima y perfecta, y con las manos asidas a una cabeza que no era la suya. Si alguien le hubiera puesto un termómetro advertiría que su temperatura corporal había subido como si el mercurio se hubiera acercado a un fuego.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, al ver a Fritz inmóvil mirando fijamente el suelo, abstraído en unos profundos pensamientos que lo habían apartado de aquel lugar.

El alemán pestañeó y despertó del sueño, de la pesadilla, con que le había traicionado su subconsciente.

—Sí, claro que estoy bien. Vamos a ver el resto de la casa.

El individuo le enseñó los aposentos de la planta baja y después lo acompañó a la superior por una escalera digna de formar parte del decorado de una película de magno presupuesto. En la planta superior solamente había habitaciones, cuatro más la principal, y dos cuartos de baño. El que correspondía al dormitorio más importante de la casa era enorme, con una bañera alargada donde cabrían dos personas con holgura. Optó por no mirarla mucho ya que, de lo contrario, el espectro de los celos regresaría a su cabeza y le impediría razonar con lucidez.

—Venga, vamos a la alcoba principal, ya verá cómo le va a gustar. Tiene una cama enorme con un dosel de madera y un espejo que, ya verá, ya verá...

En ese momento, el hombre se dio cuenta de que Fritz no le seguía pues se había quedado de pie, en el distribuidor de habitaciones, al lado de la escalera.

—¿No quiere verla?

—Claro, claro —concedió al fin.

A pequeños pasos consiguió entrar en la mejor habitación de la casa. La cama era de madera de caoba con dosel sujeto a la armadura gracias a cuatro columnas barrocas de marquetería que la decoraban con gusto y estilo. Estaba vestida con una colcha de seda añil. Completaba la decoración un enorme cojín de punto de ganso en tonos granates. El hombre le fue dando detalles de la ornamentación, pero Fritz no le escuchaba.

—¿Qué le parece?

El alemán se abstuvo de emitir comentario alguno. Sus ojos se volvieron a posar sobre la cama.

—¿Qué?, ¿ha venido a Madrid con su señora?

—No, estoy soltero —respondió con sequedad.

El individuo le dio suavemente con el codo, en tanto le guiñaba un ojo.

—¡Entonces perfecto!, ¡ya verá cómo se lo pasa aquí!

A Fritz le dieron ganas de abofetearlo. Se giró y se dirigió hacia las escaleras a la vez que comenzó a lanzar órdenes:

—Entiendo que la casa está libre y disponible para ocuparla desde ahora mismo, ¿no? Pues bien, dígame cuánto me cobra por el alquiler.

—Es una casa magnífica, ya ha visto que todos los muebles son de calidad, de importación —aclaró—, los cuadros de firma, y las camas...

—¡Ya sé cómo son las camas! —le cortó en seco—. No hace falta que vuelva a decirme cómo son las camas. Dígame, ¿cuánto me cobra?

Después de apalabrar el precio, y mientras sacaba su cartera, Fritz lo atemorizó con sus palabras:

—No le he preguntado su nombre pero creo que no nos importa mucho cómo nos llamamos, ¿verdad? Tenga, esto es para el dueño y esto otro es para usted, y no quiero verlo por aquí hasta dentro de sesenta días. ¿Entendido?

—No se preocupe que no vendré por aquí para nada —el hombre acababa de recibir una generosa propina y solo quería agradar—. ¿Quiere que le deje dos llaves?

64

La función estaba a punto de finalizar y con ella todas las dudas que el periodista albergaba. Hermann Holetschek, el corresponsal del *Lokal Anzeiger* en Madrid, estaba tan convencido de que había visto antes a la actriz que encarnaba el papel principal de la obra *Las amapolas verdes*, que deseaba que terminara el espectáculo para intentar hablar con ella y obtener la confirmación.

Lo que no terminaba de recordar era en qué teatro. De la ciudad no albergaba dudas, había sido París. Sí, a Bertha la había visto actuar en París hacía unos años, pocos, en los últimos días de su destino en la capital francesa, en 1912. Al alemán le encantaba el teatro y muchos días se perdía en el Odeón o en otras salas, en busca de cualquier función que representaran y donde encontrara alguna butaca libre. Huraño, de carácter difícil, sin familia, Hermann era el prototipo de persona que cubre las soledades con la asistencia a actividades culturales.

La obra que acababa de finalizar en el Apolo le había gustado mucho, como a todo el público. Puesto en pie, aplaudía enfervorizadamente a la compañía que, alineada delante del escenario, correspondía al auditorio. Los *bravos* se sucedían y el telón bajó y subió varias veces a requerimiento de los espectadores.

«Sí, a esta mujer la he visto yo en París —aseguraba Hermann—, voy a ver si puedo hablar con ella y me recuerda dónde». Al salir al vestíbulo preguntó a uno de los acomodadores por los camerinos.

Después de bajar un tramo de escaleras y girar por un largo pasillo, se encontró con una figura que provocó que se detuviera en seco. Era Fritz.

El espía también le reconoció:

—¡Hermann Holetschek!, ¡qué sorpresa!

El periodista tragó saliva. Le habría gustado salir corriendo. Todavía recordaba el día que lo visitó en su casa de la calle Barquillo y cuando lo golpeó para hacerse pasar por el enviado de su periódico.

—¡El corresponsal del *Lokal Anzeiger*! —mientras iba soltando las exclamaciones, Fritz caminaba lentamente por el pasillo, hacia él. Acababa de encenderse un cigarrillo—. ¿Qué hace un periodista como tú dentro de un teatro? —inquirió con sorna.

—He venido a ver la función —indicó, cortante pero sin poder ocultar los nervios que le embargaban.

—Ya me imagino que has venido a ver la función. Pero, ¿qué

haces aquí, en la zona de los camerinos?

—Es que quería ver a una de las actrices.

—¿Qué pasa, que ahora te dedicas a escribir las crónicas de sociedad? ¿Sigues trabajando para el *Lokal*? —terminó preguntando, cuando se acabó de topar con él.

—Sí, sigo en el *Lokal Anzeiger*, pero esto es un asunto personal.

—Personal... no te entiendo —como era su costumbre cuando quería humillar a otra persona, Fritz estrelló el humo contra la cara del periodista.

Hermann lo apartó con la mano y terminó de explicarle.

—Es que he reconocido a una de las actrices y quería hablar con ella. ¿Se puede?

—No te entiendo, Hermann, explícame eso de que has reconocido a una de las actrices —Fritz empezaba a aturdirse, no sabía qué quería decir aquel hombre.

—Me ha parecido reconocer a Bertha, de cuando viví en París, y quería que me confirmara en qué teatro actuó en la época en la que yo estuve destinado allí. Fue hace poco tiempo, seguro que se acuerda.

Fritz se quedó inmóvil, con el cigarrillo entre los dedos sin ser capaz de reaccionar.

—Eso es imposible, Bertha nunca ha trabajado en Francia.

—Estoy convencido de ello. Soy un gran fisonomista y sé reconocer una cara a pesar del maquillaje o del peinado. A Bertha la he visto en París, y es lo que quiero preguntarle. Si me permite...

El periodista hizo intención de apartar a Fritz del pasillo para que le dejara continuar. Este le puso la mano en el pecho y le agarró con violencia con el otro brazo hasta girarle y ponerle en la dirección de donde venía. Avanzó con él.

—No se puede hablar con los actores, la zona de los camerinos es un lugar de acceso restringido.

—¿Restringido?, ¡qué me va a decir a mí que es un lugar restringido! Además, ¿quién es usted para impedírmelo?

En ese momento, los dos hombres vieron a un tramoyista que caminaba con una cuerda sujeta por el hombro. Fritz se acercó a él y le susurró:

—Dígale a la señorita Bertha que he tenido que marcharme y que se vaya sola al hotel. Que después me pondré en contacto con ella.

—Muy bien, señor Baustigan —respondió el operario. Hermann no escuchó las palabras de Fritz pero sí la respuesta del empleado.

—¿Baustigan?, ¿qué apellido es ese?

—Estos hombres, que no saben pronunciar nuestra lengua. A ver —volvió a cogerle por los hombros y lo llevó hacia el vestíbulo—, vuelve a contarme eso de que ya habías visto a Bertha.

—Sí, ya le he dicho, a esa mujer la he visto actuar en París. No me cabe la menor duda. Del Folies Bergère no me suena —dudó—, pero sí que la he visto por allí. También le pasaba como aquí, que parece trastabillarse, aunque yo creo que lo hace a propósito, y eso el público se lo agradece. Era uno de sus principales atractivos —Fritz estaba poniéndose cada vez más nervioso.

—Yo creo que no es así, me han dicho que Bertha no sabe francés.

—¿Que no sabe francés? ¡Por Dios, claro que lo sabe! En aquella obra, de la que no recuerdo el nombre —Hermann puso cara de contrariedad—, tenía que soltar unas largas estrofas en francés y puedo asegurarle que las articulaba con soltura. Sí, Bertha sabe francés, y sin acento —remarcó.

Llegaron al vestíbulo, que ya se encontraba prácticamente vacío, y el periodista se acercó a la tienda donde vendían programas de la obra. Sacó una moneda de 5 céntimos y compró uno. Lo hojeó y se detuvo en las páginas centrales, donde venían dos fotos de la actriz. Asintió.

—Sí, es ella —afirmó con aplastante rotundidad—. Como hago siempre que encuentro localidad, procuro ponerme en las primeras filas, y no tengo dudas.

El espía lo miró y no supo qué pensar. Notó que se quedaba frío, a pesar de encontrarse en un interior.

—Mañana viene a Madrid un amigo mío de Bilbao —continuó Holetschek—, que estuvo conmigo en París pasando unos días y vino aquella noche. Voy a ver si consigo un par de buenas butacas, aunque sea en la reventa, y vuelvo con él, a ver qué opina y si también la reconoce. De todas maneras, no me extraña que la viéramos en la capital de Francia. Por lo que he leído, es una de las actrices más importantes de Europa y ahora va a emprender un viaje por América. Por cierto, ¿qué hace usted aquí, en el teatro? —preguntó inesperadamente.

El espía estaba descompuesto. Teóricamente, Bertha no había actuado nunca en el ámbito profesional. Además, le había dicho que no sabía francés, que tenía animadversión a la nación y a los franceses, y que siempre que había estado en París había sido de paso. Se acercó al guardarropa a por su abrigo y su sombrero.

—Hermann —le dijo mientras se ponía el gabán—, creo que el otro día me porté muy mal contigo. No debí hacer lo que hice. ¿Te

duele?

El periodista se llevó instintivamente la mano al lado izquierdo de la cara.

—No, eso ya pasó.

—Hay veces que el ser humano actúa de una determinada manera, injustificada si se ven las cosas de forma aislada; pero si se conoce toda la verdad, la óptica puede ser distinta.

El periodista lo miró con extrañeza. «¿Qué está queriendo decir este hombre?», pensó, perplejo.

Una vez en la calle Alcalá, Fritz le propuso ir a tomar un café.

—Te invito, déjame que te desagravie por aquello.

Hermann Holetschek se extrañó con la proposición. El espía continuó:

—Aquello obedeció a una razón que tengo que explicarte, y quiero que me des una oportunidad —le agarró por el brazo y le miró fijamente a los ojos—. ¿Podríamos ir a tomar una copa a un lugar tranquilo, donde poder charlar un rato?

Los dos se miraron, en silencio, cada uno cuestionando sus propias preguntas. En el caso del espía la creciente posibilidad de que su compañera de misión fuera la mujer que decía aquel desgraciado. Y si eso fuera así, si Bertha realmente hubiera actuado en teatros de París, explicaría detalles, dudas que siempre había albergado sobre la mujer, como la asombrosa capacidad de aprendizaje de un papel en una obra de teatro o su impronta sobre el escenario, donde se manejaba con una soltura inusitada en alguien que nunca ha actuado con rango profesional. El periodista, sin embargo, se formulaba una pregunta distinta, aquella que nace de la incomodidad de reconocer que alguien, a quien se odia, pueda ser, al mismo tiempo, un ser atrayente, apetecible.

—No sé si vamos a encontrar algo abierto por aquí —vaciló Hermann, con expectación, mientras notaba que su corazón empezaba a latir con la fuerza que otorga la expectativa libidinosa. Esperó, anheló, la respuesta del alemán, del joven y fuerte alemán que tenía delante—. Son casi las dos de la madrugada. Me han dicho que en el Café de Fornos, junto a las Calatravas, sirven medias cenas.

—Lo sé, pero es posible que esté lleno de gente —conjeturó Fritz, malintencionadamente—. ¿Dónde podríamos ir a charlar con tranquilidad y conocernos un poco más?

Para el periodista, la segunda parte de la pregunta no albergaba duda alguna sobre las intenciones tácitas que apuntaba el joven.

—Podríamos ir a mi casa. Barquillo está aquí mismo.

Precisamente es la calle donde se encuentra la entrada de artistas del Apolo.

—¿A tu casa? No sé si será buena idea —aunque la función ya había terminado, en la calle Alcalá alguien estaba representando un papel y, sin ser actor, su capacidad para convencer se encontraba al nivel de los mejores artistas—. Me imagino que habrá gente. El servicio...

—La criada se marcha a las nueve de la noche, después de servirme la cena. Hasta mañana a las ocho que regresa podemos estar tranquilos y charlar todo lo que queramos. ¿Qué te parece? —era la primera vez que le tuteaba.

Fritz desvió la mirada hacia el suelo, mostrando una imagen de persona medrosa, dubitativa e inexperta, justo la que quería ofrecer.

Los dos hombres bajaron por Alcalá dirección Cibeles y giraron por la primera calle que se abría a la izquierda, Barquillo, donde vivía Hermann Holetschek. La casa del periodista distaba cien metros de donde se encontraban. Caminaban en silencio, cada uno absorto en lo que iba a suceder cuando llegaran a la vivienda.

—Por favor, ponte cómodo. ¿Qué vas a querer tomar, güisqui, coñac, anís? —ofreció el periodista, ya en el salón de la casa.

—Lo mismo que tú.

La casa se encontraba vacía, tal y como le había adelantado Hermann. Además, nadie los había visto entrar. Mientras el anfitrión se encontraba de espaldas preparando las bebidas, Fritz miró en derredor y buscó algo que le pudiera servir ya que no quería usar la pistola: el atizador de la chimenea, un candelabro, los cordones que sujetan los cortinajes, incluso miró sus propias manos, fuertes y precisas. Y seguro que diestras, si llegaba el caso.

65

Nunca antes Fritz había hecho el amor con tanta furia, descontrol, irraciocinio y casi brutalidad como aquella noche con Bertha. La probabilidad, la certeza sería más apropiado de calificar, de que la falsa actriz al servicio de Alemania no fuera ni lo uno ni lo otro espoleó el deseo del espía que se volcó con ella como si fuera un marino que ha pasado medio año embarcado sin pisar tierra.

En un momento, y antes de que ambos alcanzaran la plenitud, ella sintió dolor: la presión de las piernas del capitán era inacostumbrada y su pequeño cuerpo se resintió ante los empujes de Fritz.

Él no le hizo caso y siguió de igual manera, hasta la última convulsión que precedió a la paralización más absoluta de su cuerpo. «¿Por qué, Fritz, por qué es hoy, cuando sabes que esta mujer está engañándote, cuando más has disfrutado con ella?», se preguntaba con inexplicable sentido de culpabilidad.

—¿Por qué no has esperado para recogerme al terminar la función? —le reprochó Bertha, sentada en el borde de la cama, de espaldas—. Han tenido que avisar a un coche de punto para que me trajera al hotel. Como comprenderás, no iba a volver yo sola desde el Apolo.

Fritz se dio media vuelta y vislumbró su silueta en la penumbra, iluminada con la única luz que tímidamente penetraba en la habitación a través de los balconajes. Bertha tenía una espalda pequeña, estrecha, tanto de cintura como de hombros. Su cuerpo parecía una escultura perfecta, moldeada con primor.

—Me encontré con un amigo y tuve que marcharme —respondió él, después de exhalar una bocanada de humo del cigarrillo que estaba apurando.

—¿Qué amigo? Tú no tienes amigos en Madrid —afirmó ella, con rotundidad—. Es más, no sé si tienes amigos en alguna parte del mundo.

—¡Qué sabrás tú!

Sin responderle, Bertha se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Cuando escuchó el ruido del agua, el alemán se tapó con la sábana y empezó a componer un imaginario puzzle que, de encajar las piezas como se temía, iba a ofrecerle una imagen que no le gustaría. Así se trasladó a la estación del Norte, cuando llegó Bertha, con

tanto equipaje, y recordó cómo se comportó con él, con esa prepotencia que exhibió desde el principio. Su grado de exigencia, la seguridad de sus palabras, su capacidad de aprendizaje, y sus mentiras desde el primer día. Si, como aseguró Hermann Holetschek, aquella mujer había actuado en París y hablaba el idioma, significaba que... que no le había dicho la verdad, que mentía, que no la podía creer y, lo que era peor, que no podía confiar en ella.

—Oye, una pregunta —Bertha acababa de salir del cuarto de baño y se había puesto una bata encima del camisón. Se sorprendió por la manera de hablar de Fritz. Tenía el tinte de un interrogatorio —. ¿Tú hablas francés?

—No entiendo la pregunta, Otto.

El alemán saltó de la cama y llegó hasta ella. La agarró fuertemente por los dos brazos.

—¡No me llames Otto!

Bertha, con un rápido movimiento, metió uno de sus pies por entre los del espía y lo giró violentamente. Fritz cayó al suelo. Se había desplomado como si fuera un fardo; vencido y también humillado.

—Ya te he dicho que no, que ni sé francés ni quiero saberlo. Odio ese país y todo lo relacionado con él —bramó, mientras caminaba hacia la puerta.

Fritz, insatisfecho con la explicación, corrió a por ella.

—¿Por qué odias a ese país? No te creo.

—No tengo por qué darte explicaciones de mi vida privada. ¡Suéltame! —exigió. El espía aflojó la fuerza con la que la tenía agarrada y ella, de un seco movimiento, se zafó de él.

El alemán asintió y la dejó marchar. Regresó a su cama pero no pudo dormir en lo que quedaba de noche. Si lo que le había asegurado el corresponsal del *Lokal Anzeiger* era verdad, solo podía extraer de Bertha una conclusión, nada más que una.

66

Dos días después de haber regresado a Madrid, Alain llamó a Petra desde el recién estrenado teléfono que había mandado instalar en su casa de la calle Orellana y la pidió que le invitara a tomar café, a lo que la mujer aceptó encantada.

Cuando el francés entró en el edificio de la calle Ferraz, con una caja de pastas comprada en Prats, saludó al portero y tomó el ascensor. Aunque le parecía ridículo, se sentó en el banco de cuero que habían instalado en el interior. El tiempo que llevaba en Madrid le estaba carcomiendo la paciencia y desbrozando las entrañas.

Petra le abrió la puerta, lo que era señal inequívoca de algo muy concreto. Nada más atravesar el umbral, la mujer le agarró del cuello y le dio el beso en los labios que llevaba echando en falta desde que lo había despedido en aquel mismo sitio, dos días atrás.

—Abres tú la puerta porque le has dicho al servicio… —insinuó Alain.

Ella asintió muy sonriente y con vehemencia, nada más que eso. Dejó el paquete de las pastas en una hornacina que había en el recibidor.

—Esto para luego, que siempre me entra hambre contigo —resolvió la anfitriona.

«*Contigo*, ¿qué habría querido decir *contigo*?»—, elucubraba Alain, mientras fumaba un cigarrillo junto a Petra. Ella se encontraba desnuda, abrazada a su cuerpo, sin querer separarse de él, ejerciendo una presión insuflada por la necesidad de contacto físico. Solo se escuchaba algún ligero rumor que provenía de la calle y que escalaba hasta el tercer piso.

—Tengo tu cuerpo, Alain —sin mirarle, la mujer comenzó a hablar en la misma postura que se encontraba—, y hasta sé que tengo tu amistad, tu consideración, incluso tu amor. También lo sé. Pero lo que me falta es tu alma, esa que bien guardas para ti.

El francés apagó la colilla.

—Petra, no pidas el alma a nadie. Igual lo que encuentras en ella no te gusta.

—Si es la tuya, sí. Seguro. Eres un hombre bueno, Alain, lo sé desde el primer día que viniste a mi casa, y me lo demuestras en cada acto. Y el alma de un hombre bueno es blanca como la nieve, y pura, como la de un recién nacido.

La mujer levantó la mirada y clavó sus ojos suplicantes.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte?, ¿qué puedo hacer para que encuentres el sosiego que te mereces?

—Petra, ¿qué te hace pensar que estoy desasosegado?

—Alain, estamos desnudos, igual que vinimos al mundo. Ahora no tenemos barreras, no tenemos máscaras, no tenemos nada donde podamos escondernos del otro. Tampoco soy una gran psicóloga, pero soy mujer, razón suficiente para interpretar los signos de una persona con mucha mayor perspicacia que un hombre. Y no me engañas, y menos así, como nos encontramos ahora, como nunca antes estuve con nadie.

El francés se extrañó con la información última.

—Sí, yo sé que a un hombre no se le debe hablar de otro, pero con Jérôme nunca estuve así, desnuda.

Alain la miró sorprendido según enarcaba las cejas, aunque no pronunció palabra alguna.

—Él tenía unas creencias religiosas muy definidas y en las mismas, se conoce, no entraba el que una pareja tuviera que mantener relaciones sin ropa y con luz. Dime, por favor, dime en qué puedo ayudarte, qué puedo hacer por ti. Hoy eres lo más importante que tengo en la vida, la razón por la que me levanto todas las mañanas de esta cama, por la que me arreglo, por la que respiro. Has sido el causante de que el corazón se me encogiera cuando sonó el teléfono esta mañana, y que se desbocara cuando Elisa me dijo que eras tú quien llamaba. Dime, por favor. Dime —suplicó mientras incrementaba la presión de sus brazos sobre el cuerpo del francés.

Alain besó la frente de Petra y la atrajo para sí. Cerró los ojos y negó imperceptiblemente con la cabeza. No se encontraba al lado de una mujer sino de una niña indefensa que pide ayuda a la vez que brinda la suya. Petra era la ternura, la emotividad, la esencia del sentimiento.

—No me puedes ayudar en nada —determinó, al fin—. Bueno, sí, en una cosa, en no preguntarme qué hago en Madrid, porque no lo sé ni yo.

Y le volvió a mirar. El francés recibió el impacto de los grandes ojos de la Condesa que se encontraba allí, abandonada, entregada a él sin condiciones, demostrando que sabía escribir las cuatro letras de la palabra *amor* con la fuerza que otorga el corazón cuando bombea con furia, con pasión, con arrebato.

—¿Te puedo pedir una cosa? No me digas, por favor, si lo has hecho antes con otra mujer, te lo pido por favor —rogó Petra—,

pero hay algo que me gustaría hacer contigo que, como te podrás imaginar y más después de lo que te he contado, nunca antes he hecho con nadie.

El francés sonrió y esperó la petición.

—Quiero bañarme contigo, los dos juntos. ¿Te importa?

Alain se quedó en la cama mientras Petra correteaba por toda la casa, solo vestida con una bata rosa que dejaba traslucir un cuerpo algo grávido, pero magnífico y muy apetitoso. Oyó ruido de cacharros en la cocina y después el sonido del agua al verterse dentro de la bañera. Al cabo de un cuarto de hora escuchó la voz de la dueña de la casa, que requería su presencia.

El francés se dirigió al cuarto de baño, una estancia que daba al patio interior, enorme, alicatado con unos azulejos cuadrados blancos que llegaban hasta los dos metros de altura, a partir de donde comenzaban unos dibujos de grandes flores de lavanda. El techo estaba decorado con las mismas molduras de escayola que ornaban el resto de la casa.

Y en un lado de la pieza, a la izquierda, se encontraba la bañera, amplia, blanca, apoyada al suelo por cuatro patas doradas que imitaban las de un elefante. Dentro, y sobresaliendo entre la espuma, la cabeza de Petra parecía no tener cuerpo.

—Vamos, que está a la temperatura ideal. Calentita.

Alain, que había llegado desnudo, se metió despacio en el interior, en el extremo opuesto, y no reprimió un acceso de recuerdo, un súbito viento que sacudió sus entretelas al recordar que eso mismo fue lo que le pidió a María Dolores en su viaje de bodas. Agarró con fuerza las manos de Petra, que se encontraban agradablemente cálidas. Se apoyaron los dos en los lados opuestos y, uno enfrente del otro, relajaron sus músculos hasta convertir sus cuerpos en algo asimilable a dos objetos ingrávidos. Parecía que lo habían ensayado.

El café lo tomaron a las siete de la tarde.

—¿Sabes que la Reina me llamó ayer?

—¿Victoria Eugenia?

—Alain, siempre que me refiero a la Reina, hablo de la esposa de Su Majestad. Yo no tengo relación alguna con la Reina Madre. Nos presentaron una vez y la habré visto en dos o tres ocasiones más. ¿Quieres que te cuente lo que me dijo?

—Por favor —deseó él, mientras mojaba la última pasta en el café.

—Me contó que está a punto de cerrar un acuerdo con el propietario de un solar, por la Ronda de Valencia, cerca de la

Fábrica de Tabacos, para la construcción de la residencia que te dije para mujeres en estado.

—¿Tan rápido?

—Sí, Su Majestad la Reina está muy concienciada del drama que padecen todas esas futuras madres. Ella no puede consentir que una mujer, desesperada, opte por una solución salvaje y mate a un bebé, alguien que podría llegar a ser una persona sana.

—¿Sana? —al francés le extrañó la puntualización de Petra, aunque enseguida entendió por qué lo había dicho. El desvelo por el bienestar y la salud de los niños era algo obsesivo para la Reina, y lo manifestaba en todas sus conversaciones.

—Sí, no quiere que ellas corran riesgos ni que se pierdan vidas porque una mujer no tenga posibles. ¿Sabes que hay padres que echan de su casa a sus hijas cuando les vienen embarazadas? ¿No te parece horrible? Las dejan en el desamparo más absoluto, perdidas en la vida, expuestas a todo tipo de atrocidades. Y muchas optan por la peor solución.

Alain no había reparado en ello. Nunca había estado cerca de una situación así, ni por sus relaciones familiares ni por las amistades de las que se rodeó.

—Según me contó por teléfono —continuó Petra—, en cuanto hayan cerrado el acuerdo, que será inminente, quieren organizar un acto para dar a conocer al pueblo de Madrid el proyecto y para admitir donativos. Ella y el Rey, según me dijo, están dispuestos a colaborar hasta el fin, y si no se recogen fondos suficientes, ellos cubrirán la diferencia.

—También he oído que el Monarca sufraga la oficina de ayuda humanitaria que ha establecido en Palacio.

—Así es, Alain, así es. Nunca he visto un matrimonio tan comprometido con las ayudas sociales. Hasta ahora, estábamos acostumbrados a tener en nuestra historia a unos soberanos alejados de su pueblo y de su realidad. Nuestros Reyes son únicos.

—Te veo con mucha ilusión, Petra, y me alegro mucho. Es maravilloso vivir así.

La anfitriona asió la silla donde se había sentado, próxima a la chimenea y enfrente de su invitado, y la movió hasta situarse al lado del francés. Se sentó y le agarró de la mano.

—Ya creo que lo es, Alain, y todo gracias a ti. Me has devuelto unas ganas de vivir y de volver a ser útil que ya no tenía, las había perdido, no sé muy bien dónde ni por qué, pero las había perdido. Y ha llegado el señor desde el otro lado de los Pirineos y me las ha traído.

—Otra vez desde el otro lado de los Pirineos… —el francés repitió la frase que acababa de escuchar, anteponiendo la reiteración.

—Sí, ya ves, lo que son las cosas, con tantos españoles que me han cortejado a lo largo de mi vida, y ha tenido que venir alguien desde las *galias*…

Se acercó más y le dio un beso tiernamente correspondido.

—Solo falta que se tranquilice tu espíritu, Alain; y que te liberes de lo que te mortifica y no me quieres decir. El día que eso pase, el día que entres por esa puerta y me digas *Petra, ya se ha terminado todo*, será cuando podremos vivir plenamente este maravilloso amor que nos ha llegado, quizá un poco tarde, pero que vivimos y vamos a vivir con la misma intensidad que dos personas que no sabían lo que es estar locamente enamoradas.

—¿Locamente? —quiso concretar él, con una pregunta.

—¿Chaladamente? —respondió Petra, con otra, sonriendo.

—¿Perturbadamente?

—¿Chifladamente? —volvió a preguntar la mujer, después de titubear y de pensar un calificativo más acertado para su relación.

Se volvieron a besar.

Cuando separaron sus labios, él consultó el reloj. Sabía que resultaba impropio y desconsiderado, pero tenía un compromiso que cumplir y no iba a contravenirlo.

—Son las siete y media pasadas. Petra, tengo que marcharme.

Ella se apartó ostensiblemente del francés y volvió a poner su silla donde se encontraba. Agarró la bandeja donde había servido el café y puso rumbo decidido a la cocina.

—Ya sabes dónde está la puerta, no hace falta que te acompañe —logró decir, antes de ponerse a llorar junto al fogón, atormentada de nuevo por constatar, otra vez, que ella era para el francés un entretenimiento, una mujer con la que satisfacer las necesidades más primarias, alguien de quien reírse cuando le viniera en gana. Más tarde consideró que era desleal pensar así.

El reloj de Alain marcaba las ocho menos veinte. Iba justo. Caminó por un conjunto de oscuras callejuelas que estaban destinadas a ser derruidas cuando acabaran las obras de lo que iban a llamar la Gran Vía, la que sería la avenida más importante de la ciudad. Así, llegó a la Puerta del Sol y, en diez minutos, por la calle Alcalá, alcanzó la iglesia de San José, situada al lado del Apolo.

Ascendió por las escaleras que conducen al interior del recinto y

accedió por la puerta de la derecha. Mojó los dedos en agua bendita y se santiguó. Se quedó observando la situación. A esa hora solamente se encontraban varios feligreses, la mayoría mujeres, que rezaban arrodillados. El silencio era absoluto. No creyó que ninguna persona de las que en ese momento se encontraban allí fuera enviada por Andreu Riera. El reloj marcaba las ocho en punto.

Se sentó en el último banco y mató el tiempo admirando el altar mayor, con sus columnas de mármol verde rematadas por capiteles corintios, mientras observaba a las personas rezar y consultaba el reloj con frecuencia. A la ocho y media de la noche se levantó y abandonó el templo camino de su casa, no sin antes inspeccionar las naves laterales, buscando entre los fieles alguna mirada que quisiera encontrarse con la suya.

No la encontró.

67

El día había comenzado sumamente agitado para el inspector Alfredo Peris. A las nueve de la mañana la criada del corresponsal en Madrid de un periódico alemán había llamado en un estado de nervios cercano al histerismo.

Peris llegó a la calle Barquillo pasadas las diez, antes de que hubieran levantado el cadáver del periodista, que se hallaba todavía tirado en el suelo sobre una alfombra de lana, próximo a la chimenea y rodeado por un charco de sangre. Parecía que el salón había sido atravesado por una manada de bisontes en estampida: las sillas caídas, la lámpara de pie rota, dos candelabros junto al cadáver, uno de ellos doblado, el carillón destrozado detrás del sofá, que también había sido desplazado… Dos compañeros hacían ya el primer trabajo de investigación. El policía charló con ellos y los tres llegaron a la conclusión de que no parecía un robo, porque los cajones estaban en su sitio y las puertas de la boiserie permanecían cerradas, junto a su llave. Igual le sucedía al bargueño. El resto de la casa no estaba revuelta.

—Todo hace indicar que hubo una pelea y el periodista se lo debió de poner difícil al asesino o asesinos —opinó uno de los colegas de Peris. A pregunta del comisario, el policía respondió—. ¿La criada? Está en la cocina. Ha subido la mujer del portero y le está dando una tila.

Peris los dejó trabajar y se fue a interrogar a la doncella. La encontró abatida sobre una silla blanca muy simple. A su lado, la portera tenía un vaso en la mano.

—¿Nos puede dejar solos? —pidió el policía.

La mujer, solícita, abandonó la habitación y cerró la puerta tras ella.

—Mañana, que estará usted más tranquila, le pediré que venga a la Prevención para tomarle una declaración más formal. ¿Cómo se encuentra?

La criada no respondió y se limitó a enjugar sus lágrimas con el pañuelo, hecho una bola dentro de su pequeña mano.

—Yo no sé quién fue —reconoció la mujer, desconcertada, cuando empezó a relatar los hechos. Trémula, su voz resultaba cavernaria—. Esta mañana, como hago todos los días, llamé al timbre antes de entrar y, como no me abría nadie, utilicé mi llave. Dije su nombre varias veces, en alto, y no me respondieron. Entré en el salón…

—Cálmese —ordenó Peris, cuando la mujer se puso de nuevo a llorar—. Tómese un trago de tila, seguro que le vendrá bien.

La mujer continuó hablando y así fue como el comisario se enteró de las costumbres de Hermann Holetschek, que solía recibir a gente desconocida, siempre hombres. Ella a veces los veía porque llegaban antes de que se retirara a su casa, después de prepararle la cena.

—¿Sabe si hay alguna foto de Hermann en la casa?

—Sí, en su dormitorio, en un marquito de plata.

—¿Una foto suya en su propio dormitorio?

—Sí, encima de la cómoda, junto a un jarrón donde a veces ponía flores —confirmó la criada.

A Peris le pareció inusual que una persona soltera tuviera en su dormitorio una fotografía propia, pero no quiso mostrar extrañeza por ello y se dirigió hacia la alcoba del periodista. Tal y como le había avanzado la mujer, junto a un jarrón vacío, había dos marcos. El de mayor tamaño correspondía a un retrato del káiser Guillermo II. En el otro estaba él, muy sonriente, con sombrero de paja tipo *canotier*. Peris quitó la fotografía.

—Me llevo esto —comentó a sus compañeros, que estaban ayudando a las personas que habían acudido a retirar el cadáver del alemán.

Antes de abandonar el edificio charló durante unos minutos con el juez que había ordenado el levantamiento del cadáver.

A las cuatro de la tarde la puerta de la suite de Fritz se abrió sin que la persona que entraba pronunciara palabra alguna. El espía alemán se hallaba perdido sobre un sillón, inmóvil, absorto, mirando a través de los ventanales el incipiente atardecer madrileño, cargado de nubes algodonosas.

—¿Te has enterado? —preguntó Bertha.

—¿Me he enterado, de qué? —respondió Fritz con otra pregunta, aunque sabía muy bien a lo que se refería la actriz.

—De la muerte de un periodista alemán, el corresponsal del *Lokal Anzeiger*.

—Sí —fue la escueta contestación del espía, que no se había tomado la molestia ni de girarse para mirar a su compañera.

Bertha avanzó hasta ponerse delante de él, tapándole la visión del exterior.

—¿No tienes nada que decirme? —la actriz no podía manifestarse más encrespada.

—No tengo nada que decirte.

La mujer se inclinó hacia él y le miró con tanta intensidad que, por fin, los ojos del alemán se vieron obligados, ordenados, a fijarse en ella.

—¿Seguro? —el alemán guardó silencio pero mantuvo impasible y con fuerza la mirada sobre los ojos de la actriz, sin esquivarla—. ¿Por qué no me esperaste anoche? ¿Con qué amigo tuviste que marcharte? ¿Qué visita fue esa tan extraña y sorpresiva?

Fritz se levantó con ímpetu hacia el mueble bar. Se sirvió un güisqui a la vez que encendía un cigarrillo.

—¿Quieres?

Bertha se acercó a él y le dio un golpe en la mano que provocó que el vaso y su contenido salieran volando hasta la alfombra. Sin que hubiera palabras, la actriz obtuvo la respuesta a la duda que la embargaba desde que se había enterado, en el comedor, del asesinato del periodista alemán, *uno afeminado*, le aseguraron, que vivía muy cerca del Apolo.

La *cuarta* del Apolo, como era conocida en todo Madrid, la sección en la que actuaba Bertha, solía comenzar a las once y media de la noche, a veces un poco más tarde. La actriz, siempre acompañada de su representante, llegaba al Apolo sobre las diez, unas veces en automóvil conducido por Fritz y otras en un coche de punto. Cuando esa noche la pareja accedió al teatro por la puerta de la calle Barquillo, el alemán se encontró con una persona que pidió hablar con él.

—¿Quién es usted? —preguntó el espía, desafiante.

—Soy el comisario Alfredo Peris —el policía mostró el carné que lo acreditaba—. Señora, con usted no tengo que hablar, de momento. Puede dirigirse a su camerino —sugirió a Bertha que, inquieta, continuó el camino hacia su destino.

—¿Tenemos que hablar aquí? —a Fritz no le gustaba hallarse en esa situación. Sentía que los ojos de los empleados del Apolo, que se encontraban en la zona de entrada de artistas, le miraban extrañados e interrogantes.

Se dirigieron a una de las esquinas no antes de que el alemán se despojara de su abrigo con cuello de piel de zorro y se lo entregara a uno de los mozos del teatro.

—No sé si se ha enterado de la muerte de un periodista alemán. ¿Le conocía usted?

—No sé de qué me habla —respondió Fritz, intentando

mantener la tranquilidad.

—Pues se sabe en todo Madrid, me extraña que usted no se haya enterado.

—Estuve todo el día en el hotel. No me apetecía salir a la calle. Dígame, señor policía, ¿es delito permanecer en la habitación de un hotel?, ¿por qué me está reteniendo?

—No le estoy reteniendo, Otto, le voy a hacer unas preguntas.

—¡Un momento! —le cortó el alemán—. ¿Por qué sabe mi nombre?

Alfredo Peris tomó aliento. Se encontraba ante una persona muy descarada para su edad, alguien dispuesto a presentar batalla sin que se hubiera declarado guerra alguna, por lo menos todavía.

—Lo sé porque, como le iba a decir, llevo todo el día haciendo preguntas. Herr Holetschek vino ayer al teatro, aquí, al Apolo.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Tiene que ver que ustedes dos estuvieron hablando en un pasillo y en el vestíbulo.

Peris se había pasado gran parte del día mostrando la fotografía. Preguntó a los vecinos del número 20 de la calle Barquillo, sin éxito; a los dependientes de los comercios aledaños, con idéntico resultado; a viandantes que transitaban por la calle donde vivía el alemán, así como las más próximas: Almirante, Prim, Augusto Figueroa… A media tarde, cansado de emplear tanto tiempo sin fortuna, optó por ir al Apolo pues se encontraba muy próximo al domicilio de Holetschek. Allí sí obtuvo su recompensa. El corresponsal alemán era un hombre muy conocido por ser un asiduo espectador. Aunque alguna vez acudía en compañía de algún amigo, normalmente iba solo y era famoso por las generosas propias que dejaba en la cafetería, en el guardarropa, al acomodador. Cuatro personas reconocieron que el periodista había asistido a la representación de *la cuarta* del día anterior y que este había hablado con Otto Bestigas, el representante de Bertha.

Pero el policía no quiso entrar en detalles con el interrogado y se limitó a ratificar lo que acababa de decirle, que los vieron juntos. En ese momento, Fritz se acordó del mozo que pasó por el pasillo con una cuerda enrollada al hombro, del saludo del portero, de la persona que le vendió el programa, de la mujer del guardarropa… todos se habían vuelto confidentes de la policía. Optó por aceptar la evidencia.

—Conozco mucha gente en Madrid. Soy el representante de una gran actriz y tengo muchos compromisos, directores de teatro, directores de cine, personas que quieren hacer entrevistas a Bertha

y que tengo que rechazar. A ella no se la puede estar molestando tanto como quisieran ellos.

—Así que no solo le conocía sino que sabía que era periodista.

Fritz no sabía cómo podía mantener la templanza ante el acoso dialéctico al que le sometía el hábil y sagaz policía español. Siempre le sorprendía en sus propias contradicciones. Intentó arreglarlo pero solo consiguió delatarse.

—Sí, algo de eso me contó, de todas formas, ¿qué tengo yo que ver con el asesinato de ese hombre?

Peris quiso reírse pero se contuvo. El alemán había caído en una trampa que ni siquiera él le había tendido, uno de los ardides más antiguos.

—¿Asesinado? ¿He dicho yo que haya sido asesinado? Yo he hablado de la muerte, pero no he mencionado ningún asesinato.

Fritz estaba a punto de estallar. Si no hubiera nadie presente lo mataría a golpes. Pero no podía ni plantearse esa alternativa. Y lo más negativo de todo era que estaba exteriorizando su estado de ánimo.

—Si me está haciendo preguntas será porque a esa persona la han matado —salió de la situación como buenamente pudo—. Si se hubiera suicidado no estaríamos aquí.

—Los suicidios provocan la apertura de un expediente judicial. ¿Sabía usted eso?

—No, no lo sabía ni me interesa. Yo soy representante de artistas, nada más. Solo le deseo que encuentre pronto al asesino de ese periodista.

—¿Al asesino?, ¿por qué no a los asesinos? Da usted por sentado que solo fue una persona la que mató a Holetschek.

Fritz ya no podía reprimir los nervios que le embargaban.

—¿Me está acusando de algo, comisario? Tengo muchos amigos en Madrid a quienes puedo llamar mañana mismo.

—No le estoy acusando de nada, solo eran unas preguntas. ¿Me permite una última?

El alemán asintió mientras daba el primer paso para abandonar la conversación.

—¿Le conocía usted de antes?

—No, ayer fue la primera vez que le vi —respondió y, sin despedirse, se dio media vuelta y se dirigió hacia la zona de los camerinos. Aun así, no dejó de escuchar lo que le decía el policía.

—Gracias. Si tengo alguna pregunta más que formularle, ya sé que se hospeda en el hotel Palace…

Al escuchar el nombre del establecimiento, el alemán se frenó,

pero después continuó andando, dándole la espalda no solo al policía sino al problema de primera magnitud con el que se había encontrado, tan inesperado como determinante.

Peris le vio marchar y se alegró de no haber mostrado todas sus cartas. En el interrogatorio a la criada, y cuando le preguntó si había sucedido algo relevante en la vida de su patrón en las últimas semanas o meses, esta le había referido la visita que recibió de un joven alemán en octubre o noviembre —la mujer no pudo recordar el mes con exactitud—. También le aseguró que aquel hombre pegó al corresponsal, aunque este nunca lo admitió.

El policía estaba convencido de que aquel agresor del periodista, el hombre que había acabado con su vida y la persona que tiró por el Viaducto a Enriqueta eran la misma persona. Pero no tenía prueba alguna en su contra. Por ahora.

68

El jueves catorce de enero de 1915 amaneció frío, helado, sin que el sol matinal fuera capaz de caldear una atmósfera que había sido víctima de la crueldad de la noche invernal madrileña. A las doce de la mañana, cuando Bertha abandonaba el hotel, las calles no se habían librado todavía de una pátina helada que cubría las aceras transformándolas en improvisadas y peligrosas pistas de patinaje.

Antes de abandonar su habitación, llamó por teléfono a la tienda de la calle Carretas donde en teoría su manicura tenía un establecimiento comercial. Le había dicho que necesitaba realizarse un arreglo urgente porque, durante la noche, se había partido una uña. Eusebia le había dado cita para primera hora de la mañana.

Se alegró de no haberse encontrado con Fritz en el hotel. Para evitarlo, había mandado que le subieran el desayuno a su habitación. Después, se cubrió con un abrigo oscuro, medias y pañuelo negro sobre la cabeza, sin adorno de ninguna clase. Nada más salir del Palace, giró a la izquierda y tomó uno de los tres coches de punto que aguardaban la llegada de clientes. Pidió que la llevaran a las Cuatro Calles. Compró un *Diario Universal* en el quiosco que había al principio de la calle de la Cruz y se montó en otro coche de punto.

—A la calle del Cisne esquina a Fernández de la Hoz —indicó al conductor.

Durante el trayecto, hojeó el diario y leyó el amplio reportaje que se insertaba sobre el asesinato del corresponsal en Madrid del *Lokal Anzeiger* —todo ello bajo los saltos que iba pegando el Charron.

Abonó las dos pesetas con veinte céntimos que le costó la carrera y se apeó del vehículo. Miró a ambos lados y se adentró en la calle Fernández de la Hoz. Se metió en el primer portal que encontró, nada más dejar la calle del Cisne. Estaba abierto, tal y como habían convenido.

Subió las escaleras y sintió miedo. Siempre le sucedía. Bertha vivía constantemente en vilo, no terminaba de acostumbrarse —«y nunca lo harás», le aseguraron sus entrenadores— a vivir pendiente de que, en cualquier momento, apareciera alguien que la reconociera, que le tendiera una trampa, que cometiera un desliz, un pequeño lapsus. Si eso sucedía, su vida terminaría, inmediatamente, de cualquier manera, en cualquier sitio. En su

profesión, los errores no eran billetes de ida y vuelta.

Llegó al segundo piso y llamó al timbre. Dos veces y dejando pasar dos segundos entre timbrazo y timbrazo. La puerta se abrió y se encontró con un rostro desconocido que le indicó, en silencio, que entrara en la vivienda. El hombre señaló hacia el final del pasillo.

Bertha intentaba que sus piernas no temblaran en exceso. Mientras iba caminando, se llevó el pequeño bolso a la altura del pecho y lo abrió sin provocar ruido ya que el hombre que había abierto la puerta iba detrás de ella. No quedaban más de tres metros para entrar en el salón cuando comenzó a sonar una música que provenía de un gramófono. Era un concierto de Beethoven, no supo cuál. El volumen era muy alto, excesivo. Con decisión, metió la mano dentro del bolso y sacó el pequeño revólver que siempre la acompañaba cuando salía sola a la calle.

Piscitelli la recibió con una sonrisa y con una reverencia. Con la mano le indicó que bajara el arma. La actriz obedeció. Después se acercó a su oído.

—Vas a tener que perdonarnos —le dijo en francés—, pero vamos a mantener la reunión con la música puesta. Ya sabes, no podemos fiarnos de los vecinos.

Más relajada, Bertha guardó la pistola en el bolso y miró al hombre que venía detrás.

—Te presento a *Aliso*, vino de París hace unos días.

Bruno Mionnet marcó una reverencia desde la puerta.

—Por supuesto que no se llama *Aliso*. No sé qué manía tienen los de la seguridad cambiando los nombres. Ahora les ha dado por ponerles nombres de árboles. Prefiero el mío, Piscitelli, apellido italiano por antonomasia.

El anfitrión sonrió.

—Vamos, sentémonos, que tenemos varios asuntos que tratar.

El anfitrión se acercó al gramófono, giró la bocina hacia la pared y subió el volumen hasta que el concierto de Beethoven empezó a convertirse en un ruido desagradable.

—Así está bien —sentenció.

Las tres personas se habían acomodado junto a una mesa redonda que se ubicaba próxima al aparato de música. Juntaron las cabezas y comenzaron a hablar.

—Bertha, ¿qué ha ocurrido con el imbécil de Fritz?

—Ya le dije a Eusebia que había que cambiar de hombre, que no me gusta ese tipo. Es un animal.

—Ya me lo contó la falsa manicura, pero tienes que entender,

Bertha, que no se puede cambiar tan fácil de compañero de misión. Las virtudes de Fritz son innegables: se sabe mover, lo ha demostrado consiguiéndote el papel en el Apolo, por cierto, he leído que estás fenomenal y que las entradas están agotadas para no sé cuántos días —la mujer no se inmutó, como si aquella adulación fuera un dato baladí—, y también sabe español, y muy bien. Y no es fácil encontrar a alguien con ese perfil. Además, yo no quiero dirigirme a Berlín, cuantas menos veces lo haga menores posibilidades tengo de que me descubra Walter Nicolai.

—Ellos siguen con la idea del chantaje —quiso confirmar Bertha.

—Sí, han diseñado esto para acosar a Alfonso XIII. Creo que, en el momento en que se obtuvieran las famosas fotografías, quieren amenazarlo con hacer miles de copias y repartirlas por toda Europa si España no entra en la guerra junto a los Imperios Centrales.

—Nosotros tenemos otro plan muy diferente —afirmó la mujer.

Piscitelli volvió a sonreír mientras que Bruno Mionnet, *Aliso*, los miraba en silencio.

—Bertha, tienes que confiar en nosotros.

Tras una pausa intencionada, el anfitrión volvió a hablar, esta vez formulando una pregunta directa a la mujer.

—Dices que es un animal porque le conoces bien, ¿no es así?

La mujer asintió.

—Entiendo que habéis intimado.

—Sí —confesó sin tapujo alguno—, no desde el primer día pero sí desde que me consiguió el papel para la obra que estoy representando.

—Eso no tenía que ser así —era la primera vez que *Aliso* hablaba —. No estaba en el programa que os convirtierais en amantes.

—Yo me acuesto con quien me da la gana —respondió Bertha, categórica.

—No cuando se está de misión. Esto no es un juego. Aquí nos jugamos la vida, la única que tenemos.

—Yo más que tú, *Aliso*, que a ti es la primera vez que te veo aquí.

—Calma, calma y, por favor, bajad la voz. No podemos permitirnos que alguien nos oiga. Madrid es un pueblo castellano algo crecido, aquí se conoce todo el mundo.

Bertha y Bruno se tranquilizaron.

—Dime, ¿qué ha pasado con el periodista del *Lokal*? ¿Lo mató él?

—Sí, estoy convencida —resolvió, sin dudar.

—¿Te lo confirmó?

—No, pero ha sido él. No me cabe duda alguna.

—¿Por qué? —quiso Piscitelli que le concretara—. ¿En qué te basas para afirmarlo con tanta rotundidad?

Bertha relató lo sucedido hacía dos noches cuando, al salir de su camerino, un operario le dijo que volviera sola al hotel porque su representante se había marchado con un señor mucho mayor que él. Después les contó que la llamó por el teléfono interior del hotel sobre las tres y media de la madrugada y que le pidió que acudiera a su habitación.

—Estaba nervioso y muy excitado —matizó la mujer, mirando alternativamente a los dos hombres que la escuchaban sin interrumpirla—, y se comportó de una manera muy extraña mientras estuve con él. Al día siguiente parecía que estaba ausente.

La actriz terminó por narrar que la noche anterior, cuando llegaron al Apolo, les estaba esperando un policía para formularle unas preguntas.

—Lo sé —aseveró Piscitelli.

—¿Y eso?, ¿cómo lo sabes tú si fue anoche?

—Porque esta mañana, bien temprano, Fritz se ha puesto en contacto conmigo por un medio que tenemos reservado para casos de urgencia. Así por lo menos lo entiende él.

Después de quedarse los tres en silencio, Bertha fue la primera en volver a hablar.

—Ayer le noté muy extraño. Me preguntó si yo sabía francés.

—¿Y esa pregunta? —inquirió Bruno, *Aliso*.

—No lo sé —reconoció la actriz—. Digo que fue una pregunta extraña, nada más. Lo que no sé es por qué mató al periodista alemán.

—Pues si fue él, pronto me voy a enterar. Me he citado esta tarde con Fritz —informó Piscitelli.

—¿Aquí? —se sobresaltó Bruno.

—No, tranquilo, en otro lugar. Aquí puedes quedarte con seguridad. Estamos muy alejados del centro de la ciudad. Es un lugar de confianza.

—Pero, ¿cómo te que has citado con él? —quiso saber Bertha, contrariada—. No me ha dicho que hubiera quedado contigo.

—Normal. Que dos espías realicen un trabajo conjunto no quiere decir que si uno de ellos tiene que informar a su supervisor se lo haga saber a su compañero. De todas maneras, vamos a hacerte partícipe de la razón por la que *Aliso* se encuentra en Madrid — Piscitelli animó al hombre del *Deuxième Bureau* a que explicara el motivo de su presencia en la ciudad, ya que él normalmente

operaba en Barcelona, próximo a Lerroux.

—Llegó a nuestros oídos que un francés, un diplomático, se había trasladado a Madrid con intenciones desconocidas. No trabaja con nosotros ni está ejecutando un servicio relacionado con su profesión, por lo que se desconoce qué piensa hacer en la capital.

—Igual está de vacaciones —aventuró Bertha, que seguía pensando en el hecho de que Fritz hubiera quedado con Piscitelli sin decirle nada.

—No, en absoluto. Las personas en edad de luchar en nuestro país no están para marcharse de vacaciones. Además, no es el caso. Nos hemos estado informando de algunas cosas, como por ejemplo que está relacionado sentimentalmente con la viuda de un francés, una mujer de la nobleza española, no recuerdo ahora si es condesa o marquesa, algo así —dudó Bruno, aunque no le dio importancia a la imprecisión—, y que en París están muy preocupados por el diplomático; piensan que puede cometer una locura.

—¿Una locura? —la actriz se sorprendió con la tajante afirmación de *Aliso*.

—Sí, eso nos han dicho. Bueno, por lo que dice la prensa —Piscitelli centró la reunión— nuestro objetivo volverá de viaje el domingo diecisiete. Hoy estamos a jueves. Quedan por tanto tres días, Bertha, nada más que tres días nos quedan, te quedan, para que lo tengamos aquí y podamos actuar. Después, te prometo que será muy rápido, ya lo verás. Tendrás que confiar en mí —pidió el anfitrión.

—Y tú en mí, ¿no?

69

De no ser porque aquella persona era calcada a Fritz, Alessandro Piscitelli habría jurado que el hombre que tenía delante no era Fritz. El alemán que recordaba era alguien altanero, fanfarrón, díscolo, desbordantemente seguro de sí mismo, no la caricatura turbada que había llamado a su puerta.

Piscitelli había establecido con él una contraseña para el caso que aconteciera algún suceso extraordinario que requiriera un encuentro inmediato entre los dos hombres. Fritz llamaría desde el hotel a un determinado número de teléfono instalado en el número 15 de Ventura Rodríguez, una calle situada en el barrio de Argüelles. Fingirían una equivocación. Si llamaba preguntando por el nombre de un teatro madrileño, sería la señal de que necesitaba verlo. Si Fritz preguntaba por un cine, la premura sería mayor. La respuesta de Piscitelli sería del estilo de *no sé qué pasará en las líneas de teléfono, hoy es la… vez que alguien llama preguntando por ese teatro, o cine*. El ordinal que señalara equivaldría a la hora de la cita. Piscitelli le había dicho que era la cuarta vez que llamaban en el mismo día.

A las cuatro en punto sonaba el timbre en una de las viviendas ocupada por Piscitelli en Madrid —la *Abteilung IIIb* de Walter Nicolai contaba en la ciudad con cinco pisos francos, utilizados para diversos usos y para afrontar las eventualidades que pudieran surgir —. El anfitrión le invitó a pasar. El espía alemán ya había estado allí un par de veces, aunque no se lo había referido a Bertha, tal y como le habían instruido. Por señas, le indicó que entrara en el salón. Piscitelli trasladó una mesa redonda y la situó en el centro de la estancia. Después movió dos sillas, sujetándolas en vilo. Ambos confidentes se encontraban lo más alejados que podían de las paredes. Susurrando, le preguntó qué era lo que ocurría.

—Piscitelli, tenemos problemas imprevistos, creo que son problemas graves. Estoy a punto de ser detenido.

Al escuchar la afirmación, el hombre enarcó las cejas, simulando sorpresa y escepticismo.

—Sí, anoche estuvo un policía en el teatro haciéndome preguntas. Yo he sido la última persona que vio con vida al maricón del corresponsal del *Lokal* en Madrid, ese maldito Holetschek.

—Vamos por partes, Fritz —el alemán se encontraba sensiblemente nervioso y sudaba por la frente y por el cuello. Sacó un pañuelo para secarse—. Me dices que te han preguntado por la

muerte del periodista. Lo he leído esta mañana. Todos los diarios hablan del suceso, creo que fue especialmente violento. Pero, ¿qué tuviste tú que ver con él?

—Porque fui yo quien lo mató.

—¿Tú? ¿Pero qué dices, desgraciado?, ¿sabes lo que eso puede significar? —Piscitelli sabía perfectamente que había sido él; gracias al relato de Bertha no hacía falta ser muy sagaz para encajar las piezas del sencillo rompecabezas, pero tenía que mostrar su sorpresa con aspavientos y, sobre todo, averiguar si hubo una razón lógica para que lo matara.

—Lo sé, lo sé perfectamente, esto puede dar al traste con la misión. Si me detienen... —Fritz se mostraba turbado.

—Si te detiene la policía española por ese absurdo asesinato y no puede cumplirse la misión ya puedes buscarte un lugar en cualquier parte del planeta para huir de Nicolai. El día que te encuentre te pondrá delante de un pelotón de fusilamiento con la misma frialdad con la que limpia sus botas.

Fritz Springer comenzó a temblar.

Piscitelli se levantó y buscó una botella. Lo primero que encontró fue quina. Le sirvió una copa que Fritz se bebió de un trago.

Un poco más tranquilo, el alemán apuró la segunda copa. Se sirvió una tercera.

—Tiene pocos grados, puedes beberte lo que queda en la botella. A ver, dime, ¿por qué mataste a un hombre así? ¿Qué razón había? ¿No será que entre tú y él...? —Piscitelli no terminó la frase adrede. Quería medir la reacción de Fritz.

—¡No! —respondió tajante, aunque cuidando el volumen de la voz—, ¡no!, yo soy muy hombre, no me junto con esa gente. Siento desprecio por ella.

—Entonces, ¿por qué le mataste, y cómo lo hiciste?

—Fue en su casa —confesó—. Me pareció el lugar más discreto posible y de hecho, estoy seguro de que nadie nos vio. El problema fue que sí nos vieron en el teatro. Quería estropearlo todo y tuve que impedirlo como pude. Me insinué ante él y picó. Me llevó a su casa. Seguro que el muy desgraciado se hizo idea de que me había gustado —Fritz hablaba a Piscitelli mirándolo muy fijamente, sin pestañear, con necesidad de ser escuchado y comprendido. Precisaba justificarse—. Cuando me iba a preparar una bebida, agarré un candelabro de la chimenea y le aticé en la cabeza, por detrás, pero no lo maté. Se volvió e intentó pegarme con la botella. Caí al suelo. Saltó sobre mí y me quiso estrangular con sus

asquerosas manos… pero me revolví, recuperé el candelabro y ya no paré hasta que lo dejé inmóvil. Me aseguré que no tenía pulso. Bueno, bastaba ver cómo quedó la alfombra. Después me lavé un poco y me marché.

—Pero, ¿por qué? —a Piscitelli lo que le interesaba saber era cuál había sido la razón, no los detalles.

—Porque me dijo que había reconocido a Bertha. Por eso le maté. Alessandro, tenemos un problema de primera magnitud. Estoy convencido de que Bertha es un doble agente al servicio de los franceses.

Al escuchar aquella afirmación tan directa, Piscitelli se levantó de la mesa y se puso a caminar por el salón. Tenía que disimular. Posó sus ojos sobre los del espía. Despeinado, con el botón del cuello sin abrochar y la corbata bajada, sin haberse rasurado, Fritz Springer se asemejaba a un fantoche, a un borracho que le ha robado su traje a un potentado.

—¿Y en qué te basas para decir eso? —preguntó fríamente, imperturbable, después de tomar de nuevo asiento.

—Me encontré con el periodista al terminar la función de anteanoche. Yo le conocía de cuando fui a secuestrarle a su casa, cuando pedí reunión con Eduardo Dato. Él me reconoció enseguida, todavía recordaba el golpe que le di —Fritz sonrió. La quina ingerida le había despertado de su aletargamiento—, y aseguró haber visto actuar a Bertha en París, en algún teatro. Cuando le mostré mi extrañeza, él insistió y se compró un programa de la obra. Allí volvió a verla, en fotos, y se reafirmó con seguridad.

—Eso no tiene ningún sentido, Fritz. Bertha es hija de militares prusianos, su lealtad está fuera de toda duda.

—Quería hablar al día siguiente con un amigo que le visitó en París, me imagino que otro maricón, para que lo ratificara. No, Piscitelli, no podíamos correr ese riesgo y por eso lo maté, para que no hablara con nadie.

El anfitrión buscó una copa para él. Después de paladear el primer sorbo, que aprovechó para sopesar la situación, respondió categóricamente:

—No, ese hombre no sabe lo que dice. Es una tontería. Reconocer a un actor, y más a una actriz, no es fácil. Son personas que van maquilladas, que cambian de peinados, de vestuario. Además, nunca estás a su lado, siempre tienes unos metros de distancia, por muy cerca que te puedas sentar del escenario.

—Me dijo que siempre iba a las primeras filas.

—Aun así. No voy a mandar una nota a Berlín para sembrar una

duda solo por una conjetura infundada.

—No es infundada, el hombre estaba convencido.

Piscitelli agarró su brazo y lo presionó ligeramente. Le estaba mandando callar.

—¿Has comprado ya la máquina de fotos?

—No, todavía no —se lamentó Fritz, extrañado por la poca, nula importancia que había otorgado a la revelación del corresponsal del *Lokal*.

—Pues ya que tienes la casa, te falta la máquina de fotos, o máquinas. Sería bueno que tengas varias, por si acaso falla alguna. Nuestro hombre —era la manera que tenían para referirse a Alfonso XIII— volverá a Madrid el domingo. Hay muchas posibilidades de que la semana próxima acuda al teatro, y uno de los escenarios que más frecuenta es el Apolo, sobre todo su *cuarta*. Hay que estar preparados para actuar en cualquier momento. Por lo que te has podido enterar, si la actriz de turno le gusta, la visita en el camerino, igual que hacía su padre. Ahí será cuando intervendrá el buen hacer de Bertha.

Fritz se sirvió la cuarta copa de quina. Incluso empezaba a gustarle su sabor. Se mostró conforme después de escuchar las palabras de su jefe en Madrid, el hombre en quien tenía que confiar según le indicó Walter Nicolai en Berlín.

—No podemos inquietar a Bertha con falsas sospechas que solo pondrían en riesgo la misión, la alta misión que nos ha confiado el Káiser.

Piscitelli se puso solemne, a la vez que se levantaba para dar por concluida la reunión. Le agarró por los hombros:

—Fritz, nuestros compatriotas, los que luchan contra los rusos asesinos, contra los serbios exterminadores, contra los franceses vengativos esperan de nosotros nuestra abnegación total. Nos queda una semana, una semana como mucho. Después te prometo que podrás disfrutar de una buena temporada de vacaciones. Tendré para ti un pasaje para América, donde podrás esperar, sin riesgo alguno, el fin de esta guerra que han empezado aquellos pueblos que no soportan nuestra perfección.

Le acompañó hasta la puerta y le aconsejó, por último y al lado de la oreja:

—Y procura no dar razones a la policía española para actuar. Han aprendido mucho y me consta que son muy celosos. Buenos profesionales —resumió.

Piscitelli despidió a Fritz con la tranquilidad de que el plan continuaba intacto.

70

Con la puntualidad acostumbrada, Alain Santini subió las escaleras de piedra que conducían al interior de la iglesia de San José. En su reloj faltaba un minuto para las ocho de la tarde.

Después del ritual del agua bendita, se desabotonó el abrigo y se sentó en el último banco, tal y como había convenido con Andreu Riera en Barcelona. Y esperó.

Al cabo de unos minutos, el reclinatorio en el que se encontraba sentado se movió ligeramente. Alain sintió la presencia de alguien a su espalda: un olor corporal nuevo y un cierto resoplido.

—Lealtad —le dijeron a voz en cuello—. Ahora se va a dirigir a la nave que hay a la derecha, donde pone *Capilla Penitencial*. Verá dos confesionarios. Arrodíllese en el de la izquierda y espere.

El banco se volvió a mover y Alain vio, de reojo, que un hombre con chaqueta marrón muy amplia y pantalones grises se había sentado en el banco contrario al que él ocupaba. Miraba fijamente al altar, sin mover la cabeza hacia ningún lado, a la vez que sostenía una gorra de rafia entre las manos.

El francés se levantó y siguió las instrucciones recibidas. La nave que tenía la iglesia de San José, según se entraba a la derecha, era mucho más corta que la central. La dejó a un lado y continuó hacia donde señalaba el cartel aludido. Al entrar en ella se encontró con que era menor todavía que la anterior, de medio cañón, muy austera, con los techos y las paredes blancas. Al fondo, solo había la imagen de un Cristo en la cruz y, nada más entrar, dos confesionarios. Se dirigió al que se encontraba a su izquierda y se arrodilló, tal y como le había indicado el desconocido.

Del interior brotó una voz familiar.

—¿No sabe usted que cuando uno quiere confesarse dice eso de *Ave María Purísima* y el cura responde *Sin pecado concebida*?

—¿Andreu? —a pesar de la rejilla de madera que los separaba, Alain reconoció al anarquista—. Usted es un irreverente. ¿Cómo se le ocurre meterse en un confesionario?

—Más irreverente es la persona que lo ocupa. Está llena de dinero mientras la gente de su alrededor se muere de hambre. Eso sí es irreverencia, francés. Si al que dicen representar bajara a la tierra iba a liarse a golpazos como hizo en un templo.

—No sabía que hubiera estudiado Historia Sagrada.

—Fui monaguillo, y de ahí mi odio hacia todos estos, *monsieur*, porque he estudiado las tropelías y canalladas que ha cometido la

iglesia desde que nació, por eso mismo no me arrepiento de nada de lo que he hecho ni de todo lo que haré hasta el día en que me muera, o me maten.

Las palabras del anarquista sonaban acordes al lugar en el que se encontraba. Aquello no dejaba de ser una confesión. Eso sí, lo habitual sería que la corriente de comunicación fuera distinta, que discurriera desde el exterior del confesionario hacia el interior, no como era el caso.

—Andreu, no hemos venido aquí para hablar de la Iglesia. Ambos tenemos otro interés. Por lo que veo ya están en Madrid. ¿Cuándo llegaron?

—No pregunte, francés. Estamos aquí, que es lo que yo quería que supiese. Que hemos llegado a la capital y que nos hemos puesto en marcha, en breve encontraremos lo del explosivo. Conocemos a muchos compañeros, gente dispuesta a ayudarnos en lo que queremos todos, usted, y nosotros —puntualizó el catalán—. ¿Cómo están las cosas por Palacio? Parece ser que el Rey no está en Madrid.

—Está de viaje por el Norte. La prensa informa que regresará a la capital este domingo día diecisiete. A partir de ese momento tendremos que esperar a que asista a algún acto público. En función de la situación, podrán actuar.

—¿Sigue manteniendo sus contactos? —quiso saber Andreu.

—Sí, tengo buenas fuentes. Y ustedes, ¿cuándo tendrán preparado el explosivo?

—Pronto, en un par de días como mucho. Necesitamos que nos vuelva a dar otro anticipo, similar al que nos entregó en Barcelona.

—Andreu, no tengo más dinero del que les dije.

—Lo sé. Aquí no queremos hacer negocio. Eso vamos a dejárselo a los empresarios que se lucran con la guerra. Lo nuestro solo es para cubrir gastos. Todos somos obreros, *monsieur*, en nuestro grupo no hay marqueses ni condes ni nadie que vaya a cazar a Riofrío o a Gredos. ¿Me entiende? Nosotros no podemos financiar esas cosas.

—¿Y cómo se lo doy? No voy a ponerme ahora a descoser el abrigo…

—Lo sé, *monsieur*. Ya había pensado en ello. ¿Se ha fijado en la persona que le ha dado la clave hace un momento? Es alguien de mi máxima confianza. Mañana por la mañana subirá a su casa y se lo da a él.

—¿Sin más?

—¿Cómo que sin más?, ¿no querrá que le dé un recibo?

Alain guardó silencio.

—¿Cuándo nos volveremos a encontrar? —preguntó al fin el francés.

—Aquí, en esta iglesia, a la misma hora. Venga a partir del domingo. Traiga el resto del dinero y yo le diré si ya tenemos preparados los explosivos. Espero que me diga también qué día podemos actuar. Quiero permanecer en Madrid el mínimo tiempo posible. Aquí hay mucho monárquico y les tengo alergia.

Alain sintió que una mano se posaba sobre su hombro. Al volverse se encontró con un sacerdote que lo miraba interrogante. El francés se levantó como un resorte.

—Hijo, ¿me estaba esperando para confesarse?

Dado que en el último momento había estado escuchando a Andreu, y no hablando, era muy posible que el religioso no hubiera reparado que dentro del confesionario había otra persona.

—Sí, padre, me gustaría confesarme, pero antes tenía interés en preguntarle algo —Alain intentaba improvisar—. ¿Me acompaña?

—¿Adónde quieres ir, hijo? —preguntó extrañado el cura, en tanto veía cómo el supuesto feligrés se dirigía hacia la imagen situada a la derecha de la capilla penitencial. Optó por seguirlo.

—Como habrá podido intuir por mi acento, no soy español, soy francés, y siempre he sentido gran fervor por la cultura religiosa que hay en este sagrado país que es España. Antes de arrodillarme en el confesionario, he reparado en la imagen de esta virgen. Veo que es la Virgen de la Esperanza —el francés acababa de leer el pequeño rótulo donde se ponía nombre a la escultura.

—Así es, hijo, es una imagen que tiene un culto histórico y que despierta gran devoción entre los madrileños. Está entre nosotros desde hace varias décadas…

Mientras el cura hablaba, Alain vio cómo Andreu se asomaba tímidamente por el confesionario y, al ver la situación —el sacerdote de espaldas, explicando al francés algo relativo a la virgen —, lo abandonaba muy despacio sin hacer ruido.

Cuando el diplomático comprobó que el anarquista se había marchado de la nave, pidió al cura que cesara en las explicaciones y que le confesara. No quería levantar sospechas y optó por continuar con la farsa.

Después de contarle al cura imaginarios pecados que inventó sobre la marcha, recibió la absolución siempre que rezara en penitencia dos padrenuestros y tres avemarías.

Se dirigió a la nave central para arrodillarse durante diez minutos con las manos entrelazadas. Cuando Alain salió a la calle se confundió con el gentío que entraba en el Apolo a la sección de las

ocho y media, mucho menos que el que acudiría a la de las once y media de la noche, momento en el que la ciudad se rendiría de nuevo ante *La Nueva Gata de Madrid*.

71

Fritz se sentía humillado. Realmente mucho más que eso, ultrajado, mancillado. Nunca antes podía haberse imaginado que no iba a saber controlar sus emociones delante de un hombre de la talla profesional de Alessandro Piscitelli. Aquello le reconcomía las entrañas hasta el punto de hacerle vomitar el desayuno que acababa de tomar.

Desde que *La Gata* había comenzado a actuar, tanto ella como él habían tenido que cambiar sus costumbres. Atrás quedaron aquellos madrugones y los encuentros en el restaurante a las ocho y media de la mañana, delante del café con leche y las exquisitas pastas que servían en el Palace. También había quedado atrás, aunque desde hacía menos tiempo, el que compartieran mesa. Desde la noche en que Fritz mató a Holetschek e hicieron el amor de una forma tan distinta, no habían vuelto a compartir nada, ni cama ni mantel, casi ni conversación. Su comunicación se había vuelto simple, mínima, y solo respondían con monosílabos a las cuestiones que se planteaban. Coincidían a la hora del desayuno, sobre las diez y media; a la hora de la comida, más o menos a las dos; y en la cena, antes de marcharse al teatro, sobre las nueve de la noche. Nada más. Él la esperaba en el vestíbulo del hotel y la acompañaba al Apolo. Después la recogía y se despedían en la puerta del ascensor sin desearse ni un intrascendente feliz descanso. Esa era la relación que mantenía ahora la pareja de amantes, quienes habían sido inseparables hasta hacía escasos días.

Fritz la veía tomarse el desayuno y se inquietó al pensar que él daba más crédito al desgraciado del corresponsal del *Lokal Anzeiger* que a su supervisor en España. Le parecía que Piscitelli quería zanjar la misión lo antes posible, hacerse con las fotos del Rey en poses, vestimentas o compañías comprometedoras y nada más. Pero él, Fritz Springer, iba más allá y se fiaba en mayor medida de un viajado y seguro Hermann Holetschek que de un confiado —eso le parecía— Alessandro Piscitelli.

Y fue al apurar el café cuando reparó en una idea, tan disparatada como original y, a la vez, eficaz, muy útil para desenmascarar la supuesta impostura de Bertha. Así podría confirmar definitivamente si era una farsante.

Se levantó muy resuelto y abandonó el Palace por la puerta principal.

La embajada de Francia en Madrid se encontraba en la calle

Olózaga número 11, a escasos metros de la Puerta de Alcalá, muy próxima al parque de Madrid. Fritz entendió que en las proximidades encontraría lo que buscaba y no se paró en barras a la hora de hallarlo. Entró en un par de cafés ubicados en la vecina calle Serrano y preguntó directamente al camarero sin encontrar lo que perseguía. Después se dirigió a un café de la calle Alcalá donde tampoco obtuvo el resultado deseado. Fue en un establecimiento muy pequeño de la calle Recoletos casi esquina al paseo de Recoletos donde el camarero le señaló a dos hombres que estaban tomando una cerveza.

—Perdonen, ¿son ustedes franceses? —se interesó Fritz, en español.

—Sí, los dos, pero mi amigo no sabe nada de español. Yo llevo ya algunos años aquí. Dígame.

Fritz comenzó a charlar con ellos. Les contó que era suizo, de Davos, y que llevaba muy poco tiempo en España, que su madre era argentina... en fin, el alemán desplegó sus dotes de embaucador. Les invitó a dos rondas más y así se enteró de que ambos trabajaban en la embajada francesa en Madrid, y que habían salido a hacer unas gestiones al ministerio de Hacienda, al lado de la Puerta del Sol.

—¿Les podría invitar a comer? —planteó, mientras mostraba su mejor sonrisa.

—¡Por supuesto!, estaríamos encantados —concedió el que hablaba español. Después le tradujo a su compañero, que mostró la misma alegría que el primero.

—Lo único que les voy a pedir es que sea en un lugar determinado y que hagan algo por mí.

El alemán, que se había fijado en la calidad de los pantalones de los dos señores, así como en la de sus abrigos, completó la oferta con un aditamento que entendió animaría a los dos hombres.

—Además, les agradecería que aceptaran una pequeña deferencia, ya que va a ser para ustedes una comida de trabajo —les recordó, siempre sonriente.

Les habló de darles cinco pesetas a cada uno, cifra que fue recibida con júbilo por los dos franceses.

—Bueno, díganos qué quiere que hagamos.

—Va a ser muy sencillo —Fritz miró a su derecha y vio una mesa libre—. ¿Por qué no se lo cuento tranquilamente?

A las dos y media del mediodía Fritz se encontraba sentado a su mesa en el comedor del Palace, con una copa de jerez y haciendo

tiempo hasta que llegara el momento oportuno para pedir el menú. Diez minutos después entró Bertha con un vestido largo con cuatro volantes superpuestos, y un tocado en forma de turbante que realzaba aún más su elegante figura. Como sucedía siempre que entraba en cualquier recinto, arreciaron las miradas, los cuchicheos y la expectación. Se sentó a su mesa habitual y cruzó sus ojos con los de Fritz, pero ni se llegaron a saludar.

Acababan de servir el primer plato al espía cuando vio aparecer a los dos franceses que, tal y como había hablado con Sinforoso —y sobornado convenientemente—, se acomodaron en la mesa más próxima a la actriz que, *casualmente*, se encontraba libre. Los dos hombres comenzaron a hablar entre sí mientras eran observados con disimulo por Fritz. En un determinado momento, el francés con el que había hablado el alemán se acercó a la mesa de Bertha y le dijo algo. Ella sonrió discretamente y negó con la cabeza. Su amigo, desde su mesa, también se dirigió a la mujer a lo que respondió con una nueva negativa.

Los hombres continuaron hablando entre sí entretanto la actriz comía sola, abstraída en sus pensamientos.

Al final de la comida, de nuevo el francés se acercó otra vez a Bertha y le enseñó algo de la carta del restaurante. Esta vez, y sin ocultar una irritación creciente, volvió a negar con la cabeza y buscó con la vista a un camarero. El maître se acercó para atender a *La Gata*. Después, se dirigió a los dos franceses que asintieron al mismo tiempo que levantaban la mano a Bertha para ofrecer sus disculpas.

La actriz no tomó postre alguno y se levantó tirando desdeñosamente la servilleta sobre la mesa. Una vez que se hubo marchado, el francés que hablaba español miró a Fritz y se encogió de hombros.

Diez minutos después, el espía alemán esperaba mientras fumaba un cigarrillo en el umbral de la entrada del hotel, al borde de las escaleras. Cuando salieron a la calle, el que había sido su interlocutor afirmó, casi en un susurro:

—Esa mujer no habla ni una sola palabra de francés. De hecho, como habrá podido ver usted, ha llamado al maître, que sí habla nuestro idioma, y nos ha pedido que dejáramos de molestarla.

Fritz asintió mientras exhalaba una buena bocanada.

—Señores, gracias y espero no volver a verlos jamás.

Extrañados por la insolencia del alemán, los dos hombres caminaron hacia la plaza de Cánovas del Castillo, camino de la embajada francesa en Madrid.

Mientras, en su habitación, Bertha se reía de lo pueril que había sido el plan de Fritz para hacerla caer en una trampa tan vieja como el propio espionaje: la de los idiomas.

«Eso quiere decir que sospecha de mí. Bien, entraba dentro de lo posible», pensó para sus adentros, con tranquilidad absoluta y sin que su corazón se alterara un ápice por la conclusión extraída.

72

Los dos amigos llevaban ya tres vasos de vino y dos raciones, una de queso y otra de jamón. Habían iniciado la conversación comentando que era la primera vez que se veían desde que había empezado el año y, posteriormente, pasaron a hablar de la actualidad general, guerras de África y mundial incluidas.

—La gente está muy nerviosa, Emeterio, las madres, los chavales de veinte años... creen que si al final España entra en la guerra, ellos serán los primeros en ser movilizados, y que morirán en cuanto pisen una trinchera.

—No les falta razón, Alfredo —concedió Emeterio—. En la trinchera se muere seguro, si no es por las balas del enemigo es por la metralla de sus bombas, o por el gas mostaza o el cloridio, o porque te comen las ratas. Las fotos que publican a diario los periódicos son demasiado elocuentes. Yo creo que deberían estar prohibidas. Crean inquietud.

—Tienes razón. Esas fotos están haciendo mucho daño a la población. Los periodistas deberían calibrar las consecuencias de sus reportajes. Basta abrir cualquier periódico para que te encuentres imágenes de soldados tirados por los suelos, de animales muertos, de casas destruidas.

—Sí, Peris, pero eso es lo que vende, y con tantísimo periódico que se publica todos los días, cada uno tiene que buscar aquello que más llame la atención para destacar.

—¿Lo justificas? —el policía no entendía la postura de su amigo.

—Lo comprendo, que es distinto.

Alfredo Peris apuró el tercer vaso y, después de mirar el nivel que restaba al de su amigo, por señas pidió otros dos al camarero.

—Emeterio, cuando nos vimos la mañana de Nochevieja me contaste lo del hombre aquel a quien seguías.

—¿El que primero era periodista y después resultó ser representante de la actriz esa que triunfa en el Apolo?

Peris sonrió.

—Ese ni es una cosa ni es otra —resolvió Emeterio.

—Efectivamente, el alemán que me dices, ni es periodista ni es representante de la actriz.

—Pero, esa actriz es muy famosa en toda Europa, ¿no?, lo he leído en varios periódicos.

—¿Nos vamos a creer todo lo que ponen en los periódicos? Yo desde luego que no, todo esto lo veo muy raro, hay hechos

inconexos que no termino de comprender —el policía se estaba sincerando.

—Lo que te pasa a ti, Peris, es que tienes deformación profesional, a todo le quieres buscar las vueltas, encontrarle una explicación distinta a la que le encontramos la mayoría de la gente.

—No, no es solo eso, Emeterio. Mira —el policía se acercó a su amigo y bajó el volumen de voz—, ¿sabes quién fue el periodista al que mataron el otro día?

—¿En la calle Barquillo, un alemán?

—Sí, ese mismo. Pues estoy convencido de que quien le dio muerte fue el representante de Bertha.

El ayudante de Emilio María de Torres se irguió al escuchar el dato.

—Y hay más —continuó el policía—. ¿Te acuerdas de la mujer que se suicidó desde el Viaducto? Pues creo que Otto Bräutigam es el autor de las dos muertes.

Emeterio lo miró incrédulo.

—No puede ser —aseveró, con absoluta rotundidad—. ¿Qué tienen que ver entre sí esas dos muertes?

—Tienen que ver en que son dos asesinatos, que es imposible que aquella pobre chica, llena de vida por lo que confesaron quienes la conocían bien, decidiera tirarse por el Viaducto, como tampoco veo justificación para que un periodista alemán fuera asesinado con tanta violencia.

—Dicen que era maricón.

—Me da igual, Emeterio. Los maricones, como tú les llamas, forman un colectivo que no nos genera ningún problema. Pasan por la Prevención, se los ficha, y se marchan a su casa; nada más. No, este hombre no nos va a traer más que complicaciones. Estoy pensando en detenerlo.

—¿Y con qué cargo?

—No lo sé, ya inventaré alguno.

—Pues ten cuidado, no vayamos a tener un incidente diplomático —advirtió Emeterio que, después de tantos años sirviendo en Palacio, conocía a la perfección las consecuencias que podrían derivarse de un mal paso policial.

Peris se echó hacia atrás y bebió un trago de vino.

—¿Recuerdas lo del conde de Luarca?

—¡Claro que lo recuerdo! —exclamó Emeterio—. A ese lo debió matar algún acreedor, o un marido engañado… era un buen pájaro por lo que tengo entendido.

—Sí, pero por muy sinvergüenza que pueda llegar a ser una

persona, nadie es merecedor de esa tortura.

—Leí que le habían machacado la cabeza y que lo encontraron en un sitio distinto al que murió.

—Bueno, forma parte del secreto del sumario, Emeterio —aclaró Peris, muy digno—, pero es una muerte más, una muerte sin aclarar.

—Parece que estemos en Sarajevo o Estambul.

—O en San Petersburgo, que dicen que allí la gente se pega cuchilladas por la calle. No lo entiendo, Alfredo, Madrid siempre había sido una ciudad segura. ¿Qué pasa últimamente?

—No lo sé —se lamentó el policía—, son demasiadas muertes seguidas, muertes violentas sin móvil aparente, sin estar conectadas entre sí.

—Ya decía yo que te veía preocupado, Alfredo, 1915 no te ha sentado bien —opinó Emeterio.

—Pues si tres muertes sin aclarar son un problema, te aseguro que tengo otro, y mucho mayor —confesó.

—¡Caray!, sí que has empezado bien el año.

—¿Cuándo regresa Su Majestad del Norte? —preguntó Peris, sin que, aparentemente, viniera a colación.

—El domingo por la noche saldrá de Gijón. Se ha pasado una semana de inauguración en inauguración, y me imagino que de algo más, ¿no?

—Eso ya lo sabemos todos, Emeterio, incluso su mujer —el policía cortó secamente a su amigo—. Me refiero a que vamos a estar atentos a lo que haga el monarca a lo largo de la semana próxima, adónde va, con quién, quién le solicita audiencia...

—No te entiendo, Peris, ¿es que hay algún peligro?

—Sí, Emeterio, sí que hay algún peligro —reconoció el comisario—. Ha llegado a nuestros oídos que puede haber algo en Madrid, algo gordo.

—No me asustes, que llevamos un tiempo sin atentados, que ya tuvimos bastantes. Hace tres años, Canalejas, y hace dos, Su Majestad, en la calle Alcalá. Lo recuerdo muy bien. Yo estaba en las inmediaciones.

—Pues lo que quiero, lo que queremos, es que no haya algo de ese estilo, y la información recibida me ha dejado muy preocupado. Mucho, Emeterio. Vamos a abrir bien los ojos, y vamos a mantenerlos así día y noche. Ni me gusta lo que he oído ni me gusta el alemán que está en Madrid sin ocupación concreta, que unos días dice ser una cosa y otros días otra.

—Pues si no te fías del representante de la artista, también

tendremos que desconfiar de…

—Sí, de la artista. También he pensado en ello, Emeterio. También.

73

La llamada interrumpió violentamente el habitual silencio del piso de Ferraz. El teléfono lo había descolgado Elisa, que tenía por costumbre llegar muy pronto a casa de su señora:

—Doña Petra —le había dicho la doncella, desde el pasillo—, llaman desde Palacio.

La Condesa consultó su reloj: las ocho y media. No era habitual que se recibieran llamadas en su casa a hora tan temprana, y más siendo sábado. Se puso una bata y se dirigió, intranquila y expectante, al salón, donde se encontraba el único aparato de la casa.

—¿Estoy hablando con doña Petra Domínguez?

Tembló al confirmar. La misma voz continuó hablando.

—Le llamo de parte de Su Majestad la reina Victoria Eugenia. Desea verla en Palacio dentro de una hora y media. Le enviaremos un coche.

Después de colgar, Petra ordenó a Elisa que le preparara un baño. Quince minutos más tarde, la mujer se encontraba sumergida en el agua caliente con el recuerdo de la tarde que estuvo en el mismo lugar, en idéntica situación pero en mejor compañía que la soledad que era ahora su única consejera. Y volvió a abstraerse de la realidad, del momento, y revivió los minutos gozados con Alain, cuando le recibió sumergida en el agua y en la ausencia de pudor.

Pero ahora la llamaba con premura la reina de España para pedirle que se reuniera con ella en Palacio lo antes posible sin adelantarle la razón del encuentro. Petra podía aventurar que se trataba de compartir alguna confidencia personal, quizá motivada por una desavenencia conyugal, aunque para eso Victoria Eugenia siempre se había mostrado muy reservada y poco dada a la exteriorización de las muchas desgracias que la atormentaban; pero la Condesa prefería ser entusiasta en la suposición e imaginó que el encuentro vendría motivado por una noticia halagüeña.

Elisa la ayudó a secarse y a componerse. Petra Domínguez eligió un vestido de damasco hasta los tobillos con una escandalosa gola alechugada. En la cabeza llevaba un sombrero rematado por un ringorrango de dos palmos.

Victoria Eugenia parecía otra. La recibió en la Sala de Té, una de las estancias favoritas de la soberana, situada al lado de su biblioteca. Contrariamente a lo que marcaba el protocolo, la Reina se acercó y le dio dos besos. Petra procuró que no se notara su

sorpresa.

—Gracias, Petra, no sabes cuánto te agradezco que te hayas tomado la molestia de venir a mi llamada, y máxime a la hora que es y el día de la semana.

—No ha sido ninguna molestia, Majestad. Me gusta madrugar, y respecto al día de la semana, ya sabe que yo no trabajo, por lo que me resulta indiferente.

Sin esperar a que le trajeran el desayuno con el que iba a obsequiar a su invitada, Victoria Eugenia comenzó a relatar a su amiga la razón por la que la había llamado.

—Anoche me llamó Alfonso desde Gijón. Ya sabes que está de viaje por toda la Cornisa Cantábrica.

—Sí, lo he leído en el periódico —confirmó la Condesa.

—Regresa mañana domingo por la noche, en el sudexpreso —aclaró la Reina—. Pues, como te decía, me llamó anoche para darme la gran noticia de que por fin se ha cerrado el acuerdo con el propietario de los terrenos que te dije. Petra, ¡ya tenemos residencia!

Era una de las posibilidades que la condesa del Mayo había barajado. La otra noticia que habría alegrado a la Reina podría ser la de otro embarazo, pero el último infante había nacido a finales de octubre y una nueva gestación, que sería la octava, podría empezar a comprometer su salud, además se decía que los Reyes no mantenían relaciones conyugales.

—Majestad, es una noticia maravillosa —correspondió Petra.

—Parece ser que Alfonso terminó por solucionar algunos problemas que tenía el propietario sobre algo de impuestos o de licencias, no sé decirte exactamente, y cerraron el acuerdo de palabra. Son unos terrenos que están enfrente de la Fábrica de Tabacos y del Colegio de Veterinaria, en el lado sur de la Glorieta de Embajadores. Al principio del paseo de las Acacias —puntualizó la soberana, vivamente entusiasmada—. La firma se realizará el lunes por la tarde y Alfonso quiere que el mismo miércoles hagamos allí un acto público ante todo el pueblo de Madrid.

—¿Tan rápido, Majestad? Pero, ¿cuándo empezarán las obras?

—También le pregunté eso y me dijo que en primavera, pero no hablamos mucho más, el teléfono no funcionaba bien y la voz se escuchaba con demasiados ruidos. Estoy muy contenta Petra, sabes que este proyecto significa mucho para mí.

Victoria Eugenia no mostraba cara de felicidad sino de esperanza. Sabía que todavía no había congeniado con los españoles, que era una persona respetada y considerada pero quizá

más compadecida. Sería por los desmedrados hijos mayores, seriamente condicionados para gobernar en el futuro, o por tener un marido con quien ya no compartía ni complicidades ni cama, aunque también podía ser por la enrarecida relación con su suegra, la dominante e influyente reina María Cristina de Habsburgo-Lorena.

De ahí que este nuevo proyecto, cercano al pueblo y a las clases con menores posibilidades de acceder a una mínima atención sanitaria, despertara en la Reina un anhelo que rayaba en la barrera de lo irracional.

—Alfonso es una buena persona, Petra. Como todos los hombres, tiene sus cosas que hay que saber entender como mujeres inteligentes que somos —la amiga la miraba en silencio, sin asentir ni negar—, pero es alguien que quiere mucho a su familia y a su pueblo, y lo demuestra cada día.

—Su Majestad Alfonso XIII es un gran monarca, de eso no cabe duda alguna —proclamó Petra.

—El lunes por la tarde quiero organizar una reunión aquí, en Palacio, con las personas que van a ayudarte. Habrá un gerente, pero quiero que tú estés atenta a todo esto, quiero a alguien de mi confianza. De verdad, Petra, no sé cómo agradecerte lo que haces por mí.

—Es un honor ser depositaria de su confianza, Majestad.

—Va a ser un acto maravilloso. Ya me imagino a todo el gobierno, a Dato, a los principales parlamentarios, a los representantes diplomáticos, todos allí reunidos en un evento del que se harán eco al día siguiente todos los periódicos, los de España y los de toda Europa. Sí Petra, el veinte de enero del año 1915 va a pasar a la historia, ya lo verás —sentenció la reina Victoria Eugenia.

74

La reunión que acababa de mantener con Ludendorff había resultado, y con diferencia, la segunda más dura de todas las que había celebrado en su vida militar. La primera fue en la que el general le informó de la entrada de Alemania en la guerra que acababa de declararse en los Balcanes en apoyo al pueblo bosnio. La segunda, aquella.

Regresó a su despacho en un *Benz* que condujo por las calles de Berlín que, como las otras capitales europeas que estaban involucradas en la contienda, acusaban las huellas de la penuria, del hambre de la población, de la necesidad y de la muerte. Un segundo ejército de hombres, cada vez más numeroso, se movía penosamente por las calles ayudados de sus sillas de ruedas, de sus bastones o de sus muletas, sacando a pasear la desgracia que había caído sobre ellos por una razón que, ahora, no entendían.

Citó urgentemente al responsable de la *Abteilung IIIb*, los servicios secretos alemanes, y aprovechó el lapso para repasar los últimos informes recibidos sobre las bajas del ejército alemán en los frentes oriental, sur y occidental. Se detuvo en las cifras de suicidios, que ya no solo se prodigaban entre la tropa sino que también llegaban a la oficialidad. «Tiene razón, Ludendorff —pensó von Below—, esta situación es insostenible».

Walter Nicolai tardó treinta minutos en llegar al despacho del coronel. Nunca era llamado con tanto apremio, por lo que entendió la importancia de la reunión antes de escuchar la primera palabra del militar.

—Por favor, Nicolai, siéntese y tome nota de lo que voy a contarle.

La expresión de von Below antecedía la gravedad del momento.

—El general Ludendorff ha sido llamado por el Emperador.

Inopinadamente, el coronel se levantó y se dirigió hacia el mueble bar encastrado en la librería. Buscó una botella de coñac. Sin preguntar, y a la vez que se servía, también sirvió a Nicolai.

—El Káiser está muy preocupado —comenzó a decir, después de dar un buen sorbo—. La guerra no está desarrollándose como se planificó, a pesar de hacerlo con tanta anticipación. Creo que la reunión ha sido muy dura y ha destituido a varios generales. Ludendorff no ha querido darme detalles pero le aseguro, Nicolai, que nunca había visto así a nuestro general. Parecía haber envejecido diez o quince años de golpe.

El jefe de la *Abteilung IIIb* lo miraba con la copa en la mano. A diferencia de su anfitrión, él todavía no había bebido.

—No contábamos —continuó relatando von Below— ni con el arrojo de los franceses, ni con la importante ayuda que han recibido de los británicos y que tanto ha reforzado el frente occidental; ni con el comportamiento de los rusos, a quienes creíamos más desorganizados y con mayores dificultades de movilización. Los problemas internos que vive el país, el odio que profesa gran parte del pueblo al Zar y a nuestra compatriota la Zarina no se refleja en el campo de batalla. Allí los rusos no sé si son valientes, pero son muchos, y en ocasiones se muestran imparables. La entrada de Turquía, unida a nuestra causa, —prosiguió el coronel— no está desnivelando este equilibrio que parece haberse asentado en todos los frentes. El Emperador no está dispuesto a permanecer un minuto más así.

Apuró la copa y se sirvió otra. Miró a Nicolai:

—¿No bebe usted nada?, ¿quiere otra cosa?

—Ahora beberé, Herr coronel. Le escucho.

—El Emperador, le decía, no está dispuesto a aguantar en esta situación más tiempo. Quiere, exige, la entrada de España en la guerra. Abastecida por mar en su costa levantina vía el Adriático, podría convertirse en un aliado de importancia crítica para desequilibrar definitivamente este conflicto. Hay que tener en cuenta que con la eficacia que demuestran nuestros submarinos, los convoyes que navegan bajo nuestros pabellones son seguros. En muy pocas semanas podemos situar en los puertos de Barcelona o de Valencia un importante contingente de armamento. Esta guerra —siguió von Below— puede convertirse en una ruina para Alemania, no tanto por el coste humano sino por el material, que es lo que realmente preocupa a nuestro Emperador. Cada día de contienda le cuesta al país una ingente cantidad de dinero y recursos naturales que no puede permitirse. Y quiere atajar la sangría con una victoria fulminante y contundente sobre el enemigo.

Nicolai miraba a von Below con unos ojos diminutos, punzantes, escrutadores. El coronel empezaba a sentirse incómodo por la inmovilidad con que le escuchaba el jefe de la inteligencia alemana. Quieto, pétreo, casi sin respirar, con la copa en la mano sin haberla probado.

—El Emperador quiere cambios, cambios sustanciales en el escenario europeo. Quiere que Italia y que España abandonen la atonía, la vergonzante y cobarde situación en la que se han

instalado y que salgan a defender su honor y su gloria al campo de batalla. Y de los dos países que ha nombrado se encuentra especialmente incómodo con España, y se pregunta por qué no está ya a nuestro lado.

—Herr coronel —inesperadamente, Walter Nicolai rompía su silencio—, uno de nuestros hombres en Madrid le expuso una alternativa de actuación en el encuentro que mantuvimos con él en Ginebra. Lo recordará perfectamente, imagino.

—De eso han hablado precisamente, Walter, del plan que expuso su hombre. Alguien, por cierto, que no me gusta.

—¿Puedo preguntarle por qué no le gusta nuestro mejor hombre en España?

—Porque tiene aspecto de pendenciero, de conflictivo, lo veo demasiado impetuoso, excesivamente... joven, sí, eso le veo, muy joven para todo esto y, por tanto, poco consecuente, seguro que es alguien fieramente visceral.

Nicolai calló ante la opinión que von Below abrigaba sobre Fritz Springer.

—Herr coronel, a las personas hay que juzgarlas por los hechos, no por la imagen que generan. Y, hasta el momento, nuestro hombre realiza una labor impecable. Todos los informes que me llegan desde Madrid son excelentes. Ya tiene a la persona que nos pidió introducida en el ambiente que sugirió y va a actuar muy pronto. Posiblemente la semana próxima.

—No, Walter, pero no así, no como le dije en Ginebra. El Emperador no quiere humillar al Rey de España. El Emperador quiere una solución más contundente y más honrosa para don Alfonso XIII. No desea la publicación de fotos suyas en posturas, vestimentas o con personas cualesquiera. Para el Rey español se tiene pensado otro fin.

—¿Ha dicho otro fin? ¿Fin de finalización? —replicó Nicolai.

—Lo ha oído perfectamente. Esta guerra hay que pararla y hay que hacerlo de forma inmediata. La entrada de España, una vez que ya no haya matrimonio real, será simplemente una consecuencia lógica y natural. El archiduque Federico se encargará de convencer con facilidad a su hermana, que se habrá convertido en la reina de España, Reina con mayúsculas, Reina en exclusiva, no como ahora, que tiene que compartir título con una arribista la cual con tal de poseer una corona hasta tuvo la desfachatez de cambiar de religión. Un acto propio de una mujer sin principios.

Después de la encendida y sorprendente exposición del coronel, Walter dio un trago del coñac que sostenía en su mano.

—¿Estamos hablando de los dos? Nuestro agente solo habló en Ginebra de la reina Victoria Eugenia.

—Sí, Nicolai, de los dos, del matrimonio real —reafirmó von Below—. Y tiene que ser pronto. Con la entrada de España en la guerra sería como si se activara de nuevo el Plan Schlieffen, que nos permitiría terminar en muy poco tiempo con Francia y con Inglaterra, que no podrían atender dos frentes, el occidental formado por nosotros y el sur, integrado por una potente España, llena de hombres dispuestos a morir por su Reina y equipados con nuestro mejor armamento.

El coronel se mostraba muy entusiasmado con la exposición de su plan. Siguió hablando:

—Y, más tarde, concentrar todos nuestros esfuerzos en acabar con los rusos ayudados por nuestros amigos los turcos y los italianos cuando venzan las absurdas reticencias que todavía los llevan a la inmovilización. ¿Se imagina, Walter? —von Below, ya fuera por el efecto del alcohol o por la recreación de la idílica situación que se estaba formando, se mostraba cada vez más exaltado en sus razonamientos—, ¿se imagina a un ejército siendo atacado por la vanguardia y, a la vez, por la retaguardia con armamento moderno, con hombres entregados, motivados, comprometidos con la causa del orden, de la jerarquía, del desarrollo social?

—Entiendo —se limitó a decir Nicolai.

—¿Cree que su hombre podrá hacerlo? ¿Tiene mecanismos ágiles de comunicación con él?

Nicolai asintió.

—Mire que entre Alemania y España hay un país muy grande que está en guerra con nosotros —le recordó von Below—. Atravesarlo en muy poco tiempo, con seguridad y discreción, puede ser poco menos que imposible.

—Lo sé, nadie va a atravesar Francia con un mensaje. Tengo establecidos unos sistemas de comunicación urgente con mis agentes —aunque no quiso referir nombre alguno, Nicolai pensó en Piscitelli—. El espionaje ha avanzado mucho desde los tiempos primitivos, Herr coronel.

—¿Primitivos?

—Sí, Herr coronel. Al igual que la prostitución, el espionaje es una actividad tan vieja como es el mundo. Nació con él.

75

Posiblemente contagiada por el entusiasmo de su amiga la reina Victoria Eugenia, Petra regresó a su casa alegre e ilusionada. La Condesa se apasionaba con todo lo relacionado con la gestación. La maternidad había sido algo que había pasado por delante de su vida pero que no había llamado a su puerta, ni con el timbre ni con los nudillos, ni a voces ni mandando recado. Jérôme no le dio hijos o ella no fue capaz de ofrecérselos. Con la tristeza envuelta en un sentimiento de culpa, cada mes Petra se sumía en una honda depresión que persistía varios días y, lo peor, también varias noches, que se le hacían interminables. Ahora, a sus treinta y ocho años, vivía desesperanzada y sabía que aquella era la razón por la que su sonrisa, su semblante y su estado de ánimo estuvieran recubiertos de una película mate que amortiguaba su alegría y que la impedía sentirse completamente dichosa, como soñaba de niña, como todas las niñas.

Al volver a su casa no perdió ocasión para llamar a Alain y relatarle todo lo que había sucedido durante el desayuno en Palacio.

—Tenías que ver a la Reina, estaba desconocida —aseguró—. Tiene por este proyecto más ilusión que las mujeres que lo van a disfrutar. No me digas cuál es la razón por la que ha depositado tantas expectativas.

—Me alegro que la Reina esté feliz —se congratuló el francés.

Eso era positivo para Alain, de hecho, constituía la mejor noticia que podía escuchar. Que la Reina se encontrara a gusto, satisfecha, facilitaría la toma de decisiones que tendría que llevar a cabo en muy poco tiempo —la entrada de España en la guerra, una de ellas, la más importante.

—Yo sé que estas cosas no las tiene que decir una dama a un caballero pero, ¿te podría invitar a comer en algún restaurante? Yo también estoy contenta. La idea de ayudar a las mujeres que se encuentran en estado de buena esperanza me ilusiona cada día más. ¿Puede ser?

—Claro que puede ser. ¿Te paso a recoger por tu casa a las doce y, antes de comer, caminamos un poco? Hace un día estupendo, frío pero con mucho sol.

La pareja eligió Areneros para comenzar el paseo hasta llegar a la glorieta de San Bernardo. Continuaron después por Carranza hasta la glorieta de Bilbao y de ahí, por Fuencarral, llegaron a la calle Montera para alcanzar, por fin, la Puerta del Sol. No había

cruce de calles en el que no tuvieran que sortear algún carro o, peor, algún automóvil, siempre veloz, siempre ruidoso, soltando un desagradable humo que enrarecía, aunque fuera solo por unos instantes, la limpia atmósfera de la ciudad.

Cuando entraron en Lhardy Petra tenía los pies algo hinchados pero no sentía dolor. La molestia física estaba más que compensada por la placentera sensación que la embargaba después de haber estado con Alain durante dos horas, a su lado, colgada de su brazo y presumiendo ante todos, y ante ella la primera, de ir acompañada por un auténtico caballero. Habían hablado de muchas cosas, de su infancia, de sus aficiones y de su familia, aunque ambos habían pactado tácitamente silenciar asuntos relacionados con sus respectivos matrimonios.

Petra aprovechó también para compartir con su amante los proyectos que tenía pensados para la nueva fundación, y cómo la iba a dotar de profesionales para atender a las mujeres gestantes. Le especificó que los terrenos donde se levantaría el nuevo edificio se encontraban muy próximos a la Fábrica de Tabacos, un imponente edificio de cuatro plantas de forma rectangular con una fachada lateral de ciento veinte metros que daba a la calle Embajadores, ubicado al oeste de la estación de tren de Mediodía. A Petra le sorprendió el desmesurado interés que mostró el diplomático por el acto que iba a celebrarse el miércoles siguiente. Y así se lo hizo saber, nada más sentarse a la mesa.

—Seguro que vas a disfrutar mucho —afirmó Alain, por toda explicación.

Petra no se convenció e indagó más en el motivo de tanta curiosidad.

—Alain, algún día me contarás todo, y ese día descansarás, ya lo verás —aventuró la condesa del Mayo—, pero no quiero presionarte, tus razones tendrás y yo las respeto.

El francés solo se limitó a tomar su mano y presionarla con fuerza. Fue su peculiar manera de asentir.

Pasaron la tarde donde más les gustaba estar. Alain se había acostumbrado a la suavidad de las sábanas de la enorme cama de Petra y, desnudo, disfrutaba de la mezcla de estímulos. Unas partes de su piel se hallaban en contacto con la suavidad de la mujer mientras que otras disfrutaban del sugestivo tacto del sedoso tejido. A ella le encantaba estar así, abrazada con todas sus extremidades. Muy por encima de los inquietantes y deseados momentos previos,

y de los apasionados jadeos que emitían los dos cuando alcanzaban la plenitud de la relación, Petra anhelaba el momento posterior, el sosiego, la calma, el lentificado de los corazones tras la intensa agitación vivida y la sincronizada comunión de los sentidos experimentada.

—¿Sabes que en Francia muchas parejas viven juntas sin estar casadas?

—¿Por qué me dices eso, Alain? —la pregunta era absurda porque Petra sabía muy bien el porqué de aquella cuestión que planteaba su amante, pero quiso ver cómo se explicaba, qué razones aducía y cómo le iba a plantear algo sobre lo que ella también había estado pensando.

—No lo sé, no me hagas caso. A veces digo cosas sin madurarlas. Perdona.

Se giró y se colocó encima de él, con los brazos cruzados sobre el pecho del francés, y le dio un beso, uno más a sumar a la larga lista que llevaba aquel día que había comenzado tan temprano.

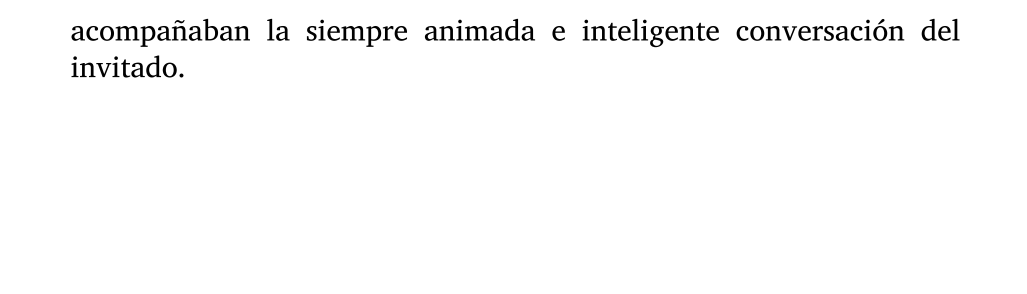
—¿Qué piensas? ¿En venirte a vivir aquí? ¿Es eso lo que te tiene desasosegado? No —se respondió ella misma—, eso sería muy sencillo, no puede ser que vivir conmigo te tenga sumido en la situación en la que te encuentras. ¿Verdad que no?

—Me gustaría, Petra, me gustaría vivir contigo, no te lo niego, pero ha sido algo que se me ha pasado por la cabeza y que no tenía ni que haberte dicho. Hoy no podemos, pero sí mañana. Igual un día hablamos de esto seriamente. Pero no pasaremos de ahí, de pensarlo, nada más. Vivimos en una España que no va a aceptar que un hombre y una mujer libres vivan juntos. El amor no es la única razón para que nos admita la sociedad. Nos quedaríamos sin amigos y a ti te echarían de Palacio.

—Tú lo has dicho, Alain, mañana. De eso hablaremos mañana.

Se abrazó de nuevo a él y se acurrucó en su regazo como si fuera una gata que ha encontrado el mejor acomodo para su ronroneante y mimoso cuerpo.

La pareja había acordado ir al teatro. Petra tenía ganas de que Alain presenciara la obra *Las amapolas verdes*. La Condesa solo había necesitado efectuar una llamada de teléfono para tener a su disposición dos localidades en el patio de butacas, centradas y próximas al escenario. Dado que la función empezaba a las once y media de la noche, ambos se quedaron a pasar el resto de la tarde en el salón de la casa de la Condesa, con la música de las barcarolas, valses o polcas, cuando no de habaneras, chotis o mazurcas que salían por la bocina del gramófono y que


acompañaban la siempre animada e inteligente conversación del invitado.

76

A no mucha distancia de la casa de Petra, dos personas caminaban por la calle Bailén. Se cubrían con un tapabocas y protegían sus cabezas con sendas gorras. Al llegar a la calle Mayor, giraron a la izquierda y continuaron andando durante cincuenta metros.

—Felipillo, vamos a cruzar de acera y te voy a contar lo que sucedió aquel día, aquella infortunada jornada de la boda de los Reyes, cuando estuvimos a punto de cambiar el destino de este país que la monarquía va a llevar, está llevando, a la ruina. Vamos.

Tuvieron que esperar a que pasara un simón con un tiro de cuatro caballos camino de la Puerta del Sol y una carreta arrastrada por un mulo que bajaba hacia el río.

Cuando llegaron al lugar donde se encontraba el monumento a las víctimas de aquel treinta y uno de mayo de 1906 al que se refería Andreu, ambos se giraron y contemplaron en silencio el edificio que se alzaba en el número 88. Solamente había luz en los de la segunda planta. El resto del edificio permanecía en inquietante oscuridad.

—¿Ves allá arriba? Allí fue, desde el balcón que hace esquina —especificó, aunque en ningún momento señaló con el dedo. El anarquista había preferido la descripción verbal del lugar a la indicación expresa, que siempre podía ser interpretada como sospechosa y delatora por alguien que pasase en ese momento por la calle.

Andreu hablaba a Felipe mientras apoyaba paternalmente una de sus manos sobre el hombro del muchacho.

—Si no hubiera sido por los cables de la luz, o del teléfono, no sé —dudó, mientras se refería al tendido que volaba a cinco o seis metros del suelo, junto al edificio—, el artefacto habría impactado directamente en el carruaje de los Reyes. Pero el compañero Mateo tuvo mala suerte. Los inoportunos cables desviaron su trayectoria y acabó yendo a parar a donde no quería. ¡Pobre gente!

A Felipe Comabella le extrañó la reacción de Andreu a la hora de considerar a las víctimas del atentado.

—Pero aunque hubiera impactado de lleno en la carroza, también habría muerto mucha gente, ¿no? —razonó el joven.

—No es lo mismo, Felipe, no es lo mismo. Una cosa es que tengan que morir inocentes como consecuencia del ajusticiamiento de un tirano, y otra muy distinta es que hayan muerto y que el

opresor siga campando por ahí, bien vivo y sin hacer caso a su pueblo.

El muchacho no terminaba de ver la diferencia, pero no quiso entrar en disquisiciones con su maestro.

—Morral era casi de tu edad, un poco mayor. Había sido bibliotecario de la Escuela Moderna. Se mató con veintiséis años. Pero actuó como un valiente, con arrojo y capacidad de resolución. Después de tirar la bomba, abandonó el inmueble y fue capaz de salir de allí sin que lo detuvieran. Quizá le faltó sangre fría para quedarse más tiempo en Madrid; quiso regresar a Barcelona demasiado pronto y eso fue lo que, en definitiva, provocó que se descerrajara los sesos.

—¿Qué era, de nitrobencina? —preguntó Felipe, en referencia a la composición del explosivo. Pero Andreu no le oyó. Sus ojos permanecían fijos en el edificio y se imaginó a Mateo Morral asomado al balcón en aquella mañana primaveral, como tantos y tantos otros vecinos y curiosos, con el gran ramo de flores en la mano dentro del cual se encontraba el mortífero artefacto.

El joven distinguió que, por la derecha, como si viniera desde la plaza de la Villa, un policía se acercaba caminando con lentitud. Le dio disimuladamente con el codo y le susurró al oído:

—Andreu, viene un policía.

El anarquista se giró a la izquierda, sin volver la vista y soltando a Felipe del hombro.

—Vamos —le ordenó, en voz baja—. No mires atrás. Si vuelves la cabeza nos delataremos.

Caminaron despacio pero sin pararse y, al llegar a la calle Bailén, torcieron a la izquierda, camino del Viaducto.

—Sigue así —repitió, susurrando— y camina a la misma velocidad que voy yo. Ahora vamos a ir hacia el Viaducto pero por lo que más quieras, no te des la vuelta. No quiero que sospeche de nosotros.

—¿Y por qué va a sospechar de nosotros? Somos dos personas que miramos un edificio, no hacemos nada malo.

—No seas ingenuo, Felipillo, no es un edificio cualquiera, la policía sabe que el número 88 de la calle Mayor es un santuario para nosotros, los anarquistas. Además, si nos pregunta algo, nos vamos a delatar nada más abrir la boca.

—¿Por qué?, los dos tenemos nuestra Célula en orden.

—Tendremos nuestra Célula en orden, pero lo que no está en orden es nuestro acento. Estamos en Madrid, y aunque los dos sepamos español perfectamente, nos delata nuestro acento catalán.

Y estos ignorantes piensan que todos los catalanes son anarquistas.

Los dos hombres atravesaron el Viaducto y cruzaron de acera para dirigirse a una de las tabernas que se situaban al lado de las Vistillas, uno de los muchos parques madrileños. Entraron y pidieron dos vasos de vino a la vez que Andreu se quitaba su paletó y Felipe su abrigo.

En el establecimiento se encontraron rodeados de varios parroquianos que jugaban al dominó y al mus, por parejas y en mesas cuadradas de madera. Se sentaron en un banco corrido pegado a la pared, algo apartados del gentío, que no paraba de hablar en voz alta y que provocaba un ruido incómodo pero útil para lo que Andreu quería hablar con Felipe.

—Parece que el policía no nos ha seguido. Vamos, te voy a hablar de cómo están las cosas.

—Dime, Andreu.

—De entrada, te he dicho que en lugares públicos nunca pronuncies nombres. Que no se te vuelva a olvidar.

El muchacho reconoció sin palabras un nuevo error. «¡Cuánto tengo que aprender de mi maestro!», —pensó para sí.

—Anoche, cuando salí solo, estuve haciendo las gestiones con mis contactos. Nos van a poder suministrar el material a partir de este lunes.

—¿Qué va a ser, también nitrobencina?

—No, eso está descartado. En principio habíamos pensado en la dinamita, pero no es aconsejable para el invierno. Cuando la temperatura está rozando los cero grados se convierte en algo muy peligroso y no se puede transportar, y tampoco puede ser el nitrato amónico, que es muy eficaz, pero hay que prepararlo un rato antes de ser empleado, y tampoco sabemos de cuánto tiempo dispondremos.

Felipe se dio cuenta de que el camarero se acercaba a la mesa con los dos vasos de vino y dio a Andreu con la rodilla, para advertirle.

—¿Van a querer los señores tomar algo? —indagó el hombre—. ¿Unos bocadillos, un plato con chorizo, jamón, queso...?

—No, de momento nos tomaremos solo los chatos. Quizá más tarde.

—Veo que no son de aquí —dedujo el camarero—. ¿Están de paso?

—Tengo a mi hermano en Madrid, en el Provincial, que se encuentra muy grave, y he venido con mi sobrino a pasar unos días con él —respondió Andreu.

—¡Vaya, lo siento! Pues nada, les dejo tranquilos, ¡y que se mejore!

—¿Ves lo que te decía, Felipe? —le recordó, aprovechando el comentario del camarero—, en esta ciudad nuestro acento nos delata.

—Parecía simpático el hombre —opinó.

—No me gustan los camareros, son todos confidentes de la policía. Bueno, estábamos hablando de la composición del explosivo. Emplearemos ácido pícrico, en Francia lo llaman melinita. Lo usan como barreno. Se trabaja en cartuchos de cien gramos, tal vez un poco mayores. Y funciona de maravilla. Lo utilizan los zapadores.

—Pero eso va a generar una explosión descomunal —coligió Felipe.

—Bueno, aquí estamos hablando de lo que estamos hablando, Felipillo, no hemos venido a Madrid a repartir el aguinaldo, sino a evitar que nos metan en la guerra europea.

—No, si lo digo porque va a morir mucha gente, y nosotros solo queremos acabar con las dos Reinas. Con una explosión como la que me imagino, también va a morir el Rey, y eso no nos interesa.

—Ya se me ocurrirá algo, no te preocupes que, al contrario que Galdós, no tendré imaginación para escribir una novela, pero para estas cosas sí tengo ocurrencias, aunque nadie nos lo agradecerá.

—¿Por qué dices eso?

—Porque los anarquistas vivimos al margen de la sociedad. Nos rechazan aquellas personas a quienes servimos. Ya ves, Felipillo, ironías de la vida.

77

A la hora acostumbrada, y después de haber cenado en el hotel, la pareja compuesta por la actriz y su representante entraban por la puerta de artistas del Apolo, la cual solía estar poblada de numeroso público que quería acercarse a la gran estrella del momento. A modo de guardia de seguridad, y auxiliado por un par de empleados del teatro, Fritz ayudaba a Bertha a entrar en el edificio. La actriz, siempre sonriente, correspondía a las salutaciones que le brindaban y cumplimentaba con la mano marcando graciosos movimientos con los dedos.

Ya en el interior, *La Gata* continuó hacia la zona de los camerinos donde su doncella la esperaba con su empalagosa amabilidad habitual.

—Buenas noches, señorita. Me han dicho que tenemos el teatro lleno.

—Gracias, María —respondió Bertha.

—Bueno, la verdad es que no sé por qué digo eso, si todas las noches lo está. Dicen los de contaduría que nunca ha habido una *cuarta* que haya registrado tantas peticiones de localidades.

—Me alegro. Vamos, que hoy he venido un poco justa.

La actriz, ayudada por la asistente, se quitó el abrigo y después el conjunto con el que se había vestido, una levita recta, verde esmeralda, sencilla en el corte pero con la caída muy favorable a su figura. Se quedó en combinación.

Fritz, como hacía normalmente, se dirigió hacia el bar del Apolo que se encontraba en el primer piso, y se acodó en la barra. Los camareros ya sabían lo que bebía el representante de Bertha, por lo que el espía no tuvo que pronunciar palabra alguna y se limitó a barrer con la mirada toda la zona.

Acababa de dar un sorbo del gin-fizz cuando alguien se le acercó por la espalda.

—Buenas noches Herr Bräutigam.

Fritz se volvió despacio. Había reconocido la voz que le saludaba.

—¿En España los policías pagan entrada, o pasan donde quieren *de gorra*? —espetó a Alfredo Peris.

—Vaya, veo que conoce nuestro idioma muy bien, incluso las expresiones más vulgares. Me decepciona.

—¿Va a volver a interrogarme como el otro día, o quiere que le invite a una copa? A lo mejor va a decir que está de servicio. En ese

caso, le pueden servir un café. Invito yo.

El capitán levantó la mano y llamó a uno de los camareros, que en ese momento estaba atendiendo a un matrimonio de edad próxima a los cuarenta años.

—Chico, pon a mi amigo lo que quiera.

Peris tragó saliva. Le sorprendía que alguien tan joven como aquel hombre tuviera tanto arrojo con él, que estaba acostumbrado a que la gente se amedrentara solo con su presencia. No contaba con ello pero estuvo vivo en la respuesta. Miró al camarero, que también le conocía, y con la cabeza le envió una instrucción inequívoca.

—Señor comisario, no está bien despreciar la invitación de un amigo.

—Nosotros no somos amigos Herr Bräutigam, ni lo seremos.

—Nunca se sabe. Yo, con su permiso —añadió, con sonrisa maliciosa—, me estaba tomando una copa. La noche será larga. Y, dígame, ¿qué hace por aquí un policía como usted? No creo que haya venido a ver a Bertha.

—Dígame, Herr Bräutigam, ¿qué hace usted en España?

—Su pregunta me sorprende, creo que está bastante claro cuál es mi cometido en este país y en esta ciudad. ¿Por qué no le pregunta a cualquier empleado del Apolo?

—Me va a decir que es el representante de la artista ¿no? —inquirió Peris, con un tinte de sorna en su voz.

—No es que se lo vaya a decir, es que lo soy —confirmó con naturalidad, como si fuera la evidencia más clara del mundo.

—Estará conmigo en que Bertha ha tenido mucha suerte. Ella entró a trabajar en el Apolo por culpa de un desgraciado accidente. ¿Recuerda?

—¿Se refiere usted al accidente de la actriz que representaba antes el papel principal en una anodina obra de teatro que, gracias a mi representada, se ha convertido en el referente artístico de la noche madrileña? Dígame, ¿quién se acuerda hoy del nombre de aquella mujer?

—Yo sí me acuerdo. Se llama Mercedes Pardo.

—¿Mercedes Pardo?, ¿quién es Mercedes Pardo?, ¿quién es esa mujer? —preguntó, con ánimo de zaherir a la artista ausente y mostrando una mueca de desprecio—. ¿La va usted a comparar en popularidad con la gran Bertha?

Peris no conseguía incomodar al alemán, tenía respuesta para todo.

—Yo pensaba que usted, antes de ser representante de artistas,

era periodista —el policía insinuó la profesión en alusión a Hermann Holetschek, el corresponsal del *Lokal Anzeiger* asesinado hacía unos días.

Fritz se tomó unos segundos para preparar la respuesta y para ello se llevó el vaso a la boca. Fingió que paladeaba el gin-fizz y después respondió, como siempre, muy resuelto.

—En mi profesión he conocido a muchos periodistas, pero no, yo no soy periodista.

Alfredo Peris asintió a la vez que comprendía que era inútil continuar la conversación.

—Le voy a dejar, que imagino que querrá usted ver la obra de teatro. ¿Me permite una última pregunta?

—Las que quiera, usted es la autoridad, está en su derecho de preguntar lo que le apetezca —contestó Fritz, con retintín.

—Cuando termine la obra, y si va a salir de paseo, le recomiendo que se dé una vuelta por el Viaducto. Es un lugar muy romántico.

El alemán lo miró fijamente, manteniendo sus ojos clavados en los de Peris.

—¿Y la pregunta?

—¿Perdón? —volvió a preguntar el policía.

—Sí, me ha dicho que iba a formularme la última pregunta, y no me ha hecho ninguna. Me ha hablado del Viaducto. Por cierto, ¿qué es el Viaducto?

El policía lo miró y de nuevo sintió que aquel hombre lo superaba. No se hacía con él.

—Buenas noches —fueron las últimas palabras que Peris pronunció, antes de encaminarse hacia las escaleras.

Fritz sonrió. «Sospechas, solo tiene sospechas —razonó el alemán—, si tuviera alguna prueba ya me habría detenido». Al levantar el vaso para apurarlo, se fijó en el matrimonio que tenía próximo, y se quedó contemplando a la mujer y después pasó a mirar al hombre. Ambos le estaban observando. Dio por seguro que habían tenido que escuchar la conversación, aunque no la entenderían en su contexto apropiado. Optó por hacerse el simpático.

—¿Es la primera vez que vienen a ver la obra? —quiso saber el espía, aunque la respuesta le resultaba indiferente.

—Yo ya la he visto —respondió Petra—, pero mi marido no vino conmigo y quiero que la vea él —Alain la miró extrañado. «Ha dicho *mi marido*», consideró el francés, estupefacto.

—Me alegro mucho, señora. Esa es la mejor prueba de que le

gustó la función y las interpretaciones de los artistas. Permítame que me presente, mi nombre es Otto Bräutigam, soy el representante artístico de Bertha.

Petra le ofreció su mano y el alemán se la llevó a los labios aunque no llegó a besarla. Alain levantó el mentón en señal de saludo pues no quería que su piel fuera rozada por la de un súbdito de un país enemigo.

—¡De Bertha!, ¡de la protagonista principal! —exclamó la condesa del Mayo, sorprendida en igual manera que entusiasmada.

—Sí, parece que Madrid ha reconocido su indudable talento —comentó el alemán, petulante—. No me extraña, al público de la capital de España se le considera como uno de los más entendidos en teatro —aduló el falso representante—. Por eso admiran a Bertha.

En ese momento se escuchó el sonido del timbre que anunciaba que la representación iba a comenzar en unos minutos.

—Por favor, no vayan a llegar tarde a su localidad por mi culpa. No me lo perdonaría —se justificó Fritz, adoptando su acostumbrada actitud empalagosa.

Después de las despedidas, lanzó un deseo a la pareja:

—Espero que volvamos a vernos.

Petra y Alain apretaron el paso y entraron en el patio de butacas cuando estaban empezando a apagar las luces. A la sección le quedaban instantes para que se levantara el telón.

—Has tocado la mano de un cerdo alemán —susurró, mientras caminaban—. En el descanso tienes que ir al lavabo. —Petra pensó al principio que había sido un comentario jocoso, en broma, pero la cara de su acompañante le confirmó que hablaba muy en serio.

Fritz miró al camarero y le señaló el vaso vacío. Se acodó de nuevo en la barra y fue cuando se dio cuenta de que había un hombre, con el sombrero puesto, que no había entrado en la sala. Lo miraba sin pestañear. Se inquietó sin saber la razón.

El extraño se le acercó. Era una persona que rondaría la treintena. Alto, rubio, vestido con un impecable traje de alpaca y con un periódico doblado bajo el brazo. Se quedó a un metro de Fritz.

—¿Ha visto el titular del periódico de hoy? —le preguntó, en español pero con marcado acento germano, en voz baja y cuidando que no le escuchara alguno de los dos camareros que recogían los vasos y las tazas que habían quedado diseminados por la barra.

—¿Quién es usted? —escudriñó el alemán, también en español y mirando al desconocido a la vez que, de reojo, también lo hacía a

ambos lados.

—Alguien que quiere que mire el periódico. Nada más que eso.

Desplegó el diario y dejó ver una nota escrita a lápiz que había dentro de él: *ein Sturm in Bayern*. Escrita con letras de molde. El hombre volvió a cerrar el periódico después de haberse cerciorado de que Fritz lo había leído.

Y el espía se fue mentalmente de viaje, en el tiempo y en el espacio, y volvió al mes de octubre, cuando lo entrevistó Walter Nicolai en Berlín, antes de partir hacia España y después de haber recibido el pequeño curso que le impartieron. «Fritz —le contó en aquel momento el jefe de la *Abteilung IIIb*—, el peor enemigo del espionaje lo tendremos en casa, y son los traidores, aquellos que fingirán durante semanas, meses o incluso años ser de los nuestros y, sin embargo, estarán trabajando para el enemigo. Por eso, tendrás que saber que, aunque se te designe un jefe, un supervisor, un enlace, como lo quieras llamar, de quien recibirás las órdenes, también puede haber un día en que esas órdenes te las tenga que dar yo directamente. En España —recordaba Fritz las palabras de Nicolai— tenemos mucha gente trabajando. Si un día se te acerca alguien y te dice una clave que yo te diré ahora, hazle caso. Estará cumpliendo órdenes directas mías y no le tendrás que decir a nadie, absolutamente a nadie, que yo me he puesto en contacto contigo. ¿Entendido?». Aquel día, Fritz afirmó, como estaba haciendo en ese instante. Asintió ante el imperturbable gesto del hombre del periódico doblado.

Y el espía también recordó, por supuesto, que la clave que le especificó Nicolai en aquel momento era la misma que ahora le mostraba el desconocido: *ein Sturm in Bayern*.

—¿Qué me tiene que decir? —preguntó Fritz.

—Que tiene que presentarse mañana a las ocho en el consulado alemán. ¿Sabe dónde está?

—Claro, en la calle Serrano 7.

En silencio, el desconocido dio media vuelta y se perdió escaleras abajo. Fritz se asomó a la barandilla y le vio abandonar el vestíbulo con el mismo paso resuelto con el que habían salido sus palabras. Miró el reloj y comprobó que le quedaban para el encuentro ocho horas y media. Retornó a la barra y recuperó la copa que había dejado abandonada.

78

La pareja abandonaba el Apolo a las dos y cuarto de la madrugada. Después de saludar a los espectadores que se habían dado cita en la puerta de entrada de artistas, y de corresponder y agradecer todas las alabanzas recibidas, Bertha, sin mostrar signos de cansancio, entraba en el coche que había alquilado Fritz.

Cuando llegaron al Palace, y al salir del ascensor, la actriz, sorpresivamente, se acercó al alemán y le dio un beso en los labios que él no esquivó.

—¿Me invitas a tomar algo? —propuso la mujer.

—Es tarde, Bertha —respondió el espía, extrañado por el ofrecimiento recibido.

—Otras noches es la misma hora y no te parece tarde.

—Otras noches son otras noches, y hoy es hoy —Fritz no quería pasar esa noche con Bertha porque al día siguiente tenía que madrugar para estar muy temprano en el consulado, y no quería tener que darla explicaciones por la mañana. Pero los planes de la actriz eran otros distintos.

Bertha, que no se daba por vencida, rodeó el cuello del alemán con sus brazos y lo desplazó hacia uno de los laterales del pasillo. Fritz se encontraba con los hombros apoyados en la pared y con el cuerpo de la mujer por delante. La actriz lo besaba con fruición a la vez que había comenzado a mover su rodilla derecha, marcando suaves círculos, masajeando la parte más sensible del alemán. Animada por la reacción del hombre, continuó besándolo sin descanso, sin separarse de su boca. Se encontraba muy excitada y no admitía un rechazo.

—Bertha —Fritz consiguió librarse unos instantes de su presión —, esta noche no quiero.

—¿Cómo me vas a decir que no quieres? —le susurró, mordiéndole suavemente el lóbulo de la oreja derecha—. A una mujer no se la puede engañar. Los hombres no sabéis engañar. Se sabe muy bien cuándo un hombre está dispuesto y cuándo no, y tú lo estás, lo estás ahora mismo. Venga, vamos. ¿A tu habitación o a la mía?

La mujer tenía razón, el cuerpo del alemán se había desarrollado y no podía ocultar la excitación que lo embargaba. Pero no quería ceder; a las siete y media de la mañana tenía que marcharse al consulado y era imposible que pasaran la noche juntos sin que ella se enterara del madrugón previsto.

Optó por una solución intermedia, porque sabía que Bertha no iba a conformarse con una negativa que lo único que podría levantar en ella sería una sospecha de consecuencias inciertas.

—Vamos a la tuya —resolvió Fritz, al fin y como mal menor.

A las cuatro de la madrugada, e intentando no hacer ruido, una sombra abandonaba la habitación de Bertha. El alemán se puso una toalla rodeándole el cuerpo y, con la ropa y los zapatos en la mano, salió al pasillo deseando fervientemente no encontrarse con persona alguna. Al llegar a su habitación llamó a recepción para solicitar que le despertaran a las siete. Exhausto y desconcertado por la actitud de la actriz, se sumió en un sueño tan profundo como efímero.

A las ocho, y después de recorrer andando la distancia que existía entre la plaza de Cánovas del Castillo y la Puerta de Alcalá —el alemán necesitaba despejarse y no encontró otra alternativa mejor que caminar y dejarse imbuir por el helado y seco ambiente de la ciudad—, llamó a la puerta del Consulado Alemán en Madrid. Que fuera domingo parecía favorecer los intereses del espía, con las calles vacías de ojos investigadores y de presencias inquietantes. La ciudad deseaba continuar arropada en su cama y se resistía, perezosa, a perder el reconfortante calor del lecho.

Le abrió una mujer vestida de gris y peinada con un moño. Sin formularle pregunta alguna, le indicó que pasara y le pidió su gabán y su sombrero.

Lo guió por un largo pasillo hasta una pequeña habitación donde le esperaba la misma persona que lo abordó el día anterior en el Apolo.

—Seguro que le apetece un café bien cargado, ¿me equivoco? —aventuró, en alemán.

Fritz tenía muy mala cara. Sin afeitarse, ojeroso, pálido, con la mirada cansada y el ánimo apagado, parecía una caricatura de sí mismo. Si hubiera podido verse en un espejo no se habría reconocido.

—Se lo agradezco —reconoció, a la vez que encendía un cigarrillo.

Mientras le traían la bebida, el desconocido empezó a explicarle qué era lo que iban a hacer.

—Hemos tenido que concertar la visita aquí, que es el lugar menos recomendable de todo Madrid para citar a alguien que trabaja para los servicios secretos, si exceptuamos la embajada,

claro. Pero las órdenes de Nicolai fueron tajantes.

—Si dice que es el peor sitio para vernos, entonces ¿por qué me ha citado en este edificio? —Fritz no entendía la argumentación del hombre del consulado.

—Porque aquí tenemos un aparato de morse con el que podemos trabajar. Nadie va a sospechar que se emita desde el consulado de un país. Tenemos la embajada francesa aquí al lado, en la calle Olózaga, y estarán pendientes de nuestras transmisiones como nosotros lo estamos de las suyas. Si emitiéramos desde un piso franco, captarían las ondas, al igual que nosotros captamos las de ellos, y levantaríamos sospechas. Pero no desde aquí. Ya sabemos lo que se hace en los países neutrales —explicó el desconocido, a modo de justificación—, espiarse unos a otros. Eso sí, ni nosotros sabemos qué dicen ni ellos, supongo, saben lo que decimos nosotros. Las comunicaciones se emiten en clave y el descifrador lo tenemos a ambos lados de la línea telegráfica —detalló.

—¿Y si les roban las claves?

—No pasa nada. Tenemos nuestras propias contraseñas para tener la certeza de la identidad de la persona que nos habla, incluso aunque estuviera bajo coacción.

Fritz enarcó las cejas. No sabía muy bien a qué se refería pero prefirió no preguntar para no delatarse como un neófito en la materia.

—Ahora voy a ponerme en contacto con Walter Nicolai y él va a darme instrucciones para usted. Pero antes me aseguraré de que realmente quien emite es alguien vinculado a él, como él se asegurará también de mí.

El hombre se colocó unos auriculares negros de baquelita y tomó un papel y un lápiz. Miró el reloj de pared que colgaba de una de las austeras paredes de la habitación.

—Queda un minuto para que empiecen a emitir. Me dijeron que comenzarían a las ocho y cuarto.

Fritz movió el azúcar dentro de la taza que acababan de servirle, momento en el cual comenzó a escuchar una serie de pitidos seguidos; parecía que emitían la señal de puntos.

—¡Ya está!, comienza la emisión. Siempre son diez puntos seguidos —aclaró, a la vez que se incorporaba y su tronco cobraba rigidez.

El empleado del consulado comenzó a apuntar en un papel una serie de letras y números, a toda velocidad. Demostraba que no era nuevo en ese cometido. Fritz giró la cabeza e intentó leer lo que anotaba aquel hombre, pero no consiguió descifrar una sola idea.

Era un texto inconexo.

Después de terminar de escribir por lo menos treinta o cuarenta signos, se quitó los auriculares con violencia y se levantó para tomar un grueso libro de una estantería. Con rapidez, fue pasando las hojas y anotando en otro papel una serie de palabras acompañadas de flechas y, en algunos casos, rodeándolas por círculos.

—Tiene usted nuevas instrucciones —le anunció, después de diez minutos de no pronunciar palabra—. Se aborta la acción de las fotos —el hombre lo miró sin saber muy bien a qué se estaba refiriendo. Así se lo hizo saber—. Me imagino que usted sabrá qué quiere decir eso.

—Siga, ¿qué más le dice? —preguntó Fritz, sensiblemente inquieto.

—La acción pasa a ser casi como dijo usted en Lemán —siguió contando el empleado—. No sé si esto de Lemán se referirá al lago —sugirió, con cara de incredulidad.

—Yo no le pregunto cómo es su trabajo ni cuáles son las claves que utiliza. Por favor, haga usted lo mismo conmigo.

—A la persona que dijo usted en Lemán —prosiguió el empleado — hay que sumar el hombre que está con ella.

El aspecto que ofrecía la tez de Fritz le impidió palidecer. Si lo hubiera hecho un ápice más se habría asimilado al rostro de un muerto. «En el lago Lemán, yo dije a von Below y a Nicolai que había que matar a Victoria Eugenia —recordaba el alemán—. Si me están hablando de sumar al hombre que está con ella, me están diciendo que también he de matar a Alfonso XIII».

—Igual destino tienen que seguir las dos personas que están con usted en Madrid —al pronunciar la última frase, el empleado del consulado tragó saliva. No cabía duda alguna de que él era una persona que estaba con el representante de la actriz en Madrid, y el tono de aquellas palabras no le gustaba. Quiso creer que el espía que estaba delante tendría otros dos contactos en Madrid mucho más importantes que él, que no dejaba de ser un simple administrativo.

Fritz comenzó a temblar. Sus manos, sus rodillas e incluso su boca iniciaron un desagradable movimiento oscilatorio que era incapaz de controlar. Le estaban ordenando que matara a Piscitelli y a Bertha.

El hombre del consulado se levantó y se dirigió a una salamandra apagada que se ubicaba en la esquina, al lado de la ventana. La abrió y extrajo varios leños. Después, metió la mano y

manipuló a tientas.

—¡Ya está!

Se levantó con un fajo de billetes.

—Tengo que entregarle dos mil pesetas. Eso me han dicho.

Le puso los billetes delante y se agachó después para volver a poner los leños en el interior de la estufa, que hacía las veces de caja fuerte oculta.

—El día que se nos olvide y la encendamos, nos vamos a quedar sin reservas —sonrió, intentado desdramatizar el contenido que, suponía, habían enviado unos mensajes que él no había entendido.

Después de observar a Fritz, el empleado salió al pasillo y llamó a la asistenta.

—Traiga una botella y una copa, por favor.

El espía se bebió la primera copa de coñac de un trago.

—Me han pedido que les confirme si usted ha entendido este primer mensaje. Ahora, a menos cuarto, van a mandar el segundo.

Puntuales, a las ocho y cuarenta y cinco minutos, el aparato volvió a emitir la consabida serie de diez puntos seguidos. Fritz se encontraba mal, muy mal. Madrid era sinónimo de muertes. Ya había matado a tres personas desde que había llegado a la ciudad: a Enriqueta, a un noble que quiso propasarse con Bertha y al corresponsal del *Lokal*. Las cosas no iban a ser así. Teóricamente su misión en Madrid iba a ser solamente de fotógrafo pero llevaba camino de saldarse con siete muertes, incluida la de la mujer que hacía unas horas había estado en sus brazos.

El segundo mensaje duró mucho menos que el primero y, en diez minutos, el empleado estaba cantando el comunicado.

—Los dos contactos trabajan para el enemigo —aseguró el hombre, mirando a Fritz.

El espía no podía creerse lo que oía. «¿Piscitelli y Bertha son franceses?, ¿o rusos?, ¿o serbios?» —se preguntaba anonadado.

—La acción tiene que ser inmediata —sentenció el empleado, mientras dejaba el lápiz sobre el papel. Todo apuntaba a que el emisor ya no tenía más órdenes que impartir.

—¿Inmediata? —quiso Fritz que le repitiera la última instrucción recibida.

—Eso han dicho, *inmediata* —repitió de nuevo el hombre—. Me piden que confirme que lo ha entendido.

El espía asintió mientras se guardaba en la cartera los billetes que acababan de entregarle.

—¿Le han dicho si me van a enviar alguna ayuda?

—No me han indicado nada más.

Fritz se sirvió media copa de coñac pero no llegó a probarla.

—No puede ser, necesito materiales. ¿Tienen ustedes pistolas, explosivos?

—¡Por favor!, ¿qué está diciendo? Esto es un consulado, no una armería. Esas cosas no las tenemos... aquí —completó la frase, después de haberla partido adrede.

—Pues necesito material. Me lo tienen que conseguir. Usted sabe dónde estoy. Si no es en el hotel, estaré en el Apolo. Le doy veinticuatro horas para facilitarme lo que necesito. Como ve, soy un hombre muy importante y si observo falta de diligencia por su parte, aténgase a las consecuencias. Madrid es un destino muy cómodo para alguien joven y con dinero, pero nuestro país tiene otros mucho peores. Incluso una trinchera en Prusia oriental —le conminó.

Desde la puerta, Fritz se volvió y le recordó, a modo de amenaza:

—Veinticuatro horas, ni una más. Ya lo ha oído usted: *Inmediata*. Si no se ha puesto en contacto conmigo antes, mañana lunes vendré aquí a esta misma hora —advirtió el capitán.

No habría terminado el espía alemán de abandonar el edificio cuando la puerta del pequeño despacho del encargado de claves del consulado se abrió permitiendo el paso al hombre que había esperado, en silencio y expectante, en la habitación contigua.

—Me pareció oír voces —comentó Alessandro Piscitelli.

—Sí, señor. El representante de Bertha se ha quedado muy contrariado con el mensaje que le he transmitido.

—No lo he podido escuchar desde donde me encontraba. ¿Le importa volver a repetir exactamente qué le han dicho a este hombre desde Berlín?

El empleado, asumiendo la jerarquía, repitió el mensaje recibido. Piscitelli lo escuchó con rostro serio y concentrado. No era fácil escuchar cómo cursaban a otra persona la orden de matarlo.

—Al terminar me ordenaron que le facilitara dos mil pesetas.

—¡Dos mil! Eso es mucho dinero. ¿Sabe por qué le han dado esa cantidad tan elevada?

—Lo ignoro —respondió el descifrador de claves—. Después de entregarle el dinero, él me ha pedido, exigido —matizó—, que le busque explosivos, armas... no me ha llegado a especificar.

Piscitelli asintió, con la vista clavada en el suelo. Pensando. La traducción del mensaje le había dejado bien claro dos cosas. La

primera era que el alto mando había cambiado de idea respecto a la postura que debía mantener Alemania en relación a España. La idea del chantaje se había desterrado y los argumentos contundentes que expuso Fritz Springer a von Below y a Nicolai, por lo que este le contó, en el hotel Métropole de Ginebra, habían sido respaldados por la superioridad. La segunda y más grave era que Walter Nicolai los había descubierto. A Bertha y a él. Alguien le había dado la información, y Piscitelli estaba convencido de que había sido Eusebia, la falsa manicura de Bertha. «Un topo —razonaba Alessandro—, un vil topo con cara de señora buena». Pero también podía ser otra persona, cualquiera del consulado, o de la embajada, o un empleado del Palace…

La realidad, la descarnada realidad era que el jefe de los servicios de inteligencia alemanes ya sabía quiénes eran de verdad, que su auténtica identidad era la francesa, y que elegía a Fritz para que hiciera lo habitual en esos casos. Piscitelli era el primero en saber que, con el tiempo, los espías perdían su utilidad.

—Bien, pues búsquele lo que le ha dicho —resolvió Piscitelli, al fin—. Usted está aquí para cumplir órdenes. Como todos. Eso sí, antes de que le entregue el material, vamos a realizarle unas pequeñas modificaciones. ¿Cuánto tiempo tardará en tenerlo aquí?

—¿En el Consulado?, no sé. Tengo que hacer un par de gestiones pero me imagino que antes del mediodía puedo haber conseguido un explosivo de mediana potencia, y alguna arma corta, una pistola o un revólver, supongo.

—Bien. A las dos de la tarde regresaré. Tenemos que ayudar a nuestro agente a cumplir la misión que le acaban de encomendar desde Berlín. Él es nuestro hombre más importante en España, que no se nos olvide —zanjó Piscitelli.

79

Alain se había levantado preocupado, tan preocupado que se sentía cansado; pero no a causa de algún esfuerzo físico, sino por desgaste mental. Era domingo y ya se sabía que el miércoles iban a juntarse todos los objetivos. Por tanto, quedaban tres días, nada más que setenta y dos horas que se adivinaban como las más largas y trascendentales de su existencia.

La criada había subido una apetitosa hogaza recién horneada y la degustaba con poco apetito.

—Se ha levantado sin gana —dedujo la mujer, cuando fue a retirar el servicio.

El francés se limitó a poner una mueca, sin explicar la razón de su inapetencia.

«¿Cómo va a actuar Andreu? ¿De qué manera va a hacer explosión un artefacto que tiene que discriminar a las víctimas? —se preguntaba con desasosiego creciente— ¿Qué tendrá pensado?»

Alain se levantó de la mesa dispuesto a salir a la calle. No tenía nada que hacer, pero le exasperaba quedarse en su casa y seguir consumiéndose en una espera pasiva y crispante.

—¡Abríguese, que hace mucho frío! —le aconsejó la criada, cuando vio al francés disponiéndose a abandonar la vivienda.

Después de constatar que le habían compuesto la habitación, Fritz pidió que le subieran un vaso de leche bien caliente y se metió de nuevo en el lecho porque la tensión que estaba viviendo podía con él. Pero no se durmió. La nueva y más honda de todas las preocupaciones que le había asaltado desde que llegó a la capital se había incrustado en lo más profundo de su cabeza y le impedía alcanzar el sosiego necesario para conciliar el sueño. La escueta orden de Nicolai era tan inequívoca como tajante: tenía que matar a cuatro personas. Por un lado a los reyes de España, a los dos, a Alfonso XIII y a su esposa; probablemente las dos personas más protegidas de todo el país. Y también tenía que ejecutar a su compañera de misión y a Piscitelli, el hombre que le servía de enlace en Madrid. Se tapó la cabeza con la almohada, para aislarse así del mundo que lo rodeaba y que, pensaba, le trataba con tanta crueldad. Solo se formulaba preguntas, preguntas y más preguntas, una tras otra, como una repetitiva ametralladora que se hubiera enajenado.

«He de encontrar la ocasión en la que estén los dos juntos —consideró el alemán, con la respiración agitada—. Intentar matarlos de forma aislada es imposible. No se puede asesinar a uno a las once de la mañana y a otro a las cuatro de la tarde —colegía—. Ha de ser en un momento en el que se encuentren próximos, tal y como hizo el anarquista serbio cuando acabó con la vida del archiduque Francisco Fernando y su esposa, en Sarajevo. ¡Aquella sí que fue una buena acción!», concluyó Fritz, con admiración profesional.

Se giró en la cama y puso los pies sobre la almohada y la cabeza al lado del piecero. Clavó la cara contra el cuadrante y respiró lo más profundamente que pudo. «En Palacio no puede ser —siguió maquinando—. Entrar en ese edificio con una pistola es imposible. Para ello tendría que tener contactos en el interior, y no conozco a nadie que trabaje allí. Por tanto, tendrá que ser fuera, en alguna salida». El alemán pensó en el Apolo, un recinto que conocía a la perfección y que ofrecía numerosas posibilidades de atentar contra alguien. «Sí, el teatro, allí será —sacó en conclusión—, lo conozco como mi casa y allí hago lo que me da la gana. Me muevo y mando a mi antojo. Ahora lo que hace falta es que el Rey asista al Apolo nada más regresar de su viaje. Y que no vaya solo, claro».

Alain vagó por Madrid como si fuera un cesante, un holgazán sin trabajo, un pobre que no tiene nada más que el suelo y el cielo para pasar las noches y los días. Llegó a Colón y encaminó sus pasos hacia la glorieta de Atocha, y pensó que se encontraba muy cerca del lugar donde se iba a levantar el edificio que utilizaría la fundación en la que iba a colaborar Petra.

La Fábrica de Tabacos dormía su jornada festiva. El francés se fijó en el solar situado enfrente y se sorprendió al comprobar que, a pesar del día de la semana que era, un buen número de trabajadores se encontraba con grandes y pesados rulos que utilizaban para allanar una inmensa explanada. Otros, por el contrario, trajinaban con unos barrotes. Parecía que empezaban a montar un andamiaje para armar una tribuna. Alain se quedó mirando a cierta distancia y verificó que no eran una sino dos las estructuras que estaban preparando. «¿Por qué dos?», se preguntó, desconcertado.

A las tres del mediodía Fritz sintió que alguien le acariciaba la mejilla y pensó que estaba soñando, que era la feliz recreación de un momento dulce, quizá de niño, un instante tan lejano como

olvidado. El arrumaco se hizo más intenso y sintió con precisión que unos suaves dedos pululaban libremente por su sien, que llegaban a su oreja y la rodeaban, y que después descendían hacia el cuello. Abrió perezosamente los ojos. Su cuerpo pegó un instintivo brinco. Delante de él se encontraba Bertha, que lo miraba sonriente.

—¿Qué haces todavía dormido a esta hora?

La actriz llevaba un vaporoso vestido de muaré opalino, ceñido con una cinta de la misma tela. Estaba preciosa.

—Veo que lo de anoche te dejó más que exhausto —le recordó, mientras le daba un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja derecha—. Me alegro.

Insensible, lo primero que hizo Fritz fue interesarse por la hora.

—La de comer —soltó Bertha—, pero no te preocupes que, aunque yo me he vestido para bajar al comedor, podemos decir que nos suban algo de comer aquí. Es más, va a ser lo que voy a hacer, ¿te parece?

Sin esperar respuesta, la actriz se dirigió al teléfono. Mientras tanto, Fritz la contemplaba en silencio, admirando de nuevo lo estilizado de su cuerpo, lo bien que le sentaba el vestido y lo nítida que se marcaba su cintura; pero no fue capaz de dejar de pensar en lo que le habían ordenado, en la nueva instrucción cursada por la cual tenía que matar a su compañera de misión.

Alemania le había ordenado que pusiera fin a la vida de la, para él, mejor mujer que había pisado la faz de la tierra.

Cuando Bertha colgó y regresó a su lado, luciendo la felicidad en su rostro, el alemán sintió compasión, por ella y por él, y por el arbitrario destino que los había unido en ese inoportuno momento, y no imaginó ni cómo ni cuándo cumpliría la orden. «Tendrá que ser después del atentado a los Reyes —supuso—. Si no está ella, no hay posibilidad de que el Rey, que no se pierde una obra de teatro en la que actúe una actriz nueva, acuda al Apolo. Y si no hay asistencia a la obra, no puede haber misión».

—Anda, date una ducha, que no quiero que comas así —pidió Bertha.

Media hora después, la pareja degustaba un lenguado acompañado de un *Meursault Charmes*. Las uvas en aserrín les esperaban para el postre.

—Ya he empezado a preparar la mudanza. Nos tenemos que ir al hotelito por la mañana.

Fritz asintió, sin pronunciar palabra alguna, tal y como había hecho desde que había salido de la ducha.

—He pensado decirle a mi manicura que busque a alguien para que limpie y cocine.

—Eso no puede ser. Allí no puede haber nadie —respondió con rotundidad, saliendo de su letargo y espoleado por lo que acababa de escuchar.

—¿Y qué quieres, que limpie yo? No, Fritz, no voy a tirarme al suelo con el barreño y los trapos para que aquello esté decente.

—No puede haber nadie en ese edificio, es algo muy delicado. Ya sabes lo que va a pasar allí, lo de las fotos.

—Sí, lo de las fotos, lo sé perfectamente —ratificó la actriz.

La pareja siguió comiendo en silencio y sin cruzarse las miradas. Los dos sabían que en el hotelito de Ríos Rosas nadie iba a tomar fotografía alguna.

80

—Me tienes que hacer ese favor, Elisa. Desde que estás a mi servicio nunca te he pedido nada.

—Yo no puedo hacer eso, señora, no valgo para ello.

—Para eso vale todo el mundo, lo que hay que hacer es ser discreta y tener un poco de tacto, y tú tienes lo uno y lo otro —la condesa del Mayo intentaba convencer a su criada.

—¿Y si me descubre? —preguntaba Elisa, desconcertada ante lo que le pedía su señora.

—¡Qué manía con que te va a descubrir! Elisa, yo ya no puedo vivir así —Petra se levantó del sillón y dejó el ganchillo sobre la mesita. Juntó sus manos con las de la muchacha e intentó contener las ganas de llorar—. No sé si se va a una timba o si hay otra mujer, Elisa, no lo sé, y yo no puedo estar así más tiempo, con esta incertidumbre. Tienes que entenderme.

—Señora, ¿y por qué no se lo pregunta?

—¿Preguntar a Alain si visita a otra mujer? ¡Ay, cariño, qué inocente eres! Los hombres son unos mentirosos y nunca te van a decir la verdad. Son como marinos, tienen un amor en cada puerto, y yo tengo que saber si el señor comparte su vida en Madrid con otra. He de comprobarlo por mí misma, y como yo no puedo seguirlo, quiero que lo hagas tú. Es el primer favor que te pido y que nunca olvidaré. Además, te daré unas perrillas por ello.

—Señora, no es por el dinero, es que si me descubre me moriré de vergüenza.

—No pasará, ya lo verás. Esta tarde ha quedado en venir a tomar café conmigo pero, tranquila, hoy no vas a tener que marcharte a la calle —sonrió la Condesa—. Solo tomaremos café y escucharemos música en el salón. Como me temo, a las siete y media dirá que tiene que marcharse y será cuando empezarás tu trabajo. Estamos en invierno y Madrid tiene unas luces muy ahogadas; si le sigues a cierta distancia, no te costará trabajo saber dónde va y si se encuentra con alguien sin que él te descubra. Elisa, de verdad que nunca olvidaré lo que vas a hacer por mí y que jamás contarás a nadie.

La muchacha cerró los ojos y asintió. Estaba agradecida a su señora. La Reina, igual que hizo antes el Rey, la había echado de Palacio y, si no hubiera sido por la condesa del Mayo, habría tenido que regresar a casa de su hermana con los bolsillos vacíos y la vergüenza por bandera.

Tal y como le había anunciado, Alain se presentó en casa de Petra Domínguez a las cinco y media de la tarde portando una cajita de pastas, dispuesto a pasar con la Condesa un tiempo de animada charla. La pareja se mostraba relajada y no notaron la atribulación de la criada cada vez que era requerida su presencia en el salón, donde el gramófono inundaba la estancia con su metálico y gangoso sonido. Y también, tal y como era costumbre, a las siete y media el francés anunció su marcha.

—¿No vas a decirme adónde vas? —preguntó Petra, esta vez sin tanto énfasis ni tanta zozobra como en ocasiones anteriores.

Él le dio un cariñoso beso en los labios y le susurró, muy cerca de su oído:

—Esto se va a acabar, y muy pronto. Tienes que confiar en mí, como has hecho desde que me conoces.

—No me queda más remedio —se lamentó—, ya sabes que por ti doy todo. Has hecho que me enamore como una tonta, y las mujeres enamoradas no razonamos muy bien.

Petra contuvo de nuevo las lágrimas. Ya tendría tiempo de llorar cuando Alain se marchara.

Se despidieron en el vestíbulo. La Condesa esperó a que el francés entrara en el ascensor. Le tiró un beso con la mano y cerró la puerta. Dos minutos después, la puerta de la entrada volvía a abrirse. Una sombra menuda, cubierta por una larga capa azul turquí con capucha, abandonaba la casa rumbo a un misterioso destino.

El encuentro entre Alain y Andreu se produjo en la nave central de la Iglesia, ambos sentados sobre un banco situado a cinco o seis metros del altar. Al fondo, una mujer arrodillada y con la cara medio tapada por unas manos penitentes cuyos dedos se entrecruzaban formando una cegada máscara, les observaba en expectante silencio.

—Tengo novedades —empezó a contar el francés al anarquista, en voz queda—. Ya sé qué día vais a poder actuar.

—¿Sí? ¿Cuándo? —el barcelonés, que había acudido a la cita solo, sin Felipe Comabella, se mostraba ansioso.

—Este miércoles se va a celebrar una inauguración en la glorieta de Embajadores, enfrente de la Fábrica de Tabacos. Van a poner la primera piedra de un edificio destinado a una fundación. Creo que va a acudir toda la familia real y el gobierno en pleno.

—¿Este miércoles? Eso es muy pronto. No sé si vamos a estar

preparados —dudó Andreu.

—Pues tenéis que estarlo, no sé cuándo van a volver a reunirse todas las personas que nos interesan.

Una anciana, que se encontraba sentada dos bancos por delante, se volvió y les recriminó con la mirada lo mucho que la molestaba el murmullo que producían. Tanto Alain como Andreu asintieron, disculpándose.

—Te decía que tiene que ser ese día —repitió el francés, con un volumen de voz mucho más bajo—. Hoy es domingo, tienes por delante dos días bien largos para conseguir lo que necesites. Y recuerda qué es lo que ha de hacerse. Solo dos personas, y ya sabes cuáles. En eso no puede haber error.

—Lo sé, *monsieur*, sé muy bien qué dos personas tienen que ser. No va a haber equívocos —el anarquista pensó que sí, que serían dos personas las que perderían la vida, pero que él, por su cuenta, iba a *indultar* a Dato y a *condenar* a Victoria Eugenia—. Por eso mismo tenemos que prepararlo bien. ¿Y dónde dice exactamente que va a celebrarse el acto?

El diplomático le indicó el lugar que había visto esa misma mañana y le recomendó que acudiera a verlo él también al día siguiente, para reconocerlo sobre el terreno.

Andreu se quedó pensativo durante unos minutos, pergeñando el plan.

—De acuerdo, *monsieur*, será este miércoles. Vamos a quedar aquí pasado mañana, a la misma hora, y terminamos de planificarlo todo. Necesitaré más dinero, el restante.

—Ya había contado con ello.

El francés extrajo del bolsillo de su abrigo un saquito con las monedas que le quedaban, más o menos la mitad de las que obtuvo de aquella vergonzosa transacción que realizó en París con el judío prestamista. El anarquista lo sopesó con su mano.

—Con esto habrá suficiente para comprar lo que necesitamos —aseguró.

Alain se levantó de su asiento y fue el momento en el que la mujer que fingía rezar, arrodillada en el último banco como una devota más, clavó la cabeza contra sus manos. Entremedias de los dedos vio pasar, a escasos metros, al novio de su señora. Instantes después, Elisa salió a la calle dispuesta a seguir prudentemente al francés.

Petra, después de escuchar la crónica que le ofrecía su criada, le

pidió que la ayudara a desvestirse y se refugió en su cama, en el inmenso lecho que, solo y árido, la esperaba para pasar la noche. Y pensó. Pensó en lo que le había contado Elisa. «¿Me deja para meterse en una iglesia y ponerse a hablar con un hombre? —se preguntaba con incredulidad la Condesa—. Y yo que pensaba que iba a reunirse con alguna loba...»

Después de abandonar San José, siguió contándole la criada, el francés se dirigió, caminando muy despacio y siempre con la vista clavada en el suelo, hacia su casa en Orellana. «Me quedé un rato en la calle —recordaba Petra las palabras de la muchacha—. Quince o veinte minutos después tomé la decisión de marcharme de allí. Hacía mucho frío y no parecía que el señor fuera a volver a salir».

Antes de retirarse a su casa, Petra le pidió que entrara en el salón y que se guardara lo que había dejado para ella junto al gramófono. La criada encontró allí diez pesetas y una pastilla de jabón Gal, que en las tiendas alcanzaba el desorbitado precio de una peseta.

Elisa no se sentía avergonzada de lo que había hecho. Sabía del desasosiego de su señora, y recordaba su semblante cada vez que *el Señor*, así se le llamaba en Ferraz, la abandonaba a las siete y media. Al final, y tal y como la aseguró, nadie la había descubierto y fue incluso más fácil de lo que imaginó en un primer momento.

Se encontraba a gusto en la casa. Había congeniado muy bien con su ama, discutía en contadas ocasiones y se había acoplado a sus costumbres y a sus manías. Y también en el barrio. Se había hecho amiga de otras sirvientas, tanto del mismo edificio como de otros colindantes, y coincidía con ellas, cuando salía a hacer recados. Se reía con los requiebros de los fruteros, carniceros o incluso de los carboneros con los que se cruzaba por la calle. Con su señora había conseguido que Palacio, La Granja y Riofrío quedaran ya muy lejos, tanto en la distancia como en sus pensamientos.

81

Alfredo Peris llamó a la puerta y esperó a que le abrieran.

—¡Qué alegría, señor comisario! —saludó la señora que le franqueó la entrada—. ¡Cuánto honor para nosotras verlo en esta casa, que también es la suya!

—Gracias Antonia —cumplimentó el policía, después de darle dos besos en sus esponjosas mejillas—. Ahora bien, decir que esta es mi casa... pues prefiero que no.

—Señor comisario, si tiene que ser alguna, mejor esta. Mis niñas tienen la cartilla al día y ninguna ha estado ingresada en San Juan de Dios. Esto ni es el Botánico ni es la Castellana. Aquí hay categoría.

—Yo tampoco voy a los sitios que dice, Antonia.

—Ya sabe que el estado natural del hombre es el pecado, no nos vaya a reprender por ello. Ya nos reprenden continuamente los sacerdotes que nos visitan, eso sí, siempre al marcharse, nunca al llegar —sonrió la mujer, con malicia—. Por favor, pase.

Peris atravesó el vestíbulo y llegó al inmenso y neblinoso salón cubierto por el humo del tabaco, donde varias chicas estaban sentadas en las sillas, algunas solas y otras hablando con clientes, que las miraban con cara de bobalicones. Sentada en los muslos de un cincuentón, una joven, en bragas rojas y cubriendo su cuerpo por una bata de tul rosa, lo besaba con profusión.

—¡Vaya! —vociferó una de las chicas—, ¡mirad quién ha venido a visitarnos!

Varias de ellas se levantaron y corrieron a rodear a Peris.

—Comisario, ¿ha venido a estar conmigo? —le propuso una de ellas, mientras su mano viajaba hasta posarse debajo de la hebilla del cinturón del policía—. Nunca me hace caso.

—A mí tampoco —ronroneó una morena que solo vestía una combinación malva, a la vez que rodeaba el cuello del hombre con su brazo, como una serpiente de movimientos sigilosos—. ¿Qué pasa, que no le gustamos?

—Dejad al comisario, chicas —ordenó Antonia—; y atended a los clientes.

Guiado por la mano de la madama, el policía fue conducido por un largo pasillo con puertas a ambos lados.

—Siga hasta la número once. Allí hallará lo que busca. Llegó hará media hora, más o menos. Si quiere algo, ya sabe dónde estoy.

Peris continuó solo hasta donde le había indicado Antonia y, con

decisión, abrió la puerta del cuarto número once.

—Buenas tardes —cumplió a la persona que allí se encontraba.

El hombre se levantó de la cama en la que estaba sentado y se quedó de pie, un tanto atribulado.

—¿No tenemos otro sitio en el que encontrarnos que no sea una casa de putas?

—Ricard, el lugar de reunión lo elijo yo, y no es fácil encontrar un sitio donde un policía y un anarquista puedan juntarse, con discreción y sin temor a ser sorprendidos.

—Pero va en contra de la naturaleza que dos hombres se metan juntos en una habitación como esta.

—Aquí estamos para hablar, para nada más. Venga, siéntate —mandó el comisario.

El tabernero volvió a sentarse sobre la cama y el policía encontró una pequeña banqueta sobre la que descansaba una jofaina vacía. La depositó en el suelo y la apartó desdeñosamente con el pie.

—Venga, di lo que tienes que contarme, que a mí tampoco me gusta estar en un sitio como este.

Avergonzado por la canallada que estaba a punto de cometer, el anarquista barcelonés comenzó a confesar al comisario la información que poseía. Peris le siguió en un silencio solo interrumpido por los escandalosos jadeos que provenían de la habitación contigua. Después, Ricard le entregó un papel. El policía advirtió el temblor de la mano del catalán.

—Así que va a ser ya, en cualquier momento —sacó en consecuencia Alfredo Peris.

—Parece ser que en el primer acto público que se celebre —concretó el tabernero, con el llanto a flor de piel.

El comisario desdobló la hoja y mostró cara de satisfacción. En aquellos pocos centímetros cuadrados, y anotados a lápiz, se encontraba la relación más codiciada y largamente buscada por la policía. Contó los nombres.

—Veintitrés personas, y con sus domicilios. ¡Buen trabajo, Ricard, buen trabajo!

—Yo he cumplido mi parte. Ahora tiene usted que cumplir la suya.

—¿Te refieres a esto? —el comisario metió su mano dentro del bolsillo de la chaqueta y extrajo un papel que desplegó parsimoniosamente. Se lo enseñó al tabernero barcelonés, que solo pudo percibir con claridad el encabezamiento, donde distinguió las palabras *Ministerio de Gracia y Justicia*.

Ricard no aguantó más. Se sujetó la cabeza con las manos y prorrumpió en un lastimoso lloriqueo. Alfredo Peris leyó unas líneas, a modo de ejemplo:

—...por el que se aprueba la excarcelación del paisano Jorge Jubert...

—¡Basta! —gritó Ricard, levantando la cabeza y asesinándole con sus ojos vidriosos—. Lo que quiero saber es cuándo van a liberar a mi hijo, a mi Jordi.

—Aquí pone Jorge —aclaró el comisario, en un nuevo ataque de ironía y de cinismo contra el anarquista catalán.

Los labios del tabernero, mojados por las lágrimas de la desesperación y del arrepentimiento, temblaban incontroladamente.

—Lo liberaremos cuando terminemos, Ricard. Cuando terminemos con todos estos y los pongamos en su sitio. Con ellos y, por supuesto, con el maricón de Andreu y su amiguito, ese invertido de Felipe Comabella. Cuando tenga a todos en la cárcel entregaré esta hoja, por la que tanto interés tienes, al director de la Modelo.

Ricard volvió a esconderse entre sus manos y asintió sin ser capaz de mantener la vista en los fríos e insensibles ojos del comisario. Este se levantó y se acercó a la cama donde permanecía sentado el anarquista. Apoyó la mano sobre su hombro.

—Estás haciendo lo que haríamos cualquier padre, proteger a un hijo. Cuando estéis juntos de nuevo, le tienes que decir que no se meta en política, que es muy peligroso. Hazme caso —le aconsejó con el mismo tono de superioridad que había exhibido en todos los encuentros anteriores mantenidos con el catalán.

El tabernero no tuvo valor de volver a mirarle a la cara. Si lo hubiera hecho, tal vez le hubiera matado.

—Y ahora vete otra vez a la pensión que te he reservado y espera a que te mande llamar. Bueno, antes de marcharte, quédate un poco más, que voy a hacer una cosa.

Peris regresó al salón y buscó a Antonia, que se encontraba en ese momento cobrando a un cliente que se marchaba. Se acercó al oído de la mujer y le susurró algo. Esta asintió:

—¡Déjelo de mi cuenta! Y no se preocupe, esta vez paga la casa.

Cinco minutos después, una señorita entraba en el cuarto número once. Se acercó al hombre, que seguía en la misma posición, y le agarró suavemente por los hombros. Después, tomó una de sus manos y la condujo hacia sus desnudos, mullidos y frescos pechos.

—Estás muy nervioso. Necesitas relajarte un poquitin.

Antes de salir por la puerta, Peris escuchó la voz de una de las

chicas:

—¡Eh!, ¿no me vas a dar un besito de despedida?

El comisario ni la miró. Le dio asco solo de pensarlo.

La estación de Príncipe Pío se había convertido en un auténtico enjambre de personas encopetadas. Aunque normalmente el Rey aprovechaba la noche para realizar los desplazamientos largos, en esta ocasión eligió un tren diurno para regresar desde Asturias.

Minutos antes de que el convoy hiciera su entrada en la estación del Norte, los ministros, marqueses, condes, duques y nobles en general intercambiaban comentarios, la mayoría de contenido político. Entre ellos se encontraba Romanones, que charlaba en animada conversación con Francisco Javier Ugarte, ministro de Fomento. En otro lugar, el duque de Santoña comentaba algo con José Saavedra.

—¿Volverá Su Majestad muy cansado? —preguntó el primero al marqués de Viana.

—Imagino que sí —supuso el cordobés—. Ya sabemos que nuestro Rey no para ni un minuto del día.

—Ni un minuto del día, ni de la noche —matizó el Duque, con complicidad y bajando la voz.

La conversación fue interrumpida por el largo silbido de la locomotora, que anunciaba su entrada en la estación. Nada más detenerse el tren, y del vagón más engalanado, se apeó Su Majestad, momento en el cual una banda militar hizo sonar la Marcha Real que fue escuchada por todos los asistentes en posición de firmes y en absoluto silencio. Al finalizar, el Rey se vio rodeado por un sinfín de manos que querían estrechar la suya. Sonriente y con ganas de agradar a todo el mundo, Alfonso XIII fue saludando uno a uno a todos los presentes. Cuando terminó con el último, el marqués de Viana le agarró por el brazo:

—Majestad, tenéis que estar muy cansado después del viaje. ¿Habéis podido dormir algo?

—Algo, Pepe, algo —confirmó el monarca.

El cordobés lo condujo hacia la salida donde les esperaba un Hispano Suiza.

—Le voy a llevar a Palacio, que se avecinan días muy agotadores.

—¿Más? —se sorprendió el Rey.

Una vez que la pareja se hubo subido al automóvil, y en tanto el

monarca terminaba de cumplimentar a los presentes, José Saavedra le comenzó a contar.

—Majestad, espero que su agenda esté libre para mañana por la noche.

—Pues no lo sé ahora, Pepe, tengo que hablarlo con Emilio María. ¿Por qué lo dices?

—Porque vamos a ir al teatro.

—A ver… —la cara de Alfonso XIII se iluminó con la luz de la expectación y de la aventura.

—Sí, Majestad, a ver a *La Nueva Gata de Madrid*. Ya verá cómo no me he quedado corto en mis apreciaciones —le adelantó el andaluz.

Alfonso XIII mostró la primera sonrisa franca de la noche. Se acomodó en su asiento y dejó que su amigo lo llevara a Palacio. Cuando el automóvil llegó a la entrada del Regio edificio, y después de atravesar la plaza de Armas, el ilustre copiloto se apeó del vehículo después de que un lacayo le abriera la puerta.

—Y tenga cuidado esta noche con Su Majestad la Reina, no vaya a dejarle muy cansado —le previno, mientras guiñaba un ojo.

—No te preocupes, Pepe, todavía tengo para dar y tomar. Pero ya te adelanto que no va a ser el caso.

Con paso decidido, el monarca entró en Palacio camino de su dormitorio. La distancia auténtica que existía entre las dos alcobas era de tres estancias, pero a los dos Reyes les parecía que fueran tres mil. En la majestuosa habitación de la esquina, la mujer que se encontraba más sola en España le oyó llegar, pero sabía que no llamaría a su puerta, como si la indiferencia, y por qué no, el rencor, hubieran levantado un muro infranqueable entre ambos.

82

Bertha había recibido un aviso por medio de la falsa manicura de que Piscitelli quería encontrarse con ella y, a las siete de la mañana, sin haber dormido nada más que cuatro horas, la actriz abandonaba el Palace después de haber pasado allí su última noche, ya que tenía previsto mudarse a Ríos Rosas a media mañana, tal y como había convenido con Fritz y con la dirección del hotel. Por tanto, disponía solo de una hora para mantener aquella entrevista de urgencia.

Reunidos de nuevo los tres, Bertha, el anfitrión y Bruno Mionnet, en torno a una mesa, aunque en silencio porque hubiera sido sumamente sospechoso que tan temprano sonara el gramófono, los dos hombres comenzaron a lanzar órdenes.

—Nos han fijado fecha para la actuación. Tiene que ser mañana martes por la noche —precisó Piscitelli, mirando a Mionnet—. Según nos han informado nuestros contactos, el Rey va a acudir esta noche al Apolo, suponemos que a verte. Lo más normal es que, después de la representación, quiera saludarte en el camerino. Ahí empezará tu trabajo, Bertha, ese será el momento más importante de tu misión.

La actriz escuchaba la disertación de Alessandro Piscitelli sin apartar los ojos de su cara.

—Pero allí no tiene que pasar nada, Bertha, no olvides eso. Desconozco cuál es el ímpetu del Rey, que por lo que dicen es bastante avasallador, pero tendrás que ser fuerte —le pidió—. No creo que te vaya a resultar difícil, teniendo en cuenta que contarás con el acicate de ofrecerle mantener un encuentro al día siguiente en tu nueva dirección. Por lo que nos ha contado *Aliso* —comentó, mientras miraba de reojo a Bruno Mionnet—, a Su Majestad le encantan las citas con actrices en sus casas, y no tiene problema alguno en pasar allí parte de la noche. La Reina lo tiene asumido. ¿Qué me dices?

—No hay nada que decir, no hay dudas. Así que el secuestro será el martes —coligió, en consecuencia.

—Tú por eso no te preocupes. *Aliso* tiene preparados a cuatro agentes que se encargarán de todo. Entrarán en tu casa media hora después de que lo hayáis hecho vosotros. En ese tiempo tendrás que ser capaz de haberle despojado no solo de la ropa sino también del recelo que pueda albergar. Antes de entrar habrán neutralizado a la compañía que haya llevado el monarca español, aunque muchas

veces va solo, y, desde el hotel de Ríos Rosas, nos lo llevaremos al lugar donde tenemos previsto retenerlo. Espero que sea el mínimo tiempo posible. Ya hemos preparado la capitulación que tiene que firmar —siguió explicando Piscitelli— y está avisado su sucesor.

—No es su sucesor. A Alejandro Lerroux no se le puede considerar sucesor de un Rey —intervino Mionnet, que quiso matizar cuál iba a ser el futuro papel del político republicano.

—En cuanto a que será el nuevo jefe del Estado sí, *Aliso*. Él tiene preparado su plan de actuación para provocar las algaradas necesarias y exigir a la opinión pública la celebración de unas elecciones plebiscitarias en las que saldrá el Partido Republicano del *Emperador del Paralelo* como seguro vencedor. Entre otras razones porque el Rey habrá presentado la renuncia a su trono. Él será el primer propagandista de la nueva España.

Bertha y Bruno asintieron. Ambos se sentían muy importantes, sabían que iban a inmortalizarse dentro de su país como aquellos que consiguieron que una España republicana entrara en la guerra contra Alemania al lado de la también republicana Francia.

—Recuerda, Bertha, todo pasa por tu actuación. Si lo haces bien, llevarás a Alfonso XIII adonde quieras. Comerá de tu mano.

La actriz asintió, siempre muy seria, quizá mimetizada por el semblante de Piscitelli. El instinto le indicó que lo más grave que tenía que escuchar estaba por llegar.

—Bertha, las próximas horas no solo van a ser las más delicadas de la misión y del devenir futuro de nuestro país, sino también de nuestras vidas, de la tuya y de la mía.

—Y eso, ¿por qué? —quiso enterarse Bruno Mionnet, *Aliso* como se le llamaba en clave.

—Porque Fritz Springer ha recibido orden de Berlín de matarnos a Bertha y a mí.

Al escuchar la afirmación, la actriz se irguió y acalló con su mano el respingo que se escapó desde el fondo de sus entrañas.

—Sí, no sé qué ha pasado pero tú y yo hemos sido descubiertos y han decidido acabar con nosotros. Pero quien peor lo tiene no eres tú, sino yo. Está claro que tú vas a permanecer con vida por lo menos hasta mañana por la noche, pero Fritz puede venir a por mí mucho antes. Es más, creo que lo hará en cualquier momento.

El gesto de preocupación del hombre que se había hecho pasar por suizo al servicio de los alemanes hablaba por sí solo. Bruno Mionnet fue quien rompió el trabado silencio que se formó tras las palabras de Piscitelli.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer antes de que él te mate

a ti. ¿No? Fritz nos ha sido muy útil. Gracias a su trabajo, hemos conseguido que el Rey de España conozca a Bertha, pero ahora el capitán es alguien totalmente prescindible para nuestros intereses. Ya no le necesitamos.

—No cuento con la autorización de Martingou.

—Siempre se nos ha dicho que a veces en este trabajo hay que tomar decisiones de forma autónoma —le recordó Bertha—. Esto no es una oficina en la que se llame a una puerta si quieres hablar con tu jefe —razonó la actriz—. Aquí estamos solos, normalmente actuamos solos, y solos tenemos que tomar estas decisiones, a veces las más trascendentales.

—Quedaré hoy con él y me adelantaré —sentenció Piscitelli, con aplastante rotundidad—. Si a mí me pasara algo, Bertha, *Aliso* —especificó, mirando a los dos—, la misión tiene que continuar. Por cierto, *Aliso*, ¿qué hay del hijo del general que se desplazó a Madrid y por el que tan interesado estaba su padre?

—¿Alain Santini? No hay que preocuparse por él. Lo hemos seguido pero no hace nada digno de mención. Se ve con una viuda que vive en la calle Ferraz, una condesa amiga de la reina Victoria Eugenia; y luego, algunos días, acude a la iglesia de San José, contigua al Apolo, para rezar. Repito, es inofensivo.

Tal y como había anticipado, en tono de amenaza, Fritz se presentó en el consulado alemán en Madrid a las ocho de la mañana en punto. Sorprendida, le abrió la puerta la mujer mayor con cara agria. Le indicó que esperara en el vestíbulo ya que no contaba con su visita.

—No sé cómo se llama el encargado de las claves ni me importa —bramó el recién llegado a la mujer—, pero esa persona sabía muy bien que iba a venir hoy, a esta hora, y por su bien espero que lo tenga todo preparado.

La señora se sentía atemorizada con la presencia de aquel desconocido a quien solo había visto el día anterior, un hombre joven con expresión alterada, próxima a la enajenación.

Al cabo de unos minutos salió a recibirlo el funcionario.

—Ayer no le pude avisar —se justificó, a modo de saludo—, estuve todo el día buscando lo que me pidió.

—¿Y? —fue lo único que preguntó Fritz, el monosílabo más corto que existe.

—Venga, acompáñeme, lo tengo en el cuarto de la emisora.

Media hora después el espía alemán salía a la calle con un

paquete del tamaño de un gran libro, extenso, voluminoso y muy pesado, como si fuera de plomo, con dos bornes dorados en los extremos. También portaba una bolsa de rafia con un temporizador, unos cables, un revólver y abundante munición. Se subió a un coche de punto e indicó que lo llevara a la casa de Ríos Rosas, al chalé que iba a ocupar Bertha dentro de unas horas.

A las nueve y media de la mañana, la actriz y su representante estaban desayunando en el restaurante del Palace sin sospechar siquiera que ambos habían madrugado, y que habían abandonado el hotel durante un tiempo antes, y por separado. Lo que sí sabían los dos, aunque no se lo dijeran el uno al otro, era que sus horas estaban contadas. Fritz tenía que matar a Bertha y la actriz sabía que aquel lunes dieciocho de enero iba a ser el último día que viviría quien había sido su amante. Piscitelli se iba a encargar de poner punto final a su corta pero agitada existencia.

Quizá por ello el mutismo fue el común denominador del encuentro. Ambos se servían la mantequilla sobre el pan y la extendían, más que con cierta parsimonia, con apatía. El miedo les atenazaba y no sabían qué decir ni cómo, ni siquiera comentar una torpe banalidad. Al fin, fue el hombre quien rompió el silencio:

—¿Ya tienes preparado el equipaje?

—No, he pedido en recepción que suban ahora dos camareras y que me ayuden a guardar todo en las maletas y en los dos baúles. Un transportista que trabaja para el Palace va a encargarse de llevar todo a Ríos Rosas.

—¿Te importa que no te acompañe? —tanteó el espía—. Voy a aprovechar para realizar una gestión cerca de la Puerta del Sol —Fritz había enviado un mensaje a Piscitelli por el cual le pedía cita urgente. Su jefe le había convocado a las doce del mediodía en Ventura Rodríguez, lejos del falso destino que había indicado a Bertha.

—No, en absoluto, no te preocupes por mí.

El alemán se levantó de la mesa. La actriz lo agarró por la muñeca, casi al vuelo. Él la miró interrogante.

—Nada, Fritz —se disculpó la mujer—, no era nada.

—Nos vemos a la hora de la comida, ¿te parece? Puedes decir que la mudanza la hagan a primera hora de la tarde.

Ella asintió, sin pronunciar palabra alguna. Vio cómo su compañero de misión se marchaba por la puerta del restaurante. Sabía muy bien cuál era el recado, que no era otro que un

encuentro con Piscitelli, y lo que ello depararía al espía alemán. Por tanto, aquella sería la última vez que vería a Fritz con vida y, aunque también sabía que él tenía instrucciones de matarla al día siguiente por la noche, Bertha se sintió invadida por una extraña e inexplicable pena y una insólita e injustificada sensación de culpa.

El comisario Alfredo Peris parecía jugar, como si fuera un chiquillo. Había extendido un plano de Madrid sobre la mesa de su despacho y, con el papel que le había entregado el desgraciado de Ricard en la mano, iba poniendo encima de cada dirección un cuadrado rojo que previamente había recortado. Aunque la relación que le facilitó era de veintitrés miembros anarquistas activos, los objetivos no llegaban a tantos porque algunos de ellos vivían en los mismos domicilios, por tratarse de hijos, hermanos o incluso vecinos. Así, necesitaba desplazar agentes a dieciocho lugares distintos. Calculó que, para detener a una persona con seguridad y sin riesgo para los suyos, necesitaba a tres hombres, siempre que el sospechoso estuviera solo. En el caso de personas que vivieran en la misma casa, habría que disponer de una proporción mayor. El comisario dedujo que emplearía a setenta y un policías. Sin lugar a dudas, sería la redada más importante que se llevaría a cabo en Madrid en mucho tiempo. Supuso que Carlos Prats, el alcalde, le felicitaría por ello.

Después sopesó cuál sería el mejor momento. Salió a la calle y se dirigió a un café que se encontraba a pocos metros de la Prevención en la que prestaba servicio, en la calle Concepción Jerónima. Antes compró un ejemplar del *ABC* que aprovechó para leer dentro del establecimiento. Se sentó a una mesa y en la quinta página encontró la información sobre el momento en el que los anarquistas iban a actuar.

El rotativo anunciaba el acto que iba a tener lugar el miércoles veinte en un solar muy próximo a la Fábrica de Tabacos. El diario desplegaba todo tipo de detalles sobre el evento y derrochaba elogios sobre la labor humanitaria que realizaban los Reyes, *tanto en España como fuera de nuestras fronteras*, precisaba. Destacaba la labor asistencial de la reina Victoria Eugenia, *comprometida con las clases más humildes de un país que la ha acogido con los brazos abiertos*. Peris sonrió interiormente al comprobar la verborrea del periodista del diario monárquico por excelencia.

«Por tanto, actuarán el miércoles —dedujo el policía—, y nosotros tendremos que practicar las detenciones el martes por la

noche, de madrugada». Optó por permanecer en silencio. No le diría nada a nadie, ni a su superior ni a Emeterio hasta ese momento, un par de horas antes de iniciar la redada. «Cuantas menos personas lo sepan, menores posibilidades habrá de que surja una filtración y se pongan en guardia». Por supuesto, tampoco le diría nada a Ricard, el tabernero anarquista que, a cambio de sacar a su hijo de la cárcel, había vendido a todos sus compañeros. «Es más, ese hombre no pinta nada en Madrid. Lo que tenía que hacer, ya lo ha hecho».

Desde su despacho el comisario se dirigió a la pensión en la que se alojaba el delator, ubicada en la calle Carretas.

Preguntó por él a la persona que se encontraba en la recepción, la cual le indicó que el hombre se hallaba en su habitación:

—Llegó muy tarde, dando tumbos. Se debió de beber todo lo que pilló —chismorreó el empleado.

Peris subió a la estancia y llamó a golpes, con el puño, fuerte e intimidatorio, como correspondía a su profesión. Al cuarto golpe, lentamente, la puerta se abrió y se encontró a Ricard en un estado lamentable. La barba le había crecido al punto de parecer un pordiosero y sobre la cerúlea tez perlaban numerosas gotas. Entendió que estaba enfermo.

—Tienes que marcharte de Madrid.

—¿Y mi hijo? —acertó el hombre a preguntar—. He venido a por él. Usted me prometió que, a cambio de la lista que le entregué, me iba a dar a mi hijo, libre, tal y como convinimos.

La voz de Ricard sonaba cavernaria, seca y aguardentosa. La lengua todavía le trastabillaba y la resaca se hacía patente en la manera de articular las palabras.

—Tu hijo quedará en libertad el miércoles por la mañana. Ya ves que tengo la orden firmada por el juez, pero no puede ser antes. Como comprenderás, no sé si la relación que me has dado es verídica o es una artimaña que te has inventado para engañarme.

—Sabe que con la libertad de mi chico no iba a jugar.

—Eso lo sabrás tú, no yo —respondió el policía, desafiante—. ¡Vamos!, vístete que tienes que marcharte a la estación.

Sobre la mesita de noche le dejó un billete y varias monedas.

—Con esto podrás tomar el primer tren para Barcelona. Como te encuentre en Madrid esta noche te aseguro que tu hijo no saldrá de la cárcel y que tú irás a hacerle compañía —le amenazó, después de mirarlo de arriba abajo.

Sin mediar más palabra, el comisario abandonó la pensión con la tranquilidad de que todo continuaba tal y como él había planificado.

83

Cinco minutos antes de las doce de la mañana, Fritz Springer apretaba el paso por la calle de la Princesa. Al llegar a Ventura Rodríguez torció hacia el Cuartel de la Montaña en busca del lugar en el que se reuniría con su enlace en Madrid.

Arriba, en el piso, Alessandro Piscitelli terminaba de apurar su plan. Calculó cómo iba a ejecutarlo. Se acercó a la puerta, imaginó el primer encuentro, el saludo —no sabía si mostrarse cordial o serio— «expectante —resolvió—. Realmente ha sido él quien me ha citado y yo no sé qué me quiere decir». Después andarían los dos por el pasillo «siempre él delante, como es menester», cuidándose la espalda y, una vez en el salón, le ofrecería acomodo. Después de escucharle, extendería un plano de Madrid que guardaba en la librería y le pediría a Fritz que le indicara dónde se ubicaba el edificio de la Fábrica de Tabacos y la glorieta de Embajadores. Con cualquier excusa se pondría de pie. «Le ofreceré un café», conjeturó, y en ese momento, y gracias a un movimiento rápido y preciso, rodearía su cuello con una cuerda que tenía ya preparada, colgada inocentemente en una de las sillas del salón. Ya había matado con anterioridad a un espía traidor utilizando ese método y le resultaba bastante sencillo y práctico. La sorpresa siempre jugaba a su favor y la víctima no podía imaginar que, en pocos segundos, iba a dejar de recibir el oxígeno necesario para vivir.

«Bien, así será». Piscitelli se sentía satisfecho. Lo único que no le terminaba de convencer era qué hacer después de matar a Fritz, aunque tampoco le preocupaba en exceso. Sabía que era un espía quemado, que Berlín conocía su doble juego y que si no era el falso representante de la actriz enviarían a cualquier otro agente desde Alemania con la instrucción expresa de asesinarlo. Por tanto, y desde el momento del óbito, Piscitelli contaba con cuarenta y ocho horas a su favor hasta que la descomposición del cuerpo del joven, y el hedor que produjera, alertara a los vecinos. A ese piso no tenía que volver y su trabajo en Madrid finalizaría en la madrugada del martes al miércoles.

El timbre de la entrada despertó al suizo de sus pensamientos. Se compuso la chaqueta y se dirigió decidido a la puerta. Antes de abrir, preguntó quién era:

—Fritz —oyó que contestaban.

Despacio, descorrió el pestillo y abrió la hoja. Y aquello fue lo último que hizo en su vida.

La pierna del espía alemán pegó una fuerte patada a la puerta que sacudió violentamente al desprevenido Piscitelli al punto de lanzarlo contra el suelo. Con rapidez, Fritz entró en el piso con la pistola que había ocultado en su espalda. Apuntó con frialdad y disparó dos veces. Suficientes. Cerró la puerta y abandonó el edificio andando con normalidad.

Era la cuarta muerte que infligía en Madrid. «Ya solamente me quedan tres», calculó el eficiente capitán.

84

La respiración de Kathrin Thielemann —el falso nombre alemán que usaba la francesa—, una mujer nacida en Colmar, en Alsacia, se presentaba agitada y nerviosa. A veces sufría apneas y sus pulmones se olvidaban de ejercer la función natural que les eran propias. Mientras las doncellas del Palace guardaban con primor la ropa de la actriz dentro de las maletas y de los dos baúles, ella miraba el reloj y pensaba que, en algún punto de la ciudad, justo ese lunes día 18 de enero, Piscitelli estaba enviando a su amante a la tumba. «¿Cómo lo habrá hecho?», se preguntaba con morbo y algo de curiosidad.

—Señora, ¿qué hacemos con los zapatos? —preguntó una de las asistentas.

—Metedles dentro bolas hechas con papel de periódico, para que sirvan de horma y no se arrugue la piel —ordenó Bertha.

Se llevó uno de los dedos a la boca y tuvo intención de morderse la uña, como hacía de niña, pero se contuvo. Optó por bajar al restaurante y comer algo que, por lo menos, le calmara los nervios.

A la tercera cucharada de crema de cangrejo que le habían servido percibió cómo se le nublaba la vista. Su cuerpo, como si fuera un pelele, un vulgar espantapájaros que súbitamente se ha quedado sin armadura, se desvaneció cayendo al suelo con gran estrépito. Fritz acababa de hacer su entrada en el restaurante y la mirada que se cruzaron los dos amantes fue el detonante de la reacción de la actriz.

Dos camareros, otro comensal y el propio Fritz corrieron a auxiliar a Bertha. La tendieron en el suelo y alguien propuso elevar los pies de la mujer. El alemán giró suavemente su cabeza, de lado a lado. El cuello se había quedado flácido y no oponía resistencia. El espía se mojó dos dedos en un vaso de agua. Después los paseó por la frente de la actriz que, al instante, comenzó a reaccionar.

—¡Apártense! —chilló Fritz.

Metió la mano por detrás de su espalda y la incorporó con delicadeza. La mujer abrió los ojos lentamente. Empezaba a regresar al mundo de los conscientes después del demoledor impacto recibido al comprobar que el alemán seguía vivo.

Media hora después, y ayudada por dos empleadas del hotel, Bertha descansaba en su cama mientras el médico del establecimiento le tomaba el pulso.

—Lo que ahora necesita es descansar.

—No puede, doctor —le contradijo Fritz—. ¿Sabe usted quién es esta mujer? Es la actriz más famosa que ha pisado un escenario español, Bertha. La gran Bertha, *La Nueva Gata de Madrid* —recordó el espía.

—Mire usted, yo soy médico, y lo único que veo es una paciente que ha sufrido una profunda impresión y que ha de descansar, por lo menos dos o tres horas —sentenció el facultativo, tajante.

Una vez que Bertha se quedó sola, y mientras Fritz organizaba el traslado de los bultos al chalé de Ríos Rosas, la mujer pensó en lo que había sucedido o, mejor dicho, en lo que no había pasado. Su antiguo compañero de misión había regresado después del encuentro con Piscitelli. Eso quería decir que, o bien no se habían visto o... «no, no puede ser —la actriz no quería ni siquiera contemplar la descabellada posibilidad que le rondaba por la cabeza—. Piscitelli es un hombre muy experimentado. Habrá vivido con anterioridad situaciones similares y Fritz, al fin y al cabo, no deja de ser un crío». Pero no se quería engañar. Había visto comportarse a su amante con una fiereza descomunal cuando mató delante de ella al conde de Luarca. Recordaba ahora cómo se sentó a horcajadas sobre aquel malnacido y cómo le golpeó la cabeza hasta acabar con su vida. Sí, Fritz Springer era fogoso en todos los artes, tanto en el de amar como en el de matar.

Petra Domínguez había pasado toda la tarde en Palacio. La Reina la había llamado por la mañana y le había pedido que acudiera para preparar el acto que iba a celebrarse el miércoles y del cual la prensa ya se había hecho eco. Fue atendida por dos funcionarios de la oficina del secretario de Su Majestad Alfonso XIII, que le estuvieron explicando los pormenores del acto:

—Señora, le hemos preparado este borrador —le participó uno de los ayudantes de Emilio María de Torres—. Si quiere lo podemos examinar juntos, por si desea introducir alguna modificación.

—La extensión prevista para su discurso es de diez minutos —puntualizó el otro funcionario—. Comenzará hablando el Alcalde, después continuará usted seguida de Su Majestad la reina Victoria Eugenia. Su Majestad el Rey cerrará el acto y, a continuación, se dirigirá al lugar donde pondrá la primera piedra. Por último intervendrá un capellán que bendecirá el lugar.

—Me parece bien lo que han escrito ustedes —concedió la condesa del Mayo, después de leer despacio el papel—. A mí no se me habrían ocurrido estas frases tan hermosas. Se ve que tienen

mucha experiencia en este tipo de actos —reconoció Petra, emocionada.

Regresó a su casa a las siete de la tarde y se encontró a Alain sentado en el salón, junto a la chimenea. Corrió a besarlo y a abrazarlo todo lo fuerte que pudo.

—¡Qué contenta estoy, cariño mío! Todo sigue adelante.

Después del beso, del abrazo y del nuevo beso, la Condesa le preguntó por su visita.

—No pensaba que fueras a venir —observó.

—Quería verte y me he atrevido a venir sin avisarte.

—Has hecho muy bien, esta es tu casa y no tienes que avisar para venir. Ya sabes que la puerta de la calle está abierta para ti —después, y como si fuera una chiquilla, se acercó a su oído y bajó ostensiblemente el tono de su voz—, y también la puerta de mi alcoba. ¿Te vas a marchar, o te quedas a cenar conmigo?

—Ahora tengo que marcharme, pero puedo estar de vuelta a las ocho y media. ¿Seguirá en pie tu invitación?

—Alain, mis invitaciones no tienen ni horario ni fecha de caducidad. Están ahí para ti, para cuando quieras hacer uso de ellas.

Entusiasmada, Petra no podía dormir. Era la una de la madrugada y seguía aferrada al cuerpo desnudo de Alain.

—No voy a quedarme a pasar la noche aquí. He de marcharme.

—Lo sé, Alain, lo sé, pero no quiero que te vayas.

Hacía mucho tiempo que la Condesa había perdido el pudor y los miramientos. En la cama, desnudos, tal y como vinieron al mundo, la mujer disfrutaba del amor con su amante con la máxima intensidad, con sumo placer. Se encontraba nerviosa, excitada. Los acontecimientos que iban a producirse dentro de treinta y seis horas le impedían pensar en otra cosa. Nunca antes le habían encomendado una responsabilidad tan cardinal. Solo quería hablar de ello, no tenía en su cabeza otro tema de conversación.

—Tenías que ver lo bien preparado que va a estar todo el acto.

Con estas palabras, Petra comenzó a relatar a Alain los detalles del evento y cómo iba a desarrollarse el mismo.

—Se están armando dos tribunas. En una se sentará Su Majestad el Rey y parte del gobierno. Es posible que también su esposa la reina Victoria Eugenia, eso está todavía por decidir. En la de enfrente nos sentaremos, seguro, la reina María Cristina, que estará a mi lado, bueno, yo al lado de ella —rectificó, avergonzada— y el señor Dato, el presidente del Consejo de Ministros.

Al escuchar esto, Alain se incorporó violentamente.

—¿Quieres decir que tú vas a estar al lado de Dato y de la Reina Madre?

—Al revés, al lado de la Reina Madre y de Eduardo Dato. Pero, ¿por qué te pones así? —quiso saber, desconcertada ante la violenta, inesperada y desagradable reacción de su amante.

El francés se dejó caer de nuevo sobre la cama como si hubiera perdido el sentido. «No puede ser —se mortificó—, no puede ser. Dato y María Cristina juntos y al lado de Petra». No tenía valor ni para mirarla a la cara.

—¿Qué te pasa, Alain?, no me asustes. ¿Por qué te has quedado pálido?

85

—Majestad, me acaban de indicar que Su Majestad la reina Victoria Eugenia ha mostrado interés por acudir al teatro con Su Majestad —informó un lacayo de Palacio, cumpliendo el recado recibido.

Alfonso XIII se encontraba en ese momento en su dormitorio, siendo ayudado a vestirse por uno de sus criados.

—¿Cómo, que Su Majestad va a querer venir?

—Eso ha dicho, Majestad —ratificó el hombre, mirando en oblicuo, a los zapatos de Alfonso XIII.

El Rey se contempló ante el espejo y maldijo su mala suerte. Había apalabrado con su amigo Pepe Saavedra acudir los dos a la *cuarta* del Apolo para conocer, primero como espectador y luego como admirador, a la nueva atracción de Madrid, y ahora resultaba que su esposa quería acompañarlo, como si fuera una inoportuna y detestable carabina. Pero no podía negarse, y menos transmitir esa idea.

—Me parece muy bien. Hágale saber a Su Majestad que en diez minutos la espero en la Cámara —miró el reloj y comprobó que eran las once de la noche. Después llamó a uno de sus secretarios—. Fabián, ¡Fabián!

El Rey sintió los pasos veloces de la persona que acudía a su llamada.

—Fabián, llama ahora mismo al Apolo y di que nos ponemos en camino, que no empiecen hasta que lleguemos Su Majestad la Reina y yo —mandó al criado, que había entrado a la carrera—. Y llama después a casa del marqués de Viana, a ver si no ha salido todavía, y dile que quiero hablar con él urgentemente.

—Sí, Majestad, ahora mismo llamo, Majestad —el ayudante se retiró sin dar la espalda al Rey, a la vez que marcaba varias reverencias con la cabeza—. Vamos, ¡espabila! —chilló Alfonso XIII, a quien, a veces, le hastiaba tanto protocolo.

Al cabo de dos minutos, ambos amigos estaban hablando por teléfono.

—Estaba a punto de salir hacia el teatro, Majestad.

El Rey comunicó las novedades.

—¿Cómo que va a ir la Reina? —preguntó el marqués de Viana, extrañado y sorprendido.

—Sí, Pepe, no sé por qué pero ha dicho que quiere acompañarme, y no puedo negarme.

—Pero si viene ella, ¿cómo vas a hacer para conocer a *La Gata*? —el Marqués había establecido un tuteo que utilizaba en contadas ocasiones, sobre todo cuando estaba nervioso, como era el caso— ¿Le vas a pedir a tu mujer que te acompañe al camerino?

—Algo se me ocurrirá. Te llamo porque necesito que te acompañe la marquesa.

—¿Visi?, ¡qué dices Alfonso!

—Digo lo que digo, Pepe. ¿Está arreglada para salir?

—Sí, está en casa con unas amigas, pero...

El Rey no le dejó terminar.

—Le dices quien soy y que lo pido expresamente.

El monarca colgó sin añadir palabra alguna.

La Marcha Real sonó en el momento en el que los Reyes hicieron su entrada en el palco del Apolo, escuchada por todo el público puesto en pie y en un respetuoso silencio. Al terminar, el aforo prorrumpió en una salva de aplausos que fue correspondida por Sus Majestades con unas salutaciones con la mano. Se apagaron las luces y *Las amapolas verdes* comenzó un día más su andadura.

Diez minutos después de haberse levantado el telón, Bertha hizo su aparición en la escena. La Reina, que sabía perfectamente cuál era el auténtico motivo por el que su marido había querido acudir al Apolo, aprovechó para mirarle de reojo. Los ojos del monarca brillaban en la oscuridad como si fueran los de un depredador que acecha a su próxima presa. El monarca entreabrió la boca, señal de haberse quedado hondamente impresionado por la impronta de aquella mujer. Victoria Eugenia sabía valorar la belleza, incluso entre las personas de su mismo sexo, y comprendió sobradamente la razón por la que Bertha había trastornado a la noche madrileña. Barrió con sus ojos el patio de butacas y se fue fijando en varios caballeros, algunos acompañados de sus mujeres y otros, la mayoría, solos, y percibió el notable interés que despertaba la actriz. Bertha se movía por el escenario con estudiada soltura, gesticulaba lo justo cuando hablaba y mostraba continuamente unos ojos pícaros que denotaban la afilada inteligencia de su mirada.

Detrás de ellos se habían sentado los marqueses de Viana. Victoria Eugenia compadecía a la pobre María de la Visitación Mencía del Collado y del Alcázar, por las continuas, públicas y sonoras infidelidades de su marido, pero a ella le sucedía lo mismo, ya que las habituales salidas del Rey eran la comidilla de toda la capital. Se irguió en su asiento y continuó viendo la representación

de *Las amapolas verdes*.

En el entreacto, Su Majestad el rey Alfonso XIII se dirigió al bar con su amigo Pepe a fumarse un cigarrillo acompañado de una copa de coñac. Varios desconocidos se acercaron a saludar al monarca. Por compromiso, él les dio la mano hasta que consiguió quedarse solo con el marqués.

—¿Qué le está pareciendo a Su Majestad?

—Te has quedado corto, Pepe, te has quedado muy corto. ¿De dónde ha salido esa mujer? ¡por cierto! —el Rey reparó en un detalle en el que no había pensado—, voy a decir que le lleven unas flores. Con las prisas se me ha olvidado.

Se giró para buscar a uno de sus ayudantes pero José Saavedra lo sujetó por el brazo.

—Su Majestad puede estar tranquilo. Ya me he ocupado. Di orden de que le enviaran cinco docenas de rosas a su camerino.

El Rey sonrió con complicidad.

—¿De qué color? —inquirió con calculada malicia.

—Rojas, por supuesto —respondió, con la satisfacción de un sirviente que conoce tan bien los gustos de su amo como para dominar sus pensamientos más íntimos.

Más tranquilo, el Rey apuró la copa a la vez que sonaba el timbre que anunciaba que el descanso estaba a punto de finalizar.

Mientras los dos amigos se dirigían de nuevo a su palco, un hombre los miraba en la distancia, camuflado entre el tumulto. Fritz observaba al monarca y pensaba que la antojadiza suerte se había aliado con su persona y, aunque no estaba previsto, la Reina también había acudido al teatro. El alemán iba a conseguir rematar la carambola perfecta.

Diez minutos después el teatro se encontraba de nuevo en silencio, con todos los espectadores sentados en sus localidades y con los actores sobre el escenario, continuando la representación. Fritz miró el reloj, quedaban siete minutos para que el artefacto hiciera explosión. Había estudiado el momento con máximo detalle e imaginaba cuál iba a ser la secuencia de los hechos. Tras la explosión habría una algarada, la gente huiría a la puerta de salida y los actores se apresurarían hacia la zona de los camerinos. Allí estaría él, con el revólver que le habían facilitado en el Consulado sujeto a la espalda y listo para *ayudar* a Bertha. Cuando la tuviera a su lado, la agarraría y le dispararía en medio de la confusión general, sin mediar palabra y procurando que no lo viera nadie. Posteriormente él, como todos los que se encontraran por la zona,

abandonaría el teatro por la entrada de artistas, que era la salida más cercana, y alcanzaría la calle Barquillo, donde su pista se perdería con la tranquilidad de haber culminado su misión con un éxito concluyente.

Los minutos iban pasando y el momento se acercaba. Fritz se dirigió hacia la zona de los camerinos, que permanecía en absoluto silencio y prácticamente a oscuras. Según su reloj de pulsera quedaban sesenta segundos para que el retardador uniera los polos y el detonador se activara. Se palpó de nuevo la pistola y miró al escenario, desde donde podía distinguir a Bertha, que en ese momento reprochaba a otro personaje algo relativo a un señor mayor. Declamó una frase con varias rimas que, como estaba previsto, provocó la hilaridad del auditorio.

«Ya está, en instantes va a explotar».

A la una y cuarto el telón iniciaba de nuevo, como todas las noches, su oscilante movimiento de bajada y subida. El público, en pie, elogiaba vivamente a la compañía, que devolvía los saludos puestos en fila y, cómo no, con Bertha en el centro, como verdadero eje del elenco. Alfonso XIII se mostraba entusiasmado. Había pasado toda la función con la mirada clavada en la actriz principal y solamente se había tomado un respiro cuando esta había abandonado la escena porque así lo exigía el guión. Victoria Eugenia ya no lloraba por estas situaciones, se encontraba camino de tenerlas interiorizadas con naturalidad. Su matrimonio había naufragado y la pareja formaba ahora un dúo profesional, como esos actores que trabajan juntos y parecen muy compenetrados cuando están sobre las tablas pero que muestran desinterés mutuo, cuando no desprecio, en el momento en el que se hallan fuera de ellas.

—Ena, voy a quedarme a saludar a unos amigos —se disculpó ante su esposa—. ¿Te importa regresar sola a Palacio? Te puede acompañar la marquesa de Viana.

—No te preocupes, cariño —le respondió ella. Antes de abandonar el palco, se acercó a su oído y le lanzó un mensaje de socorro, quizá el último que le enviaría en su vida—. ¿Vas a venir a verme esta noche?

Contrariado por la proposición, que le vino totalmente a trasmano y que no se esperaba, el monarca optó por ofrecer una respuesta diplomática.

—No lo sé, mi amor, según a qué hora llegue. Si me retienen, no

te voy a despertar de madrugada…

La Reina asintió, circunspecta, y sonrió desganada.

—Como quieras —fue la única contestación que salió de sus labios.

Al salir al pasillo los Reyes se despidieron con un movimiento de mano y, libre ya de acompañante, el Rey se dirigió, inquieto y excitado, al área donde se encontraban los camerinos, la cual conocía perfectamente. Su amigo José Saavedra lo vio avanzar decidido hacia la zona de artistas. Llegó a la puerta de la actriz principal, tantas veces traspasada. Llamó con los nudillos y, al instante, una voz femenina le permitió el paso.

—¡Majestad! —exclamó Bertha, a la vez que se ponía en pie—, ¡cuánto honor!

El Rey entró en el camerino de la actriz, que se encontraba bellamente rodeada de rosas rojas, y cerró la puerta tras de sí.

Fritz se notaba pálido. Los minutos pasaron y el artefacto no hizo explosión. La tensión por la espera del momento le llevó al colapso en el razonamiento. Apoyado en una de las paredes del pasillo por donde entraban y salían los actores a escena, aguardó desesperado a que sonara una deflagración que solo lo hizo en sus entretelas.

Y ahora el Rey se encontraba en el camerino de Bertha, los dos solos, tomando una copa de champán y charlando animadamente, eso como mínimo.

El alemán se dirigió al palco que habían ocupado los Reyes, que ya se encontraba vacío, y se agachó debajo de las sillas. Allí encontró, palpando, el paquete tamaño libro que había ocultado debajo de una tela negra. Comprobó que la manecilla del reloj continuaba su marcha. Paseó las yemas de sus dedos por los cables que se introducían dentro de la caja. Vio que estaba cerrada con cuatro tornillos gruesos. Extrajo una moneda de su bolsillo e hizo con ella las veces de destornillador. Sabía que manipular una bomba era de lo más peligroso que podía haber, pero él no había invitado a la obcecación, ella vino sola, echando a la prudencia de su cabeza.

Levantó la tapa y comprobó lo que había dentro.

Con sonrisa de satisfacción, Alfonso XIII abandonaba el Apolo por la entrada de artistas. Después de saludar a los empleados que

le aguardaban, se acercó a estrechar la mano de Leonardo Rubiales, el gerente, que esperaba la salida del monarca.

—Majestad, ha sido un honor volver a tenerlo entre nosotros.

—Gracias, Leonardo —Alfonso XIII poseía una increíble facilidad para retener los nombres—. Me ha encantado la función.

—Me alegro, Majestad. Ya sabe que esta es la casa de Su Majestad y que puede venir a visitarnos siempre que quiera.

—Gracias otra vez, Leonardo.

Una vez en la calle, el Rey se subió a un Minerva que le aguardaba.

—¿Dónde vamos, Majestad? —preguntó el chófer.

—Regresamos a casa.

Camino de Palacio sopesó la posibilidad de llamar al dormitorio de Victoria Eugenia, tal y como ella le había pedido, pero desechó la idea. No quería perder la fogosidad que necesitaría el día siguiente. «A pesar de su tamaño, se ve que el cuerpo de Bertha me va a exigir estar en plena forma. Hoy me reservaré», resolvió, al fin.

86

A las ocho de la mañana un dedo firme llamó al timbre del Consulado alemán en Madrid, en el número 7 de la calle Serrano. La mujer de siempre, recelosa, miró al hombre que había venido los últimos días a primera hora. Este empujó la puerta dando a la empleada un golpe en la cara. La anciana cayó al suelo y tiró un paragüero que provocó un estrépito que soliviantó el silencio reinante en la oficina.

Fritz caminó decidido por el pasillo con el semblante rígido pero el ánimo tranquilo. Portaba lo que él había creído que era una bomba. Llegó a la habitación donde estaba trabajando el hombre que contactó con él en el Apolo. Al verlo entrar, se puso en pie, interrogante, pero no pudo repeler el puñetazo seco y poderoso que el recién llegado le propinó en la cara. Después, y ya con la caja, le golpeó de nuevo en la cabeza tirándolo sobre su mesa. El empleado se revolvió pero no fue capaz de defenderse. Era más alto que Fritz, y más fuerte, pero carecía de su determinación. El espía alemán le pegó repetidamente con la caja, que en vez de contener una bomba iba rellena con un ladrillo, piedras y arena a modo de argamasa, hasta que la cara del encargado de las claves se transformó en una inanimada máscara roja.

Alertados por el escándalo, se presentaron allí dos hombres sobre los que Fritz, maquinalmente, abrió fuego, alcanzándolos en el abdomen y en la cabeza.

Jadeante por la tensión que había explotado en su interior, el alemán salió de la habitación, saltando por encima de los dos nuevos cadáveres, y recorrió el Consulado, blandiendo la pistola en posición de disparo, buscando a otros empleados. Pero no había ninguno más, o no los vio. Regresó tras sus pasos y volvió a entrar en la estancia donde se encontraban los tres hombres bañados en sangre. Ninguno se movía. Contempló la escena, la imagen de su fracaso. Lo habían engañado. No sabía si había sido Berlín, si había sido el empleado de las claves o algún intermediario que transformó la orden que, teóricamente, venía directa desde la capital alemana. La única realidad era que le habían entregado un paquete falso que no servía para nada. Alguien no quería que matara a los Reyes de España, «¿pero quién y por qué?», se preguntó, con angustia vital.

Después de una última mirada a aquel esperpéntico panorama, regresó al vestíbulo donde se encontró a la mujer que todavía seguía tirada en el suelo, en silencio y desorientada, con las manos

ensangrentadas tapándose la cara. Sus piernas hacían esfuerzos para levantarse pero no podía, el golpe recibido había sido demasiado fuerte para su edad. Fritz sacó la pistola y apuntó a la cabeza de la anciana. La mujer separó las dos manos y contempló la expresión despiadada e insensible del que iba a ser su verdugo.

—Lo siento, no puedo dejar testigos. Deutschland Über Alles! —Fue lo último que proclamó antes de efectuar dos disparos. Certeros y precisos, como todo lo que hacía Fritz.

87

Ninguno de los tres miembros reales había pronunciado hasta ese momento palabra alguna excepto para dar instrucciones a los lacayos que les habían servido el desayuno.

Victoria Eugenia movía lentamente la cucharilla de plata dentro de la delicada taza de porcelana.

—¿Qué te ocurre, querida?, ¿estás inapetente? —le preguntó su suegra.

—No, Majestad. Es que no he dormido bien.

—¿No te habrás quedado otra vez en estado?

La Reina miró fijamente a su marido, que simulaba estar concentrado en sus pensamientos para esquivar los inquisidores ojos de su mujer.

—No, Majestad, no estoy embarazada. Seguro.

El Rey sabía muy bien a qué se debía la rotundidad de la afirmación de su esposa. Prefirió cambiar de tema de conversación.

—Pues para estar en enero, hoy tenemos un buen día. Si la mañana sigue así, antes de comer voy a dar un paseo por la Casa de Campo. ¿Te apetece acompañarme, Victoria?

La Reina negó sin mirarlo siquiera. Le hubiera gustado que su marido contara con ella para otro tipo de relación, no para ser su compañía en un paseo hípico, una invitación que sonaba a limosna sentimental.

—Por cierto, Victoria, ¿ya está todo preparado para lo de mañana? —preguntó la Reina Madre.

—Sí, Majestad —confirmó la inglesa—, el acto comenzará a las doce —parecía que el fondo de la conversación había despertado a Victoria Eugenia del letargo en el que se encontraba sumida—. Todos los invitados han confirmado su asistencia. Dentro de poco más de un año tendremos la fundación en marcha.

—A ver si sirve de algo, que Madrid está lleno de pecadoras.

—No digas eso, madre —intervino el Rey—, a veces son accidentes.

—Tener relaciones sin estar santificadas por Dios es un pecado, no es un accidente. De ahí que los hijos tengan que llamarse bastardos, ilegítimos, porque son seres repudiados por el Señor.

—Pero son inocentes, Majestad —quiso hacerle ver la reina Victoria Eugenia.

—No son inocentes. Nacen con tara, con una lacra que llevarán toda su vida. De ellos nunca podrá esperarse nada bueno. Claro, que

yo no digo nada, os habéis empeñado en sacar esto adelante y yo no tengo ni por qué opinar. Además, no me gusta la mujer que vas a poner al frente.

—¿Qué tienes contra la condesa del Mayo, mamá?

—Que no me parece una mujer ejemplar. Anda con uno.

—Majestad, Petra Domínguez es una mujer viuda, y a los ojos de los hombres, y también de Dios, es una mujer libre —la recordó su nuera.

—Yo también me quedé viuda y no se me ocurrió pasear del brazo de un hombre delante de todo el mundo, y menos llevarlo a mi casa. ¡A saber qué harán! Es un francés —la Reina nombró la nacionalidad como si fuera un insulto—. Será como todos los de ese país, un vicioso, un corrupto y un anticlerical.

—Veo que estás muy bien informada, mamá —comentó el Rey, sonriente.

—Me entero de lo que quiero, Bubi, como por ejemplo de que ayer estuvisteis en el teatro. ¿Te gustó la obra, Victoria?

La esposa del Rey sabía que la pregunta llevaba demasiadas dosis de malicia como para que fuera casual.

—Sí, Majestad, me pareció muy original, y también me gustó mucho la actriz principal —Victoria Eugenia prefirió atacar directamente el asunto que buscaba su suegra—. ¿Te gustó a ti, Alfonso?

—¿Quién dices —el Rey se hizo el distraído—, la actriz principal? Sí, trabajaba muy bien, lo que ocurre es que ahora no recuerdo su nombre.

—Bertha —apostilló su esposa—. O al menos ese es el nombre artístico.

—¡Bertha, es verdad! —reconoció falsamente el monarca.

La reunión matinal se vio interrumpida por la entrada de uno de los lacayos, que se acercó al oído del Rey.

—No me hables en bajo delante de mi familia, di lo que me tengas que decir en alto. Con ellas no tengo secretos.

—Ha pedido hablar con Su Majestad el excelentísimo secretario de Su Majestad.

—¿Emilio?, vale, dile que ahora voy a subir a la Oficina.

—Insiste en que es muy urgente y que tiene que ser ahora.

El Rey enarcó las cejas y miró a su madre. Una vez más, Victoria Eugenia se sintió aislada dentro de aquel reducido grupo.

—Bien, dile que pase.

—Majestad, ha ocurrido un hecho terrible —informó Emilio María de Torres, atribulado, nada más entrar.

—¡Dime, Emilio, dime! —le apremió Alfonso XIII, incómodamente sorprendido por la afirmación de su hombre de máxima confianza.

—Nos acaban de informar de que se ha producido una matanza en el consulado alemán en Madrid. Parece ser que han asesinado violentamente a varios funcionarios.

Los ojos de María Cristina fulminaron a los de su nuera, que no sabía ni qué decir ni adónde mirar.

—¿Pero cuántos han muerto? —quiso saber el monarca, al que se le cambió el semblante nada más escuchar la noticia de labios de su Primer Secretario.

—No se sabe nada más, Majestad. He ordenado al Ministro que mantenga informado a Palacio de las averiguaciones.

—Bien, Emilio. Gracias. Estaré en la Oficina, si hay novedades me vas contando. Si puedo, luego iré un rato a montar a caballo. Me gustaría llevarme a Alfonsito —comentó, mirando a su esposa— pero no me atrevo, no sea que le vaya a pasar algo.

Una vez que el secretario abandonó la salita, la Reina Madre habló, dirigiendo su mirada a Victoria Eugenia.

—Caray, una noticia así puede cambiar el devenir de los acontecimientos.

—¿Por qué me dice eso, Majestad?

—Tú me dirás. ¿Quién ha podido perpetrar un acto así?

—Mamá, hay que esperar un poco, ¿no te parece que es demasiado precipitado emitir juicios tan solo con lo que hemos oído?

El Rey quiso ser lo más conciliador que pudo entre las dos mujeres, algo a lo que estaba largamente acostumbrado.

—Bueno, si me perdonáis, voy a subir a la Oficina —resolvió —. Parece que el volumen de cartas se está incrementando de forma considerable y el duque de Miranda pide más ayuda.

—Alfonso, eso que estás haciendo es maravilloso —confesó su esposa—. Sigue así, aunque no te lo reconozcan.

—Me lo reconocen las personas que escriben. Por lo menos soy, somos —corrigió—, su esperanza. Y eso, en una guerra, ya es mucho.

El Rey se encaminó hacia el piso superior situado en el ala oeste de Palacio, donde se encontraba la Oficina Pro Cautivos.

Tal y como le habían adelantado, el trabajo era desbordante. El volumen de cartas recibidas se había disparado desde que había empezado el año. La noticia no solo había recorrido la mayoría de las grandes capitales europeas sino también las pequeñas

poblaciones, incluso las aldeas, y los familiares de soldados desaparecidos o heridos, se habían lanzado desesperadamente a buscar el auxilio del Rey español. Y no solo la población civil. Varios países querían incluso que delegados españoles subieran a bordo de buques para inspeccionar su contenido y, también, para visitar campos de refugiados y de prisioneros. Desde que era Rey, Alfonso XIII nunca había tenido tanto trabajo diplomático.

88

Peris no daba crédito a lo que veían sus ojos. Aquello había sido una auténtica matanza. Lo primero que encontró fue el cadáver de una mujer mayor que, por lo que le dijeron, era la persona que se encargaba de la puerta, del teléfono y de realizar recados. Pero el espectáculo verdaderamente apocalíptico se encontraba dentro de un pequeño cuarto donde había un enorme aparato de radio. Allí yacían tres cuerpos, uno de ellos brutalmente golpeado en la cabeza, con signos visibles de tener fracturado el cráneo. Cuando llegó el primer policía, alertado por los vecinos del edificio, uno de los empleados del consulado todavía agonizaba en el suelo, pero dejó de respirar a los pocos minutos, antes incluso de que se personaran los facultativos procedentes de la cercana Casa de Socorro de la calle Villanueva.

—Exigimos de la policía española una respuesta rápida y un castigo ejemplar para el culpable de esta barbarie de consecuencias diplomáticas imprevisibles —avisó al comisario Alfredo Peris un hombre corto en estatura y en galanura, pero largo en sequedad y acritud—. Ha tenido suerte de que ni el embajador ni el cónsul se encuentren en Madrid. Ambos están en Alicante, pero ya han sido prevenidos y se disponen a regresar a la capital en el primer tren que salga hacia aquí. También ha sido avisada Berlín. Señor Peris, aténgase a la trascendencia de este suceso. Nuestro país declina la responsabilidad de lo que pueda suceder a partir de ahora.

—Me está usted hablando como si hubiera sido un atentado cometido por el Estado Español —manifestó Peris, que había aguantado demasiado tiempo las impertinencias del desafiante funcionario alemán—. Esto tiene el aspecto de ser un acto de delincuencia común.

—¿Delincuencia común dentro de un suelo soberano? Realmente, señor Peris, no sé qué dice usted —el alemán se mostraba aparatosamente consternado.

—Si me lo permite, voy a avanzar en la investigación que ya han iniciado mis compañeros.

Libre del incómodo burócrata teutón, Alfredo Peris preguntó a uno de sus compañeros:

—¿Hay algún testigo?

—No, comisario —respondió otro policía, de menor rango—. A las siete de la mañana comienza a trabajar un grupo de cuatro personas, todos los fallecidos —aclaró—. Luego, a las nueve, van

llegando los demás.

—¿Y quién nos ha llamado?

—La vecina, que escuchó disparos pero no salió al descansillo hasta que se hizo el silencio. La mujer estaba aterrada.

—¿Y vio algo?

—Por la mirilla. Cuando dijo eso, la mujer se soliviantó al pensar que la consideráramos una cotilla.

—¿Y qué vio? —las preguntas de Peris eran precisas, directas y muy profesionales.

—Dice que solamente pudo distinguir a un hombre, de espaldas. Le pareció que era joven y rubio y con un abrigo oscuro, con cuello de piel.

—¿Joven, rubio y con un abrigo con cuello de piel? —el corazón del comisario comenzó a bombear con ímpetu—. Busca a otros dos hombres y ven tú también conmigo —determinó Peris, sin vacilar. El estrés provocado por la situación le había vuelto especialmente sagaz.

—¿Qué ocurre comisario?

—Vamos a detener al asesino de todos estos. Vamos al Palace.

Cuando vio salir por la puerta a cuatro hombres, corriendo, el empleado del consulado se asomó a la barandilla de la escalera y chilló, mientras el grupo bajaba los escalones de dos en dos:

—¡Comisario, aténgase a las consecuencias! Esto es un incidente diplomático de primera magnitud.

Diez minutos después los cuatro hombres irrumpían en el vestíbulo del hotel. Peris se acercó al recepcionista y preguntó por el número de la habitación del representante de Bertha.

—¡Tú, quédate aquí! —ordenó al más joven—. Y si le ves salir, dale el alto. Si no te obedece, dispárale.

—Sí, comisario —balbució el joven, que se enfrentaba a su primera situación de peligro.

Los otros tres corrieron a la zona de los ascensores.

—¡Tú, sube por las escaleras!

Peris y otro compañero tomaron el elevador. Llegaron a la última planta, en la que se alojaba el alemán, y corrieron por el pasillo hasta llegar a la suite que les habían indicado en recepción. Llamaron a golpes en la puerta:

—¡Policía!, ¡abra a la policía! —chillaba Peris, descompuesto y con la pistola en la mano— ¡Vamos, busca a una camarera, que tendrá llave maestra!

Al cabo de dos minutos, el compañero regresó con una en la mano. Se les acababa de unir el policía que había subido por las

escaleras. Jadeaba como un perro después de una carrera de velocidad.

—Me ha dicho la mujer que esta abre todas las puertas de la planta.

Alfredo Peris introdujo la llave en la cerradura y, con tiento, la giró despacio. Pensó que estaría puesto el pestillo desde el interior. El comisario se equivocó.

La habitación estaba vacía. Los tres hombres se desplegaron por la pieza y la registraron en treinta segundos. Tiraron violentamente las sábanas, la manta y el cobertor al suelo y abrieron con cuidado el armario. También miraron debajo de la cama, en el cuarto de baño y en el balcón. Allí no había nadie. Peris agarró el teléfono y llamó a la recepción:

—¿Cuál es la habitación de Bertha?

Colgó.

Los tres hombres salieron despavoridos en busca del número que les acababan de señalar.

—¡Abran a la policía! —la acción estaba repitiéndose en el mismo pasillo, con tres puertas de por medio.

Bertha abrió vestida con una bata de chiné.

Sin pedir permiso, Peris y los otros dos policías irrumpieron en la habitación con la pistola sujeta en posición de disparo.

La actriz, asustada, se echó para atrás, incapaz de pronunciar palabra alguna.

Después de un registro similar, el policía preguntó, sofocado:

—¿Dónde se oculta?

—¿Dónde se oculta, quién?

Peris, fuera de sí, agarró a Bertha por la cintura y le clavó el cañón de la pistola en el mentón.

—O colabora con la justicia o me cargo esa cara para toda la vida.

—¿Qué hay dentro de estos dos baúles? —preguntó uno de los compañeros del comisario, que temía una reacción ofuscada e irreversible de su jefe.

Bertha no podía ni hablar. Peris presionó el arma sobre la suave piel de la actriz, exigiéndole una respuesta.

—Es mi ropa, tenía que haberme mudado ayer a un hotel en Ríos Rosas, pero no pude y será hoy. Van a venir a recoger las cosas en dos horas.

Después de que la obligaran a abrir los baúles, y de comprobar de nuevo que allí no había nadie más que *La Nueva Gata de Madrid*, Peris intentó controlarse, aunque sin conseguirlo totalmente.

Bertha se había limpiado los restos de aceite que le había dejado el arma.

—Me tendrá que dar una explicación, comisario —exigió la actriz.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su representante?

—Anoche, en el Apolo.

—¿No fue aquí, en el hotel?

—No, vinimos cada uno por nuestra cuenta. Al principio regresábamos juntos, pero eso fue al principio. Yo vengo cuando termino *la cuarta*. Él cuando le da la gana. No sé nada de su vida personal —sentenció con frialdad.

—No me lo creo —el comisario estaba convencido de que la mujer mentía.

—No se lo crea, pero le digo que es así —respondió, retadora, con la inquisitiva mirada clavada en los huidizos ojos del comisario, que solo delataban su ansiedad.

Sin más palabras, los tres hombres iniciaron la marcha de la habitación de Bertha.

—Por lo menos me puede decir qué ha sucedido.

Peris se volvió, desde la puerta:

—Esta mañana han matado brutalmente a unos funcionarios del consulado alemán en Madrid.

Después de la explicación, cerraron la puerta y dejaron a Bertha con la irrebatible certeza de que aquello llevaba el tétrico sello de Fritz, sobre todo cuando especificó lo de la brutalidad en el método.

89

La casualidad había hecho que Gerhard von Below y Walter Nicolai se encontraran reunidos, departiendo asuntos relativos al departamento del jefe de la inteligencia alemana, cuando un sargento entró en el despacho con un cable urgente que había llegado desde Madrid.

Lo leyeron y durante unos instantes se miraron sin hablar.

—¿Cuatro? —preguntó el coronel, que no podía creer lo que acababan de ver sus ojos.

Nicolai guardó silencio, algo habitual en él.

—¿Quién ha podido realizar una matanza así? —se volvió a preguntar von Below.

—Se me ocurren varios nombres, por lo menos tres.

—Kathrin —el coronel no llamó a la actriz por su nombre artístico—, Piscitelli y Fritz —completó.

—Por lo menos, pero puede haber sido cualquiera. Incluso los franceses o los serbios, rusos o ingleses que hay en Madrid. Primero habrá que conocer el móvil.

—El móvil está claro, a un consulado no se entra a robar joyas.

—Es muy precipitado que ahora saquemos conclusiones, Herr coronel.

—¿Cuánto hace que no habla con Piscitelli? —quiso precisar von Below.

—Varios días —respondió el jefe de la inteligencia alemana.

—¿Varios días? ¿Por qué varios días?

—Herr coronel, a un agente no se le puede estar pidiendo que informe a cada hora o, incluso, cada día, ni siquiera a los agentes que hayan sido desenmascarados —Nicolai esbozó una sonrisa perversa.

—¿Piensa que Piscitelli hizo esto al saber que nosotros le habíamos descubierto y que íbamos tras su pista?

—No lo sé, Herr coronel, vamos a esperar al siguiente cable para que nos informen más ampliamente. En cualquier caso, la inauguración es mañana. Seguro que será allí donde Springer actuará. No va a tener muchas más oportunidades de hacer saltar en pedazos la interesada neutralidad española.

—¿No tiene alguna manera de comunicarse con él para que nos explique?

—No por ahora, Herr coronel, no por ahora. Si le envío una señal, corremos el riesgo de que se descubra que tanto él como

Kathrin tienen los días, las horas —especificó— contadas. Vamos a esperar acontecimientos y dejemos trabajar a los profesionales. Ahora es lo único que podemos hacer por nuestro Emperador.

Había sido citado a una reunión de urgencia en el ministerio. Peris y varios funcionarios de policía de Madrid querían ser vistos por José Sánchez Guerra, ministro de Gobernación. Las palabras escuchadas por los profesionales de la seguridad no podían ser más duras y enérgicas. Ninguno antes había visto al político cordobés tan encolerizado.

—No quiero que nadie se meta esta noche en la cama hasta que no se encuentre al culpable o culpables. Lo ocurrido en la calle Serrano puede tener unas consecuencias diplomáticas que se nos escapan a todos los que estamos en esta sala —vociferó el Ministro al grupo de ocho hombres cariacontecidos que soportaba sus chillidos—. No necesito ser policía para saber que ha sido un acto político y que no hay más móvil que el desaforado interés de involucrar a España en un conflicto que nos es ajeno. Su Majestad primero, y el presidente Dato después, han remarcado la más estricta neutralidad de nuestro país. Y, en esa tesitura, nos aparecen cuatro cadáveres brutalmente asesinados. Súbditos alemanes nada menos que en territorio alemán, aunque haya sido en la calle Serrano. Es como si se hubieran violado las fronteras de un país. Y eso ha sucedido a metros de la Puerta de Alcalá. ¡No puede ser! —bramó, a la vez que golpeó su puño con furia sobre la recia mesa de caoba—. Ahora mismo se van a movilizar todos los efectivos, absolutamente todos, para hallar al culpable. Quiero un nombre, lo quiero de forma inmediata.

Ninguno de los presentes se atrevió a abrir la boca. Se encontraban atemorizados hasta tal punto que tenían la sensación de que el encrespado Ministro les estaba acusando a ellos.

Con un discurso parecido, Sánchez Guerra repitió de nuevo la misma idea aunque cambió el orden de las palabras y el énfasis en las razones por las que había que localizar al asesino. Mientras tanto, Peris aprovechó para montar sus cábalas sobre lo sucedido y ahondar en la teoría de que el único sospechoso era el representante de Bertha.

—Mañana va a ponerse la primera piedra en un solar que hay junto a la Fábrica de Tabacos —recordó el Ministro—. Allí, como muy tarde, quiero informar a Su Majestad de que los culpables ya están en la cárcel.

Al terminar la reunión de urgencia, Alfredo Peris regresó a la Prevención en la que estaba asignado y comenzó a trabajar en las actuaciones próximas. Impartió a sus colaboradores una sucesión continua de órdenes. La tensión reinante aumentaba exponencialmente la efectividad del policía:

—Vamos a buscar a un hombre que lleva un abrigo con cuello de piel de zorro. Esa va a ser nuestra base de trabajo. Es alguien joven y bastante atlético. Rubio, según indicó la señora que vio salir a una persona del consulado momentos después de los asesinatos —todos los policías le miraban en silencio—. Estoy convencido de que esa persona es el representante de Bertha, la actriz que trabaja en el Apolo. Por tanto, vamos a poner efectivos en el teatro y también en el Palace, por si regresara a su habitación, aunque no creo. También vamos a enviar agentes a las principales sastrerías por si quiere comprarse un abrigo nuevo, ya que puede pensar que ha sido visto. No sería el primer asesino que se deshace de la ropa con la que ha cometido su crimen.

Peris hablaba a sus hombres con seguridad, convencido de que Fritz Springer era el asesino. Con astucia, diseñó un despliegue policial por Madrid en búsqueda del joven prepotente y soberbio con el que se había enfrentado dialécticamente varias veces, y en las que siempre había perdido. Nadie podía dudar de que el policía tomaba el asunto como un reto personal.

Por último entregó la relación de los policías que tenían que presentarse a las dos de la madrugada.

La reacción de los presentes no se hizo esperar y la incredulidad se dibujó en sus caras.

—A las dos en punto, y bien frescos —les advirtió—. No os puedo decir nada más.

90

El tiempo atrapó a Alfonso XIII en la Oficina Pro Cautivos con mucha mayor fuerza de la que él podía haber imaginado. El monarca empleó casi toda la mañana atendiendo a los colaboradores del duque de Miranda o despachando directamente con él, dictando varias cartas, leyendo otras y hablando por teléfono. Cuando quiso reaccionar ya era la hora de comer y optó por tomarse algo rápido para salir después a pasear con uno de sus caballos. La hípica era una de sus aficiones favoritas y a ella se consagraba siempre que su agenda y la climatología se lo permitían.

Nada más llegar a las caballerizas se encontró con Emeterio. Se le veía muy nervioso.

—¿Qué te pasa, hombre?, ¿te ocurre algo? —se interesó el Rey, nada más verlo.

—Majestad, es que me han dado una noticia que me parece muy importante. Es sobre la mujer del Palace, la acompañante del alemán que estamos investigando —para pronunciar la última frase se acercó ligeramente al oído del monarca.

Alfonso XIII lo miró extrañado.

—Dime, Emeterio. Dime lo que me tengas que decir sobre esa mujer.

—Que se marcha del hotel, por lo menos ella. El acompañante no ha dicho nada, todavía. Me lo ha confirmado mi contacto.

—¿Sí? —preguntó el Rey, manifestando una falsa sorpresa, ya que la noticia era sobradamente conocida por él.

—Es así, Majestad. Se muda a un hotel en la calle Ríos Rosas. Hoy o mañana.

El soberano asintió y mantuvo un rictus de solemnidad. No quería hacerle el feo de confesarle que ya conocía ese dato. Optó por mostrarse agradecido. No sabía cuándo volvería a necesitar sus servicios.

—Muchas gracias, Emeterio. Has hecho un buen trabajo. Felicita a tu contacto de mi parte.

El ayudante del Primer Secretario marcó una reverencia.

—Para lo que usted ordene, Majestad.

El Rey caminó hacia donde le esperaba un mozo de cuadra con las riendas del equino.

Minutos más tarde, y desde el mismo Campo del Moro, el monarca cabalgó hasta el río y se adentró después en la Casa de Campo, el recinto de uso exclusivo de la Corona y el lugar donde la

realeza practicaba deportes, tales como el tiro de pichón o el patinaje sobre hielo.

El Rey montaba ese mediodía un hermoso cartujano de tres años algo redomón, no tan obediente como le gustaría a su caballista. El paseo era placentero, bajo la frondosa vegetación de los pinos piñoneros, fresnos y álamos, y disfrutaba de los reconfortantes olores de la naturaleza, hasta que el caballo quiso pasar por debajo de las ramas bajas de un roble. El monarca se agachó con tan mala suerte que se le soltó un pie del estribo. El jinete hizo un extraño que provocó que el caballo se encrespara.

Las diestras manos del soberano no se hicieron con las riendas y el asustado animal paró en seco. El Rey llevó su tronco hacia atrás, para compensar el efecto de la inercia, pero no fue suficiente. Su cuerpo basculó violentamente hacia delante y, aunque intentó sujetarse al cuello del caballo, el monarca no fue capaz de evitar estrellarse contra la tierra.

Aunque no llegó a perder el conocimiento, sintió un agudo dolor en el tobillo derecho y en los hombros. La chaqueta corta se le había roto por una axila y toda su indumentaria se encontraba manchada de una mezcla de arena, hierbajos y sensación de ridículo.

Al momento llegaron a galope dos guardeses del recinto que siempre le acompañaban a cierta distancia, ya que el monarca anhelaba la soledad y la sensación de libertad que le otorgaba la monta en solitario.

—¡Majestad! ¿Cómo se encuentra? —se interesó el primero—, ¿qué le duele?

—El tobillo, Damián. Creo que me lo he roto —acertó a responder.

El otro guardés, que se había apeado también del caballo, se interesó por el estado del Rey.

—¡Vamos! —le ordenó Damián—, vuelve a Palacio y que vengan con un coche a por Su Majestad. ¡Vamos, vuela!

Limpiamente subió a su caballo y, a galope, abandonó el lugar en busca de ayuda.

—No se preocupe, Majestad, en unos minutos estará aquí un coche y le llevamos a Palacio.

El monarca casi ni le escuchaba. El dolor estaba volviéndose insoportable y los gestos de sufrimiento eran cada vez más patentes y angustiosos.

—Tenemos que ver la evolución, Majestad, ahora es muy precipitado pronunciarse sobre si ha habido fractura o no.

Tres cuartos de hora después de la caída, el soberano se encontraba tumbado en la cama de latón de su dormitorio, siendo reconocido por el médico y acompañado por dos de sus criados.

—De momento, con el hielo y el calmante que se ha tomado, el dolor tiene que remitir.

—Pero esta noche tengo que salir.

—Imposible, Majestad. Como español no soy quién para decir lo que tiene que hacer mi Rey, pero como médico de Palacio tengo que ordenarle que guarde reposo por lo menos un día. Dígame Su Majestad, ¿qué papel quiere que interprete en estas circunstancias?

—Te debería mandar fusilar —bromeó el monarca, algo más tranquilo y con menos dolor, quizá ayudado por la acción vasoconstrictora del hielo—, así aprenderíais los galenos a no estropear planes.

—Majestad, las caídas de caballo son de las más peligrosas, aunque no tanto como los accidentes de los condenados automóviles. Y lo malo es que mi Rey es un entusiasta de lo uno y de lo otro.

—Y eso que el Consejo de Ministros me prohibió volar, que si no...

Todos los presentes sonrieron ante el chistoso comentario del soberano.

91

La noticia la había recibido antes del almuerzo. Quizá por ello, cuando al general Santini le sirvieron la comida, un *filet de turbot* con paté de hígado de ganso y una botella de Pomerol, se mostró inapetente. Se sentía culpable. Culpable por haber hostigado a su hijo, culpable por haberle reprochado su falta de compromiso con la pólvora y la muerte, culpable por haberle poco menos que repudiado, y más en público, ante su familia y ante sus compañeros de milicia.

Ahora sabía que se había equivocado, que la misión que había culminado Alain en Madrid superaba en inteligencia, tacto y sagacidad a cualquier otro plan, por muy tocado de luz divina que pudiera estar.

Apartó la bandeja e intentó recomponer las palabras que le habían comunicado por teléfono a su despacho, cuando le informaron de lo sucedido en Madrid. La noticia de la brutal masacre en el consulado alemán de la capital de España había recorrido toda Francia a la velocidad de la luz. Los operadores de telégrafos se encontraban colapsados por tantos mensajes que tenían que recibir y que enviar. Nadie dudada de que el atentado podía suponer un giro decisivo en la contienda, y los cruces de información se asimilaban a una inmensa lluvia de estrellas diurna que salpicaba al país por todos los puntos cardinales. Fundamentalmente a París. En concreto a Los Inválidos.

El general Alain Santini retiró la bandeja y respiró profundamente. Cerró los ojos y se imaginó a su hijo entrando furtivamente en el piso donde el Consulado albergaba su sede. Quizá embozado, quizá a cara descubierta. Armado, fuertemente armado —matizó—, gracias al dinero que obtuvo con la, al final inteligente y acertada, transacción que realizó con el judío en Le Marais, su pequeño Alain iría recorriendo la estancia y disparando, ejecutando —volvió a concretar, para sí— al enemigo. Le habían comunicado que eran cuatro los fallecidos, y al general le pareció una buena cifra. La suficiente como para que Alemania lo considerara un acto de guerra, una provocación en toda regla. «Si todo esto comenzó con el asesinato del archiduque Francisco Fernando y su esposa —razonó el militar—, ¿qué puede suceder ahora si el número de fallecidos se eleva al doble?». El general se imaginaba al emperador Guillermo II en su pomposo despacho de Berlín recibiendo el cable. «Lo primero que habrá hecho —elucubró

Alain Santini— será enviar un telegrama a su embajador en Madrid para que solicite una entrevista con las más altas instancias diplomáticas del país, donde pediría aclaraciones sobre lo sucedido. Después se reunirá con sus asesores militares para definir la estrategia de ataque a España y el lugar por donde comenzar la invasión, la cual será, seguro, por mar, el punto más débil de nuestros vecinos del sur».

El militar se acariciaba el bigote y, de forma involuntaria, una mueca de sonrisa comenzó a perfilarse en su rostro, veterano y ajado por los años, pero también feliz y satisfecho. Sí, su hijo, su incomprendido hijo había conseguido encender la mecha que se necesitaba para que España estallara. Su vástago había puesto al país en una situación de muy difícil salida, ya que Alemania exigiría explicaciones, las cuales no podrían facilitar porque, seguro, desconocerían las circunstancias del inteligente atentado. Acto seguido, los Imperios Centrales declararían la guerra a España por haber infringido la neutralidad de la que tanto había presumido. En ese momento, nosotros, los aliados, acudiremos en su ayuda y les prestaremos todo nuestro apoyo; y ahí los tendremos, con nosotros. «Y a partir de ahí, todo será distinto —llegó el general a la irremediable conclusión—. Por fin podremos contar a nuestro lado con un sinfín de soldados dispuestos a morir por su Rey y por sus reinas y, de paso, también por nuestro modelo de sociedad».

La humanidad regresó a la cara del viejo militar y unas lágrimas comenzaron a brotar por sus ojos, como dos oasis nuevos en un desierto anteriormente conocido. Y el general recordó el día en que le mostraron a su hijo, nada más abandonar el vientre de su esposa, desnudo, como se sentía él ahora; pequeño, como su capacidad para reconocer los aciertos ajenos; pero fuerte, al mismo nivel que su orgullo. «Hijo, algún día tendrás que perdonarme; algún día Francia tendrá que reconocer tus méritos, tu arrojo, tu patriotismo, tu espíritu de sacrificio por tu país, que es tu familia».

Alain Santini se acercó al oído de Petra y le susurró algo que provocó que la boca de la mujer se ensanchara.

—¿Hoy también?

—Sí, por favor, cariño, hoy también.

—Eres un caprichoso, Alain. Pero me encanta que seas así.

La condesa del Mayo se levantó de su asiento y se dirigió al interior de la casa. Al cabo de diez minutos se oyó cómo se cerraba la puerta de la entrada. Parsimoniosa, disfrutando del momento, la

mujer se situó en el umbral de las grandes puertas acristaladas que separaban el salón del resto de la vivienda, y extendió los brazos hacia adelante, como si fuera una artista de teatro dispuesta a exhibirse delante de su público:

—¿Cómo lo va a querer el señor, con baño previo, con baño posterior, sin baño...?

Alain la volvió a levantar en brazos, como hizo el primer día.

—No hace falta que me digas hacia dónde tenemos que dirigirnos —bisbiseó, a centímetros de su oído—. Mis pies se conocen perfectamente el camino.

—Y mi boca también se conoce el suyo —respondió ella mientras le daba el beso más dulce—, y muy bien.

—¿Qué te ha ocurrido?

Alain no respondió, sabía que había estado diferente, y también conocía la razón, aunque no la fuera a confesar.

—Nunca antes me habías dado tantos besos. No has parado.

—¿No te ha gustado?

—Me ha encantado, cariño, pero es que nunca habían sido tantos. Cada vez te estás volviendo más romántico. Será que eso de estar con la presidenta de una fundación te resulta más entrañable que afrodisíaco —bromeó.

Esa era precisamente la causa de los sentimientos del francés. Era martes diecinueve y, el día siguiente era el elegido, el día del acto de la colocación de la primera piedra del edificio que iba a levantarse a la vez que se iban a derrocar los pilares de la terca neutralidad española en la guerra. El diplomático recordaba en silencio el momento en que vio a los operarios montando las dos estructuras para acoger a las personalidades, separadas entre sí lo suficiente. Pero también se acordaba de lo que le contó su amante sobre la distribución de los asientos. La fortuna se había aliado con Francia pero había sido tan imprevisible como suele gastar. Así, sus dos objetivos iban a sentarse al lado: la Reina María Cristina y el presidente del Consejo de Ministros, el señor Dato, los dos responsables de que España todavía no hubiera entrado en la confrontación bélica y siguiera adoptando la postura aquella de neutralidad, *una neutralidad que mataba*, como escribió el conde de Romanones en su periódico.

Pero no quería pensar otra vez en que allí se sentaría Petra, la mujer que ahora le abrazaba en silencio, con medio cuerpo volteado sobre el suyo, la que le envolvía con tanta intensidad, la que hundía

sus tiernos y abundantes pechos sobre su piel, la que besaba poniendo el alma en ello, como si quisiera apurar el último suspiro de vida. El francés no quería plantearse de nuevo hasta qué punto la amaba. Pero lo que nunca dejó de tener como objetivo, no prioritario sino exclusivo, era que él había llegado a Madrid para provocar la entrada de España en la guerra al lado de Francia y desnivelar así las fuerzas enfrentadas; no para enamorarse. Eso, como siempre sucede, no estaba ni escrito ni predestinado. Como si fuera una planta silvestre, se sembró por acción de la propia naturaleza y brotó ayudado por las fuertes raíces que formó. El problema fue que también creció.

—Anda, ven aquí.

—¿Otra vez? —preguntó la mujer—. Y no pongas esa cara tan triste, que parece que te vas a poner a llorar, y esto no se hace llorando. Si acaso, riendo.

A las siete y media, como todos los días que se había citado con el anarquista, el francés abandonó la calle Ferraz camino de la iglesia de San José. La Condesa le había acompañado hasta la puerta de la entrada a la vivienda y, cuando la cerró, estalló en un llanto desesperado. Después de haberlo pensado mucho, ya sabía cuál era la razón por la que Alain la dejaba todos los días para acudir al templo. Ella, que también conocía la iglesia de San José por haber acudido a algún acto religioso, se imaginaba a su amor sonriente y encandilado mirando a su primera esposa, a María Dolores, mientras le colocaba con ternura el anillo de oro en el dedo anular de la mano derecha, con la ilusión que se tiene cuando uno se casa con el amor verdadero, cuando se es joven, cuando se espera que Dios premie la unión con muchos hijos. «Por eso va allí, a pedirle perdón —dedujo con dolor, después de llegar a la terrible conclusión de que Alain y María Dolores se casaron en aquella iglesia—, porque se arrepiente, porque no la ha olvidado, porque yo no he sido capaz de cauterizar la herida que la vida le infligió —se lamentaba, a la vez que enjugaba sus lágrimas con el dorso de la mano—. Y el señor con el que se vio igual es un amigo de los años en los que vivió con ella en Madrid, o un cuñado, y se juntan para recordar la época más feliz de su existencia».

Fatigada y apenada, Petra dirigió sus pasos al cuarto de baño y, al llegar, se detuvo a contemplar la bañera, que se encontraba como ella: vacía y sola.

92

El ayudante del Primer Secretario hizo un gesto a su amigo, nada más verlo aparecer en la Isidra. Alfredo Peris y Emeterio se cruzaron las manos efusivamente en un saludo fuerte y recio, como acostumbraban.

—¡Pon un vaso a mi amigo! —ordenó al bodeguero.

—Estoy de servicio, pero me da igual. Y si me ven mis jefes, también. Y si me destituyen, también.

—Calma, Alfredo, ya me imagino que estás pasando por uno de tus peores días —supuso Emeterio.

—Que no te quepa la menor duda. Y todo por un maldito alemán que nos trae en jaque.

—¿Alemán?, ¿pero lo de la matanza no ha sido en el consulado alemán, o lo he entendido mal?

—No, ha sido donde dices, en la calle Serrano —confirmó el policía, después de beber un largo trago del vaso de vino que acababan de servirle.

Peris fue relatando a su amigo lo que presenció a primera hora de la mañana, los cadáveres y el aspecto que presentaban, especialmente uno de ellos, que tenía la cara completamente destrozada. Emeterio mostraba expresión de creciente indignación al escuchar la crónica del comisario.

Después de apurar los dos vinos, y de que los rellenaran, Alfredo Peris quiso interesarse por los actos del día siguiente y por lo que había escuchado en la Prevención sobre el accidente del Rey.

—No ha sido nada grave —ratificó el hombre que mejor se movía por Palacio—. Cada vez que se pone a hacer deporte nos tiene a todos en vilo, especialmente cuando se monta en un coche. ¿Sabías que el Consejo de Ministros le ha prohibido volar?

—Bueno, pero ¿cómo está Su Majestad? —cortó el policía, al que no le interesaban los chismorreos palaciegos, y menos en ese momento.

—No se sabe exactamente pero, por lo que he oído, o es un esguince o es una fractura de tobillo; una de dos.

—Entonces mañana no irá a la glorieta de Embajadores —concluyó el comisario.

—Pues no lo sé. Su Majestad es muy tozudo, y si dice que va, allí se presenta, aunque tenga que ir en muletas o en camilla. Además, si resulta que solamente es un esguince, seguro que acude.

—Ya he visto que han armado dos tribunas.

—Sí, parece ser que va a ir mucha gente. No te puedes imaginar la de invitaciones que se han cursado. Las doncellas de la reina Victoria Eugenia me han contado que está ilusionadísima con este proyecto de atender a las embarazadas pobres —resumió Emeterio quien, probablemente, no entendía ni la necesidad del nuevo edificio ni la razón del empeño que la inglesa había depositado en él—. Por eso se han habilitado dos tribunas.

—Pues tenemos que estar muy atentos —previno el policía a su amigo—. Cada vez me gustan menos las apreturas. Son el escondite perfecto de los criminales.

—¡Caray, Alfredo!, ¿por qué dices eso? —Emeterio no entendía la razón de la preocupación adicional del comisario, ya que era habitual que los Reyes acudieran a eventos de concentración masiva de personas, tales como carreras de caballos, funciones de teatro, actos religiosos…

—Tú hazme caso. Yo voy a desplegar el mayor número posible de efectivos. Me preocupa especialmente el asesino de los alemanes del Consulado de esta mañana. Es un joven de veinticinco a treinta años, rubio, delgado, alto y con bigotillo. No es el tipo habitual de madrileño, por tanto, si ves a alguien así, no te separes de él y me avisas. A mí o a alguno de mis chicos. Se llama Otto Bräutigam.

—Si es una persona sola, no es mucho problema. ¿No, Alfredo? —razonó el ayudante del Primer Secretario del Rey, después de apurar el tercer vaso de vino.

—Sí, es una persona sola —se reafirmó el policía—. El resto de motivos de preocupación van a dejar de serlo.

Satisfecho, consultó su reloj.

—Dentro de unas horas, pocas, dejarán de serlo —volvió a ratificarse el comisario, para extrañeza de Emeterio, que no sabía por qué su amigo hablaba así.

En el Teatro de la Zarzuela un hombre aprovechaba el magnífico camuflaje que ofrece la oscuridad de la proyección de una película de Max Linder en el cinematógrafo para abandonarse en un sueño prolongado. Se sabía prófugo en lo mental y derrengado en lo físico. Intuía que alguien le podía haber reconocido. Incluso algún otro empleado del Consulado, que al escuchar los primeros ruidos optara por esconderse «como aquellos dos desgraciados», recordó Fritz, en alusión a los hombres a los que abatió a tiros después de matar al empleado que lo traicionó dándole una bomba que no era más que una caja llena de arena y piedras.

Por esa razón, durante toda la mañana y el mediodía se mantuvo alejado de los lugares donde pudiera concentrarse gente. «Entre la muchedumbre siempre hay policías», razonó el capitán Springer. El parque de Madrid ofreció un magnífico escondrijo para el alemán, y en los bancos ocultos del cielo por la espesa vegetación de la frondosa arboleda, a pesar de la época del año, Fritz halló una improvisada y eficaz guarida. Con la llegada de la tarde optó por meterse en un cine donde sería muy difícil que alguien pudiera reconocerlo.

Pero lo que realmente preocupaba al espía era que no sabía de qué manera iba a cumplir con la misión encomendada. Tenía que matar a Alfonso XIII, a Victoria Eugenia y a Bertha. «Demasiadas personas para un hombre solo, fugitivo y armado únicamente con una pistola». Para emplear el tiempo que iba a tener por delante se había comprado un ejemplar de *El Liberal*, donde había leído la información sobre el evento que iba a celebrarse al día siguiente, y lo nutrido de personalidades que estaría, incluyendo a la familia real al completo. «Ese puede ser el momento —determinó, y más conociendo las limitaciones que le impedían buscar otra ocasión—. Sí, ese será el momento», se ratificó.

Se intentó relajar en la butaca y, acompañado por la música del pianista, Fritz se imaginó que el programa continuaría adelante y que, al terminar la *cuarta* del Apolo, Bertha y el Rey se verían en el hotel de Ríos Rosas. «Allí podré matarlos, pero a quien no voy a poder matar va a ser a la Reina. Seguro que Victoria Eugenia no va a estar allí —sonrió con el razonamiento—. Y si mato al monarca y a Bertha, al día siguiente no habrá evento, y no podré acabar con la inglesa. La operación se habrá quedado a medias y ya será muy difícil poder culminarla con éxito». Y volvió a pensar en el engaño que había sufrido con la bomba y se lamentó de la trampa que le habían tendido sin encontrar el motivo.

En un determinado momento, y sin saber el porqué, comprendió todo con absoluta precisión, como esos tristes días que amanecen plagados de nubes que impiden ver el cielo hasta que llega una ligera brisa que se las lleva y se descubre la más nítida y diáfana claridad. Y así llegó a la irremediable conclusión de que las instrucciones que le habían dado sobre lo de matar a los Reyes, a Piscitelli y a Bertha eran tan falsas como la bomba. Que aquel hombre le había engañado fingiendo transmitirle unas órdenes desde Berlín que podían no provenir de Walter Nicolai. «Pero ese desgraciado me dio la clave, aquello de *ein Sturm in Bayern*. Eso solo lo conocíamos Nicolai y yo». Fritz sabía que el hecho de que el

empleado del Consulado le especificara que el comunicado provenía de Nicolai no quería decir necesariamente que el texto que le tradujo fuera fiel a las órdenes de su jefe. «Yo no sé morse, y eso lo sabía el empleado traidor. Me contó lo que le dio la gana, pudo darme unas instrucciones distintas a las de Nicolai —llegaba a esa desoladora conclusión—. Por tanto, ¿qué voy a hacer y cuándo, a qué voy a atenerme?», se preguntó desasosegadamente.

Cerró los ojos y le vino de nuevo a la mente la imagen de Bertha y Alfonso XIII en la cama. Sabía cómo se comportaba la actriz en el lecho, lo que hacía y lo que se dejaba hacer. Apretó los párpados y diseñó, en décimas de segundo, el plan de urgencia que pondría en marcha nada más salir del Teatro de la Zarzuela, esa tarde convertido para él en un cómplice aliado.

93

Alain y Andreu se habían sentado en la pequeña y discreta Capilla Penitencial de la Iglesia de San José, donde se ubicaba el confesionario que sirvió para la primera cita entre los dos hombres. Se hallaban sobre uno de los bancos que utilizaban los fieles para orar. Aunque se encontraban solos, el volumen de sus voces era muy bajo, como un susurro.

—No entiendo por qué la Reina Madre no se sienta junto a los Reyes —reconoció el anarquista, después de escuchar la distribución de los asientos que le contó el francés—. Lo más normal sería que el matrimonio estuviera acompañado por la que fue Reina Regente, y también sería más lógico que Dato se sentara junto a su gobierno.

—Yo tampoco lo sé, Andreu, pero me da igual. Lo que sí sé es que mi fuente de información es muy fiable.

—Pero el protocolo es el protocolo, *monsieur*, y para eso los Reyes son muy organizados. Igual que organizadamente destrozan a la clase obrera también, y muy organizadamente, siguen un patrón fijo, aunque *ese* —el catalán utilizó despreciativamente el demostrativo para referirse al monarca— es muy dado a saltárselo continuamente. Habrá sido idea de la madre, que lo tiene anulado —aseguró—. O también será que la *reverenda superiora* quiere tan poco a su nuera que no desea ni sentarse a su lado. Sí, eso será lo que habrá sucedido —parecía que el anarquista había llegado, por fin, a encontrar la razón de tan extraña e inusual distribución de los asientos.

Alain miró la imagen del Cristo en la Cruz y, sin que tuviera mucha relación, pensó en lo que iba a hacer, en lo que estaba haciendo, en cómo había utilizado a Petra en su propio interés; pero el grado de convencimiento de su afán le otorgaba también una tranquilidad de espíritu que le sosegaba el alma. «Por ti, Marcel, por ti y por tantos otros como tú», se repetía una y otra vez para convencerse, para tener argumentos justificativos suficientes de la letal felonía que iba a cometer con ella. De todas maneras todavía le quedaba una posibilidad de salvar a la mujer que se había desvivido por él en Madrid, que tanto le había ayudado y de la que se había enamorado.

—¿Me puedes decir cómo lo haréis?

Andreu se volvió y clavó sus interrogantes ojos en los desazonados del francés.

—A usted qué más le da. ¿Qué quiere, que le diga dónde vamos a poner la bomba y a qué hora va a estallar? Ya me ha dicho que el acto comenzará a las doce, también me ha contado quién va a hablar y por qué orden, *monsieur*, y dónde se van a sentar los invitados, por lo menos los que nos interesan. No quiera saber ni cómo lo vamos a hacer ni cuántos ni de qué manera, por favor. No me obligue a mentirle. Usted se ha portado bien con nosotros facilitándonos dinero para cometer un magnicidio, pero nosotros también le hemos pagado el favor, ayudándoles a que España entre en esta guerra que han organizado los imperialistas de ambos bandos. Estamos en paz, *monsieur*, no nos debemos nada.

—Es que hay una persona a la que quiero salvar —confesó Alain—, la mujer que me ha dado toda la información. Va a estar sentada al lado de la Reina María Cristina y de Dato, y no quiero que le pase nada.

Al francés le costaba trabajo mirar a los ojos de Andreu. Era la persona que iba a convertirse en el verdugo de quien se había entregado a él desde el primer día en que le conoció, la misma que, horas antes, había estado en sus brazos.

—Pues dígale que no esté allí —propuso el anarquista—, reténgala, impídale que asista al acto...

—Eso es imposible, es la persona que va a presidir la fundación que ha creado la Reina.

—¡Caray, *monsieur*, sí que pica usted alto!, nada menos que la presidenta. Pues sí, va a ser difícil salvar a esa mujer, ya se lo adelanto. Si se sienta al lado de la Reina María Cristina... se me tendrá que ocurrir algo —consideró, aunque sin concretar nada.

El anarquista sabía que en todas las guerras también fallecían mujeres indefensas, niños inocentes y ancianos impedidos. No sintió lástima porque fuera a estar en riesgo la ricachona amiguita de un hombre que la había manejado en favor de sus intereses.

Después de hablar durante diez minutos más, Alain hizo ademán de levantarse del banco pero fue retenido por Andreu, que le sujetó por el brazo.

—Probablemente va a ser la última vez que nos veamos. No le pregunto si mañana va a asistir al acto porque sé la respuesta.

Se cruzaron un fuerte apretón de manos y el anarquista sintió un soplo de pena por el hombre al que iba a engañar, ya que intentaría matar a dos personas de la realeza, pero a dos distintas de las que el francés quería y por lo que había pagado. «Al final este hombre me ha caído bien», pensó Andreu, una vez se quedó solo.

Alain volvió tras sus pasos dentro de la iglesia y se despidió con

la mirada al altar mayor, ya que nunca volvería a la Iglesia de San José. En los bancos centrales, varios feligreses, algunos arrodillados, elevaban sus rezos. Uno de ellos se giró en el momento en el que Alain cruzaba la puerta de la calle. Era uno de los colaboradores de Peris, que llevaba varios días siguiendo al anarquista y que no sabía por qué se entrevistaba en aquel lugar con un francés que vivía en la calle Orellana.

94

Tantos años llevaba Bruno Mionnet trabajando en la inteligencia que tardó menos de un minuto en darse cuenta de que el Apolo se encontraba diferente, extraño. Nada más acceder al vestíbulo, y según dejaba el abrigo y el sombrero en el guardarropa, el francés se percató de la presencia de varios hombres, solos, colocados en los laterales, ávidos en la mirada. Pero el espía no se quedó solo con la idea de que eran policías, sino que fue más allá y se preguntó qué harían allí y cuál sería la razón del despliegue.

La función discurrió en completa normalidad. El teatro continuaba registrando llenos absolutos y el público seguía disfrutando tanto de la obra como, sobre todo, de su actriz principal. De hecho, mucha gente acudía a presenciar *Las amapolas verdes* por segunda o incluso tercera vez.

Bertha ya había sido informada de que Su Majestad no había acudido al Apolo. El comisario Alfredo Peris, la misma persona que irrumpió en su habitación esa mañana buscando a Fritz, le había recomendado encarecidamente que no se mudara a Ríos Rosas y que siguiera fijando su residencia en el Palace. Argumentó razones de seguridad. La alertó de la sospecha que recaía sobre su representante de ser el asesino de los cuatro empleados del Consulado —omitió los otros pálpitos que tenía sobre el alemán, como la muerte de Enriqueta o la del periodista del *Lokal Anzeiger* —, y la informó de que no podía garantizar su integridad si no seguía sus órdenes al pie de la letra.

Al principio la actriz se negó a obedecer al comisario y continuó con la mudanza prevista. A media tarde, todas sus maletas y los dos baúles se encontraban ya en la nueva dirección. Cuando en el descanso Bertha se enteró del accidente del Rey, dedujo que el monarca no acudiría al teatro; ni al teatro ni a su casa, cuyas señas ya le había facilitado la noche anterior, en su camerino.

—Muy bien —concedió la falsa espía alemana a Peris—, esta noche le haré caso y la pasaré en el Palace.

—Me alegro —replicó el policía—. Pero, ¿no va a necesitar nada de su equipaje? Me han dicho que ya lo había mandado a Ríos Rosas.

—No se preocupe por mí. No necesito mucha ropa para dormir. El Palace tiene muy buena calefacción.

Al terminar la función, y después de los consabidos saludos al auditorio, Bertha fue abordada por Leonardo Rubiales.

—Ha estado usted magnífica, Bertha. Igual de espléndida que en la primera función.

—¿Qué pensaba, que solamente iba a esforzarme la primera noche? La gente que está hoy ahí afuera —señaló con la cabeza hacia la zona de los espectadores— tiene el mismo derecho a verlo igual de bien que quienes vinieron el primer día.

—Es usted una gran profesional —la aduló el gerente.

Cansada por todos los acontecimientos que se habían desarrollado durante la jornada, la actriz no tenía ganas de escuchar un nuevo discurso del empalagoso Rubiales.

—¿Qué quiere de mí? Es la una y cuarto de la madrugada y todavía tengo muchas cosas que hacer hasta poder meterme en la cama: ducharme, desmaquillarme...

—Le quiero pedir un favor, Bertha. Mañana por la mañana nos gustaría que viniera al Apolo porque la queremos proponer un nuevo proyecto.

La actriz enarcó las cejas. El gerente continuó con la petición.

—Se ha puesto en comunicación con nosotros una de las secretarias de la reina Victoria Eugenia. Su Majestad quiere organizar unas funciones benéficas para los niños los dos próximos domingos. Unas sesiones matinales. ¿Qué le parece? —sin esperar la respuesta, Rubiales continuó con la ofensiva—. Es para este teatro un honor que tan regia Dama nos pida un favor, y la empresa quiere estar a la altura. Tenemos diseñado un tipo de función muy específica y nos gustaría que participara. Creemos que su colaboración en obras benéficas sería algo muy valorado por el público español y americano. Eso siempre engrandece a un artista.

Bertha no estaba en condiciones de escuchar proposiciones inusuales, y más el novedoso planteamiento que le exponía el gerente del Apolo. Pero no quería contradecirle.

—No sé, Rubiales, tengo que pensarlo.

—¿Por qué no viene mañana a las once y media al teatro? Así podremos hablar cuando esté descansada y la explicamos el proyecto con tranquilidad. Sería para nosotros un honor contar con su presencia —reconoció el gerente, poniendo cara de lástima.

La actriz asintió sin mucho convencimiento. Lo que más deseaba era dejar de verlo y quedarse sola, para poder ahogar en silencio sus miedos e incertidumbres. La misión encomendada, el secuestro de Alfonso XIII para obligarle a presentar la renuncia al trono y permitir la llegada de la república al país, proyecto que encabezaría Alejandro Lerroux, tendría que esperar unos días. «Pocos, espero», deseó para sí Sophie Le Crom, como le pusieron cuando la

bautizaron, la en otro tiempo llamada Kathrin Thielemann, su falso nombre alemán.

En la calle, y camino de su casa, Bruno Mionnet se lamentaba también del retraso de la misión. Por lo que le habían informado sus contactos, el Rey no se había movido de Palacio en todo el día. Ya sabía que la primera premisa de la inteligencia era la paciencia, y que los agentes habían de constituirse en seres dotados de calma, de sosiego interior y de ilimitada capacidad para sobreponerse a las contrariedades; y la certeza de que el Rey no acudiría al hotel de Ríos Rosas le había obligado a postergar, sin fecha concreta, la acción sobre el monarca. Mandó a todos sus colaboradores a dormir y él también siguió el mismo camino. Al día siguiente se acercaría por los aledaños de la glorieta de Embajadores, para ver cómo se desarrollaba el acto de colocación de la primera piedra del edificio destinado a una fundación cuyos fines reales desconocía. «Es bueno asistir a esos actos. Siempre se aprende algo», pensó mientras subía por la calle de Alcalá, camino de la Puerta del Sol, donde había establecido su residencia en Madrid.

95

Apostado en el interior del jardín de un hotel próximo, del que ya se había asegurado Fritz que se encontraba vacío, el alemán esperaba a que la casa registrara algún movimiento. Con la ayuda de la débil iluminación que ofrecía una lejana farola de gas, el espía corroboró en su reloj que eran las dos y media de la madrugada. La vivienda se mantenía apagada sin que nadie hubiera acudido a ella.

Antes de llegar a su puesto de observación, Fritz se encontró con un mendigo que dormía en el zaguán de una casa de la calle García de Paredes. Comprobó que eran de complexiones similares y que la ropa del indigente no se encontraba muy sucia. En silencio, lo levantó del suelo y comenzó a desvestirlo. El hombre, a mitad de camino entre la sorpresa, el susto y el emborrachamiento, se mantuvo en silencio. Cuando el alemán terminó de componerse, le dejó su ropa junto a unas monedas, ante el silencioso y atemorizado desconcierto del zampalimosnas.

«Bertha ya debería estar aquí», calculó el capitán Springer, que no acertaba a explicar el silencio en que estaba sumido el hotel que había alquilado para propiciar el encuentro entre la falsa actriz y el monarca más amigo de la noche de todo el mundo.

Los golpes en la puerta alertaron a Andreu Riera y a Felipe Comabella.

—¡Abrid! —desde el exterior se oyó una voz suplicante que los anarquistas no consiguieron reconocer—. ¡Vamos, abrid!

Andreu, que dormía siempre con una pistola debajo de la almohada, la amartilló y mandó callar a Felipe, que se había despertado sobresaltado y desconcertado.

—¿Quién es?

—Soy yo, el Ricard.

Andreu y Felipe se miraron confusos.

Descorrió el pestillo y permitió la entrada en la habitación del tabernero de Barcelona.

—¿Qué pasa, Ricard, qué haces tú en Madrid? —preguntó Andreu, en catalán y tremendamente extrañado.

El recién llegado se encontraba descompuesto, pálido, ojeroso, con barba de dos días, desgreñado y con la ropa sucia. Olía muy mal.

—Tenéis que iros ahora el Felipe y tú. La policía va a llegar de

un momento a otro.

—¿La policía? ¿Qué dices?

—Sí, la policía. Saben todo, Andreu, saben todo.

—¿Cómo que lo saben todo? Desgraciado, ¡explícate!

Ricard se sentó en el borde de la cama de Andreu y le contó que había entregado a la policía de Madrid la relación de los anarquistas que operaban en la capital, con sus nombres completos, las empresas en las que trabajaban y las direcciones de sus domicilios.

—Y también la de los pisos franco —completó, abochornado—, como este.

Andreu creyó que sus ojos se iban de las órbitas y se convertían en dos afilados puñales que se clavaban con saña en el centro del alma del tabernero.

—¡Traidor, canalla! —gritó, a la vez que comenzó a abofetearlo.

Ricard se tiró al suelo y se arrodilló a los pies del anarquista.

—¡Perdón, perdón! —clamaba.

—¡Eres una escoria, un vendido, un puto monárquico que nos ha vendido! ¿Por qué, cuánto te han pagado? —quiso averiguar, sin dejar de pegarle incontroladamente.

—Nada —sollozaba el delator—. Ha sido por mi hijo.

Andreu cesó en los golpes y lo agarró por el pecho. De la fuerza que reunió, casi lo puso en pie, a pesar de la corpulencia del bodeguero.

—¿Qué dices?

—Sí Andreu, mi hijo está detenido. Le han caído diez años y me prometieron que si entregaba la lista lo dejarían en libertad.

El anarquista lo miró durante unos segundos. Levantó el mentón y sintió cómo sus ojos se encolerizaban de nuevo. Felipe, desde su cama, asistía aterrado al espectáculo.

—Eres un imbécil, Ricard, eres un mierda. Te han tendido una trampa. ¡Gilipollas!

Se volvió, como si fuera a caminar hacia la pared. Súbitamente, se giró y le asestó un puñetazo en la cara que lo mandó directo al suelo. Felipe se tapó con la sábana para no contemplar aquel espectáculo.

—¡Vamos, Felipe! —ordenó Andreu, con decisión y después de comprobar que faltaban muy pocos minutos para las tres de la madrugada—. Vístete.

Ricard se quedó en el suelo, con la cara ensangrentada y confirmando con la lengua que le tenían que faltar, por lo menos, dos dientes. Pero sobre todo deseaba estar muerto, arrepentido no solo por haber entregado la lista al comisario Peris sino por haber

nacido.

Cinco minutos después, los dos anarquistas abandonaban el piso de la calle Sombrerete. Felipe cargaba con el artefacto, que pesaba algo más de tres kilos, y Andreu con los dos revólveres.

Madrid dormía bajo una fina lluvia que acababa de hacer su aparición en la tranquila atmósfera de la ciudad; pero por muy poco tiempo. El silencio reinante se vio alterado a las tres y cuarto de la madrugada, momento en que comenzó a funcionar el despliegue organizado por Alfredo Peris. Con precisión, y al unísono, los agentes desplazados sigilosamente por la ciudad irrumpieron en los domicilios de los anarquistas que habían sido delatados por Ricard. Sin ofrecer resistencia, los hombres fueron arrancados de sus casas entre los lastimeros llantos y vanos forcejeos de sus mujeres, que veían cómo la policía detenía a sus maridos y se los llevaban sin acusación alguna.

Alfredo Peris, acompañado de otros seis agentes, irrumpió en la dirección del piso franco ocupado por los dos sospechosos más importantes, los recién llegados de Barcelona para cometer un atentado contra los Reyes, pero se encontraron con la soledad y el silencio de dos camas desechas. Empalidecido y humillado, el comisario mandó registrar el edificio entero:

—¡Si es preciso sacad a todo el mundo de sus camas! —tronó a sus agentes, fuera de sí.

Convencido de que los dos anarquistas llegados desde Barcelona habían huido porque los avisaron, porque se lo imaginaron o, simplemente, porque Ricard le hubiera engañado, Peris regresó a su despacho. Todavía tenía por delante una noche muy larga. Hacía unos minutos se había recibido el aviso de un nuevo suicidio en el Viaducto. Se desconocía la identidad del fallecido, que había muerto en el acto al estrellarse contra los adoquines de la calle Segovia, ya que no llevaba encima carné alguno. Los únicos datos que había de él eran que se trataba de un varón muy corpulento, dotado de una gruesa cabeza, con un bigote tan poblado que casi le tapaba la boca, y con unas manos fuertes y nervudas terminadas en unos dedos recios y unas uñas duras.

96

Antes de las ocho de la mañana, y nada más despertarse, lo primero que hizo la reina Victoria Eugenia fue lamentarse de que, en ese día tan señalado, el tiempo atmosférico de Madrid se asemejara al de su lejana, querida y siempre añorada tierra natal. Las nubes encapotaban el cielo y su aspecto plomizo y ceniciento dotaba a la mañana de una tristeza que era incompatible con su estado de ánimo. Como si se hubiera agarrado a la última esperanza que había depositado en su vida como Reina, Victoria Eugenia se había forjado unas ilusiones por el nuevo proyecto que ella misma consideraba desproporcionadas. Pero es que no tenía mucho más. De su marido no es que no tuviera amor, es que ya no tenía ni cariño. Además permanecía la hostilidad fría y continua de su suegra, y la presencia de sus hijos enfermos. Con todo ello, la inglesa no tenía lugar en Madrid donde se sintiera cómoda, animada, dichosa.

Pero aparcó los nubarrones, por lo menos de su estado de ánimo, y llamó a su doncella.

—¿Cómo se encuentra el Rey?

—No lo sé todavía, Majestad, si lo desea Su Majestad, mando recado.

—Por favor. Quiero saber si oirá misa conmigo —manifestó, mientras no apartaba la vista del ventanal que se orientaba a la Plaza de Oriente, el que tenía a la izquierda de su cama.

Cinco minutos después, la doncella regresó con un mensaje tan nuevo como sorprendente:

—Majestad, ha solicitado Su Majestad el Rey que acuda a su dormitorio.

La sirvienta bajó la mirada y la estrelló contra el suelo, como si se avergonzara por el contenido del recado.

Atravesando las comunicaciones intermedias, Victoria Eugenia llamó a la puerta de entrada al dormitorio de su marido.

—¡Adelante!—. La voz parecía débil y enfermiza.

La Reina se encontró a su marido, que la miraba desde el lecho.

—Pasa Ena, por favor.

—¿Qué le pasa a nuestro Rey? —preguntó la inglesa, mostrando una discreta mueca de ánimo.

—Tu Rey tiene mucho dolor, Victoria. Me han dado algo para pasar la noche y he conseguido dormir un poco, pero sigue doliéndome mucho. Me han informado que es posible que tengan

que escayolarme el pie. ¿A qué hora quieres la misa?

—Iba a ordenar al capellán que la oficiara a las nueve. El acto es a las doce. Diez minutos antes saldré hacia Embajadores.

—Saldremos, Victoria, saldremos los dos, y también mi madre.

—¡Qué dices Alfonso!, tú no estás para moverte. Debes guardar reposo.

—Ya verás cómo puedo perfectamente.

El Rey se incorporó de la cama y giró para poner los pies en el suelo. Cuando apoyó el derecho lanzó un bramido atronador.

—Lo ves, Alfonso, no estás para venir. Tienes que hacer caso al doctor.

Para el comisario Peris la noche había durado solo dos horas. A las seis de la madrugada se recostó en un sillón destartalado donde dormitó hasta las ocho de la mañana. Y aun así se alegraba de no haber tenido que intervenir en el asunto del suicida del Viaducto, un cadáver sin identificación que, por lo menos hasta ese momento, no había sido reclamado por nadie y del cual se había encargado un compañero.

La redada había reportado los frutos esperados y ya habían tomado declaración a un buen número de detenidos. El ministro Sánchez Guerra le había llamado para felicitarle. Pero, aun así, el comisario sabía que la misión no estaba finalizada. Tres personas se habían escapado de la red extendida por la capital, y cada una de ellas más peligrosa. Por un lado estaba Otto Bräutigam, el representante de Bertha y asesino, Peris estaba convencido de ello, de los empleados del consulado alemán. Por muchos medios que había repartido por la ciudad, por mucha pareja de policía que había rondado por los lugares más insospechados, e incluso vestidos de paisano, el resultado había sido negativo. Y luego estaban los dos anarquistas, Andreu Riera y su protegido, el joven Felipe Comabella. De eso sí que se sentía especialmente dolido, porque sabía que se le habían escapado de entre las manos por culpa de su inacción. Tenía que haber actuado con mayor celeridad y no fijar la hora de la redada para las tres y cuarto de la madrugada. Demasiado tarde, demasiado confiado. Probablemente fuera alguien con el aviso, incluso pudo ser el tabernero catalán, Ricard, al cual ordenó abandonar la ciudad nada más entregarle la relación de los anarquistas establecidos en Madrid.

Pero no era el momento de lamentaciones. Si alguno de los tres quería delinquir, sería dentro de unas horas, en la inauguración del

edificio de la fundación que patrocinaba la Reina. Y para eso tenían que vérselas con él. Con él y con todos los policías que se desplegarían por el entorno. «Será un lugar tomado por nosotros —afirmó, para sí—. Sus Majestades estarán más seguras que en sus propios dormitorios de Palacio», sentenció, henchido de orgullo profesional.

97

A las diez y media de la mañana, y acompañado por un paraguas totalmente empapado, Alain llamaba al timbre del tercer piso con el mismo miedo que sentimiento de culpabilidad. Le abrió Elisa, que no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Pase, señor —se limitó a decir la muchacha.

La criada lo condujo al salón y le ofreció un café.

—¡Dios mío, qué serio estas, Alain!, ¿qué pasa, que en tu país no llueve? —bromeó la Condesa, a modo de salutación.

El francés se levantó y la abrazó como nunca antes lo había hecho.

Petra se apartó de él un palmo y le preguntó con la mirada por la razón de su silencio, de su abrazo e, incluso, de su presencia.

—No te hacía aquí. No sabía que fueras a venir. Ya sabes que no me han dado asiento para ti. Me preguntaron si estábamos comprometidos oficialmente y, claro, me tuve que callar.

—Nosotros oficialmente no somos nada —quiso justificarse el francés.

—No sé si solo oficialmente o también en la realidad, Alain, pero mantenemos una relación de muy difícil explicación, a pesar de ser personas libres ante Dios y ante la sociedad.

—Ante Dios seguro que sí, ante la sociedad no lo sé. En el fondo siempre se le reprocha al viudo o a la viuda que vuelvan a querer ser felices.

—Bueno, y aunque esté el servicio en la casa, ¿me vas a dar un beso?

Con tristeza, Alain se acercó a la boca de la mujer pero no tuvo fuerzas para quererla con el corazón. Sabía muy bien lo que iba a ocurrir en unos minutos, quizá en poco más de una hora. Tenía grabados en su mente la ubicación de los invitados en las tribunas, la de la izquierda, donde se sentarían ella y los dos objetivos señalados, la reina María Cristina y Dato, y otras personas que, como ellos y sin saberlo, tenían dictada su sentencia de muerte.

—No te preocupes, Alain —Petra quiso restar importancia a la inapetencia de su amante—. No siempre está uno con ganas de fiesta. Nos pasa a las mujeres y, por qué no, también a los hombres. Veo que te han ofrecido café.

—Elisa... —balbució.

—Ya sé que ha sido Elisa. Una muchacha muy eficiente. Por cierto, me han llamado de Palacio, a primera hora. Lo que se había

hablado era que íbamos a llegar a Embajadores en carrozas pero, por culpa del tiempo, las han sustituido por automóviles. También me han confirmado que no va a acudir Su Majestad el Rey.

—¿Que no va ir el Rey? —se sorprendió Alain, que desconocía el accidente que había sufrido el monarca el día anterior en la Casa de Campo.

—Parece ser que no —se ratificó Petra—. Veo que no te has enterado de que ayer tuvo un percance con el caballo y se ha roto el tobillo.

—¿Y dónde se va a sentar la reina Victoria Eugenia? —quiso saber el francés, con interés inmoderado y nada disimulado.

—¡Vaya pregunta más rara que me haces, Alain! —la Condesa se extrañó—. ¿Y a ti qué más te da?

El diplomático no encontró explicación alguna que pudiera ofrecer a su taimada consulta.

—Pero si tanto te preocupa, te diré que deberías saberlo tú mejor que yo, que eres diplomático y yo una simple viuda. El hecho de que falte alguna personalidad a un acto no varía la disposición de los asientos del resto. Si hubiera que condicionar el protocolo a los imprevistos de última hora... Bueno, quédate aquí que voy a vestirme. Tengo que estar en la calle a las once y media. Me dijeron que no podías sentarte a mi lado, pero nadie me ha prohibido que podamos llegar a Embajadores en el mismo medio de locomoción.

Antes de abandonar el salón, la anfitriona se giró y presupuso, con cierta amargura:

—Si estuviéramos solos te pediría que me ayudases a vestirme, pero no creo que hoy tengas muchas ganas de Petra.

La Condesa estaba convencida de que si hubiera seguido mirándole habría arrancado a llorar, como la sucedía a menudo, y más desde el día en que Elisa le contó lo que hacía siempre después de pasar la tarde con ella.

Petra inició el camino hacia su habitación cuando escuchó la voz de Alain que la llamaba de nuevo. La Condesa se sorprendió con la cara que mostraba el francés. Inmóvil, casi sin respirar, con las manos entrelazadas, moviéndolas nerviosas...

—Alain, por Dios. Dime qué te pasa.

No podía hablar, era imposible que despegara sus labios, sellados como si les hubieran puesto lacre. Le pediría que se quedara, que no saliera de su casa, que jamás se le ocurriera pisar la calle, que el veinte de enero no se había hecho para ella, que ese 1915 sería un año con solo trescientas sesenta y cuatro jornadas.

La mujer lo abrazó sin saber la razón, por afecto, por amor, sin

preguntar, en silencio.

A pesar de la lluvia, Bruno Mionnet prefirió ir andando. Cubierto por un amplio paraguas, el francés bajó por la calle Toledo hasta tomar la de Embajadores. Las manecillas de su reloj marcaban las once y media de la mañana, y lo primero que sorprendió al espía fue la cantidad de gente concentrada en el lugar. Desde muchos púlpitos se cuestionaba la labor piadosa de la fundación que patrocinaba la reina Victoria Eugenia, tanto su propia naturaleza como los fines que perseguía. La Iglesia no terminaba de entender que se prestara tanto apoyo a las mujeres que se habían quedado embarazadas sin haber pasado por la santificación del matrimonio ante los ojos de los hombres y de Dios, sobre todo de este último; y había criticado, aunque muy veladamente, la labor de la Reina, excesivamente inclinada a la ayuda de quienes albergaban en el interior de su vientre el fruto de un pecado deleznable. Algún sacerdote incluso llegó a insinuar que podía haber sido satanás quien hubiera malaconsejado a Victoria Eugenia, la cual, como no paraban de recordar, se hizo católica para convertirse en reina de España.

El efecto no se había hecho esperar. La noticia de la repulsa de la Iglesia a la fundación había provocado el incondicional apoyo de gran parte de la clase trabajadora. En los talleres de artes gráficas del paseo de las Delicias, en los textiles de Bordadores, en los de forja de la Rivera de Curtidores, los obreros habían decidido acompañar masivamente a la Reina en el acto fundacional. Por ello, Bruno Mionnet se encontró con que allí no cabía un alma. La policía había acordonado la zona para permitir que los vehículos con las personalidades pudieran llegar y salir del lugar con cierta comodidad. El hombre de la inteligencia francesa, siempre bien protegido por su paraguas, contemplaba las dos tribunas cubiertas separadas entre sí unos diez metros, con un estrado en el centro destinado a los oradores y también con un pabellón que resguardaría al conferenciante de la lluvia que comenzaba a amainar.

Entendió que no tenía mucho sentido esperar acontecimientos de pie y buscó con la mirada un cobijo cómodo. Al otro lado de la glorieta, junto al Colegio de Veterinaria, se fijó en un coche de punto cuyo conductor leía un diario.

—Si no le importa, voy a quedarme dentro de su coche —pidió al hombre—. Luego echamos cuentas y no se preocupe, seré

generoso —para dotar de mayor credibilidad a sus palabras, Bruno Mionnet le entregó cinco pesetas, con las que consiguió comprar la paciencia del chófer y el abrigo de su vehículo.

98

A las doce menos cuarto los nervios del comisario Peris se encontraban en su cenit. Bajo la lluvia, su amigo Emeterio trataba de calmarle:

—No tienes que preocuparte de nada, Alfredo, con la redada de anoche nadie va a querer hacer una tontería, y menos con tanto policía como hay desplegado en la glorieta.

Las dos tribunas se encontraban atestadas de personalidades. En la de la izquierda ya se podían distinguir a varios ministros que charlaban animadamente entre sí. El marqués de Lema y Gabino Bugallal, titulares de las carteras de Estado y de Hacienda, conversaban con un empresario catalán de visita en la ciudad. La contraria, destinada a la nobleza, ya se hallaba prácticamente completa. Los condes de Maceda y de Gavía reían escandalosamente con Pío de Saboya, marqués de Castel-Rodrigo, mientras que sus esposas, sentadas en la primera fila, cuchicheaban algo al oído.

Peris se acercó a uno de sus hombres y le ordenó que, con ayuda de un compañero, volviera a inspeccionar el interior de las armaduras metálicas que habían dispuesto para el acomodo de los invitados.

—Comisario, las hemos examinado hace media hora.

La respuesta de Peris no fue con palabras sino con la mirada, convirtiendo sus ojos en dos dagas asesinas.

—Vamos ahora mismo, a sus órdenes —fue la respuesta atropellada del joven policía.

Diez minutos antes, y por el fondo del paseo de las Acacias, un par de hombres conducían un carro con dificultad pues la calzada estaba llena de charcos que ganaban en magnitud por momentos. Vestidos con sendos blusones de trabajo y cubiertas las cabezas con gorras, Andreu y Felipe charlaban con otros dos obreros que se habían encontrado por el camino. Se dirigían al lugar donde les esperaba la misión marcada y que un francés desconocido les había servido en bandeja de plata. Andreu se despidió efusivamente de los dos hombres y, una vez solos, marcó una seña a Felipe. El joven se acercó a su mentor.

—¿Te has dado cuenta de que no nos hemos encontrado con nadie conocido?

—Sí —concedió el muchacho, que se hallaba muy nervioso—. De todas maneras, yo no conozco a casi nadie en Madrid.

—Pues yo conozco a la mayoría de ellos y ahora no veo a nadie.

Va a ser verdad lo que nos contó el hijo de la gran puta de Ricard. ¿Cómo pude fiarme de él? —volvió a lamentarse el anarquista, que no había hecho otra cosa durante la noche que arrepentirse una y otra vez de la confianza que depositó en el que creía su compañero y resultó ser un vil traidor.

—De nada sirve quejarnos ahora, Andreu. Nosotros vamos a hacer lo que nos trajo a Madrid.

—Tienes razón, Felipillo. Vamos a dejar el carro por aquí. Creo que es el lugar más alejado posible. ¿Te parece bien?

Era la primera vez que Felipe veía dudar a su maestro.

—Andreu, ¿no estás convencido?

—¿De lo que vamos a hacer o de dónde dejamos el carro?

El joven no respondió al absurdo dilema planteado por su protector. Solo se limitó a recordar la hora fijada.

—Las doce y media, ¿no?

El jefe asintió. Después le indicó con la cabeza hacia dónde tenían que encaminarse.

Intentando avanzar entre la multitud congregada, los dos anarquistas catalanes acortaban, poco a poco, la distancia que los separaba de las dos plataformas. Mientras se abrían paso mediante el uso de los codos y los hombros, contemplaron la disposición de las dos tribunas, tan separadas entre sí, con los objetivos tan nítidos, que pensó algo que le hizo sonreír: «Dios, al final voy a acabar creyendo en ti».

En el momento en que el Berliet que conducía a Petra, su criada y Alain hizo su entrada en la glorieta de Embajadores, la condesa del Mayo lanzó un chillido en señal de sorpresa.

—¡Santo Dios, Alain!, ¿has visto cuánta gente ha venido?

El vehículo avanzaba con cierta dificultad ya que se había formado una hilera de autos con las personalidades más rezagadas. Cuando llegaron al lugar indicado, dieron el alto al chófer y este se bajó raudo para abrir la puerta de la Condesa.

—No te puedo pedir que me des un beso, Alain, que hay demasiada gente, pero por favor, deséame suerte, que va a ser la primera vez en mi vida que voy a hablar en público. Me muero de miedo —confesó, casi sin mover los labios.

El francés la agarró la mano y la presionó con tanta fuerza que casi le hizo daño, pero no pudo abrir la boca. Se sentía incapaz de desear suerte a alguien a quien estaba enviando a la muerte. Alain estaba convencido de que, debajo de aquellas colgaduras que

ocultaban el andamiaje, se encontraba la bomba que habrían colocado Andreu y sus compañeros anarquistas de Madrid. Estaba colocando en el cadalso al amor que había encontrado en la ciudad, a una mujer buena que se había abierto a él cuando más lo necesitaba; pero el persistente recuerdo de su amigo Marcel, el hediondo olor a formol del hospital y la desoladora imagen de su ciudad, de su París, llena de niños tristes de la mano de mujeres de negro le confería un grado de compromiso que superaba cualquier sentimiento personal. Es más, si de algo hubiera servido, habría firmado con tranquilidad y convencimiento su propia sentencia de muerte con tal de que la guerra se decantara por el lado de los aliados. Petra, su gran amor, era muy poco comparada con la integridad de su Patria.

Vio alejarse a su amante camino de su ubicación dentro de la tribuna de la izquierda y a su criada detrás, y fue cuando asoció la capa con capucha de Elisa, vestimenta bastante poco habitual y raramente vista en la ciudad, con la de aquella feligresa que vio en la Iglesia de San José, uno de los días que se entrevistó con Andreu. «Igual es una casualidad —pensó en un primer momento, aunque luego puso los pies en el suelo—. Ya sabemos que las casualidades solo suceden en las novelas, nunca en la vida real. ¿Qué haría la criada rezando en una iglesia tan alejada de la casa de su señora?», se preguntó sin hallar respuesta. Dedujo que era posible que la chica viviera por aquellas calles.

Peris batía con la mirada las caras que tenía delante, a escasos metros, pero era incapaz de reconocer entre ellas la de Andreu o la de Felipe. Además, la lluvia provocaba que se vieran muchos paraguas o que, quienes no lo llevaban, fueran con gorras, bien caladas hasta las orejas. Entre ellas y los pañolones, el comisario veía mucha gente, pero era incapaz de distinguir personas.

—Son las doce, Alfredo, las Reinas están a punto de llegar —comentó Emeterio.

—¡Qué ganas tengo de que todo esto termine, amigo mío! Mañana vamos a tomarnos tú y yo dos buenos vasos de vino y una abundante ración de jamón, te voy a invitar yo.

El ayudante del Primer Secretario iba a continuar con la conversación iniciada por el comisario cuando una pequeña comitiva de dos vehículos irrumpió en la glorieta. El primero era de escolta. Del segundo se apeó, entre aplausos de los congregados, la reina María Cristina. La austriaca saludó discretamente con la mano y sonrió con desgana. No la gustaba estar allí pero sabía que las responsabilidades de su cargo la obligaban a mantener un

protocolo. Andando despacio, se dirigió hacia su lugar, donde fue cumplimentada por el presidente del Consejo de Ministros y por Petra Domínguez, la amiga de su nuera.

—En cuanto llegue Su Majestad la reina Victoria Eugenia y se apee del vehículo, comenzará a sonar la marcha real y empezará el acto —aseguró el comisario, sin apartar la vista de la multitud. Sabía que entre todo aquel enjambre de rostros oscuros y embozados se encontraban los de los anarquistas. Tenía ese presentimiento que nace después de llevar varios lustros trabajando en la calle y moviéndose entre la peor patulea.

A las doce y cinco, y en medio de una gran expectación, otro par de automóviles hicieron acto de presencia en la glorieta. Cuando los dos amigos comprobaron quién viajaba en el segundo vehículo, se agarraron del brazo en un gesto instintivo de descomunal sorpresa.

—¿Has visto, Emeterio?

—Pero si me habían dicho que tenía el pie roto —respondió el hombre de Palacio, casi tartamudeando.

Su Majestad el rey Alfonso XIII, ayudado solo de un par de muletas, se apeó del Hispano Suiza que lo había trasladado al acto. A su lado, su esposa lucía una sonrisa radiante y feliz. Victoria Eugenia sabía que su marido sería el hombre con más defectos del mundo pero, por lo menos ese día, no había querido dejarla sola. A pesar de lo mucho que le había rogado que mantuviera reposo, el Rey, dispuesto, terco y obstinado, decidió acompañar a su Ena. La conocía bien y sabía que la madre de sus hijos había depositado demasiadas esperanzas en el proyecto como para defraudarla. Ya lo hacía el resto del año, pero aquel veinte de enero no; ese día fue el inseparable compañero que ella necesitaba.

Al ver la silueta del Rey, Andreu, que había sido capaz de alcanzar la segunda fila entre el público, torció el gesto. «No sé por qué no se ha quedado este en su casa —se lamentó—. Aquí no le puede pasar nada bueno». Miró la hora y comprobó que quedaban veinte minutos para las doce y media.

—Espero que los discursos no sean muy cortos y nos dé tiempo —susurró a Felipe, al lado de su oreja.

99

El discurso de Carlos Prats y Rodríguez del Llano había resultado adecuado y correcto, es decir, aburrido. El equipo del alcalde preparó unas palabras de compromiso que el edil leyó de forma plana y sin matices, ausente del más nimio ápice de pasión e interés.

Sin embargo, Petra Domínguez había sorprendido a los presentes con una ardiente defensa de las mujeres que llevaban en sus entrañas el fruto del amor, y del derecho que estas tenían a que los poderes públicos velaran por ellas en ese crucial momento. Una parte de su discurso fue leída pero otra fue improvisada. La glorieta mostró su apoyo al proyecto con una atronadora ovación.

Alain, que se había quedado en la zona de los coches, próximo a los chóferes, aplaudió las palabras de Petra a la que casi no vio pues las lágrimas le impedían enfocar correctamente la imagen de la mujer. No sabía en qué momento estallaría la bomba de Andreu y había rogado a Dios, aunque nunca se acordaba de Él, que se accionara en el momento en el que ella se encontrara fuera de la tribuna, en el estrado de los oradores. Pero fue terminar su discurso y, a la vez que saludaba al público, Petra regresó a su asiento, situado entre la reina María Cristina y Eduardo Dato. «Vamos, Alain, ten valor, sal corriendo hacia ella —le suplicó su conciencia —, lo estás deseando. No puedes consentir que ella muera, ella ha sido todo para ti y va a ser todo si impides el asesinato. Es inocente —se reconcomía para sus adentros—, y tú siempre has sido un defensor de los inocentes, no puedes consentir que su cuerpo se pulverice junto al de otras personas que te resultan indiferentes». El francés se tapó la cara porque no quería que la última imagen que retuviera de ella fuera la de la inminente explosión. Quería quedarse con el recuerdo de los instantes clave, como cuando la vio dentro de la bañera, o el momento en el que, en sus brazos, le indicó dónde estaba su cuarto. O cuando se dieron el primer beso, ese que fusiona el miedo con la pasión, la ternura con la locura.

En el momento en el que comenzó la alocución de la reina Victoria Eugenia, Peris se encontraba a punto de desmayarse; la tensión que soportaba era máxima. No esperaba que los discursos fueran sucediéndose inocentemente uno tras otro y que, en diez o quince minutos a lo sumo, todo hubiera finalizado de la misma manera que empezó, esto es, bajo la más absoluta normalidad.

Siempre al lado de Emeterio, el comisario no perdía de vista a la

multitud, quieta, de pie, aguantando la fina lluvia en que se había transformado el aguacero matinal. Por eso le extrañó que, por su derecha, la masa humana se moviera como si por entremedias tuviera vida propia: alguien se abría paso entre la muchedumbre. Peris dio un suave codazo a Emeterio y le indicó con la vista hacia dónde tenía que mirar. Los dos amigos no apartaron los ojos del lugar donde una persona, alta, calada con una gorra, se hacía un hueco. Estaba a la altura de la quinta fila. Ahora ya había alcanzado la cuarta. Después pasó a ocupar la tercera. En ese momento se había colocado en la segunda. Antes de que llegara a la primera fila, Alfredo Peris supo de quién se trataba. No cabía duda alguna de que aquella sombra cautelosa y camuflada pertenecía a Otto Bräutigam. Y gritó, gritó todo lo fuerte que pudo:

—¡Alto, policía! ¡Detengan a ese hombre! —el dedo índice de la mano derecha del comisario indicaba, seguro y acusador, en la dirección del representante de Bertha.

El alemán, al saberse descubierto, sacó su pistola y disparó al aire. Los guardias que formaban el cordón que retenía a la multitud se soltaron pero, prácticamente a la vez, otro suceso iba a acontecer en la glorieta de Embajadores. En uno de los laterales, un carro hacía explosión reventando en mil pedazos tanto la estructura del sencillo vehículo como el acto de colocación de la primera piedra del edificio de la fundación. El gentío comenzó a correr despavorido sin rumbo fijo y, aprovechando ese momento perfectamente calculado por Andreu, él y Felipe corrieron hacía las tribunas de personalidades. Si querían realizar un atentado selectivo tenían que servirse de la sutil sagacidad de una pistola, un arma mucho más inteligente y discriminatoria que la ciega brutalidad de una bomba, que no entiende quién tiene que morir y quién no; y los anarquistas querían asesinar a las dos Reinas y dejar ileso al Rey. Si hubieran podido colocar un artefacto debajo de las tribunas, el resultado de la explosión habría sido caprichoso e incierto, y así no se evitaba que la clase obrera se librara de aquella guerra de intereses.

Fritz vio su esperada oportunidad cuando la masa le dejó hueco para avanzar y tuvo campo libre. Como liebres despavoridas, los tres hombres corrieron con las pistolas por delante. Emeterio salió en estampida hacia la tribuna donde se encontraba el Rey y consiguió golpear con el hombro a Andreu, al cual casi tira al suelo; pero no lo logró. Fue el ayudante del Primer Secretario quien se vio en el barro. Sirviéndose del desconcierto, Fritz se detuvo y apuntó con su Luger al rey Alfonso XIII. Cerró el ojo derecho y encaró el arma. Instantes antes de que encogiera su dedo índice para accionar

el gatillo, Andreu consiguió golpear con ímpetu su brazo hacia el cielo, consiguiendo así que el disparo del alemán se fuera muy por encima de donde se encontraba Su Majestad y la pistola volara hacia otro de los charcos que se habían formado con el diluvio de la mañana. Uno de los policías disparó a un joven que se hallaba a cinco metros de la reina Victoria Eugenia que, aterrada, se mantenía inmóvil en el estrado de los oradores. Antes de que su cuerpo se estrellara contra el suelo, Felipe Comabella había dejado de existir.

Peris corrió tras Fritz Springer, que se encontraba desarmado, e intentó sin éxito agarrarlo por uno de los brazos. El espía se zafó con relativa facilidad y, sin más alternativa que la huída, se dirigió veloz hacia la zona donde se encontraban los automóviles. Escuchó varios disparos pero ninguno le alcanzó.

Después de haber evitado el magnicio por parte del alemán, y viendo a Felipe derribado en el suelo, envuelto en un barrizal de sangre, agua y arena, Andreu encañonó a la reina María Cristina y apuntó.

Y sonó un disparo.

El cuerpo del anarquista se desplomó violentamente cuando sus rodillas dejaron de tener la voluntad de sujetar a aquel idealista asesino. Alain, el autor del disparo, guardó el arma y corrió hacia el coche que le había llevado al lugar. Echó al conductor de su asiento. El hombre que había encarado al Rey acababa de huir por la ronda de Valencia en dirección a la glorieta de Atocha.

Peris, aturdido, comprobó que la reina Victoria Eugenia continuaba en el mismo sitio, inmóvil pero viva, que el Rey se levantaba del suelo y comentaba algo con unos ministros y que la reina María Cristina era ayudada a incorporarse por la condesa del Mayo. Todos estaban incólumes.

—¡Vamos! —gritó a dos compañeros—, ¡hay que seguir al primer coche!

El chófer del coche de punto en el que se había cobijado Bruno Mionnet sintió el desagradable y sobrecogedor frío del cañón de una pistola sobre su cuello. Oyó cómo una voz, educada y tranquila, le pedía algo en perfecto español.

—Por favor, bájese. Este Charron lo sé conducir perfectamente.

100

Parecía que el Minerva conducido por Fritz había perdido el control, pero solo era una figuración. El alemán sabía manejar con destreza el vehículo y era capaz de sortear, con habilidad y precisión, todos los obstáculos que se le iban presentando. Antes de alcanzar la glorieta de Atocha, el espía había conseguido evitar la colisión con dos carros, con un coche de punto que circulaba hacia la estación ferroviaria y con tres reses conducidas por un vaquero, amén de un sinfín de ciclistas y viandantes que se apartaban aterrorizados ante la velocidad del vehículo.

El coche en el que viajaba Alfredo Peris no tuvo tanta suerte. Su conductor no consiguió esquivar un tranvía de la línea 15 que, muy lentamente, se dirigía hacia Embajadores. El vehículo impactó con la parte delantera del transporte público y los ocupantes del primero salieron despedidos al todavía nublado cielo madrileño.

Fritz se percató de que uno de los coches que le perseguía había sufrido un accidente. Se fijó en la imagen que le ofrecía el espejo retrovisor ubicado a la izquierda del vehículo: alguien más le seguía. Cuando escuchó el primer disparo fue consciente de que no era una suposición sino una realidad. Giró hacia la plaza de Cánovas del Castillo y siguió esquivando más vehículos, más carromatos y más animales que parecía se habían confabulado para convertir el paseo del Prado en una prueba de habilidad en el manejo de un automóvil.

Al llegar a Cibeles viró violentamente hacia la izquierda y fue cuando el alemán distinguió un carro tirado por dos bueyes y cargado de retamas y carrascas y un vehículo industrial atravesados en la calzada; parecía que acababan de chocar. Los eludió girando de nuevo a la derecha, por la calle Barquillo. La suerte que le había acompañado desde Embajadores dejó de ser su aliada. El vehículo que había robado en la glorieta perdió el control y los neumáticos patinaron sobre el resbaladizo adoquinado de la calzada, provocando un derrape que lo estampó brutalmente contra una farola.

El espía comprobó que la sangre bañaba su cara, que el pecho le abrasaba por el golpe recibido contra el volante y que un fuerte dolor le sacudía en la pierna derecha. Cojeando ostensiblemente, Fritz se apeó del coche y distinguió, al igual que un faro en medio de una tormenta, la entrada de artistas del Apolo. No se lo pensó dos veces.

Sujetándose el muslo con las dos manos, y a trompicones, consiguió apartar al portero, al cual conocía sobradamente.

—Señor Bastigan, ¿qué sucede? —el empleado quiso atender al representante de *La Nueva Gata de Madrid*.

—¡Un arma, necesito un arma! —pidió, desesperado.

El hombre lo miró con la extrañeza dibujada en su rostro. El espía no se había dado cuenta de que, instintivamente, había realizado la angustiosa petición en alemán, por lo que el empleado no pudo ni siquiera entenderle.

Al escuchar el frenazo del coche que lo perseguía, y que era conducido por Alain Santini, Fritz se internó en el teatro que, como si fuera un sepulcro, se hallaba fosco y silente. Desde el interior, el alemán miró con temor hacia la puerta de entrada y apreció una forma y una sensación: lo primero resultó ser la silueta de una pistola. Lo segundo la sacudida, nueva para él, producida por un proyectil que acababa de introducirse en su cuerpo instantes después de escuchar una fuerte y ecoica detonación. Le habían alcanzado.

Bertha, Rubiales y las otras tres personas que se encontraban en el despacho del gerente se pusieron en pie, sobresaltadas al escuchar un ruido que se asemejaba, con inquietante similitud, al de un disparo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Leonardo Rubiales, que se había quedado pálido como si en instantes la sangre se le hubiera esfumado de su cuerpo.

Bertha los mandó callar y se acercó a la puerta. La entreabrió.

El teatro se hallaba débilmente iluminado. Solamente las luces de emergencia permitían al conocedor del lugar orientarse con alguna precisión. Por eso Alain Santini, después de disparar contra Fritz, se quedó parado, apostado detrás de una columna, intentando que sus pupilas se dilataran lo antes posible.

El alemán, que conocía el teatro como si fuera su casa y podía moverse por él con los ojos cerrados, se dirigió hacia uno de los pasillos laterales para intentar ganar la escena. Fue a la altura de los palcos cuando sintió una fuerte presión en el pecho que precedió al primer vómito de sangre. El impacto del vehículo contra la farola empezaba a tener ahora las repercusiones más fatídicas. El volante se había hundido parcialmente en el abdomen del espía y su respiración se volvía cada vez más angustiosa y jadeante. Además, el impacto de bala en el hombro le provocaba un lento sangrado. La vida se le marchaba por varias zonas de su cuerpo, como si cada una de ellas fuera la venganza particular de sus víctimas.

El silencio de la sala se vio interrumpido por el ronroneo de un lejano motor. El alemán consiguió llegar al escenario y fue ahí cuando una pierna se entrecruzó con las suyas y provocó su caída. Desde el suelo, Fritz se giró y contempló de nuevo, una vez más, quizá la última, la inconmensurable belleza de Bertha, la que fue su compañera de misión. A pesar de la oscuridad, sus rasgos delicados se dibujaban con nitidez.

—Los dos queríamos lo mismo, Fritz, que España entrara en la guerra y que abandonara la neutralidad, pero con propósitos muy distintos. ¿Verdad?

Si hubiera habido más luz, el alemán podría haber percibido la fría expresión de la mujer con la que compartió tantas noches de amor, ahora sabía que interesado y nunca sincero. Pero lo que más extrañó al alemán no fueron las palabras de Bertha, ni el descubrir que era una agente rival, confirmando así el mensaje que le dieron en el consulado. Lo que más sorprendió a Fritz fue el idioma que usaba.

—¿Por qué me estás hablando en francés? Sabes que no lo conozco, no sé qué me dices —las palabras sonaban a ruego, casi a súplica.

Con el extraño e incesante ruido del sonido de la maquinaria que la actriz había activado, Bertha siguió hablando al alemán:

—Te hablo así porque en realidad me llamo Sophie Le Crom —continuó la mujer, en francés, aunque su interlocutor no la entendiera—. Porque amo a mi país y, por supuesto, al idioma de mi padre, el francés; y también al de mi madre, el español. Nosotros no queríamos matar a nadie, Fritz. El plan francés era secuestrar al Rey para obligarle a renunciar a su cargo y permitir el advenimiento de una república, régimen que algún día estará vigente en España, y conseguir así que este país entrara en la guerra a nuestro lado. Pero el vuestro era matar, y matar, y matar y matar —repitió el verbo varias veces, como una aburrida letanía—. Los alemanes queréis solucionarlo todo matando.

Las palabras de Sophie quedaban amortiguadas con el sonido del motor que, cada vez, se hacía más presente.

La francesa levantó la vista durante unos instantes y después agarró una de las muñecas de Fritz, que se había convertido en un pelele inmóvil. Con ayuda de las dos manos y aprovechando la lisura del escenario, lo arrastró hasta ponerlo en el lugar adecuado.

—Sé que tenías orden de matarme, como probablemente hayas hecho con Alessandro Piscitelli, pero te faltó valor. Los celos te impidieron razonar. Ese fue tu error más grave.

Fritz, que se encontraba con los ojos cerrados, exánime, intentando ahogar la tos continua que le impedía respirar, abrió los párpados y fue cuando comprendió lo que estaba sucediendo, qué accionaba el motor que acompañaba las palabras francesas de Bertha y de qué manera más horrorosa iba a morir.

Y quiso chillar cuando supo cuál iba a ser su final. Pero no pudo. Ya no tenía fuerzas ni para arrastrarse.

Una mano firme agarró el brazo de la actriz.

—Vamos. Tenemos que desaparecer de este sitio —le pidió Bruno Mionnet, que había seguido a los vehículos de Fritz y de Alain hasta el Apolo.

A *La Gata* le costaba trabajo marcharse de allí. No sin motivo llevaba moviéndose entre bambalinas desde los cinco años de edad y ya había perdido la cuenta de las obras que había representado en casi todas las salas de París. Y el Apolo era el teatro español que gozaba de mayor fama internacional. Al fin, las circunstancias la habían llevado a cumplir uno de sus sueños de niña: convertirse en una actriz de éxito en ese célebre escenario.

—Vamos, Sophie —repitió el hombre, ya en tono de orden.

La pareja abandonó el escenario y dejó a Fritz en el suelo, incapaz de poderse apartar de su destino inmediato.

Cuando Sophie y Bruno estaban saliendo del teatro, oyeron a unos empleados que volaban por los pasillos preguntándose quién habría accionado el telón cortafuegos y qué le impedía bajar hasta el final de su recorrido.

—Lo que haya pillado de por medio ha tenido que quedar destrozado —fueron las últimas palabras que escucharon los dos franceses antes de abandonar el Apolo.

Junto a los operarios llegó también al escenario un atribulado Leonardo Rubiales, que no se explicaba cómo había sucedido una desgracia así. Después de encender las luces de la escena, y una vez subida la gruesa plancha de acero, el grupo se quedó contemplando el esperpéntico panorama.

—Siempre pensé que este hombre terminaría sus días de forma violenta —sentenció el gerente—. No me gustó desde un principio.

El grupo mantuvo silencio. Rubiales volvió a hablar.

—Espero que esto no afecte negativamente a la sólida reputación de este coliseo.

—No se preocupe, la reputación del Apolo está por muy encima de esto.

Todos se volvieron hacia la voz que había hablado.

—¿Quién es usted? —preguntó Rubiales, extrañado.

—Mi nombre es Alain Santini —respondió el francés, sin dejar de mirar el cuerpo inerte de Fritz Springer.

El diplomático levantó la vista y, sin mediar palabra, se encaminó hacia la calle sabiendo dónde le esperaba su futuro.

Mayo 1916

La condesa del Mayo había elegido un vestido de tisú color crema, de claro tinte primaveral, rematado con un tocado a juego, orlado de pluma y adornado con grandes alfileres nacarados. Al contrario de lo que sucedió con la climatología el día que se colocó la primera piedra, esta vez el tiempo atmosférico había querido premiar a los presentes con una mañana de cielo limpio y una muy agradable temperatura; lo normal de la primavera madrileña.

—Ten cuidado, que me estás haciendo daño —recriminó a su criada cuando esta subía la cremallera—. Desde que tienes novio no estás a las cosas como antes —afirmó, con una sonrisa que fue correspondida por Elisa con un gesto de rubor.

A la joven le hubiera gustado decir a su señora que las razones de los tirones era el aumento de su perímetro. No se atrevió. Pero la Condesa tenía razón, la incipiente relación que mantenía su doncella con un cajista de imprenta al que había conocido en uno de los bailes que se organizaban en la costanilla de San Pedro, le tenía la cabeza rellena de pájaros y el estómago cumplido de mariposas.

La carroza que le mandaba la reina Victoria Eugenia pasaría por su casa a las doce menos cuarto. La señora preguntó la hora y constató que iba justa.

—¿Ha llegado ya el señor Santini?

—Está esperando en el portal —respondió Elisa.

—¿En el portal? ¿Y por qué no ha querido subir?

—Ha dicho que prefiere quedarse abajo.

Petra sonrió y pensó en lo bobos que eran los hombres. «Será que quiere guardar las distancias y cuidar las formas. ¡A buenas horas!», pensó para sus adentros.

Alain, que la aguardaba con un espléndido ramo de rosas rojas en la mano, la acompañó en el carruaje hasta la glorieta de Embajadores, donde lucía soberbio el edificio de la fundación que regentaba Petra Domínguez y que se iba a dedicar a albergar a las mujeres embarazadas que no tuvieran un hogar de acogida. Los organizadores habían dispuesto una única tribuna con capacidad para treinta invitados. En lugar preferente se sentarían los reyes Alfonso XIII y su esposa. Al lado de Victoria Eugenia ocuparía plaza el presidente del Consejo de Ministros, Álvaro de Figueroa y Torres, Conde de Romanones, que llevaba en el cargo desde el pasado mes de diciembre, cuando sucedió a Dato, que había presentado su

dimisión. A continuación se ubicaría todo el gobierno junto a sus esposas. La reina María Cristina se encontraba indispuesta.

Petra y Alain se sentarían en la segunda fila, junto a otros nobles y la frialdad de sus reproches velados. El ambiente áulico no aceptaba la relación entre los dos enamorados, a pesar de haberlo hecho oficial. Después de mostrar la mal fingida expresión de alegría en el momento de la salutación, los ojos de ellos y, especialmente de ellas, se posaban sin disimulo alguno sobre la incipiente y escamoteada barriga de la Condesa. Petra lo sabía, pero le resultaba indiferente. Dios había santificado aquella relación con un ser que crecía en dos lugares: dentro de su cuerpo y también en lo más hondo de su corazón. La Condesa, que había vuelto a poner el crucifijo en el cabecero de su cama y el devocionario sobre la mesilla de noche, sabía que llevaba en sus entrañas un hijo bastardo, un hijo ilegítimo, un hijo del pecado, pero también llevaba un ser que había brotado de la consecuencia del amor mutuo. «Y esto ha sido porque Dios ha querido —razonaba la mujer —. Por tanto, si tengo su aprobación, no necesito ninguna otra».

Petra lo consideraba un milagro. A sus casi cuarenta años, la vida, esta vez sí y de manera rotunda, le sonreía y la mostraba su faz más dulce. Alain ya no se había vuelto a marchar a la Iglesia de San José y jamás volvió a temer la llegada de las siete y media de la tarde. «Ya no se acuerda de ella», dedujo la Condesa. Lo único que le extrañó, pero nunca quiso preguntar, fue por qué el francés le pidió un día a préstamo una importante cantidad de dinero, a lo que ella accedió sin formular pregunta alguna. Sin que ella lo supiera, su prometido tomó el sudexpreso camino de París y regresó a los dos días. Alain no le contó que aquel capital fue a parar a un prestamista judío. Después, poco a poco, el diplomático fue devolviendo el dinero prestado. Cada vez que le entregaba una determinada cantidad de billetes, la Condesa sonreía y volvía a pensar en lo bobos que eran los hombres.

Después de los sucesos del año anterior, y contraviniendo su deseo de ingresar en la milicia y luchar junto a sus compatriotas en el frente, el gobierno francés ordenó a Alain que permaneciera en España y que viajara continuamente a los puertos de Alicante, Valencia y Barcelona para prestar su apoyo a la logística de aprovisionamiento de su país. En esas circunstancias, Petra y él ya habían convenido trasladar su residencia a Valencia —junto al carillón que regaló el Rey al francés por salvar la vida de la Reina Madre—, donde Alain había arrendado un luminoso y amplio piso en la calle de La Paz, muy próximo al Palacio del Marqués de Dos

Aguas, huyendo así del falso mundo que se movía en torno al Palacio de Oriente. Petra contó sus proyectos a su amiga Victoria Eugenia, que lo comprendió perfectamente y, a los pocos días, la Soberana nombró a una nueva gerente para la fundación. Quizá más preparada, quizá de menor confianza.

Cuando los Reyes llegaron, y mientras todos los presentes escuchaban la marcha real, Emeterio recordó a su amigo Alfredo Peris y lo mucho que habría disfrutado con aquel momento, de no ser por el fatídico accidente que sufrió cuando perseguía al representante de Bertha y que le arrebató la vida cuando más ilusión tenía por ella.

La historia se escribió relatando que un comando anarquista encabezado por Andreu Riera había colocado una bomba de gran potencia que se detonaría al paso de los Reyes. Por razones que no pudieron aclararse, en el momento de la explosión la carreta donde habían escondido el artefacto se hallaba muy alejada de las tribunas. Incomprensiblemente, y a pesar de su potencia, la deflagración no causó víctimas.

Nadie recordó a Andreu Riera como la persona que salvó la vida de Alfonso XIII cuando quiso matarlo un súbdito alemán. Lo que quedó para las crónicas fue que ese mismo hombre había conseguido encañonar a la reina María Cristina y que fue abatido por un ciudadano francés que mantenía relaciones en concubinato con una Condesa.

Alertados por los vecinos, la policía encontró en el número 15 de la calle Ventura Rodríguez el cuerpo en descomposición de un varón sin documentación alguna. Después de que nadie reclamara su cuerpo, el desconocido fue enterrado en una fosa común junto al de un suicida de manos fuertes, nervudas, que se había arrojado por el Viaducto y los dos anarquistas muertos en la glorieta de Embajadores.

La embajada alemana en la ciudad se hizo cargo del cadáver de Otto Bräutigam.

No se volvió a saber nada más de Bertha, ni de Kathrin Thielemann ni de Sophie Le Crom. Como si de una auténtica *Gata* se tratara, su rastro se perdió quizá por alguno de los tejados rojizos, de las cilíndricas chimeneas o de las inclinadas buhardillas de Madrid, una ciudad que nunca la olvidó.

Nota del autor

Entreacto en el Apolo es una novela y en la misma se mezclan continuamente hechos ciertos con ficticios, personajes auténticos con otros que anidaron solo en la realidad del autor. Seguro que el lector, perspicaz e inteligente como siempre demuestra, sabrá diferenciar los unos de los otros.

Aunque el contexto es verídico, la trama que relata la novela es imaginada. En la glorieta de Embajadores nunca se levantó edificio alguno para albergar embarazadas sin recursos aunque las reinas sí que se prodigaron en numerosos actos benéficos y apoyaron en todo momento acciones sociales.

Algo que me sorprendió sobremanera al documentarme fue las prácticamente nulas medidas de seguridad que guardaba el Rey para con su persona. De entrada, en los periódicos de la época se detallaba prácticamente a diario la agenda de SSMM, algo que atenta contra las más elementales medidas de prevención de atentados. Después, los Reyes se relacionaban con la gente con una proximidad impensable en el día de hoy. Incluso, Alfonso XIII se prodigaba en lugares públicos sin acompañamiento oficial alguno. Todo esto llama especialmente la atención dado que, tal como se relata en la novela, S.M. el Rey sufrió tres atentados que estuvieron a punto de acabar con su vida.

La labor de Alfonso XIII durante la conflagración fue unánime e internacionalmente reconocida. La oficina que creó en el propio Palacio Real, dirigida por el duque de Miranda y atendida hasta por cuarenta personas, propició que le otorgaran los títulos de *Le Royal Chevalier de la Charité*, o *The angel of mercy* por su labor en pro de la paz y de la concordia. Según el libro de Víctor Espinós Moltó, *Alfonso XIII y la guerra*, se tramitaron 50 peticiones de indulto de pena capital en su mayor parte con éxito, 5.000 peticiones de repatriación de heridos graves, 25.000 peticiones de información de familias residentes en territorios ocupados y más de 250.000 investigaciones relativas a prisioneros o desaparecidos.

Como hemos leído en los libros de historia, España empezó la Gran Guerra de la misma manera que la terminó, neutral, a pesar de que en diciembre de 1915 se hizo cargo del gobierno el conde de Romanones. El político que alentaba la beligerancia cuando se encontraba en la oposición tornó su postura al llegar a la presidencia del Consejo de Ministros. España también vio a Lerroux como presidente del Consejo de Ministros, y concretamente durante

tres períodos distintos, aunque fue durante la II República.

El 11 de noviembre de 1918 vencedores y vencidos firmaron en el Salón de los Espejos del palacio de Versalles el armisticio con el que finalizaban las hostilidades. El número de bajas que causó el conflicto varía en función del autor que firme el libro que se consulte, pero en lo que todos coinciden es que fue el mayor registrado hasta la fecha. También concuerdan en que supuso el fin de tres imperios.

Aquella mañana en la que concluían más de cuatro años de horror, en Versalles sonó el primer disparo de la Segunda Guerra Mundial. Parece ser que nadie lo oyó. Quizá por ello, veintiún años después se escucharían muchos más.

Después de más de medio siglo de haber sido el gran referente en la lírica madrileña, el Teatro Apolo cerró definitivamente sus puertas en el año 1929. En su lugar construyeron un gran edificio para albergar la sede de una entidad financiera. El Ayuntamiento de Madrid homenajeó su recuerdo con una placa conmemorativa que podemos encontrar hoy en su fachada.

He procurado ser lo más celoso posible en la reproducción del ambiente de la época, desde las sastrerías a los fogones, bajando a las bodegas y moviéndome por los garajes. Ello no quita que me haya tomado un par de licencias literarias. La primera es que he hablado de los espejos retrovisores de los coches con normalidad cuando la realidad es que en 1914 ese elemento era potestativo, no obligatorio como sucedió años después. Y, por cierto, los gramófonos no tienen rueda de volumen. Sonaban siempre con la misma potencia.

Quiero agradecer a Noelia Ortega y al Teatro de la Zarzuela las facilidades que me concedieron para conocer el interior de su maravilloso coliseo, que tan buenos recuerdos personales me trae. En el momento en el que me acompañó al escenario desde la zona de los camerinos, los operarios estaban elevando el telón cortafuegos, en una labor de mantenimiento. Qué lejos estaba yo de pensar que aquella escena me inspiraría el final de la novela.

También deseo expresar mi agradecimiento a Pilar Benito y a Patrimonio Nacional por las facilidades concedidas en todo momento.

Envío un abrazo a mi amigo, el barcelonés Tony Porcar y su *Penya*, que me ha ofrecido numerosos datos de la Ciudad Condal de la época en la que transcurre *Entreacto en el Apolo*.

Para el acabado final he contado con la participación profesional de María de Carmen López Pérez, que ha sido paciente y

celosa a la hora de sintetizar la novela en una portada de la que estoy especialmente orgulloso.

Quiero agradecer expresamente la paciente labor que realizan las personas que corrigen el borrador, opinan sobre él y me enseñan una pequeña parte de lo mucho que saben: Magdalena Cenjor, Mónica Nadal, Rosario Sánchez, Eugenio González, Javier Díaz, Jorge Mora y José Antonio Arenal.

Por último envío un fuerte abrazo a todas aquellas personas que me leen y me regalan su bien más preciado y para el cual todavía no se ha inventado sustituto: su tiempo.

Bibliografía

- Álvarez, José. Alejandro Lerroux. El Emperador del Paralelo. Editorial Síntesis. Madrid. 2009.
- Aunós, Eduardo. Biografía de París. Madrid. 1945.
- Azorín, Francisco. Primeros años del Teatro Apolo. Artes Gráficas Municipales madrileñas. Madrid. 2002.
- Ballcells, Albert. El arraigo del anarquismo en Cataluña. Textos de 1926 – 1934. Ediciones Júcar. Madrid. 1979.
- Ballcells, Albert. El sindicalismo en Barcelona (1916-1923). Editorial Nova Terra. Barcelona. 1965.
- Banús y Comas, Carlos. Pólvoras y explosivos. Sucesores de Manuel Soler. Barcelona. 1900?
- Baviera, Pilar. Alfonso XIII. Juventud. Barcelona. 1945
- Bleiberg, Germán. Diccionario de Historia de España. Alianza. Madrid. 1979.
- Booth. A.H. La primera Guerra Mundial. Maye. Barcelona. 1963
- Borbón, Eulalia. Memorias. Editorial Juventud. 1935. Barcelona.
- Camba, Julio. Alemania (impresiones de un español). Ed. Renacimiento. Madrid. 1916
- Camba, Julio. Aventuras de una peseta. Calpe. Madrid. 1923
- Camba, Julio. Playas, ciudades y montañas. Reino de Cordelia. Madrid. 2012
- Cortés Cavanillas, Julián. Alfonso XIII. Vida, confesiones y muerte. Editorial Prensa Española. Madrid. 1956
- Cortés Cavanillas, Julián. Alfonso XIII y la Guerra del 14. Editorial Alce. Madrid. 1976.
- De la Cierva, Ricardo. El reinado de Alfonso XIII. ARC Editores. Madrid. 1997.
- De la Cierva, Ricardo. Victoria Eugenia. El veneno en la sangre. Planeta. Barcelona. 1992.
- De Launay, Jacques. La diplomacia secreta durante las dos guerras mundiales. Belacqva. Barcelona. 2005.
- Diccionario Biográfico Español. Real Academia de la Historia. Tomos XIX y XX.
- Eslava, Rafael. G. “La prostitución en Madrid”. Vicente Rico. 1900. Madrid.
- Espinós Moltó, Víctor. Alfonso XIII y la guerra. Madrid

1918.
- Feito, Honorio. Diccionario de Historia de España. Diputación Provincial de Cuenca. Aldebarán Ediciones. 2008.
- Fernández de la Reguera, Ricardo y March, Susana. España neutral (1914-1918). Planeta. Barcelona. 1975.
- Grupo Stanfer de Comunicación. Hotel Ritz, 90 años de historia. Madrid. 2001.
- Gutierrez-Ravé, José. Alfonso XIII, anecdotario. Gráficas Osca. Madrid. 1957.
- Howard, Michael. La Primera Guerra Mundial. Crítica. Barcelona. 2012.
- Lerroux, Alejandro. España y la guerra. Editorial Librería de la Viuda de Pueyo. Madrid. 1915.
- López Ruiz, José. Historia del Teatro Apolo y de la Verbena de la Paloma. Editorial El Avapies. Madrid. 1994.
- Manzaneda López, Laura. Del corsé al tanga. Ediciones Península. Barcelona. 2011
- Masjuan, Eduard. Un héroe trágico del anarquismo español. Mateo Morral, 1879-1906. Icaria editorial. Barcelona. 2009.
- Mateos Sáinz de Medrano, Ricardo. La reina María Cristina. La Esfera de los Libros. 2007.
- Montoliú, Pedro. Madrid 1900. Sílex. Madrid. 2011.
- Nogués, Paloma. Alfonso XIII, biografía histórica. Sílex. Madrid. 1995
- Osorio, Alfonso. Alfonso XIII. Ediciones B. Barcelona. 2003
- Pando Despierto, Juan. Un rey para la esperanza. Temas de hoy. Madrid. 2002.
- Peña, Alfonso de Carlos. Ayto. de Madrid. 2001.
- Pomes, María y Sánchez, Alicia. Historia de Barcelona. Editorial Óptima. Barcelona. 2001.
- Primo Jurado, Juan José. “Memoria histórica y vida de la nobleza a través del Archivo Viana (siglos XII-XXI)”. Obra Social Caja Sur. Córdoba. 2009.
- Primo Jurado, Juan José y Palacios Bañuelos, Luis. Reyes y cortesanos. La Monarquía Alfonsina y los Marqueses de Viana. Ediciones San Martín. Logroño. 2009.
- Puga, María Teresa. La vida y la época de Alfonso XIII.

Planeta. Barcelona. 1999.
- Raso E. Almanaque Guía Matritense. Madrid. 1915.
- Rodríguez-Solis. E. Historia de la prostitución en España y América. Biblioteca nueva. Madrid. 1900?
- Ruiz Albéniz, Víctor ("Chispero"). Teatro Apolo. Historial, anecdotário y estampas madrileñas de su tiempo: 1873-1929. Prensa Castellana. Madrid. 1954
- Salisachs, Mercedes. Goodbye, España. Martínez Roca. Madrid. 2009.
- Seco Serrano, Carlos. Estudios sobre el reinado de Alfonso XIII. Real Academia de la Historia. Madrid. 1998
- Simón, Ada y Calle, Emilio. La rival de la Reina. Espasa Calpe. Madrid. 2007.
- Vaca de Osma. Alfonso XIII, el Rey paradoja. Biblioteca nueva. Madrid. 1993
- Vallotton, Henry. Alfonso XIII. Tesoro. Madrid. 1945
- Zavala, José María. Bastardos y Borbones. Random House Mondadori. Barcelona. 2012

Diarios: ABC, La Vanguardia, Blanco y Negro, El Liberal, El Imparcial, Nuevo Mundo, Diario Universal, La Esfera.